Conducta verbal

B. F. Skinner

Editorial Trillas
México

Traducción: **Rubén Ardila**
Revisión técnica: **Sara Gómez de Ardila**
Maestra de Lingüística Aplicada
Universidad de los Andes,
Bogotá, Colombia.

Título de esta obra en inglés:
Verbal Behavior
Versión autorizada en español de la primera edición
publicada en inglés por
© 1957, Prentice Hall, Inc., Englewood Cliffs, Nueva Jersey, E.U.A.
ISBN 0-13-941591-2

La presentación y disposición en conjunto de
CONDUCTA VERBAL
son propiedad del editor. Prohibida la reproducción
parcial o total de esta obra, por cualquier medio o método,
sin autorización por escrito del editor

Derechos reservados conforme a la ley
© 1981, Editorial Trillas, S. A.
Av. Río Churubusco 385 Pte., México 13, D. F.

Miembro de la Cámara Nacional de la
Industria Editorial. Reg. núm. 158

Primera edición en español, marzo 1981
ISBN 968-24-0987-X

Impreso en México

Prólogo

Ha tomado mucho tiempo el escribir este libro. En el verano de 1934 completé una clasificación de las respuestas verbales, en una versión temprana de la segunda parte. Se llevaron a cabo entonces algunos experimentos de apoyo con el Sumador Verbal, y se realizaron análisis estadísticos de diversas obras literarias, de datos tomados de experimentos sobre asociación de palabras y de la conducta de adivinar. Todo este material se utilizó en cursos sobre conducta literaria y verbal en la University of Minnesota, a finales de los años 30; en Harvard, en el verano de 1938, y en la University of Chicago, en el verano de 1939. Un manuscrito de esta magnitud debió haber sido terminado con una beca de la Guggenheim Foundation en 1941, pero intervino la guerra. La beca se reanudó entre 1944 y 1945, y casi se completó una versión del libro. Fue la base para un curso sobre conducta verbal en la University of Columbia en el verano de 1947, cuyas notas hizo circular al año siguiente, en forma mimeografiada, el doctor Ralph Hefferlein.

En el otoño de 1947 se extrajo material del manuscrito para las conferencias William James de la Harvard University, de las cuales han circulado varios centenares de copias mimeografiadas. Al preparar las conferencias se encontró que el manuscrito había comenzado a tomar la forma de una revisión de la literatura, y que el tema central se había oscurecido. Por tanto, al completar el manuscrito para su publicación se omitieron los resúmenes de la literatura. La terminación del manuscrito final se pospuso en favor de un libro general sobre conducta humana (*Science and Human Behavior*), que proporcionaría información acerca de temas no esencialmente verbales. La presente versión tiene una amplitud de más del doble de las conferencias William James, y contiene muchos cambios conforme a los avances recientes en el análisis experimental de la conducta, tanto humana como no humana. Con la sola excepción de los dos últimos capítulos, se escribió durante el periodo de primavera de 1955, en Putney, estado de Vermont.

La obra ha recibido el apoyo generoso de la Society of Fellows de la Harvard University (una beca de 3 años), de la University of Minnesota (una ausencia sabática de medio año), de la Guggenheim Foundation (una beca de un año) y de la Harvard University (las conferencias William James y una ausencia sabática). A todas estas instituciones quiero darles las gracias. Desafortunadamente es imposible dar el reconocimiento adecuado por la ayuda recibida de estudiantes y colegas durante estos años, y por las críticas a versiones anteriores del manuscrito, tanto publicadas como inéditas. El manuscrito final se ha beneficiado mucho con la ayuda editorial de Susan R. Meyer y de la doctora Dorothy Cohen, así como con la cuidadosa presentación de Virginia N. MacLaury.

B. F. SKINNER

Cambridge, Mass.

Índice de contenido

Prólogo 5

UNIDAD 1

UN PROGRAMA

Cap. 1. Un análisis funcional de la conducta verbal 11
Cap. 2. Problemas generales 23

UNIDAD 2

VARIABLES DE CONTROL

Cap. 3. El mando 49
Cap. 4. Conducta verbal bajo el control de estímulos verbales 66
Cap. 5. El tacto 95
Cap. 6. Condiciones especiales que afectan el control de estímulos 162
Cap. 7. La audiencia 186
Cap. 8. La operante verbal como unidad de análisis 199

UNIDAD 3

VARIABLES MÚLTIPLES

Cap. 9. Causación múltiple 243
Cap. 10. Estimulación suplementaria 269
Cap. 11. Nuevas combinaciones de respuestas fragmentarias 311

UNIDAD 4

LA MANIPULACIÓN DE LA CONDUCTA VERBAL

Cap. 12. Autoclíticos 335
Cap. 13. La gramática y la sintaxis como procesos autoclíticos 355
Cap. 14. La composición y sus efectos 369

UNIDAD 5

PRODUCCIÓN DE LA CONDUCTA VERBAL

Cap. 15. Autocorrección 397
Cap. 16. Condiciones especiales de la autocorrección 412
Cap. 17. El autofortalecimiento de la conducta verbal 432
Cap. 18. Conducta verbal lógica y científica 447
Cap. 19. El pensamiento 461

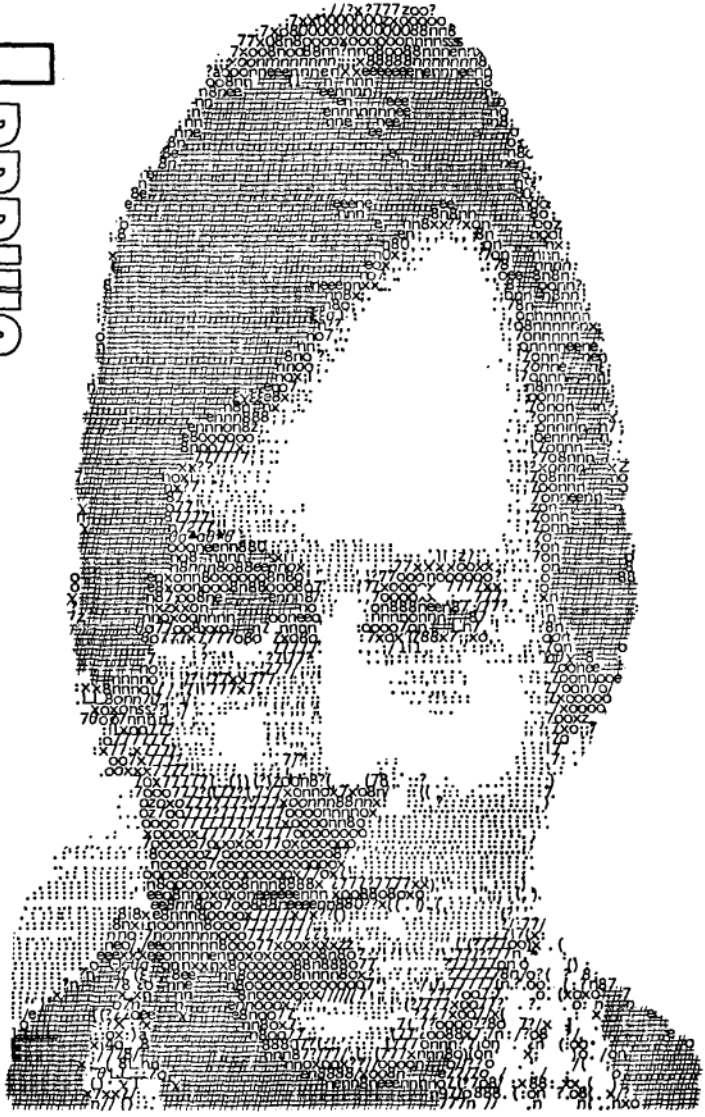
Dos epílogos personales 483

Apéndice: La comunidad verbal 491

Índice analítico 501

Un programa

Unidad 1



Un análisis funcional de la conducta verbal

Los hombres actúan en el mundo y lo cambian, y a su vez son cambiados por las consecuencias de sus actos. Ciertos procesos, que los organismos humanos comparten con otras especies, alteran la conducta en forma tal que se logra un intercambio más seguro y útil con un medio ambiente en particular. Cuando se ha establecido la conducta apropiada, sus consecuencias funcionan a través de procesos similares para mantenerla en vigor. Si por azar el ambiente cambia, las formas antiguas de conducta desaparecen, y las nuevas consecuencias dan origen a formas nuevas.

La conducta altera el ambiente por medio de acciones mecánicas, y sus propiedades o dimensiones con frecuencia se relacionan en forma directa con los efectos producidos. Cuando una persona camina en dirección de un objeto, generalmente se encuentra a sí mismo más cercano a dicho objeto; si estira el brazo para agarrarlo, la consecuencia ordinaria es el contacto físico con el objeto; y si lo agarra y lo levanta, o si lo empuja o tira de él, el objeto cambia de posición en la dirección apropiada, según el caso. Todo esto se deriva de principios geométricos y mecánicos sencillos.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo una persona actúa sólo en forma indirecta sobre el ambiente del cual surgen las últimas consecuencias de su conducta. Su efecto primario lo ejerce sobre otros hombres. En vez de ir a una fuente de agua, una persona que tiene sed simplemente "pide un vaso de agua"; o sea, emite una conducta que produce cierta pauta de sonidos, los cuales, a su vez, inducen a otra persona a llevarle un vaso de agua. Los sonidos mismos son fáciles de describir en términos físicos; pero el vaso de agua llega al hablante sólo como resultado de una serie compleja de eventos que incluyen la conducta del oyente. La última consecuencia, la recepción del agua, no posee una rela-

ción geométrica o mecánica útil con la forma de comportamiento de "pedir el agua". Sin duda, es característico de tal conducta el hecho de que no actúa sobre el mundo físico. Nosotros rara vez *le gritamos a las murallas de Jericó, o le pedimos al Sol que se* detenga, o a las olas que se queden quietas. Las palabras no rompen huesos. Las consecuencias de este tipo de comportamiento son precedidas por un conjunto de eventos no menos físicos o inevitables que las acciones mecánicas directas, pero que claramente son más difíciles de describir.

El comportamiento, que es efectivo solamente por la mediación de otras personas, tiene tantas propiedades distintivas, dinámicas y topográficas que se justifica, e incluso se exige, que le demos un tratamiento especial. Los problemas que surgen de esta forma especial de acción generalmente se asignan al campo del habla o de la lengua. Desafortunadamente el término "habla" se refiere principalmente a la conducta vocal, y sólo con dificultad se aplica a los casos en los cuales la persona que sirve como mediadora de esta conducta, es afectada visualmente por medio de un escrito o de una nota. El término "lengua" está ahora, por fortuna, lejos de su relación original con la conducta vocal, pero ha llegado a referirse, más que a la conducta de cualquiera de sus miembros, a las prácticas de una comunidad lingüística. El adjetivo "lingüístico" tiene la misma desventaja. El término "conducta verbal" posee muchas cosas a su favor. Su sanción etimológica no es demasiado poderosa, pero estudia principalmente al hablante individual y, sea que el usuario del término lo sepa o no, especifica una conducta que está moldeada y mantenida por sus consecuencias mediadoras. Tiene, además, la ventaja de ser poco conocida en los contextos tradicionales de explicación.

Una definición de conducta verbal que se refiere a ésta como la conducta que es reforzada a través de la mediación de otras personas, necesita, como veremos, ciertos refinamientos. Tal definición no nos dice mucho acerca de la conducta del oyente, aunque habría muy poca conducta verbal que considerar si no existiera alguien que hubiera adquirido previamente ciertas respuestas especiales ante las pautas de energía generadas por el hablante. Esta omisión puede justificarse porque la conducta del oyente, cuando actúa como mediador de las consecuencias de la conducta del hablante, no es necesariamente verbal en ningún sentido particular. No puede, de hecho, distinguirse de la conducta en general; y una descripción adecuada de la conducta verbal necesita cubrir sólo la parte de la conducta del oyente que sea necesaria para explicar la conducta del hablante. Las conductas del hablante y del oyente, tomadas en conjunto, forman lo que podría denominarse episodio verbal total. No hay nada en este tipo de episodio que sea más que el comportamiento combinado de dos o más individuos. Nada "emerge" en la unidad social. El

hablante puede ser estudiado cuando actúa como oyente, y el oyente cuando actúa como hablante. Las descripciones separadas que resultan, completan el episodio en el cual participan ambos.

Sería una tontería subestimar la dificultad de este tema. No obstante, los avances recientes en el análisis de la conducta nos permiten enfocarlo con cierto grado de optimismo. Nuevas técnicas experimentales y nuevas formulaciones han demostrado poseer un nuevo nivel de orden y precisión. Los procesos y relaciones básicos que dan a la conducta verbal sus características especiales se entienden ahora claramente. Muchos de los trabajos experimentales responsables de estos avances se han llevado a cabo con otras especies diferentes de la humana, pero se ha probado que los resultados están sorprendentemente liberados de las restricciones relativas a la especie. Los trabajos recientes han demostrado que los métodos pueden extenderse a la conducta humana sin tener que hacer modificaciones serias. Aparte de la posibilidad de extrapolar los hallazgos experimentales específicos, la formulación proporciona un enfoque nuevo y fructífero de la conducta humana en general, y nos permite tratar con mayor efectividad esa subdivisión de la conducta que llamamos verbal.

La "comprensión" de la conducta verbal es algo más que la utilización de un vocabulario consistente con el cual se pueden describir los casos específicos. No debe confundirse esto con la confirmación de ningún conjunto de principios teóricos. Los criterios exigen más que eso. El grado en que comprendamos la conducta verbal en un análisis "causal" puede evaluarse por el grado en que podamos predecir la ocurrencia de casos específicos y, eventualmente, en la medida en la cual podamos producir o controlar tal conducta alterando las condiciones bajo las cuales ocurre. Al presentar este objetivo conviene tener presentes ciertas tareas específicas de dirección. ¿Cómo puede el maestro establecer los repertorios verbales específicos que son los principales productos finales de la educación? ¿Cómo puede el terapeuta descubrir la conducta verbal latente en una entrevista terapéutica? ¿Cómo puede el escritor evocar su propia conducta verbal en el acto de escribir? ¿Cómo puede el científico, el matemático o el lógico manipular su propia conducta verbal en el pensamiento productivo? Los problemas prácticos de esta naturaleza son, claro está, innumerables. Resolverlos no es la finalidad inmediata de un análisis científico, pero subyacen las clases de procesos y relaciones que debe considerar tal análisis.

FORMULACIONES TRADICIONALES

Una ciencia de la conducta no llega a este campo especial y lo encuentra desocupado. Por el contrario, se encuentra con que se

han elaborado sistemas de términos para describir la conducta verbal. El vocabulario cotidiano abunda en ellos. La retórica clásica, la gramática, la lógica, la metodología científica, la lingüística, la crítica literaria, la patología del lenguaje, la semántica y muchas otras disciplinas han proporcionado términos técnicos y principios. Sin embargo, en general, el tema de discusión no ha sido identificado claramente, ni se han ideado métodos apropiados para estudiarlo. La lingüística, por ejemplo, ha registrado y analizado los sonidos del habla y las prácticas semánticas y sintácticas, pero se ha dado prioridad a la comparación de los diferentes idiomas y al descubrimiento de los cambios históricos, y no al estudio del hablante individual. La lógica, las matemáticas y la metodología científica han reconocido las limitaciones que las prácticas lingüísticas imponen al pensamiento humano, pero generalmente se han limitado a un análisis formal; en todo caso, no han desarrollado las técnicas necesarias para un análisis causal del comportamiento del hombre que piensa. La retórica clásica fue responsable de la producción de un elaborado sistema de términos que describen las características de las obras literarias, aplicables también al habla de la vida diaria. Igualmente ha prestado atención a los efectos que se producen sobre el oyente. Pero la promesa inicial de formar una ciencia de la conducta verbal nunca se convirtió en realidad. La crítica literaria moderna, a excepción del uso de algunos términos técnicos del psicoanálisis, rara vez va más allá de la terminología que utiliza el hombre común. Nunca ha surgido un afrontamiento decisivo del problema, ni una formulación que sea apropiada para todos los campos específicos, bajo los auspicios de ninguna de esas disciplinas.

Tal vez este hecho sea la causa del surgimiento de la semántica como descripción general de la conducta verbal. El estudio técnico del significado ya había comenzado como un área de interés periférico de la lingüística cuando, en 1923, Ogden y Richards[1] demostraron la necesidad de desarrollar una ciencia más amplia del simbolismo. Se decía que debía ser un análisis general de los procesos lingüísticos, aplicable a cualquier campo e independiente de interés especial alguno. Se han hecho intentos de llevar a cabo esta recomendación, pero no se ha logrado una ciencia adecuada de la conducta verbal. Existen actualmente varias ramas de la semántica que representan los mismos intereses especiales y emplean las mismas técnicas especiales. El método original de Ogden y Richards fue filosófico, con cierta tendencia psicológica; algunos de los sistemas más rigurosos son claramente lógicos. Dentro de la lingüística, la semántica continúa siendo el estudio de la forma como se expresan y cambian los significados. Algunos semánticos tratan en especial la maquinaria verbal de la sociedad;

[1] Ogden, C. K. y Richards, I. A. *The Meaning of Meaning* (Nueva York, 1923).

sobre todo, la propaganda. Otros son esencialmente terapeutas que consideran que muchos de los problemas del mundo son, en esencia, errores lingüísticos. La utilización del término "semántica" demuestra la necesidad de una ciencia de la conducta verbal que se separe de los intereses especiales, y que sea útil donde quiera que se trabaje con el lenguaje; pero la ciencia en sí no ha surgido bajo la égida de las disciplinas antes mencionadas.

La responsabilidad final debe estar en manos de las ciencias de la conducta, especialmente de la psicología. Lo que ocurre cuando un hombre habla o responde al lenguaje, es claramente un asunto de comportamiento humano y constituye, por tanto, una cuestión a la que se debe responder con los conceptos y técnicas de la psicología como ciencia experimental de la conducta. A primera vista no parecería ser un problema muy difícil de resolver. A excepción de su nivel de simplicidad, la conducta verbal posee muchas características favorables como objeto de estudio. Generalmente es posible observarla con facilidad (si no lo fuera, no sería efectiva como conducta verbal); nunca se ha carecido de material para estudiar (los hombres hablan y escuchan mucho); los hechos son sustanciales (los observadores cuidadosos generalmente están de acuerdo acerca de lo que se dijo en un caso dado), y el desarrollo del arte práctico de la escritura ha proporcionado un sistema ya hecho de notación para dar parte de la conducta verbal, el cual es más conveniente y preciso que cualquier otro sistema que exista en el área no verbal. Lo que falta es un tratamiento causal o funcional satisfactorio. Junto con las otras disciplinas que estudian la conducta verbal, la psicología ha recogido datos y algunas veces los ha puesto en un orden conveniente; pero con esta cantidad de material no ha podido demostrar las relaciones significativas que son la columna vertebral del acontecer científico. Por razones que en una restrospección no son muy difíciles de descubrir, se han descuidado algunos de los eventos que se necesitan en un análisis funcional o en un análisis causal. Esto se ha hecho porque el sitio de tales eventos ha estado ocupado por ciertas causas ficticias que la psicología ha demorado en revelar. Al examinar algunas de estas causas más de cerca podemos encontrar una explicación de las causas por las cuales la ciencia de la conducta verbal ha demorado tanto en desarrollarse.

Se ha supuesto generalmente que para explicar el comportamiento, o algún aspecto del mismo, uno debe atribuirlo a eventos que ocurran en el interior del organismo. En el área de la conducta verbal esta práctica fue una vez representada por la doctrina de la expresión de las ideas. Se consideraba que se podía explicar una afirmación presentando las ideas que expresaba. Si el hablante hubiera tenido una idea diferente, habría emitido afirmaciones diferentes o palabras en un orden diferente; si su

afirmación era extraña, ello se debía a la novedad u originalidad de sus ideas; si parecía vacía de significado se debía, tal vez, a que el hablante carecía de ideas o a que había sido incapaz de expresarlas con palabras; si no podía guardar silencio, se debía a la fuerza de sus ideas; si hablaba mal, se debía a que sus ideas surgían lentamente o a que estaban mal organizadas, y así sucesivamente. Todas las propiedades de la conducta verbal parecen explicarse en esta forma.

Esa práctica, obviamente, tenía el mismo objetivo que un análisis causal, pero no producía los mismos resultados. La dificultad reside en que no pueden ser observadas independientemente las ideas acerca de las cuales se dice que los sonidos permanecen como sus signos. Si pedimos pruebas de su existencia, es probable que recibamos como respuesta una reafirmación en diferentes palabras; pero una reafirmación no está más cercana a la idea de lo que está la afirmación original. La reafirmación simplemente muestra que la idea no se identifica con una sola expresión. De hecho, con frecuencia la idea se define como algo que es común a dos o más expresiones; pero nunca llegamos a ese "algo", aunque expresemos una idea en todas las formas posibles.

Otra respuesta común consiste en apelar a las imágenes. Se afirma que la idea es lo que pasa por la mente del hablante, lo que el hablante ve, oye y siente cuando está "teniendo" la idea. Se ha intentado explorar los procesos de pensamiento subyacentes en la conducta verbal pidiéndole a las personas que están pensando que describan sus experiencias de esta naturaleza. Pero aunque algunos de los ejemplos seleccionados son a veces convincentes, sólo una reducida parte de las ideas expresadas con palabras puede identificarse con la clase de evento sensorial sobre la cual descansa la noción de imagen. Un libro de física es mucho más que la descripción de las imágenes que existen en la mente de los físicos.

Existe, sin duda, algo sospechoso en la facilidad con la cual descubrimos en un conjunto de ideas esas propiedades requeridas para explicar la conducta que las expresa. Es evidente que construimos las ideas a voluntad, partiendo de la conducta que deseamos explicar; por tanto, no se logra una verdadera explicación. Cuando decimos que una expresión es confusa porque la idea no es clara, parece que estamos hablando de dos niveles de observación, aunque en realidad sólo hay uno: es la *expresión* la que no es clara. Esta práctica podría ser defendible cuando la investigación sobre los procesos verbales fuera filosófica, más que científica, y cuando se pudiera imaginar que una ciencia de las ideas lograría alguna vez presentar la materia en mejor orden; pero hoy las cosas son diferentes. Es función de una ficción explicativa satisfacer la curiosidad y acabar con estos problemas.

La doctrina de las ideas ha tenido este efecto porque, en apariencia, transfiere problemas importantes de la conducta verbal a una psicología de las ideas. Así pues, los problemas parecen ir más allá de la gama de técnicas del estudioso del lenguaje, o haberse vuelto demasiado oscuros para estudiarlos apropiadamente.

Tal vez nadie en la actualidad considere la "idea" como una ficción explicativa. Los modismos y las expresiones que parecen explicar la conducta verbal en términos de ideas son tan comunes en nuestro lenguaje que es imposible evitarlos; pero parece que no son más que figuras agonizantes del lenguaje. La formulación básica, sin embargo, se ha preservado. El sucesor inmedítato de la "idea" fue el "significado", y su lugar está en peligro de ser ocupado por otro recién llegado: la "información". Todos estos términos tienen el efecto de desalentar el análisis funcional y respaldar, en cambio, algunas de las prácticas que anteriormente se asociaron a la doctrina de las ideas.

Una consecuencia desafortunada de esto es la creencia de que el habla tiene existencia independiente de la conducta del hablante. Las palabras se consideran como herramientas o instrumentos análogos a las fichas, los contadores o las banderas de señales que algunas veces se utilizan con fines verbales. Es verdad que la conducta verbal generalmente produce entidades objetivas. La corriente de sonidos del habla vocal, las palabras escritas en una página, las señales que se trasmiten por medio del teléfono o del telégrafo, etc., son registros que deja la conducta verbal. La ingeniería de comunicaciones, la crítica literaria, etc., pueden ser estudiados como hechos objetivos, como se ha hecho de tiempo en tiempo en la lingüística. Pero aunque las propiedades formales de los registros de afirmaciones verbales sean interesantes, debemos preservar la distinción que existe entre una actividad y las huellas que ella deja. En particular, debemos evitar la formulación antinatural de la conducta verbal como la "utilización de las palabras". No tenemos más razón para decir que un hombre "utiliza la palabra *agua*" al pedir una bebida, que la que tenemos para decir que "utiliza su alcance" al tomar el vaso que se le ofrece. En las artes, los oficios y deportes, especialmente donde la instrucción es verbal, con frecuencia se les dan nombres a los actos. Decimos que el jugador de tenis utiliza un golpe de caída o que el nadador realiza un nado de mariposa. Nadie se confunde cuando nos referimos al golpe de caída o al nado de mariposa como cosas; pero las palabras se usan de manera diferente. Los equívocos han sido frecuentes y muchas veces desastrosos.

Una práctica complementaria ha sido la de asignar existencia independiente a los significados. Se dice que "significado", al igual que "idea", es aquello que se manifiesta o comunica en una expresión. Un significado explica la ocurrencia de un conjunto

particular de palabras, en el sentido de que si hubiera tenido un significado diferente por expresar, se habría usado un conjunto diferente de palabras. Una expresión es afectada según su significado sea claro, vago, y así sucesivamente. Este concepto tiene ciertas ventajas. Mientras que las "ideas" (lo mismo que los "sentimientos" y "deseos", de los cuales también se dice que son expresados con palabras) se originan dentro del organismo, existe la promisoria posibilidad de que los significados puedan encontrarse fuera de la piel. En este sentido, son tan observables como cualquier parte de la física.

Pero, ¿podemos identificar el significado de una expresión en forma objetiva? Un buen argumento puede darse en el caso de los nombres propios y de algunos sustantivos comunes, verbos, adjetivos y adverbios, únicas palabras con respecto a las cuales la doctrina de las ideas podría apoyarse en las imágenes. Pero ¿qué decir de palabras tales como *átomo* o *gene* o *menos uno* o *el espíritu de los tiempos*, en las que no es fácil descubrir las entidades no verbales correspondientes? Y en el caso de palabras como *sin embargo*, *aunque* y *¡ouch!* parecería necesario mirar dentro del organismo para descubrir la intención del hablante, su actitud, su sentimiento o alguna otra condición psicológica.

Incluso las palabras que parecen encajar en un marco de referencia semántico externo, no carecen de problemas. Puede ser cierto que los nombres propios estén en una correspondencia de uno a uno con las cosas, suponiendo que cada cosa tenga un nombre propio; pero ¿qué podemos decir de los nombres comunes? ¿Cuál es el significado de *gato*? ¿Es algún gato en particular, es la totalidad física de todos los gatos o es la clase de todos los gatos? ¿O debemos acaso regresar a la idea de gato? Incluso en el caso de los nombres propios sigue existiendo una dificultad. Suponiendo que existe sólo una persona que se llame Pedro, ¿es él mismo el significado de la palabra *Pedro*? Es claro que *él* no es enviado ni comunicado cuando utilizamos la palabra.

La existencia de significados se torna más dudosa todavía cuando pasamos del estudio de palabras aisladas a la observación de agrupaciones que "denotan algo". Lo que se dice con una oración es algo más que lo que significan las palabras. Las oraciones no se refieren meramente a los árboles, al cielo y a la lluvia, sino que dicen algo acerca de estas cosas. Este algo a veces se denomina "proposición"; es un precursor un tanto más respetable del habla, pero muy similar al concepto "idea", el cual según las conceptualizaciones antiguas era expresada por la misma oración. Definir una proposición como "algo que puede decirse en cualquier idioma" no nos dice dónde están las proposiciones, ni de qué están hechas. Tampoco se resuelve el problema al definir una proposición como todas las oraciones que tienen el mismo significado que alguna otra, puesto que no podemos identificar

una oración determinada como miembro de esta clase si desconocemos su significado. En tal punto nos encontramos ante nuestro problema original.

Nos hemos sentido tentados a tratar de establecer la existencia de las palabras y los significados como entidades independientes, porque en esta forma tendríamos una solución bastante elegante para ciertos problemas. Las teorías del significado generalmente tratan grupos correspondientes de palabras y cosas. ¿En qué forma las entidades lingüísticas corresponden, por una parte, a las cosas o eventos y, por otra, a sus significados?, y ¿cuál es la naturaleza de la relación entre ellas que llamamos "referencia"? Los diccionarios parecen respaldar, en primera instancia, la noción de tales arreglos entre palabras y cosas. Sin embargo, los diccionarios nos brindan significados; en el mejor de los casos dan ejemplos de palabras que poseen el mismo significado. El esquema semántico, como generalmente se concibe, tiene propiedades interesantes. Los matemáticos, los lógicos y los teóricos de la información han buscado posibles formas de correspondencia. Por ejemplo: ¿hasta qué punto las dimensiones de la cosa comunicada pueden ser representadas por las dimensiones del medio a través del cual se comunican? Pero todavía debe demostrarse que tales construcciones poseen alguna estrecha semejanza con los productos de las actividades lingüísticas verdaderas.

En todo caso, la práctica descuida muchas propiedades importantes del comportamiento original y plantea otros problemas. No podemos sustituir exitosamente un marco de referencia semántico apelando a la "intención del hablante", sino hasta que se pueda dar una explicación psicológica satisfactoria de intención. Si el "significado connotativo" sustituye una denotación deficiente, se requiere estudiar el proceso de asociación. Cuando algunos significados se clasifican como "emotivos", entramos en otro campo psicológico difícil y relativamente poco desarrollado. Todos estos esfuerzos intentan preservar la representación lógica mediante el establecimiento de categorías adicionales para las palabras excepcionales, y constituyen una clase de fragmentos que consiguen su propósito esencial al mostrar lo trillado de la noción básica. Cuando intentamos suministrar el material adicional que se requiere en esta representación de la conducta verbal, encontramos que nuestra tarea se ha formulado en términos difíciles, si no imposibles. Los datos observables se han adquirido con anterioridad y al estudioso de la conducta se le han dejado "procesos de pensamiento" vagamente identificados.

La tendencia a explicar un significado es fácil de entender. Preguntamos "¿Qué quiere usted decir con eso?", porque la respuesta con frecuencia es útil para nosotros. Aclarar el significado, en este sentido, tiene un lugar importante en toda clase de actividad intelectual. Para los propósitos del discurso efectivo, con

frecuencia basta parafrasear la pregunta. Es posible que no necesitemos referentes extraverbales, pero la explicación de la conducta verbal no debe generar un sentido de logro científico: no se da la *explicación* de una observación simplemente parafraseando lo que significa.

Sin duda, podemos definir ideas, significados, etc., en forma tal que sean científicamente aceptables e incluso útiles para describir la conducta verbal. Pero el esfuerzo por retener los términos tradicionales podría ser costoso. Es la formulación general la que está equivocada. Buscamos "causas" del comportamiento que posean un estatus científico aceptable y que, con suerte, sean susceptibles de medición y manipulación. Decir que esto es "todo lo que queremos decir por ideas o significados", es representar mal la *práctica* tradicional. Debemos encontrar las relaciones funcionales que gobiernan la conducta verbal que deseamos explicar; llamar a tales relaciones "expresión" o "comunicación" implica correr el peligro de introducir propiedades y eventos extraños y engañosos. La única solución es rechazar la formulación tradicional de la conducta verbal en términos de significado.

UNA NUEVA FORMULACIÓN

La dirección que debe tomarse en un enfoque alternativo está dictada por la tarea misma. Nuestra primera responsabilidad es la simple *descripción*: ¿cuál es la topografía de esta subdivisión de la conducta humana? Una vez que hemos contestado a esta pregunta, a menos en forma preliminar, podemos pasar al estadio llamado *explicación*: ¿qué condiciones son relevantes para que se presente la conducta?, ¿cuáles son las variables de las que es función? Una vez que las hayamos identificado, podremos explicar las características dinámicas de la conducta verbal dentro de un marco de referencia apropiado para considerar la conducta humana como un todo. Al mismo tiempo, claro está, debemos considerar la conducta del oyente. Al relacionar esto con la conducta del hablante, completamos nuestra explicación del episodio verbal.

Pero éste es solamente el principio. Una vez que hemos erigido un repertorio de la conducta verbal, surgen una serie de nuevos problemas debido a la interacción entre sus partes. La conducta verbal generalmente es el efecto de *causas múltiples*. Las variables separadas se combinan para extender su control funcional, y de la recombinación de los antiguos fragmentos surgen nuevas formas de conducta. Todo esto tiene sus efectos apropiados sobre el oyente, cuya conducta, entonces, debemos analizar.

Otro conjunto de problemas surge del hecho, con frecuencia señalado, de que el hablante por lo regular también es oyente.

Él reacciona ante su propia conducta en varias formas importantes; parte de lo que dice está bajo el control de otras partes de su conducta verbal. Nos referimos a esta interacción cuando decimos que el hablante califica, ordena o elabora su conducta en el momento en que se produce. Cuando la conducta es *compuesta*, la simple emisión de respuestas es una caracterización incompleta. Como otra consecuencia del hecho de que el hablante también es oyente, parte de la conducta de escuchar resulta semejante a la conducta de hablar, especialmente cuando el oyente "entiende" lo que se dice.

Hablante y oyente, dentro de la misma piel, se dedican a actividades que tradicionalmente se describen como "pensar". El hablante manipula su conducta, la revisa y puede rechazarla o emitirla en forma modificada; la amplitud en que lo hace varía en un grado muy grande que está determinado, en parte, por la forma en la cual él es su propio oyente. El hablante hábil aprende a eliminar la conducta débil y a manipular variables que generan y fortalecen nuevas respuestas en su repertorio. Esa conducta generalmente se observa en las costumbres verbales de literatura, de ciencia y de lógica. Un análisis de estas actividades, junto con los efectos que causa en el oyente nos lleva a la larga a estudiar el papel que desempeña la conducta verbal en el problema del conocimiento.

Este libro presenta las principales características de tal tipo de análisis. La parte II esquematiza la topografía de la conducta verbal en relación con las variables de control, y la parte III estudia algunas de las consecuencias de la interacción de variables. La parte IV describe la manipulación de la conducta verbal en el acto de componer; mientras que la parte V considera las actividades que entran en juego en la corrección y producción creadora de conducta que generalmente denominamos pensamiento verbal. No se presupone que exista ninguna característica exclusivamente verbal, y los principios y métodos que se emplean están adaptados para el estudio de la conducta humana considerada como un todo. Un tratamiento detallado de la conducta humana en general desde este mismo punto de vista, puede encontrarse en otra obra,[2] pues el presente trabajo constituye una unidad completa.

Una característica importante del análisis es que se dirige a la conducta del hablante y del oyente individuales; no se utilizan conceptos estadísticos basados en datos de grupos. Incluso con respecto al hablante u oyente individual, se utilizan poco los resultados experimentales específicos. Los hechos básicos que aquí se analizan los conocen todas las personas instruidas y no es preciso darles respaldo estadístico o experimental, en el nivel de

[2] Skinner, B. F. *Science and Human Behavior* (Nueva York, 1953).

rigor que aquí se requiere. No hemos intentado revisar la "literatura" relevante; más bien hemos puesto énfasis en el arreglo ordenado de hechos bien conocidos, de acuerdo a una formulación del comportamiento que se deriva de un análisis experimental más riguroso. La presente extensión del análisis a la conducta verbal es, por tanto, un ejercicio en interpretación más que una extrapolación cuantitativa de resultados experimentales rigurosos.

La falta de rigor cuantitativo se compensa, en cierta forma, por la insistencia en que las condiciones a las que nos referimos en el análisis sean, en la medida de lo posible, accesibles y manipulables. La formulación es intrínsecamente práctica y sugiere aplicaciones tecnológicas inmediatas casi en cada estadio. Aunque no se pone énfasis en los hechos experimentales o estadísticos, el libro no es teórico en el sentido tradicional porque no utiliza entidades explicativas hipotéticas. El fin último es la predicción y el control de la conducta verbal.

Problemas generales

LA CONDUCTA VERBAL COMO VARIABLE DEPENDIENTE

Nuestro tema de trabajo es la conducta verbal, y debemos aceptarla tal y como se observa. Al estudiar el habla, tenemos que explicar una serie de complejas actividades musculares que producen ruidos. Al estudiar la escritura o los gestos, nos referimos a otras clases de respuestas musculares. Se ha reconocido desde hace mucho tiempo que ésta es la materia prima de la cual están hechos los idiomas, pero el reconocimiento de este hecho generalmente se ha calificado en forma tal que destruye su punto esencial. Como Jespersen[1] dijo hace muchos años: "La única definición impecable de una palabra es que se trata de un hábito humano". Desafortunadamente consideró necesario añadir: "el acto habitual de un individuo, que tiene o puede tener el efecto de evocar alguna idea en la mente de otro individuo". En forma similar, Bertrand Russell[2] afirma que "así como el acto de saltar es una clase de movimiento . . . la palabra «perro» es [otra] clase"; pero añade que las palabras difieren de otras clases de movimientos corporales en que aquéllas poseen "significados". En ambos casos algo se ha añadido a la descripción objetiva.

Se arguye generalmente que esa adición es necesaria, incluso cuando la conducta no es verbal. Cualquier esfuerzo por estudiar la conducta como un movimiento de las partes de un organismo, se encuentra de inmediato con la objeción de que no puede ser simplemente el movimiento lo que importa, sino más bien lo que significa dicho movimiento para el organismo que se comporta o

[1] Jespersen, O. *Language* (Nueva York, 1922).
[2] Russell, B. *Inquiry Into Meaning and Truth* (Nueva York, 1940).

para el observador. Generalmente se afirma que podemos *ver* significados o propósitos en el comportamiento y que no deberíamos omitirlos de nuestra explicación. Pero el significado no es una propiedad de la conducta como tal, sino de las condiciones bajo las cuales ésta ocurre. Técnicamente, en una explicación funcional los significados se encuentran entre las variables independientes, más que en las propiedades de la variable independiente. Cuando alguien dice que puede ver el significado de una respuesta, quiere decir que es capaz de inferir algunas de las variables de las cuales la respuesta generalmente es función. El problema, aquí descrito, tiene especial importancia en el campo de la conducta verbal, donde el concepto de significado tiene un prestigio poco común.

Al definir la conducta verbal como aquel comportamiento que está reforzado por mediación de otras personas, no especificamos —ni podemos hacerlo— ninguna forma, modo o medio. Cualquier movimiento capaz de afectar a otro organismo puede ser verbal. Podemos señalar la conducta verbal en particular, no sólo por ser la más común, sino porque posee poco efecto sobre el ambiente físico y, por tanto, es casi necesariamente verbal. Pero existen extensos lenguajes escritos, lenguajes de signos y lenguajes en los cuales el "hablante" estimula la piel del "oyente". La conducta audible no vocal (por ejemplo, golpear las manos para llamar a un sirviente o hacer sonar un clarín) y los gestos son verbales, aunque no formen parte de un lenguaje organizado. El telegrafista hábil, por ejemplo, se comporta verbalmente moviendo la muñeca. Algunas de estas formas surgen normalmente sólo después de establecida la conducta verbal, pero no es necesario que ocurra siempre así. Escribir a mano y a máquina puede ser un acto en esencia verbal o una transcripción de una forma verbal previa. El señalar las palabras es una acción verbal, como sin duda lo es todo acto de señalar, dado que es efectivo únicamente cuando altera el comportamiento de alguien. La definición cubre también la manipulación de objetos físicos que se lleva a cabo debido al efecto que tiene sobre la gente, como en el uso de arreos ceremoniales por ejemplo. En el caso de cualquier *medio*, la conducta es tanto verbal como no verbal al mismo tiempo: no verbal en los efectos que posee sobre el medio; verbal en el efecto último que tiene sobre el observador. Los lenguajes ceremoniales, los lenguajes de las flores, de las joyas, etc., tienen poco interés porque poseen vocabularios reducidos y poca o ninguna gramática, pero en todo caso son verbales y caen bajo los términos de la definición.

Tomaremos a la conducta vocal verbal como representativa debido a que es la forma más común de comportamiento. No obstante, donde sea necesario o útil se considerarán problemas paralelos en otras formas de conducta.

Conducta vocal

La conducta verbal vocal se ejecuta por medio de gran cantidad de conjuntos musculares: el diafragma, las cuerdas vocales, las cuerdecillas, la epiglotis, el paladar, la lengua, las mejillas, los labios y la mandíbula. El registro eléctrico o mecánico de la acción de todos los músculos que intervienen en una expresión, sería el registro más completo de ella. Por el momento esto posee solamente un interés teórico, debido a que no se ha hecho aún nada parecido. Afortunadamente, una ciencia de la conducta verbal no necesita esperar a que esto se lleve a cabo. Las respuestas musculares complejas de la conducta vocal afectan el ambiente verbal produciendo "habla" audible, lo cual es un dato mucho más accesible.

El producto acústico de la conducta verbal vocal puede registrarse fonográficamente. El registro puede ser convertido en una forma visible y analizado de forma conveniente en un espectro de intensidad-tono. El registro acústico es menos exacto que un registro de la acción muscular porque supuestamente diferentes pautas musculares producen los mismos sonidos, pero hacer esto es menos factible. Sin embargo, el registro acústico es más conveniente porque utiliza menos términos o dimensiones. Probablemente nada de importancia se pierde, debido a que el científico permanece esencialmente en la misma posición que el oyente y, para muchos propósitos, puede descartar cualquier propiedad de la conducta verbal que no produzca una diferencia en el torrente de sonidos. Incluso así, un reporte acústico nos dice más de lo que generalmente deseamos saber, excepto cuando los detalles acústicos se enfatizan de forma especial y esto pronto se vuelve extraño.

Otra clase de registro se ha hecho posible gracias al descubrimiento de que el habla puede dividirse en los sonidos que la constituyen y a la invención de un alfabeto fonético para representar estos sonidos. (Ambos desarrollos, claro está, precedieron a su estudio científico.) Una muestra de la conducta verbal puede registrarse colocando los símbolos apropiados en el orden correspondiente, como se hace, aunque en forma inexacta, al escribir con el alfabeto. Hasta donde nos interesa en este momento, un registro tal, simplemente posibilita la identificación de algunas propiedades acústicas de una expresión. La transcripción permite al lector construir un facsímil de la conducta que tendrá el mismo efecto sobre la comunidad verbal que la muestra original. Es un registro práctico y económico, porque una cantidad indefinida de eventos acústicos diferentes puede representarse con pocos símbolos.

Este uso del alfabeto fonético no tiene que ver con la significación funcional de las unidades identificadas. Podemos utilizar

la ortografía del inglés para registrar el canto de las aves (*to-whit, to-whoo* o *peewee*) o los ruidos de cosas inanimadas (*pop y boom*), en el sentido de que al leer tales registros en voz alta uno construye un facsímil razonable de los cantos o sonidos originales. Pero esto no significa que las aves o los tambores hablen con "fonemas" del inglés. La función analítica (más que transcriptiva) del fonema en la lingüística moderna surge, por una parte, de una incursión en la fonología —la cual nada tiene que hacer aquí— y, por la otra, del estudio y comparación de las prácticas de comunidades verbales completas. Al lingüista le interesan hechos como los siguientes: *a*) en una comunidad verbal las respuestas *pin* y *bin* poseen diferentes efectos o se llevan a cabo bajo condiciones diferentes, mientras que en otra comunidad verbal tienen el mismo efecto u ocurren bajo las mismas circunstancias; *b*) en una comunidad verbal las respuestas *pit* y *bit* tienen diferentes efectos u ocurren bajo diferentes circunstancias, mientras que en otra comunidad verbal tienen el mismo efecto u ocurren bajo las mismas circunstancias; *c*) en la comunidad verbal en la cual *pin* y *bin* tienen el mismo efecto, se observa que *pit* y *bit* también tienen el mismo efecto; mientras que en la comunidad en la que *pin* y *bin* tienen diferentes efectos, *pit* y *bit* tienen también diferentes efectos. Estos hechos presentan problemas que se encuentran más allá de la mera transcripción de la conducta verbal, porque incluyen referencias a las condiciones de ocurrencia de la conducta verbal o a sus efectos sobre el oyente. Aquí trataremos en forma diferente estos hechos adicionales.

El registro de una expresión en un alfabeto fonético proporciona, claro está, menos información acerca de sus propiedades que un registro acústico; pero no hay nada que objetar a esto si podemos demostrar que las propiedades que se han preservado son las propiedades efectivas de la conducta verbal. Esto nos lleva a un importante principio en el análisis de la conducta. Es preciso distinguir entre un caso de respuesta y una clase de respuestas. Una sola respuesta, como caso de la actividad de un organismo, puede describirse tan completamente como lo permitan las circunstancias. Pero cuando nos interesa la predicción de la conducta *futura*, puede resultar imposible predecir detalladamente a partir de un solo caso o, lo que es más probable, puede que no sea importante hacerlo. Todo lo que deseamos saber es si va a ocurrir o no una respuesta de una clase determinada. Por el término "de una clase determinada", entendemos una respuesta que muestre ciertas propiedades selectas. Es posible que nos interese saber si un hombre va a abrir una puerta, pero no nos importa en qué forma da la vuelta a la perilla. No dejamos de lado detalles como el de dar vuelta a la perilla porque esta conducta carezca de leyes o esté indeterminada; tratamos simplemente el hecho de abrir la puerta, sin preocuparnos por esos

detalles. La propiedad del comportamiento, en virtud de la cual clasificamos una respuesta como "abrir la puerta", es nuestro principal interés. En la misma forma, no necesitamos conocer todos los detalles de una respuesta vocal mientras la pauta de sonidos que la produce logre un efecto dado sobre una comunidad verbal específica. Hay muchas razones prácticas y teóricas para registrar y analizar casos determinados de conducta vocal con todo el detalle que sea posible, pero esto no coincide con nuestro interés en la predicción y el control de la conducta verbal, al menos en el estado actual de la ciencia. El "fonema" fue un reconocimiento temprano del principio de propiedad que define una respuesta. Desafortunadamente para nuestros propósitos actuales, la extensión del concepto a la lingüística diacrónica y comparativa ha oscurecido su relevancia para definir una unidad de la conducta verbal en un hablante.

El problema de los sonidos del habla se aclara más y tal vez pierde parte de su importancia cuando la comparamos con otras formas de conducta. Si la conducta verbal no fuera nunca vocal, no existirían las ciencias de la fonología y la fonética. No obstante, la mayor parte de los problemas que se consideran en el estudio de la conducta verbal seguirían existiendo. Si en una comunidad toda la conducta verbal fuera escrita, tendríamos que *identificar las "marcas del habla" y descubrir sus propiedades* geométricas esenciales. Si un lenguaje así se pareciera a la escritura moderna, tendríamos que estudiar un extenso número de marcas que funcionaran, digamos, como la letra *a*, con el fin de identificar sus rasgos comunes y descubrir qué propiedades podrían ignorarse al explicarlo. Si una comunidad así hablara sólo por medio de máquinas de escribir, por ejemplo, la gama de propiedades sería muy estrecha. La ventaja de un rango estrecho para el lector, lo mismo que para el científico, se sugiere con las instrucciones tan frecuentes de "por favor escriba a máquina o en letras de molde". La grafología nos da una "fonética" rudimentaria de la conducta verbal escrita; aquí también las "significaciones" requieren otras técnicas de análisis.

Una "cita directa" es un registro de conducta verbal que depende más explícitamente del conocimiento de las condiciones bajo las cuales ocurrió dicha conducta. Con frecuencia, sin embargo, apenas es poco más que una transcripción acústica o fonética la que permite al lector reconstruir las propiedades relevantes de la conducta original. El registro hablado de alguien que dijo *Son las cuatro*, realmente reconstruye un caso de conducta verbal. Un registro escrito permite al lector reconstruirlo por sí mismo.

Una técnica que permite la reconstrucción de un dato es algo poco común. La ciencia generalmente no usa ni modelos ni mímica; sus descripciones de los eventos no se parecen directamente a éstos. En el campo de la conducta no verbal, generalmente no

describimos un comportamiento imitándolo. Sin embargo, al hablar un lenguaje que se está estudiando, el científico usa la imitación en lugar del método más común de la descripción, el cual no tiene una correspondencia de uno a uno con la cosa que se describe. (Esta distinción se discutirá en forma más amplia en el capítulo 5.) Russell[3] ha señalado algunos casos raros de la conducta verbal que tienen nombres propios, como el Juramento de la Coronación o la Oración del Señor. Mencionó también el método, que se debe a Gödel, de asignar números a las palabras y, por lo tanto, a todas las oraciones posibles. El sistema de clasificación de una biblioteca permite asignar nombres propios (números de identificación) a las grandes muestras de conducta verbal que se conocen como libros. Sin embargo, no es probable que esto sea el anticipo de un sistema descriptivo en el cual a todas las respuestas verbales se les darán nombres que no guardan más semejanza con las cosas nombradas que las semejanzas que existen entre los eventos y las descripciones en una ciencia cualquiera.

Sin importar cuán tentador sea utilizar la posibilidad especial de una transcripción fonética o de una cita directa para reconstruir la conducta que se está analizando, debe enfatizarse que desde el punto de vista del método científico una expresión como *Son las cuatro* es el nombre de una respuesta. Obviamente no se trata de la respuesta que se está estudiando, porque ésta la ejecutó otra persona en alguna otra ocasión; simplemente se parece a esa respuesta en su forma. Las condiciones responsables de la emisión de la respuesta original pueden no tener nada en común con las condiciones responsables de la emisión de la respuesta por parte del científico que describe la situación. Esta práctica denominada hipóstasis es una anomalía del método científico. El campo de la conducta verbal se distingue por el hecho de que los nombres de las cosas de las cuales trata son acústicamente similares a las cosas mismas. Como ha dicho Quine: "Una cita no es una descripción sino un jeroglífico; designa un objeto no describiéndolo en términos de otros objetos, sino retratándolo".[4] Quine se refiere aquí al reporte escrito de la conducta verbal. Esto no es posible en ninguna otra ciencia, porque en otras ciencias los nombres y las cosas nombradas no poseen estructuras similares.

Una cita generalmente es algo más que una trascripción acústica o fonética, un jeroglífico o un nombre. En primer término, es común que la cita divida en partes una muestra continua de conducta, aunque esto no es inevitable. Tales divisiones no necesitan reflejar las pausas reales u otras propiedades de las pautas temporales o enfáticas de la conducta. Al referirnos a un episodio del habla, lo separamos no sólo en las letras con que se repre-

[3] Russell, B. *Inquiry Into Meaning and Truth* (Nueva York, 1940).
[4] Quine, W. V. *Mathematical Logic* (Nueva York, 1940), pág. 26.

sentan sus sonidos, sino en unidades mayores llamadas palabras u oraciones, que son a su vez representadas por divisiones especiales o por puntuación. La diferencia entre un informe fonético y una cita directa se nota en el entrenamiento que se requiere en ambos casos. Un pequeño repertorio fonético será suficiente para trascribir el habla inglesa con fines de reconstrucción; pero es preciso aprender miles de "palabras" diferentes antes de que sea posible escribir efectivamente las citas directas. El proceso incluye, claro está "aprender a deletrear" y, en particular, a distinguir entre homófonos. La habilidad se adquiere generalmente en el proceso de aprender a escribir y, una vez adquirido, con frecuencia se da por hecho. Tendemos a pasar por alto que tuvo lugar realmente un proceso de análisis.

Tendemos también a pasar por alto que en una cita directa estamos haciendo inferencias acerca de las condiciones bajo las cuales se emitió la respuesta, o acerca de sus efectos característicos sobre el oyente. Puede hacerse una trascripción fonética bastante buena del idioma que uno no habla o, como a veces nos demuestran los estenógrafos, de un lenguaje con el cual estamos familiarizados, pero sin reaccionar ante él como oyentes. Sin embargo las unidades de la cita directa especifican respuestas verbales como unidades bajo control funcional. En inglés, al distinguir entre *through* y *threw* ('a través" y "lanzó"), o entre *send me two* y *send me, too* ("envíame dos" y "también envíame"), estamos especificando las condiciones normales bajo las cuales se emite la respuesta o sus efectos normales sobre un oyente. En la cita *indirecta* se pone mayor énfasis en estas variables adicionales. La respuesta *Él dijo que iba a ir* nos permite hacer solamente una reconstrucción muy aproximada de la verdadera respuesta verbal, ya que de la posible respuesta original *Voy a ir*, solamente sobrevive "ir" y no podemos estar seguros de que el hablante haya emitido realmente otra respuesta característica de la misma situación. Pero sabemos con cierta certeza qué clase de situación fue y qué clase de efecto pudo haber tenido la expresión.

Una unidad de conducta verbal

Del registro muscular o acústico de la conducta verbal, seguimos a la transcripción fonética y llegamos a las citas directas e indirectas, y al hacerlo retenemos menos y menos información acerca de un caso específico. Esta pérdida de detalle puede tolerarse si las propiedades esenciales necesarias para la predicción se siguen describiendo. Al mismo tiempo comenzamos a añadir inferencias o hechos acerca de las condiciones bajo las cuales se emitió la respuesta. Al dedicarnos a predecir o controlar la conducta verbal debemos, claro está, tomar en cuenta tales variables adicionales, pero es preciso clarificar su estatus. Las unidades tra-

dicionales de la conducta verbal nunca hacen una distinción clara entre lo que se observa y lo que se infiere. Consideremos, por ejemplo, el concepto "palabra". Tal como la usan el hombre común y muchos lingüistas, una palabra puede no ser más que una expresión ("deseo cambiar unas palabras con usted" o "ésta es mi última palabra"), puede ser una subdivisión convencional de una expresión ("lo que en inglés serían dos o tres palabras, en alemán a menudo se dice con una sola palabra"), un elemento supuesto o real ("buscar una palabra" o "poner juntas las palabras") o algo que es común a dos o más formas de comportamiento ("una palabra puede hablarse o escribirse"). Con menor justificación hablamos de la misma palabra en dos idiomas ("el inglés y el francés utilizan la misma palabra para decir acordar: «accord»"), en dos casos históricos de una misma lengua en dos formas íntimamente relacionadas ("«brillante» es una palabra que quiere decir lo mismo que «diamante»"). Algunas veces al concepto "palabra" parece ser solamente un elemento estándar del léxico (la palabra "fast" [rápido]).

Lo que necesitamos para nuestros propósitos actuales —y que es algo a lo que ocasionalmente se aproxima al concepto "palabra" en su sentido tradicional— es una unidad de conducta compuesta de una respuesta de forma identificable que esté funcionalmente relacionada con una o más variables independientes. En términos tradicionales, podemos decir que necesitamos una unidad de comportamiento definida en términos tanto de "forma como de significado". El análisis de la conducta no verbal ha aclarado la naturaleza de dicha unidad bajo condiciones de laboratorio, en las cuales la utilidad de la unidad puede ser sometida a pruebas rigurosas. Una extrapolación de este concepto al campo verbal tiene gran importancia para el análisis que se presentará a lo largo del libro. Las clases de conducta que generalmente nos interesan tienen —como hemos visto— un efecto en el medio ambiente, el cual tiene un efecto en el organismo. Tal conducta puede distinguirse de las actividades que se refieren principalmente a la economía interna del organismo, denominando a las actividades que operan sobre el ambiente "conducta operante". Cualquier unidad de tal comportamiento es convenientemente denominada "operante". Para la mayor parte de nuestros propósitos, el término "operante" es intercambiable con el término tradicional "respuesta" , pero los términos nos permiten distinguir entre un *caso* de conducta ("Fulano de tal se fumó un cigarrillo entre las 2 y las 2:10 p. m. de ayer") y la *clase* de conducta ("fumar cigarrillos"). El término respuesta se usa con frecuencia para ambas situaciones, aunque difícilmente implica el segundo significado. La descripción de un caso de comportamiento no requiere una descripción de las variables relacionadas con dicho caso ni de su relación funcional. El término operante, por otra parte, se re-

fiere a la predicción y control de una *clase* de conducta. Aunque observamos sólo casos particulares, también nos interesan las leyes que especifican las clases.

Esta distinción hace surgir el problema del formalismo. Una respuesta, como un caso, puede describirse completamente como una *forma* de conducta. Una operante especifica al menos una relación con una variable —el efecto que la conducta tiene sobre el ambiente en forma característica, aunque tal vez no en forma inevitable— y, por tanto, no es una unidad puramente formal. Una especificación formal no puede evitarse porque se puede decir que una respuesta es un caso de una operante sólo si se identifica objetivamente. Pero no basta con la identificación. Como un caso de una operante verbal, la respuesta debe ocurrir como una función de cierta variable. En esta forma podemos distinguir entre la operante *fast* ("rápido"), en la cual la variable de control se comparte con la operante *speedy* ("veloz"), y la operante *fast* ("adelantado"), en la cual la variable de control es similar a la de la operante *fixed* ("fijo").

Un problema de vieja data en el análisis de la conducta verbal, es el relativo al tamaño de la unidad. Las unidades lingüísticas estándar son de diversos tamaños: por debajo del nivel de la palabra están las raíces y los sufijos o, en forma más rigurosa, las unidades menores "con significado" que llamamos morfemas; por encima del nivel de la palabra vienen las frases, los modismos, las cláusulas, las oraciones y así sucesivamente. Cualquiera de éstas puede tener unidad funcional como una operante verbal. Un fragmento de conducta tan pequeño como un sonido aislado del habla o incluso un tono o una pauta enfática, pueden estar bajo el control independiente de una variable manipulable (encontraremos evidencias de estas operantes verbales "atómicas" más adelante). Por otra parte, puede demostrarse que un extenso fragmento de conducta —tal vez una frase como *la gran mayoría*, o *cuando se dice se hace*, o *la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad*, o incluso una oración completa como *La prisa conduce a la ruina*— varía si está bajo un control funcional unitario semejante. Aunque partes de estas operantes mayores tengan la misma forma como partes de otras operantes o incluso como unidades completas, es posible que no exista interacción funcional entre ellas. Si esto parece contradecir el análisis lingüístico tradicional, debemos recordar que la operante verbal es exclusivamente una unidad de conducta del hablante individual. La unidad funcional de una operante mayor y la extensión en la que la presencia de esa operante en el repertorio del hablante pueda afectar operantes de forma semejante, es algo que debe decidirse estudiando la conducta de dicho hablante. En las prácticas características de una comunidad verbal, puede no ser posible establecer la unidad funcional de una muestra de conducta de este tamaño.

Observamos que el hablante posee un *repertorio verbal*, en el sentido en que respuestas de varias formas aparecen en su conducta de tiempo en tiempo en relación con condiciones identificables. Un repertorio, como colección de operantes verbales, describe la conducta *potencial* de un hablante. Preguntar dónde está la operante verbal cuando la respuesta no se está emitiendo, es como preguntar dónde está el reflejo rotuliano cuando el médico no está golpeando el tendón patelar. Un repertorio de conducta verbal es una construcción conveniente. La distinción entre "operante verbal" y "palabra" es análoga a la distinción entre "repertorio verbal" y "vocabulario". Se dice que una persona posee un vocabulario de tantos miles de palabras, si tales palabras se observan en su conducta verbal durante un determinado periodo. Pero el vocabulario generalmente se considera como un depósito de herramientas inanimadas, del cual el hablante hace la elección apropiada cuando habla. Aquí no sólo nos interesa el hecho de que se observan ciertas formas específicas de conducta verbal, sino también que ellas se observan bajo circunstancias específicas. Estas circunstancias de control añaden un aspecto dinámico al "repertorio", que no existe en el "vocabulario".

Probabilidad de respuesta

Algunas partes de un repertorio verbal tienen más probabilidad de ocurrir que otras. Esta probabilidad es un concepto extremadamente importante, pero de muy difícil concepción. Nuestra información básica no es la ocurrencia de una respuesta dada como tal, sino la probabilidad de que ocurrirá en un tiempo determinado. Toda operante verbal puede considerarse poseedora, bajo condiciones específicas, de una probabilidad asignable de emisión que es conveniente llamar su "fuerza". Basamos la noción de fuerza de la operante en varias clases de evidencia.

Emisión de respuesta

Si una respuesta se emite, la operante probablemente es fuerte. Sin embargo, si las circunstancias son inusitadas, la emisión es un mejor signo de fuerza. En un tipo de desliz verbal, por ejemplo, la respuesta que se introduce o trastorna la conducta (véase capítulo 11) no es apropiada para la situación inmediata y, por tanto, parece ser sumamente fuerte. Una respuesta que aparece en circunstancias inapropiadas, difíciles o ambiguas, pero que no es un desliz verbal, probablemente es fuerte por la misma razón.

El científico que continúa hablando durante un juego de futbol muy emocionante o en un tren muy ruidoso y el hablante que no se deja interrumpir, presentan evidencias de repertorios

de conducta muy fuertes. Otras formas de conducta verbal —por ejemplo, escribir— muestran evidencia de la misma clase.

Entre las circunstancias inusitadas que presentan evidencia de fuerza, podemos incluir los estímulos verbales inadecuados; del hecho de ver uno su nombre escrito en un material poco claro o mal expuesto, o de oírlo en una habitación en la que hay mucho ruido, por ejemplo, podemos inferir que el nombre de uno tiene gran fuerza en el propio repertorio.

Nivel de energía

La emisión de una respuesta es una medida que no admite término medio, se emite o no. Nos permite inferir la fuerza sólo en términos de la adecuación de las condiciones bajo las cuales ocurre dicha emisión. Una segunda clase de evidencia sugiere que la fuerza se encuentra en un continuo que va desde cero hasta un valor muy alto. Una respuesta puede ejecutarse con cierta energía, lo cual no debe confundirse con "fuerza" como sinónimo de "probabilidad". La energía parece variar con la probabilidad y frecuentemente se acepta como una medida de fuerza.[5] Un ¡NO!, enérgico y prolongado, no sólo es una respuesta fuerte, sino que sugiere una fuerte *tendencia* a responder, la cual no podría ser fácilmente superada por fuerzas que compitieran con ella. Por otra parte, un NO breve y tímido se acepta como un caso de operante débil, a partir de la cual inferimos alguna inadecuación en las variables independientes. La energía relativa permite una inferencia semejante. De la respuesta *una cometa* ROJA, podemos concluir que lo rojo tuvo especial importancia para el hablante; mientras que de la respuesta *una* COMETA *roja*, inferimos la efectividad especial de la cometa misma como una variable. Bajo ciertas circunstancias, un cambio en el nivel de energía puede ocurrir rápidamente, como en el caso del señor Winkle, en *Pickwick Papers*, quien antes de caer en un sueño alcohólico gritó:

> "Denme otra botella", comenzando en voz muy alta
> y terminando en una muy débil.

Otras propiedades de la conducta verbal varían con el nivel de energía. En los niveles bajos la parte de la respuesta que produce la "voz", baja hasta convertirse en una especie de murmullo familiar. En el otro extremo del continuo se afectan propiedades topográficas. Debido probablemente al mecanismo del aparato fonador, el nivel de tono de una respuesta tiende a variar con la

[5] Es posible que la energía y la probabilidad covaríen sólo después de que la energía de la respuesta se ha reforzado diferencialmente (véase *Science and Human Behavior*, pág. 95).

energía. Manteniendo iguales las otras cosas, entre más alta sea la respuesta, más alto es el tono. El nivel de tono puede, por tanto, tomarse algunas veces como un indicador de fuerza. En la conducta de los niños pequeños, una "llamada de atención" en voz baja y difícilmente audible emitida en una situación social determinada y los gritos que surgen de un patio de juegos, sugieren la escala de posibles valores. Otras formas de conducta verbal poseen generalmente una escala más limitada.

En la conducta verbal escrita, puede encontrarse cierta indicación de fuerza en el tamaño de las letras, en la presión de la pluma, en los subrayados y así sucesivamente. En la imprenta, el tipo de letra se elige con criterios comparables. Éstos son ahora principalmente asuntos convencionales, pero mantienen ciertos rasgos de la variación original que tienen que ver con la fuerza de la operante.

Velocidad

Otra propiedad de la conducta verbal emitida es la velocidad con la cual las partes sucesivas de una muestra se siguen unas a otras, o la velocidad con la que una respuesta aparece después de la ocasión en la que ha surgido. En general, aceptamos la implicación de que la conducta verbal fuerte es rápida y que el lenguaje vacilante indica poca fuerza. Una respuesta rápida en un hablante nos muestra que él está "fuertemente inclinado a responder"; la demora en responder nos lleva a sospechar que posiblemente algo falta en las circunstancias de control. La debilidad puede deberse a conductas competitivas. Un hombre que está embebido en un libro puede responder a una llamada o contestar una pregunta con demoras del orden de varios segundos. En los niños pequeños, cuando la conducta verbal es débil debido a que todavía está en proceso de ser adquirida, a veces se observan demoras del orden de varios minutos. Supongamos que un niño de trece meses ha adquirido la respuesta *luz*. En una ocasión se le muestra una luz y se le pregunta "¿Qué es esto?, ¿qué es aquello?" No emite ninguna respuesta al menos durante un minuto completo y dejamos de intentar que responda. El niño regresa a jugar y entonces emite la respuesta claramente. En la conducta patológica las demoras pueden ser aún mayores. Una descripción temprana de este ejemplo se debe a Head,[6] quien le pidió a uno de sus pacientes afásicos que contara; el paciente no lo hizo sino *hasta diez minutos después*, cuando empezó de repente a decir *Uno, dos tres, cuatro*... Algunas veces inferimos la fuerza de la conducta verbal por la velocidad con la que se contesta una carta, y los trazos de velocidad que quedan en la escritura nos proporcionan otra evi-

[6] Head, H., *Aphasia* (Nueva York, 1926).

dencia similar. El gesto ansioso es un ejemplo de la velocidad de la respuesta en otro modo de conducta verbal.

Repetición

Una posible tercera indicación de la fuerza relativa de una respuesta es su repetición inmediata. En lugar de decir ¡NO! con gran energía, uno puede decir *¡No! ¡No! ¡No!* Una clase de repetición mayor es aquella de *¡Mil veces no!* Sin embargo, la energía y la repetición pueden combinarse. Ocasionalmente es posible observar una declinación de fuerza cuando las respuestas sucesivas disminuyen en energía, tono y velocidad: **¡NO!** ¡NO! ¡No! *no.* La repetición aparentemente es responsable de una clase de expresiones que implican un énfasis especial, por ejemplo: *Ven, ven, ven,* y *Ahora, ahora.* Expresiones tales como *Otra* y *otra vez, redondo redondo* o *miles y miles,* se complican por principios adicionales, pero probablemente muestran también el efecto de la fuerza. La respuesta *Un error muy, muy grande,* sirve en remplazo de *Un error* ***MUY*** *grande.* La repetición puede ser disuelta por intervención de la conducta. En la respuesta *No, no es así, claro que no, no se trata de lo que yo piense,* la fuerza excepcional de la forma *no* es clara en esta repetición.

Limitaciones en la evidencia de la fuerza

Es fácil sobrestimar la significación de estos indicadores. Si dos o más propiedades del comportamiento indican la misma cosa, deben variar juntas; pero la energía, velocidad y repetición no siempre satisfacen esta prueba. Nosotros clasificamos a la gente de acuerdo con la fuerza general de su conducta verbal en una forma que sugiere que nuestras medidas se asocian muy de cerca: Por ejemplo, la persona expansiva (cuando *es* expansiva) habla en voz alta, rápidamente y repite mucho lo que dice; mientras que la persona taciturna habla suavemente, en voz baja y pocas veces repite lo que dice. Pero en ocasiones extraordinarias estas medidas se alteran debido a otras circunstancias, y se hace necesario explicar las excepciones. Por ejemplo, una respuesta mal memorizada puede demorarse porque es débil, pero durante la demora se incrementa el carácter aversivo de la situación y cuando finalmente se emite la respuesta, su nivel de energía puede ser muy alto. La aparente discrepancia entre la demora y el vigor de la respuesta, requiere un análisis especial.

Otra complicación radica en que nuestras medidas —el nivel de energía, la velocidad de la respuesta y aun la repetición— entran en la construcción de diferentes *formas* de respuesta. En inglés esto no presenta mayor dificultad. Los niveles absolutos de tono e intensidad no son "distintivos" ni tampoco son impor-

tantes los niveles relativos de tono. Sin embargo, los cambios de tono distinguen diferentes tipos de expresiones. La energía de la respuesta no puede considerarse como un indicador inevitable de fuerza al convertir, por ejemplo, *DE-sert* (desierto) en una respuesta diferente a *de-SERT* (postre). La prolongación de un sonido no significa necesariamente fuerza cuando sirve como "cantidad", y su reduplicación no siempre es un caso útil de repetición de la forma.

La energía, la velocidad y la repetición, se afectan por las condiciones especiales de reforzamiento. Hablamos más enérgicamente al sordo y con más lentitud a quien tiene dificultad para seguir lo que decimos; pero repetimos en ambos casos. La repetición puede ser necesaria en un trasfondo ruidoso (¡Oye! ¡Oye!). Cuando le hablamos a una persona a distancia, subimos el nivel de energía y tono de voz, y prolongamos cada sonido cuando es posible hacerlo. Una respuesta alta y rápida tiene mayor probabilidad de conseguir resultados en una situación competitiva que, por ejemplo, al hablar en un salón de clase. Podemos considerar tales condiciones especiales al evaluar cualquier medida determinada sólo al inferir la fuerza de la operante, no del hecho de que la persona habla fuerte, sino del hecho de que habla con un nivel de energía que está por encima del que ordinariamente prevalece *bajo las mismas circunstancias.* Hay cierto consuelo en el hecho de que los cambios de fuerza que se encuentran en estas condiciones especiales generalmente exageran la fuerza "natural". Esto puede conducirnos a estimar mal la importancia relativa de un indicador, pero no su dirección ni su signo.

Desafortunadamente, otra clase de consecuencias se oponen a las evidencias normales de la fuerza de la operante. Los valores extremos de cualquiera de estas propiedades interfieren con sus efectos sobre el oyente. La comunidad verbal, como un grupo de oyentes, obliga a hablar con un nivel estándar de velocidad, energía y repetición: si un niño habla alto, se le dice que no grite; si no modula bien se le pide que hable claro; si vacila al hablar, se le pide que se apure; si sus palabras se emiten en desorden, se le dice que piense antes de hablar. Repetir lo que uno está diciendo se considera malo, y negar dos veces —que es solamente el resultado inocente de un *No* fuerte— se considera antigramatical e ilógico.

Sin embargo, si los indicadores se oscurecen por estos intereses en conflicto, permanece la evidencia de la fuerza. Aún tenemos inferencias prácticas que hacer sobre la conducta de un hablante, de su energía, velocidad, y repetición. Una nivelación completa no se logra nunca, y de hecho es algo a lo cual se opone la comunidad verbal. En algunas clases de conducta verbal —por ejemplo, al leer en voz alta— la variable de control genera comportamiento en un nivel constante de fuerza. A excepción de las

respuestas no familiares o mal aprendidas, un texto generalmente no fortalece una respuesta en oposición a otra. Pero una serie de respuestas de energía y velocidad uniformes no es algo efectivo para el oyente. El lector, entonces, fortalece la introducción de falsos signos de fuerza. Él lee *como si* su conducta estuviera determinada no por el texto, sino por un conjunto de variables similares a las del habla "real". Es importante señalar que esto lo hace modulando el tono, la energía y la velocidad. A partir de estos indicadores de fuerza, el oyente infiere un conjunto plausible de condiciones determinantes. Esto quiere decir que el lector ha "interpretado" correctamente el texto.

También proporcionamos indicadores por otras razones. Si nos muestran una importante obra de arte y exclamamos: *¡Magnífico!*, la velocidad y energía de la respuesta no se pierden. Podemos acentuar el efecto repitiendo: *¡Magnífico, magnífico, simplemente magnífico!* Esto lo entienden bien todos los que forman parte de una cultura que simula las características de fuerza, sea que estén presentes las variables independientes apropiadas, o que no lo estén; esto significa que la obra de arte ofrece la ocasión para que esa conducta verbal se presente naturalmente fuerte. Difícilmente sería éste el caso, si la significación de nuestros indicadores hubiera estado totalmente oscurecida por otras consideraciones.

Frecuencia global

Un tercer tipo de evidencia es la frecuencia global con la que aparece una respuesta en una extensa muestra de conducta verbal. Por ejemplo, el número de veces que un hablante dice *Yo, mi, mío*, algunas veces se considera como indicativo de la fuerza de su conducta con respecto a sí mismo, como variable de control —su "egocentricidad" o "amor propio". Otras respuestas se han usado para indicar otros temas. Con medidas como éstas puede demostrarse que los intereses de un escritor cambian de año en año, que se torna más o menos preocupado por el sexo, la muerte o cualquier otro tema. La práctica reconoce la noción general de una probabilidad variable de respuesta y la relevancia de la frecuencia global para medirla, pero esta interpretación depende de presupuestos que no siempre están justificados.

Con frecuencia los conteos de palabras intentan desarrollar un análisis puramente formal de la variable dependiente. La conducta verbal se estudia sin tener en cuenta las circunstancias bajo las cuales se emite. Pero aunque pueda ser útil saber que una respuesta determinada se emite con frecuencia, también es importante conocer las condiciones en las que prevalece. Como nuestra unidad de análisis no es puramente formal, no podemos estar seguros de que todos los casos de una respuesta sean ma-

nifestaciones de la misma operante. Tampoco podemos estar seguros de que la frecuencia no pueda atribuirse principalmente a la frecuencia con que se presentan las variables de control. En el caso del egocentrismo, el hablante mismo está siempre presente y su inclinación cambiante a hablar del tema puede ser significativa; pero una respuesta como la palabra *nieve* varía supuestamente con las estaciones. Es posible que un cambio en la frecuencia no refleje un cambio en la tendencia a "hablar de la nieve cuando la nieve está presente", sino que solamente puede reflejar ciertas circunstancias cambiantes. Incluso la frecuencia de respuestas tales como las palabras *Yo, mi y mío,* pueden variar como una función del oyente a quien se dirige la conducta verbal. No se puede usar un cambio de frecuencia para inferir un cambio en la tendencia subyacente a emitir tales formas de conducta verbal, a menos que sepamos si el oyente está presente o no.

Aunque las frecuencias globales son datos interesantes y a menudo satisfactorios, se alejan de nuestro programa de tratar con el hablante individual en una ocasión determinada. Con frecuencia esos datos son más relevantes para estudiar las prácticas características de una comunidad verbal dada y, por tanto, son la preocupación más común de los lingüistas. Sin embargo algunas veces pueden usarse tales datos al inferir los procesos característicos en el hablante individual.

La probabilidad y el caso individual

Aunque el idioma inglés contiene muchas expresiones que sugieren que el concepto de probabilidad de la respuesta es un concepto familiar y útil, quedan ciertos problemas por resolver al utilizar este concepto en el análisis de la conducta. Bajo condiciones de laboratorio, la probabilidad de la respuesta se estudia fácilmente en un organismo individual, como frecuencia de la respuesta. Bajo estas condiciones se puede demostrar que los cambios simples en la frecuencia de las respuestas son funciones precisas de variables específicas, y tales estudios proporcionan algunos de los datos más confiables acerca del comportamiento con que contamos en la actualidad. Pero es preciso pasar del estudio de las frecuencias a la consideración de la probabilidad de un solo evento. El problema no es exclusivo del área del comportamiento; por el contrario, es un problema fundamental en todos los casos en que los datos de una ciencia son probabilísticos, y esto abarca las ciencias físicas en general. Aunque los datos en los cuales basan sus conceptos de probabilidad tanto el hombre común, como el científico están dados en forma de frecuencias, ambos se refieren a la probabilidad *de un solo evento que está por ocurrir.* En capítulos posteriores consideraremos la forma en la cual diversas variables, que se combinan en un mo-

mento dado, aportan la fuerza para una respuesta determinada. Al hacerlo, parecería que fuéramos más allá de la interpretación de la probabilidad como frecuencia, pero nuestra evidencia acerca de la contribución de cada variable se basa solamente en las observaciones de las frecuencias.

VARIABLES INDEPENDIENTES Y PROCESOS RELACIONADOS

La probabilidad de que una respuesta verbal determinada ocurra en un momento dado es el dato básico para predecir y controlar la conducta; en un análisis funcional, tal probabilidad es la "variable dependiente". Las condiciones y eventos que debemos estudiar con el fin de lograr la predicción o el control —esto es, las "variables independientes"— es nuestra siguiente preocupación.

Condicionamiento y extinción

Cualquier operante, verbal o de otra clase, adquiere su fuerza y la mantiene cuando las respuestas van seguidas frecuentemente por el evento que llamamos "reforzamiento". El proceso de "condicionamiento operante" es más notorio cuando la conducta verbal se adquiere por vez primera. Los padres hacen que el niño adquiera un repertorio de respuestas reforzando muchos niveles de una misma respuesta. Obviamente, la respuesta debe aparecer por lo menos una vez antes de que pueda ser fortalecida por medio del reforzamiento. De esto no se sigue, sin embargo, que todas las formas complejas de la conducta del adulto estén en el repertorio vocal incondicionado del niño. Los padres no necesitan esperar que emerja la respuesta verbal del niño en su forma final. Podemos construir respuestas muy complejas en el comportamiento de un organismo por medio del procedimiento que se ilustra en el siguiente experimento. Queremos condicionar un palomo a que camine por el piso de su jaula describiendo la forma de un número 8. Supongamos que el palomo tiene hambre y que le podemos dar alimento en forma rápida y conveniente como reforzador. No necesitamos esperar hasta que el palomo camine en la forma de 8 con el fin de reforzar su conducta. Comenzamos reforzando cualquier conducta que sea parte de la pauta final. Si el palomo permanece relativamente quieto, podemos comenzar a reforzar cualquier ligero movimiento. El ave pronto se tornará activa aunque no presente ninguna pauta específica. Entonces retiramos el reforzamiento hasta que el ave comience a girar en una dirección específica, digamos en la dirección de las manecillas del reloj. El más mínimo movimiento en esta dirección se refuerza de inmediato. Más tarde se retira el reforzamiento hasta

que el animal ejecuta un movimiento más amplio. Pronto aparecen movimientos circulares completos. Este resultado es la mitad del que deseamos. Entonces, la operante se extingue parcialmente retirando los reforzamientos hasta que el ave dé vuelta en la dirección contraria a la de las manecillas del reloj. Puede ser necesario reforzar ocasionalmente un movimiento en la dirección de las manecillas del reloj. A la larga el ave dará vueltas completas en ambas direcciones. Las dos partes de la pauta de conducta se han presentado, pero no en el orden requerido todavía. Entonces podemos esperar a que aparezca la pauta en forma de 8 antes de reforzar. Bajo condiciones apropiadas, la relativamente compleja ejecución final puede lograrse en un periodo muy corto.

Al enseñar a un niño pequeño a hablar, las especificaciones formales sobre las cuales se hace contingente el reforzamiento al principio son muy flojas. Cualquier respuesta que se parezca vagamente a la conducta estándar de la comunidad es reforzada; cuando dichas respuestas comienzan a aparecer frecuentemente, se insiste en una aproximación más cercana. En esta forma se pueden lograr pautas de conducta verbal muy complejas. (Veremos en el capítulo 4 que hay otras maneras de evocar una respuesta compleja con el fin de reforzarla. El presente método de "aproximaciones sucesivas" sólo es relevante en los primeros estadios de formación de un repertorio verbal, generalmente.)

Si las contingencias de reforzamiento se aflojan por alguna razón, las propiedades de la respuesta verbal experimentan un cambio en la otra dirección. La degeneración de las formas de órdenes militares es un ejemplo de esto. Consideremos a un sargento con un escuadrón nuevo al que desea condicionar para que siga sus órdenes. El sargento comienza con una respuesta prestada de la comunidad verbal, por ejemplo la respuesta *¡Marchen!* Al comienzo puede ser necesario que la respuesta se enuncie claramente, pero el escuadrón pronto ejecuta la respuesta apropiada sin considerar muchas de las especificaciones de la orden, en parte porque otros aspectos de la situación comienzan a controlar el comportamiento. La forma de la respuesta verbal se degenera entonces de forma característica y puede, a la larga, llegar al grado de ser una simple emisión de aire que produce un sonido, pero con poca o ninguna forma. La forma final es efectiva sólo porque la conducta apropiada del escuadrón sobrevive al deterioro de la conducta del sargento. El escuadrón, como un grupo de oyentes, se ha reacondicionado progresivamente. Sin embargo, un nuevo escuadrón puede recordar la forma más específica de respuesta en la conducta del sargento.

Las consecuencias del reforzamiento siguen siendo importantes después de que se ha adquirido la conducta verbal. Su función principal es, entonces, mantener la fuerza de la respuesta. La

frecuencia con que el hablante emite una respuesta depende, si las demás cosas se mantienen iguales, de la frecuencia global de reforzamiento de una comunidad verbal dada. En caso contrario, si el refuerzo cesa completamente por algún cambio de circunstancia, la operante se debilita y puede desaparecer en el proceso de "extinción".

Por tanto, el reforzamiento operante es simplemente una forma de controlar la probabilidad de ocurrencia de cierta clase de respuestas verbales. Si queremos hacer que una respuesta determinada sea altamente probable, arreglamos las cosas para que el reforzamiento de muchos casos sea efectivo. Si queremos eliminar una respuesta del repertorio verbal, organizamos las cosas para que el reforzamiento de tal respuesta no continúe. Cualquier información acerca de la frecuencia relativa del refuerzo que es característica de una comunidad verbal dada, es obviamente importante para predecir dicha conducta.

Control de estímulos

Un niño adquiere su conducta verbal cuando las vocalizaciones relativamente carentes de pauta, que se refuerzan selectivamente, asumen de manera gradual formas que producen las consecuencias apropiadas en una comunidad verbal dada. Al formular este proceso no necesitamos mencionar los estímulos que ocurren antes de la conducta que se desea reforzar. Es difícil, si no imposible, descubrir estímulos que evoquen respuestas vocales específicas en el niño pequeño. No existe un estímulo que haga decir a un niño *b*, *a* o *e*, pero sí es posible hacer que el niño secrete saliva colocándole una gota de limón en la boca, o hacerle que contraiga la pupila colocándole una luz brillante cerca de los ojos. Las respuestas no elaboradas a partir de las cuales se construye la conducta verbal no son "evocadas". Con la finalidad de reforzar una respuesta determinada, simplemente esperamos que ocurra.

Sin embargo, los estímulos previos son importantes en el control de la conducta verbal; y lo son porque entran en una contingencia triple de reforzamiento que puede expresarse en la forma siguiente: en presencia de un estímulo determinado, una respuesta dada va seguida de manera característica de un reforzamiento determinado. Tal contingencia es una propiedad del ambiente. Cuando esta contingencia prevalece, el organismo no sólo adquiere la respuesta que logra el reforzamiento, sino que tal respuesta tiene mayor probabilidad de emisión en presencia del estímulo previo. El proceso por el cual esto ocurre se denomina "discriminación de estímulos", y se ha estudiado exhaustivamente en la conducta no verbal. Muchos ejemplos serán descritos más adelante.

Motivación y emoción

Aunque el reforzamiento es la base del control de una respuesta, no se utiliza como tal reforzamiento cuando ejercemos un control posterior. Reforzando con dulces fortalecemos la respuesta *¡Dulce!*, pero la respuesta se emite sólo cuando el niño —como se dice usualmente— quiere comer dulces. Posteriormente controlamos la respuesta no por medio de más reforzamientos, sino deprivando o saciando al niño con dulces. Las respuestas no verbales se controlan en la misma forma. Sea que una puerta se abra con una perilla o diciendo *¡Fuera!*, hacemos que la respuesta tenga mayor o menor probabilidad alterando la deprivación que se asocia con el reforzamiento de pasar a través de la puerta. Si la respuesta se ha reforzado en diferentes formas, podemos controlarla cambiando no la deprivación, sino el reforzamiento que va a llegar. Aumentamos la probabilidad de que un hombre atraviese un cuarto colocando en uno de los extremos de la habitación un objeto reforzante para él. Removiendo ese objeto o, mejor aún, colocándolo cerca del hombre, reducimos la probabilidad de que él cruce la habitación.

Cuando una operante es adquirida se convierte en un miembro de un grupo de respuestas que varían con la deprivación relevante. Un hombre puede conseguir un vaso de agua en muchas formas: estirando la mano y tomando el vaso, abriendo la llave del agua, sirviéndose agua de una jarra, etc. La operante verbal *¡Agua!* pronto se convierte en parte de este grupo al reforzarse con agua. Las probabilidades de todas las operantes reforzadas en esta forma varían en conjunto. Es más probable que ocurran toda clase de respuestas cuando deprivamos a la persona de agua o cuando hacemos que la pierda por medio de ejercicios físicos violentos, dándole a comer sal que es preciso excretar o elevando la temperatura del ambiente para que sude, por ejemplo. Por el contrario, hacemos que todas estas respuestas tengan menor probabilidad haciendo que el hombre beba gran cantidad de agua.

Tales operaciones, afirma el hombre común, crean o producen un "estado de sed". Este concepto sólo es válido o útil en la predicción y control de la conducta, en la medida en que lo son las observaciones sobre las cuales descansa el concepto. Los eventos importantes son las operaciones que se dice cambian el estado de sed. Al predecir y controlar la respuesta verbal *¡Agua!*, no cambiamos la sed directamente; nos dedicamos a ejecutar ciertas operaciones que se dice la cambian. Es más sencillo omitir cualquier referencia a un "impulso" ("drive") y decir que la probabilidad de la respuesta *¡Agua!* puede cambiarse por tales operaciones.

Sin embargo, supongamos que nuestro hablante además de beber agua, también la ha utilizado para apagar el fuego. Hasta

que hayamos sometido a prueba este punto, no podemos estar seguros de que la respuesta adquirida cuando se le reforzó con agua teniendo sed, sea emitida cuando se incendie el cesto de la basura. Si existe alguna conexión funcional, debe encontrarse en ciertos eventos comunes al hecho de beber agua y de extinguir el fuego. Si la respuesta *¡Agua!* ha sido reforzada con la estimulación visual proporcionada por el acto previo de llevarla a la boca, y si esta estimulación toma parte en el control de la conducta de apagar un incendio, entonces la respuesta que se adquirió únicamente bajo la deprivación de agua puede presentarse también en el caso de un siniestro. El grupo de operaciones que afecta la fuerza de la operante verbal *¡Agua!* sugiere, en el lenguaje común, cierta "necesidad de agua" en general más que de "sed". Pero es preciso, con el objeto de definir la necesidad del agua, examinar todos los tipos de conducta en los cuales el agua desempeña un papel esencial. Podemos decir que se incrementa la fuerza de cualquier respuesta que ha sido reforzada con agua, incluyendo la respuesta verbal *¡Agua!*, fortaleciendo cualquier conducta que "requiera agua para su ejecución". (En términos técnicos, esto se describiría como cualquier comportamiento que esté bajo el control del agua como estímulo discriminativo.)

Control aversivo

Hay otros tipos de consecuencias que alteran la fuerza de una respuesta verbal. La conducta puede ser reforzada reduciendo el estímulo aversivo; cuando éste se reduce, llamamos *escape* a esa conducta. Cuando se reduce alguna condición que preceda de forma característica a un estímulo aversivo, hablamos de *evitación*. Por ejemplo, si la respuesta verbal *¡Basta ya!* se refuerza cuando origina la interrupción de un daño físico, la respuesta es un ejemplo de escape. Pero la respuesta *¡No me toque!* puede ser reforzada cuando origina la interrupción de la amenaza de daño —de eventos que previamente han sido seguidos de daño y que son, por tanto, estímulos aversivos condicionados—, y a tal conducta se la denomina evitación. Cuando un hablante ha tenido una historia de esta clase de reforzamiento, controlamos su conducta verbal creando las condiciones apropiadas. Le hacemos decir *¡Basta ya!* con la amenaza de daño, y *¡No me toque!*, amenazándolo también.

Una descripción completa de la conducta verbal de un hablante individual nos llevaría a revisar otras variables en las áreas de la motivación y de la emoción, pero aquí los procesos rara vez, si es que alguna, se relacionan específicamente con la conducta verbal. En el capítulo 8 se discutirán algunos puntos importantes sobre este tema.

EL OYENTE Y EL EPISODIO VERBAL COMPLETO

Nuestra definición de conducta verbal se aplica sólo al hablante, pero el oyente no puede estar ausente de este análisis. La concepción tradicional de la conducta verbal —discutida en el capítulo 1— generalmente ha dejado implícito que ciertos procesos lingüísticos básicos son comunes tanto al hablante como al oyente. Se sugieren estos procesos comunes cuando se dice que el lenguaje hace surgir en la mente del oyente "ideas que estaban presentes en la mente del hablante", o cuando se considera que la comunicación logró su cometido solamente si una expresión tuvo "el mismo significado tanto para el hablante como para el oyente". Las teorías del significado generalmente se aplican tanto al hablante como al oyente, como si los procesos de significado fueran los mismos para ambos.

Gran parte de la conducta del oyente no se parece a la del hablante, y no es verbal según nuestra definición.[7] Pero el oyente (y lo mismo ocurre con el lector) reacciona ante estímulos verbales —los productos finales de la conducta que estamos analizando— y es por esto que nos interesamos en la suerte de tales estímulos.

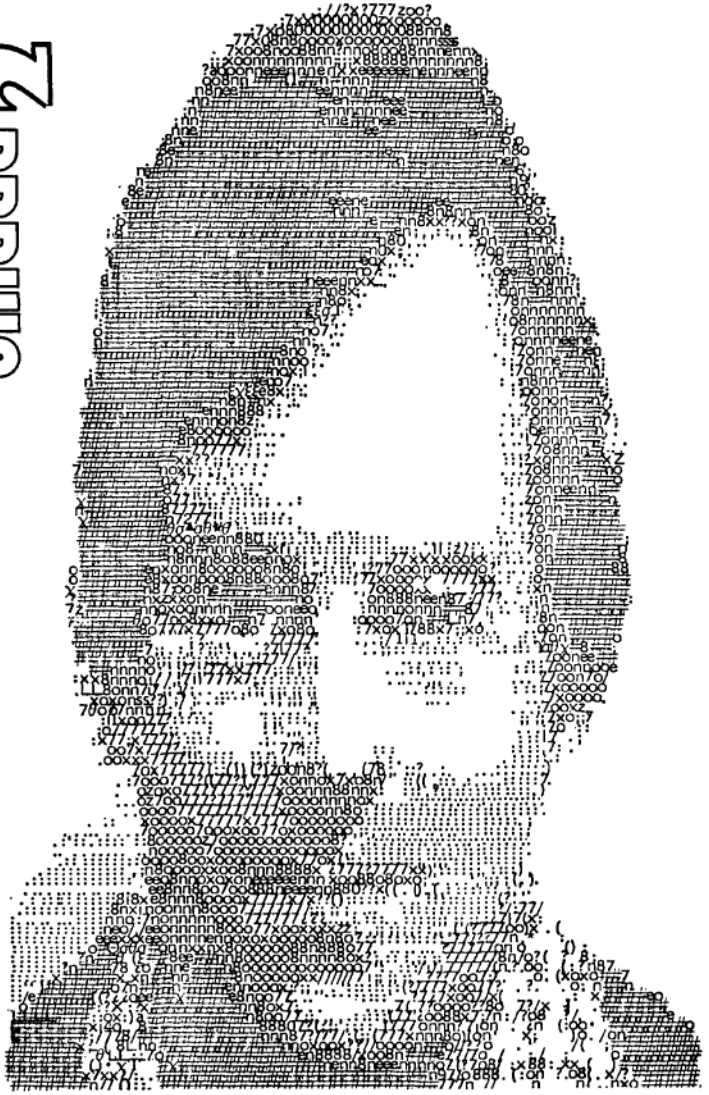
Por una parte, dichos estímulos provocan algunas reacciones especialmente emocionales, ya que evocan respuestas de las glándulas y de los músculos lisos que están mediados por el sistema nervioso autónomo. Estos son ejemplos clásicos de los reflejos condicionados. Por otra parte, los estímulos verbales controlan gran parte de la conducta esquelética compleja, con la cual el individuo opera sobre su medio ambiente. Los procesos relevantes en ambas áreas se tomarán en cuenta cuando sea necesario. En ningún caso los estímulos verbales difieren en alguna forma particular de otras clases de estimulación. La conducta de una persona como oyente no se distingue de otras formas de su conducta.

Sin embargo, nuestro interés en el oyente no se refiere sólo a lo que le pasa a los estímulos verbales creados por el hablante En una descripción completa del episodio verbal necesitamos mostrar que la conducta del oyente proporciona de hecho las condiciones que hemos presupuesto al explicar la conducta del hablante. Si queremos dar una explicación completa de la conducta verbal es preciso describir en forma separada pero entrelazada la conducta del oyente y la del hablante. Al explicar la conducta del hablante presuponemos que hay un oyente que refuerza su com

[7] Veremos más adelante que en muchos casos importantes el oyente también se comporta como hablante en forma simultánea.

portamiento en ciertas formas. Al explicar la conducta del oyente asumimos que hay un hablante cuyo comportamiento tiene cierta relación con las condiciones ambientales. Los intercambios entre ellos deben explicar todas las condiciones así adquiridas. La descripción del episodio verbal es entonces completa.

Variables de control



El mando

En una comunidad verbal dada, ciertas respuestas van seguidas en forma característica por ciertas consecuencias. El acto de decir *¡Espera!* generalmente va seguido por la espera de alguien, y la emisión *¡Sh-h!* va seguida por el silencio. Gran parte de la conducta verbal de los niños pequeños es de esta clase. La palabra *¡Dulce!* generalmente va seguida de la recepción de un caramelo, y la palabra *¡Fuera!* por el acto de abrir una puerta. Estos efectos no son inevitables, generalmente podemos encontrar una consecuencia para cada respuesta que sea más común que cualquier otra. Existen paralelos no verbales. Como hemos visto, la palabra *¡Fuera!* tiene el mismo efecto final que el acto de dar vuelta a una perilla y empujar una puerta. Ambas formas de comportamiento se vuelven parte del repertorio de un organismo por medio del condicionamiento operante. Cuando una respuesta se refuerza en forma determinada, su probabilidad de aparición en la conducta del hablante es una función de la deprivación asociada con ese refuerzo. La respuesta *¡Dulce!* tendrá mayor probabilidad de ocurrencia después de un periodo de deprivación de dulces, y menor después de haber comido dulces. La respuesta *¡Cállate!* se refuerza por la reducción de una condición aversiva, y podemos aumentar la probabilidad de que ocurra creando dicha condición; esto es, haciendo ruido.

Es conveniente tener un nombre para el tipo de operante verbal en la cual una respuesta determinada es seguida de manera característica por una consecuencia dada en una comunidad verbal. La relación básica se ha reconocido en los análisis sintácticos y gramaticales (expresiones tales como "temperamento imperativo" u "órdenes y súplicas" las sugieren por sí mismas), pero no se puede utilizar con seguridad ninguno de los términos tradicionales. El término "mando" tiene cierto valor nemotécnico deri-

vado de "comando", "demanda", "contrademanda", etc., y es convenientemente breve. Así, un "mando" puede definirse como una operante verbal en la cual la respuesta es reforzada por una consecuencia característica y, por tanto, está bajo el control funcional de las condiciones relevantes de deprivación o de estimulación aversiva. Los usos adjetivados y verbales del término se explican a sí mismos. En especial —y en contraste con otros tipos de operantes verbales que discutiremos más adelante— la respuesta no tiene relación específica con un estímulo anterior.

Un mando se caracteriza por la única relación que existe entre la forma de la respuesta y el reforzamiento que recibe en forma característica en una comunidad verbal dada. Algunas veces es conveniente referirnos a esta relación diciendo que un mando "especifica" su propio reforzamiento. Las respuestas *¡Oye!*, *¡Mira!*, *¡Corre!*, *¡Párate!* y *¡Di que sí!*, especifican la conducta del oyente; pero cuando un comensal hambriento dice *¡Pan!* o *¡Más sopa!*, está especificando el reforzamiento fundamental que desea recibir. Frecuentemente se especifica tanto la conducta del oyente como el reforzamiento último. El mando *¡Pásame la sal!* especifica una acción (pasar) y un último reforzamiento (la sal).

Un mando es un tipo de operante verbal que se destaca por sus variables de control. No es una unidad formal de análisis. No puede decirse, si nos basamos solamente en su forma, que ninguna respuesta sea un mando. Como regla general, con el fin de identificar cualquier tipo de operante verbal, necesitamos conocer la clase de variables de las cuales la respuesta es función. En una comunidad verbal dada, sin embargo, ciertas propiedades formales pueden asociarse tan íntimamente a clases específicas de variables, que es posible inferir estas últimas con seguridad. En el presente caso podemos decir que algunas respuestas, simplemente por sus propiedades formales, tienen gran probabilidad de ser mandos.

La pauta de respuesta que logra en forma característica el reforzamiento dado depende, claro está, del "lenguaje"; esto es, de las prácticas de reforzamiento de la comunidad verbal (véase el Apéndice). Pero tenemos que explicar no sólo las relaciones que se establecen entre las pautas de respuesta y los reforzamientos, sino también el mantenimiento de la conducta del *oyente*. Cuando llegamos a considerar otros tipos de operantes verbales, encontramos que el comportamiento funciona principalmente en beneficio del oyente, y en ese caso es fácil explicar su conducta. Sin embargo, el mando trabaja principalmente en beneficio del hablante; ¿por qué entonces va el oyente a efectuar la mediación necesaria del reforzamiento?

En otras palabras, lo que necesita explicarse es el episodio verbal total. Esto puede lograrse haciendo una lista de todos los eventos relevantes tanto en la conducta del hablante como en la

del oyente, en su orden temporal adecuado. La deprivación o la estimulación aversiva responsables del fortalecimiento de cada conducta deben especificarse, y las contingencias reforzantes deben explicar el origen y el mantenimiento continuo de la conducta. Con frecuencia ocurren diversos intercambios entre los dos organismos.

La figura 1 representa un episodio verbal en el que una persona le pide a otra un pan. El problema de la motivación se resuelve al suponer que el hablante tiene hambre y el oyente está predispuesto a reforzarlo con pan. El primer intercambio físico ocurre cuando la simple presencia del oyente da la ocasión (E^D)[1] para que el hablante emita el mando *¡Pan, por favor!* Generalmente el hablante no emite la respuesta cuando nadie está presente, sino que cuando aparece un oyente se aumenta la probabilidad de emisión de la respuesta (capítulo 7). La estimulación visual, y la de otra clase, proporcionada por el oyente se indica por la primera ↑ en el diagrama. La respuesta del hablante (*Pan, por favor*) produce un estímulo verbal para el oyente. El intercambio aquí (las primeras ↓↓) está en la forma de estimulación auditiva que presenta la ocasión (E^{DV}) para la aparición de la respuesta no verbal de pasar el pan. Aunque hemos conjeturado que el oyente está predispuesto a darle pan al hablante, la conducta no aparece en forma indiscriminada. El mando del hablante (*Pan, por favor*) proporciona la ocasión en la que el oyente puede, por decirlo así, dar el pan exitosamente. En la figura, el intercambio de pan se indica por la segunda ↑. El efecto sobre el hablante consiste en reforzar el mando por medio de la presentación de pan, y esto completa la explicación en lo que se refiere al hablante. Esto es característico de muchas culturas, sin embargo, el reforzamiento apropiado de un mando es seguido por otra respuesta verbal, cuyo objetivo es asegurar una conducta similar en el oyente en el futuro. En el diagrama esto se indica por la respuesta verbal *Gracias.* Esta respuesta se encuentra bajo el control del estímulo proporcionado por las partes precedentes del episodio verbal, las cuales se indican en el diagrama por el segundo E^D. La estimulación auditiva (las segundas ↓↓) proporciona un estímulo reforzante para el oyente, que explica en cierto modo la conducta de pasar el pan. Este estímulo verbal puede también contribuir a que se presente la respuesta verbal del oyente (*De nada*) que, al ser oída por el hablante, refuerza la respuesta *Gracias.* Estos últimos dos intercambios no son parte integral del episodio lingüístico contenido en un mando; complementan nuestras hipótesis acerca de la motivación de los dos individuos. (El efecto de una respuesta verbal, al servir como reforzamiento, se discutirá en el capítulo 6.)

[1] E = estímulo, R = respuesta. La V identifica los términos verbales. E^D es técnicamente un estímulo *discriminativo*, no un estímulo evocador.

Clases de mandos

El mando representado en la figura 1, en la que el oyente estaba motivado independientemente para reforzar al hablante, se denomina comúnmente *solicitud*. La respuesta sirve sólo para indicar que el hablante aceptará lo que el oyente ya está dispuesto a darle. Esto es, como ya dijimos, una ocasión para poder dar exitosamente. Con frecuencia, sin embargo, la respuesta del hablante, además de especificar un reforzamiento, puede requerir que se establezca una situación aversiva, de la cual el oyente puede escapar sólo si provee la mediación apropiada. Cuando la conducta del oyente se refuerza reduciendo una amenaza, la respuesta del hablante se denomina *orden*. Decir *¡Manos arriba!* no sólo especifica una forma de acción, sino que también constituye una amenaza de la cual la víctima puede escapar únicamente levantando sus manos. La amenaza puede ser trasmitida por una entonación característica o puede hacerse explícita, como al decir *¡La bolsa o la vida!*, en la cual las dos primeras palabras especifican el reforzamiento y las dos últimas las consecuencias aversivas con las que se amenaza al oyente. Las órdenes militares se obedecen porque llevan implícita una clase de amenaza.

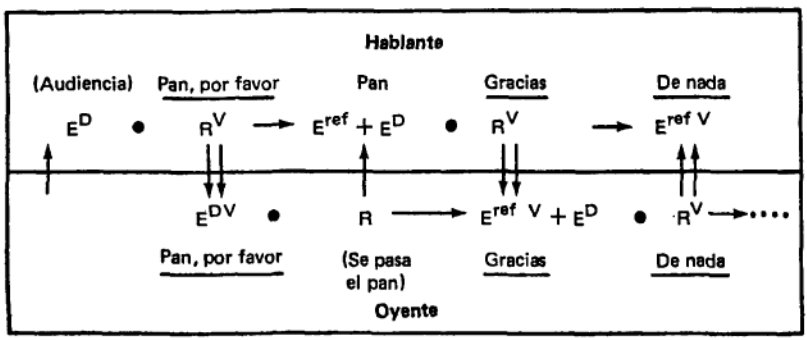


Figura 1

Un paradigma que muestra la interacción entre el oyente y el hablante, en el caso de una orden, se muestra en la figura 2. Aquí, otra vez, el primer intercambio se hace del oyente al hablante. La presencia del oyente brinda la ocasión para que aparezca la conducta verbal (E^D) y proporciona también, en este caso, un estímulo aversivo (E^{av}) del cual la respuesta del hablante le servirá de escape. Supongamos que el oyente se interpone en el camino del hablante. La respuesta *¡Muévete de ahí!* especifica una acción por parte del oyente y su entonación constituye una amenaza. Al

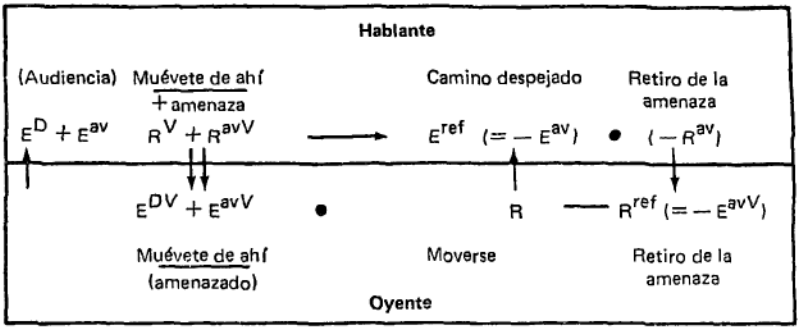


Figura 2

oírla, el oyente (en ↓↓) evoca la respuesta apropiada, que consiste en quitarse de ahí, dejando el camino abierto para el hablante, lo cual refuerza el mando de este último. El reforzamiento da también la ocasión para que modifique su conducta, tal vez muy notoriamente, en virtud de lo cual se retira la amenaza. Este cambio refuerza al oyente para que se quite de ahí (en ↓).

Hay otras formas en las que el hablante puede alterar la probabilidad de que el oyente responda en la forma apropiada. Un mando que fomenta el reforzamiento generando una disposición emocional, se denomina comúnmente *súplica* o *ruego*. Una *pregunta* es un mando que especifica la acción verbal, y la conducta del oyente nos permite clasificarlo como solicitud, orden o súplica, según sea el caso. En la figura 3 suponemos que el oyente no sólo provee una audiencia para el hablante, sino que también crea una situación en la que el hablante se refuerza al oír el nombre del oyente. El mando del hablante *¿Cómo te llamas?* se convierte (las primeras ↓↓) en estímulo verbal para el oyente que contesta, sea por una tendencia a responder al hablante, por una amenaza

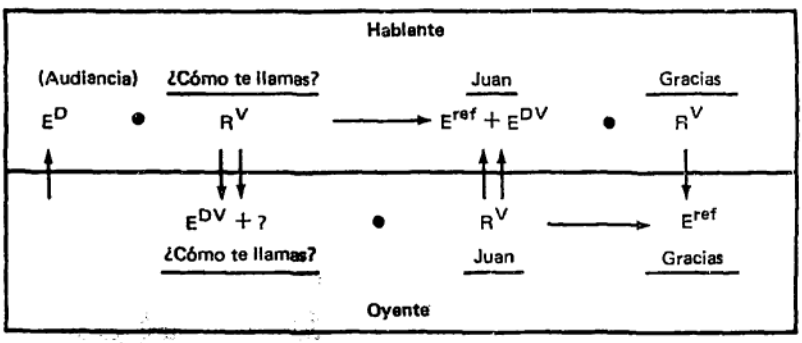


Figura 3

implícita en la respuesta de éste o porque el hablante lo ha predispuesto emocionalmente para que le conteste. Su contestación en ↑↑ completa el paradigma para el hablante, pero también sirve para que aparezca la respuesta *Gracias*, que completa el paradigma para el oyente si esto fuera necesario. Si el hablante ha controlado al oyente básicamente por medio de la estimulación aversiva, la palabra *Gracias* puede ser sustituida por algún aflojamiento visible de la amenaza.

(Un análisis de esta clase parecería violar las dimensiones temporales de la conducta. Todos los eventos representados en cada uno de estos paradigmas podrían tener lugar en dos o tres segundos. Sin embargo, los eventos descritos *pueden* ocurrir dentro de un breve periodo, y es posible demostrar la realidad de este enlace interrumpiendo la cadena en cualquier punto. La función del paradigma de unión es revisar qué tan completa es nuestra explicación de la conducta verbal. ¿Se han explicado completamente las conductas tanto del hablante como del oyente? ¿Hemos identificado los estados apropiados de deprivación o la estimulación aversiva en todos los casos? ¿Hemos representado correctamente el intercambio físico real entre los dos organismos? En esta explicación del episodio verbal debe notarse que no apelamos a nada que esté más allá de las conductas separadas del hablante y del oyente. Asumiendo las condiciones que proporciona un oyente, analizamos la conducta de un hablante y viceversa; uniendo los dos casos, construimos el episodio total y demostramos qué tan naturalmente surge y se completa la conducta por sí misma.)

Algunas otras clases de mandos pueden distinguirse en términos de la conducta del oyente. Para mediar el reforzamiento del hablante, el oyente debe, en ocasiones, poseer consecuencias de las que no participa el hablante, pero que no obstante son reforzantes. Cuando los mandos se componen de reforzamientos positivos, los denominamos consejo (por ejemplo, en Estados Unidos se acostumbraba decir a los jóvenes: *¡Vete para el oeste!*). Denominamos al mando *advertencia* cuando el oyente escapa de una estimulación aversiva gracias a que se ha realizado la conducta determinada por el hablante (por ejemplo, al decir *¡Cuidado!*). Cuando el oyente ya está inclinado a actuar en una forma determinada, pero se encuentra limitado por una amenaza, por ejemplo, el mando que la cancela se denomina comúnmente *permiso* (por ejemplo, al decir *¡Siga!*). Cuando el reforzamiento gratuito de la conducta del oyente es comunicado por el hablante, el mando se denomina *oferta* (*¡Llévese uno gratis!*). Cuando el hablante emite otra conducta que puede servir como reforzamiento para el oyente, el mando es una *llamada* —sea una llamada de atención o una llamada "vocativa".

El clasificar la conducta del hablante en términos de las características de la conducta mediadora del oyente, puede distinguirse

de la práctica tradicional de definir solicitudes, órdenes, ruegos, consejos, advertencias, permisos, ofertas y llamadas que surgen desde el punto de vista de "la intención" del hablante. En general, la intención puede reducirse a las contingencias del reforzamiento. En el presente caso, la diferencia sobresaliente se encuentra en la conducta del oyente y en las condiciones que la controlan. Pero todo esto da como resultado diferentes contingencias de reforzamiento para el hablante, lo cual produce diferentes propiedades dinámicas, diferentes interrelaciones entre las respuestas, diferentes entonaciones y así sucesivamente.

Como la conducta verbal en la forma de un mando opera principalmente para beneficio del hablante, es probable que mandos repetidos lleven al oyente a rebelarse. Por lo anterior, se acostumbra a suavizar o eliminar el carácter de mando. La respuesta *¡Agua!* tiene menor probabilidad de ser exitosa que la respuesta *Tengo sed*, cuya forma es característica de un tipo de operante verbal que describiremos en el capítulo 5, o que decir *¿Me puede dar un poco de agua?* que parece llevar únicamente al acto de decir *Sí.* (Esto es claro si el oyente dice simplemente *Sí.*) *¿Le molestaría traerme una bebida?* también especifica sólo una respuesta verbal (*No, claro que no*), pero el mando implícito puede ser efectivo a causa de la deferencia surgida hacia la inclinación del oyente. La deferencia explícita aparece en las frases tales como *si no le importa, si usted quiere* o simplemente *por favor.* Cuando se enfatizan, tales frases pueden convertir una mera solicitud en un ruego más fuerte.

La inclinación del oyente a responder puede aumentarse por medio del halago o de la alabanza, como en la frase *Tráeme una bebida, mi buen amigo.* La Oración del Señor es una mezcla de mandos y alabanzas que siguen esta misma pauta. La alabanza puede hacerse de forma condicional sobre la ejecución de un reforzamiento, como en la frase *Sé un buen amigo y tráeme una bebida*, que puede cambiarse por: *Sólo si me traes una bebida te llamaré buen amigo.* La gratitud puede retirarse hasta que el oyente responda, como en la frase *Te agradeceré que me traigas una bebida.* Algunas veces se utiliza un abierto regateo, como en el caso de la frase *Dame una bebida y te cuento la historia.* La abundancia de tales técnicas suplementarias simplemente pone énfasis en la precariedad del reforzamiento en el caso del mando.

Cualquier respuesta que se utilice junto a diferentes mandos que especifiquen reforzamientos diferentes, viene a estar bajo el control de deprivaciones diferentes y adquiere ciertas propiedades generales; *por favor* es el ejemplo mejor conocido, se fortalece casi con cualquier estado de deprivación y con frecuencia se emite sin especificar la ulterior conducta del reforzador. Mandos de menor generalidad incluyen formas enfáticas como *¡Así!*, *¡Ahora!*, *¡Entonces ahora!* y *¡Aquí!*, en las cuales la consecuencia común

es la respuesta del oyente poniendo atención. Como la conducta subsecuente del oyente puede ser relevante para muchos estados de deprivación, estas respuestas llegan a estar bajo un control bastante amplio. Los mandos generalizados que se refuerzan por la atención del oyente con frecuencia se utilizan junto a otros tipos de conducta verbal que consideraremos más adelante.

La relación de mando es más clara cuando está bajo el control exclusivo de una respuesta, pero también es efectiva en combinación con otras clases de variables. Una persona que tiene hambre puede presentar una gran frecuencia de respuestas que, si fueran mandos, se diría que están especificando la comida —aunque aparecen bajo circunstancias que sugieren más claramente otros tipos de operante verbales que describiremos más abajo. Tal "causación múltiple" de una sola respuesta, se estudia en el capítulo 9.

Propiedades dinámicas del mando

El nivel de energía del mando puede variar de muy bajo a muy alto en la escala sonora, y la velocidad con la que se emite cuando se presenta la ocasión puede variar de muy rápida a muy lenta. Si la pauta es de cierta longitud puede llevarse a cabo lenta o rápidamente; si el reforzamiento no llega de inmediato, la respuesta puede emitirse sólo una vez o puede repetirse. Estas propiedades varían como resultado de muchas condiciones de la historia pasada y presente del hablante. Los niveles de deprivación e intensidad de la estimulación aversiva y el grado en el que un oyente determinado, o alguien como él, haya reforzado respuestas similares en el pasado (o se haya negado a hacerlo), son cuestiones particularmente importantes. Tales condiciones poseen un efecto relativamente mayor sobre el mando que sobre otros tipos de conducta verbal (lo cual se discutirá más adelante). La amplia gama de propiedades dinámicas que resulta hace que el mando sea un tipo de operante muy expresiva.

La probabilidad e intensidad de la conducta del oyente también pueden variar en una gama muy amplia. Si el oyente no está predispuesto a actuar, la probabilidad de que sirva de mediador para el reforzamiento puede depender de la efectividad del estímulo aversivo que proporciona el hablante. Algunos oyentes están acostumbrados a recibir órdenes —han sentido las consecuencias aversivas incondicionadas de no obedecerlas— y responden apropiadamente a los mandos simples y directos. Otro tipo de oyentes tiene mayor probabilidad de reaccionar ante los mandos suaves. La entonación, el volumen de la voz y otras indicaciones que proporciona el hablante, tienen consecuencias aversivas y poseen un efecto apropiado. Un ruego vacilante o débil, o una orden similar tienen menor probabilidad de ser reforzadas por el oyente. Una

respuesta fuerte y amenazadora puede ser reforzada solamente si está supeditada a la fuerza relativa del oyente y del hablante. Debe notarse que los mandos son característicos de la mayor parte de las instrucciones hipnóticas, y el grado en el cual el sujeto coopera o colabora con el que hipnotiza dependerá de las clases de variables hasta aquí consideradas. Tales variables entran en lo que se ha denominado la autoridad o el prestigio del hablante.

El resultado neto da una larga historia de respuestas emitidas ante los mandos, es una tendencia general que no siempre es fácil de relacionar con una forma de deprivación o de estimulación aversiva. El oyente complace y puede no saber que lo está haciendo (véase el capítulo 5). Un experimento realizado en clase, diseñado por F. S. Keller, ilustra este punto. El profesor dice: "Antes de *sumar* estos factores, hay uno *adicional* que debemos mencionar. Lo puedo ilustrar mejor con un ejemplo". Luego se vuelve al pizarrón y escribe:

$$\begin{array}{r} 5 \\ \underline{4} \end{array}$$

Hágalo en papel

Entonces, el profesor continúa: "Lo que ustedes hicieron fue el resultado de la «disposición» o «actitud» que tenían en el momento en que se les presentó la situación de estímulo. Los ejemplos de esto son *múltiples* y uno puede reemplazarlos por su propia experiencia de cada hora. Generalmente uno no sabe *cuántas veces* ocurre esto en la vida diaria, pero nuestra generalización es el *producto* de la experimentación de laboratorio y puede probarse fácilmente". Luego el maestro coloca en el pizarrón:

$$\begin{array}{r} 4 \\ \underline{3} \end{array}$$

Hágalo en papel

Cuando se compara el número de personas que multiplicaron en vez de sumar en el primer caso, con el número de los que multiplicaron en el segundo, casi siempre se encontrará que hay más personas que multiplicaron en este último. Las palabras subrayadas (*sumar, adicional, múltiples, cuántas veces, producto*) que, claro está, no se enfatizan en las instrucciones, ejercen cierto control sobre la conducta del oyente.

Tratamiento tradicional

En el tratamiento tradicional de la conducta verbal, el "significado" de un mando es, posiblemente, el reforzamiento que le

sigue de manera característica. El significado del mando *¡Dulce!* es la clase de objeto que frecuentemente produce esa respuesta verbal. Pero lo "que es comunicado" parece ser "la necesidad que tiene el hablante del dulce", lo cual se refiere a un estado de deprivación que se encuentra bajo control. El concepto de mando, o de operante verbal en general, reconoce explícitamente tanto la contingencia del reforzamiento y la deprivación como la estimulación aversiva, y puede tratar estas variables de manera apropiada sin tratar de identificar una relación de referencia o un proceso de comunicación.

Aparte de estos problemas de semántica, la formulación tiene que considerar algunos problemas gramaticales y sintácticos al tratar las propiedades dinámicas de la conducta verbal. El mando obviamente sugiere una actitud *imperativa*, pero las *interrogaciones* también son mandos, como lo son la mayor parte de las *interjecciones*, de los *vocativos* y parte de los *subjuntivos* y *optativos*. Las clasificaciones tradicionales sufren el problema de la mezcla en los niveles de análisis. En especial, presentan la influencia de los sistemas descriptivos formales, en los cuales las oraciones se clasifican con poca o ninguna referencia a la conducta del hablante. Aquí es donde son más obvias las limitaciones de la gramática y la sintaxis en un análisis causal, ya que se carece de las técnicas apropiadas. Como dijo Epicteto: "Cuando usted le va a escribir a un amigo, la gramática le dirá cómo hacerlo; pero la gramática no le puede decir si le va a escribir o no". La utilización del mando, como unidad de análisis, no significa que pueda evitarse el trabajo del análisis lingüístico, sino que simplifica nuestra tarea al aislar la conducta del hablante individual como objeto de estudio, y al poner a nuestra disposición las técnicas apropiadas.

Al elegir entre los sistemas descriptivos, con base en su sencillez y efectividad, no debe ser puesta en la balanza la mayor familiaridad que tenemos con el enfoque clásico. Consideremos, por ejemplo, la siguiente cita:

> En muchos países se ha observado que desde muy temprana edad, el niño utiliza una *m* prolongada (sin vocal) como un signo que le sirve de señal para indicar que desea algo; pero, hablando estrictamente, no tenemos razón para suponer que originalmente el niño emite el sonido para intentar esto. No lo utiliza conscientemente hasta que ve que los adultos, al oir el sonido, llegan a él y averiguan qué es lo que desea.[2]

Puede decirse que, aunque esta cita hace comprensible el problema en conexión con un episodio verbal que es narrado de manera inteligible, aún queda mucho por hacer. Esta no es la des-

[2] Jespersen, O., *Language* (Nueva York, 1922), pág. 157.

cripción más apropiada *para todas las partes implicadas*, y los términos psicológicos que contiene poseen muchos problemas.

¿Cómo podríamos hacer para presentar este punto en los presentes términos? La expresión "utiliza una *m* prolongada como un signo que le sirve de señal para indicar que desea algo", se convierte en "emite el sonido *m* en un cierto estado de deprivación o de estimulación aversiva". La expresión "originalmente no emite el sonido para intentar esto", se convierte en "la relación entre el sonido y el estado de deprivación o de estimulación aversiva es innata, o al menos de origen muy temprano, y la respuesta no es verbal según nuestra definición". La expresión "No se utiliza conscientemente...", se convierte en "No está condicionada como respuesta verbal...", y la expresión"...hasta que ve que los adultos, al oir el sonido, llegan a él y averiguan qué es lo que desea", se convierte en "...hasta que la emisión del sonido hace que los oyentes proporcionen los reforzamientos apropiados para una deprivación particular". El pasaje completo podría entonces traducirse en la forma siguiente:

> Se ha observado que desde muy temprano el niño emite el sonido *m* en ciertos estados de deprivación o estimulación aversiva, pero no podemos tener razón para referirnos a la respuesta verbal en este estadio. El sonido se condiciona como una operante verbal sólo cuando la gente, al oir el sonido, llega a él y le proporciona el reforzamiento apropiado.

La distinción entre la respuesta aprendida y la no aprendida es mucho más fácil de hacer en términos de la historia de reforzamiento, que en términos de significado y uso consciente. Llorar es un ejemplo importante; la conducta verbal de esta clase es claramente una respuesta incondicionada en el niño recién nacido, y durante cierto tiempo es función de varios estados de deprivación y estimulación aversiva. Pero cuando la conducta de llorar va seguida por las atenciones de los padres que son reforzantes para el bebé, la conducta puede tornarse verbal según nuestra definición. Bajo estas condiciones tal conducta se convierte en una unidad de comportamiento diferente porque ahora está bajo el control de variables diferentes. Probablemente también ha adquirido propiedades porque los padres pueden reaccionar de manera diferente ante las diversas entonaciones o intensidades del llanto.

La simplicidad de este tipo de traducción es muy diferente a la simplicidad de la explicación original. La traducción es simple porque sus términos pueden definirse en relación con operaciones experimentales, y porque es consistente con otras afirmaciones sobre la conducta verbal y no verbal. La explicación original es simple porque nos es familiar y parece apropiada para el discurso casual. Ésta es la diferencia entre la simplicidad sistemática de la ciencia y la comprensibilidad directa de la explicación en tér-

minos del hombre común. Los *Principia*, de Newton, pueden no ser tan simples para el hombre común, pero en un sentido son más simples que cualquier otra cosa que él mismo pudiera decir sobre el tema.

EL MANDO EXTENSO

Un mando toma una forma determinada debido a las contingencias de reforzamiento mantenidas, ya sea por el oyente o por la comunidad verbal considerada como un todo. Las condiciones de estímulo que prevalecen cuando se emite una respuesta tal y se refuerza, no entran en nuestra definición de la unidad. Cuando un mando se refuerza por una reducción de estímulos aversivos incondicionados o condicionados, es preciso, claro está, tomar en cuenta los estímulos que se presentan antes de la respuesta; pero éstos cumplen una función diferente a los estímulos que hasta aquí hemos considerado. Los estímulos que afectan al hablante antes de la emisión de la conducta verbal, con frecuencia son importantes y nunca son completamente irrelevantes, como veremos en los próximos capítulos. La probabilidad de emisión de una respuesta es mayor cuando las condiciones de estímulo son semejantes a aquellas que predominaban antes del reforzamiento; pero las circunstancias pasadas y presentes no necesitan ser idénticas. Sin duda, cualquier aspecto o elemento de la situación presente que se parezca a la situación que existía en el momento del reforzamiento, quizá contribuya en algo a la probabilidad de la respuesta.

Un ejemplo de control de estímulos extenso se observa cuando la gente manda a las muñecas, los bebés o los animales no entrenados. Estos "oyentes" no pueden reforzar la conducta en su forma característica. Sin embargo, poseen suficientes características en común con oyentes que previamente han dado reforzamiento como para controlar la respuesta, al menos cuando ésta posee suficiente fuerza. El hecho de que el reforzamiento sea improbable o imposible puede afectar sus propiedades dinámicas. La respuesta puede ser débil, emitida en forma caprichosa o ir acompañada de un comentario apropiado (capítulo 12). Por otra parte, tal conducta ocurre cuando sus aspectos "irracionales" no son vistos por el hablante. Adquirimos y retenemos la respuesta *¡Alto!* porque muchos oyentes dejan de hacer lo que están haciendo cuando la emitimos, pero como resultado podemos decir *¡Alto!* a un automóvil con malos frenos, o a una bola que está a punto de caer sobre una mesa de juego.

El mismo proceso nos conduce al caso extremo de emitir mandos en ausencia de cualquier oyente. El hombre aislado que está muriendo de sed grita *¡Agua!*; un rey a quien nadie presta aten-

ción exclama *¡Un caballo, un caballo, mi reino por un caballo!* Estas respuestas son "irracionales" en el sentido en que no pueden tener ningún efecto momentáneo sobre el medio ambiente, pero el proceso subyacente a ellas está sujeto a leyes. A través de un proceso de inducción de estímulos, las situaciones que se parecen a las anteriores llegan a controlar la conducta y, en el caso extremo, una respuesta muy fuerte se emite cuando no puede detectarse un estímulo de intensidad comparable.

Hay muchos casos comunes no verbales de inducción de estímulos. Puede ser cierto que uno no pueda abrir una puerta sin que ella exista o comer una cena sin que existan alimentos, pero en un estado de gran fuerza, incluso las partes de la conducta más práctica ocurrirán en ausencia de la estimulación que se requiere para su correcta ejecución. Un jugador de beisbol que ha dejado caer la bola en un momento crucial puede hacer una simulación (pantomima) del tiro correcto con la mano vacía. Una persona sedienta puede "fingir" que bebe de un vaso vacío. Muchos gestos parecen haberse originado como extensiones "irracionales" de respuestas prácticas. El oficial de tránsito, por ejemplo, extiende la mano con la palma hacia adelante a un automóvil que llega, como si pudiera detenerlo por medio de este gesto físico. El gesto funciona como una respuesta verbal, pero esto ejemplifica la extensión de una respuesta práctica, a través de la inducción de estímulos, hacia una situación en la cual es imposible el reforzamiento normal. La conducta verbal puede liberarse con mayor facilidad del control de estímulos, debido a que su misma naturaleza no requiere apoyo ambiental; esto es, que los estímulos no necesitan estar presentes para dirigirla o para formar vínculos importantes en el encadenamiento de respuestas.

Mandos supersticiosos

Existen mandos que no pueden explicarse arguyendo que respuestas de la misma forma se han reforzado bajo circunstancias similares en el pasado. El jugador de dados, por ejemplo, dice *¡Que caiga siete!*, aunque nunca antes haya dicho esto y nunca haya caído un siete en sus dados. El reforzamiento accidental de la respuesta parece ser la explicación. El estudio experimental de la conducta no verbal ha demostrado que el reforzamiento que es sólo intermitente, como el proporcionado cuando por azar cae siete en los dados, es suficiente para mantener la fuerza de una respuesta. El jugador puede admitir que no existe una conexión mecánica entre su respuesta y el comportamiento de los dados, pero retiene la respuesta con cierta fuerza y continúa emitiéndola ya sea caprichosa o seriamente cuando está bajo suficiente "estrés", debido a sus "consecuencias" ocasionales. Los mandos que especifican la conducta de objetos inanimados con frecuencia re-

ciben cierto reforzamiento en este sentido. Por ejemplo, la respuesta *Sopla, sopla, viento invernal*, se emite cuando el viento ya está soplando, y la correlación entre el comportamiento y el efecto, puede producir un cambio en la fuerza de la operante.

Otros mandos "irracionales" deben su fuerza a efectos colaterales que estrictamente no están especificados en la forma de la respuesta. Muchas respuestas de mandos se refieren a la conducta emocional, aunque ésta —debido a la forma especial en la que se condiciona— no pueda ejecutarse para ordenar las verdaderas respuestas emocionales de parte del oyente. El mando *Seca tus lágrimas* no tiene efecto sobre la secreción lacrimal. No podemos trazar un paradigma similar al de la figura 1, en el que el mando tenga la forma de *¡Llora, por favor!*, debido a que no podemos completar la explicación de la conducta del oyente. Sin embargo, debido a otras razones, una respuesta verbal puede ser parte de una pauta mayor que produzca lágrimas en el oyente o lector sensibles. Un hablante emocionado complementará sus respuestas con efectos sonoros muy generosos, debido a que la entonación y otras propiedades son importantes al evocar conducta de tipo emocional. No decimos *¡Alégrate!* en tono bajo, porque no queremos dejar sobre el oyente sólo el efecto del mando. Sin embargo, si tal respuesta se pronuncia adecuadamente puede tener el mismo efecto. El proceso general no es característico del mando, y el mismo resultado se obtiene con frecuencia (y tal vez con mayor facilidad) sin la forma de mando.

El mando mágico

Existen mandos que no pueden explicarse mostrando que han tenido el efecto especificativo o alguno similar en ocasiones semejantes. El hablante parece crear nuevos mandos por analogía con los antiguos. Si ha logrado de manera efectiva pan y mantequilla por medio de mandos, puede tratar de hacerlo para lograr jamón, aunque no lo haya conseguido nunca por medio de un mando. El poeta exclama *¡Milton, deberías estar vivo en este momento!*, aunque nunca antes le haya hablado a Milton, ni haya resucitado a nadie con una respuesta como ésta. La relación especial que se establece entre respuesta y consecuencia, ejemplificada por el mando, establece una pauta general de control sobre el ambiente. En momentos de suficiente estrés, el hablante simplemente describe el reforzamiento apropiado para un estado particular de deprivación o estimulación aversiva. La respuesta debe, claro está, ser parte de su repertorio verbal, como algunos otros tipos de operantes verbales (capítulos 4 y 5).

Esta clase de operante extensa puede denominarse mando mágico. No es todo el campo de la magia verbal, pero es su ejemplo más común. Basados en nuestros éxitos anteriores, bajo circuns-

tancias favorables de reforzamiento, comenzamos a cambiar el mundo sin que exista beneficio para el oyente. Sin imaginar cómo el universo pudo haber sido creado a partir de la nada, suponemos que se hizo con una respuesta verbal; fue suficiente decir, con bastante autoridad: *¡Hágase la luz!* La forma *Hágase* proviene de situaciones en las cuales ha sido efectiva (*Hágase este trabajo*), pero no especificamos al oyente quién hará efectiva esta instancia.

El deseo frecuentemente toma la forma de un mando, y debe clasificarse como un mando mágico si las consecuencias especificadas no han ocurrido nunca como resultado de una conducta verbal similar. El hablante puede especificar algún estado de cosas reforzante, ya sea para sí mismo (*¡Oh, quisiera estar en Inglaterra, ahora que es abril!*) o para otras personas (*¡Feliz cumpleaños!*). En la *maldición*, el mando especifica las condiciones de castigo. La maldición es más claramente un mando cuando le exige al oyente que se dé su propio castigo; el mando *¡Ve y lánzate de cabeza al lago!*, es algo más explícito en cuanto al modus operandi que el mando *¡Que tengas mala suerte!*

La forma *puedes* se asocia con mandos en muchas formas. *Puedes irte* (*You way go*) es un permiso —en contraposición a *puedes ir* (*you can go*), expresando una capacidad física y, como hemos visto, el permiso de esta clase es un tipo de mando. *¿Puedo irme?* es un mando para una acción verbal que toma la forma de permiso. En *puedo* (*posiblemente*) *ir*, o *tal vez iré*, decir *puedo* es ejemplo de una clase de conducta verbal (que se discutirá en el capítulo 12) que está cerca de un mando. En la frase *Puede que siempre seas feliz*, o en *Puede que sufras los tormentos de Job*, la forma es, en cierta medida, un mando generalizado (comparado a *por favor*). En la forma extensa *Quisiera que* (o *Mi deseo es que*) *siempre seas feliz*, la forma *puedes* mantiene la misma función "optativa". *Quisiera* es otro mando común generalizado (*Dios quisiera que yo fuera un capullo*). *¡Oh!* cumple a veces la misma función (por ejemplo, en el deseo de Browning de estar en Inglaterra en abril), pero también sirve para señalar el carácter de mando de los vocativos (*¡Oh capitán, mi capitán!*) y de las preguntas *¡Oh!, ¿qué te pasa, caballero?*). Cuando la respuesta acompañante no se emite en la forma de un mando (*Oh los bancos de Brignall están salvajes y despejados*), la partícula *Oh* puede considerarse como un llamado a la atención del oyente o lector. Esta es, evidentemente, su función en frases tales como *¡Oh, qué bella mañana!*, en la cual funciona en gran parte como el mando *Mira*, que es mucho más específico y que veremos más adelante.

El mando en la literatura

Como sugieren varios de estos ejemplos, ciertas formas de conducta literaria son ricas en mandos. Algunos de ellos son voca-

tivos (*Lector, me casé con él*), algunos mandan la conducta verbal (*Llámame Ismael*) y otros demandan la atención del lector (*Escuchen, hijos míos, y oirán...*). Debido a la tenue relación que existe entre escritor y lector, muchos de estos mandos son necesariamente mágicos. Los poemas líricos, en particular, son ricos en mandos literarios. En muchas antologías de poemas líricos ingleses, de entre sus primeras líneas, aproximadamente el cuarenta por ciento tienen una forma que es característica de los mandos. El quince por ciento de éstos especifican la conducta del lector; debe prestar atención, con ojos y oídos. El poeta se afecta aquí por los reforzamientos responsables de las formas vulgares *Mira, Ve, Escucha,* que simplemente sirven para llamar la atención hacia el hablante (*Escucha, ¿has visto a Jorge?*; *Mira, ¿me puedes ayudar?*, u *Oye, ¿a qué te dedicas ahora?*). La expresión *mira*, también se usa para llamar la atención hacia algo que se está describiendo (*Se puso de pie, mira, y yo le dije...*). La variante poética de *Mira es Contempla.* El poeta manda al lector a ver algo que se posó sobre la hierba, y a que le preste atención no sólo a sus palabras, sino también a la alondra. Le manda, igualmente, que hable (*Dime, ¿dónde está la raza bella?*), que se calle (*Oh, nunca digas que soy de mal corazón*) y que coopere en varios asuntos prácticos relativos a las deprivaciones del poeta: *Ven, besémonos*; *Ven a vivir conmigo y sé mi amada*; *Retira, oh, retira esos labios*, o *Bébeme con tus ojos.* Estos no siempre son mandos *mágicos* —aunque si produjeran el reforzamiento apropiado esto caería de sorpresa—, pero otros ejemplos parecen serlo necesariamente (*Ve y tráeme una estrella*). Cuando se manda al lector a que altere o controle sus emociones (*Entonces ódiame si quieres*; *llora conmigo*; *no me quieras más*), tales especificaciones, como hemos visto, no pueden seguirse al pie de la letra, pero los resultados colaterales pueden no ser inapropiados.

En otro quince por ciento de las primeras líneas de la lírica, el poeta empieza por dirigirse a alguien o a algo que está al lado del lector. A las rosas de Crimson se les pide que hablen, a las serpientes de lengua bifurcada se les pide que desaparezcan, y a Ulises, valiente griego, se le pide que aparezca. El diez por ciento restante de los mandos probables son afirmaciones simples (*Un libro de versos debajo de la rama...*) o afirmaciones precedidas por las partículas *Sea, puede, Oh, quisiera.*

La riqueza de estos ejemplos tomados en la literatura, ejemplifica un principio general que será confirmado de nuevo en capítulos posteriores. La llamada "licencia poética", no es un término vacío de sentido. La literatura es el producto de una especial práctica verbal que manifiesta conductas que, de otra forma, permanecerían latentes en los repertorios de la mayor parte de los hablantes (véase el capítulo 16). Entre otras cosas, la tradición y la práctica de la poesía lírica alientan la emisión de conductas

que están bajo control de deprivaciones fuertes; en otras palabras, respuestas en forma de mandos. Es evidente que el poeta lírico necesita muchas cosas con gran intensidad: Necesita un lector, su atención y participación; después de eso, necesita que alguien o algo se lo traiga o se lo retire. La conducta verbal que se fortalece como resultado de estas diversas deprivaciones se emite, a pesar de su inefectividad o debilidad manifiestas, debido a la práctica poética. La forma lírica justifica o permite la conducta "irracional" y, al hacerlo, proporciona al estudioso de la conducta verbal un material especialmente útil.

Conducta verbal bajo el control de estímulos verbales

La relación específica entre respuesta y reforzamiento que define un mando no involucra, como hemos visto, un estímulo específico previo. Sin embargo, los estímulos anteriores no son irrelevantes. Ya hemos citado un ejemplo de un estímulo de control. La conducta verbal se refuerza sólo a través de la mediación de otra persona, pero no requiere la participación de ella para su *ejecución*. Cuando la conducta verbal se emite en ausencia de un oyente, generalmente no se refuerza. Después de reforzarse repetidamente en presencia de un oyente y de extinguirse en su ausencia, el hablante termina por emitir su conducta sólo en presencia de un oyente. Prácticamente toda conducta verbal está controlada por una audiencia, como veremos en el capítulo 7.

Si una respuesta determinada es reforzada sólo en una ocasión especial, el mando puede llegar a estar bajo un control de estímulos más estrecho. Un niño que haya adquirido el mando *¡Dulce!* puede emitir la respuesta sin importarle las circunstancias externas, y así lo hará si la deprivación es grande. Sin embargo, la respuesta tiene mayor probabilidad de aparecer en presencia de alguien que previamente haya reforzado con dulce, y es aún más probable si tal persona tiene dulces. Podemos demostrar tres niveles de probabilidad de respuesta que resultan de tres frecuencias relativas de reforzamiento. Cuando no está presente ningún oyente, la probabilidad de reforzamiento es baja y no es probable que se emita la respuesta. Cuando aparece un oyente se aumenta la probabilidad del reforzamiento, así como la probabilidad de que surja una respuesta. Si el oyente saca dulces de su bolsillo, un mayor incremento en la probabilidad del reforzamiento va seguido por un mayor aumento en la probabilidad de que el niño diga *¡Dulce!* Pero aunque en el segundo caso la aparición de una persona que haga las veces de oyente aumenta la probabi-

lidad de que aparezcan muchas formas de conducta verbal (como veremos en el capítulo 7), la aparición del dulce en el tercer estadio tiene un efecto especial sobre la respuesta *¡Dulce!*

Cuando la respuesta aparece bajo estas circunstancias, el niño no está "nombrando" o "describiendo" el dulce. Estos términos se utilizan en forma más apropiada para describir respuestas que no muestran una relación con ningún reforzamiento específico (ver capítulo 5). En gran parte de la conducta verbal, una forma determinada de respuesta no produce un reforzamiento específico y, por tanto, es relativamente independiente de cualquier estado especial de deprivación o de estimulación aversiva. En vez de esto, el control lo ejercen los estímulos anteriores. Veremos más adelante que la utilidad de la conducta verbal para con el grupo, considerado como un todo, depende en gran parte de esta condición. Sin considerar por el momento las ventajas específicas, podemos volver directamente a la técnica que se emplea para colocar una respuesta verbal bajo el control de estímulos.

Un paso dirigido hacia la destrucción de la relación con un estado particular de deprivación, consiste en reforzar una sola forma de respuesta, de manera que ésta sea apropiada a muchos estados diferentes. Si hemos reforzado una respuesta seleccionada con alimento cuando el organismo tiene hambre, podemos también reforzarla con agua cuando tiene sed. Podemos entonces aumentar la fuerza de la respuesta deprivando al organismo de comida o de agua. Este proceso puede continuarse hasta que no hayamos agotado todos los reforzamientos asociados a formas o modos de deprivación, o a la liberación de toda clase de condiciones aversivas. La respuesta existiría entonces con cierta fuerza, excepto cuando el organismo estuviera completamente satisfecho y libre de estimulación aversiva.

El efecto que tiene este procedimiento para liberar una respuesta de una condición de control específica, generalmente se logra en otra forma. En lugar de usar una gran variedad de reforzamientos, cada uno de los cuales es relevante para un estado específico de deprivación o de estimulación aversiva, se acomoda una contingencia entre una respuesta verbal y un *reforzador general condicionado.* Cualquier evento que precede de forma característica a muchos reforzadores diferentes, puede usarse como reforzador para llevar la conducta bajo el control de todas las condiciones apropiadas de deprivación y de estimulación aversiva. Una respuesta que se caracteriza por ir seguida de un reforzador general condicionado, posee propiedades dinámicas similares a aquellas que habría adquirido si todos los reforzadores específicos en cuestión la hubieran seguido.

Un reforzador condicionado general bastante común es la "aprobación". Muchas veces es difícil especificar sus dimensiones físicas; puede ser poco más que una reverencia o una sonrisa de

parte de alguien que, de manera característica, proporciona una gran variedad de reforzamientos. Algunas veces —como veremos en el capítulo 6— la aprobación tiene una forma verbal: *¡Bien!* o *¡Bueno!* Como estos "signos de aprobación" frecuentemente preceden a los reforzamientos específicos apropiados para muchos estados de deprivación, es probable que la conducta que refuerzan permanezca fuerte durante mucho tiempo.

Al destruir la especificidad del control ejercido sobre una determinada forma de respuesta por medio de una condición específica de deprivación o de estimulación aversiva, parecería que dejáramos indeterminada la forma de la respuesta. Antes podíamos producir la respuesta *¡Agua!* deprivando al organismo de agua, y la respuesta *¡Comida!* deprivándolo de alimento. Pero, ¿qué es lo que toma el lugar de la deprivación en el control de la respuesta que se ha logrado por medio de un reforzamiento generalizado? La respuesta, claro está, es algún estímulo presente en la situación. Al destruir la especificidad de una relación, posibilitamos el establecimiento de otra. Podemos usar nuestro reforzador generalizado para fortalecer la respuesta *a* en presencia del estímulo *a*, la respuesta *b* en presencia del estímulo *b*, etc. Si un hablante emite la respuesta *a*, o la respuesta *b*, no es ya una cuestión de deprivación, sino del estímulo presente. Es esta relación de control en la conducta verbal la que demuestra ser de gran importancia para el funcionamiento del grupo.

Otro reforzador generalizado común es el escape de la estimulación aversiva, o su evitación. Un hombre puede estimular aversivamente a otro de muchas formas: dándole una paliza, limitándole sus movimientos o deprivándolo de reforzadores positivos, para no mencionar muchos casos de "daño verbal". Esta estimulación se puede usar para fortalecer la conducta verbal, o de otro tipo, ya que su terminación es reforzante. Los estímulos aversivos condicionados (estímulos que frecuentemente preceden o acompañan a la estimulación aversiva) también son reforzantes cuando su retiro es contingente sobre la conducta.

El retiro de la estimulación aversiva puede generalizarse casi del mismo modo que la aprobación. Ya hemos apelado a este tipo de control al explicar las causas por las que el oyente refuerza un mando que especifica o implica una amenaza, y que también determina la conducta que debe ejecutar el oyente para reducir la amenaza. La amenaza implícita en el mando *¡Un vaso con agua!* se reduce dándole al hablante el vaso con agua. El principio explica también la conducta del hablante. La liberación de la amenaza implícita en la frase *Di "no lo quise hacer"*, se logra diciendo *No lo quise hacer.* En la anterior situación no hay necesariamente violencia, ya que existen formas moderadas de estimulación aversiva. Una pregunta contiene una ligera amenaza generalizada en el sentido de que, si no respondemos seguirá la

censura. La amenaza débil que surge durante una pausa en la conversación se disipa al ejecutar cualquier forma de conducta verbal.

El control de la conducta verbal que se ejerce por una amenaza es más eficaz, desde el punto de vista del bienestar del grupo, cuando no permanece ninguna conexión específica entre una respuesta y el tipo de estimulación aversiva de la cual se libera. El hablante que conversa sin necesidad por un excesivo "deseo de agradar" (como efecto de la aprobación excesiva), se asemeja al hablante que compulsivamente "busca algo que decir" bajo la estimulación aversiva generalizada. La forma del comportamiento se determina de manera trivial (capítulo 8).

Al analizar el control de estímulos de la conducta verbal, conviene distinguir entre los casos en los cuales los estímulos de control son verbales, y aquéllos en los que no lo son. El presente capítulo se limita a estudiar las respuestas que están bajo el control de estímulos verbales audibles o escritos que han sido proporcionados por otra persona o por el hablante mismo. Puede hacerse una distinción ulterior en términos de las semejanzas que existen entre las formas de estímulo y respuesta. Las tres categorías principales que vamos a discutir son las conductas ecoica, textual e intraverbal.

Aquí nos interesa solamente el efecto que los estímulos verbales tienen al evocar respuestas verbales. Por supuesto, hay otros efectos además de éste. El oyente reacciona ante los estímulos verbales en una gran variedad de formas, algunas de las cuales se analizan en éste y en los siguientes capítulos. Una descripción resumida se presentará en el capítulo 6.

CONDUCTA ECOICA

En el caso más simple, en el cual la conducta verbal está bajo el control de estímulos verbales, la respuesta genera una pauta de sonidos similar a la de los estímulos: por ejemplo, al escuchar el sonido *barbudo*, el hablante dice *barbudo*. La evidencia de una tendencia a comprometer tal tipo de conducta "ecoica" proviene de muchas fuentes. Los mandos de la forma general *Di "X"* producen, de forma característica, respuestas en el oyente que tienen una correspondencia exacta entre el sonido del estímulo y el sonido de la respuesta. Pero es común en la conducta ecoica aparecer en ausencia de un mando explícito. En el experimento estándar de "asociación de palabras" se presenta una palabra estímulo y se le pide al sujeto que diga la primera palabra que se le ocurra, en respuesta a ella. Pero es necesario instruir al sujeto para que no repita la palabra estímulo; aún así, aparece una conducta ecoica fragmentaria en lo que se denominan "asociaciones por sonido": respuestas que son aliteradas, que riman o que son

similares en cualquier otra forma a la palabra estímulo. Una conducta autoecoica fragmentaria (véase más adelante) puede mostrarse en formas reduplicativas como *troche y moche, al oro y al moro, a diestra y siniestra.* La conducta ecoica patológica se manifiesta en la "ecolalia", en la cual un fragmento del habla escuchado por el paciente, se puede repetir muchas veces. La conducta ecoica se observa con más frecuencia en combinación con otros tipos de control (véase el capítulo 9). En una conversación, por ejemplo, una respuesta ligeramente atípica, con frecuencia se asimila y pasa de un hablante a otro. Las dos mitades de un diálogo generalmente tienen más palabras en común que dos monólogos de un mismo sujeto. Si un hablante dice *increíble* en lugar de *insospechado*, el otro hablante, debido a la relación presente, también dirá *increíble.*

La conducta ecoica fragmentaria se evidencia cuando un hablante adopta el acento o los ademanes de otro en el curso de una conversación. Si un miembro de un grupo cuchichea, quizá porque padece laringitis, otros miembros tienden a hacerlo también. En *La guerra y la paz*, de Tolstoi, una mujer imita a su padre moribundo tratando de hablar por signos como hablaba él, como si ella también tuviera dificultad para articular.

El reforzamiento de la conducta ecoica

En el niño el repertorio ecoico se establece por medio del reforzamiento "educacional", debido a que tal repertorio es útil para los padres, maestros y otras personas; posibilita un corto circuito en el proceso de aproximación progresiva, ya que se puede usar para evocar nuevas unidades de respuesta sobre las cuales luego pueden hacerse contingentes otros tipos de reforzamiento. El reforzamiento educacional se suple regularmente con la ayuda de mandos del tipo *Di "X cosa"*, donde el oyente, volviéndose hablante, se refuerza si su respuesta produce la pauta de sonido "X". El procedimiento se sigue usando en la educación formal para permitir al maestro establecer nuevas formas de comportamiento o para poner una respuesta bajo nuevas formas de control de estímulos como, por ejemplo, al nombrar objetos (ver capítulo 5). En todos casos explicamos la conducta reforzante del oyente, señalando un progreso en la posibilidad de controlar al hablante a quien él refuerza. Sin embargo, es esencial que un reforzamiento específico se introduzca en el paradigma. En la figura 4, por ejemplo, encontramos que el primer intercambio tiene lugar del oyente al hablante cuando el oyente constituye una audiencia verbal y manda una respuesta al decir *Di "barbudo"*. Para el hablante esto funciona como el estímulo verbal en la operante ecoica *"barbudo"*. Cuando ésta es oída por el oyente (en ⇊), la respuesta del hablante refuerza el mando *Di "barbudo"*. Suponemos que el

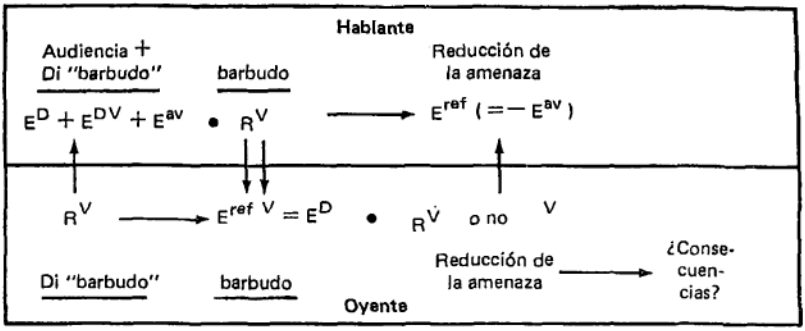


Figura 4

oyente está operando bajo circunstancias en las cuales es reforzante escuchar al hablante decir *X* cosa. Quizá entonces pueda dar nuevos pasos que tienen consecuencias reforzantes o, como en el caso de un padre, él es reforzado cuando su hijo adquiere un repertorio verbal. En cualquier forma, él actúa para librarse de la amenaza implícita en su mando: *Di "barbudo"* y en esta forma da el reforzamiento para la respuesta ecoica del hablante.

La conducta ecoica sigue recibiendo refuerzo aun cuando el oyente no esté ya explícitamente "educando" al hablante. Por ejemplo, ocasionalmente uno es reforzado por repetir algo a una tercera persona cuando ésta actúa como oyente y da refuerzo por razones que se discutirán en el capítulo 5. También hay muchas fuentes indirectas de refuerzo ecoico; por ejemplo, se nos refuerza para repetir formas verbales ecoicas emitidas por otra persona en una conversación porque estas formas tienen mayor probabilidad de ser partes efectivas de sus repertorios. Las respuestas ecoicas son útiles y se refuerzan cuando sirven de relleno. Al responder a la pregunta *¿Qué sucederá en la situación internacional durante las próximas semanas?*, el estudiante puede comenzar diciendo *Durante las próximas semanas, la situación internacional . . .*, lo cual puede ser puramente ecoico, pero es autorreforzante si permite hacer una pausa para componer el resto de la oración, sobre todo si la situación exige rapidez.

La conducta ecoica se refuerza cuando reinstala el estímulo y permite al hablante reaccionar ante él en otras formas. Si nos han dado instrucciones complicadas a seguir, puede ser ventajoso repetirlas ecoicamente: si se nos dice que doblemos a la derecha, podemos responder con mayor exactitud si primero repetimos en forma verbal: *a la derecha.* Hay situaciones estándar en las cuales la repetición de las instrucciones se refuerza específicamente: el jefe de cocina de una cafetería repite la orden que le trae el mozo, así como el ingeniero de un buque repite la orden que le

fue dada por el oficial del puente. Al confirmar la orden recibida, la respuesta ecoica establece un vínculo entre la conducta del mozo o del oficial con su terminación (véase capítulo 8), y esto puede ser reforzante tanto para el jefe de cocina como para el ingeniero. Más aún, se supone que se cumplen mejor las órdenes que se repiten. Al pedir una aclaración (*¿Dijiste "barbudo"?*) o una ampliación (*¿"barbudo", qué barbudo?*), se repite la respuesta en forma ecoica y el resultado puede ser reforzante. En la parte v encontraremos otros refuerzos indirectos de la conducta ecoica, en las ventajas que obtiene el hablante en cuanto ser que piensa.

Lo que no es conducta ecoica

La conducta ecoica se puede confundir fácilmente con las respuestas que son autorreforzantes, debido a que éstas se asemejan al habla que hemos oído de otras personas en alguna ocasión. Cuando una pauta de sonido ha sido asociada con eventos reforzantes, se convierte en un refuerzo condicionado. Si alguien refuerza la conducta repetidamente con el estímulo verbal *¡Bien!*, no debemos excluir la posibilidad de que el hablante se refuerce a sí mismo en la misma forma. El niño que está solo en la guardería puede reforzar automáticamente su propia conducta vocal exploratoria al producir sonidos que ha escuchado en el habla de otras personas. La propiedad autorreforzante puede ser una simple entonación o algún otro aspecto especial de un hablante dado o de los hablantes en general. Un niño cuya madre se dedica con frecuencia a jugar bridge, puede imitar con exactitud el ruido ininteligible de un cuarto lleno de gente hablando. El adulto adquiere pautas de entonación que son automáticamente reforzantes, porque son características —digamos— de personas de prestigio. Formas verbales específicas surgen por el mismo proceso. El niño adquiere, con frecuencia, conducta verbal en la forma de alabanzas que usan otras personas para reforzarlo: *Juanito es un niño bueno*, en la misma forma en que un adulto puede alardear de su propia habilidad "para oir sus propias alabanzas". El proceso es importante en el moldeamiento automático de formas estándar de respuesta. Sin embargo, esto no se puede calificar como conducta ecoica, porque no hay un estímulo verbal de forma correspondiente que lo preceda de inmediato.

También es preciso distinguir la conducta ecoica de la reproducción *posterior de plácticas incidentales.* La respuesta que damos a la pregunta *¿Qué te dijo Fulano de Tal ayer?* no es conducta ecoica. Como se nota en la respuesta a la pregunta *¿Cómo estaba vestido Fulano cuando lo viste ayer?*, se trata de un ejemplo de un tipo de operante verbal que se describirá posteriormente. Puede haber una correspondencia formal entre el estímulo escu-

chado ayer y la respuesta de hoy (una correspondencia que en realidad puede tener consecuencias trascendentes), pero esto no la vuelve conducta ecoica, falta una relación temporal muy especial. Por supuesto, un repertorio ecoico puede entrar en la mediación de tal conducta.

También debe distinguirse la conducta ecoica de la reproducción posterior del habla como un resultado de la "instrucción", lo cual se discutirá en el capítulo 14; cuando el hablante emite respuestas adquiridas de la conducta verbal de otros que poseen una correspondencia formal con dicha conducta, pero que en este caso están bajo el control de otros estímulos, ya sea verbales o de otra clase.

La conducta ecoica no depende de ningún instinto o facultad de imitación. La similitud formal del estímulo y la respuesta no necesita hacer que esta última tenga mayores probabilidades de ocurrir, ni proporciona ninguna ayuda para su ejecución. De hecho, *no hay* similitud entre una pauta de sonidos y las respuestas musculares que producen una pauta similar. En el mejor de los casos, podemos decir que la autoestimulación resultante de una respuesta ecoica se asemeja al estímulo. El parecido puede tomar parte en el refuerzo de la respuesta, incluso en la relación ecoica, pero no tiene el efecto de evocar la respuesta. El loro no hace eco a un estímulo verbal porque dicho estímulo establezca un conjunto de eventos que lleven naturalmente a una serie de actividades musculares que producen los mismos sonidos; la capacidad de distinguir del loro tiene que reforzarse cuando emite sonidos que se asemejan a aquellos que ha escuchado. Lo que es "instintivo" en el loro, si algo lo es, es la capacidad para ser reforzado de esta manera. La conducta ecoica, como toda conducta verbal, es moldeada y mantenida por ciertas contingencias de refuerzo. La similitud formal entre el estímulo y la respuesta es parte fundamental de estas contingencias y solamente se puede explicar señalando la importancia de tal similitud para la llamada comunidad reforzante.

El que un estímulo verbal no tenga la tendencia a generar una respuesta con la misma pauta de sonidos, queda suficientemente claro al examinar el largo proceso por medio del cual se adquieren las operantes ecoicas. La conducta ecoica temprana de los niños, es a menudo muy amplia; los padres deben reforzar imágenes imperfectas para mantener la conducta en toda su fuerza. Podemos decir que el niño "no tiene forma de saber cómo ejecutar una respuesta particular por primera vez"; estrictamente hablando, debemos decir que la respuesta todavía no es una función de ninguna variable que pueda estar disponible por los padres. Nada en la pauta que va a ser repetida en forma ecoica servirá hasta que ocurra alguna conducta ecoica superpuesta. "Tratar de emitir el sonido correcto", como tratar de encontrar un sombrero

perdido, consiste en emitir tantas respuestas diferentes como sea posible hasta que aparezca la correcta.

Teobaldo, en el libro *Way of All Flesh* de Samuel Butler, utilizó la técnica equivocada:

> [Ernest was] very late in being able to sound a hard "c" or "k", and, instead of saying "Come", he said "Tum..."
>
> "Ernest", said Theobald..., "don't you think it would be very nice if you were to say 'come' like other people, instead of 'tum'?"
>
> "I do say tum", replied Ernest...
>
> Theobald noticed the fact that he was baing contradicted in a moment...
>
> "No, Ernest, you don't", he said, "you say nothing of the kind, you say 'tum', not 'come'. Now say 'come' after me, as I do".
>
> "Tum", said Ernest...
>
> "...Now, Ernest, I will give you more chance, and if you don't say 'come', I shall know that you are self-willed and naughty."
>
> ...The child saw well what was coming, was frightened, and, of course, said 'tum' once more.
>
> "Very well, Ernest", said his father, catching him angrily by the shoulder. "I have done my best to save you, but if you will have it so, you will", and he lugged the little wretch, crying by anticipation, out of the room.*

Cuando se ha adquirido alguna conducta ecoica, se simplifica la adquisición de una nueva unidad y la conducta exploratoria puede hacerse aún más limitada. Al adquirir un repertorio ecoico el hablante hábil aumenta la probabilidad de repetir correctamente en forma ecoica nuevo material, aprendiendo no a responder como ya lo ha hecho en forma ineficaz, sino en la misma forma en que aprende a no buscar su sombrero donde ya lo ha buscado. A un estímulo nuevo se le dan respuestas parcialmente ecoicas como resultado de contingencias anteriores similares. El proceso de aproximación procederá con mayor rapidez si el hablante puede hacer frente a un sonido determinado paso a paso, buscando una

* (Ernesto estaba) muy atrasado como para ser capaz de pronunciar un sonido fuerte como "c" o "k", y en vez de decir "Come" (del inglés "to come", venir), decía "Tum"...

"Ernesto", le dijo Teobaldo, "¿no piensas que sería mejor que dijeras «come» como todo el mundo, en vez de decir «tum»?"

"Yo digo tum", replicó Ernesto.

Teobaldo notó el hecho de que lo estaba contradiciendo en un momento...

"No Ernesto, no lo haces", dijo, "tú no dices nada de eso, tú dices «tum», no «come». Ahora di «come» después de mí, como yo lo hago".

"Tum", dijo Ernesto.

"Ahora Ernesto, te daré una oportunidad más, y si no dices «come» sabré que eres un terco y un desobediente".

El niño se dio cuenta de lo que venía, se asustó y claro está, dijo «tum» una vez más.

"Muy bien, Ernesto", dijo su padre tomándolo furiosamente por los hombros, "He hecho lo mejor que he podido, pero si tú lo quieres así, pues así será", y se llevó al pobre infeliz, llorando anticipadamente, fuera de la habitación.

pauta que corresponda parcialmente, la cual es, entonces, repetida y distorsionada por medio de modulaciones explícitamente adquiridas. Cuando se carece de tales instrumentos, incluso un fonetista con experiencia, lo único que puede hacerse es continuar respondiendo hasta que aparece una respuesta ecoica apropiada.

El proceso de "encontrar" un sonido pone de relieve el hecho bien conocido de un niño pequeño que emite muchos sonidos del habla que más tarde le será difícil emitir al aprender un segundo idioma. Esto no se debe a que la enunciación se haya vuelto más difícil o a que el aparato fonador se haya deformado. El desarrollo de un amplio repertorio ecoico apropiado para un determinado idioma hace que sea más difícil repetir ecoicamente estímulos verbales que no pertenecen a dicho idioma. Cuando surge la ocasión para una nueva respuesta ecoica (como cuando alguien dice *Di "th"* a una persona de habla francesa), aparece una forma estándar pero no exacta probablemente algo como el sonido *z*, que es la pauta ecoica más cercana a su lengua materna. La fuerza de esa conducta en el hablante adulto hace que reemplace las respuestas exploratorias que se aproximarían más a la pauta del estímulo y serían más fáciles para el niño pequeño. El mismo principio es evidente, a otro nivel, en las etimologías rudimentarias; por ejemplo, en Estados Unidos existe una variedad de ciruela llamada Reine Claude (Reyna Claudia) a la que algunos granjeros estadounidenses llaman *Rain Cloud* (Nube de Lluvia). En este caso, tales granjeros están repitiendo, en forma ecoica, una extensa pauta verbal con la respuesta de su repertorio que más se le aproxima. Si existe una respuesta así, predomina sobre una nueva forma compuesta de unidades ecoicas más pequeñas —una forma que, incidentalmente, es probable que tenga menos efectos reforzantes sobre el hablante mismo.

La operante ecoica más pequeña

¿Cuál es la unidad más pequeña de conducta verbal? La unidad acústica o geométrica más pequeña disponible para describir el habla o la escritura como eventos físicos, no es lo que nos interesa en este momento. La pregunta se refiere a la respuesta más pequeña que se encuentre bajo el control funcional de una sola variable. La conducta ecoica ofrece ventajas especiales al tratar este problema, debido a la correspondencia formal que existe entre estímulo y respuesta producto, que puede demostrarse al nivel de los "sonidos del habla" o de las propiedades acústicas.

En una respuesta ecoica emitida correctamente la correspondencia formal es generalmente buena. La consonante inicial del estímulo se parece a la consonante inicial en los sonidos producidos por la respuesta, y así sucesivamente. Pero esto no quiere decir que exista, de manera necesaria, una conexión funcional

entre cada par de tales propiedades o características. La operante puede poser una pauta mayor. El químico puede repetir la palabra *diaminodifenilmetano* correcta y fácilmente, mientras que un hombre de inteligencia similar, si no tiene experiencia en química, puede necesitar muchos ensayos antes de producir la respuesta en su forma correcta. Esto no significa que el químico posea una habilidad especial para unir grandes series de sonidos aislados; es con su experiencia cotidiana con la que ha formado estas unidades ecoicas mayores. Pueden ser unidades tan grandes como *diamino* y *difenilmetano*, o simplemente *diamino*, *fenil* y *metano*. Quizá las partículas *il* y *ano* posean alguna unidad funcional; pero el hombre común no posee ninguna de estas unidades en su repertorio. Por ejemplo, aquella persona de habla francesa quien primero trata de repetir en forma de eco el sonido inglés *th*, probablemente emitirá sólo una aproximación muy grotesca, similar a las unidades establecidas en su propio repertorio. *Diamino*, en el caso del hombre común, puede producir la palabra *dinamo*, por ejemplo. Por otra parte, el químico encuentra que su repertorio especial le sirve muy poco en las pautas ecoicas complejas de otros vocabularios técnicos.

Las primeras operantes ecoicas adquiridas por un niño tienden a ser pautas integrales bastante amplias y sirven muy poco para permitirle repetir en forma ecoica nuevas pautas. Un repertorio de unidades al nivel de "sonidos del habla" separables se desarrolla más tarde, y con frecuencia muy lentamente. Las respuestas ecoicas pequeñas pueden ser reforzadas por los padres y otras personas con el claro propósito de construir un repertorio. Al niño se le pide que repita pequeñas pautas sonoras tales como *ä*, *sp*, y así sucesivamente. Un repertorio ecoico básico puede adquirirse al mismo tiempo que otras formas de conducta verbal, o incluso que unidades ecoicas mayores. El niño puede emitir respuestas tan amplias como sílabas, palabras e incluso frases, como operantes ecoicas unitarias. Sin embargo, para ayudar a un nuevo estímulo ecoico, hecha mano de su repertorio de sonidos aislados.

Ese repertorio ecoico mínimo tiene importancia óptima para evocar una respuesta con el fin de construir otras clases de control de estímulos. Suponiendo que deseamos enseñarle a un niño a nombrar el caimán en el zoológico. Como veremos en el capítulo 5, deseamos hacer esto reforzando la respuesta *caimán* en presencia del caimán. Pero no podemos esperar hasta que tal respuesta aparezca espontáneamente; el método de configuraciones progresivas puede tomar demasiado tiempo. Si podemos evocar la respuesta como un conjunto de pequeñas unidades ecoicas que nunca antes se presentaron en ese orden, la conducta puede reforzarse apropiadamente y el caimán, como un estímulo, adquirirá cierto control sobre la respuesta. Contingencias más o menos

similares surgirán sin que se lleve a cabo un arreglo educacional deliberado en el discurso de la vida diaria. Adquirimos una gran parte de nuestro repertorio verbal repitiendo en forma ecoica la conducta de otros bajo circunstancias que finalmente controlan la conducta de manera no ecoica. La ventaja que se logra puede proporcionar otro ejemplo más de refuerzo indirecto de la conducta ecoica que persiste en la vida adulta.

Un programa educacional que ponga énfasis en las correspondencias mínimas que existen entre el estímulo verbal y la respuesta verbal, no es necesario en el desarrollo de un repertorio ecoico básico. Las operantes ecoicas mínimas parecen volverse funcionales cuando se han arreglado las correspondencias más amplias. El niño que ha adquirido una docena de respuestas ecoicas complejas, todas las cuales comienzan con el sonido *b*, puede repetir ecoicamente en forma correcta una tredécima pauta que comienza con *b*, hasta el momento de iniciar la respuesta mayor igualmente con el sonido *b*. Cuando esto ocurre, debemos reconocer la independencia funcional de una operante ecoica tan pequeña como *b*. Incluso un repertorio bastante grande de operantes ecoicas no implica, sin embargo, que se vaya a desarrollar un conjunto completo de unidades al nivel de los sonidos del habla. La gente inteligente se equivoca al tratar de responder ecoicamente a palabras y nombres, con los cuales no está familiarizada, aunque no contengan nuevos sonidos lingüísticos, y es evidente la existencia de grandes diferencias individuales en la tendencia a hacer esto.

¿Cuál es el tamaño de la unidad mínima que se logra por este proceso? Cuando se establece un repertorio ecoico elemento por elemento, como en el refuerzo educacional, las unidades de correspondencia se refuerzan como tales de manera específica, pero el producto final no es claro, si se trata de un repertorio de operantes mayores o incluso de operantes educacionales pequeñas. (No nos estamos refiriendo a las dimensiones necesarias para representar el habla con el fin de registrarla científicamente, porque tales dimensiones pueden no ser nunca funcionales en el proceso conductual.) El sonido del habla (o el "fonema" del lingüista) no es necesariamente la unidad más pequeña. El mímico hábil posee lo que podemos llamar un repertorio bien definido que le permite repetir ecoicamente nuevas pautas sonoras con exactitud. También le permite imitar entonaciones, acentos y manerismos vocales, lo mismo que sonidos no verbales, como los ruidos producidos por las aves, los animales y las máquinas.

El grado de exactitud en el cual insiste una determinada comunidad reforzante, es un asunto de gran importancia. En general, el hablante no hace más de lo que se le exige que haga. En una comunidad verbal que no insiste en una correspondencia precisa, el repertorio ecoico puede ser flojo y no puede aplicarse con éxito a las nuevas pautas. Algunas veces un repertorio ecoico

incluye relaciones estables entre los estímulos y las respuestas que no encajan exactamente; por ejemplo, la persona que "cecea" puede "aparear" el sonido *s* con *th* y seguir haciéndolo con el beneplácito de la comunidad que da el refuerzo.

La posibilidad de un repertorio mínimo explica la facilidad aparente con que muchos hablantes presentan conducta ecoica. Podría decirse que el estímulo ecoico "le dice al hablante más explícitamente lo que tiene que decir", que los objetos o propiedades de los objetos que se están "nombrando" en otro tipo de operante verbal (capítulo 5). Si podemos *repetir ecoicamente* los nombres de las cartas de un juego más rápidamente por, periodos mayores sin cansarnos, de lo que podemos *nombrar* las cartas, esto se debe probablemente a las ventajas de un repertorio ecoico mínimo. Los efectos especiales de un repertorio mínimo, sin duda han llevado a creer en una facultad o proceso de imitación, en el cual la similitud formal de estímulo y respuesta se considera que tiene alguna significación funcional, pero en realidad la ventaja de la conducta ecoica puede explicarse en otras formas.

Otros tipos de operantes verbales también originan repertorios mínimos, pero vamos a encontrar que en ningún otro caso es posible reducir las correspondencias funcionales entre estímulos y respuestas a unidades tan pequeñas, o a tan pequeño número de unidades. La conducta ecoica es, entonces, excepcional debido a que ocasiones nuevas pueden dar origen a respuestas exactas. También es excepcional al grado que el refuerzo de tal conducta contribuye al fortalecimiento general del repertorio básico y, por tanto, al fortalecimiento de todas las operantes ecoicas. En la conducta verbal onomatopéyica se encuentra una ventaja similar a la del repertorio ecoico, como veremos en el capítulo 5.

El problema de la unidad ecoica *más extensa* no puede solucionarse fácilmente. No podemos repetir en forma ecoica un estímulo verbal indefinidamente prolongado, en parte debido a que las primeras partes de dicho estímulo se vuelven demasiado remotas en el tiempo, en parte porque diferentes porciones interfieren unas con otras, y en parte porque otras clases de respuestas (especialmente las respuestas intraverbales que se discutirán más adelante), entran en juego. Un caso claro es la repetición de una serie de dígitos. La longitud de los estímulos verbales que pueden repetirse en forma ecoica varía con muchas condiciones —tales como la motivación o la fatiga— y se reduce rigurosamente en algunos casos de afasia.

Conducta autoecoica

Como un hablante generalmente se oye hablar y, por tanto, se estimula verbalmente, puede también emitir respuestas ecoicas consigo mismo. Tal conducta es potencialmente autorreforzante

si fortalece la estimulación que usa en el control de su propia conducta verbal. Cuando el individuo responde primero, ya sea haciendo eco de la conducta verbal de otra persona o por alguna otra razón, y continúa haciéndose eco, aparece lo que podríamos llamar conducta autoecoica y, al aparecer, lo hace en forma patológica a la que se denomina "palilalia". Un informe temprano sobre este tema[1] describía a un hombre que estaba acostumbrado a leer en voz alta las leyendas que aparecían en la pantalla de un cine mudo, y luego empezaba a repetirlas una y otra vez. Cuando su esposa se molestó y exclamó: "¡Por amor de Dios, Roberto, cállate", el hombre replicó 'No puedo callarme, no puedo callarme, no puedo callarme...", hasta que la voz se convirtió en un murmullo inaudible. La frase que continúa a "dándole vueltas a uno en la cabeza" (que corresponde a la expresión francesa *ritournelle*) es posiblemente una manifestación normal del mismo efecto.

Es difícil demostrar que existe una relación puramente ecoica si las variables responsables del primer caso de una respuesta pueden continuar operando para producir el segundo caso. La repetición puede ser solamente evidencia de fuerza excesiva. La "perseveración verbal" psicótica o "verbegeración" ("verbigeration": repetición de palabras y oraciones sin sentido) que muestre una repetición de forma puede ser autoecoica, o puede ser el simple efecto "no corregido" de otros tipos de variables. Sin embargo, al analizar el proceso causativo múltiple del lenguaje normal es de utilidad apelar a la posibilidad de la conducta autoecoica. En toda clase de conducta autoecoica tenemos que considerar la posibilidad de que el estímulo verbal sea encubierto.

CONDUCTA TEXTUAL

Un texto es un tipo común de estímulo verbal que controla la conducta verbal. Como ocurre con el estímulo ecoico, es el producto de una conducta verbal previa que no vamos a considerar por el momento. Cuando un niño aprende a leer, se estructuran muchas operantes verbales en las cuales las respuestas específicas caen bajo el control de estímulos visuales (o táctiles como en el caso del sistema Braille). Debido a que los estímulos están en una modalidad (visual o táctil) y las pautas que se producen por la respuesta en otra (auditiva), falta la correspondencia de forma que hace posible la definición detallada del repertorio mínimo de la conducta ecoica. Sin embargo, continúa existiendo el problema del repertorio mínimo. Un texto puede estar en forma de dibujos (siempre que la respuesta consista simple-

[1] Critchley, MacDonald, *Journal of Neurology and Psychopathology*, 8 (1927), 23.

mente en emitir una forma vocal apropiada para cada dibujo), de pictogramas formales, de jeroglíficos, de caracteres o de las letras o símbolos de un alfabeto fonético (no importa qué tan exacta o consistente sea la manera como el alfabeto registra el habla vocal). El repertorio textual mínimo dependerá de la naturaleza del texto.

Un hablante que está bajo el control de un texto es, obviamente, un lector. Su conducta en respuesta a tales estímulos verbales puede presentar muchas características interesantes, que se describirán en los capítulos 5 y 6. Aquí nos interesa sólo su conducta vocal, tal como está controlada por el estímulo escrito e impreso. Como el término "leer" generalmente se refiere a muchos procesos al mismo tiempo, aquí usaremos el término más estrecho de "conducta textual". En la operante textual, entonces, una respuesta vocal está bajo el control de un estímulo verbal no auditivo.[2]

La conducta textual, como la conducta ecoica, generalmente primero se refuerza por razones explícitamente "educacionales". Las personas interesadas proporcionan refuerzos condicionados generales para las respuestas verbales que se encuentren en ciertas relaciones específicas con las marcas que se ven en una página. Si un niño responde diciendo *gato* en presencia de las marcas GATO y no en otra forma, recibe aprobación; si responde diciendo *perro* en presencia de las marcas PERRO y no en otra forma, también recibe aprobación y, así sucesivamente. El por qué la familia, la comunidad y las agencias educativas arreglan en esta forma las situaciones de refuerzo, es algo que debe explicarse en términos de las últimas ventajas que se obtienen logrando que haya un miembro del grupo más que sepa leer y escribir. Sin embargo, en una formulación explícita, es preciso especificar los eventos reforzantes reales que entran en juego.

La conducta textual recibe refuerzo no educacional cuando a una persona se le paga para que lea en un acto público, para que le lea a un ciego, etc. Los efectos colaterales de la lectura que ya se mencionaron, y los que se discutirán en los capítulos 5 y 6, proveen refuerzo automático. Sin duda, la conducta textual está reforzada tan fuertemente, que es probable que uno lea no sólo cartas, libros y periódicos, sino carteles sin importancia, propagandas en el tren, y carteleras. Las consecuencias automáticas se usan para motivar al lector principiante cuando un libro de texto se diseña para que sea "de interés". Sin embargo, tal refuerzo no es contingente sobre la exactitud de la respuesta en la forma necesaria para moldear la conducta hábil.

[2] La lectura no es una habilidad o una capacidad sino una tendencia. Cuando decimos que una persona es "*capaz* de leer" queremos decir que *se comportará* en ciertas formas, bajo las circunstancias apropiadas, con un estímulo verbal no auditivo.

Una demostración primitiva, pero clara del modus operandi del refuerzo automático se le proporciona al lector principiante, quien debe oírse pronunciar una palabra —tal vez varias veces— antes de reaccionar ante ella con la conducta adquirida previamente en su calidad de oyente. En la lectura silenciosa la autoestimulación de la conducta textual se reduce en una escala tal que no puede ser observada durante mucho tiempo por los demás; pero al responder a materiales verbales nuevos (por ejemplo, a instrucciones complejas) la conducta textual incluso de un lector experto, puede asumir proporciones notorias, como al comenzar a fortalecer la autoestimulación leyendo en voz alta. Una retroalimentación audible es relativamente más importante al leer música. Muchos músicos y cantantes nunca aprender a leer en silencio y pueden encontrar necesario, al interpretar un texto musical, tocar unos cuantos compaces o al menos silbar o cantar en voz alta. Las actividades silenciosas comparables proporcionan estímulos inadecuados para identificar una respuesta.

La conducta textual puede ser reforzada porque ayuda a la adquisición de otros tipos de operantes verbales. Justo como la conducta ecoica capacita al maestro para evocar una respuesta con el fin de reforzarla con respecto a otros tipos de estímulos, el texto evoca conducta verbal bajo condiciones que conducen a otros tipos de control. Un diccionario ilustrado, al evocar respuestas textuales en presencia de dibujos, construye un repertorio con base en el cual los dibujos —o las cosas representadas en ellos— se nombran o describen posteriormente. Un diccionario sin ilustraciones posee una función similar para construir los repertorios "intraverbales" que se discutirán más tarde en este capítulo. (La importancia de los repertorios verbales generados por los textos —o el papel que juegan las respuestas textuales en la adquisición de conducta verbal— se observa en el omnipresente libro *de texto*, y en la presencia de librerías y bibliotecas de las instituciones educativas.)

Nunca se ha propuesto seriamente la existencia de una tendencia innata a leer, por analogía con una supuesta tendencia a imitar un estímulo en forma ecoica. Sin embargo, los repertorios textual y ecoico poseen propiedades dinámicas semejantes. Los estímulos verbales ejercen la misma clase de control sobre ambas clases de respuestas, y las contingencias de refuerzo que establecen las dos clases de conductas son similares. Un texto, como un elemento del lenguaje auditivo, es simplemente la ocasión para que una respuesta particular sea reforzada por una comunidad verbal. Sin embargo, dos diferencias importantes se siguen del hecho de que el producto de una respuesta textual no es similar al estímulo.

El tamaño de la unidad funcional más pequeña de la conducta textual, ha sido un problema de interés práctico en la educación.

¿Es preferible enseñar a un niño a leer por medio de letras o sonidos aislados?, ¿o por medio de sílabas, palabras, o unidades mayores? Sin tener en cuenta cómo se le enseña, el lector hábil acaba por poseer operantes textuales de muchos tamaños diferentes; puede leer una frase de varias palabras como unidad o puede leer una palabra sonido por sonido. Un repertorio básico aproximadamente al nivel de las letras o de los sonidos aislados, puede tardar más tiempo en desarrollarse cuando estamos reforzando solamente unidades mayores pero, no obstante, como ocurre en la conducta ecoica, acaba por aparecer sin dirección especial. Sin embargo, existe un límite a este proceso. Si el texto es fonético, el desarrollo de un repertorio mínimo se detiene al nivel fonético. El repertorio más detalladamente definido de la mímica que entra en juego en la conducta ecoica, depende de la similitud de dimensiones del estímulo y la respuesta que por definición no se encuentra en la conducta textual. Si un texto no es fonético, no se impone tal límite.

La distinción se ilustra con el caso del cantante que canta de oído y lee música mirando el texto. Todo cantante hábil desarrolla un repertorio ecoico; cualquier pauta melódica que se encuentre dentro de su nivel de tono puede ser reproducida por el cantante con exactitud, y el grado de definición del repertorio mínimo con el cual esto se hace, puede volverse más y más pequeño, casi sin límite alguno. A la larga las dimensiones del estímulo se componen de un rango continuo de frecuencias a las cuales las dimensiones de la respuesta corresponden en forma más o menos precisa. Sin embargo al repentizar de un texto impreso, los sistemas dimensionales se presentan diferentes. La respuesta sigue siendo representable como un punto en un rango continuo de frecuencias, pero el texto se compone ahora de un arreglo geométrico de puntos discretos. El buen repentizador con tesitura bien definida puede satisfacer contingencias de refuerzo muy estrictas; una nota dada en un pentagrama, es la ocasión en la que se refuerza un tono de determinada tesitura. Pero no hay razón para que dicho texto deba tener puntuación; se han utilizado cuartos de tono y teóricamente no hay razón para que no se puedan utilizar subdivisiones más finas. Los puntos de la escala, entonces, se unen en una línea, cualquier posición que corresponda a una posición en el continuo de tonos de la respuesta (compárese la notación para "*glissando*"). Esto aún no es conducta ecoica, porque el estímulo es visual y la respuesta auditiva, pero el grado de definición de este repertorio puede ser tan exacto como el caso de la respuesta ecoica, en el cual el cantante reproduce un tono que ha oído. Como esta condición prevalece sólo en el caso de un texto que puede ser representado en una dimensión o, cuando mucho, en muy pocas dimensiones, tiene poca importancia en el análisis de la conducta verbal en general.

Una segunda diferencia entre las conductas textual y ecoica se sigue también de la diferencia en la similitud formal que existe entre el estímulo y la respuesta producto. En la conducta ecoica, la correspondencia en que se basa el refuerzo puede servir como reforzador condicionado automático. El hablante que es también un oyente hábil "sabe cuándo ha repetido ecoicamente una respuesta correcta" y es reforzado en esta forma. Tal refuerzo hace que la forma de la respuesta esté más y más cercana a la forma del estímulo, siendo el límite la correspondencia más precisa posible, sea con respecto a la capacidad vocal del hablante, o a su capacidad para juzgar la similaridad. (Cualquier interferencia, sea con el estímulo ecoico o con la estimulación generada por la respuesta ecoica, puede señalar la existencia de una topografía defectuosa, como se observa en la conducta verbal del sordomudo.) Sin embargo, el refuerzo automático de leer un texto "interesante" solamente tiene el efecto de incrementar la probabilidad de ocurrencia de dicha conducta; esto no refuerza diferencialmente formas correctas a nivel fonético.

Es posible hacer algunas autocorrecciones en muestras grandes de conducta textual. Uno puede responder primero con una sílaba, palabra o frase mutilada y luego cambiarla por una forma correcta que "suena bien" o "tiene sentido". Esto depende del condicionamiento previo a la respuesta del oyente, y una respuesta generalmente "suena bien" o "tiene sentido" sólo si es de tamaño suficiente. Una comparación del estímulo y respuesta producto no puede moldear la conducta del lector por debajo del nivel, quizá, de la sílaba, más que del sonido de la conducta ecoica. La mala pronunciación, incluso por encima del nivel de la sílaba, es una característica que generalmente se presenta en la conducta textual y, por esta razón, con frecuencia es fácil detectar un repertorio de conducta verbal que sea básicamente, o al menos en su origen, textual.

Conducta autotextual

La lectura de un texto escrito por uno mismo es algo tan frecuente que su importancia nos puede pasar desapercibida. Con frecuencia creamos un texto ("tomamos notas") para controlar nuestro propio comportamiento posteriormente. Por ejemplo, nos recordamos a nosotros mismos que tenemos que *hacer* algo, o nos ayudamos a *decir* algo, como ocurre al dictar una conferencia o al recordar un pasaje que hemos leído. Existen ventajas especiales, como veremos en la parte V, al "pensar en un problema", revisar las notas o al "aclarar nuestros pensamientos". La naturaleza relativamente permanente de un texto, en comparación con el estímulo ecoico, hace que la conducta autotextual sea generalmente más importante que la autoecoica, y aquélla demuestra de

manera más obvia las ventajas ocasionales de la conducta autoecoica que se mencionaron en el capítulo anterior.

TRANSCRIPCIÓN

La única conducta verbal que hemos considerado hasta ahora ha sido la vocal. El hablante crea una pauta auditiva que se refuerza cuando afecta al oyente en forma de estímulo auditivo. Una respuesta que crea un estímulo visual con un efecto similar es también verbal según nuestra definición. Como la conducta verbal puede consistir en escribir más que en hablar, es preciso considerar otras correspondencias entre las dimensiones del estímulo y de la respuesta.

Escribir, al contrario de hablar, requiere apoyo por parte del ambiente externo, y esto ocurre sólo con un "medio". Debemos tratar por separado al menos tres estadios: 1. obtener los instrumentos o materiales necesarios: 2. hacer marcas de formas diferenciadas en el papel, y 3. trasmitir estas marcas al lector. El estadio 2 es el más importante para nuestro análisis, pero si no se da el estadio 1 —por ejemplo, porque no hay materiales a mano o porque las respuestas en esta etapa son muy débiles— no se emitirá una respuesta en el estadio 2 a pesar de que pueda tener gran fuerza. La conducta escrita es una forma que conviene considerar al discutir la composición y la corrección. En la conducta vocal se hace a veces una distinción entre la mera emisión de una respuesta y la emisión en tal forma que afecte a un oyente (capítulo 15), pero esto es mucho menos obvio que la distinción anterior entre los estadios 2 y 3.

Cuando el estímulo y la respuesta son escritos, pueden encontrarse en sistemas dimensionales similares y en este caso se siguen todas las características de la conducta ecoica, sólo que ahora se expresan en términos visuales más que auditivos. El moldeamiento automático de respuestas que resulta de una comparación con un estímulo de dimensiones similares, fue el objetivo propuesto por la técnica de copiar materiales escritos como instrumento para enseñar a escribir. El repertorio mínimo puede estar perfectamente definido; en la misma forma como la conducta ecoica se asemeja a la mímica, podemos decir que la conducta de copiar se asemeja al dibujo. Sin duda, copiar un manuscrito en un alfabeto que no conocemos es idéntico a copiar una serie de dibujos. Dibujar, al igual que hacer mímica vocal, requiere un repertorio sumamente complejo. Es tan difícil dibujar bien como lo es hacer buena mímica, y existen grandes diferencias individuales en la habilidad para ejecutar estas conductas.

Copiar un texto en un alfabeto *que conocemos* difiere del acto de dibujar, en lo que respecta al tamaño de la unidad "ecoica".

El copista hábil pose un pequeño número de respuestas estándar (las formas en las cuales produce las letras del alfabeto) que se encuentran bajo el control de una serie de estímulos (las letras del texto). El refuerzo último depende de la correspondencia entre la unidad de respuesta y la unidad de estímulo, pero en la misma forma como conducta ecoica puede parecerse a una pauta mal reproducida (que difiere en tono, velocidad, entonación y otras propiedades), así también el repertorio con el cual uno copia un texto puede producir formas visuales que difieran, dentro de límites bastante amplios, del estímulo visual. Al copiar de material impreso a material manuscrito, o de mayúsculas a minúsculas, las semejanzas geométricas entre estímulo y respuesta pueden ser mínimas o no existir. No se presenta entonces un efecto autocorrectivo: tales clases de escritura a partir de una copia no se semejan a la unidad del repertorio de dibujo.

Una respuesta escrita puede también estar controlada por un estímulo vocal, como ocurre al tomar un dictado. Las unidades de respuesta más comunes de un idioma determinado permiten que se haga una transcripción del texto. El repertorio mínimo de un taquígrafo o estenógrafo presenta una correspondencia muy eficiente entre las propiedades visuales de la pauta producida por la respuesta y las propiedades auditivas del estímulo. La unidad de correspondencia puede ser bastante grande, como en la palabra signo, o tan pequeña como una característica que represente la presencia o ausencia de vocalización. Estas correspondencias son totalmente convencionales, y no se ha reclamado la existencia de un mecanismo innato similar a la imitación, aunque es posible que la conducta del estenógrafo hábil se vuelva tan "natural" como la conducta ecoica del mímico hábil.

La transcripción —sea al copiar material escrito o al tomar dictados— recibe muchos refuerzos especiales educativos y económicos, y sigue siendo mantenida por otras consecuencias en la vida diaria. Vemos funcionando estos repertorios cada vez que las personas trascriben conducta verbal con cualquier propósito. Las relaciones que así se establecen son efectivas, aunque no tan obvias, cuando una respuesta de una transcripción se introduce en otra conducta escrita. Por ejemplo, al escribir una carta cuando alguien está hablando, podemos transcribir una palabra que escuchamos aunque no tenga relación con las variables responsables del resto de la carta. En una forma similar, al escribir mientras se lee, podemos copiar una palabra que distorsione el comportamiento que se está llevando a cabo (véase capítulo 11).

Otras formas de conducta verbal (por ejemplo los gestos) pueden presentar correspondencias entre la respuesta y el estímulo que den lugar a problemas semejantes relacionados con la unidad mímica del repertorio.

CONDUCTA INTRAVERBAL

En la conducta ecoica, y al escribir a partir de una copia, existe una correspondencia formal entre estímulo y respuesta producto. En la conducta textual, y al tomar dictados, existe una correspondencia exacta entre diferentes sistemas dimensionales. Pero algunas respuestas verbales no muestran una correspondencia exacta con los estímulos verbales que las evocan. Tal es el caso cuando la respuesta *cuatro* se presenta ante los estímulos verbales *dos más dos*, o la respuesta *la bandera* ante los estímulos *símbolo de la patria*, o la respuesta *París* a los estímulos *la capital de Francia*, o *1066* ante el estímulo *Guillermo el Conquistador*. Esta conducta controlada por tales estímulos podemos llamarla *intraverbal*. Como no nos estamos refiriendo a correspondencias formales, podemos considerar tanto estímulos vocales y escritos como respuestas vocales y escritas, en las cuatro combinaciones al mismo tiempo.

Muchas respuestas intraverbales son relativamente comunes. Las fórmulas sociales con frecuencia presentan esta clase de control; por ejemplo, *¿cómo está usted?*, puede ser simplemente un estímulo para la respuesta *muy bien, gracias*, que es una respuesta meramente intraverbal. La respuesta *por favor* con frecuencia es poco más que un apéndice intraverbal dirigida a un mando. La "conversación intrascendente" es en gran medida intraverbal, y la conversación seria no siempre es claramente otra cosa. Ejemplos más importantes se encuentran en la determinación de secuencias gramaticales y sintácticas (capítulo 13). Con frecuencia *¿por qué?* es el estímulo para la respuesta porque . . . , no importa qué otra cosa pueda seguirse de ahí. Cuando se recita un largo poema, podemos explicar la mayor parte de él solamente suponiendo que una parte controla a otra en forma intraverbal. Si interrumpimos al declamador, puede ser que pierda este control, pero al recordar cierta parte de su discurso, lo restaurará recreando el estímulo verbal adecuado. El alfabeto se adquiere como una serie de respuestas intraverbales, así como aprendemos a contar, sumar, multiplicar y decir las tablas matemáticas en general. La mayor parte de los "hechos" históricos se adquieren y retienen como respuestas intraverbales. Lo mismo ocurre con muchos hechos científicos, aunque las respuestas en este caso están frecuentemente bajo otra clase de control que se discutirá en el siguiente capítulo. Con frecuencia una pregunta se presenta como el estímulo para una amplia respuesta, que no tiene otra variable de control importante sino ésta. Los puntos a completar en un examen objetivo estimulan las respuestas intraverbales en la misma forma. Muchas metáforas aparentes y alusiones literarias tienen solamente un origen intraverbal. En expresiones tales como *estaba tan afinado como un violín*, o en *tenía cara de puñe-*

tazo, no es necesario buscar los procesos que toman parte en la metáfora verdadera (capítulo 5), pero podemos buscar una explicación para las respuestas *violín* y *puñetazo* en la historia intraverbal del hablante. Las "alusiones no relevantes" de Fowler[3] pueden explicarse en la misma forma. En la respuesta *La moraleja de esto, como diría Alicia*..., la palabra estímulo *moraleja*, evoca la respuesta intraverbal *como diría Alicia*. (El hecho de que una alusión literaria puede dar color o prestigio, se relaciona con otra variable que consideraremos en el capítulo 6.)

Encadenamiento

Un eslabón cualquiera en una cadena de respuestas intraverbales no está bajo el control exclusivo del eslabón anterior. Vemos esto cuando una cadena (por ejemplo, decir de memoria el alfabeto, dar el valor de *e* a veinte sitios, o recitar un poema) se interrumpe y no puede restaurarse diciendo únicamente el último eslabón que se emitió. El primer paso (línea inicial del poema). Al hacer cierta repetición para continuar con lo interrumpido, se consiguen más estímulos remotos de control y puede ser efectivo. Por otra parte, los errores "haplológicos" muestran el poder ocasional de un solo eslabón. Esto ocurre cuando dos eslabones son idénticos; el hablante llega al primero y continúa dando las respuestas que siguen al segundo. (La haplografía —un error similar que se comete al copiar un texto— es, como podría esperarse, mucho más común que su contraparte intraverbal. La conducta compleja del copista —que mira el texto original y luego la copia, para volver de nuevo a "la misma palabra"— es relativamente inafectado por los estímulos más remotos.)

Muchas características importantes de las respuestas verbales encadenadas, o de las intraverbales en general, se aclaran comparándolas con la conducta musical. El salto anticipante haplológico hacia una frase terminal, la incapacidad haplológica inversa para encontrar la última frase debido a que los eslabones anteriores siguen actuando, y cierta repetición de la partitura que generalmente se necesita para empezar a tocar *in medias res*, se presentan como paralelos claros cuando se toca de oído. La música también proporciona evidencia de la importancia de la autoestimulación en las cadenas "intraverbales". El cantante que no puede producir notas del tono adecuado, puede "desentonar la melodía" al leer o cantar de oído o con nota.

Ejemplos comunes del encadenamiento intraverbal se describen con el término "préstamo literario". Toda la conducta verbal es, claro está, prestada en el sentido en que se adquiere de otras

[3] Fowler, H. W. *Modern English Usage* (Londres, 1930).

personas. Gran parte de ella comienza como conducta ecoica o textual, pero no continúa como tal cuando el estímulo ecoico o textual no se presenta durante mucho tiempo. Una organización "prestada" de palabras en un pasaje literario generalmente indica las conexiones intraverbales que se adquirieron en el momento del contacto original con la fuente. Probar que hubo un "préstamo" es un asunto de lograr demostrar qué pasajes paralelos no pueden explicarse en ninguna otra forma. Las secuencias intraverbales se adquieren deliberadamente debido a la utilidad que tiene para el escritor al seguir el principio de R. L. Stevenson del "imitador perseverante" o al alentar las múltiples fuentes literarias del capítulo 9.

"Asociación de palabras"

Un efecto de este extenso condicionamiento de las operantes intraverbales es la sucesión de respuestas que se generan en la "asociación libre" o, como diríamos en el caso de una sucesión muy diferente a la nuestra, un "vuelo de ideas". Una respuesta verbal suple el estímulo para otro en una gran serie. El efecto neto se observa en el experimento clásico de asociación de palabras. Al sujeto se le pide simplemente que responda en forma verbal a un estímulo verbal o que informe en voz alta cualquier respuesta que pueda "pensar"; esto es, las que encuentra por sí mismo y emite en silencio. Las respuestas ecoicas y textuales se producen comúnmente, pero se evitan por medio de instrucciones o se excluyen de los resultados. Un experimento así repetido con muchos sujetos o con el mismo sujeto muchas veces, produce una muestra aceptable de las respuestas que están bajo el control de un estímulo estándar en una comunidad verbal dada. La utilización diagnóstica de las respuestas individuales se considerará en el capítulo 10. Aquí nos interesa la relación intraverbal como tal.

Los refuerzos que establecen operantes intraverbales son, con frecuencia, completamente obvios y específicos. Las contingencias son las mismas que en la conducta ecoica y textual: un estímulo verbal es la ocasión en la cual una respuesta verbal particular recibe, de forma característica, alguna clase de refuerzo generalizado. En una clase de declamación la respuesta correcta es aquella que se refuerza en la ocasión verbal creada por la pregunta. Por tanto, es más probable que se emita cuando se formula de nuevo la pregunta. Al recitar un poema o al dar una descripción extensa de un episodio histórico, cada segmento (no necesitamos especificar su comienzo y su final con exactitud) presenta la ocasión en la cual el siguiente segmento se refuerza como correcto.

Las relaciones intraverbales en cualquier repertorio adulto son el resultado de cientos de miles de refuerzos bajo una gran va-

riedad de contingencias con frecuencia inconsistentes y conflictivas. Muchas respuestas diferentes se traen bajo el control de una determinada palabra estímulo y muchas palabras estímulo diferentes se colocan bajo el control de una sola respuesta. Por ejemplo, el refuerzo educacional organiza muchas operantes intraverbales diferentes que involucran números cardinales. El número *cuatro* es parte de la ocasión para que se diga *cinco* al aprender a contar, para que se diga *seis* al aprender a contar de dos en dos, para que se diga *uno* al aprender el valor de π y así sucesivamente. Por otra parte, muchos estímulos verbales diferentes llegan a controlar la respuesta *cuatro*, por ejemplo, decir *uno, dos, tres* . . . , o decir *dos veces dos hacen* . . . Se establecen muchas conexiones diferentes entre respuestas verbales y estímulos verbales cuando diferentes pasajes se memorizan y cuando se adquieren diferentes "hechos". El experimento de asociación de palabras muestra los resultados. Ocasionalmente puede predominar una operante intraverbal, pero en general la respuesta que se dará ante un estímulo verbal, cuando no se especifica ninguna otra condición, puede predecirse sólo en un sentido estadístico a partir de las frecuencias observadas en las pruebas de asociación de palabras.

Se pensó alguna vez que los tipos de asociación en las respuestas intraverbales representaban tipos de procesos de pensamiento. C. G. Jung, en sus famosos *Estudios sobre asociación de palabras* utilizó un complejo sistema de clasificación a partir del cual se reconstruían "relaciones psíquicas". Distinguió casi cincuenta subclases. Si el estímulo verbal *mar* producía como respuesta *lago*, se trataba de la subclase Subordinación; si el estímulo verbal *gato* producía la respuesta *animal*, era Supraordinación; si *dolor* daba como respuesta *lágrimas*, era Dependencia Causal; y así sucesivamente. Pero esa clasificación lógica tenía poca o ninguna conexión con las condiciones de refuerzo responsables de la conducta intraverbal. Podemos asumir, por el contrario, que aparte de las secuencias intraverbales adquiridas específicamente un estímulo verbal será la ocasión que aparezca el refuerzo de una respuesta verbal de forma diferente cuando —por cualquier razón— las dos formas ocurren juntas con frecuencia. Una razón común para ello es que las circunstancias no verbales bajo las cuales se emiten las dos formas ocurren juntas.

Podemos hablar de la tendencia a ocurrir juntas como el "uso contiguo". En el experimento común de asociación de palabras, las asociaciones por sonido son, como hemos visto, operantes ecoicas, textuales o transcriptivas. Las demás operantes intraverbales parecen poder explicarse por la utilización contigua. Hay ocasiones en las que es conveniente tener listas ciertas operantes. Apelamos a este principio al señalar los posibles refuerzos para hacer eco al habla de otros en una conversación. El uso

contiguo describe otro caso: cuando se habla de *lagos*, es conveniente tener disponible la forma *mar*. Al explicar una operante intraverbal específica es necesario sustituir un evento reforzante real por una "ventaja". Sin embargo, basta con demostrar que la forma *mar* es más probable que ocurra en el contexto *lago*; *animal* en el contexto *gato*; *lágrimas* en el contexto de *dolor*; y así sucesivamente. Si las conexiones lógicas o causales tienen alguna relevancia, es para describir las condiciones que producen estas propiedades contextuales del mundo físico. Ciertas excepciones, en las cuales la frecuencia de la respuesta no se sigue del uso contiguo frecuente, pueden rastrearse por medio de refuerzos específicos, especialmente aquellos casos en los que las respuestas tienen un valor limitado o en los cuales la historia del hablante es inusitada.

Las respuestas dadas a una lista de palabras estímulo dependen naturalmente de la historia verbal del hablante. Grupos de hablantes pueden presentar diferencias de grupo. No es sorprendente que los estudiantes universitarios varones tiendan a dar respuestas diferentes de las estudiantes mujeres a la palabra anillo[4] y que los estudiantes de leyes difieran de los estudiantes de medicina en sus respuestas a una palabra estímulo como *administrar*.[5]

La naturaleza del control de estímulos en la conducta intraverbal se demuestra por las respuestas a estímulos verbales que contienen más de una palabra. El estímulo *rojo* en el experimento acostumbrado de asociación de palabras, puede producir *verde*, *azul*, *color*, o cualquier otra de muchas posibles respuestas, debido a que hay muchas circunstancias diferentes bajo las cuales el estímulo rojo aparece como parte de la ocasión para el refuerzo de tales respuestas. En forma similar la palabra estímulo *blanco* producirá *negro*, *nieve* y así sucesivamente. Pero en una comunidad verbal estadounidense, por ejemplo, en ausencia de otros determinantes específicos, el estímulo verbal conpuesto *rojo*, *blanco*. . . dará preferencia a la respuesta *azul* sobre cualquier otra. El estímulo compuesto es una ocasión mucho más específica que cualquiera de sus partes tomada por separado y es una ocasión en la que la respuesta *azul* se presenta en forma característica y se refuerza. En forma semejante, expresiones tales como *eso no tiene nada que ver con* él . . . producirá *asunto*, o una o dos formas con exclusión de todas las demás,[6] estas palabras, tomadas por separado, producirían una gama de respuestas. Entre más compleja es la pauta de estímulos, más específica es la ocasión verbal y más fuerte es el control ejercido sobre una sola respuesta.

[4] Goodenough, F. L. *Science, 104* (1946), 451-456.
[5] Foley, J. P. Jr., y Macmillan, Z. L. *Journal of Experimental Psychology, 33* (1943), 229-309.
[6] Carroll, J. B. *Psychometrika, 6* (1941), 297-307.

En la misma forma como es posible repetir de manera ecoica lo que uno ha dicho o leer los estímulos verbales que uno ha producido, es posible que uno responda intraverbalmente a los estímulos autogenerados, como sugieren muchos de los ejemplos citados anteriormente. El comportamiento que genera los estímulos puede ser encubierto.

La unidad intraverbal

El número de relaciones intraverbales en el repertorio de un hablante adulto excede probablemente el número de formas diferentes de respuesta en ese repertorio, porque una forma dada puede tener muchas conexiones funcionales. El total se incrementa aún más porque las unidades de diferente tamaño se superponen unas con otras. Algunas operantes intraverbales están compuestas de, o comparten elementos con, otras. Una operante de éstas puede ser tan pequeña como un solo sonido del habla, como ocurre al recitar el alfabeto o al usar ciertos estribillos gramaticales, o puede estar compuesta de muchas palabras, como ocurre al recitar un poema o al tomar "prestada" una expresión. Cuando consideramos la causalidad múltiple de la conducta verbal, encontramos que es posible, con frecuencia provechoso, recurrir una unidad intraverbal que consista simplemente de una pauta enfática. (Solamente por medio de la conducta intraverbal de esta clase uno puede aprender a hablar en un pentámetro yámbico o a componer sonetos con facilidad.)

Excepción hecha de eslabones intraverbales específicos en áreas limitadas del conocimiento, no existe un repertorio mínimo similar a aquel al que se aproxima la mímica en la conducta ecoica o al que permite al lector hábil pronunciar una palabra nueva en un texto. Un estímulo verbal nuevo puede evocar respuestas intraverbales debido a su parecido con otros estímulos, pero no hay razón para que tal comportamiento deba ser consistente o mostrar alguna unidad funcional en sus partes. Al estudiar las respuestas intraverbales de los estímulos nuevos, Thorndike[7] no encontró ninguna tendencia consistente a responder en forma estándar. Esto era cierto incluso para estímulos que se tomaban de un lenguaje internacional que utilizaba tales tendencias con fines nemotécnicos.

Traducción

Un caso especial de la conducta intraverbal es la traducción. El modus operandi generalmente es claro en el estudiante que comienza a estudiar idiomas; él adquiere primero una serie de

[7] Thorndike, E. L. *Studies in the Pscychology of Language* (Nueva York, 1938).

operantes intraverbales en las cuales los estímulos están en un idioma y las respuestas en otro. Los "idiomas" pueden ser de cualquiera de las clases que se consideran en el capítulo 7. Un padre puede traducirle a un extraño el lenguaje "infantil" de su hijo, en la misma forma en que el científico traduce la jerga profesional al hombre común. La simple paráfrasis es, en este sentido, traducción. Lo mismo que en la conducta intraverbal en general, el estímulo o la respuesta pueden ser escritos o hablados sin que se altere el proceso básico.

En el caso más común, los estímulos están en el nuevo idioma mientras que las respuestas en el viejo. Al encontrar un pasaje en el nuevo idioma, el traductor emite (digamos que en voz alta) las respuestas intraverbales apropiadas. Si caen dentro de algo como una pauta familiar, el traductor puede reaccionar en cualquiera o en todas las formas apropiadas para el oyente (véanse especialmente los capítulos 5 y 6). Esa autoestimulación se parece a los primeros estadios de la lectura. Permite autocorregir las unidades un poco por encima del nivel del sonido aislado del habla. A la larga el traductor mejora este procedimiento desarrollando operantes intraverbales más eficientes, especialmente pautas más grandes y adquiriendo una conducta normal de oir o de leer bajo el control del nuevo idioma sin la ayuda de la traducción.

Cuando la traducción se hace del antiguo idioma al nuevo, el traductor puede no reaccionar, en absoluto, ante su propia conducta en forma de oyente. Forma una oración en el nuevo idioma solamente como una serie de respuestas intraverbales. Puede ser o no efectiva en la comunidad verbal apropiada. Si el hablante no es todavía un oyente en esa comunidad, no habrá corrección automática de su conducta.

Cuando dos idiomas se adquieren en forma independiente, puede haber pocas conexiones intraverbales entre ellas. Un bilingüe hábil puede no ser capaz, de hecho, de hacer una traducción cuando se le pide que la haga por *primera vez*. Su habilidad a este respecto mejora en forma tal que adquiere un conjunto de operantes intraverbales: por ejemplo, si se convierte en profesor de idiomas, puede adquirir toda una pila de estereotipos intraverbales que no tienen un lugar útil en su comportamiento como bilingüe cuando no está enseñando.

El hablante bilingüe puede actuar como una especie de traductor en otras formas. Respondiendo a un solo conjunto de circunstancias en dos idiomas, le proporciona al oyente un posible puente de un idioma al otro. Es más difícil decir lo que ocurre cuando una de estas personas escucha un pasaje en un idioma y lo emite luego en el otro. Este caso se presenta con frecuencia como una prueba de que es necesario que haya un concepto como el de "idea" o "proposición", debido a que algo que es común a dos o más idiomas parece explicar su intercambiabilidad. Pero decir

que un traductor extrae el sentido de una respuesta y la coloca en otra, no es *explicar* su conducta. Decir que él emite la conducta en un idioma que está controlado por las variables que deduce han sido responsables para que se presente la respuesta en el otro idioma, también es una explicación elíptica. El traductor puede reaccionar ante una respuesta en un idioma en algunas de las formas características de un oyente y luego describir su propia reacción en el otro idioma, pero esto no produciría una traducción en sentido estricto. Sin embargo, su respuesta como oyente puede operar para confirmar una traducción que él ha hecho en otra forma. Él ensaya una traducción, compara los efectos que las dos versiones tienen sobre sí mismo y cambia la traducción hasta que los efectos sean, en términos generales, los mismos. Pero esto no explica la conducta que él está comparando.

PROPIEDADES DINÁMICAS DE LA CONDUCTA VERBAL BAJO EL CONTROL DE ESTÍMULOS VERBALES

Cuando los estímulos verbales que controlan la conducta ecoica, textual e intraverbal son razonablemente claros y fuertes y los repertorios están bien establecidos, no es probable que exista gran variación en la velocidad o en la energía de la respuesta. Leer en voz alta puede ser monótono porque una parte del texto no difiere mucho de otra en cuanto a la extensión de su control. Esto también es cierto en lo que respecta a los estímulos ecoicos cuando el hablante debe "repetir después de mí". La declamación intraverbal de un poema es un asunto frecuentemente monótono, en el cual la única variación se refiere a las diferencias en la extensión en que ha sido condicionado el comportamiento.

Esta uniformidad dinámica se sigue, no sólo de la uniformidad de estímulos, sino del uso de un reforzador generalizado que actúa para eliminar las variaciones en las variables motivacionales. En muchos casos la uniformidad se refuerza específicamente. En la transcripción, por ejemplo, un nivel estable de fuerza puede ser más eficiente para producir una copia utilizable, en la misma forma en que la mera comunicación vocal puede beneficiarse de las mismas propiedades. Sin embargo, bajo otras circunstancias la conducta vocal gana si muestra alguna variedad dinámica. Esto es especialmente cierto cuando al oyente le interesa que el comportamiento refleje las circunstancias bajo las cuales se emitió originalmente; es decir, cuando a las variables que afectaron al autor original se les permite tener algún efecto sobre la conducta del lector vocal y, por tanto, sobre el oyente final. Esto sería más común si un texto representara las propiedades dinámicas del habla más exactamente. Al repetir como conducta ecoica lo que

uno acaba de oir, la variedad dinámica del estímulo puede comunicarse, en especial, si el repertorio ecoico se aproxima a la mímica y la conducta intraverbal en respuesta a los estímulos vocales puede tener características dinámicas similares. Pero cuando el estímulo es un texto —sea la conducta textual o intraverbal— las propiedades dinámicas del habla original se pierden, excepto cuando, por ejemplo, una palabra se subraya para enfatizarla. En tales circunstancias el buen lector o el declamador o actor entrenado introducirán variaciones en la velocidad, entonación y nivel de energía —como se hizo notar en el capítulo 2— que no están controlados por el estímulo intraverbal pero que se le añaden al comportamiento debido a las contingencias colaterales de refuerzo, de la clase que discutiremos en el capítulo 6. Aunque la conducta pueda seguir siendo meramente textual o intraverbal, tiene algo de la variedad de las operantes verbales que se encuentran bajo otros tipos de relaciones de control. Como Evelina dijo de Garrick: "... No podía creer que hubiera estudiado un texto escrito, porque cada palabra parecía expresarse a partir del impulso del momento".[8]

EL "SIGNIFICADO" DE LAS RESPUESTAS VERBALES QUE SE DAN ANTE LOS ESTÍMULOS VERBALES

La conducta ecoica, textual e intraverbal se descarta algunas veces como "lenguaje espúreo". No tiene importancia para el teórico del significado porque las correspondencias entre las respuestas y las variables de control no presentan importantes problemas de referencia. La única relación semántica relevante aparece entre la respuesta y la *fuente* del estímulo verbal en la conducta del hablante que la produjo originalmente, y esto sólo se relaciona en forma distante con la conducta del hablante. Volveremos de nuevo al problema de la referencia en el próximo capítulo.

Al describir la conducta verbal como un todo, no debemos dejar de lado las relaciones funcionales por causa de un interés en el significado. Las operantes ecoicas e intraverbales —en la gente que sabe leer y escribir— y las operantes textuales, son también parte importante de la conducta verbal. La contribución de tales respuestas es especialmente importante cuando examinamos la forma como se combinan las variables en el lenguaje, y la forma como el efecto de la propia conducta del hablante lo lleva a componer y corregir lo que dice y a manipularlo en el pensamiento verbal.

[8] Burney, F. *Evelina* (Everyman Edition), pág. 22.

El tacto

En toda conducta verbal que esté bajo el control de estímulos hay tres eventos importantes que tomar en cuenta: un estímulo, una respuesta y un refuerzo. Estos eventos son —como hemos visto— contingentes entre sí en la forma siguiente: el estímulo que actúa antes de la emisión de la respuesta, presenta la ocasión sobre la cual la respuesta probablemente se refuerza. Bajo esta contingencia, por medio de un proceso de descriminación operante, el estímulo se convierte en la ocasión en la que la respuesta tiene probabilidad de ser emitida.

En las operantes ecoicas, textuales e intraverbales, el estímulo antecedente es verbal. Hay dos tipos importantes de estímulos de control que generalmente no son verbales. Uno de ellos ya lo hemos mencionado: una *audiencia* que por lo general controla a un grupo grande de respuestas por medio de un proceso que se discutirá en detalle en el capítulo 7. El otro estímulo es nada menos que la totalidad del ambiente físico, el mundo de cosas y de eventos acerca de los cuales se dice que un hablante "habla". La conducta verbal que se encuentra bajo el control de tales estímulos es tan importante que a menudo el estudio del lenguaje y las teorías del significado se ocupan exclusivamente de tal comportamiento.

La triple contingencia en este tipo de operante se ejemplifica cuando, en presencia de un muñeco, un niño obtiene con frecuencia algún tipo de refuerzo generalizado diciendo *muñeco*; o cuando un pez teleósteo, o su imagen, da la ocasión en la que el estudiante de zoología se refuerce al decir *pez teleósteo*. No existe un término adecuado para este tipo de operante. Los términos "signo", "símbolo" y otros más técnicos empleados por la lógica y la semántica, nos obligan a asumir marcos de referencia especiales y poner énfasis en la respuesta verbal misma más que en las rela-

ciones de control. Aquí usaremos el término inventado "tacto". Tal término implica una sugerencia nemotécnica de comportamiento que "hace contacto con" el mundo físico. El tacto puede definirse como una operante verbal en la que una respuesta de forma determinada se evoca (o al menos se fortalece) por un objeto o evento particular, o por una propiedad de un objeto o evento. Explicamos la fuerza mostrando que en presencia del objeto o evento, se refuerza de manera característica una respuesta de esa forma, en una comunidad verbal dada.

Podría ser tentador decir que en un tacto la respuesta "se refiere a", "menciona", "anuncia", "habla acerca de", "nombra", "denota" o "describe" es su estímulo. Pero la relación esencial que existe entre la respuesta y el estímulo de control es exactamente la misma que en la conducta ecoica, textual e intraverbal. No es probable que digamos que todas las respuestas que evoca un estímulo intraverbal "se refieren" a éste, o que una respuesta ecoica o textual "menciona" o "describe" a la variable que la controla. La única relación funcional útil se expresa en la afirmación de que la presencia de un estímulo determinado eleva la probabilidad de ocurrencia de una forma de respuesta dada. Ésta también es la esencia del tacto.

De hecho, no deberíamos aplicar ninguno de los términos tradicionales a instancias de este tipo. Uno puede estar condicionado a decir *¿Cómo está usted?* bajo circunstancias adecuadas. Como pregunta esto se parece a un mando, pero a menudo no es más que una respuesta unitaria que se refuerza de forma característica en una ocasión apropiada. *Gracias* no es, a menudo, más que una respuesta apropiada para una clase de ocasiones en las cuales a uno le dan algo. En un caso especial, una respuesta que emite de manera característica alguna otra persona empieza como respuesta ecoica pero finalmente es controlada por un estímulo no verbal. Al subir a un ascensor, por ejemplo, uno puede tener cierta tendencia a emitir la respuesta apropiada *¡Arriba!*, aunque nunca hayamos trabajado como ascensoristas. Si estamos con el humor adecuado, podemos emitir la respuesta, digamos, "por capricho". No estamos anunciando a nadie que llegó el ascensor, ni estamos indicando una condición del mismo; simplemente estamos emitiendo la conducta que comúnmente se escucha y se repite en esas circunstancias. La misma fórmula explica el conocido desliz verbal en el que uno saluda a otra persona con el nombre de uno mismo. La fuente de esto es obvia en el caso de un niño; a los dos años, por ejemplo, el padre lo saluda diciendo *¡Hola Robertito!*, que fue la forma característica del padre de saludarlo.

Dar al tacto el nombre de "anuncio", "declaración", o "proposición", o decir que "afirma', "enuncia", o "denota" algo, o que "hace saber", o "comunica" una condición del estímulo, puede ser

erróneo y no cumple ninguna función. Si estos términos tienen algún sentido científico más allá de parafrasear la relación presente, se refieren a ciertos procesos adicionales que se considerarán en la parte IV. Veremos, por ejemplo, que el tacto tiene mayor probabilidad de "afirmarse" que cualquier otro tipo de operante pero, en sí mismo, no es por esto una afirmación.

La relación de control

El tacto surge como la más importante de las operantes verbales debido al control especial que ejerce sobre el tacto el estímulo antecedente. Este control lo establece la comunidad reforzante por razones que pronto haremos notar. Éste contrasta fuertemente con las relaciones de control en el mando, en donde se obtienen resultados más eficientes rompiendo cualquier conexión con los estímulos antecedentes y el control de la respuesta se le deja, por tanto, a la deprivación o la estimulación aversiva. Ya sea explícitamente, o como efecto de contingencias comunes, una respuesta se refuerza de una sola forma bajo muchas circunstancias diferentes de estimulación. La respuesta llega, entonces, a "especificar" sus consecuencias características, independientemente de la condición bajo la cual ocurre. En el tacto, sin embargo (lo mismo que en la conducta ecoica, textual e intraverbal) debilitamos la relación con cualquier deprivación específica o con cualquier estimulación aversiva y establecemos una relación especial con un estímulo discriminativo. Hacemos esto reforzando la respuesta tan consistentemente como sea posible, en presencia de un estímulo con muchos refuerzos diferentes o con un reforzador generalizado. El control resultante se realiza por medio del estímulo. Una respuesta dada "especifica" una propiedad determinada del estímulo. Ésta es la "referencia" de la teoría semántica. *A grosso modo*, el mando permite al oyente inferir algo acerca de la condición del hablante, independientemente de las circunstancias externas, mientras que el tacto le permite inferir algo acerca de las circunstancias, independientemente de la condición del hablante. Estas "inferencias" necesitan representarse más claramente analizando las prácticas de refuerzo de la comunidad que mantienen la fuerza de los mandos y de los tactos.

Un tacto que se establece con un refuerzo completamente generalizado podría denominarse "puro" u "objetivo". Si la respuesta se emite o no, puede depender de otras variables; pero cuando se emite, su forma está determinada únicamente por una característica específica del medio ambiente estimulante. Sin embargo, los refuerzos verdaderamente generalizados son poco comunes (véase en particular, el capítulo 6), y probablemente nunca se logre la objetividad pura en este sentido. La conducta verbal en la cual el refuerzo es totalmente generalizado y cuyo control,

por tanto, se basa casi exclusivamente en el medio ambiente, se logra por los métodos de la ciencia. Las prácticas reforzantes de la comunidad científica suprimen completamente los intereses especiales del hablante. Esto no es necesariamente un signo de una ética superior en los científicos; es solamente una práctica que ha resultado ser especialmente valiosa. En buena parte a ella se debe el poder del método científico (capítulo 18).

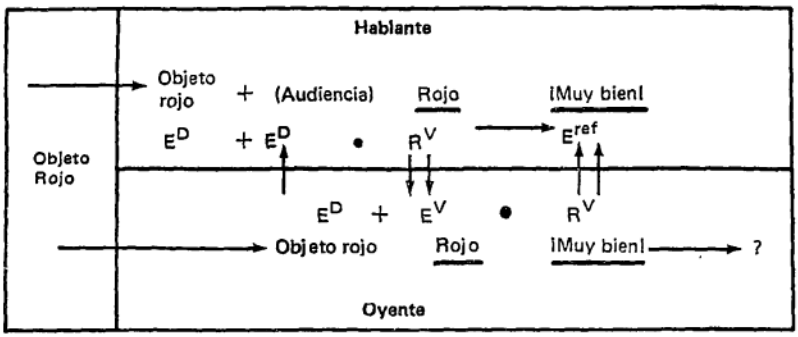


Figura 5

Reforzamiento del tacto

A un niño se le enseñan los nombres de los objetos, de los colores, etc., cuando algún refuerzo generalizado (por ejemplo la aprobación que implica el estímulo verbal *¡Muy bien!*) se hace contingente con una relación apropiada al estímulo presente. En el paradigma de la figura 5 se presenta una serie típica de eventos. Suponemos que un objeto rojo estimula tanto al hablante como al oyente. El objeto, junto con la presencia del oyente como audiencia verbal y posiblemente un mando adecuado para la acción verbal emitido por el oyente (por ejemplo, *¿De qué color es esto?*), presenta la ocasión en la cual la respuesta verbal *Rojo* por parte del hablante, recibe el refuerzo *¡Muy bien!* Esto sucede porque la respuesta se convierte en un estímulo verbal que corresponde apropiadamente a la estimulación del objeto rojo para proporcionar la ocasión en la cual el oyente dice *¡Muy bien!*

El refuerzo final del oyente en la figura 5 requiere de una explicación adicional. Se trata de un refuerzo "educativo", o sea de un refuerzo que se da primordialmente porque establece y mantiene una forma particular de conducta en el hablante. El tacto, como una operante verbal, es útil sobre todo para el oyente, por razones que explicaremos en un momento; pero una explicación adecuada del paradigma de la figura 5 requiriría de una enumeración de los eventos reforzantes específicos que están por debajo de la línea horizontal. Algunos de ellos los proporciona

la cultura; por ejemplo, las alabanzas que recibe un padre por tener un hijo inteligente le dan un refuerzo condicionado para cualquier conducta del padre que aumente el repertorio verbal del niño. En las instituciones educativas tales refuerzos se proporcionan específicamente; la comunidad verbal los proporciona por medio del refuerzo económico. Al maestro se le paga para que refuerce apropiadamente al niño.

Nos acercamos un poco más a la explicación definitiva de la conducta en el caso del tacto, cuando examinamos la situación en la cual el estímulo que el tacto especifica no es directamente accesible para el oyente. Bajo tales circunstancias, la conducta del hablante puede ser reforzante para el oyente al presentar la ocasión para la conducta que, en caso contrario, no se presentaría. En el paradigma de la figura 6 se supone que el hablante está en contacto con un estado de cosas desconocidas por el hablante; él acaba de contestar el teléfono y se entera de que la llamada es para el oyente. La solicitud telefónica, más la presencia del oyente como audiencia, es la ocasión estándar en la cual el hablante responde *Te llaman por teléfono.* Esto se convierte en un importante estímulo verbal para el oyente, quien entonces pasa al teléfono y es reforzado por hacerlo debido a una extraña razón. El oyente asegura la fuerza de una conducta similar por parte del hablante en el futuro, emitiendo la respuesta verbal *¡Gracias!* como un refuerzo apropiado.

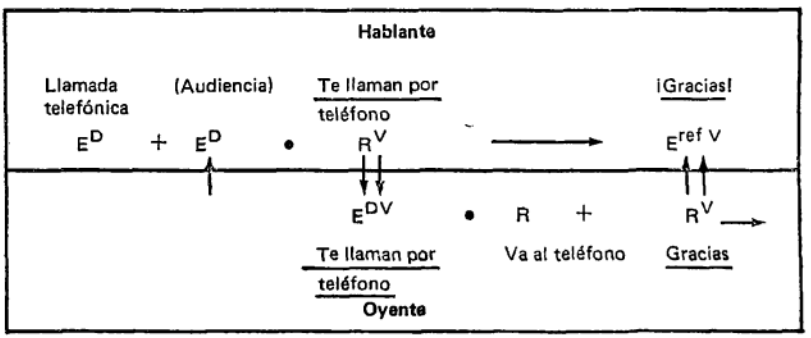


Figura 6

En términos muy generales podemos decir que la conducta que se presenta en forma de tacto funciona para beneficio del oyente al ampliar su contacto con el medio ambiente, y tal conducta se establece en la comunidad verbal por esta razón. Pero una afirmación general no especifica los eventos particulares que van a explicar cualquier caso dado. En el refuerzo educacional las contingencias existentes entre las respuestas y los estímulos

apropiados se mantienen muy firmemente. El efecto principal está en determinar la forma o topografía del comportamiento (en el "moldeamiento" de respuestas) y en hacer más fino el control del estímulo. Cuando la conducta del hablante refuerza al oyente por razones meramente incidentales, las contingencias similares pueden ser deficientes. *¡Gracias!* es un refuezo menos discriminativo que *¡Muy bien!* La correspondencia entre la frase del hablante *Te llaman por teléfono* y la solicitud real que se hace por teléfono, no pueden diferir demasiado porque la devolución del refuerzo del oyente al hablante depende de la correspondencia entre la forma de la respuesta y la solicitud real que se hace por teléfono. Si la llamada es para alguna otra persona, el *¡Gracias!* que emitió el oyente puede ser cancelado rápidamente por alguna forma de consecuencia aversiva.

Los refuerzos menos explícitos del tacto corresponden al refuerzo de respuestas intraverbales que proceden de su uso en forma contigua. En general, es una ventaja que las respuestas apropiadas para la situación del momento sean fuertes. Hay también muchos refuerzos automáticos que provienen del efecto de la conducta sobre el hablante mismo. Un medio ambiente al cual el hablante ha respondido en esta forma, puede ejercer un control más discriminativo sobre su conducta, sea verbal o no verbal. Por ejemplo, al clasificar correctamente un objeto el hablante puede reaccionar ante él en forma más adecuada. Las fuentes del refuerzo final de este efecto, serán más evidentes cuando examinemos detalladamente el efecto de la conducta verbal sobre el propio hablante.

La respuesta del oyente ante un tacto

Las teorías del significado generalmente consideran al mismo tiempo las conductas del hablante y del oyente. Esta práctica se alienta por la noción del "uso de palabras" que parecería liberar a la palabra de la conducta del hablante o del oyente, en forma tal que pueda tener alguna relación de referencia con un objeto. La respuesta del oyente ante un tacto está influida obviamente por la correspondencia entre la forma de la respuesta y el estímulo de control, pero rara vez se ha analizado el lugar que ocupa esta correspondencia en la conducta del hablante. La sustitución de un estímulo por otro en el reflejo condicionado sugiere la existencia de una base biológica para esta noción de referencia. Así, J. B. Watson afirmó que "las palabras funcionan en tanto manifiestan respuestas exactamente como los objetos a los que las palabras sustituyen".[1] Cita la historia de Swift de un hombre que cargaba un saco lleno de objetos que podía mostrar en lugar de

[1] Watson, J. B. *Behaviorism* (Nueva York, 1924), pág. 233.

utilizar palabras. "Pronto el hombre tuvo un sustituto verbal dentro de sí mismo, teóricamente para cada objeto del mundo. De ahí en adelante ha llevado dentro de sí el mundo que le rodea gracias a esta organización". Pero, claro está, ese es un mundo bastante inútil. No se puede comer un *sandwich* ni clavar un clavo con un *martillo*. Este es un análisis superficial, que se encuentra demasiado cerca de la noción tradicional de que las palabras "representan" cosas.

La misma objeción puede hacerse contra la interpretación de Bertrand Russell acerca de la conducta del oyente, en su libro *Inquiry into Meaning and Truth*:

> Suppose you are with a man who suddenly says "fox" because he sees a fox, and suppose that, though you hear him, you do not see the fox. What actually happens to you as a result of your understanding the word "fox"? You look about you, but this you would have done if he had said "wolf" or "zebra". You may have an image of a fox. But what, from the observers standpoint, shows your understanding of the word is that you behave (within limits) as you would have done if you had seen the fox. Generally, when you hear an object-word which you understand, your behavior is, up to a point, that which the object itself would have caused. This may occur without any "mental" intermediary, by the ordinary rules of conditioned reflexes, since the word has become associated with the object.[2]

Pero no nos comportemos en relación con la palabra "zorro" como lo hacemos con los zorros, sino en casos limitados. Si le tenemos miedo a los zorros, el estímulo verbal *zorro* que hemos oído en presencia de zorros verdaderos, evocará una reacción emocional; si estamos de cacería, puede crear la condición que llamamos excitación o gozo. Posiblemente la conducta de "ver un zorro" pueda encajar en la misma fórmula, como veremos más adelante. Pero el estímulo verbal *zorro*, por el simple condicionamiento, no conduce a ninguna conducta práctica apropiada en relación con los zorros. Como dice Russell, puede hacernos buscar a nuestro alrededor, como haríamos con los sonidos *lobo* o *cebra*, pero no buscamos a nuestro alrededor cuando vemos una

[2] Russell, B. *Op. cit.* p. 82:
Supongamos que usted está en compañía de una persona que de repente dice "zorro" porque ha visto un zorro, y supongamos que, aunque usted lo oye, no ve el zorro. ¿Qué le sucede a usted en realidad como resultado de entender la palabra "zorro"? Usted busca a su alrededor; pero esto le habría ocurrido también si la persona hubiera dicho "lobo" o "cebra". Usted puede tener la imagen de un zorro. Sin embargo, desde el punto de vista del observador, lo que demuestra que usted entendió la palabra es que usted se comporta (dentro de ciertos límites) como lo habría hecho si hubiera visto el zorro. Generalmente cuando uno oye una palabra objeto que entiende, su comportamiento es, hasta cierto punto, el que el objeto mismo habría producido. Esto puede ocurrir sin ningún intermediario "mental", por las reglas comunes de los reflejos condicionados, porque la palabra se ha asociado con el objeto.

zorra real, sino que miramos a la zorra. Solamente cuando los conceptos del estímulo y respuesta se emplean muy vagamente, puede el principio del conodicionamiento servir como prototipo biológico de la simbolización.

La conducta práctica del oyente con respecto al estímulo verbal producido por un tacto sigue la misma relación triple que hemos utilizado para analizar la conducta del hablante. Podemos suponer que en la historia de un oyente particular, como el descrito por Russell, la palabra estímulo *zorro* haya presentado la ocasión para que el hecho de buscar a su alrededor fuera seguido por el hecho de ver un zorro. También podemos suponer que el oyente tiene cierto "interés en ver zorros"; que la conducta que depende de haber visto un zorro es muy fuerte, y que el estímulo que proporciona el zorro es, por tanto, reforzante. El estímulo verbal *zorro* que se ha oído, presenta la ocasión para darse vuelta y buscar con la mirada y con frecuecia va seguido por el refuerzo de ver un zorro. Técnicamente, la conducta de darse vuelta y mirar es una operante discriminada más que un reflejo condicionado. La diferencia es importante. El estímulo verbal *zorro* no es un sustituto del zorro, sino que es la ocasión en la cual ciertas respuestas se han reforzado por ver el zorro, y probablemente lo serán en el futuro. La conducta que está controlada por el zorro mismo —mirar hacia el animal o perseguirlo— no puede evocarse por el estímulo verbal y, por tanto, no hay posibilidad alguna de sustitución de estímulos, análoga a un signo o símbolo.

Consideremos otro ejemplo. Cuando una cocinera anuncia *¡La comida está lista!*, crea una ocasión verbal a partir de la cual uno puede sentarse a la mesa. Pero el oyente no se sienta a la mesa a comerse el estímulo verbal. La clase de respuesta que puede hacerse tanto a la comida como al estímulo verbal *¡La comida está lista!*, se ejemplifica por la respuesta salivar condicionada con base en la fórmula pavloviana. La conducta práctica del oyente (cuyas consecuencias son responsables en último término por el desarrollo de la respuesta verbal que se emite en primer lugar), debe ser formulada como una operante discriminada que implica tres términos y no sólo dos, que serían el paralelo para la noción de símbolo.

La frecuencia relativa con la cual el oyente lleve a cabo la acción efectiva de responder a la conducta en la forma de tacto, dependerá de qué tan amplio y preciso sea el control del estímulo en la conducta del hablante. Algunos de los factores que pueden interferir con una correspondencia cercana entre el estímulo y la respuesta se estudiarán en el capítulo 6. La frecuencia de la acción efectiva explica a su vez lo que podemos llamar la "creencia" del oyente; o sea la probabilidad de que lleve a cabo la acción efectiva en relación con un estímulo verbal particular. En general esto puede variar entre los hablantes (y refleja el juicio que

hace el oyente acerca de la exactitud, honestidad, etc. del hablante) y entre las respuestas (dependiendo de qué tan plausible sea la respuesta en relación con el resto de la situación dada).

Si el oyente lleva a cabo una acción efectiva, dependerá también de si la respuesta ha sido un tacto, o si es simplemente ecoica, textual o intraverbal. Pero hemos visto que el tipo de operante verbal no se indica sólo por la forma de la respuesta. En ciertas circunstancias, la conducta tiene la forma típica del tacto, pero hay muchas circunstancias en las cuales el tipo particular debe indicarse por medio de respuestas colaterales, si es que el oyente va a actuar en forma adecuada. Las respuestas que cumplen esta función las discutiremos en la parte IV.

Fue posible clasificar los mandos en términos de las razones diferentes por las cuales el oyente refuerza; del mismo modo podemos explicar el hecho de que en un tacto la respuesta difiere de la misma respuesta en una operante ecoica, textual o intraverbal. El tacto *silla* posee una ventaja sobre estos otros tipos de conducta verbal porque parece "decir algo" acerca del objeto que evoca la respuesta. El tacto parece aportar más "información" que las conductas ecoica, textual o intraverbal. Proporciona un vínculo entre la conducta del oyente y un estado de cosas relevante. Pero la vinculación es más duradera cuando la conducta del hablante está controlada por la conducta verbal de alguna otra persona. Todos los matices de diferencias entre los operantes verbales reflejan conjuntos diferentes de variables en la conducta, tanto del hablante como del oyente. Los procesos conductuales compuestos, son los mismos en cualquier parte que ocurran.

El control de estímulos del tacto

Toda conducta verbal se controla por la estimulación antecedente que surge de una audiencia —como veremos en el capítulo 7—, pero cuando una audiencia presenta refuerzos verbales, respuestas diferenciales dependen de la forma de la respuesta o de la ocurrencia de ambas. La conducta ecoica y textual no siempre recibe aprobación ni se refuerza siempre por otra forma. La conducta del hablante, por tanto, está bajo el control de propiedades adicionales de la ocasión particular. El oyente puede señalar la ocasión propicia con estímulos verbales tales como *¿Qué fue lo que dijo él?*, o *¿Qué dice esto?* Estos son mandos para la acción verbal que indican disposiciones de refuerzo para la conducta ecoica y textual respectivamente. Una ocasión dada también puede ser o no propicia para la conducta en la forma de tacto. Un objeto determinado no permanece como condición inevitable para el refuerzo de una respuesta apropiada y por tanto, la probabilidad de la respuesta varía con la ocasión. El oyente puede ayudar diciendo *¿Qué es eso?* o por medio de conducta de

mando en la forma de un tacto. Otra propiedad puede ser la novedad de la ocasión. Excepto bajo condiciones especiales, los objetos con los cuales estamos familiarizados pierden su control porque la comunidad verbal finalmente impide el refuerzo. Solamente los objetos que en algún aspecto son inusitados, o que ocurren en un ambiente tal, son importantes para el oyente y por tanto, presentan la ocasión para que se refuerce al hablante. Una mesa de billar en el fondo de una piscina, una toma de agua en la sala o una foca en el dormitorio, es más probable que evoquen tactos que los mismos objetos en sus ambientes ordinarios. Obviamente, lo novedoso para el hablante puede no serlo para el oyente, de modo que la regla no se aplica de manera uniforme.

El refuerzo generalizado hace que el tacto sea relativamente independiente de las condiciones momentáneas del hablante y, bajo este respecto, el tacto se parece a la conducta ecoica, textual e intraverbal. Sin embargo, existe una diferencia en el control de estímulos. La conducta que es "descriptiva del ambiente" tiene menor probabilidad de ser dinámica o "expresiva"; mientras que el tacto no necesita adornarse para serlo. Éste se emite generalmente con modulaciones de intensidad y velocidad que no sólo reflejan la presencia o ausencia de los estímulos que controlan una forma específica de respuesta, sino también otras condiciones relevantes tanto de la ocasión como del hablante. La "interpretación" que de la conducta textual o intraverbal hace el lector hábil o el actor, le da a estas conductas el carácter dinámico del tacto. Este carácter se debe, en parte, a ciertas consecuencias especiales —que analizaremos en el capítulo 6— que se oponen al efecto nivelador de un refuerzo generalizado. Sin embargo, más importante todavía es la falta de una correspondencia exacta entre la respuesta y el estímulo de control que se observa en la conducta ecoica y textual.

Todos los estímulos, verbales o de otra clase, varían en cuanto a su intensidad y claridad de pauta y el control que ejercen se afecta de acuerdo a esto. Sin embargo, por encima de cierto nivel, el estímulo ecoico y textual poseen efectos bastante predecibles. Si queremos que alguien diga la palabra *violín*, por ejemplo, podemos hacer uso de un estímulo verbal y de un mando para la conducta ecoica: *Di "violín"*. Las correspondencias dimensionales en la conducta ecoica determinan la respuesta con gran precisión. Podemos también usar un estímulo textual con un mando apropiado, *Lee esto:* VIOLÍN, donde otra clase de correspondencia exacta restringiría la respuesta, en forma casi tan estrecha como en el caso anterior. La misma orden de especificidad puede lograrse diciendo *Dime qué es esto* y señalando un violín, debido a que las contingencias de refuerzo son casi tan específicas como en la conducta ecoica o textual, a pesar de que no existe una correspondencia exacta entre el violín y la respuesta verbal *violín*.

Pero esta especificidad no se aplica a todos los estímulos posibles, como veremos al examinar más de cerca el control de estímulos.

EL TACTO EXTENSO

Si una silla, actuando como estímulo, simplemente hiciera que la respuesta *silla* fuera más probable, y si una cuna, actuando como estímulo, simplemente hiciera que la respuesta *cuna* fuera más probable, a su vez, podríamos tratar la "semántica" de la conducta verbal simplemente proporcionando un inventario de tactos. Pero un repertorio verbal no es como una lista de pasajeros en un buque o en un avión, en la cual un nombre corresponde a una persona y a nadie se le omite ni se le nombra dos veces. El control de estímulos no es, de manera alguna, tan preciso. Si una respuesta se refuerza en una ocasión dada o en una clase de ocasiones, cualquier aspecto de dicha ocasión o elemento en común que tenga la clase, parece obtener cierta medida de control. Un estímulo nuevo que posea un elemento tal puede evocar una respuesta. Hay varias formas en las cuales un estímulo nuevo se puede parecer a un estímulo que estuvo presente antes, cuando se reforzó la respuesta y por tanto, hay varios tipos de lo que pudiéramos llamar "tactos extensos".

Extensión genérica

La propiedad que hace que un estímulo nuevo sea efectivo puede ser la propiedad en la cual es contingente el refuerzo que proporciona la comunidad verbal. Esta "extensión genérica" se ilustra cuando un hablante llama *silla* a una nueva clase de silla. La propiedad en que se basa la extensión de la respuesta de un caso a otro es la propiedad que determina la práctica reforzante de la comunidad. Como también es la propiedad importante para el oyente en una ocasión nueva, la respuesta extensa es aceptable y útil.

Si la respuesta extensa se refuerza por sí misma, como es probable que ocurra, el estímulo ya no será completamente nuevo y un segundo caso no necesitará ejemplificar la extensión genérica. Sin embargo, la clase de estímulos se ha extendido y se facilita su extensión adicional. En esta forma, a la larga llegamos a responder con la palabra *silla* ante una gran cantidad de objetos. Para descubrir la "esencia" de la silla tendríamos que examinar las contingencias reales de refuerzo en una comunidad dada. En la extensión genérica, en contraste con otras clases de extensión que indicaremos muy pronto, las propiedades definidoras tienden a ser prácticas. El control de estímulos de *silla* se indica por el uso que la comunidad reforzante hace de las sillas. Por la misma

razón los estímulos de control tienden a ser "objetos". Al caracterizar un determinado estímulo es probable que nos refiramos a objetos más que a propiedades (a la silla más que al verde), no porque los objetos se "perciban" más fácil, inmediata o sustancialmente, sino por las consideraciones prácticas que entran en juego en la formación de una clase de estímulos.

Sin embargo, las respuestas ante propiedades aisladas pueden presentar extensión genérica. La respuesta extensa es aceptada por la comunidad y se refuerza al establecer una clase de estímulos aún mayor. Cuando decimos *La carrera es de velocidad,* indicamos la importante propiedad práctica de los que ganan. Cuando se refuerza una extensión como ésta por la comunidad verbal, el tacto se convierte en una operante estándar bajo el control de una sola propiedad. Ningún proceso adicional de extensión se involucra cuando la respuesta se emite más tarde en presencia de un estímulo nuevo que posea esta propiedad. Como el control ejercido por un estímulo nuevo se debe a las propiedades que comparte con el estímulo original, la respuesta sigue siendo un ejemplo de nuestra relación fundamental triple, de estímulo, respuesta y refuerzo. Sin embargo, se especifica únicamente una propiedad del estímulo, al explicar las respuestas posteriores. Esta formulación es mucho más simple que las explicaciones tradicionales de los mismos datos, que apelan a varios procesos de generalización, equivalencia, o pensamiento por analogía, en virtud de los cuales el hablante es capaz de *transferir* una respuesta a un nuevo estímulo. No necesitamos decir que el hablante "descubre una similitud y la expresa transfiriendo una respuesta". La respuesta simplemente ocurre debido a la similitud.

Como veremos más adelante, la extensión genérica ocurre aun cuando el hablante no sea capaz de responder a la similitud en otras formas —cuando no "conoce", como se dice, la similitud.

Extensión metafórica

Un segundo tipo de extensión se presenta debido al control que se ejerce por propiedades del estímulo que, aunque están presentes en el refuerzo, no entran en la contingencia que respeta la comunidad verbal. Este es el proceso común de la metáfora. Las descripciones tradicionales, a partir de Aristóteles, han supuesto generalmente que, como extensión genérica, la metáfora es una cosa muy especial que requiere una facultad específica de pensamiento por analogía. Pero el proceso básico se expresa adecuadamente por la triple relación; la única diferencia entre la extensión metafórica y la extensión genérica está en la clase de propiedades que logran control sobre la respuesta.

Un ejemplo de extensión metafórica lo proporciona el niño que, al tomarse una soda por primera vez, dijo que se parecía "a

cuando se me duerme un pie". La respuesta *se me duerme un pie* se había condicionado previamente en circunstancias que involucraban dos condiciones notorias de estímulo: la inmovilidad parcial del pie, y cierta estimulación precisa. La propiedad que la comunidad usaba para reforzar la respuesta era la inmovilidad, pero para el niño también tenía importancia la estimulación precisa. Una estimulación similar, producida al probar agua soda evocaba la misma respuesta. En este ejemplo la estimulación precisa era privada, lo cual es una condición que da origen a varios problemas en el análisis de la conducta —como veremos más adelante— pero nos es útil aquí porque permite distinguir entre la propiedad que le sirve a la comunidad como base para el refuerzo y la propiedad responsable de la extensión de la respuesta a un estímulo nuevo. La comunidad no podría usar únicamente la estimulación precisa para establecer la respuesta.

Un tacto metafórico en el cual ambas propiedades son públicas también puede analizarse en la misma forma. Cuando por vez primera un hablante llama a algo "ratón", explicamos su respuesta notando ciertas propiedades —tamaño reducido, timidez, movimientos silenciosos, etc.— que son comunes a la clase de situación en la cual la respuesta se refuerza de forma característica y a la situación especial en la cual la respuesta se emite en este momento. Como éstas no son las propiedades que utilizan los zoólogos o la comunidad ordinaria como base para reforzar una respuesta, llamamos metafórica a esta extensión. (Al tratar la metáfora nos interesa aquí únicamente la aparición del tacto extenso. Al decir *Julieta es* [*como*] *el sol*, debemos explicar la aparición de la respuesta *sol* cuando realmente el sol no está presente. Lo hacemos notando que Julieta y el sol poseen propiedades en común, al menos en los efectos que producen sobre el hablante. Algunas veces la propiedad en que se basa la extensión se percibe también directamente por el tacto y entonces el problema de identificar el tacto se resuelve automáticamente. Al decir *El niño es tan brillante como una moneda*, explicamos el término *moneda* indicando lo que tienen en común las monedas y el niño del cual hablamos. Esto algunas veces es, precisamente, la propiedad del estímulo a la cual se refiere el término *brillante*. El hablante ha identificado la propiedad responsable de la extensión de su respuesta. En tales expresiones las respuestas *como* y *tal como* pertenecen a otra clase, que se discutirá en el capítulo 12.)

Cuando una respuesta metafórica es efectiva y se refuerza adecuadamente, deja de ser primordialmente una metáfora. A un hombre rara vez se le dice ratón en un tacto extenso. El término *ratón* se ha convertido en una forma estándar que usa la comunidad reforzante para referirse a tamaño pequeño, timidez y otras propiedades. La respuesta *pata* que evoca la pata de una mesa,

probablemente sólo en raras ocasiones representa una extensión metafórica. No podemos estar seguros de que una respuesta sea un ejemplo de una extensión metafórica o no hasta que conozcamos la historia del hablante. *Brillante como una moneda* probablemente es, con más frecuencia, una respuesta estándar que funciona como una sola unidad verbal. En lenguaje ordinario esto es poco más que un sinónimo polisilábico para *brillante*. Su origen metafórico puede ser de poca importancia. Podemos hablar de extensión metafórica solamente si sabemos que *moneda* se ha establecido de manera independiente como una respuesta ante una serie de propiedades, incluyendo el brillo, y que no se ha establecido una relación intraverbal por ocurrencias contiguas anteriores de los términos *brillante y moneda*. Una expresión como la siguiente: *Tonto como un agujero*, es un ejemplo más convincente, porque *agujero* ya no se condiciona comúnmente bajo circunstancias en las cuales se podría controlar la propiedad de ser tonto.

Algunas veces una comparación de prácticas en diferentes comunidades verbales aclarará la importancia de la extensión metafórica *actual*, aunque parezca ser una metáfora. Un agujero en una aguja no se llama *ojo* en todo idioma. Una extensión metafórica como ésta puede ocurrir en cualquier idioma, pero esto no ha ocurrido con suficiente frecuencia para reforzarse y establecerse como término estándar. La frecuencia con que esta respuesta aparece en inglés debe, por tanto, atribuirse en gran parte a los refuerzos presentes de la expresión total en relación con agujas, más que a la extensión metafórica.

Los rastros de una extensión funcional pueden sobrevivir en una metáfora que por lo demás esté muerta. Veremos en el capítulo 9 que una respuesta verbal con frecuencia adquiere su fuerza a partir de más de una variable. Es posible que la operante idiomática *el ojo de una aguja* sea más fuerte debido a que la respuesta *ojo* también se refuerza cuando se refiere a algo similar a la pauta geométrica del ojo de un animal. Debido a esta fuente auxiliar de fuerza, la respuesta debería adquirirse con mayor facilidad cuando una aguja es vista por primera vez. Tal respuesta debería emitirse más fácilmente en una ocasión dada y, a la larga, se mantiene contra sus propios sinónimos competitivos y, por tanto, sobrevive en el lenguaje.

Cuando una metáfora extensa se refuerza y por tanto se estabiliza como un tacto no extendido, tiene el efecto de aislar una nueva propiedad del estímulo o un grupo de propiedades que posiblemente, hasta ahora, no se ha identificado en el idioma. Si primero adquirimos la respuesta *pata* en relación con animales y la extendemos a las patas de las mesas y sillas con base en sus semejanzas geométricas y funcionales, las propiedades comunes a todos estos casos adquieren el control de la respuesta y poste-

riormente son respetadas por la comunidad. Las propiedades puramente fisiológicas y anatómicas del estímulo original pierden su importancia. Cuando hemos extendido la respuesta *alas* de las partes anatómicas de aves e insectos, a los aviones, edificios, ejércitos y sombreros, la respuesta se controla por una propiedad geométrica común a todos estos objetos. El papel que juegan los procesos de extensión metafórica al aislar las propiedades, se discutirá en una sección posterior de este capítulo.

La distinción entre extensión genérica y metafórica, se refiere a la diferencia entre una propiedad contingente del estímulo y una propiedad accidental del mismo. La extensión genérica respeta la práctica reforzante original, que persiste sin cambio en la comunidad verbal aunque el rango de estímulos efectivos pueda extenderse cada vez a más casos, en forma tal que se refuercen en nuevas propiedades colaterales. El número total de propiedades del estímulo que se respetan en el idioma en cuestión, no se aumenta; por el contrario, en la metáfora nuevas propiedades de la naturaleza se llevan constantemente bajo el control de la conducta verbal. Se convierten en tactos estándar estabilizados sujetos, a su vez, a más amplias extensiones genéricas o metafóricas.

Las expresiones metafóricas de un hablante o escritor determinado reflejan las clases de estímulos que con mayor frecuencia controlan su conducta. Este hecho se usa con frecuencia al inferir las condiciones acerca de la vida de un escritor, sea cuando los hechos no se conocen bien, o cuando se trata de establecer quién es el autor de cierta obra. Las "imágenes" de Caroline Spurgeon[3] son metáforas según nuestra definición. El razonamiento se puede presentar en la siguiente forma: cuando una situación simplemente evoca mandos no extensos, la conducta nos dice algo acerca de la situación pero muy poco acerca del hablante; por otra parte, las respuestas metafóricas se han adquirido *bajo otras circunstancias*, acerca de las cuales se puede, por tanto, hacer inferencias.

El mismo principio puede aplicarse a la conducta metafórica de una comunidad verbal. Consideremos, por ejemplo, todas las respuestas metafóricas que han servido en lugar de, o para complementar a, la respuesta *brillante*. Estas extensiones posiblemente se han emitido en ocasiones que estaban indicadas por objetos brillantes. Pero en primer lugar deben haberse condicionado a otra clase de estímulos brillantes. Debemos, por tanto, ser capaces de hacer una lista de los objetos brillantes más comunes, buscando simplemente en un diccionario de metáforas el título *brillante*. En uno de estos diccionarios[4] se encuentran aproximadamente cincuenta símiles que comienzan con la expresión *bri-*

[3] Spurgeon, C. *Shakespeare's Imagery* (Nueva York, 1935).

[4] Wilstachs' *Dictionary of Similes*. Las figuras no deben considerarse como indicativos de la frecuencia de uso, debido a que generalmente se incluye sólo un caso de cada metáfora.

llante como y van seguidas de términos referentes a los fenómenos celestes, especialmente al Sol y las estrellas. Otros dieciséis se refieren a la luz que se refleja en el agua de alguna forma. Cinco se refieren a fuentes artificiales, como los faros o las lámparas, y siete a las superficies que reflejan la luz. Nueve se refieren a objetos de arte. La flora y la fauna brillantes incluyen aves, diademas, luciérnagas, pavos reales, lirios del valle, amapolas y rosas en botón.

Como ocurre en el caso del mando mágico, muchas de estas respuestas nunca se habrían emitido, excepto por influencia especial de la comunidad literaria que proporciona ejemplos sensibles de conducta verbal. Sin embargo, existe otra razón para que las respuestas débiles aparezcan en la metáfora. Al analizar una respuesta extendida metafóricamente con base en su brillo, suponemos que el autor vio un objeto brillante y se sintió inclinado a decir algo acerca de dicho objeto. Podemos suponer también que el autor no pudo decir *brillante,* tal vez debido a las clases de variables que se discutirán en el capítulo 15, o a que ya había dicho tal palabra sin lograr un efecto completamente satisfactorio. Bajo tales circunstancias la conducta tiene una especie de camisa de fuerza en la cual las respuestas débilmente determinadas se emiten y por tanto, puede ser efectiva la propiedad en que se basa la extensión metafórica.

La forma de metáfora que se denomina símil es otra forma de presión para emitir respuestas débiles. Si en lugar de decir *Era brillante,* el poeta empieza diciendo *Era tan brillante como* . . . se encuentra atrapado. La palabra *como* puede no ser más que una respuesta ante la intensidad del estímulo, similar a *muy,* pero obliga al poeta a completar la figura literaria. El compromiso con frecuencia se cumple con formas de respuesta muy débiles.

No es solamente el poeta quien se aprisiona de esta manera. Un hablante en lugar de decir *Era muy estúpido,* puede decir *Era tan estúpido como* . . . Si ninguna propiedad común de los estímulos produce una extensión metafórica, la terminación debe dejarse a una respuesta intraverbal —por ejemplo, a una metáfora inerte—. Si esto falla, y si no hay respuestas intraverbales disponibles o se trata de respuestas tabú o que en alguna otra forma son objetables, entonces es posible recurrir a frases como: *Era tan estúpido como usted puede imaginarse,* o *. . .como no sé qué.*

Una expresión que tiene la forma estándar de metáfora es, a veces, claramente la terminación de una construcción metafórica con material intraverbal o de otra clase. En la frase *Es tan brillante como negra es la noche,* debemos suponer que la situación presente fortalece a *brillante* y que *brillante* a su vez fortalece a *noche* y *negra.* Éstas no son extensiones metafóricas sino respuestas intraverbales que llenan un marco de referencia sintáctico estándar (véase capítulo 14).

Algunas veces parece presentarse una extensión real cuando no puede demostrarse la similitud entre los estímulos expresables en términos de la ciencia física. Hay varias explicaciones posibles. Dos estímulos pueden tener un efecto común sobre el organismo que responde, el cual sirve de mediador para la extensión de la respuesta. En el ejemplo *Julieta es el sol*, es posible que no se logre establecer una similitud plausible (entre Julieta y el sol). Solamente a Romeo le parecía ver a Julieta brillar con la luz del alba. La extensión metafórica podría haber estado mediada, digamos, por una respuesta emocional, que tanto Julieta como el sol evocaban en Romeo. En forma similar, cuando el color escarlata se describe como *el estruendo de una trompeta*, no se necesita buscar propiedades comunes en los estímulos visuales y auditivos. Tanto el color escarlata como el estruendo de una trompeta tienen algún efecto en común (tal vez como un inusitado o alarmante estímulo, o como estímulos que se asocian en el caso de los desfiles) que puede servir como mediador para la extensión de la respuesta. El efecto no necesita ser metafórico en sí.

Las propiedades de las cosas o eventos que sustentan la extensión metafórica son tema de estudio empírico. ¿De qué manera los eslabones de una cadena se parecen a una serie de acontecimientos en una "cadena de eventos"? ¿Dónde se encuentra un hombre cuando está "en la cima del mundo"?, o ¿cuándo ha "sufrido una caída mortal"? ¿En qué forma "cerramos los ojos a la verdad"? Las respuestas a estas preguntas revelan propiedades efectivas del ambiente que son importantes de estudiar no sólo en relación con la conducta verbal, sino con la conducta humana en general. La metáfora, definida en esta forma, se parece al "símbolo" freudiano. Las propiedades o condiciones en virtud de las cuales algo puede servir como un símbolo de alguna otra cosa, son precisamente las propiedades o condiciones de las cuales depende la extensión metafórica.

La conducta verbal sería mucho menos efectiva si no fuera posible utilizar extensiones metafóricas. Incluso si se puede utilizar un tacto no extenso, la metáfora puede tener una ventaja. Podemos estar más familiarizados con ella y puede afectar al oyente en otras formas, especialmente produciendo respuestas emocionales. Aunque "una figura vale más que 10 000 palabras" para ciertos propósitos, no es fácil hacer figuras de ciertas propiedades de los objetos y éstas son, con frecuencia, las propiedades tratadas con éxito a través de la extensión metafórica. Podría ser posible en ciertas clases de símbolos o en el arte surrealista sugerir o mostrar que Julieta es el sol para Romeo, pero el truco se logra con mayor facilidad en el medio verbal. El tacto extenso libera las propiedades de los objetos una de otra y por tanto, posibilita una recombinación que no se restringe a las exigencias del mundo físico.

La extensión metafórica es especialmente útil[5] cuando no se tiene otra respuesta disponible. En una situación nueva a la cual no puede extenderse un término genérico, la única conducta efectiva puede ser metafórica. La amplia utilización de la metáfora en la literatura demuestra esta ventaja. La literatura es precientífica en el sentido de que habla de cosas o eventos antes de que la ciencia entre en acción y tiene menos tendencia a hablar de tales cosas y eventos de ahí en adelante. La literatura forma sus vocabularios no por definiciones explícitas o extensión genérica, sino por medio de metáforas.

En ninguna otra parte se ilustra mejor esto que en el campo de la psicología misma. La conducta humana es un campo de trabajo sumamente difícil. Los métodos científicos se le han aplicado muy tarde en la historia de la ciencia, y su explicación todavía es incompleta. Pero se trata de un área en la cual la literatura actúa en forma competente, segura y efectiva. Autores como Dostoievski, Jane Austen, Stendhal, Melville, Tolstoi, Proust, o Joyce, parecen mostrar una comprensión de la conducta humana que está más allá de los métodos de la ciencia. En cuanto la literatura se limita a describir la conducta humana en forma narrativa, no puede decirse que muestre una comprensión absoluta; pero el escritor con frecuencia parece "decir algo" acerca de la conducta humana, al interpretarla y analizarla. De una persona no sólo se dice que toma parte en varios eventos, sino que se la *caracteriza.* Esta es una expresión significativa porque sugiere el sitio en el cual la metáfora, como vocabulario precientífico, tiene su lugar. Entre otras técnicas, en la literatura la personalidad se describe y analiza con ciertas tipologías. En las primeras formas literarias, se tendía a usar animales como esquemas de clasificación. El profesor Wells[6] compiló una lista útil de tales "teriotipos".* Un hombre puede ser un asno, un búho, una serpiente o una rata. Los adjetivos de comparación —estúpido, sabio, traicionero o tacaño— no tienen el mismo efecto de la extensión metafórica que se encuentra en el teriotipo.

Los animales comunes se agotan rápidamente, pero la literatura forma sus propios términos. Un escritor puede tratar efectivamente, como dijo Thomas Carew,[7] "a esas virtudes heroicas para

[5] Desafortunadamente, la metáfora también es útil cuando no hay nada qué decir. John Horne Tooke señaló esto cuando dijo que: "...aunque los símiles se presentan con más belleza y propiedad en las obras de imaginación, también los utilizan con frecuencia los autores de tratados filosóficos: y a menudo los sacan de apuros dándoles la apariencia de decir algo cuando en realidad no hay nada que decir. Los símiles son en realidad los salvavidas sobre los que flotan; y el Gramático se hunde de inmediato si intenta nadar sin ellos". (*The Diversions of Purley*, pág. 59, edición de 1857.)

[6] Wells, F. L. Excursion among Spiders. *Sewanee Review*, 1937, *5*, 75-90.

* *Theriotypes*, en el original en inglés. Este neologismo procede del griego *thêrion*, bestia y *typos*, imagen, forma, figura, modelo, tipo. (*N.* del *E.*)

[7] Carew, T. Pretensions of Poverty. *Poems, Sons and Sonnets* (Londres, 1670).

las cuales la antigüedad / no ha dejado nombre sino sólo modelos / tal como Hércules, Aquiles y Teseo". Cuando decimos que un hombre está realizando una tarea hercúlea, no decimos solamente que la tarea requiera gran fuerza o que se haga industriosamente o que sea dura; decimos todo esto y más en una sola palabra. Las fábulas, los mitos, las alegorías —en pocas palabras, la literatura en general— crean su propio vocabulario al conectar formas verbales con descripciones de eventos particulares o de ocasiones a partir de los cuales pueden luego extenderse metafóricamente. Podemos hacer una breve descripción de una relación interpersonal compleja, se puede describir brevemente como "el aullido de un lobo", mientras que un ajuste emocional complejo se puede resumir diciendo que se está atravesando por una época de "uvas agrias". Se necesitaría una frase larga, o más probablemente un párrafo o incluso un capítulo, para tratar a estas situaciones de manera no metafórica. Cuando la expresión literaria se *refuerza por derecho propio, se vuelve útil en la descripción directa*. Se le arrancan sus virtudes heroicas y no nos da señal de lo que estaba sucediendo cuando el término se usaba metafóricamente. Esto nos conduce, sin embargo, a una terminología no metafórica que describe la personalidad humana en forma más efectiva y compleja. La efectividad científica de ese vocabulario se deriva de las contingencias reales de refuerzo en la comunidad científica y no de sus orígenes metafóricos. Cualquier sobreviviente de estos orígenes interferiría con su utilización científica.

La diferencia entre el tacto genérico y el metafórico es una de las grandes diferencias entre la ciencia y la literatura. La conducta verbal científica se establece y se mantiene debido a ciertas consecuencias prácticas. Nada que esté más allá de la extensión genérica servirá, como veremos en el capítulo 18. En la literatura no hay consecuencias prácticas semejantes y las extensiones metafóricas generalmente predominan. Nadie negará que son efectivas; pero la ventaja que ganamos leyendo a Dostoievski o a Joyce al llegar a participar de su "conocimiento" o "comprensión" de la naturaleza humana, es muy diferente de las ventajas que ganamos de su estudio científico.

Extensión metonímica

La metáfora, como la hemos definido, incluye símiles y algunas variaciones menores que se distinguen en la retórica clásica. Es conveniente tener una categoría diferente para lo que podemos denominar metonimia, utilizando la palabra para incluir algunas otras figuras clásicas, entre ellas la "sinécdoque". En esta situación ocurre una extensión de un tacto cuando un estímulo adquiere control sobre la respuesta debido a que *acompaña* frecuentemente al estímulo en el cual el refuerzo es por lo general contingente.

Así, decimos *La Casa Blanca negó el rumor*, aunque en realidad fue el presidente quien habló, o decimos *No has tocado la comida*, cuando lo importante es que no se la ha *comido*. Explicamos estas conductas haciendo notar que el presidente y la Casa Blanca generalmente van juntos, y lo mismo tocar y comer.

Se ha intentado explicar la metonimia en términos de relaciones lógicas entre los estímulos. Varios tipos se han definido de acuerdo a esto. La relación puede ser de una persona a una función (antonomasia), o de la parte al todo (sinécdoque) y así sucesivamente. Pero estas relaciones, como aquéllas a las que se apela en el análisis clásico de asociación de palabras, simplemente explican por qué los estímulos ocurren juntos en la naturaleza. Dos estímulos contiguos cualquiera presentarán este efecto, sin importar porqué son contiguos.

La extensión metonímica no se presenta libremente en ambas direcciones. No describimos la redecoración de la Casa Blanca, diciendo que el presidente recibió una nueva capa de pintura. Esta falta de simetría se explica fácilmente por la forma en que la extensión metonímica difiere de la extensión genérica y especialmente de la metafórica. La extensión genérica se basa en una propiedad que entra en una contingencia de refuerzo. La respuesta extensa, por tanto, tiene un efecto apropiado sobre el oyente, quien responde efectivamente ante el estado de cosas descrito. En la metáfora este resultado no puede garantizarse porque la propiedad responsable de la extensión puede no ser de igual importancia para el oyente o puede no ser tan efectiva sobre su conducta. Puede sorprenderse al oir la respuesta dada ante un estímulo nuevo o, si no está en contacto con el estímulo, la acción que emprende con respecto a éste puede causarle problemas. Sin embargo, la propiedad responsable de la extensión metafórica generalmente tiene alguna significación funcional. La extensión metonímica, no obstante, puede ser resultado de una asociación de estímulos puramente accidental y el tacto metonímico, por tanto, puede confundir al oyente y lo deja sin preparación para la acción efectiva. Solamente son efectivas las extensiones que no llevan a resultados antagónicos. Podemos decir *Una flota de veinte velas*, en el ejemplo acostumbrado de "la parte por el todo", debido a que el oyente sin duda supone que también está presente el resto de cada barco, pero no podemos decir que los barcos aleteaban vanamente en la brisa, sin producir efectos colaterales que es mejor evitar.

En realidad hay muy poca metonimia espontánea. La mayor parte de los ejemplos en el habla cotidiana y en la literatura, como ocurre también en muchos casos de metáforas aparentes, son respuestas que se han reforzado de manera independiente y, por tanto, se establecen como unidades funcionales. La extensión metonímica puede explicar el origen de tales expresiones en el

ambiente verbal, pero no se necesita para explicar los casos en la conducta del hablante individual. Una razón para que la verdadera metonimia sea tan rara es que las propiedades de control y de contingencia están tan flojamente asociadas, que la respuesta es, en general, de poco valor cuando no existe una respuesta estándar. Las propiedades íntimamente asociadas pronto producen relaciones estándar de control. Por ejemplo, se ha señalado con frecuencia que *naranja* y *violeta*, términos que usamos para colores, deben haberse extendido a partir de una aplicación temprana de los objetos que nombran. Como la asociación de objetos y colores es muy íntima, las extensiones metonímicas deben haber sido relativamente efectivas cuando ocurrieron por vez primera, pero por esta misma razón las respuestas pronto se volvieron formas estándar controladas únicamente por el color.

El proceso implícito en la extensión metonímica generalmente conduce a un comportamiento que está lejos de los ejemplos de la retórica clásica y que, por lo general, se considera que no requiere una designación especial. Digamos que un niño está acostumbrado a ver una naranja encima de la mesa del comedor. Cuando en determinada mañana desaparece la naranja, el niño dice rápidamente la palabra *naranja*. Supongamos que podemos demostrar que esta palabra no es un mando: por ejemplo, supongamos que podemos demostrar que cuando se le ofrece al niño no la coge ni se la come. Entonces, si no hay una nararanja que actúe como estímulo ¿por qué se emite la respuesta? Como ha indicado A. P. Weiss[8] al discutir este caso, no necesitamos decir que el niño "percibe la ausencia de la naranja". La respuesta se evoca por la mesa del comedor con todos los elementos acostumbrados y por otros estímulos apropiados al momento. Las naranjas con frecuencia han acompañado a tales estímulos y la respuesta *naranja* se ha reforzado en su presencia. Asimismo, en determinada situación, una extensión metonímica similar podría ocurrir en la otra dirección. Como resultado de la misma historia, una naranja vista por primera vez bajo otras circunstancias, podría evocar la respuesta *desayuno*.

(Un hablante más refinado dirá más que *naranja* o *desayuno* bajo tales circunstancias. Al ver la mesa del desayuno sin una naranja puede preguntar *¿No hay naranjas?*, o al ver una naranja en un lugar que no sea la mesa del desayuno, puede decir *Esa naranja me recuerda el desayuno*. Las respuestas *no hay* y *me recuerda* son ejemplos de otra clase de conducta verbal que se discutirá en el capítulo 12. En ambos casos ha ocurrido algo más que una mera extensión metonímica. La respuesta se ha fortalecido según este principio y el hablante ha descrito el hecho o lo ha comentado por medio de conducta verbal adicional.)

[8] Weiss, A. P. *A Theoretical Basis of Human Behavior* (Columbus, Ohio, 1929).

Extensión solecista del tacto

Una extensión todavía más tenue del tacto es tan inútil y confusa para el oyente que es descrita con vocablos despectivos tales como desacierto (malaprop), solecismo o catacresis. La propiedad que logra el control de la respuesta se relaciona sólo de manera distinta con la propiedad definidora sobre la cual se hacen contingentes los refuerzos estándar, o bien se asemeja a esta propiedad por razones no relevantes. Esto no quiere decir que algunos vocablos incongruentes no sean efectivos o que no se refuercen. No nos podemos molestar seriamente cuando alguien dice que está en un *dilema*, aunque se trate sólo de una situación difícil, o que una acción es *factible* cuando sólo es posible, y tal vez no nos opondremos al señor Desacierto[9] cuando dice *Vaya usted adelante que yo le precederé.* Un dilema no es muy diferente de una situación difícil, y *preceder*, aunque es lo opuesto de *seguir*, se le asemeja sin embargo porque describe una situación que se refiere al orden en el cual la gente sale de una habitación. Aún así, tales ejemplos son problemáticos para el oyente y en muchos casos pueden ser peligrosos. La mayor parte de las comunidades verbales no sólo fallan al responder en forma efectiva a tales extensiones sino que las castigan en alguna forma.

La extensión solecista no está muy lejos de la metonimia. Cuando un estudiante se encuentra bajo la presión de un examen escribe: *La fatiga de la sinapsis es* mutua con *el periodo refractario*, y luego corrige y dice que es *similar a*, no es difícil encontrar circunstancias comunes bajo las cuales estas respuestas se intercambien satisfactoriamente. Por ejemplo, los sentimientos que son mutuos son también similares. El término *mutuo* a veces se refuerza en presencia de cosas que poseen la propiedad de la similaridad, y más tarde se evoca por la sola propiedad.

Como ocurre en la metáfora y en la metonimia, la extensión solecista es más común cuando no hay otra respuesta posible. Así también, como ocurre en la metáfora y en la metonimia, algunas respuestas erróneas se refuerzan por la comunidad verbal y adquieren un estatus funcional, si no social, comparable al de las respuestas correctas. Los errores originales son tal vez casi tan raros como las metáforas originales.

Denominación

Un tacto se extiende cuando a una persona o cosa se le da un nombre. Un niño recién nacido, una máquina que se acaba de inventar, una flor recién descubierta o un pueblo recién fundado, son ocasiones nuevas para las cuales no existen tactos

[9] Sheridan, R. B. *The Rivals* (1733).

estándar. Antes de que tenga lugar lo que podemos llamar "denominación", las únicas respuestas disponibles son los nombres y adjetivos comunes evocados por diversas propiedades que el nuevo objeto comparte con objetos previos que ya tienen tactos adquiridos. *Nuestro bebé recién nacido* es una clase de nombre propio en el sentido en que identifica claramente y muy de cerca a un objeto particular, pero en otras ocasiones o cuando lo dicen otras personas puede no identificarlo, y puede dejar de cumplir esta función cuando el objeto cambia. Un nombre propio —o sea, un nombre que se refuerza de manera característica sólo en presencia de una persona o cosa particular, o en alguna relación con esa persona o cosa— es obviamente más efectivo. Pero, ¿de dónde surgen tales nombres? ¿Qué proceso verbal, en realidad, es responsable de la primera atribución de un nombre a un nuevo objeto o persona?

Algunos "nombres propios" que se aceptan como tales son simplemente conjuntos sobrevivientes de tactos: *La pequeña iglesia de la esquina, Un tratado de probabilidad* u *Oda a la belleza.* Con frecuencia se utiliza la propiedad de la posición en la serie: *La Octava Sinfonía de Beethoven, por ejemplo,* es un nombre propio que surge de la designación de un orden en la serie, lo mismo que el nombre del niño *Tercero.* Las nuevas estrellas generalmente se nombran con números según el orden de su descubrimiento. *Nueva Inglaterra* especifica una relación temporal y *Conway del Norte* una relación geográfica.

Sin embargo, la mayor parte de los nombres son ejemplos de la extensión de una relación de tacto. A los niños generalmente se les dan nombres que los padres han tomado de otras personas —amigos, parientes o figuras de la literatura o de la historia—. Esto se expresa diciendo que al niño se le nombra "en memoria" de alguien, o que éste es su "homónimo". Con frecuencia éste es un ejemplo de una extensión genérica o metafórica. Un niño al cual se le llama como a otra persona a quien se parece físicamente, es un claro ejemplo de metáfora. Con más frecuencia la base para dicha extensión es una reacción emocional común o de otra clase engendrada en los padres. Si el nombre lo sugiere primero otra persona, las mismas propiedades en común facilitan relativamente a los padres la aplicación del nombre al niño y, por tanto, aceptan la sugerencia. Que algo así entre en juego en la denominación, puede verse claramente a partir de los casos negativos. Los nombres que seguramente no evoca el niño en ninguna forma, pueden rechazarse a pesar de que haya alguna razón para usarlos. Los nombres que ya han sido adquiridos en conexión con personas que despiertan reacciones emocionales incompatibles, se evitan; los padres pueden resistirse a ponerle el nombre de un conocido que detestan, aunque pueda ser un nombre de la familia.

Hay, sin duda, muchos otros procesos que actúan al nombrar a un niño, incluyendo factores culturales. Esto no sería ejemplo de la extensión de un tacto si el único efecto que posee el nombre escogido es añadir prestigio o carácter, o aumentar las posibilidades del niño en el mundo. Un nombre así se le da al niño —en la misma forma en que más tarde se adopta un determinado corte de pelo o un tipo de traje—, debido a la similitud que existe, no antes de dar el nombre sino después de hacerlo. El nombre es, en este sentido, un adorno. Decimos que a una niña se le llama Paciencia o Prudencia "por" una virtud abstracta. La niña recién nacida puede no ser muy paciente o prudente, pero en cierta forma parece adquirir un carácter admirable tan pronto como se le da este nombre.

Con frecuencia los "apodos" muestran una gran libertad, sugieren la licencia poética y son, por tanto, buenos ejemplos del proceso de denominación. Nombres caprichosos para niños tales como *Fastidio*, *Pequeño Accidente* o *Luz del Sol*, y nombres dudosos para un restaurante, *La Cuchara grasosa*, por ejemplo, revelan el proceso básico.

Los nombres propios parecen ser más fáciles de olvidar que otras formas de conducta verbal. Esto puede ser engañoso, porque la carencia de un nombre propio en un repertorio puede ser extremadamente notoria. Al describir un objeto o persona con un conjunto de tactos, existen generalmente muchas formas alternativas de hacerlo si falta una respuesta determinada, y el hablante mismo puede no ser capaz de informar que la respuesta había desaparecido de su conducta en ese momento. Sin embargo, la misma unicidad del nombre propio muestra el proceso de olvidar. Por otra parte, hay una buena razón para esperar que los nombres propios se olviden más fácilmente. En cuanto éstos son estrictamente "propios" —o sea en cuanto no manifiestan extensión de otros estímulos— se utilizan y refuerzan en una situación limitada y en un número de veces limitado. Los nombres comunes, por otra parte, son apropiados para un rango mucho más amplio de situaciones y, como veremos en un momento, son reducibles parcialmente a un repertorio mínimo, en virtud del cual una operante dada puede derivar fuerza de otras operantes que tengan algo en común con ella. Si por alguna razón un nombre propio presenta extensión metafórica, consigue una ventaja nemotécnica. Un proyecto preferido por un "experto en memoria" es convertir un nombre propio en una descripción de la persona nombrada, no importa qué tan fantástica o imposible pueda ser tal descripción.

El valor nemotécnico que se logra cuando un nombre presenta extensión metafórica, tiene una contraparte que funciona en dirección opuesta. En las obras de teatro moralizantes y en las alegorías, los caracteres con frecuencia son llamados por las cualidades

que personifican o por los papeles estándar que representan. Los dramas de la Restauración siguieron la misma costumbre, y lo mismo hicieron en cierta forma los novelistas del siglo XIX como Dickens y Trollope. Pero al nombrar un carácter del drama o la novela en una forma tal como describir su conducta o su condición, al autor no le interesa asegurar que el lector no olvidará el nombre; lo que le interesa es señalar la personalidad o el papel que juega. El *Mr. Quiverful* (señor Temblador), de Tropolle es un clérigo indigente con una familia muy grande. Esta condición se trae en cierta forma a la atención del lector siempre que se use el nombre propio. Por otra parte, el *Mr. Crawley* (Señor Arrastrado), del mismo autor, se caracteriza por una excesiva humildad o, como en la frase de Hamlet, por "arrastrarse entre el cielo y la tierra". Dándole el nombre de Crawley, Trollope lo caracteriza repetidamente a lo largo del libro.

Suposición

¿Es posible emitir una respuesta que podría ser clasificada como tacto en ausencia de cualquier estímulo relevante? En realidad es posible ejercer presión para evocar respuestas semejantes a los tactos. Bajo estimulación aversiva, a una persona se la puede forzar a "decir el nombre" de otra persona a quien no conoce; o sea a emitir un nombre cualquiera en presencia de esa persona extraña. Al estudiante se le puede aconsejar en un examen: "Si no sabe la respuesta, trate de adivinarla". Pero si la forma de la respuesta que resulta de esto no está controlada en forma alguna por el estímulo, no puede tratarse de un tacto. El tacto es una relación, no simplemente una respuesta, y en ausencia de un estímulo de control no se puede establecer ninguna relación.

Cuando el hablante parece estar adivinando, es posible demostrar que hay trazos de control. La situación presente puede tener alguna semejanza con situaciones pasadas. Al estudiante realmente se le aconseja que deje que tan ligeras semejanzas actúen a su favor, aunque la situación no sea lo suficientemente importante como para evocar una respuesta. Al observar al compositor de una pieza musical poco común, con frecuencia parece estar adivinando, pero a uno pueden afectarle las propiedades de la música que, en alguna medida, controlan el nombre del compositor, aun cuando se trate de propiedades sutiles que no pueda identificar el observador. Si podemos demostrar que el nombre adivinado posee alguna relación funcional con la música que estamos escuchando, hay evidencia de alguna relación apropiada para un tacto.

En una situación estándar de adivinación, al arrojar una moneda al aire y preguntar "¿cara o cruz?", la posición final de la moneda no controla la respuesta de la persona que adivina y, por tanto, la respuesta no es un tacto. Esto no quiere decir, claro

está, que la respuesta sea indeterminada. La pregunta "¿cara o cruz?" puede producir, en términos estadísticos, una respuesta diferente a la pregunta "¿cara o cruz?", que sugiere influencias ecoicas o intraverbales. Si al hablante se le pide que adivine el resultado de una serie de tiros de la moneda, su conducta se controlará por las suposiciones anteriores, y además por un tipo de comportamiento similar al que se discute en la Parte V. Las experiencias previas en la situación de adivinar preparan ciertas tendencias, bien sea a repetir o a rehusar repetir lo que se dijo anteriormente. Por tanto, en la población se observan ciertas secuencias bastante estándar de "azar".[10]

Dinámica del tacto extenso

Hemos visto que la fuerza de un tacto puede variar con la claridad o con lo extraño del estímulo y con las condiciones motivacionales momentáneas del hablante, especialmente las que se relacionan con conductas especiales del oyente (capítulo 6). El tacto extenso está sujeto a otra fuente de variabilidad. Cuando la extensión ocurre por vez primera (y el proceso entonces tiene únicamente un interés especial), la probabilidad de una respuesta dependerá del parecido entre la situación nueva y la vieja. La extensión genérica que sigue una propiedad que se asocia de manera inevitable con el refuerzo, es probable que sea fuerte. Sólo en casos inusitados se limita la tendencia a responder, y el hablante puede referirse a cierta debilidad con una respuesta adicional como: *en cierto modo* (véase capítulo 12). Una silla muy rara puede no llamarse simplemente silla, sino puede calificarse como *una clase de silla.* Las extensiones metafóricas se basan en propiedades que se asocian de manera mucho menos íntima con el refuerzo y es probable que sean débiles; tal debilidad la describe el hablante mismo mediante el uso de expresiones como la de afirmar que es *algo como*, o que *se parece a.* Las metáforas son más comunes, como hemos visto, bajo condiciones especiales de "licencia" en la comunidad literaria.

Las verdaderas extensiones metonímicas y solecistas son raras y es probable que ocurran sólo bajo la presión de "hablar a toda costa" (véase capítulo 8). La denominación verdadera también presenta una muy baja probabilidad de respuesta en muchos casos, como se indica por las prolongadas deliberaciones características que se comprenden al nombrar no sólo a un niño recién nacido, sino también a un nuevo instrumento o a una nueva obra de arte. La suposición o adivinanza es el caso extremo de un mínimo control de estímulos y casi siempre requiere de variables

[10] Skinner, B. F. "The processes involved in the repeated guessing of alternatives". *Journal of Experimental Psychology*, 1942, *30*, 495-503. Se reimprime en *Cummulative Record* (ed. rev.) Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1961.

fuertes, más allá de las que se encuentran en la situación de estímulo.

ABSTRACCIÓN

Cualquier propiedad de un estímulo que esté presente cuando se refuerza una respuesta verbal adquiere cierto grado de control sobre esa respuesta, y ese control continúa ejerciéndose cuando la propiedad aparece en otras combinaciones. Si no hubiera límites para ese proceso de extensión resultaría el caos, porque todo estímulo comparte propiedades con muchos otros estímulos y por tanto, debería controlar una gran variedad de respuestas. Es permisible cierto control extendido, como hemos visto —e incluso, es útil—, pero una extensión libre del tacto no puede tolerarse, especialmente en asuntos prácticos y científicos.

La comunidad verbal trata este problema por medio de otro proceso conductual que aguza el control de estímulos y se opone al proceso de extensión. Refuerza respuestas en presencia de una propiedad escogida del estímulo y no refuerza —o incluso castiga— las respuestas que evocaron propiedades no especificadas. Como resultado, la respuesta tiende a emitirse sólo en presencia de dicha propiedad. Supongamos, por ejemplo, que la comunidad refuerza repetidamente una respuesta verbal en presencia de una pequeña pirámide roja. Al no haber interferencia de otras conductas, la respuesta se evocará en lo sucesivo, con grados variables de probabilidad por cualquier estímulo rojo, por cualquier estímulo pequeño y por cualquier estímulo en forma de pirámide. Es improbable, sin embargo, que la comunidad refuerce también la respuesta cuando ésta se emita ante una de estas propiedades fragmentarias del estímulo, que ocurre en otras combinaciones. Si la respuesta va a tener utilidad práctica, debe restringirse tal vez a una sola propiedad, digamos a la forma. La comunidad se abstiene de reforzar respuestas que se emiten en presencia de objetos rojos o pequeños que no tengan forma de pirámide. Continúa, sin embargo, reforzando la respuesta siempre que se presente cualquier estímulo en forma piramidal, no importa cuál sea su color, tamaño, o cualquier otra propiedad. La operante verbal que resulta se llamaría tradicionalmente "el nombre de la forma de una pirámide" y se clasificaría como un concepto *abstracto*.

Si se considera con frecuencia que la metáfora es, no el resultado natural de la inducción de estímulos, sino un logro atribuido a alguna facultad especial o poder del hablante talentoso, se hacen afirmaciones todavía más grandes acerca de la facultad de abstraer. Sin embargo, el proceso se demuestra fácilmente en animales no humanos. La fórmula es sorprendentemente simple cuando recordamos qué tan complicados son los tratamientos

clásicos de este problema. Pavlov estudió este proceso en sus experimentos sobre reflejos condicionados. Encontró que la respuesta salivar de su perro podía colocarse bajo el control de una sola propiedad del estímulo o de una combinación dada de propiedades, si no se reforzaban las respuestas dadas a otras propiedades o combinaciones de éstas. Como veremos en el siguiente capítulo, el proceso demostrado en los experimentos de Pavlov se ve con más frecuencia en la conducta de los oyentes que de los hablantes, pero en los organismos inferiores es posible formar un paralelo cercano a un tacto abstracto.[11] Por ejemplo , un palomo que haya sido reforzado para picotear un pequeño triángulo rojo proyectado en una pantalla translúcida, picoteará formas que tengan otros tamaños, colores,etc., pero con tasas más bajas de respuesta. Pero puede que responda rápida y preferentemente a cualquiera de estas propiedades, reforzándolo solamente cuando esa propiedad presente, sin tener en cuenta las otras propiedades.

Los ejemplos de abstracción que se dan en los libros de texto generalmente son relevantes para las operaciones "intelectuales", en las cuales se analiza el ambiente en forma práctica. Los ejemplos tienden a enfatizar dimensiones bastante sencillas de la naturaleza, pero el proceso también se ejemplifica bien en los casos en los cuales las propiedades abstractas de los estímulos no pueden aislarse por ningún otro método de análisis. El estudiante que está aprendiendo a "identificar" al compositor de una música con la cual no está familiarizado, o el nombre del artista o de la escuela a la cual pertenece una pintura extraña, está sujeto a las mismas contingencias de refuerzo diferencial. Respuestas tales como *Mozart* o *La escuela holandesa*, se llevan bajo el control de propiedades extremadamente sutiles de estímulos cuando se refuerzan por parte de la comunidad diciendo "bien" o se castigan diciendo "mal". Pero puede ser muy difícil, si no imposible, intentar describir estas propiedades en términos comparables a la descripción matemática de una pirámide.

El procedimiento por medio del cual se establece un tacto abstracto, no *crea* el control ejercido por el estímulo; simplemente lo agudiza y lo intensifica. La propiedad que se especifica por una contingencia restringida es la misma clase de propiedad y se ejerce la misma clase de control que en la extensión metafórica. Más aún, el proceso de abstracción probablemente nunca es completo. las extensiones metafóricas no se eliminan siempre, porque puede que nunca se presente la oportunidad para extinguir todas las

[11] Nuestra definición de conducta verbal incluye el comportamiento de los animales experimentales, donde el experimentador o un aparato diseñado para establecer contingencias que se asemejan a las del oyente normal, proporciona reforzamiento. El animal y el experimentador constituyen una comunidad verbal pequeña pero auténtica. Esto puede ofender nuestro sentido de las propiedades, pero nos consolamos porque una relación como la del tacto abstracto puede estudiarse en el laboratorio.

respuestas extendidas. Una respuesta verbal probablemente nunca se restringe totalmente a un conjunto específico de propiedades, aunque en el caso óptimo una sola propiedad o una colección específica de propiedades pueda, para efectos prácticos, estar bajo el control exclusivo de la respuesta.

La abstracción es un proceso peculiarmente verbal, debido a que un ambiente no verbal no puede proporcionar las contingencias restringidas que se necesitan. Una propiedad aislada puede controlar una respuesta no verbal, pero no puede controlar *sólo* una de tales respuestas, a menos que acompañe exclusiva e inevitablemente a otro conjunto de propiedades. Supongamos que en un determinado huerto, sólo sean comestibles las manzanas rojas. Esta condición significa que sólo cuando una manzana es roja, la conducta de cogerla y comérsela será reforzada por cierta estimulación gustativa. Como resultado, el comportamiento llega a evocarse únicamente por las manzanas rojas. También como resultado de esto, hay cierta tendencia a coger y comer otros objetos rojos, siempre que no difieran demasiado de la forma y tamaño de las manzanas. Por lo tanto, una nueva bola de caucho brillante y pequeña puede parecer "suficientemente buena como para comérsela" y puede, incluso, evocar una caprichosa conducta de comer. Pero en general no tendemos a comernos los libros rojos, los sombreros, etc., simplemente porque comemos sólo manzanas rojas. Si existe alguna tendencia a hacerlo, es seguro que se extinga. En consecuencia, la sola respuesta que controla lo rojo de las manzanas no permanece bajo el control de la propiedad de ser rojo sin considerar las otras circunstancias bajo las cuales ocurre esa propiedad.

Una respuesta verbal, sin embargo, puede llegar a estar bajo el control exclusivo del rojo debido a que la contingencia necesaria, para ello no requiere que exista una consecuencia práctica que sea común a todos los casos de rojo. Aunque la comunidad verbal se interesa en problemas prácticos, puede mantener la única contingencia que se requiere para la abstracción cuando las consecuencias prácticas varían de un caso a otro. El oyente puede estar interesado en lo rojo de un estímulo por muchas razones diferentes, y se comportará en respuesta a la palabra *rojo* dicha por el hablante en formas muy distintas y en diferentes ocasiones, pero todo lo que aquél requiere del hablante es que la respuesta *rojo* se correlacione con un estímulo rojo en cada caso. El refuerzo generalizado que proporciona la comunidad puede basarse en una sola condición.

La realización especial que logra el tacto abstracto al dividir el mundo en partes muy pequeñas, ha alimentado la creencia de que la abstración siempre o generalmente se preocupa por las propiedades aisladas, en contraste con los conjuntos de propiedades que llamamos objetos o cosas. Se dice, por ejemplo, que

los informadores de los términos abstractos no pueden "estar solos" como parecen hacerlo los objetos, y que ésta es la razón por la cual se tiene una abstracción. Pero un tacto puede involucrar el control de un *objeto*-estímulo particular, precisamente en la misma forma. Una respuesta controlada por una sola dimensión de un estímulo puede tener propiedades especiales, pero éstas no son las propiedades especiales de la abstracción. Cuando el estímulo es un objeto, es posible que se presente a veces una especie de "abstracción" no verbal, debido a que una sola respuesta práctica puede darse a un gran número de casos. Por ejemplo, podemos clasificar una gran cantidad de objetos como sillas, comportándonos de manera no verbal con respecto a ellas; o sea, sentándonos en ellas. Esta es una respuesta de identificación de una silla que, cuando se hace en presencia de sillas, recibe un refuerzo práctico y no verbal, que es apropiado para la clasificación en cuestión. La respuesta verbal *silla* puede llegar a estar bajo el control de propiedades más sutiles: por ejemplo, puede reducirse a la forma de la silla sin tener en cuenta el tamaño. Pero no se trata de un proceso exclusivo de clasificación o control de estímulos. Cuando la respuesta *silla* se limita a una clase dada de estímulos por parte del ambiente verbal, el proceso de abstracción sigue el mismo camino tal como en el caso de una respuesta como *rojo.*

Generalmente mencionamos los objetos dando primero una descripción del mundo físico, y los idiomas generalmente tienden a desarrollar primero términos para los objetos. Es fácil explicar esto señalando sus consecuencias prácticas. El lento surgimiento de palabras que se refieren a propiedades aisladas —por ejemplo los nombres de los colores— puede con frecuencia rastrearse en la historia de un idioma. Por otra parte, en un análisis lógico o epistemológico, generalmente conviene más suponer que el mundo está hecho de ladrillos que representan propiedades aisladas. La llamada "maldita y ruidosa confusión", según William James, sugiere materiales sensoriales caóticos más que una colección miscelánea de objetos. Sin embargo, recientemente los objetos han aceptado el beneficio de un mejor sentido protocolario. Las sensaciones o sus atributos se presentan, ahora, frecuentemente como abstracciones más que como datos sensoriales primarios, y los objetos encuentran un sólido espacio en el nivel de descripción cero, del que habla Carnap.[12] Pero todos los tactos se restringen, cuando se hace esto, por la *vía* del mismo proceso. La respuesta verbal *silla* es tan abstracta como la palabra *rojo.* Esto no se controla por cualquier estímulo aislado. La mayor parte de las propiedades de una sola silla que evocan una respuesta en cualquier ocasión dada —su tamaño, color, material, forma de construc-

[12] Carnap, R. *Logical Syntax of Language* (Nueva York, 1937)

ción, y así sucesivamente— *son irrelevantes.* La extensión de la respuesta *silla* a otros estímulos con base en tales propiedades se ha reducido durante el proceso de extinción. Tal vez se requiera más extinción para restringir un término que se refiere a una propiedad, tal como en el caso de *rojo*, que para un término que se refiere a un objeto, como en el caso de *silla*, pero eso depende del caso particular. La respuesta *insecto*, aunque está controlada por una clase de objetos, probablemente necesitará más refuerzo diferencial en un determinado ambiente verbal que la respuesta *rojo*. En las respuestas verbales que controlan las propiedades aisladas de los estímulos hay menos posibilidad de extensión metafórica y, por tanto, menos riesgo de que el oyente emita una respuesta no efectiva.

Una predilección por las *cosas* algunas veces lleva a consecuencias absurdas en la búsqueda de propiedades que las definan. Tratamos de reunir un conjunto de propiedades con el fin de formar una cosa. El profesor I. A. Richards presenta un ejemplo muy bueno en su libro *Principles of Literary Criticism.*[13] La cita proviene de *Lectures on Poetry*, por G. W. Mackail.

> Poetry, like life, is one thing... Essentially a continuous substance or energy, poetry is historically a connected movement, a series of successive integrated manifestations. Each poet, from Homer or the predecessors of Homer to our own day, has been, to some degree and at some point, the voice of the movement and energy of poetry; in him, poetry has for the moment become visible, audible, incarnate; and his extant poems are the record left of that partial and transitory incarnation... The progress of poetry, with its vast power and exalted function, is inmortal.*

El tema central de este pasaje es, aparentemente, el punto que presentamos. ¿Cuál es el informador para el tacto abstracto *poesía*? El profesor Mackail parece estar argumentando que es algo que nunca está completamente presente en ninguna presentación de un estímulo, pero que es característico de una gran sucesión de estímulos. Sin embargo, como *poesía* es un nombre, el profesor concluye que la poesía debe ser una cosa. Una propiedad aislada es algo demasiado evanescente. Y, por tanto, una palabra se coloca encima de otra con el fin de probar que la poesía es sustancial (*sustancia, energía, movimiento, poder, visible, audible*)

[13] Richards, I. A. *Principles of Literary Criticism* (Nueva York, 1934), pág. 19.

* La poesía, como la vida, es una cosa... Esencialmente la poesía es una sustancia o energía continua, un movimiento históricamente conectado, una serie de manifestaciones sucesivas integradas. Cada poeta, desde Homero, o los predecesores de Homero, hasta nuestros días, ha sido en cierto grado y hasta cierto punto, la voz del movimiento y de la energía de la poesía; en él, la poesía por el momento se ha tornado visible, audible, ha encarnado; y sus poemas existentes son el registro que dejó esa encarnación parcial y transitoria... El progreso de la poesía, con su vasto poder y su exaltada función, es inmortal.

y duradera (*continua, sucesiva, integrada, inmortal*).[14] Podríamos tratar de dar sustancia al informador de *piramidal* en la misma forma:

> Piramidality, like life, is one thing... Essentially a continuous substance or energy, pyramidality is historically a connected movement, a series of successive integrated manifestations. Each builder of pyramids, from Cheops of the predecessors of Cheops to our own day, has been, to some degree and at some point, the voice of the movement and energy of pyramidality; in him, pyramidality has for the moment become visible, audible, incarnate; and the extant pyramids are the record left of that partial and transitory incarnation... The progress of pyramidality, with its vast power and exalted function, is inmortal.*

Absurdo como puede parecer, no es un ejemplo injusto de la reificación (cosificación) de las entidades, para que correspondan con los términos abstractos. Esta costumbre no se limita en absoluto a la crítica literaria. Comparemos, por ejemplo, el siguiente pasaje del libro de Philip Jourdain, *The Nature of Mathematics*:

> ...one word —"mathematics"— is used both for our knowledge of a certain kind and the thing, is such a thing there be, about which this knowledge is. I have distinguished... between "Mathematics", a collection of truths of which we know something, and "mathematics", our knowledge of Mathematics. Thus, we may speak of "Euclid's mathematics", of "Newton's mathematics", and truly say that mathematics has developed and therefore had history; but Mathematics is eternal and unchanging, and therefore has no history —it does not belong, even in part, to Euclid or Newton or anybody else, but is something which is discovered, in the course of time by human minds.[15]

[14] Estas respuestas son ejemplos del tacto impuro, que se estudiará en el capítulo 6. Su función, en este caso, es reducir la ansiedad del hablante para que la poesía no escape por completo de la descripción.

* La piramidalidad, como la vida, es una cosa... Esencialmente la piramidalidad es una sustancia o energía continua, un movimiento históricamente conectado, una serie de manifestaciones sucesivas integradas. Cada constructor de pirámides, desde Keops o los predecesores de Keops hasta nuestros días, ha sido en cierto grado y hasta cierto punto la voz del movimiento y la energía de la piramidalidad; en él, la piramidalidad, por el momento, se ha tornado visible, audible, ha encarnado; y sus pirámides existentes son el registro que dejó esa encarnación parcial y transitoria... El progreso de la piramidalidad, con su vasto poder y su exaltada función, es inmortal.

[15] ...Una sola palabra —"matemáticas"— se usa tanto para hablar de un conocimiento determinado, como para la cosa, si es que ésta existe, a la que se refiere nuestro conocimiento. Yo he distinguido... Entre "matemáticas" como un conjunto de verdades acerca de las cuales conocemos algo, y "matemáticas" como nuestro conocimiento de las matemáticas. Por tanto, podemos hablar de las "matemáticas de Euclides", de las "matemáticas de Newton", y decir en realidad que las matemáticas se han desarrollado, por tanto, tienen historia; no le pertenecen, ni siquiera parcialmente, a Euclides, a Newton ni a nadie más; sino que se trata de algo que es descubierto, en el curso del tiempo, por las mentes humanas.

Reimpreso en J. R. Newman, *The World of Mathematics* (Nueva York, 1956), pág. 67.

(Las características que se atribuyen a la gente por medio de teriotipos, las sustancializó Víctor Hugo en *Los miserables* [Livre Cinquieme, V] en la siguiente forma:

> ... chacun des individus de l'espéce humaine correspond á quelqu'une des espéces de la création animale; ... depuis l'huître jusqu'à l'aigle, depuis le porc jusqu'au tigre, tous les animaux sont dans l'homme et ... chacun d'eux est dans un homme. Quelquefois même plusieurs d'entre eux à la fois.[16]

Muchos de los rasgos, habilidades y facultades que en uno u otro momento se aceptaron como conceptos legítimos en psicología, han tenido un origen igualmente bajo.)

Los informadores de las abstracciones —las propiedades de los estímulos que controlan los tactos abstractos— pueden descubrirse sólo por medio de ciertos métodos de investigación empírica. ¿Qué "significan" *piramidalidad*, *poesía*, *silla*, *rojo* o *zorro*, realmente? Si tratamos de responder a esto descubriendo lo que "significa para nosotros", nos estamos comportando empíricamente, aunque bajo cierta limitación. Es más fácil descubrir lo que tales términos "significan" para otras personas. Hay muchos problemas técnicos que resolver antes de que podamos hacer esto en una escala satisfactoria, pero la fórmula básica es sencilla: manipule los estímulos y, a través de la presencia o ausencia de la respuesta, identifique las propiedades de control efectivas. Los experimentos de laboratorio sobre formación de conceptos siguen esta pauta al establecer y probar la presencia de tactos abstractos en una comunidad verbal artificial. El mismo procedimiento podría utilizarse en una revisión empírica de la abstracción que se genera por ambientes verbales fuera del laboratorio.

Importancia de la abstracción

Un nombre propio es un tacto en el cual la respuesta está bajo el control de una persona o cosa específica. Un nombre común es un tacto en el cual la respuesta está bajo el control de una propiedad que define una clase de personas o cosas. Un "tacto propio" puede experimentar extensión metafórica (como al decir *Un Daniel viene al juicio*); pero cuando esto ocurre, obviamente viene a estar bajo el control de un subconjunto de propiedades —en este caso la imparcialidad del juicio se muestra por Daniel— y por tanto funciona como un tacto común. Un tacto común bien establecido es necesariamente una abstracción; está bajo el control de un subconjunto de propiedades que pueden estar presen-

[16] ... cada uno de los individuos de la especie humana corresponde a una de las especies de la creación animal; ... Desde el buitre hasta el águila, desde el cerdo hasta el tigre, todos los animales están en el hombre y ... cada uno de ellos están en un hombre. Algunos de ellos lo están a la vez.

tes en una ocasión dada, pero probablemente nunca componen de manera exclusiva dicha ocasión.

Un repertorio de tactos comunes tiene muchas ventajas. Algunas veces es económico responder a la presentación de un estímulo total con un nombre propio, pero un repertorio abstracto posibilita la selección e identificación sólo de aquellas propiedades de la presentación que son importantes para el oyente. Un repertorio tal, tiene también la gran ventaja de estar disponible en una nueva situación cuando falta un nombre propio. Una serie de tactos comunes, que han sido condicionados separadamente con respecto a propiedades aisladas o a conjuntos de propiedades, proporcionan una respuesta esencialmente nueva y única. *El hombre de abrigo gris que alimenta a los cisnes puede,* en una ocasión dada, designar una persona particular tan específicamente como su propio nombre. Pero no podemos usar el nombre propio a menos que lo hayamos adquirido con respecto a esta persona. Sin embargo, podemos componer un sustituto aceptable uniendo en esta forma una serie de respuestas comunes.

Dinámica de los tactos abstractos

Para evocar una respuesta que está bajo el control de una sola propiedad de un objeto, es necesario no sólo presentar el objeto sino también "especificar la propiedad ante la cual se reacciona". Por tanto, para lograr la respuesta *rojo,* uno debe presentar bien tanto un objeto rojo como una ocasión verbal en la cual se refuercen especialmente las respuestas de color; por ejemplo al decir: *Dime de qué color es esto.* En ausencia de una ocasión especial que designe una clase particular de tactos, un estímulo dado no verbal, no controla estrechamente una sola respuesta. El estímulo que lo hace es relativamente complejo.

La fuerza de un tacto abstracto refleja su historia de refuerzo. Muchos casos de respuesta pueden haberse reforzado, pero muchos más pueden no haberlo hecho o pueden haber sido castigados, y la fuerza de la respuesta puede modificarse en consecuencia. En general, la proporción de respuestas reforzadas a no reforzadas representa lo que podemos llamar el grado de abstracción. Estos grados, con frecuencia, se ordenan en la forma de clases subordinadas. Si al mirar la vitrina de una tienda de muebles nos preguntan *¿Qué busca usted?,* la respuesta más fácil podría ser, tal vez, el gesto general de señalar con el dedo y la respuesta vocal *Eso.* Si se nos pregunta de nuevo *¿Eso qué?,* podríamos responder, casi con la misma facilidad, *Esa cosa.* Nuevas preguntas nos pueden llevar a una sucesión de respuestas: *ese mueble, esa silla, ese sillón, ese sillón estilo sueco moderno,* y finalmente *ese sillón estilo sueco moderno de roble claro.* Esta última es una respuesta verbal que se refuerza sólo en ocasiones raras y

bajo el control de estímulos que resulta de una contingencia exacta de refuerzo. Por tanto, es una respuesta más "difícil" de hacer o, en otras palabras, es menos probable. La clasificación lógica, como en el caso de las respuestas intraverbales y de los tactos metafóricos, no es directamente responsable de su fuerza relativa; en cambio, se trata de una descripción de estados ambientales de asuntos que, a su vez, son responsables de su fuerza relativa. En el ambiente particular de un individuo dado, claro está, ciertos términos muy abstractos pueden ser fuertes y ciertos términos generales pueden ser bastante débiles.

EL PROBLEMA DE LA REFERENCIA

La teoría semántica se limita, con frecuencia, a la relación entre la respuesta y el estímulo que predomina en la operante verbal llamada tacto. Las palabras, las partes de palabras o los grupos de ellas, por una parte, y las cosas, las partes de las cosas o los grupos de éstas, por la otra, están en una relación de uno a uno que se denomina "referencia", "denotación" o "designación". La relación puede ser tan vacía como una costumbre lógica, o puede proporcionar la "intención" del hablante. Pero en qué forma una palabra "representa a" una cosa o "significa" lo que el hablante quiere decir o "comunica" alguna condición de una cosa al oyente, es algo que nunca se ha establecido satisfactoriamente. La noción de la operante verbal trae tales relaciones dentro del alcance de los métodos de la ciencia natural. En qué forma un estímulo o alguna propiedad de él adquiere control sobre una determinada forma de respuesta, es ahora un asunto que se entiende bien. La forma de una respuesta se moldea por las contingencias que predominan en una comunidad verbal. Una forma dada se trae bajo el control de estímulos por medio del refuerzo diferencial de nuestra triple contingencia. El resultado es simplemente la probabilidad de que el hablante emita una respuesta de forma determinada en presencia de un estímulo que tiene propiedades específicas, bajo ciertas condiciones amplias de deprivación o de estimulación aversiva. *En lo que se refiere al hablante*, ésta *es* la relación de referencia o significado. Tendría poco sentido utilizar esta fórmula para redefinir conceptos tales como signo, señal o símbolo, o para una relación como la referencia, o para las entidades que se comunican en el episodio del habla, tales como las ideas, los significados o la información. Estos términos llevan muchas connotaciones irrelevantes, que surgen de su uso al describir las relaciones entre la respuesta del hablante y la conducta del oyente y las contingencias de refuerzo que impone la comunidad verbal.

Incluso dentro de la conducta verbal del hablante hay otros tipos de operantes verbales que sugieren paradigmas donde es

posible hacer otras distinciones. Cada tipo de operante posee propiedades únicas que resisten cualquier esfuerzo por llegar a una sola fórmula comprensiva. Esto es un simple hecho acerca de la conducta de hablantes y oyentes. El tema es sumamente complejo y no puede tratarse en forma satisfactoria por medio de conceptos simplistas. Incluso dentro de la estrecha relación que representa el tacto, la noción tradicional del significado no se representa adecuadamente, ya que además de una relación de referencia, tenemos que considerar la aserción (véase el capítulo 12) y el problema de si una respuesta verbal es precisa, verdadera, etc. (véanse las partes IV y V). Supuestamente podemos describir la conducta de los lógicos o de los lingüistas cuando dicen que una palabra "representa" o "significa" algo, o que una proposición es verdadera o falsa y, en esta o en otra forma, también podríamos establecer definiciones alternativas; pero tales definiciones probablemente no serán útiles en un análisis de la conducta verbal. Estamos interesados en encontrar términos, no para que sustituyan a los tradicionales, sino para que traten un problema tradicional.

Al estudiar las propiedades del mundo de las cosas o eventos a los cuales se responde verbalmente, debemos levantarnos por nuestro propio esfuerzo; muchas propiedades de la naturaleza pueden identificarse y tratarse sólo por medio de prácticas verbales. Sin embargo, es posible examinar el problema del control de estímulos de manera significativa en el tacto. Si el mundo pudiera dividirse en muchas cosas o eventos separados, y si pudiéramos establecer una forma separada de respuesta verbal para cada uno de ellos, el problema sería relativamente sencillo. Pero el mundo no se puede analizar tan fácilmente, o al menos no se ha analizado así por parte de aquéllos cuya conducta verbal debemos estudiar. En cualquier repertorio verbal grande, encontramos una mezcla confusa de relaciones entre formas de respuesta y formas de estímulo. El problema consiste en encontrar las unidades básicas de "correspondencia".

Estamos preparados para estudiar este tema debido a nuestras consideraciones de otros tipos de conducta verbal. La conducta ecoica en particular nos da un buen modelo. El hablante adquiere operantes ecoicas de muchos tamaños; tiende a repetir palabras, frases, e incluso oraciones. Finalmente su conducta muestra pequeñas unidades ecoicas aproximadamente del tamaño de los sonidos del habla, ya sea como resultado del refuerzo educacional directo, o como subproducto de la adquisición de unidades mayores. Solamente con este repertorio mínimo, es capaz de repetir en forma ecoica pautas verbales que escucha por vez primera. La conducta textual presenta, en cierto modo, un repertorio mínimo similar. Al niño se le puede enseñar a leer por sonidos aislados, palabras, frases u oraciones. Sin importar el tamaño de la unidad que se refuerza más a menudo, se desarrolla un repertorio mí-

nimo con el cual la persona es capaz de leer palabras con las cuales no está familiarizado. En la conducta intraverbal falta ese repertorio mínimo. Cuando se refuerzan muchas respuestas diferentes bajo el control de un solo estímulo y cuando la misma respuesta puede reforzarse bajo el control de muchos estímulos, el hablante adquiere sólo poco más que tendencias intraverbales diversas que se muestran en los experimentos de asociación de palabras.

El tacto se parece a la conducta intraverbal en que le falta la correspondencia exacta que se ve en las conductas ecoica y textual, pero las contingencias de refuerzo son, sin embargo, más consistentes que en la conducta intraverbal. Hay, evidentemente, alguna clase de repertorio mínimo. Al adquirirse inicialmente, un tacto puede ser de casi cualquier tamaño. Una expresión como *una aguja en un pajar* puede ser controlada como una unidad en un tipo particular de situación. Esto es verdad incluso en el caso de respuestas más grandes que parecen involucrar a la aserción. Una sola propiedad de una situación, puede evocar la respuesta *La prisa lleva a cometer errores*; el hablante no ha *compuesto* necesariamente una oración en el sentido en el cual se estudia en el capítulo 14, y en realidad no está haciendo una aserción. Él simplemente emite una respuesta que es apropiada a la situación en cuestión. Pero unidades mucho menores surgen eventualmente, y nuestra tarea es descubrir qué tan lejos llega el proceso. ¿Cuáles son las unidades más pequeñas identificables de respuesta, que están bajo el control de propiedades separables de estímulos (generalmente) no verbales?

Nuestro análisis de la conducta ecoica y textual nos prepara para esta tarea, recordándonos la necesidad de estudiar una respuesta en muchas ocasiones. Las unidades mínimas de la conducta ecoica y textual rara vez aparecen por sí mismas como respuestas completas. Sin embargo, es posible demostrar su unidad funcional. La misma regla se aplica para el tacto. A menudo se supone que el informador de una respuesta puede identificarse en toda ocasión que se emita la respuesta. En los casos en los cuales el estímulo parece ser un objeto, éste se toma como el informador de la respuesta; pero siempre hay un elemento de abstracción. No podemos señalar una sola silla que sea el referente de la respuesta *silla*.

Las propiedades de un estímulo que son relevantes al evocar una respuesta, ya sea en el hablante individual o según las costumbres de una comunidad dada, pueden descubrirse únicamente considerando una serie de ocasiones en las cuales las propiedades son sistemáticamente variadas, y se nota la presencia o ausencia de la respuesta. No podemos resolver este problema dándole a la propiedad relevante una clase de estatus de objeto como "concepto" o "abstracción", diciendo que la respuesta *rojo* se refiere al

"concepto de rojo" o a la "rojez" de algo. Nunca reforzamos una respuesta cuando está presente un "concepto"; lo que está presente es un estímulo en particular. El informador de un tacto abstracto, si el término tiene algún sentido, es la propiedad o conjunto de propiedades sobre las cuales se ha hecho contingente el refuerzo y que, por tanto, controla la respuesta. Podemos decir que el informador es la *clase* de estímulos definida por tal propiedad o propiedades, pero hay poca razón para preferir clases a propiedades. La propiedad que se correlaciona con el refuerzo debe especificarse, en términos físicos, si hemos de permanecer dentro del marco de referencia de una ciencia empírica.

Si una respuesta puede "permanecer sola" no es, claro está, un asunto de las costumbres ortográficas de un idioma, porque éstas no reflejan claramente las relaciones funcionales que toman parte. La distinción entre idiomas analíticos y sintéticos o aglutinados, cuando no es una distinción ortográfica, se refiere principalmente a la conducta de segundo orden que se discutirá en la parte IV. Algunas conductas verbales no pueden permanecer solas porque se emiten únicamente cuando otras conductas del hablante forman parte de la ocasión (véanse las partes IV y V). Los sufijos gramaticales son un buen ejemplo; por ejemplo, no hay ocasión en la cual la sola respuesta del hablante sea en forma única la terminación *mente*. (En la ocasión poco común en la cual un hablante dice *mente* como contribución a la conducta verbal de otra persona —por ejemplo, como una corrección— es claro que él habla como si estuviera añadiendo el sufijo a su propia respuesta verbal.) Las otras operantes mínimas, descritas más arriba, pueden presentar problemas similares. Por ejemplo, como la femineidad nunca permanece sola en ausencia de algo que pueda ser femenino, la terminación femenina nunca ocurre sola en el habla. La efectividad funcional independiente de la unidad mínima de respuesta se detecta más fácilmente cuando el comportamiento es el resultado de causas múltiples.

En cualquier par de tactos notamos que los estímulos pueden ser los mismos, ser similares o diferentes y que las respuestas pueden ser las mismas, similares o diferentes. Las nueve posibilidades resultantes se presentan en la figura 7. Es probable que la conducta verbal sea más eficiente cuando las condiciones que se representan en las celdas 1 y 9, predominan. Se ha dicho que un lenguaje ideal podría siempre "expresar la misma cosa por los mismos medios, y cosas similares por medios similares". Supuestamente también expresaría cosas diferentes por diferentes medios. Esa es una meta imposible debido a que la conducta verbal varía en muchas menos dimensiones que el mundo que debe describir. Más aún, los procesos responsables de la conducta verbal no se dedican exclusivamente a establecer un lenguaje ideal. Dos violaciones bien conocidas aparecen en las celdas 3 y 7. En

		Estímulo		
		Igual	Similar	Diferente
Respuesta	Igual	(1) Ideal	(2) Metáfora, Abstracción	(3) Homonimia
	Similar	(4)	(5)	(6) Homonimia parcial
	Diferente	(7) Sinonimia	(8) Sinonimia parcial	(9) Ideal

Figura 7

la homonimia, la misma respuesta se da ante estímulos por completo diferentes (por ejemplo, la palabra *rápido* se evoca tanto por la velocidad como por los objetos estacionarios firmemente asegurados). En la sinonimia, el mismo estímulo conduce a respuestas totalmente diferentes (por ejemplo, el mismo evento puede evocar las palabras *pronto* y *rápido*). Mientras la homonimia puede llevar a respuestas inapropiadas por parte del oyente, la sinonimia interfiere con el discurso eficiente, agota las formas verbales y requiere una historia verbal más extensa por parte del oyente. La homonimia parcial, en la celda 6, es una consecuencia necesaria del hecho de que la conducta verbal no puede modificarse en tantas dimensiones como el ambiente físico; en cualquier vocabulario amplio, las respuestas deben parecerse unas a otras en algunos aspectos "sin ninguna razón". La sinonimia parcial, en la celda 8, en la cual una propiedad común a dos o más estímulos controla respuestas diferentes es, si no inevitable, al menos un resultado muy probable de las condiciones incidentales y a menudo caóticas bajo las cuales surge la conducta verbal.

Las otras tres celdas aquí tienen especial interés. Todas las variedades de extensión metafórica y genérica se representan en la celda 2, en la cual la misma forma de respuesta se da ante estímulos similares. El tacto abstracto también aquí se presenta. Bajo tales condiciones, poseemos evidencia convincente de la efectividad funcional de cierta parte de la presentación total de un estímulo y de la parte o propiedad responsable de la semejanza de los estímulos. Las otras celdas, 4 y 5, presentan evidencia igualmente convincente de la efectividad funcional de alguna fracción de la respuesta total. Cuando respuestas similares se evocan por estímulos similares, en la celda 5, el elemento común en virtud del cual las respuestas son similares, parece ser controlado

independientemente por el elemento común en virtud del cual los estímulos son similares.

Los ejemplos más comunes de unidades funcionales se denominan tradicionalmente palabras. Al aprender a hablar el niño adquiere tactos de varios tamaños: palabras (como *muñeca*), frases (como *sobre la mesa*), y oraciones (*Catalina se va a dormir*). Estas unidades mayores no están compuestas por el hablante en el sentido al cual nos referimos en el capítulo 14; ellas son respuestas unitarias que están bajo el control de estímulos particulares. (Muchas respuestas complejas mantienen cierta unidad funcional incluso en el hablante adulto, como hemos visto. Oraciones estándar como la siguiente: *¿Cómo estás?* y clichés como decir *la gran mayoría*, pueden no depender del control separado de sus partes por elementos separados de la situación.)

A partir de tal comportamiento surge, a la larga, un repertorio básico de unidades funcionales más pequeñas, también al nivel de la palabra. El niño que ha adquirido la respuesta *Tengo una muñeca* y *Tengo un gatito*, en ocasiones diferentes puede presentar alguna unidad funcional en la expresión *Tengo un . . .*, que más tarde se combina con respuestas nuevas bajo circunstancias nuevas; por ejemplo, cuando el niño dice por primera vez, y sin que haya un condicionamiento separado, *Tengo un tambor.* El proceso puede ir más lejos todavía. A partir de respuestas como *Tengo un . . .* y *Quiero un . . .* surge una unidad de respuesta más pequeña: la palabra *yo* como unidad. Las unidades funcionales pequeñas pueden, claro está, aprenderse separadamente, de manera particular a través del refuerzo educacional que dan aquellas personas que enseñan al niño a hablar, pero también parece que tales unidades funcionales pequeñas surgen como subproductos de la adquisición de respuestas mayores que contienen idénticos elementos, en forma muy similar a lo que se presenta en la conducta ecoica y textual. En la misma forma como un hablante que posee una conducta ecoica bien desarrollada puede imitar nuevas pautas de sonidos complejos que oye por primera vez, así también el individuo que posee un bien desarrollado repertorio mínimo de tactos puede "describir" una nueva situación compleja cuando la ve por primera vez.

La relación existente entre una propiedad de una respuesta y una propiedad de control de un estímulo, puede demostrarse únicamente comparando muchos casos de conducta verbal en un mismo individuo. Tal relación no necesita ser obvia para el hablante. Puede no identificarse con ninguna reacción de un oyente ni con las prácticas de refuerzo de la comunidad verbal.

Las unidades funcionales que se hallan por debajo del nivel de la palabra han sido reconocidas, claro está. Algunas de esas unidades se denominan "morfemas". El término se define en parte, generalmente, refiriéndose a las prácticas reforzantes de la

comunidad como un todo, con cierta referencia a la historia registrada del idioma. Adoptar este término como unidad de la conducta verbal que aquí analizamos, sólo serviría, probablemente, para confundir el problema, aunque es claro que éste representa un proceso analítico similar. Un ejemplo de una operante verbal, a menudo más pequeña que la palabra, es la "raíz". Aunque nos podamos interesar en rastrear la raíz en la historia de un idioma, ésta es funcionalmente significativa en la conducta del hablante contemporáneo como una unidad mínima de respuesta, que se correlaciona con un elemento identificable de un estímulo. Si el hablante emite la respuesta *destruir* en una ocasión y la respuesta *destruible* en otra, y si, como es probable, podemos identificar un elemento común en las dos ocasiones, entonces tendremos evidencia de la unidad funcional de la operante *destr*... Que formas comparables se encuentren en otros idiomas o que la historia de esta raíz pueda rastrearse por medio de formas anteriores del mismo lenguaje, son hechos interesantes que se relacionan y que pueden explicar por qué la comunidad verbal contemporánea establece operantes que presentan tales semejanzas. Pero estos hechos no añaden nada a la demostración de la unidad funcional de la unidad mínima en la conducta de este hablante.

Otras unidades comunes que se hallan por debajo del nivel de la palabra son los afijos que se utilizan con fines de inflexión, sintácticos o de otra índole (véase el capítulo 13). Éstos también poseen sus propias historias, pero son unidades funcionales en la conducta del hablante, sólo en cuanto correspondan con elementos particulares de una situación de estímulo. La evidencia es más clara cuando un hablante compone nuevas formas de respuesta en relación a nuevas situaciones. En el inglés, al haber desarrollado el sufijo funcional *ed** con respecto a la propiedad sutil de algunos estímulos con los cuales denotamos acciones que se realizaron en pasado, el sufijo puede añadirse por vez primera a una palabra que desde ese momento se utiliza sólo en el presente. Este proceso es claro cuando el hablante compone una forma que no se ha aceptado por las costumbres lingüísticas de una comunidad particular. En inglés decir *He singed* (forma incorrecta de *cantó*), es, obviamente, una forma compuesta de elementos separados, porque la comunidad verbal refuerza la forma *He sang* (forma correcta de cantó). El hablante pudo haber compuesto el término *He walked* (caminó), pero esta forma se refuerza también de forma separada, así que la evidencia no es tan clara en este último caso. Una clase de unidad mínima está bajo el control de las propiedades sutiles de los estímulos que distinguimos con diferentes "partes del lenguaje"; por ejemplo, el hablante puede componer adverbios añadiendo la partícula *mente* a los ad-

* Se refiere al sufijo inglés que se emplea para indicar el pasado de los verbos regulares: Love; Lov*ed* (*N.* del *E.*).

jetivos. Sufijos ingleses tales como *ness* o *hood*,* son, generalmente, fáciles de manipular como elementos separados al componer nuevos términos apropiados para los "estados del ser".

Ciertas unidades mínimas aparentes no poseen una genealogía respetable y han tenido la tendencia a ser abandonadas por aquellas que conciernen a los datos históricos y comparativos. Hay muchos ejemplos bastante comunes. La partícula inicial *sp* es característica de muchas palabras en inglés que tienen que ver con emanaciones que surgen de la boca (*spit* [escupir], *speak* [hablar], *spew* [vomitar]), o de otra parte (*sputter* [chisporrotear], *sprinkle* [salpicar], *spray* [rociar]), o con la elevación de un punto (*spoke* [escalón], *spire* [torrecilla], *spur* [espuela]). Parecería, por tanto, que la respuesta *sp* tuviera una unidad funcional bajo el control de una pauta geométrica particular común a muchos estímulos. Esto no significa que la forma se originó en el acto de escupir o de hablar, o que necesariamente tome prestada cualquier fuerza presente de similaridades conductuales con tales actos, ni que debamos esperar encontrar formas semejantes en otros idiomas; aunque obviamente se relaciona con la raíz indo-europea. El hecho básico es que un estímulo que involucre emanación o elevación a partir de un punto, generalmente evoca en inglés la respuesta *sp*. Esta respuesta muy rara vez ocurre sola; e incluso entonces, ocurre únicamente en la incipiente conducta que se halla bajo estrés, en la cual una pauta nueva que presente emanación o elevación a partir de un punto, puede llevar al hablante a balbucear *sp* sin poder completar una forma verbal estándar.

El lingüista puede reconocer la unidad funcional de la unidad verbal *sp*, pero se opone a clasificarla como un morfema, no sólo por razones históricas o comparativas, sino porque si quitamos el elemento *sp* de los anteriores ejemplos, nos encontramos generalmente con elementos inútiles de conducta. Pero esto es importante, sólo si suponemos que las palabras se unen a partir de elementos separados. Nada en nuestro análisis del tacto, como unidad de conducta verbal, nos obliga a creer esto. Lo que queremos decir es que, aunque la respuesta *spit* (escupir) tenga semejanza con *speak* (hablar) y con *spew* (vomitar), que puede rastrearse hacia un elemento de estímulo común en relación con el *sp* inicial, éste no muestra ninguna relación funcional común con otras formas que terminan en *it* (*hit*, *sit*, *bit*, etc.). Estos fragmentos no carecen de sentido porque sean totalmente incontrolados; aparecen por buenas razones, pero pueden no poseer una razón en común. (Con frecuencia se pueden encontrar algunos trazos de un elemento similar. Por ejemplo, muchas palabras que tienen que ver con ruidos que se generan vocalmente contienen la unidad terminal *each* en inglés; por ejemplo *screech* [grito], *preach* [pre-

* Estos sufijos indican el estado, cualidad, carácter o condición (*N.* del *E.*).

dicar], *teach* [enseñar]. No es del todo absurdo, por tanto, afirmar que la respuesta *speech* [habla], es una combinación de *sp* y de *eech*. Como esta forma se establece en un hablante dado, y es muy temprano para poder hablar de un neologismo, es difícil probar esta afirmación.[17]

Aunque podamos demostrar una unidad funcional de la conducta verbal, en la cual una respuesta de forma determinada se controla por un estímulo dado, no se sigue de allí que todo caso de una respuesta que tenga esa forma represente la misma operante, ni que todo caso de una respuesta que evoca esa propiedad tenga esa esa forma. No se sigue, por ejemplo, que todo caso de *sp* sea un caso de la unidad que acabamos de describir, ni que cada caso de emanación o elevación —a los que aludimos anteriormente— evoque una respuesta que contenga *sp*. (Y no se sigue de esto, claro está, que la unidad funcional de una operante mínima en la conducta de un hablante, corresponda a las costumbres de cualquier comunidad. Un niño de seis años consideró que la terminación *nese*, en *Chinese* [chino] y *Japanese* [japonés] se refería a la forma de los ojos.)

Las unidades más pequeñas de conducta verbal que funcionan como tactos mínimos, no son necesariamente los sonidos lingüísticos separables de la conducta ecoica o textual. Aunque el "fonema" depende del uso y no es meramente una unidad formal de análisis —en otras palabras, depende de las relaciones de control en la conducta verbal—, no representa una unidad de respuesta bajo el control de una propiedad de los estímulos. Los fonemas generalmente se definen en términos de las costumbres de refuerzo de una comunidad, pero también pueden definirse en relación con la conducta del hablante individual, después de que ésta ha sido moldeada por dicha comunidad verbal. Al haber identificado la respuesta *bit*, bajo el control de una clase particular de estímulos, notamos que, aunque puede variar en muchas propiedades fonéticas o acústicas, nunca comienza con el sonido que se indica en la partícula *pit*. Entretanto, podemos tener establecida una clase de respuestas, separadas que involucran la forma *pit* y encontramos que, aunque puede variar en muchas de sus propiedades, nunca llega a sonar como *bit*. Aunque las partículas iniciales *p* y *b* no están separadamente bajo el control de propiedades aisladas de estímulo, están siempre bajo el control de propiedades diferentes.

[17] Todos los problemas de referencia que surgen de las contingencias de reforzamiento impuestas por una comunidad verbal, tienen sus paralelos en otros tipos de respuestas verbales. Un ejemplo de un "mando mínimo" comparable al *sp* que acabamos de describir, es el sonido inicial *hw* (que generalmente se escribe *wh*) y que ocurre en muchos casos de interrogación en inglés. Puede argüirse que posee una función independiente como un mando para la acción verbal, que puede aparecer sólo en momento de estrés, que puede aparecer en neologismos, y puede ser necesario que se le reconozca al explicar algunos casos de causación múltiple de la conducta verbal.

Las unidades mínimas, en la conducta de un hablante individual, pueden identificarse solamente por medio de un estudio intenso que se lleve a cabo en un periodo de tiempo tan corto, que la conducta pueda considerarse como esencialmente inalterada. La lista de unidades que se encuentre puede ser muy larga y de ninguna manera se expresa tan fácilmente como los repertorios ecoico y textual. Las propiedades de la naturaleza que llegan a controlar la conducta verbal, son más numerosas y complejas que aquellas que cubren las explicaciones de la física, debido a que la conducta verbal se controla por muchas características temporales, incidentales y triviales, que no se toman en cuenta en un análisis científico. El número de unidades identificables de respuesta no se limita a las formas disponibles, debido a que no hay un límite al tamaño de la unidad. Al aumentar la necesidad de desarrollar más unidades, se construyen respuestas mayores. Pero aunque no podamos dar una descripción empírica satisfactoria de un solo repertorio, podemos entender la naturaleza de él y la unidad funcional posible de las pequeñas unidades del lenguaje. Sin tal concepción, no podemos analizar realmente la causación múltiple de la conducta verbal (capítulo 9), las distorsiones de forma que surgen de ésta (capítulo 11), ni los procesos de composición, en los cuales se crean nuevas respuestas verbales en nuevas ocasiones.

La referencia en un idioma ideal

En las condiciones de un idioma ideal, la palabra que se usa para decir *casa*, por ejemplo, estaría compuesta de elementos que se refieren al color, al estilo, al material, al tamaño, a la posición, y así sucesivamente. Sólo en esa forma sería posible referirse a casas semejantes por medios semejantes. Las palabras que se usarían para designar dos casas semejantes en todo menos en el color, serían iguales excepto en el elemento referente al color. Si ningún elemento en la palabra se refiriera al color, esta parte de las condiciones de un idioma ideal no se podrían satisfacer. Toda palabra en dicho idioma sería un nombre propio, que se referiría a una sola cosa o evento. Cualquiera que hablara este idioma, podría de inmediato inventarse una palabra para una nueva situación, uniendo las respuestas básicas que se relacionarían separadamente con sus elementos. Al igual que es tautológico decir *Octavia es una mujer*, porque la terminación *a* del sujeto indica el sexo que también es descrito por el predicado, en nuestro idioma ideal cualquier afirmación de esta naturaleza sería tautológica, simplemente repetitiva. Las respuestas abstractas serían simplemente respuestas incompletas.

Tal idioma es claramente imposible. Incluso si pudiéramos extender el tamaño de las unidades verbales sin límite alguno, la

escasez de dimensiones nos obligaría, en cualquier momento, a introducir similitudes no funcionales entre las formas verbales y, por tanto, a violar la regla básica. Por ejemplo, el orden sucesivo en una larga frase descriptiva, generalmente no es, por sí mismo, representativo de nada en la situación descrita. Sin embargo, la separabilidad y posibilidad de manipulación crecientes de los elementos de la respuesta en un repertorio de unidades mínimas, es un paso en dirección de condiciones ideales.

Nos acercamos, en otra forma, al idioma ideal cuando los estímulos y las respuestas poseen dimensiones similares. Este no es un requisito esencial, ya que podría existir una correspondencia exacta entre diferentes sistemas dimensionales, pero en el grado en que las respuestas se parezcan a los estímulos, las respuestas que se relacionen con estímulos similares serían también similares. Los modelos poseen esta propiedad. Describimos un estado de cosas de manera más completa, reconstruyéndolo por medio de la construcción de un duplicado exacto. Tal conducta es verbal de acuerdo a nuestra definición, porque el modelo se construye y se usa por el efecto que tiene sobre los "oyentes". Esto no es tan completamente impracticable como parecería ser, porque el modelo no siempre necesita construirse. El maletín con muestras que lleva el vendedor es parte de un repertorio verbal. Las figuras son modelos incompletos o superficiales, que corresponden a la "cosa de la cual se habla", en mucho más detalle que las respuestas fonéticas. Tanto el maletín de muestras, como el catálogo ilustrado, satisfacen los requisitos de que cosas similares se expresen por medios similares.

Señalar un objeto es una variación en cuanto a construcción de modelos. Un hombre puede decir: *Yo nunca voy sin llevar mi*... y terminar señalando la pistola que tiene en el cinto. El acto de señalar es verbal según nuestra definición y es equivalente a la respuesta *pistola*, aunque dicho acto es mucho más completo como descripción. Cuando señalamos el pastel que deseamos comprar en una pastelería en lugar de describirlo, también estamos actuando verbalmente. Utilizamos el pastel para dar la respuesta; su correspondencia con la "cosa descrita" es, por supuesto, perfecta. Si un pastel puede ser el nombre de sí mismo, o una pistola puede serlo, depende de cómo definamos "nombre" y "referencia". (Si vamos a incluir el acto de señalar los objetos como un sistema de tactos, dependerá de qué tanto del campo verbal deseamos cubrir. Esto no presenta problemas lingüísticos importantes porque, como ocurre con la construcción de modelos en general, el repertorio se describe fácilmente.)

La construcción de modelos tiene un estatus especial en el campo de la conducta verbal. "Informamos" muchos casos de comportamiento, humano o no, imitándolo o reactivándolo. Al hacerlo no progresamos mucho en dirección a un análisis científi-

fico, porque tal "informe" no está analizado y es tan difícil de manejar como el dato original. El mímico hábil puede, sin embargo, encontrar la utilidad de la costumbre en la discusión informal. Esto pocas veces se emplea en el estudio científico de la conducta no verbal, pero es una costumbre estándar en el área verbal. La conducta ecoica, aunque imperfecta, es parte del repertorio de toda persona educada y generalmente se utiliza para informar la conducta verbal. Como vimos en el capítulo 2, al describir una respuesta verbal por medio de una cita vocal directa, estamos modelándola. Cuando la informamos con una notación fonética (por ejemplo, cuando escribimos la cita utilizando la ortografía del inglés), posibilitamos que el lector entrenado la modele para sí mismo.

Una cita es una forma especial de tacto que utiliza el repertorio mínimo de la conducta ecoica. Es poco importante que la llamemos ecoica o tacto. Las clasificaciones se basan en las contingencias de refuerzo que, en este caso, son las mismas. La conducta ecoica merece un tratamiento diferente por varias razones, pero la clase de refuerzo que recibe es, a menudo, idéntica a la del tacto. Cuando respondemos a un objeto verbal —digamos, al oir el habla de otra persona— emitiendo respuestas ecoicas y, por tanto, haciendo un modelo para dicho objeto verbal, lo tocamos en el único sentido en que a cualquier objeto se le "toca".

Una clase rudimentaria de construcción de modelos se ejemplifica cuando una respuesta verbal se parece a un estímulo *no verbal*. En la conducta vocal una relación de éstas se denomina onomatopeya; en la conducta escrita se ejemplifica por el pictograma o jeroglífico. Así como citar una respuesta verbal, es una forma de conducta que construye un modelo del objeto descrito, así la respuesta onomatopéyica proporciona un modelo acústico burdo de un "objeto" no verbal pero audible. Dibujar un pictograma o un jeroglífico, es una forma de conducta verbal que construye un modelo visual burdo a partir de un objeto visual no verbal. Un conjunto convencional de pictogramas es un repertorio mínimo y limitado, que se parece al de la conducta ecoica al nivel del fonema. En la misma forma en que una extensión del repertorio ecoico se aproxima a la mímica vocal, así una extensión del pictograma se aproxima al arte realista.

Hay muchas clases y grados de semejanza en la onomatopeya. *Bow-wow* es una respuesta cercana a la mímica; *splash* y *bang* lo son menos. Lo que algunas veces se denomina analógicamente respuestas imitativas, presentan una semejanza más tenue, porque la similaridad está entre diferentes modos de estímulos. Si las respuestas *suave*, *delgado* y *arisco* se asemejan a las cosas suaves, delgadas y ariscas, esto se debe, no a los productos audibles del habla, sino a la conducta que produce tales sonidos. Algunas propiedades de los estímulos no auditivos pueden ser imitadas por

las propiedades de las respuestas que no son necesariamente auditivas. Por ejemplo, *estupendo, ciempiés, diminuto* y *pizca*, presentan un informe de ciertas propiedades no auditivas de los objetos en cuanto a su tamaño. Las respuestas reduplicativas pueden parecerse a los estímulos en cuanto al número. En inglés *Higgledy-piggledy* (sin orden ni concierto) sugiere una semejanza de lo que siempre podemos llamar carácter. Todas estas respuestas son una clase de construcción de modelos, en las cuales el constructor se limita asimismo, a poner los ladrillos fonéticos de un idioma dado; hace el mejor cuadro que puede, sin caer por debajo del nivel de los sonidos del habla. El pictograma se construye en forma semejante; no es estrictamente un cuadro, debido a las limitaciones del repertorio mínimo convencional.

El papel de la onomatopeya en el origen del lenguaje, se ha discutido con frecuencia. Las formas onomatopéyicas pueden surgir si se ha extendido un repertorio ecoico previamente establecido a estímulos audibles, pero no verbales. Es también posible que la onomatopeya pueda surgir independientemente de ese repertorio previo, de acuerdo con las explicaciones tradicionales del origen del lenguaje, si la conducta vocal tuviera efecto sobre el oyente debido a su semejanza con una pauta auditiva a la cual el oyente ya estuviera condicionado. Las preguntas acerca del origen son aquí, en gran medida, irrelevantes. Las constribuciones presentes de una relación onomatopéyica son menos especulativas y no pueden desconocerse. Dadas dos respuestas, por lo demás sinónimas, que estén bajo el control de un estímulo auditivo, la respuesta que presente alguna semejanza formal, tendrá una fuerza adicional a su favor. Si lo demás es igual, predominará la conducta del hablante y, por tanto, será probable que sobreviva en el idioma. La contribución de fuerza de una relación onomatopéyica, debe considerarse al tratar el proceso causativo múltiple de la conducta verbal (capítulo 9).

No podemos ir muy lejos hacia la solución del problema de un *idioma ideal, por medio de la construcción de respuestas verbales* que se parezcan a sus estímulos de control. No podemos repetir en forma de eco, ni imitar las cosas azules, ni las cosas pesadas, ni las cosas truculentas por medio de respuestas azules, pesadas o truculentas. La alternativa es permitir que una, o a lo sumo, unas pocas propiedades de cada estímulo, adquieran control de una forma separada de respuesta. No se trata de esforzarse en responder a todas las propiedades de un estímulo dado. El resultado más preciso se logra por el proceso de abstracción, pero la movilidad independiente de las respuestas en la extensión metafórica, también es importante.

La considerable diferencia que existe entre un estado de cosas y la conducta verbal que la llega a controlar, significa —para el oyente— que la conducta verbal carece de la riqueza, complejidad

y detalle de la "experiencia directa". Qué tan cierto es esto, depende de las propiedades que la comunidad verbal selecciona para reforzar.

Así, el científico da un conjunto de respuestas a un determinado estado de cosas, debido a las contingencias de refuerzo que establece la comunidad verbal científica. El poeta emite un conjunto de respuestas completamente diferentes ante el mismo estado de cosas, debido a que ellas son efectivas en otras formas para otra clase de lectores o de oyentes. ¿Cuál es el comportamiento que se asemeja más a la situación real?, ésta es una pregunta que no depende tanto de los hechos, de la exactitud o de la comprensibilidad, sino de los intereses y costumbres de las comunidades verbales.

Podemos resumir este análisis del problema tradicional de la referencia, notando la relevancia de ciertos términos tradicionales. El hecho de que una respuesta verbal condicionada se encuentre en la presencia de un estímulo dado, que presenta cierta fuerza en presencia de otro estímulo que, a su vez, tiene algunas de las propiedades del primero, a menudo se denomina generalización. Tanto en el análisis lógico como en el psicólogico, se asume con frecuencia una actividad especial por parte del hablante. Pero la generalización, como la metáfora, es meramente una característica del control de estímulos. El control que establece con mayor precisión la comunidad verbal en la abstracción, ha hecho que este término se aplique algunas veces a: 1) la historia del refuerzo que produce el resultado deseado; 2) la respuesta resultante, y 3) la propiedad del control de los estímulos. El término formación de conceptos, se tomó originalmente de la lógica y la epistemología, y se aplicó esencialmente al mismo proceso. Aquí la formación tiene el sentido al que aludimos en el número 1, pero el concepto continúa presentando los puntos 2 y 3. En el continuo que va de los nombres propios a los tactos abstractos mínimos, los términos, en este último extremo, se han denominado universales.

Por lo general, al avanzar a lo largo del continuo a partir de los nombres propios, los referentes se hacen cada vez más difíciles de identificar. Cómo representemos la última relación de control, es a menudo un asunto de gusto. En el presente análisis, hablamos de propiedades y de clases de estímulos definidos, y en el lenguaje ordinario podemos nombrar estos conceptos de control con sufijos tales como "blan*cura*" (white*ness*), "pirami*dal*" (piramidal*ity*), y así sucesivamente. En un sentido más refinado, podemos hablar de propiedades comunes a muchos casos como conceptos, abstracciones, universales, nociones, etc., siempre que tengamos presentes los procesos reales de demostración. Este es también el punto en el cual el término "idea" puede revivirse para ser utilizado por medio de una definición operacional.

Los "referentes" en otros tipos de operante verbal

En una formulación conductual de las relaciones semánticas, no estamos bajo la compulsión de explicar toda la conducta verbal con una sola fórmula. El tacto, obviamente, es un tipo importantes de respuesta verbal, de manera particular en el efecto especial que tiene sobre el oyente. No concluimos, sin embargo, que el tacto sea la única clase genuina de conducta verbal, ni que establezca una pauta con base en la cual deba explicarse toda conducta verbal. Podemos evitar esfuerzos inútiles, como el de intentar descubrir los referentes de términos como *cual, pero, por favor* o de un estornudo. Las operantes ecoicas y textuales, debido a su correspondencia exacta con los estímulos verbales que genera la conducta de otros, pueden parecerse a los tactos, pero al tratar con el hablante ecoico o textual, los referentes originales pueden no ser relevantes. Cuando repetimos o leemos un pasaje de conducta verbal, no nos estamos "refiriendo a algo" necesariamente, en el sentido especial del tacto. Hemos visto que el mando requiere también una formulación diferente. Tradicionalmente, esto se ha explicado por medio de la argucia de que el hablante adquiere una palabra en su relación significativa con una cosa, y que luego *usa* la palabra para pedir algo. Esto no sólo es una descripción inadecuada de la adquisición de muchos mandos, sino que también hay muchos ejemplos que no se pueden explicar en esa forma. No necesitamos tratar de identificar los "referentes" de *¡Sh!, ¡Por favor!*, o *¡Despierta!*, en su correspondencia estructural.

La conducta intraverbal ha producido los problemas más grandes a la teoría semántica tradicional. Como carece de correspondencia exacta con los estímulos verbales que se observan en la conducta ecoica o textual, es más probable que se acepte como respuesta para un estado de cosas no verbal, a que siga la pauta de un tacto. Lo que esencialmente son relaciones entre palabras y palabras, se trata como si fueran relaciones entre palabras y cosas. Cuando decimos que la palabra *César* se refiere a César, aunque él haya estado muerto durante 2 000 años, es claro que no hablamos de la conducta de un hablante contemporáneo. Una respuesta de esta forma es, casi seguramente, intraverbal, si no textual o ecoica. Un proceso de refuerzo educacional la ha llevado bajo el control de varios conjuntos de circunstancias *verbales*. En teoría, deberíamos poder rastrear estas circunstancias hasta el momento en el cual la respuesta se hizo ante César como hombre. El estudio de la historia asume la existencia de cadenas válidas de esta clase, y la preferencia por fuentes primarias tiene por objeto evitar cadenas demasiado largas y probablemente falsas. Pero la conducta verbal del historiador moderno, es aún intra-

verbal en su mayor parte. Si excluimos los dibujos, estatuas, representaciones, etc., César no puede ser un tacto en la conducta de un hablante contemporáneo. Así como las asociaciones de palabras y las metáforas con frecuencia se explican en términos de relaciones lógicas (y de los procesos psíquicos que supuestamente representan), así la relación semántica se usa para explicar la fuente última de la pauta de conducta del historiador. Pero esto no explica su conducta actual. En la conducta del hablante del siglo XX, decir *César cruzó el Rubicón*, es una respuesta no a un evento físico especificable, sino a un conjunto de estímulos verbales.

Una gran parte del discurso científico, matemático y lógico también es intraverbal y, por tanto, no se puede representar adecuadamente por la semántica del tacto. No necesitamos ser capaces, para decir qué "representa" una expresión que se encuentra en la mitad de un cálculo matemático. La expresión se explica, como en la conducta verbal, trazando sus antecedentes. Pocos de ellos, si es que alguno, pueden referirse a la clase de variable que toma parte en el tacto. (Es interesante tratar de comparar esta distinción, con aquella que se hace entre afirmaciones analíticas y sintéticas, pero aunque todas las afirmaciones analíticas puedan ser intraverbales —y, por tanto, no tener "referentes" en términos de la relación presente— no todos los juicios sintéticos son necesariamente tactos.) Otro tipo de respuesta verbal que no puede representarse por un marco de referencia semántico, derivado de la relación de tacto, se observa en respuestas tales como *quizá, no, excepto* y *verdaderamente*, las cuales se refieren a la manipulación y cualificación de otra conducta verbal. Estos problemas han sido una pesada carga para los esquemas tradicionales de referencia, pero se les puede dar un adecuado tratamiento más tarde, en un análisis de la conducta verbal (parte IV).

LA CONDUCTA VERBAL BAJO EL CONTROL DE ESTÍMULOS PRIVADOS[18]

En el paradigma del tacto que se presenta en la figura 5, tanto el hablante como el oyente se representan en contacto con un objeto común, al cual se refiere la respuesta del hablante. Cierta conducta verbal, sin embargo, está bajo el control de estímulos, ante los cuales el hablante sólo es capaz de reaccionar. La respuesta *Me duele un diente* se controla por un estado de cosas con

[18] Algunos de los puntos de esta sección se discutieron primero en un artículo titulado: "The Operational Analysis of Psychological Terms", en *Psychological Review*, 1945, *52*, págs. 270-277; reimpreso en el libro del autor *Cumulative Record* (ed. rev.), Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1961. Una discusión más detallada respecto a una ciencia general de la conducta humana, aparece en *Science and Human Behavior*, especialmente en el capítulo XVII, "Private Events in a Natural Science".

el cual nadie, excepto el hablante, puede establecer cierta clase de conexión. Una parte pequeña, pero importante del universo, está encerrada dentro de la piel de cada individuo y, en lo que sabemos, sólo el propio individuo tiene acceso a ella. De esto no se sigue que este mundo privado esté hecho de un material diferente —que sea en forma alguna diferente del mundo que está fuera de la piel, o que está dentro de la piel de otra persona. Las respuestas que aparecen ante los estímulos privados, no parecen ser diferentes de las respuestas que se dan ante los eventos públicos. Sin embargo, la privacidad de tales estímulos presenta dos problemas.

La primera dificultad se encuentra en el análisis del comportamiento en general: el investigador no puede señalar fácilmente los estímulos a los cuales debe apelar al predecir y controlar la conducta. Posiblemente este problema se solucionará, a la larga, con mejores técnicas fisiológicas que harán que los eventos privados sean públicos. En el campo verbal, por ejemplo, si pudiéramos decir exactamente qué eventos dentro del organismo controlan la respuesta *estoy deprimido*, y especialmente si pudiéramos producir estos eventos a voluntad, podríamos lograr el grado de predicción y control característicos de las respuestas verbales ante estímulos externos. Pero aunque esto sería un progreso importante, y sin duda nos aclararía la naturaleza física de los eventos privados, el problema de la privacidad no se puede resolver completamente por la invasión instrumental del organismo. No importa qué tan claramente puedan exponerse esos eventos internos en el laboratorio, permanece el hecho de que, en el episodio verbal normal, son totalmente privados. Tendremos todavía que responder a la pregunta global, de la cual la pregunta científica puede considerarse como un caso especial.

Al establecer el tipo de operante verbal que llamamos tacto, la comunidad verbal refuerza, en forma característica, una respuesta determinada en presencia de un estímulo dado. Esto puede hacerse, sólo si el estímulo actúa tanto sobre el hablante como sobre la comunidad reforzante. Un estímulo privado no puede satisfacer estas condiciones. ¿Cómo entonces, establece la comunidad verbal las contingencias de refuerzo que producen respuestas verbales, ante los estímulos privados? ¿Cómo, por ejemplo, la respuesta *dolor de diente*, se refuerza apropiadamente si la comunidad reforzante no tiene contacto con el diente? No hay duda de que las respuestas que se emiten ante los estímulos privados se establecen; pero ¿cómo lo hacen, cuál es su relación con los estímulos de control, y cuáles —si es que existen algunas— son sus características distintivas?

Hay, al menos, cuatro maneras en las cuales una comunidad de refuerzo, que no tiene acceso a un estímulo privado, puede generar conducta verbal con respecto a dicho estímulo.

1. Puede usarse un *acompañamiento público* del estímulo privado que, a la larga, controla la respuesta. Consideremos, por ejemplo, la forma en que un ciego puede aprender los nombres de un conjunto de objetos que se le presentan. La estimulación que entra en control, es de naturaleza táctil: el hombre explora los objetos con sus dedos; al mismo tiempo, adquiere ecoicamente respuestas verbales de su maestro. La contingencia necesaria entre una respuesta dada y el objeto apropiado la establece el maestro, quien identifica con la vista el objeto que el hombre está tocando. La contingencia total de refuerzo depende, por tanto, de la respuesta que emite el ciego en presencia de los estímulos táctiles y del efecto de esta respuesta sobre el maestro reforzante, quien identifica el objeto con la vista. Este es un sistema verbal perfectamente satisfactorio que puede establecer tactos muy precisos, pero solamente a consecuencia de que existe una íntima correlación entre los estímulos visuales y táctiles que generan los objetos.

Las respuestas que se emiten ante estímulos privados, con frecuencia se refuerzan en la misma forma. Uno le enseña al niño a decir *Eso duele*, de acuerdo con los usos de la comunidad verbal, haciendo contingente el refuerzo sobre ciertos acompañantes públicos de los estímulos dolorosos (un golpe, daño al tejido, etc.).

2. Una costumbre más común, consiste en usar alguna *respuesta colateral* al estímulo privado. Es posible que un dentista pueda identificar alguna condición del diente enfermo que se correlacione tan íntimamente con la estimulación privada de ese diente, que la respuesta *dolor de diente* pueda establecerse según la pauta 1 que acabamos de ver; pero la respuesta generalmente se establece, en el hablante joven, con base en otras respuestas que ve que se emiten ante el estímulo privado. La comunidad refuerza como correcta la respuesta *Me duele el diente*, cuando éste observa conductas colaterales como tomarse la quijada con la mano, ejecutar ciertas expresiones faciales, o quejarse en ciertas pautas temporales.

Como un caso especial de este principio, las respuestas que se dan a los estímulos complejos privados, se establecen frecuentemente con base en la conducta verbal ya condicionada en lo que se refiere a algunos de los elementos de un estímulo complejo. En términos generales, una persona puede describir alguna condición interna con el repertorio verbal apropiado a sus varios elementos y, con base en esta información, la comunidad puede entonces reforzar una respuesta apropiada a todo el estado de cosas. La mayor parte de un repertorio privado (desde *amargura* hasta *Weltschmerz*), se adquiere generalmente en esta forma. Como el procedimiento supone que ya están disponibles las respuestas elementales a los eventos privados, la práctica no sugiere una solución para el problema general.

3. Una tercera posibilidad, radica en que la comunidad puede no necesitar recurrir, en forma alguna, a los estímulos privados; ella puede reforzar una respuesta en conexión con un estímulo público, sólo para hacer que la respuesta se transfiera a un evento privado en virtud de sus propiedades comunes, como ocurre con la extensión metafórica y metonímica. Se ha señalado, con frecuencia, que la mayor parte del vocabulario de la emoción es metafórico por naturaleza. Cuando describimos los estados internos como "agitados" "deprimidos" o "en ebullición", notamos que ciertas propiedades geométricas, temporales y de intensidad han producido una extensión metafórica de respuestas.

No todas las expresiones metafóricas que se evocan por estímulos privados, ejemplifican este principio. Aunque expresiones tales como *un dolor agudo*, o *una sensación quemante*, puedan ilustrar la extensión metafórica que surge de la similitud que existe entre la estimulación que dan los objetos agudos o quemantes y ciertos estímulos privados, es posible dar otra explicación. El paso metafórico pudo haber ocurrido *antes* de que la respuesta se retirara del mundo privado. En tal caso, no tendríamos razón alguna para buscar un estímulo privado que tuviera propiedades similares. Si la respuesta *agudo* se adquiere primero en relación con ciertos objetos cuyas propiedades físicas identificables no se relacionan con el efecto que los objetos tienen sobre el organismo humano —por ejemplo, si se dice que una aguja es aguda si tiene cierta pauta geométrica, o si penetra fácilmente en el papel y en la ropa, o si a un cuchillo se le llama agudo si corta fácilmente la madera—, entonces la extensión de la respuesta a cierto tipo de estímulo doloroso generado por punzar o cortar, es metonímica. Ciertos estímulos se asocian frecuentemente con objetos que poseen ciertas propiedades geométricas, y la respuesta, por tanto, se transfiere de uno a otro. Decir *Eso es punzante* se vuelve sinónimo de *Eso duele*, aunque originalmente sólo era sinónimo de *Eso tiene una punta fina*, o de . . . *tiene filo*. Aunque la comunidad verbal nunca tenga acceso más que a la forma geométrica de un punto o filo, o a los efectos que éstos tienen sobre la superficie del hablante, la respuesta *Eso es punzante*, en el sentido de *Eso duele*, es presumiblemente efectiva y puede seguir recibiendo el refuerzo. Para el hablante, los estímulos privados asociados son más importantes que las propiedades geométricas del objeto que los produce y, por tanto, predominan al controlar la respuesta. Cuando la respuesta se evoca más tarde por estímulos privados que no están acompañados, o no son producidos por un objeto físico agudo (como cuando el paciente dice que tiene un dolor agudo en su costado, no podemos suponer que el estado de cosas que ocurren en su costado) tenga necesariamente cualquiera de las propiedades geométricas de un objeto agudo. El dolor que el paciente tiene en su costado, necesita solamente compartir algu-

nas de las propiedades de los estímulos producidos por objetos agudos. No necesitamos demostrar que un dolor agudo y un objeto agudo tengan algo en común; y si no lo tienen, la extensión de la respuesta al evento privado no ejemplifica el principio del que hablamos. Sin embargo, en expresiones como *espíritu rebozante* o *deprimido*, debemos buscar las posibles semejanzas que existan entre los eventos públicos y los privados para explicar la extensión metafórica. Algo dentro de la piel debe "ebullir" o "debilitarse o enfriarse" en algún sentido.

4. Cuando una respuesta es descriptiva de la propia conducta del hablante, existe una cuarta forma posible en la cual un estímulo privado puede adquirir control. La contingencia original puede basarse en la conducta externamente observable del organismo ,aunque estimule al hablante y a la comunidad verbal en formas diferentes. Si la conducta se reduce ahora en cuanto a magnitud o escala, debe llegarse a un punto en el cual los estímulos privados sobrevivan, aunque desaparezcan los estímulos públicos. En otras palabras, la conducta puede ejecutarse de manera tan débil o tan incompleta, que las demás personas no la vean, aunque siga siendo suficientemente fuerte como para estimular a la persona que la está emitiendo. En tal caso, la respuesta eventualmente se emite ante un estímulo privado que es *similar excepto en su magnitud* a los estímulos privados de otra clase que se acompañaban de manifestaciones públicas útiles para la comunidad. Éste es posiblemente sólo un caso especial del primer principio que presentamos más arriba, pero debe notarse que cuando el objeto que se describe es la conducta misma, una reducción de magnitud puede afectar de manera diferencial a sus manifestaciones públicas y privadas.

Aunque estas cuatro prácticas son, en cierto sentido, formas en las cuales la comunidad verbal elimina la inaccesibilidad de los estímulos privados al establecer la conducta verbal que está bajo su control, ninguno de ellos garantiza la precisión del control que se observa en respuestas que se emiten ante los estímulos externos manipulables. En el caso 1, la conexión que existe entre estímulos públicos y privados no necesita ser invariable, y las respuestas colaterales que señalamos en el caso 2, pueden hacerse a otros estímulos. Incluso en la práctica cuidadosa de un laboratorio de psicología, esto es dudoso si los términos descriptivos, por ejemplo, de estados emocionales, están exactamente bajo el mismo control de estímulos de un hablante a otro. La extensión metafórica que se presenta en nuestro caso 3, puede seguir a propiedades inesperadas, y no hay forma en la que el control de estímulos pueda restringirse a través de procesos auxiliares de la abstracción. Si la estimulación privada que acompaña la conducta macroscópica y microscópica en el caso 4, no cambia en nada,

excepto en magnitud, podemos esperar mayor validez, pero la costumbre se aplica sólo cuando el objeto descrito es la conducta del hablante.

Las contingencias que establecen conducta verbal bajo el control de estímulos privados son, por tanto, defectuosas. En otra parte hemos descrito así los resultados:

> Todo el mundo desconfía de las respuestas verbales que describen eventos privados. Con frecuencia hay variables en operación que tienden a debilitar el control de estímulos de tales descripciones, y la comunidad de refuerzo generalmente es incapaz de evitar la distorsión resultante. El individuo que se exime a sí mismo de una tarea desagradable diciendo que tiene dolor de cabeza no puede refutarse con éxito, aunque la existencia del evento privado sea puesta en duda. No hay respuesta efectiva para el estudiante que insiste, después de que se le ha corregido, en que eso era lo que "quería decir", pero la existencia de este evento privado no se acepta con confianza.
>
> El individuo mismo también sufre de tales limitaciones. El ambiente, ya sea público o privado, parece permanecer como algo no distinguido hasta que al organismo se le forza a hacer una distinción. A cualquiera que se le pida repentinamente que haga discriminaciones de color detalladas, estará de acuerdo en que ahora "ve" colores que antes no había "visto". Es difícil creer que no debamos distinguir entre los colores primarios a menos que exista allí alguna razón para hacerlo, pero estamos condicionados a hacer esto tan temprano en nuestra historia, que nuestra experiencia probablemente no es una buena guía. Los experimentos que consisten en criar organismos en la oscuridad, tienden a confirmar el punto de vista de que la conducta discriminativa ocurre a raíz de las contingencias que obligan a realizar tal conducta. Ahora, la autoobservación también es un producto de las contingencias de discriminación, y si la comunidad no puede forzar la discriminación, ésta nunca aparecerá. Aunque pueda parecer extraño, es la comunidad la que le enseña al individuo a "conocerse a sí mismo".
>
> Algunas contingencias que implican estimulación interna no tienen, claro está, que ser arregladas por la comunidad reforzante. Al arrojar una bola contabilizamos el tiempo de una secuencia de respuestas por la estimulación que generan nuestros propios movimientos. En este caso las contingencias de refuerzo se determinan por las exigencias mecánicas y geométricas que implica el acto de arrojar la bola, y como no se compromete una comunidad reforzante, el problema de la accesibilidad del individuo que se comporta no entra en juego. Pero el "conocimiento"... se identifica particularmente con la conducta verbal que surge del refuerzo social. La conducta conceptual y abstracta es en apariencia imposible sin tal refuerzo. La clase de autoconocimiento que se representa por la conducta verbal discriminativa —el conocimiento que se "expresa" cuando hablamos de nuestra propia conducta—, se limita estrictamente por las contingencias que la comunidad ver-

bal puede arreglar. Las deficiencias que genera la *desconfianza* pública llevan, en el caso del individuo mismo, a la simple *ignorancia.*[19]

Un resultado característico de estas contingencias defectuosas, es que tales respuestas con frecuencia están controladas por una mezcla de estímulos cuya naturaleza no es clara ni para la comunidad ni para el oyente ni para el mismo hablante. Es posible que los estímulos privados contribuyan incluso en lo que parecen ser descripciones objetivas de eventos públicos. Las técnicas de la ciencia y de las contingencias especiales que obligan a la abstracción, son medidas correctivas; pero en lo demás, en particular en la extensión metafórica, generalmente toman parte los estímulos privados. Una respuesta como *Tengo hambre* puede reforzarse en varias formas. La comunidad puede reforzarla porque conoce la historia de ingestión del hablante, como en el caso 1, o por el comportamiento colateral observado que probablemente se asocia con dicha historia —por ejemplo, el hablante come cuando se le ofrece comida o responde con alegría a la campana que anuncia la cena—, como en el caso 2, o porque el hablante se ha dedicado a otra conducta verbal que describe su tendencia a comer, o la probabilidad de que va a hacerlo, como en el caso 4. El hablante puede reaccionar a todos estos casos por sí mismo, así como también lo hace ante la poderosa estimulación privada de las contracciones del hambre. Un caso de la respuesta *Tengo hambre,* puede, por tanto, traducirse como: 1) *No he comido por largo tiempo*; 2) *el olor de la comida me hace salivar*; 3) *tengo un apetito canino*; 4) *podría comerme un caballo*, y 5) *me duele el estómago de hambre.* (La respuesta *Tengo más hambre de lo que pensaba* muestra el control ejercido por los estímulos públicos que se generan por ingerir una cantidad inesperadamente grande de comida, cuando las contrapartes o acompañamientos privados anteriores no fueron efectivos.) Mientras que todas estas expresiones pueden ser sinónimos de *Tengo hambre,* no pueden serlo entre sí. Por razones técnicas, la respuesta podría colocarse bajo el control de sólo uno de estos estados de cosas en un hablante particular, pero podría requerirse un conjunto especial de contingencias, opuesto al de la comunidad considerada como un todo.

Muchas expresiones que parecen describir las propiedades de las cosas, deben interpretarse como si estuvieran, al menos parcialmente, bajo el control de estímulos privados. El concepto *familiar* es un buen ejemplo. Decir un lugar familiar es algo que no se distingue por ninguna propiedad física. Le parece familiar sólo a alguien que lo ha visto o que ha visto algo similar anteriormente. Cualquier sitio se vuelve familiar cuando se ve con frecuencia. La respuesta *Su cara me es familiar* no puede formularse

[19] *Science and Human Behavior* (Nueva York, 1953), p. 260.

en la misma forma en que se emite la respuesta *Su cara es roja.* La condición que es responsable de *familiar* no está en el estímulo sino en la historia del hablante. Al haber adquirido la respuesta con respecto a esta propiedad, el hablante puede emitirla en presencia de otros objetos que ve con frecuencia. Si adquiere el término con respecto a estímulos visuales que ha visto antes, puede emitirlo en presencia de sonidos que ha oído previamente, de sabores que ha gustado antes, etc. Sólo si suponemos que el individuo está reaccionando ante ciertos aspectos de su propia conducta que tienen que ver con el efecto de estímulos repetidos, podemos explicar completamente el alcance de esta respuesta.

El término *bello* requiere una explicación similar. Se han hecho muchos intentos para demostrar que los objetos bellos poseen ciertas características objetivas que los distinguen. Si pudiéramos considerar tales intentos como exitosos o potencialmente exitosos, no habría problema, ya que las propiedades objetivas explicarían el control extenso de la respuesta *bello*, en la misma forma como otras propiedades explican la respuesta *piramidal.* Pero si "la belleza está en el ojo del observador" debemos apelar a un efecto común de tales estímulos. Si la respuesta *bello* se adquiere primero con respecto a cuadros y luego se emite espontáneamente por primera vez en presencia de música, y si esto no puede atribuirse a propiedades físicas comunes como la "unidad" o la "simetría", debe estar envuelto un estímulo privado. Este caso es diferente al de *familiar* porque parece que se da por sentado lo que falta probar. No es difícil rastrear la historia del estímulo privado en el caso de *familiar*, aunque no podamos establecer fácilmente sus propiedades. Pero parece ser necesario tomarlo como algo ya existente, en el caso de *bello.* Los objetos que venimos a llamar bellos sólo por medio del aprendizaje no tienen este problema,[20] pero los objetos o eventos a los cuales respondemos instantáneamente diciendo que son bellos, requieren el presupuesto adicional de un evento privado en común. Podemos hacer una comparación tosca reforzando la conducta de ingestión o la sexual en presencia de determinado estímulo visual y luego independientemente en presencia de un estímulo auditivo dado. Una respuesta verbal establecida en relación con uno de estos estímulos debe ser evocada por el otro en virtud de su efecto común para fortalecer la conducta ingestiva o sexual.

En otras clases de respuesta la participación de estímulos privados es más obvia. En la llamada "falacia patética" se dice que un objeto o evento está descrito con términos apropiados para el "estado mental" del hablante: el hombre taciturno le habla al mar taciturno. El principio psicoanalítico de la proyección incluye ejemplos de conducta verbal que describe el comportamiento

[20] Como ejemplo, compárese el análisis que hace Stendhal de la bella dama en *De L'amour.*

de otros: la persona que con frecuencia está furiosa llama a los demás furiosos, el hombre que tiene miedo tiende a llamar a los demás miedosos, y así sucesivamente. Pero aunque en algunos casos el hablante pueda mezclar y confundir eventos privados y públicos, todas las respuestas de esta clase no prueban necesariamente que entre en juego una contribución privada. No debemos olvidar el origen público de los términos subjetivos. Lo que parece ser un ejemplo de falacia patética o de proyección solamente puede ejemplificar el trastocamiento del proceso por medio del cual una respuesta fue confinada en primer lugar a los eventos privados. Consideremos, por ejemplo, la respuesta *atemorizado.* La adquirimos bajo circunstancias en las cuales los eventos públicos están al alcance de la comunidad reforzante, aunque los acompañamientos privados que pueden ser más importantes para nosotros lleguen más tarde a controlar la respuesta. La comunidad puede basar sus refuerzos sobre estímulos peligrosos que generalmente producen temor, como en nuestro caso número 1, o en respuestas concomitantes como sudar, encogerse, retraerse o saltar al más mínimo ruido, como en nuestro caso 2. Aunque puedan predominar los eventos privados concomitantes, nunca adquieren el control exclusivo de la conducta. Al describir la conducta de otros con los mismos términos, continuamos haciendo uso de las manifestaciones públicas. Si observamos que un animal se encoge o se retrae cuando alguien se le acerca, decimos que está atemorizado, no porque leamos dentro del animal nuestros propios acompañamientos privados de miedo, sino porque están claramente representadas las características públicas de la conducta del miedo. También podemos llamar a los objetos inanimados diciendo que tienen miedo, sin "proyectar" nada. Así, un niño que mira un frijol saltarín en una mesa y nota que se mueve hacia otro frijol, y que este último salta en dirección opuesta, dirá que ese frijol *tenía miedo.* Aunque los frijoles saltarines no son completamente inanimados, los eventos fueron una coincidencia que puede duplicarse mecánicamente, por ejemplo, por medio del aparato de Michotte para estudiar la percepción de la causalidad.[21] El tiempo de los dos saltos y sus direcciones relativas fueron suficientes paar evocar la respuesta *atemorizado.* No se sigue de esto que el niño atribuya sentimientos subjetivos al frijol.

Un ejemplo de la costumbre de apelar innecesariamente a eventos privados lo discute I. J. Lee,[22] quien toma el ejemplo de Gregory Wilbur. Un niño de tres años que viaja en un carro en una región montañosa exclama *¡Colina!* en cada cambio de velocidad o de dirección. Una caída muy pronunciada y repentina le hace decir *¡Colina fuerte!* Esto se describe diciendo que el niño proyectó su propia fuerza en la colina. Pero la palabra *fuerte* es una

[21] Michotte, A. *La perception de la causalité* (Lovain, 1946).
[22] Lee, I. J. *Language Habits in Human Affairs* (Nueva York, 1941).

respuesta adquirida temprano en el repertorio normal que está bajo el econtrol de ciertos aspectos intensos de los estímulos —sabores, olores, presiones, empujones y tirones de las personas fuertes. Con el fin de probar la proyección en este caso, sería necesario demostrar que la respuesta había sido previamente controlada sólo por casos que implicaban la propia fuerza del niño. Asimismo, la respuesta *¡Colina grande!* también podría haber sido evocada bajo las mismas circunstancias y no parecería sugerir la proyección.

La amplia conducta verbal generalmente denominada animismo, puede tener poco que ver con estímulos privados. Puede representar un estadio en el crecimiento de un ambiente verbal en el que las respuestas que describen ciertos aspectos de la conducta se extienden libremente tanto a los objetos animados como a los inanimados. Se dice que las olas, los árboles, las nubes y los hombres "tienen ira", cuando están en movimiento violento y tal vez desorganizado. Cuando, en un caso especial, la respuesta se evoca por la propia conducta del hablante, ciertos estímulos privados también pueden estar presentes, pero no necesitan tomar parte en otros casos de la respuesta. Si tememos a la ira de las olas o de los árboles, no es porque proyectemos nuestros sentimientos y encontremos que su ira se dirige hacia nosotros, sino porque todas las cosas que están en movimiento violento son peligrosas. A la larga, el medio verbal puede obligar a hacer una discriminación más útil, en la cual las respuestas de esta clase se restringen a ciertas características de comportamiento de los organismos más que al comportamiento de las cosas en general, pero el control probablemente nunca es exclusivo. Solamente en el caso en que una persona dice que los árboles en el viento están furiosos, porque él mismo está furioso, necesitamos apelar a otro principio, y éste no puede ser otro que la causación múltiple que discutiremos en el capítulo 9.

Respuestas verbales ante la propia conducta del hablante

La conducta generalmente estimula a la persona que la está emitiendo. Sólo debido a esto puede ejecutarse la conducta coordenada, en la cual una respuesta está parcialmente bajo el control de otra. La conducta verbal ejemplifica la coordinación que requiere autoestimulación. El hablante puede ser su propio oyente —por ejemplo, cuando las respuestas intraverbales generan "asociación libre"— y la autoestimulación automática de la conducta verbal tiene importancia central en el análisis de los procesos sintácticos, y de otra naturaleza, que toman parte en la composición y en el pensamiento (partes IV y V). Aquí nos interesan los tactos propios, en los cuales la conducta verbal está controlada

por otra conducta del hablante, ya sea pasada, presente o futura. Los estímulos pueden ser privados, o no pueden serlo.

La conducta verbal auto-descriptiva tiene interés por muchas razones. Sólo a través de la adquisición de tal conducta, el hablante adquiere la "conciencia" de lo que hace o dice, y de las causas por las que lo hace. El informe que hace una persona de su propia conducta se usa mucho en las ciencias sociales, desde la antropología cultural hasta la psicofísica, y la fiabilidad del informante o sujeto es un problema de importancia capital. También lo es la naturaleza de los datos que se obtienen. ¿Cuáles son los *hechos* reales en estas ciencias? Una encuesta de opiniones o actitudes, con un cuestionario o entrevista, puede decirnos lo que un hombre dice o tiende a hacer, pero ¿es la tendencia, o la afirmación de ésta el dato real? En psicofísica este es el problema del estatus del "informe verbal".

Respuestas a la conducta presente. La respuesta *Estoy abriendo la ventana* está bajo el control de la estimulación que se genera en parte la conducta del hablante. Éste ve la ventana, los cambios en que ocurren en ella, y una parte de sí mismo se dedica a la actividad descrita. No hay problema para explicar cómo o por qué se da esfuerzo por parte del ambiente verbal. *¿Qué estás haciendo?* es con frecuencia una pregunta práctica, y la respuesta es útil para el oyente. Las respuestas a la conducta verbal abierta (como *Estoy hablando inglés*) con frecuencia poseen consecuencias semejantes.

Aunque la comunidad reforzante utilice manipulaciones claras del comportamiento, el hablante adquiere la respuesta en relación a una gran cantidad de auto-estimulación adicional. Esta última puede asumir prácticamente completo control; por ejemplo, cuando el hablante describe su propia conducta con los ojos vendados. En ese caso el hablante y la comunidad reaccionan ante estímulos diferentes, aunque íntimamente asociados, como en el ejemplo de la persona ciega.

Tal vez las más difíciles de todas las respuestas a explicar, son aquellas que describen la conducta "subjetiva". La respuesta *rojo* es bastante fácil de establecer y de entender en presencia de un estímulo rojo. Tanto el hablante como la comunidad verbal tienen acceso al estímulo, y las contingencias pueden ser muy precisas. La mayor parte de la ciencia de la psicofísica descansa sobre esta sólida base. En la respuesta *Veo rojo*, sin embargo, la palabra *Veo* describe una actividad del hablante. La comunidad puede impartir esta respuesta cuando posee evidencia de que el individuo responde en forma discriminativa a un estímulo dado, pero los estímulos privados que asumen el futuro control de la respuesta no están necesariamente determinados por esa forma. Cuando el individuo dice *Veo rojo*, se supone que está reaccionando ante

eventos (que posiblemente sólo son accesibles a él) que son similares, o que han acompañado, a eventos que estaban presentes cuando la comunidad observó al individuo emitir una respuesta discriminativa ante estímulos rojos. Tal conducta se torna crucial cuando no existe ya un estímulo rojo externo. La explicación filosófica y psicológica tradicional ha sido que la respuesta *rojo* nunca está bajo control de un objeto rojo externo sino bajo el de un evento privado. Cuando el evento privado se genera inmediatamente por un estímulo rojo, se denomina sensación de rojo; cuando ocurre por otras razones, o "por sí mismo", se llama imagen de rojo. Las dificultades debidas a esta forma de explicación se han discutido en otra parte.[23] El estatus de los eventos privados en el acto de ver, no es un problema que se refiera exclusivamente a la conducta verbal. Sin embargo, es importante señalar dos puntos.

1. Al explicar cómo las respuestas pueden llevarse bajo el control de los estímulos privados, no hemos descubierto ningún proceso que nos permita estrechar el control hasta los estímulos que necesariamente son privados. No podemos, por ejemplo, usar las técnicas que se emplean para establecer una abstracción con el fin de basar una respuesta sobre cierto estímulo *definido por su privacía.* Como las sensaciones y las imágenes son por definición privadas, no podemos establecer un paralelo y debemos explicar el comportamiento en alguna otra forma.

2. Las contingencias que obligan a una persona a responder ante eventos privados con la clase de conducta que llamamos conocimiento (véase el capítulo 19), con frecuencia parecen ser exclusivamente verbales. Aunque los estímulos automáticamente generados entran en el control de la conducta coordinada de muchas formas, no se "ven" ni se "conocen" —o sea, la conducta que los identifica en forma de tactos, no responde a ellos— excepto por medio de contingencias establecidas por la comunidad verbal. Como hemos hecho notar, es el refuerzo social el que lleva al individuo a conocerse a sí mismo. Solamente por medio del crecimiento gradual de una comunidad verbal, el individuo se torna "consciente". Él llega a verse tan sólo como otros lo ven, o al menos sólo como otros insisten en que él se vea a sí mismo.

Respuestas a la conducta encubierta. La conducta operante tiende a ejecutarse en la forma más fácil posible. Con el fin de condicionar una conducta enérgica, es necesario reforzar los casos enérgicos en forma diferencial. Tan pronto como se retira ese refuerzo, la conducta disminuye su energía y continúa haciéndolo tanto tiempo como los refuerzos se sigan realizando. En el caso del auto-refuerzo automático, el comportamiento puede reducir

[23] *Science and Human Behavior*, capítulo 17.

su magnitud al grado que no llega ser visible por mucho tiempo por otras personas. Sólo con ayuda de instrumentos para ampliar los movimientos o los cambios concomitantes al movimiento, podemos detectar la existencia de tal conducta "encubierta" en las otras personas. Especialmente la conducta verbal tiene la probabilidad de caer por debajo del nivel descubierto, ya que puede continuar recibiendo refuerzo por ser útil al hablante en muchas formas.

Los estímulos generados por la conducta encubierta son relativamente sutiles y fácilmente se pasan por alto. Como señaló Ryle,[24] los hombres aprendieron a leer en silencio sólo durante la edad media. Antes de esa época, un texto servía para evocar la conducta verbal *descubierta*, a la cual el lector reaccionaba en cualquiera de las formas características del oyente. La lectura silenciosa posiblemente se descubrió tan tarde porque la estimulación generada es relativamente insignificante en comparación con la estimulación que proviene del acto de leer en voz alta. Qué contingencias llevaron finalmente a suprimir la conducta vocal, en forma tal que se tornara silenciosa, es algo que probablemente nunca podremos determinar. La lectura en voz alta es molesta para los demás, especialmente si ellos hacen la misma cosa, y el castigo puede haber obligado a la gente a leer en silencio. Pero esto no pudo ocurrir y continuar reforzándose sino hasta que el lector fue capaz de responder a la estimulación que surgió de la lectura encubierta y, por tanto, de lograr un refuerzo automático y continuo.

La mayor facilidad de ejecución es sólo una razón por la que la conducta se vuelve encubierta. Otra clase de consecuencia de la conducta verbal, que discutiremos en el capítulo siguiente, se denomina comúnmente castigo. Una distinción importante entre la conducta descubierta y la encubierta es que sólo la primera de éstas se castiga en muchos casos. Hay efectos automáticos de castigo que se aplican también a la conducta encubierta, pero el organismo aprende pronto a evitar el castigo mediado por otros comportándose únicamente a nivel encubierto, como en el caso que se presenta al hablar uno consigo mismo, o en los ensueños diurnos.

En cuanto la conducta encubierta siga estimulando al individuo, como debe ocurrir si se va a reforzar, puede controlar otros comportamientos. Cuando estos últimos son verbales y se presentan en forma de tactos, decimos que el hablante está "describiendo" su propia conducta encubierta. La comunidad verbal

[24] Ryle, G. *The Concept of Mind* (Londres, 1949). Sería más exacto decir que lo que se aprendió tan tarde fue que la lectura silenciosa podía ser casi tan efectiva como la lectura en voz alta. Hay referencias clásicas a la lectura silenciosa. Por ejemplo, Suetonio (*De vita caesarum*, Libro II) dice que Augusto administraba un ligero castigo dándole a la persona culpable un par de cuartillas que tenía que leer en silencio (*taciti... legerent*) en el mismo sitio.

establece muchas de estas respuestas, a menudo ante preguntas como *¿En qué piensas?* (El significado de "pensar" se discutirá nuevamente en el capítulo 19.)

Ya se ha indicado que la conducta verbal que se halla bajo el control de la conducta encubierta del hablante pudo haberse adquirido cuando la conducta fue descubierta. La conducta encubierta evoca la misma respuesta que la conducta descubierta porque es esencialmente el mismo estímulo excepto en magnitud. Alguna parte de la estimulación asociada con la respuesta encubierta puede, sin embargo, ser simplemente un acompañamiento común, más que parte de la conducta descubierta. No es el estímulo usado por la comunidad y puede no ser el estímulo que controla la descripción del hablante de su propia conducta, pero puede adquirir control de la descripción en forma de extensión *metonímica.*

Respuestas a la conducta pasada. No podemos dar una explicación creíble a la respuesta *Ayer abrí la ventana* señalando los estímulos generados por el evento real. Estos estímulos se encuentran en la historia pasada del hablante y no pueden ser el "referente" de la expresión, en el sentido de la variable de control, en un análisis funcional. No explica a tal conducta decir que el acto se describe "de memoria".

La respuesta a la conducta pasada de uno mismo es sólo un caso especial de la respuesta a los eventos pasados en general. ¿Cuál es el tiempo límite de los estímulos que controlan tactos? Muéstrele a un niño un reloj y pregúntele *¿Qué es esto?*, y la respuesta *reloj* se explica fácilmente. Muéstrele un reloj, cúbralo durante un segundo y pregúntele *¿Qué es esto?*, y podremos aplicar razonablemente la misma fórmula. Pero esto es poco realista cuando la respuesta se demora diez segundos, diez minutos, diez horas o diez días. Sin duda no lograremos la respuesta *reloj* de un niño, bajo tales circunstancias. La capacidad de responder verbalmente a "eventos pasados" es adquirida, y se adquiere bajo contingencias explícitas de refuerzo establecidas por la comunidad con tal propósito.

Los informes de los eventos del pasado de uno nunca son ni muy exactos ni completos. Mucho depende de los estímulos presentes que originan tales respuestas. Al evocar una respuesta "a un evento pasado" generalmente proporcionamos información adicional: *¿Qué te mostré ayer cuando estabas sentado allá? Yo lo tenía en la mano en esta forma.* Tales estímulos adicionales que se dan en el presente, puede decirse que identifican el evento que se está describiendo o que lo distinguen de todos los otros eventos que ocurrieron "ayer"; pero esto no describe realmente su función. Su efecto se debe en parte al proceso de instrucción que describiremos en el capítulo 14. Evocan respuestas que, jun-

to con la estimulación presente de la pregunta, pueden evocar la *respuesta Reloj*. Tales eventos constituyen una fuerza de control muy poco confiable. El hecho es que esto es una forma mucho menos efectiva de evocar la respuesta, que el uso de un reloj como estímulo presente.

A pesar de que gran cantidad de tiempo se ha dedicado a estudiar el acto de recordar en los laboratorios de psicología, no se ha intentado hacer un análisis adecuado de la forma como un niño aprende a recordar. Lo que ocurrió ayer es importante por el efecto que tiene sobre la conducta del niño en el día de hoy. Si un niño aprendió a montar en bicicleta ayer, él montaría mejor hoy. En este sentido, toda la historia pasada de un niño se representa en su conducta actual. Pero cuando el niño dice *Había un elefante en el zoológico*, parece estar reaccionando a su historia pasada, más que simplemente aprovechándose de ella. Este es un logro verbal que originó la comunidad al preguntar continuamente al niño: *¿Había elefantes en el zoológico?* La contestación debe entenderse como una respuesta a los estímulos presentes, incluyendo eventos que se hallan dentro del hablante mismo generados por la pregunta, en combinación con una historia de condicionamiento previo. El descuido de este procedimiento es más escandalizador aún, cuando recordamos que la mayor parte de los procedimientos educativos lo presuponen.

Entre los eventos que una persona es capaz de describir después de un lapso de tiempo, especialmente en respuesta a preguntas, está su propia conducta. Gran parte de esta conducta es, claro está, verbal. La persona es capaz de recordar con bastante exactitud no sólo lo que *hizo* ayer sino lo que *dijo*. Más aún, generalmente es capaz de describir la conducta encubierta anterior: *Estuve a punto de decirle lo que pensaba de él.*

Respuestas a la conducta potencial. La conducta encubierta a veces no es más que conducta débil. Podemos simplemente "pensar" que *eso es una iguana* más que "decirlo", sea porque la respuesta está mal condicionada (no estamos seguros de lo que es una iguana), porque el estímulo no es claro o no es típico (no podemos ver bien el animal entre las hojas), o porque la audiencia presente no es típica de la variedad que refuerza respuestas de esta clase (no estamos seguros de que a nuestro oyente le importe). Algunas veces la conducta encubierta se considera simplemente como conducta incompleta o rudimentaria. La respuesta no ha alcanzado todavía el punto en el cual se convierta en conducta abierta. Éste tiene mayor probabilidad de ser el caso que se relaciona con respuestas "compuestas" más largas, que se describirán en el capítulo 14. La conducta encubierta puede ser también conducta fuerte que no puede emitirse abiertamente porque faltan las circunstancias apropiadas. Cuando estamos muy inclinados a

ir a esquiar y no hay nieve, decimos *Me gustaría ir a esquiar.* No es muy convincente decir que tal respuesta no es más que una descripción de la conducta encubierta de esquiar, o una respuesta preliminar a la conducta de esquiar.

Algunas veces tal respuesta se basa en la conducta ejecutada que se asocia con esquiar: ponerse los esquíes, arreglar el arnés, etc. Algunas veces puede ser una descripción de variables de las cuales es función la conducta de esquiar del propio hablante. Queda la posibilidad de que sea una descripción de eventos privados que son concomitantes o precursores de la conducta encubierta. La respuesta puede ser equivalente a decir *Esta es la forma como yo soy antes de ir a esquiar*, o *Esta es la forma como yo soy al esquiar cuando hay nieve.* El comportamiento que aparentemente se describe o se refiere, no necesita en este caso ocurrir realmente.

Respuestas a la conducta futura. La frase *Voy a ir a esquiar mañana*, no es, claro está, literalmente una respuesta a la conducta futura. No importa cómo podamos interpretar los eventos pasados, como en los ejemplos dados más arriba, es claro que los eventos futuros no tienen un lugar en el análisis causal. Algunos casos de esta clase pueden ser clasificados como respuestas a la conducta encubierta (el hablante se observa a sí mismo participar en la conducta que se volverá descubierta si se presenta la ocasión), o como condiciones concomitantes que se describen con relación a la "conducta potencial". Otros casos pueden caer en las siguientes clases adicionales.

Respuestas a las variables que controlan la conducta. Con frecuencia, aunque no de manera inevitable, podemos describir las variables de las cuales nuestra conducta es función. La respuesta *Estoy abriendo la ventana porque hace demasiado calor en el cuarto* especifica la condición aversiva que lleva a la acción descrita de abrir la ventana. Las respuestas a las variables que controlan la conducta verbal se describen en los capítulos 12 y 13. Las descripciones aparentes de la conducta futura pueden explicarse en la misma forma si suponemos que una respuesta como *Voy a ir a esquiar mañana*, es realmente equivalente a la afirmación: *Las actuales condiciones, incluyendo el clima, mi programa y los arreglos que he hecho con mis amigos, constituyen un conjunto de circunstancias de la clase en la cual yo generalmente voy a esquiar.*

Las respuestas a las variables con frecuencia aparecen como afirmaciones de "propósito" o de "significado", como vimos antes. *Voy a buscar mis anteojos* parece incluir una respuesta ante el objeto de la conducta del hablante, pero ¿cómo puede un objeto con el cual el hablante aún no está en contacto, controlar

una respuesta verbal? Tal conducta debe considerarse como equivalente a decir: *Cuando me he comportado en esta forma en el pasado, pude encontrar mis anteojos y entonces dejé de comportarme así*, o a decir: *Han surgido circunstancias por las cuales me inclino a emitir cualquier conducta que en el pasado me hubiera llevado a encontrar mis anteojos; tal comportamiento incluye buscar, que es lo que estoy haciendo ahora.* No es ningún carácter intencional de la conducta misma lo que el individuo toque, sino las variables en control de la conducta. En forma similar, las respuestas que se dan a las variables de control con frecuencia incluyen las formas *deber* o *debería.* Algunos casos de *Debo ir*, pueden traducirse en la forma siguiente: *Bajo estas circunstancias, generalmente voy*, o: *Si yo voy, seré generosamente reforzado*, o: *Si voy me libraré de la amenaza de ser criticado por no ir.*

Respuestas al nivel de probabilidad del comportamiento. Generalmente evaluamos la probabilidad de nuestra propia conducta con las respuestas apropiadas: *Con seguridad voy, probablemente iré*, y así sucesivamente. Podemos añadir una valoración de la probabilidad de nuestras descripciones de la conducta pasada *(Ciertamente, yo abrí la ventana)*, de la conducta actual *(Estoy tratando de abrir la ventana; espero poder hacerlo, parece estar atascada)*, o de la conducta potencial futura *(Creo que voy a abrir la ventana).* Respuestas de la misma clase generalmente se añaden a las grandes unidades de comportamiento que se denominan oraciones, cuya composición examinaremos en el capítulo 14. Tales afirmaciones pueden considerarse como descripciones de las características de la conducta que está en progreso, de las variables que controlan la conducta. El caso que se presenta en la frase *Lo más probable es que vaya a esquiar*, puede considerarse como una evaluación de cualquiera de las conductas presentadas anteriormente, o de un conjunto presente de variables. En el último caso, otro observador con el mismo conocimiento podría hacer una predicción similar *(Apuesto a que vas a ir a esquiar)* sin conocer la conducta encubierta.

Este no es un análisis exhaustivo de las respuestas verbales que describen la conducta del hablante. El área está casi inexplorada —posiblemente debido a que casi todos los casos de tal conducta están controlados en parte por estímulos privados—. Algunos de los hechos más curiosos se refieren a casos en los cuales tal conducta es imposible: el individuo *no puede* describir su propia conducta, ya sea pasada, presente o futura, ni las variables de las cuales ella es función.[25] Lo que se necesita es un análisis de las técnicas por medio de las cuales la comunidad verbal

[25] Véase el capítulo 18 de *Science and Human Behavior*, y el capítulo 16 del presente libro.

establece la conducta verbal que se basa en tales eventos. Como veremos, esto tiene importancia central para producir muestras mayores de conducta verbal y especialmente para lo que se denomina pensamiento verbal. Un estudio de tales prácticas posibilitaría el desarrollo de una mejor "memoria para los eventos pasados", de mejores técnicas de observación para uso futuro, de mejores técnicas de recuerdo, y mejor manipulación de la propia conducta en el pensamiento de solución de problemas y en el pensamiento productivo. Podría también redituar ventajas terapéuticas, que el hombre común podría describir como un aumento en la conciencia o en la comprensión de uno mismo.

Hasta que no poseamos una mejor comprensión de las variables que controlan las respuestas que describen la conducta del hablante, podemos al menos aceptar el hecho de que tales respuestas se establecen en la mayor parte de las comunidades verbales, que son útiles como fuente de datos en las ciencias sociales, y en particular que pueden usarse para interpretar una parte sustancial del campo de la conducta verbal.

Condiciones especiales que afectan el control de estímulos

El refuerzo generalizado es la clave del discurso científico y de las prácticas exitosas. Conduce la conducta del hablante más estrechamente bajo el control del ambiente presente, y le permite al oyente reaccionar ante esa conducta con más éxito en vez de tener contacto directo con el ambiente. Cuando la correspondencia con una situación de estímulo es exactamente mantenida, y cuando las inferencias del oyente acerca de la situación objetiva son más confiables, llamados a la respuesta "objetiva", "válida", "verdadera" o "correcta".

Sin embargo, el control de estímulos nunca es perfecto. Probablemente la conducta verbal nunca sea por completo independiente de las condiciones de un hablante particular. Pueden ocurrir cambios en las deprivaciones que subyacen al reforzamiento generalizado. La actividad del hablante puede variar entre la excitabilidad extrema y el sueño; puede estar bajo el efecto de variables emocionales que en lo demás sean completamente irrelevantes para su conducta verbal. Además de estas condiciones momentáneas, el control de estímulos puede estar distorsionado por ciertas consecuencias especiales que proporciona un oyente particular o los oyentes en general bajo circunstancias particulares.

Por otra parte, cuando la relación de control se altera o distorsiona, llamamos a la respuesta "subjetiva", "prejuiciada", "parcial" o "ansiosa".

Aquí, en realidad, nos interesa más el efecto de tales consecuencias en la distorsión del tacto, pero la conducta ecoica, textual e intraverbal generalmente reciben refuerzos generalizados y pueden alterarse en la misma forma. Muchos de los ejemplos que se van a considerar aquí podrían, de hecho, analizarse como intraverbales.

MEDIDAS ESPECIALES DE REFORZAMIENTO GENERALIZADO

La cantidad de refuerzo que se le da a la conducta verbal de un hablante particular varía de una comunidad verbal a otra, y de una ocasión a otra. Un niño educado en una familia que refuerza generosamente, es probable que posea tal comportamiento con gran fuerza y que hable casi en cualquier ocasión. Por el contrario, un niño educado en ausencia de tales refuerzos puede ser relativamente silencioso o taciturno. Esta diferencia puede llevar a ejecutar acciones inapropiadas a un oyente que no esté familiarizado con la historia de refuerzo de un hablante particular; puede sobreestimar la importancia de una situación determinada al responder ante un hablante voluble y bien reforzado, y puede, por el contrario, subestimar su importancia a partir de la conducta "fuerte y silenciosa" de una persona taciturna. Cuando se refuerza la conducta verbal por la cantidad (compárese el peso legendario que se le da a los artículos científicos o académicos), la importancia del tema o la contribución que haga puede también estimarse en forma incorrecta. Lecky[1] presenta un caso curioso de refuerzo por cantidad.

> Se dice que un monje que había llevado una vida viciosa se salvó del infierno porque encontró que sus pecados, aunque muy numerosos, eran menos que las letras de un libro pesado y devoto que había escrito... Escapó por poco, debido a que sólo hubo una letra del libro que no correspondiera a un pecado; caso notable de las ventajas de un estilo difuso.

El reforzamiento generalizado que se le da al hablante puede variar con el tema o con la forma de la respuesta. Medidas especiales de refuerzo "le dicen al hablante de qué vale la pena hablar". En el caso extremo puede predominar la conducta verbal apropiada a un solo tema. El escritor profesional está sujeto a un fuerte refuerzo especial de esta clase. Se ha señalado con frecuencia la tendencia a reproducir un libro de éxito. En forma similar, una anécdota o chiste que ha tenido mucho éxito es posible que se vuelva a contar, tal vez en forma encubierta el hablante se la cuenta a sí mismo al ir a dormir por la noche. Nuevamente, las historias de los diversos hablantes difieren a este respecto, y el oyente debe "conocer a su hablante" si ha de tomar la acción apropiada.

El refuerzo generalizado puede usarse deliberadamente para fortalecer formas o temas particulares en la conducta verbal de un sujeto, como ocurre en el experimento de Greenspoon.[2] En una

[1] Lecky, W. E. H. *History of European Morals*, II (Londres, 1869), pág. 205.
[2] Greenspoon, J. *American Journal of Psychology*, 1955, *68*, 409-416. Véase también Mandler, G. y Kaplan, W. K. *Science*, 1956, *124*, 582-583.

situación diseñada para semejarse a una entrevista o a un experimento sobre hábitos verbales, el experimentador moldea la conducta del sujeto simplemente dándole algún ligero "signo de aprobación" contingente sobre una propiedad seleccionada del comportamiento. Por ejemplo, el experimentador sonríe o mueve afirmativamente la cabeza cada vez que se emite un nombre en plural. Aumenta entonces la frecuencia relativa de los nombres en plural. A un hablante se le puede inducir a enfatizar temas particulares usando la misma técnica, pero en este caso la aprobación puede actuar como un estímulo discriminativo más que como un refuerzo. Si un recién conocido refuerza ciertas clases de conducta verbal y no otras, el hablante pronto puede limitarse a las clases reforzadas debido a discriminaciones previas. Esta es una explicación más plausible cuando una sola sonrisa o afirmación con la cabeza tiene dicho efecto. No es una explicación si es poco probable que exista una discriminación previa, como en el caso de las formas plurales. Más aún, una sonrisa o afirmación con la cabeza puede no servir como un estímulo discriminativo para desencadenar comportamientos dentro de una cierta categoría, si el refuerzo diferencial previo de ésta no ha sido efectivo.

El tacto distorsionado

Las medidas especiales del refuerzo generalizado son más notoriamente efectivas cuando conducen a una distorsión real del control de estímulos. En un caso de poca importancia, el hablante puede simplemente "exagerar los hechos"; exagera el tamaño de un pez que ha cogido, o minimiza el peligro de ataque por parte de un enemigo. Una medida especial del refuerzo generalizado le ha llevado a mal interpretar un punto en una escala de medición.

El control de estímulos no sólo se "exagera" sino que también se "inventa". Una respuesta que ha recibido una cantidad especial de refuerzo se emite en ausencia de las circunstancias en las cuales característicamente se le refuerza. Vemos esto en la conducta de los niños: una respuesta que ha sido recibida con entusiasmo en una ocasión, se repite en otra diferente e inapropiada. En el caso de una distorsión todavía mayor, una respuesta se emite bajo circunstancias que normalmente controlan una respuesta incompatible a ella; a esta respuesta la llamamos mentira.

La distorsión que se debe al refuerzo diferencial generalizado puede rastrearse en la conducta del trovador, o en la historia del arte de ficción. El trovador comienza, digamos, relatando hechos heroicos que realmente ocurrieron. Ciertas partes de su descripción reciben aprobación especial porque interesan o adulan a sus oyentes. Un primer efecto es que tales partes sobreviven en

las historias futuras. Bajo el mismo refuerzo diferencial, comienza a estirar su informe: exagera el tamaño de la batalla y el heroísmo de los participantes (hipérbole). Finalmente, se desprende por completo del control de estímulos "describiendo" escenas que nunca ha observado, o "informando" historias que nunca ha oído.

Inclusive, como en el caso del artista creador, su conducta está ahora completamente controlada por las contingencias de refuerzo (algunas de las cuales, claro está, él mismo puede darse al ser su propio oyente).

Cuando la distorsión surge de una medida especial de refuerzo generalizado, lleva al oyente a reaccionar en forma no efectiva a la conducta del hablante, y el sistema social compuesto por el hablante y el oyente puede deteriorarse. El oyente puede impedir completamente el refuerzo o realmente castigar al hablante. El sistema es estable sólo cuando la correspondencia con los estímulos de control no tiene importancia práctica para el oyente, como en el caso de la literatura. La conducta del literato continúa reforzándose debido a que el oyente o lector, que a la larga refuerza al hablante o escritor, no reacciona en una forma práctica. Siempre que el lector distinga entre la ficción y la realidad (y el escritor generalmente se encarga de que se establezca esta distinción, por medio de instrumentos que discutiremos más adelante), no se le explota por la distorsión de la conducta verbal. La gente impresionable que les envía regalos a las figuras favoritas de las tiras cómicas son la excepción. El arte de la ficción ha surgido de ciertos cambios en las prácticas de refuerzo de las comunidades verbales. Ciertas formas estándar de comportamiento, identificadas como tales, evocan solamente conductas que no son prácticas en el lector. El autor no necesita respetar circunstancias estándar de estimulación, y su conducta puede, por tanto, modificarse libremente por los efectos especiales de refuerzo (véase el capítulo 16).

Librarse de la estimulación aversiva como forma de refuerzo generalizado, es con frecuencia algo que se usa en medida especial para producir conducta verbal que tenga propiedades determinadas.

Una confesión se obtiene frecuentemente cuando la estimulación aversiva o la estimulación aversiva condicionada en la forma de una amenaza, se impone hasta que se emite una respuesta dada. La objeción a este procedimiento (por ejemplo, en instrucción legal, o en diseños gubernamentales) es precisamente que tiende a distorsionar el control de estímulos: librarse de la estimulación aversiva generalmente es contingente sobre una respuesta, sin importar su correspondencia con "los hechos". El hablante puede exagerar una confesión, inventarla, o confesar sólo parte de una defección real con el fin de librarse.

REFORZAMIENTOS NO GENERALIZADOS

El control de estímulos del tacto puede alterarse por consecuencias que sean más importantes para el hablante que el refuerzo generalizado que generalmente se le da a su conducta. Estas consecuencias pueden clasificarse en términos del efecto que tienen sobre el oyente.

Reforzamiento especial de la conducta operante del oyente

La conducta verbal puede carecer de sentido si el oyente no hace nada más que reforzar al hablante por emitir el refuerzo. La comunidad verbal mantiene la conducta del hablante por medio del refuerzo generalizado, pero un oyente dado con frecuencia emprende acciones específicas con respecto a lo que se le dice. Si la conducta del oyente es reforzante para el hablante en su actual estado de deprivación o de estimulación aversiva, la conducta del hablante se afectará. Su relación con el estímulo de control puede o no modificarse. Consideremos por ejemplo el tacto complejo *Tengo hambre.* Éste se emite bajo el control de estímulos relevantes (que generalmente son privados). El hablante puede no recibir nada más que un refuerzo generalizado —por ejemplo, si está participando en un experimento de fisiología—. Pero la respuesta puede tener otro efecto sobre el oyente compasivo, quien entonces le ofrece comida al hablante. En cuanto la operante es subsecuentemente fuerte por haber sido reforzada con el alimento, estará controlada por las mismas variables que decir, por ejemplo, *Dame algo de comer.* Cuando una ama de casa dice *La comida está lista,* no debido al refuerzo generalizado que es característico del tacto, sino porque sus oyentes se acercarán a la mesa cuando la escuchen, la respuesta está muy cercana funcionalmente al mando *¡Vengan a comer!* Para el oyente que no tiene hambre o que no responde con el acto de ir a comer (por ejemplo cuando el hablante es un chef y el oyente es el dueño de un restaurante), decir *¡La comida está lista!* generalmente se refuerza sólo cuando corresponde a un estado de cosas particular. Es entonces un tacto "puro". Un resultado común es una mezcla de relaciones de control características tanto del tacto como del mando. Podríamos referirnos a esto como a un "tacto impuro".

La acción que el oyente emprende con respecto a la respuesta verbal es con frecuencia más importante para el hablante que el refuerzo generalizado. La conducta del hablante alerta y maduro, generalmente se relaciona íntimamente con ciertos efectos particulares. El refuerzo generalizado es más obvio y útil en el condicionamiento original de la conducta verbal. En cierta medida, la

comunidad verbal sigue dando tal refuerzo en la vida adulta del hablante, pero lo hace en la ocasión especial en la cual el hablante está más preocupado por "dejar que el oyente sepa algo"; o sea que la fuerza de su conducta está determinada principalmente por el comportamiento que el oyente presente con respecto a cierto estado de cosas. A la larga, una gran cantidad de efectos especiales sobre oyentes especiales, pueden tener el mismo resultado que un refuerzo generalizado sostenido, y el control ejercido por la situación estimulante actual puede mantenerse. Pero es más probable que el efecto especial lleve a la conducta bajo el control de variables especiales.

Una forma de conducta que tiene el efecto de "dejar que el oyente conozca", en el sentido de llevarlo a tomar una acción específica, es lo que comúnmente se denomina "anuncio". El hablante puede anunciar la presencia de un zorro en un matorral, o de la señora X en la recepción y poner en circulación la acción apropiada para cada caso. El anuncio difiere de la descripción especialmente porque la forma de acción que el oyente debe emprender ya está determinada. Un anuncio "llama la atención del oyente" a un estímulo que entonces produce su efecto. Los tactos de esta clave van algunas veces precedidos de mandos que especifican la acción que va a llevar a un estímulo dado bajo control. El anuncio de la presencia de una persona importante puede ir precedido por el mando *¡He aquí! (¡He aquí al Gran Verdugo!).* La acción adicional de parte del oyente se lleva a cabo ante el Gran Verdugo más que ante nuevas descripciones por parte del hablante. En forma similar en *Mira el globo, Huele el tocino,* o *Escucha la lluvia en el techo,* los tactos en forma de anuncio van precedidos de requerimientos que participan en la actividad sensorial necesaria que llevará al oyente a entrar en contacto con el estímulo mismo.

El término "comunicación" también sugiere que el hablante está controlado por una situación de estímulo y está especialmente reforzado por la acción que el oyente emprende con respecto a ella. El término no se aplica al mando o a la conducta ecoica, textual o intraverbal, y no es fácilmente aplicable al tacto que resulta del refuerzo generalizado. Veremos en la parte III que hay casos en los cuales tanto el hablante como el oyente están —por así decirlo— en posesión de los mismos hechos, y por tanto en estos casos no se comunica nada.

La conducta especial por parte del oyente, como una medida especial de refuerzo generalizado, puede distorsionar el control de estímulos ejercido por un punto en una escala continua. Un reloj cuyas manecillas señalan que faltan quince minutos para las dos, generalmente produce la respuesta *quince para las dos,* pero esto puede no ocurrir cuando la conducta del oyente recibe más refuerzo si el hablante emite una respuesta diferente. Si el hablan-

te está urgiendo al oyente para que se apure —por ejemplo— dirá *Son casi las dos*; esta es una respuesta que, bajo el solo refuerzo generalizado, estaría evocada por un arreglo diferente de las manecillas del reloj. Sin embargo, si el hablante está urgiendo al oyente a actuar más deliberadamente, puede responder al mismo estímulo diciendo *Es sólo un poco después de la una y media.* (Julieta distorsionó otro tipo de reloj cuando detuvo a Romeo insistiendo en que *Es el ruiseñor y no la alondra.*)

Cuando consecuencias especiales producen un rompimiento completo con el estímulo, decimos que la respuesta es inventada o "construida". Supongamos que un niño pequeño perdió una moneda de un centavo y que emite la respuesta *Perdí un centavo*, y que como resultado un oyente le da un centavo. Esta acción especial fortalece la respuesta, posiblemente hasta el punto de emitirla de nuevo cuando no ha perdido ningún centavo. Una conducta especial de parte del oyente que nunca ha tenido ninguna importancia para el hablante puede volverse importante y generar un comportamiento similar. Por ejemplo, podemos decir *¡La comida está lista!* con el fin de interrumpir una conversación que ha tomado un giro peligroso, o para jugar una broma; el muchacho de la fábula de Esopo que gritó *¡El lobo!*, presenta un ejemplo clásico. En cada uno de estos casos, la misma conducta de parte del oyente pudo haberse logrado por medio de un mando (*¡Dame un centavo!*, *¡Salgamos de aquí!*, o *¡Ven corriendo!*). El tacto distorsionado es temporalmente más efectivo porque se basa en la mayor tendencia del oyente a responder apropiadamente. La utilidad del tacto distorsionado es sólo temporal, debido a que el sistema social compuesto por el hablante y el oyente se deteriora rápidamente. La comunidad deja de darle el centavo al niño e incluso puede castigarlo por decir mentiras; la persona que dice chistes en estas circunstancias es condenada al ostracismo; y el muchacho de la fábula se encuentra indefenso cuando aparece un lobo realmente.

Las consecuencias aversivas tienen con frecuencia un efecto más inmediato que el refuerzo que se basa en estados de deprivación. Especialmente el control de estímulos de un tacto tiene probabilidades de ser distorsionado cuando la respuesta se emite al evitar o escapar de las consecuencias aversivas. Un testigo a quien se ha sobornado se comporta verbalmente con respecto a las contingencias de refuerzo que establece la persona que lo está sobornando; el estado de cosas que debería estar en control, puede tener poca relación en su comportamiento.

Refuerzo especial de la conducta emocional del oyente

Entre los efectos especiales importantes de la conducta verbal están las reacciones emocionales del oyente. El oyente que ríe está

dispuesto a actuar en formas que son positivamente reforzantes; por ejemplo, puede pagarle al hablante que está desempeñando el papel de entretenedor, o puede hacerle un favor. El vendedor cuenta historias divertidas a su posible cliente, y es reforzado por la risa que sigue a tales historias. El hablante comunica las buenas noticias con vivacidad y las repite frecuentemente debido a la disposición hacia el refuerzo que engendra en su oyente. En otras ocasiones puede ser reforzado por hacerle daño al oyente: puede comunicar o repetir malas noticias, criticar o culpar al oyente, debido al desconcierto obvio que resulta. Puede ser reforzado por describir un accidente gravísimo debido al horror que le produce al oyente, o describir un evento obsceno debido a que el oyente se ruboriza o se excita sexualmente. El sarcasmo lleva este nombre porque es mordaz. El científico puede publicar un resultado experimental un poco más rápidamente si con ello derriba la teoría de un rival. Todo esto es probable que ocurra bajo cricunstancias en las cuales puede demostrarse que el daño que se le propina al oyente es reforzante. (¿Por qué es reforzante este evento? La respuesta a esta pregunta es algo que va más allá del área de la conducta verbal en cuanto tal.)

Las respuestas emocionales del oyente no pueden, como hemos visto, explicar el refuerzo de un mando —ni los *reflejos* emocionales, como reir y llorar, ni las *disposiciones* emocionales, como aquéllas en las cuales el individuo tienden a atacar a, a huir de, a hacer daño a, o a "ser amable con" alguien, corresponden al paradigma de la figura 2—. Como hemos visto, los mandos que parecen especificar tales efectos (*¡Diviértete!, ¡Llora por Adonis!, ¡Ódiame si quieres!*) son mandos mágicos y deben explicarse en formas especiales. El método más confiable para generar una emoción es presentar un estímulo apropiado. Con el fin de hacer que alguien se ría podemos hacerle cosquillas, sorprenderlo con algo placentero, o actuar en forma divertida. El efecto posiblemente es incondicionado —o sea, que puede no depender de su historia previa—. Pero cuando hacemos que alguien ría porque le contamos una historia divertida, utilizamos estímulos condicionados según el paradigma pavloviano clásico. Si un estímulo verbal frecuentemente acompaña a un estado de cosas que es el estímulo incondicionado, o previamente condicionado de una reacción emocional, el estímulo verbal llegará a evocar esta reacción.[3] Por tanto si uno le tiene miedo a las serpientes, y si el estímulo verbal *serpiente* algunas veces ha acompañado a las serpientes reales, el estímulo verbal solo, puede evocar una reacción emocional.

La reacción emocional es generalmente un sub-producto de alguna otra función verbal. El ambiente verbal no establece la respuesta *serpiente* principalmente para evocar una reacción tal

[3] *Science and Human Behavior*, capítulo 4.

por parte del oyente. El apareamiento de estímulos que finalmente genera la respuesta, surge de contingencias relacionadas con una conducta más práctica. El hablante puede adquirir la respuesta *muerto*, bajo el control de un estado de cosas biológico que tiene una importancia práctica o teórica. La característica genérica que comparten un árbol muerto, un animal muerto y un hombre muerto, pueden definirse con bastante precisión. Pero los objetos muertos frecuentemente se asocian con estímulos que evocan poderosas respuestas emocionales, aunque no jueguen ningún papel en las contingencias establecidas por el ambiente verbal, para esa forma de respuesta.

La reacción emocional que se evoca por un estímulo puede demostrar la extensión metafórica o metonímica que señalamos en el capítulo 5. En un experimento muy bien conocido, Diven[4] registró los cambios en la resistencia de la piel de la mano producidos por la secreción refleja de sudor que a menudo es un rasgo notable de la reacción emocional. Diven utilizó una lista de palabras como estímulos verbales, y sus sujetos recibieron un choque eléctrico cuando ocurrían ciertas palabras. Si el choque seguía al estímulo verbal *establo*, la palabra terminaba por producir una respuesta emocional, y esto se extendió a otras palabras rurales.

Las respuestas emocionales condicionadas a partes de una obra literaria, con frecuencia contribuyen a lograr un efecto que es en cierta medida independiente del "significado inmediato" de la obra. Se ha afirmado que el significado de la obra es útil principalmente para mantener la conducta del lector o del oyente, en forma tal que puedan ocurrir las respuestas emocionales ante las distintas partes de la obra. En el *Gerontion* de T. S. Eliot, por ejemplo, expresiones tales como "boca seca", "puertas calientes", "casa derrumbada", "espacios tormentosos", "cerebro vacío", "estación seca", tienen un efecto general que es independiente de su orden o de cualquier arreglo sintáctico en el poema. Los adjetivos "modifican" mucho más que los nombres a los cuales siguen. Una mera lista de palabras tiene algo del mismo efecto, aunque probablemente no inducirá al lector a continuar leyendo. La posibilidad de que la poesía pueda ser efectiva en forma emocional, aunque por lo demás carezca de sentido, es algo que se ha reconocido. Así, A. E. Housman escribe:[5]

Incluso Shakespeare que tuvo tanto que decir, algunas veces derramó su poesía sin decir nada.

> Take, O take those lips away
> That so sweetly were forsworn,
> And those eyes, the break of day,

[4] Diven, K. *Journal of Psychology*, 1937, *3*, 291-308.
[5] Housman, A. E. *The Name and Nature of Poetry* (Cambridge, 1945).

Lights that do mislead the morn.
But my kisses bring again, bring again,
Seals of love, but sealed in vain, sealed in vain.*

Esto es absurdo, pero es una poesía encantadora.

Esta es la clase de significado que sobrevive a las alteraciones de los textos literarios. Lord Chesterfield preparó un ejemplo para su hijo. El pasaje

Life consider cheat a when 't'is all I
Hope the fool'd deceit men yet with favor
Repay will tomorrow trust on think and
Falser former day tomorrow's than the
Worse lies blest be shall when and we says it
Hope new some possess'd cuts off with we what.

tiene algo del gusto o carácter del original.[6] Sugiere el mismo periodo de la literatura inglesa e incluso algo del tema a pesar de las alteraciones. Términos como *Cheat, fool, deceit, falser* y *worse* tienen efecto aparte de cualquier significado del texto literario. Como dice Joseph Conrad al describir un ejemplo en su libro *Lord Jim*: "...el poder de las oraciones no tiene nada que ver con el sentido o la lógica de su construcción".

Debido en parte a la naturaleza de las reacciones emocionales y en parte a que no entran explícitamente en las contingencias de refuerzo, el oyente puede no ser capaz de identificar el estímulo o la propiedad del estímulo que genera un efecto tal. Al oir un discurso sostenido, o al leer un texto con la misma característica, pueden surgir reacciones emocionales mal definidas y luego desaparecer sin llevar a ningún comentario ni análisis. La siguiente cita, tomada de un cuaderno de notas, es un ejemplo de esto:

> Mientras trabajaba en mi escritorio noté una ligera sensación de fastidio, pero no pude detectar la causa de inmediato. Eventualmente descubrí que había escrito la palabra *Falta* en forma tal que la *F* parecía una *H* y la *a* parecía una *o*. La palabra se asemejaba al nombre propio «Hocking» que se asociaba con un libro, al cual había reaccionado muy negativamente.

* Retira, retira esos labios,
tan dulces y perjuros,
y esos ojos, que al rayar el día
son luces que hacen perderse a la mañana.
Pero mis besos devuélvemelos, devuélvemelos,
sellos de amor, pero sellados en vano, en vano.

6 When I consider life, 't'is all a cheat
Yet fool'd with hope men favor the deceit
Trust on and think tomorrow will repay.
Tomorrow's falser than the former day.
Worse lies it says, and when we shall be blest
With some new hope, cuts off what we possess'd.

—John Dryden, *Aurenzebe*

La respuesta emocional se evocó por el estímulo verbal visual a pesar de que no se dio al mismo tiempo una correspondiente respuesta textual (*Hocking*), y no podía hacerse, de hecho, antes de intentar una búsqueda especial de los estímulos.

Es el ambiente excepcional el que establece la conducta autodescriptiva en relación con tales eventos. Marcel Proust[7] fue el producto introspectivo de tal ambiente y registró detalladamente su búsqueda de los estímulos exactos que generan las reacciones emocionales y la historia previa que les da su poder. El lector de Proust es más probable, como resultado de esto, que note las respuestas pasajeras y que se esfuerce por explicarlas. Sin embargo, es común que ocurra la respuesta antes de poder identificar el estímulo apropiado, y ciertamente sin que el oyente o lector reconozca la historia previa que es responsable de ella. Las reacciones emocionales producidas por nombres propios están involucradas en el olvido de tipo "freudiano", y sirven como una consecuencia especial, a favor o en contra, del proceso de denominación cuando se le da un nombre a un nuevo objeto o persona. Al someter a prueba si nos "gusta" un nombre o no, o si es apropiado bajo tales circunstancias, posiblemente estamos probando respuestas condicionadas de esta clase. Tales respuestas se toman en cuenta al dar nombres a los productos o a los actores y actrices con el fin de alentar el respaldo o apoyo público.

Como la respuesta emocional del oyente puede ejecutarse sin apoyo externo, y como no posee consecuencias prácticas que puedan relacionarse con las circunstancias físicas del hablante, no decimos que tales reacciones del oyente sean "correctas" o "equivocadas". Veremos dentro de un momento que tales términos con frecuencia funcionan para reforzar o castigar la conducta verbal o de otra clase; pero las reacciones emocionales no pueden ser modificadas por el refuerzo operante. En cuanto el *hablante* ha sido condicionado por los efectos emocionales que ha logrado, podemos señalar una conexión funcional entre su conducta y la conducta emocional del oyente. Pero tales reacciones pueden ocurrir sin tener en cuenta las fuentes de la conducta del hablante, e incluso pueden ser generadas por producciones totalmente accidentales de estímulos verbales.

Los estímulos emocionales no sólo producen respuestas, sino que también establecen disposiciones a comportarnos que comprenden una parte más práctica del área de la emoción.[8] El resultado es un cambio en la probabilidad de que un organismo se comporte en una forma dada, y este cambio puede ir o no acompañado de respuestas glandulares y de los músculos lisos que clásicamente se consideran como la emoción. Hay casos importantes que son disposiciones a reaccionar favorable o desfavora-

[7] Proust, M., *A la recherche du temps perdu* (París, 1914-1928).
[8] *Science and Human Behavior*, capítulo 10.

blemente hacia el hablante o alguna otra persona. Los estímulos verbales pueden generar no sólo la pauta emocional refleja de la ira, sino también la ira como predisposición para atacar a alguien. Los estímulos verbales originalmente no poseen tal efecto; el efecto se adquiere de acuerdo al paradigma del condicionamiento clásico.

Se ha señalado con frecuencia que los términos concretos poseen usualmente efectos emocionales mayores que los términos abstractos. La diferencia está en que el término concreto, en el sentido de una respuesta que está bajo el control de un estímulo particular, tiene mayores probabilidades de coincidir con los estímulos emocionalmente efectivos. El término abstracto, estando controlado por una propiedad de una clase grande de eventos, no es probable que sea afectado por ningún otro evento frecuentemente correlacionado con esa propiedad. Por la misma razón, el término concreto tiene mayor probabilidad de generar "visión condicionada", o sea de evocar "imágenes".[9] El término abstracto, controlado por una propiedad común a un conjunto grande de casos, no es probable que se asocie con un estímulo apropiado a un solo acto de ver.

Las respuestas emocionales no implican un arreglo temporal preciso; tienden a ser lentas y duraderas. El efecto de un estímulo verbal al generar conducta emocional, es relativamente independiente del tiempo y pocas veces lleva a la fatiga.

Las reacciones emocionales no están siempre controladas por formas de respuesta específicamente diferenciadas. Uno puede reaccionar emocionalmente a un estímulo verbal simplemente porque posee la propiedad de ser verbal: "I hear the sound of words; their sense air/Dissolves unjointed ere it reach my ear".[10] Bajo otras circunstancias un idioma puede tener un efecto emocional porque es apropiado para una comunidad verbal determinada. Una persona en un país extraño, puede reaccionar con profunda emoción a cualquier palabra que se diga en su propia lengua. Las propiedades de la conducta verbal que surgen de la condición emocional o motivacional del hablante, también pueden hacer surgir respuestas apropiadas. La manera locuaz o seria de hablar, el estilo descuidado o preciso, el tono de voz duro o suave, pueden tener efectos en esta categoría, en forma por completo independiente de la forma de la respuesta que se emite. Los efectos pueden ser en ciertos casos incompatibles, como Tolstoi lo nota al describr un carácter que habló con "a querulous and irritated voice, that contrasted with the plattering intention of the words he uttered".[11]

[9] *Ibid.*, capítulo 17.

[10] "Oigo el sonido de las palabras; se sienten en el aire/se disuelven antes de llegar a mi oído." Milton, *Samson Agonistes*.

[11] "Una voz agresiva e irritada, que contrastaba con la intención aduladora de las palabras." Tolstoi, L. *War and Peace* (Modern Library Edition), pág. 108.

Aunque las consecuencias especiales de esta clase no necesitan alterar la exactitud del control de estímulos, es probable que lo hagan. El escritor de dramas ramplones se toma libertades con los hechos con el fin de lograr mayores respuestas emocionales. La alabanza justificada puede dar origen a la adulación, la culpa a la calumnia. Las historias divertidas se convierten en parodias, y la descripción de un accidente se vuelve más horrible cada vez que se le cuenta de nuevo. Cuando el efecto emocional sobre el oyente es la única consecuencia importante, el control de estímulos puede ser efectivamente abandonado, como ocurre en la literatura. Los efectos emocionales sobre el lector son un factor importante en la producción de poemas líricos, lo mismo que en otros tipos de poesía, drama, historias y novelas. En el desarrollo de la comunidad verbal literaria, la relevancia de la conducta práctica (operante) se reduce a un mínimo. La conducta emocional del lector o del oyente es la mayor parte de aquello que sobrevive.

La fuerza de las reacciones del oyente

El efecto de un estímulo verbal dado varía con muchas cosas. Las características físicas del estímulo —si es claro y con ciertos límites de velocidad— tienen gran importancia. Lo mismo la experiencia previa del oyente con respecto a pautas similares: escuchamos de cerca tanto a los hablantes que nos interesaron previamente, así como a ciertos tonos de voz. El propagandista pugna por un texto que se parezca a los que han sido más reforzantes. Una sola palabra que salió de una conversación a la que hasta ahora no le prestamos atención, nos puede convertir en oyentes ávidos. Por el contrario, dejamos de oir a alguien que habla en forma ininteligible, o aburrida, o sin lograr un efecto claro, en la misma forma en que dejamos de leer un libro que está mal impreso o que es aburrido. Un discurso o un capítulo demasiado largos, aunque puedan ser bastante interesantes, pueden producir fatiga, de la cual la conducta del lector se recuperará durante un periodo de "suspensión temporal".

Con respecto a un hablante particular, la conducta del oyente es también una función de lo que se llama "creencia". Podemos definirla en términos de la fuerza de la respuesta. Nuestra creencia de que hay queso en el refrigerador, es función de, o es idéntica con, nuestra tendencia a ir al refrigerador cuando queremos comer queso, si todo lo demás permanece igual. Nuestra creencia en que tenemos al frente una mesa sólida, varía con nuestra tendencia a cogerla, colocarle cosas encima, etc. Si hemos acabado de pasar cierto tiempo en la casa de espejos de un parque de diversiones, nuestra creencia en este simple hecho puede ser dudosa, en la misma forma en que nuestra creencia en el queso puede

desvanecerse rápidamente al ver el refrigerador vacío. Nuestra creencia en lo que otra persona nos dice es en forma similar una función de, o idéntica con, nuestra tendencia a actuar con base en los estímulos verbales que la persona nos está dando. Si siempre hemos tenido éxito al responder a su conducta verbal, nuestra creencia será fuerte. Si una determinada respuesta está estrictamente bajo el control de estímulos con poca o ninguna extensión metafórica y sin impureza en la relación de tacto, y si el hablante indica claramente estas condiciones (véase el capítulo 12), reaccionaremos con la máxima fuerza. En este sentido "aceptamos su palabra" implícitamente. No importa que sea especialista en el tema o que no lo sea. Creemos que el experto nos dirá *todo* acerca de él, pero el que no es experto también le creemos si se satisfacen las especificaciones anteriores, porque él simplemente dejará de hablar cuando no sepa lo que está hablando.

Varios instrumentos utilizados profesionalmente sirven para aumentar la creencia del oyente (por ejemplo, instrumentos usados por el vendedor o por el terapeuta), y pueden analizarse en estos términos. El terapeuta puede comenzar con una serie de afirmaciones que son tan obviamente ciertas que la conducta del oyente se refuerza con gran fuerza. Más tarde se obtiene una reacción fuerte a afirmaciones que en caso contrario habrían producido poca o ninguna respuesta. La hipnosis no se entiende en este momento muy bien, pero parece ser un ejemplo de "creencia" exaltada en el sentido que estamos estudiando aquí. El mundo se reduce por un tiempo a los estímulos verbales que prácticamente controlan por completo al sujeto hipnotizado. La conducta característica del oyente aparece en forma dramáticamente intensa. La reacción localizada con exactitud ante los estímulos verbales en la hipnosis, es similar a la reacción de estar absorbidos leyendo un buen libro. Macaulay afirmaba que en su última enfermedad leer un libro interesante actuaba como analgésico.

En alguna medida, las mismas condiciones de la "creencia" gobiernan un simple reflejo condicionado. Cuando el cocinero anuncia *¡La cena!*, el oyente puede responder en dos formas. Si secreta saliva o responde en cualquier otra forma con las glándulas o los músculos lisos, demuestra el condicionamiento pavloviano. Si va a la mesa y se sienta, demuestra una operante discriminada que ha sido reforzada en ocasiones anteriores de forma semejante. Su creencia en el cocinero, en el sentido de la fuerza de cualquiera de estos tipos de reacción, estará influenciada por las propiedades de la respuesta *¡La cena!* Si al cocinero se le quemó la carne o se le echó a perder el postre, y por tanto dice *¡La cena!* con voz débil y vacilante, el oyente puede ir a la mesa con menos entusiasmo y con la boca más seca.

Las reacciones del oyente pueden intensificarse por medio de ciertos instrumentos retóricos. Los estímulos verbales repetidos,

generalmente producen respuestas emocionales condicionadas más poderosas (compárese en Dickens la repetición de *El pequeño Nell estaba muerto*) y es más probable que evoquen la conducta operante. La emisión de más de una respuesta que tenga un determinado efecto actúa como una franca repetición. El mando *No hagas eso más; ya basta; déjalo*, es probable que sea más efectivo que decir simplemente *No lo hagas*, porque acumula estímulos que poseen el mismo efecto. El arreglo de varios estímulos verbales para generar sorpresa, contraste, o efectos de aumento o de disminución también es bastante común. Los estímulos verbales onomatopéyicos complementan la respuesta normal del oyente ofreciéndole estímulos no verbales fragmentarios que generan la misma respuesta. Los jeroglíficos y los pictogramas evocan la conducta del lector no sólo como estímulos verbales sino también como dibujos no verbales. Una respuesta verbal prolongada describe un objeto grande en forma más efectiva que una respuesta verbal breve. Esta correspondencia entre respuesta y cosa se lleva a su extremo en *Alicia en el país de las maravillas*, cuando el cuento del ratón se imprime en la forma de una cola de ratón. El oyente o lector con frecuencia reacciona a lo que podemos llamar el carácter de una respuesta verbal, y esto puede coincidir con el carácter del asunto; la conducta pomposa puede ser especialmente efectiva al describir eventos pomposos, la expresión desorganizada puede ser particularmente adecuada para describir un estado de cosas desorganizado. Una palabra extraña es un nombre efectivo para un ave extraña. Lo que un crítico describe como "el sonido encaja con el sentido", parece ser el intento del poeta de crear respuestas verbales que tengan algo del carácter de la cosa descrita.

Otros aspectos reforzantes de la conducta del oyente

El lenguaje de las personas en los estados de emoción extrema se altera en forma característica y puede tener un efecto especial sobre el oyente debido a esta alteración. Podemos llorar en respuesta a la frase *Llora por Adonis*, no debido a que podamos llorar cuando nos piden que lo hagamos, o debido a que los estímulos verbales acompañantes sean efectivos como tactos impuros, o debido a que las palabras se lean en un tono de voz desconsolado, sino simplemente porque observamos que una persona que en lo demás es lógica, está utilizando un tipo de respuesta que generalmente evitaría, lo cual sugiere la profundidad de su desesperación. T. S. Eliot, sugiere debilidad, cansancio, o falta de convicción, al escribir lo siguiente:

Tuya es...
La vida es...
Para ti es la...

Algo de este mismo efecto se produce accidentalmente cuando uno está leyendo en voz alta de una copia ilegible, y en donde las pausas pueden sugerir debilidad por parte del autor de la copia más que por parte del lector.

Todos estos efectos sobre el oyente o lector tienen efectos que se presentan de nuevo en el hablante o autor, y explican varias propiedades de su conducta. Muchos instrumentos retóricos, como propiedades de la conducta del escritor, deben ser explicados en términos del refuerzo diferencial que surge del efecto que tiene sobre el lector.

Escuchar o leer con frecuencia requiere conductas previas, como por ejemplo, levantar el teléfono, colocar un disco en el tocadiscos, ir a una conferencia, acercarse a alguien que está hablando en un grupo, coger una revista, o comprar un libro. Las consecuencias de refuerzo de estas conductas son generalmente verbales: compramos un libro con el fin de leerlo. Al final asistimos solamente a ciertas clases de conferencias, prestamos atención sólo a ciertas personas que hablan, y compramos sólo ciertas clases de libros, porque sólo estas conductas preliminares se refuerzan.

La función de un poema al evocar una respuesta emocional fuerte no debe confundirse con su función al reforzar al lector para tomar el poema y leerlo. La reacción emocional tiene lugar en el acto, pero la evidencia del condicionamiento se demora hasta que observamos una tendencia continua o incrementada a leer poemas similares. Reforzar al lector en esta forma puede tener importancia primordial para el escritor en activo. Construye una obra literaria no sólo para evocar ciertas respuestas en el lector, sino también para garantizar una medida de refuerzo para la lectura. Algunos temas, aunque poderosos, son "mal negocio", mientras que otros, aunque puedan tener poco valor literario, aumentan la venta de los libros. Una parte importante de la conducta verbal no puede explicarse sin tomar en consideración sus efectos al hacer que el oyente ponga atención, al hacer que el lector lea más, etc.

Las consecuencias que se diseñan para aumentar la frecuencia del comportamiento (más que para alterar su relación con las variables de control) son los reforzadores verbales comunes, tales como *¡Bien!*, *¡Malo!*, *¡Correcto!* e *¡Incorrecto!* Cuando alguien ejecuta una respuesta que deseamos preservar o fortalecer, le decimos *¡Bien!* o *¡Correcto!*, y generalmente tratamos de hacer esta respuesta tan inmediatamente contingente sobre el comportamiento como sea posible. *Sí* tiene una función similar que entienden bien las personas que a todo dicen "Sí". Un oyente demasiado solícito puede emitir una corriente continua de *Sí*, *mms*, movimientos afirmativos con la cabeza, arquear las cejas, etc. El aplauso es verbal según nuestra definición, y se utiliza

para aumentar la frecuencia de ocurrencia del comportamiento, tal como se observa en los conciertos y obras de teatro al decir *Otro, Que se repita*, etc.[12] Muchas interjecciones que han sido difíciles de clasificar gramaticalmente son respuestas reforzantes o de castigo. Cuando decimos que las interjecciones "demuestran placer o disgusto, aprobación o censura", pasamos por alto el hecho de que se hacen contingentes en la conducta de un hablante y no servirían para nada si no lo hicieran. Aunque un estadounidense contemporáneo pueda exclamar *¡Pfui!* cuando algo que ha emprendido le sale mal, esto debe considerarse como una extensión mágica de casos en los cuales la respuesta —contingente en la conducta de otra persona— tiene cierta probabilidad de modificar tal conducta en el futuro. Esto también es verdad para las exclamaciones de placer. Aunque estas respuestas comúnmente se asocian con estudios emocionales y pueden combinarse en una forma de causación múltiple con exclamaciones incondicionadas, son reforzadas finalmente porque producen cambios en la gente (posiblemente incluyendo al mismo hablante).

REFORZAMIENTO ESPECIAL DE LOS EFECTOS SOBRE EL HABLANTE MISMO

Un hecho importante acerca de la conducta verbal es que el hablante y el oyente pueden estar dentro de la misma piel. El hablante se escucha a sí mismo, y el escritor lee lo que él mismo ha escrito. Tal auto-estimulación con frecuencia evoca nueva conducta —ecoica, textual o intraverbal—, pero "hablarse a uno mismo" posee otra función. Una persona se habla a sí misma, como habla a otro oyente o a la comunidad verbal en general, por el refuerzo que recibe. No parece haber forma en la cual una persona solitaria podría generar o mantener un repertorio verbal, más que cuando la comunidad ha establecido la conducta verbal por medio de los métodos comunes y ha condicionado concurrentemente al hablante como a un oyente; entonces el hablante puede hablarse a sí mismo y continuará haciéndolo en ausencia de refuerzo adicional por parte de la comunidad. Puede haber una mezcla de tal auto-refuerzo cuando supuestamente uno habla o escribe para los demás. El hablante que está especialmente bajo la influencia de sí mismo como oyente, a veces se describe como egocéntrico o como una persona a la que "le encanta oirse hablar".

El refuerzo automático puede moldear la conducta del hablante. Cuando una persona, en cuanto oyente, adquiere respuestas

[12] Algunas veces se establece un mando explícito para aplaudir. El maestro de ceremonias que le dice a la audiencia: *Démosle un aplauso a esta encantadora dama*, sólo está repitiendo lo del actor romano: *Nunc plaudite*.

discriminativas a formas verbales, puede reforzarse a sí mismo por formas estándar y extinguir la conducta desviada. Los sonidos reforzantes en el ambiente del niño proporcionan el refuerzo automático de las formas vocales. Tales sonidos no necesitan ser verbales; el niño es reforzado automáticamente cuando imita los sonidos de los aviones, los tranvías, los automóviles, las aspiradoras eléctricas, las aves, los perros, los gatos, etc. Pero entre los sonidos que se vuelven importantes están las respuestas verbales de sus padres y de otras personas. El niño puede entonces reforzarse automáticamente por medio de la ejecución de pautas vocales que más tarde se vuelven parte de su conducta verbal. En este estadio el niño se parece a un loro, el cual es automáticamente reforzado también cuando sus producciones verbales se parecen a algo que se oye en el ambiente. Un efecto similar puede conducir a una forma especial de hablar o a formas particulares de respuesta que son características de la conducta de otros. El efecto a menudo se denomina identificación, pero no necesitamos apelar aquí a un proceso especial. El oyente generalmente encuentra ciertos hablantes que son especialmente reforzantes para él, ya sea porque lo que dicen es reforzante, o porque tales hablantes son reforzantes en otras formas. Los padres, los jefes preferidos, las personas de prestigio o los amigos íntimos, son ejemplos de esto. Como con frecuencia es reforzante oir, por una u otra razón, a la gente hablar, es automáticamente reforzante hablar *como ellos hablan* —con cierta entonación particular, determinados modismos, o cierto vocabulario preferido—. Los términos característicos del repertorio de los adultos, probablemente sean utilizados por los niños con especial frecuencia cuando los adquieren por vez primera. Esto no es conducta ecoica, porque la respuesta que se toma prestada no se emite en la relación temporal apropiada ante el estímulo verbal. El préstamo ocurre debido al auto-refuerzo automático generado por el hablante, como un resultado de su condicionamiento previo como hablante.

El comportamiento que adquiere sus propiedades formales del auto-refuerzo, puede diferenciarse de los estándares de la comunidad. El hablante y el oyente que están dentro de la misma piel, pueden conllevar la clase de cambios que se observan en un periodo mucho mayor en la historia de un ambiente verbal. Las respuestas pueden carecer de precisión, y pueden aparecer formas modificadas. Esto es evidente si comparamos la escritura manual que llevamos en un libro de notas, con la que usamos para escribir cartas. El libro de notas es más probable que tenga abreviaciones o palabras-signo idiosincrásicas, por no mencionar letras de formas extrañas. Las respuestas estándar pueden caer bajo un control de estímulos cada vez más inusitado. Las formas gramaticales desviadas pueden pasar desapercibidas. Las respuestas ambiguas no lo son para *este* oyente en particular. El hablante

que se afecta especialmente por sus propias respuestas como oyente, tiende a preocuparse por sus tópicos y términos preferidos, con alusiones literarias que implican valor de prestigio para él, con historias que el hablante mismo encuentra divertidas o interesantes, y así sucesivamente.

La conducta verbal "autista" puede compararse con la del músico que toca para sí mismo. Si las demás cosas se mantienen igual, este músico ejecuta una música que él, como oyente, encuentra reforzante. En otras palabras, "toca lo que quiere", de la misma manera en que el hablante autorreforzado "dice lo que quiere".

El jugador de dados menciona, asimismo, el punto que quiere obtener antes de que los dados se detengan; su respuesta puede ser un mando mágico, pero también es una forma de oir las buenas noticias lo más pronto posible. Los padres que son reforzados cuando sus hijos reciben alabanzas, los alaban ellos mismos. La persona nostálgica que es reforzada con descripciones de escenas antiguas, construye él mismo tales descripciones. La persona sexualmente excitada es reforzada automáticamente por medio de sus propias pláticas de sexo. El hombre vanidoso se refuerza al oir su propio nombre o al verlo escrito, y lo dice o lo escribe él mismo con frecuencia. Alardear es una forma de "oir cosas buenas acerca de uno mismo". El hombre famélico puede hablar sobre alimentos si el efecto neto es reforzante. Una frase feliz —compuesta, quizá, por vez primera— puede repetirse por su efecto inmediatamente reforzante. "... Él repetía: «y la plata es un metal incorruptible, que podemos confiar en que mantiene su valor para siempre ... un metal incorruptible», y lo hacía como si la idea le diera un profundo placer.[13]

Podemos decir que la conducta verbal tiende a ser emitida si describe una condición que es o que sería reforzante para el hablante.

La distorsión del control de estímulos por medio de tales efectos se tolera ampliamente en algunas comunidades verbales y se suprime en otras. En *A Passage to India*, E. M. Foster describe muchos casos de conducta verbal ilusoria que se aceptan dentro de la comunidad del hablante. El doctor Aziz, al conducir a su huésped inglés por algunas cuevas apenas visibles, estaba "bastante seguro de que pronto llegarían a algunas esculturas antiguas interesantes", pero lo único que quiso decir era que deseaba que hubiera algunas esculturas. En otro caso cuando se le preguntó, "¿Es usted casado?", contestó: "Sí, claro, venga a ver mi esposa" porque sintió que era más artístico decir que tenía a su esposa viva por un momento, aunque ella había muerto hacía algún tiempo.

[13] Conrad, J. *Nostromo*, pág. 300. (Versión en inglés).

EL CASTIGO DE LA CONDUCTA VERBAL

La conducta verbal puede ir seguida de la clase de consecuencia que llamamos aversiva o castigo. No la hemos considerado aún, porque el castigo no produce ni mantiene ningún tipo de operante verbal, pero debe incluirse dentro de los efectos especiales que modifican la conducta ya establecida por medio del refuerzo positivo.

El castigo no debe confundirse con el uso de la estimulación aversiva para producir evitación o escape. En ambos casos se usan las mismas clases de estímulos, pero en el castigo se hacen contingentes sobre una respuesta, en la misma relación temporal que el refuerzo positivo. El resultado es complejo, y no necesitamos describir aquí todos sus elementos.[14] El presupuesto de que una consecuencia punitiva simplemente invierte el efecto de una consecuencia reforzante, no ha resistido el análisis experimental. No hay evidencia de que el castigo finalmente reduzca una tendencia a responder. Su principal efecto es convertir la conducta, o las circunstancias bajo las cuales ésta ocurre de forma característica, en un estímulo aversivo condicionado. Cualquier conducta que reduce tal estimulación —como cualquier conducta que es incompatible con la conducta castigada o la desplaza que en cualquier otra forma, ya sea en su estadio inicial o final— se refuerza automáticamente. Por tanto, al castigar una respuesta, automáticamente proporcionamos el refuerzo para las respuestas que son incompatibles con ella. El resultado principal explica una de las propiedades más importantes de la conducta verbal, como veremos en el capítulo 15. Entretanto, podemos notar simplemente el efecto de las consecuencias punitivas sobre la fuerza de las operantes verbales relacionadas.

La conducta verbal, claro está, se castiga con frecuencia. La comunidad que hasta ese momento ha reforzado una respuesta puede variar sus costumbres. Una comunidad diferente es más probable que castigue —posiblemente con todas las manifestaciones de "xenoglotofobia"—. Algunas veces todo el repertorio del hablante se afecta, y la conducta incompatible se opone entonces al efecto del refuerzo generalizado. Sin embargo, generalmente el castigo es un efecto especial que altera sólo parte de un repertorio.

Cuando deseamos debilitar o eliminar una respuesta, podemos usar un estímulo verbal aversivo como *¡Malo!*, *¡Incorrecto!* o *¡No!* A los niños frecuentemente se les castiga por su conducta verbal dándoles una nalgada, o amenazándoles con dársela. En algunas culturas, un castigo simbólico consiste en lavarle la boca con agua y jabón. En tiempos antiguos quien comunicaba malas noticias corría el riesgo de que lo mataran. Donde no se toleran los casti-

[14] Véase *Science and Human Behavior*, capítulo 12.

gos físicos, se recurre a menudo al retiro de las condiciones asociadas con el refuerzo positivo, o a la amenaza de dicho retiro. Se retiran los privilegios y se niega la aprobación o el afecto. Ciertas formas de conducta verbal producen castigo o ridículo, mientras que otras producen críticas. Muchos eventos que efectivamente se castigan, no se arreglan específicamente para ello, y la conducta verbal puede ir seguida de consecuencias aversivas aleatorias, e incluso por los efectos generados en el hablante mismo en tanto que éste hace las veces de oyente.

Un curioso castigo social es en sí mismo verbal: uno puede castigar simplemente permaneciendo en silencio cuando la ocasión demanda hablar. El silencio embarazoso de una reunión social parece ser un subproducto de usos aversivos más específicos. La conducta verbal normalmente adquiere propiedades positivamente reforzantes. Un alegre *¡Buenos días!*, o incluso las reglas de saludo más vagas, eliminan la posibilidad de una clase completa de acciones aversivas, puede ser reforzante por ello mismo. Podemos castigar retirando tales respuestas. Lo hacemos al desairar a alguien, al rehusarnos a contestarle, o de manera más sutil simplemente *desatendiendo* la respuesta de una pregunta, o el comentario de una afirmación. A los escolares comúnmente se les castiga haciéndoles guardar "silencio". Hace poco en los periódicos ingleses se publicó que se había tomado una acción disciplinaria semejante en una unión de trabajadores. Otras formas de castigo verbal incluyen las afirmaciones confusas, enigmáticas u oscuras.

Antes de castigar directamente una respuesta verbal uno puede dar un estímulo de advertencia, en cuya presencia las respuestas verbales se castigan con frecuencia. La afirmación *Tut-tut* puede no ser una amenaza de castigo, pero a menudo indica que el castigo es inminente.

Un efecto sobre la conducta verbal, sea directa o indirecta, es una reducción en el nivel de energía. La respuesta castigada subsecuentemente sólo se musita o se da en voz baja. La respuesta puede volverse encubierta, silenciosa o ser "olvidada", en el sentido de reprimirse, como veremos más adelante. La conducta castigada puede también emitirse lentamente o en forma vacilante. No se trata de la lentitud de la conducta verbal débil que resulta, digamos, del inadecuado condicionamiento o de los estímulos que no son claros, sino de una velocidad mínima que evita la acumulación de efectos aversivos. La simple vacilación adquiere una forma más aguda en ciertas clases de tartamudeo. Los espasmos más violentos del tartamudo se deben posiblemente al castigo, y la incoordinación resulta de cambios relativos en el nivel de energía y velocidad.

Por encima de sus características de ejecución, el castigo disminuye la frecuencia relativa de una respuesta, en parte debido a

que las respuestas caen al nivel encubierto y escapan a la observación, y en parte porque predominan formas desplazadas.

Los efectos del castigo sobre la conducta verbal parecen presentar generalización. Si una respuesta se castiga, el efecto se siente sobre respuestas similares, o sobre respuestas que se presentan bajo circunstancias similares. El empleado gubernamental que debe guardar secretos de Estado o militares bajo la amenaza de severos castigos, puede notar que todo su repertorio verbal se afecta. Puede volverse "reservado" en todo lo que hace. El escritor principiante puede volverse muy improductivo si se le critica con demasiada frecuencia. Al niño que se le castiga severamente por su conducta verbal puede volverse un afásico histérico.

Además de esta debilitación general de la conducta verbal, necesitamos apelar a las consecuencias del castigo para explicar ciertas condiciones relacionadas con la fuerza. Por ejemplo, podemos tener la necesidad de mostrar que una operante es fuerte porque reduce la estimulación aversiva condicionada. La conducta castigada que no es verbal puede ser relevante. Así, la llamada "racionalización" es una respuesta verbal que describe otra conducta, posiblemente no verbal, del hablante, en forma tal que está menos sujeta al castigo.

Manipulamos las contingencias de castigo con finalidad práctica al evocar la conducta verbal. Al hacer que un criminal confiese un soborno, por ejemplo, es una consecuencia reforzante especial, diseñada para superar los efectos del castigo. Conceder inmunidad es una reducción directa de las consecuencias punitivas. Cuando no se puede conceder la inmunidad, el interrogador hábil puede trabajar primero con una respuesta que en sí misma no es muy castigable ("¿Dónde abandonó usted el arma?"), o puede sugerir que el comportamiento en cuestión está muy extendido y es perdonable, etc. La confesión religiosa y las técnicas psicoterapéuticas de descargo, algunas veces siguen pautas similares. El perdón es la reducción de un estímulo aversivo condicionado o de la amenaza, *después* de ejecutar la respuesta.

EL LECTOR

Las respuestas del oyente que establecen y mantienen la conducta del hablante en todas las relaciones de control que hemos examinado, son acompañadas por las del lector, quien a la larga modifica la conducta del escritor. Las consecuencias especiales que se analizan en este capítulo señalan varias propiedades de la conducta del lector, las cuales no poseen su contraparte importante en el oyente. El lector generalmente —aunque no de forma necesaria— comienza con la conducta textual que señalamos en el capítulo 4; sus respuestas se ejecutan bajo el control de estímu-

los visuales. Él puede entonces reaccionar ante su propia conducta textual como un oyente, aunque no es necesario que lo haga. Al leer en voz alta a los niños, uno puede no reaccionar más allá del simple estadio textual, y al leer en voz alta en una lengua con la cual apenas está familiarizado, uno puede preocuparse tanto por la pronunciación que puede descuidar todas las otras funciones del lector o autooyente. Por otra parte, pueden predominar las respuestas no textuales. La conducta textual como tal, puede no ser evidente en el lector avanzado, incluso para el lector mismo, aunque tal conducta tienda a manifestarse en forma conspicua cuando lee un texto al cual es difícil responder en otras formas. El estadio en el cual a una respuesta textual se le reacciona como estímulo verbal vocal, puede verse en los niños, o en los lectores adultos que están aprendiendo a leer material escrito en un alfabeto fonético. Tanto el niño como el lector adulto emiten respuestas vocales bajo el control del texto, y luego responden a los estímulos verbales autogenerados. La respuesta que el lector se hace como autooyente se demora algo, y es claramente una respuesta al solo estímulo auditivo.

Las respuestas no textuales del lector pueden llegar a emitirse directamente ante texto impreso, y pueden ser condicionadas en ausencia de conducta textual. Así, los niños pueden reaccionar apropiadamente ante tarjetas que digan *Corre, Siéntate, Aplaude,* y así sucesivamente, sin tener que utilizar conducta vocal. Sin embargo, normalmente las reacciones del lector son primero consecuencia de la conducta textual y luego una actividad colateral en la cual las respuestas textuales funcionan a manera de corto circuito. Reaccionamos a muchos signos, por ejemplo a SILENCIO en una biblioteca, o a BARBERÍA en la vitrina de una tienda, emprendiendo la acción apropiada sin dedicarnos necesariamente a la conducta textual. Emitiríamos esencialmente la misma reacción ante el dibujo de un hombre con un dedo en sus labios y de una espiral giratoria roja y blanca, respectivamente.

Estos ejemplos nos recuerdan el hecho de que la conducta del oyente no es necesariamente verbal. El oyente reacciona a un estímulo verbal, sea con reflejos condicionados o con conducta operante discriminada, tal como reaccionaría ante cualquier elemento del ambiente. Las respuestas emocionales condicionadas ante el estímulo visual MUERTE, se parecen a las respuestas que se emiten ante cualquier estímulo asociado con la muerte en las costumbres de una comunidad (tales como un funeral, o una lápida de una tumba), o a cualquier acompañamiento natural de la muerte (por ejemplo, la aparición de un cadáver). La conducta operante que se ejecuta con respecto al mismo estímulo, se parece a la conducta controlada por estímulos no verbales que entran en las mismas contingencias. Las propiedades relevantes de los estímulos, el proceso de inducción de estímulos, los efectos de "con-

texto", y así sucesivamente, no son esencialmente problemas verbales.

Como en la escritura en inglés hay formas alternativas de representar los sonidos del habla, es posible formar un texto que evoque: *a*) una respuesta textual que genere estímulos vocales ante los cuales el lector, en cuanto oyente, responda en una forma, y *b*) respuestas directas de una clase muy distinta. Si el siguiente fragmento de un "poema" se lee en voz alta y con una rapidez y un nivel de energía estables, ofrecerá un estímulo verbal bastante efectivo para la mayor parte de los oyentes. Tendrá el mismo efecto sobre el lector si él no responde directamente al texto con otras respuestas de corto circuito. Las respuestas que compiten con ellas hacen casi imposible que el lector se oiga a sí mismo y que pueda reaccionar apropiadamente. (En el fragmento siguiente, la pronunciación de varias consonantes es incorrecta, pero el punto queda suficientemente claro si la persona que lee el poema en voz alta tiene menor probabilidad de entenderlo que otro oyente.)

Thus it ease lep't bean ethers know we man till.
Coal dance eye lent was thick wrist ill lair,
Why lone least are lie tanned a sing gull ant earn
Broke thug loom. A long thud rear erode
Ash abbey fig your maid it sigh lent weigh,
Sea king sum shell turn ear. Atlas teas topped
Tune ah cup honest rangers dark end o'er.
Up stare sub right league low wing lamb pup eared.
A mow meant air reap awe such ear eek all,
A doe run bard, thick lass puff rend leach ear...

Una traducción adecuada para el individuo que, de forma incurable, emite respuestas del tipo de cortocircuito, es la siguiente:

The city slept beneath her snowy mantle.
Cold and silent was the crystal air,
While only star light and a single lantern
Broke the gloom. Along the dreary road
a Shabby figure made its silent way
Seeking some shelter near. At last he stopped
To knock upon a stranger's darkened door.
Upstairs a brightly glowing lamp appeared.
A momentary pause, a cheery call,
A door unbarred, the clasp of friendly cheer...*

* Como el primer fragmento se compone de palabras aisladas que no forman frase u oración completa alguna, el lector tiene pocas probabilidades de entenderlo; no sucede así con el oyente, pues éste "compone" y entiende lo que el lector dice en función de su *pronunciación*: Dejó, al escuchar la pronunciación de "Thus it ease lep't bean ethers know we man till". (Así ello tranquilidad brincó frijol éteres saber nosotros hombre cajón), el oyente entendió: "The city slept beneath her snowy mantle". (La ciudad durmió bajo su manto nevado.)

La audiencia

La conducta verbal generalmente ocurre sólo en presencia de un oyente. Cuando el hablante se habla a sí mismo, claro está, un oyente casi siempre está presente. Pero cuando éste no es el caso, puede demostrarse una relación bastante simple: mientras que un oyente esté presente, la conducta verbal será observada, siempre que las otras condiciones sean favorables. Si el oyente se va, o desaparece en cualquier otra forma, la conducta cesa. Dejamos de hablar cuando descubrimos que la comunicación se ha interrumpido en el teléfono, o cuando un ruido muy fuerte interfiere con la comunicación. Si el oyente regresa, se reinicia la conducta verbal. Cuando surge una situación que genera conducta verbal fuerte, el hablante generalmente permanece en silencio hasta que aparece un oyente. Las excepciones a esta regla, que ya hemos visto en el caso del mando extenso, siguen el principio de la generalización del estímulo. Bajo condiciones de gran fuerza, la conducta verbal puede ser emitida en ausencia de un oyente.

El oyente, como parte esencial de la situación en la cual se observa la conducta verbal, es de nuevo un estímulo discriminativo. El oyente es parte de la ocasión en la que se refuerza la conducta verbal, y por tanto se vuelve parte de la ocasión que controla la fuerza de la conducta. Esta función debe distinguirse de la acción del oyente al reforzar la conducta. En cuanto el oyente estimula al hablante antes de la emisión de la conducta verbal, podemos referirnos a él como la audiencia. Por tanto, una audiencia es un estímulo discriminativo en cuya presencia la conducta verbal se refuerza de manera característica y, por tanto, es característicamente fuerte. Los estímulos discriminativos se vuelven a su vez reforzantes, y esto se confirma por el efecto reforzante de la aparición de una audiencia. La mayor parte de los repertorios contienen mandos que especifican la aparición

o la atención de una audiencia, por ejemplo en la expresión vulgar *¡Oye!*, *¡Escucha!*, en la autoritaria *¡Atención!*, o en vocativos tales como *¡Amigos míos!*

En contraste con los estímulos discriminativos que controlan los tactos y las operantes ecoicas, textuales e intraverbales, una audiencia es generalmente una condición para el refuerzo de un amplio grupo de respuestas y, por tanto, llega a afectar la fuerza de dicho grupo de respuestas. Diferentes audiencias controlan diferentes subdivisiones del repertorio del hablante. (Este control se ejerce siempre de común acuerdo con los estímulos que determinan formas más específicas de respuesta. La causación múltiple de la conducta verbal se discutirá en el capítulo 9.)

Las audiencias que controlan las subdivisiones mayores de un repertorio verbal son las comunidades que establecen las contingencias de refuerzo de los llamados "idiomas" —el inglés, el francés, el chino, etc.—. En una comunidad verbal china, sólo son efectivas ciertas formas de respuesta; en cuanto audiencia, cualquier miembro o grupo de miembros de la comunidad presentan la ocasión para la emisión de formas que generalmente se denominan "chino". En el hablante bilingüe, la parte en chino de su repertorio será más fuerte en tal ocasión que en presencia de una comunidad apropiada para la otra parte, digamos el inglés.

Dentro de una misma comunidad lingüística hay muchas jergas, dialectos, dichos y vocabularios técnicos, que están controlados por audiencias especiales. Cuando éstos tratan temas especiales, no necesitan representar control por medio de una audiencia. Así, muchos objetos que se encuentran en una lancha generalmente no se encuentran en ninguna otra parte. La jerga del marino es, en este caso, una subdivisión de un repertorio aislado sólo porque la ocasión en la cual ocurre es aislada. Pero cuando un ingeniero habla acerca de la baja tensión de una agujeta usada, está hablando un lenguaje que es apropiado para una audiencia especial, más que para una situación especial. En algunos idiomas (por ejemplo, el japonés), ciertas formas de respuesta son diferencialmente reforzadas por oyentes que pertenecen a diferentes clases sociales, o por oyentes que están en diferentes relaciones con el hablante. Por tanto, cada clase o relación define una audiencia especial que controla tales formas. El "pequeño lenguaje" con el que hablamos a los niños, o con el que ellos nos hablan a nosotros, es un repertorio que se encuentra bajo el control de una audiencia especial. Tal repertorio se refuerza en la infancia temprana por oyentes indulgentes, pero puede sobrevivir entre amigos en la edad adulta, como en el caso del libro *Journal to Stella* de Jonathan Swift, con sus *oo*, *zis* e *im*, o con su *quelido blibón* por *querido bribón*. Hay subdivisiones especiales de la comunidad que también refuerzan en forma diferencial

los vocabularios académicos, pedantes, literarios, arcaicos, polisilábicos y corteses, y por tanto, constituyen audiencias en cuya presencia estas formas son especialmente fuertes. No debemos olvidar completamente a los animales como audiencia. Le mandamos a un gato que desaparezca diciéndole *¡Fsht!*, y a una mosca o a un pollo diciéndole *¡Shca!*, aunque compartimos nuestro propio lenguaje con los perros (*¡Vete de aquí!* o *¡Vete a la casa!*).

Al analizar los efectos de una audiencia para determinar la subdivisión particular de un repertorio verbal, suponemos que al menos dos respuestas alternativas son posibles en una situación dada, aparte de la variable relacionada con la audiencia. La audiencia selecciona un conjunto de respuestas en preferencia a otro. Cuando sólo hay un conjunto de respuestas no necesitamos apelar a la audiencia, excepto como determinante absoluto de la conducta verbal o del silencio.

La audiencia que determina un conjunto particular de respuestas en oposición a otro conjunto posible en el mismo repertorio, presenta un importante problema de teoría semántica. El carácter francés de una palabra francesa no parece *referirse* a ninguna propiedad de lo que se está hablando. La relación funcional que existe entre una respuesta y una audiencia no encaja en los esquemas comunes de referencia, y con frecuencia se omite del análisis semántico. La variable audiencia siempre actúa de común acuerdo cuando menos con otra variable que determina más específicamente la forma de la respuesta. En el comportamiento de alguien que habla inglés y alemán, un cierto objeto más una audiencia de habla inglesa evoca la respuesta *bread* (pan), mientras que el mismo objeto más una audiencia de habla alemana evoca la respuesta *Brot* (pan). Otro objeto evoca las respuestas *water* (agua) y *Wasser* (agua). Para la mayor parte de los fines semánticos, la diferencia entre *bread* y *water* es mayor que la diferencia entre *bread* y *Brot*. Por tanto, la noción de referencia se aplica sólo a la relación que distingue *bread* y *water*. La diferencia, sin embargo, está simplemente en que la variable que controla *bread* más que *water*, o *Brot* más que *Wasser*, es específica de estas respuestas, mientras que la variable que controla *bread* más que *Brot*, controla un grupo grande de respuestas. No obstante, la clase de control es la misma.

La variable audiencia es importante para interpretar la noción tradicional de "proposición". Si definimos una proposición como "algo que puede decirse en cualquier idioma", en lugar de tratar de identificar ese "algo", podemos preguntar por qué existen lenguajes diferentes. La respuesta es que diferentes contingencias de refuerzo que involucran un solo estado de cosas son mantenidas por diferentes comunidades verbales. Una proposición no es "libre de ser expresada en una forma cualquiera entre muchas", y la forma está determinada por otras variables, entre las cuales

está la audiencia. Si hubiera sólo una comunidad verbal estándar y consistente, una proposición podría ser identificada —aunque quizá no adecuadamente —con "la respuesta que la expresa". Cuando hay muchas comunidades diferentes y tantas audiencias diferentes, el "algo" común a todas las "expresiones" alternativas resultantes no puede identificarse con una forma verbal. El único factor común está entre las variables de control. El razonamiento de que una idea debe existir en alguna forma no verbal, debido a que puede expresarse en muchas formas diferentes —sea en un solo idioma o en idiomas diferentes— puede contestarse de la misma manera. No existe un sinónimo verdadero en el sentido de una elección de formas diferentes. Cuando todos los elementos de la cosa que se describe se han tomado en cuenta y cuando se ha especificado la audiencia, se determina la forma de la respuesta.

Una tercera función de una audiencia es seleccionar el tema. Los oyentes difieren en el grado en que refuerzan diferentes tipos de operantes verbales y, especialmente, diferentes clases de respuestas y tactos intraverbales. Dado un hablante aislado con una historia y una situación actual específica, la audiencia determinará no sólo si se presenta la conducta verbal, o la subdivisión del lenguaje en la cual se presentará, sino también qué tipos de respuesta se emiten y "acerca de qué se habla". Algunas audiencias son apropiadas para la conducta que posee la forma de mandos, otras claramente no lo son. Unas refuerzan ciertas clases de respuestas intraverbales y de tactos, no debido a que la forma de respuesta sea particular de un idioma determinado, sino por aquello que podemos llamar, de un modo general, conexiones temáticas. El oyente está interesado en ciertos temas y no en otros. Más aún, al tratar algún tema determinado, los oyentes difieren en el grado en que toleran y continúan reforzando distorsiones en la situación de estímulo, que resultan de la extensión metafórica o de las contingencias especiales de refuerzo que se discutieron en el capítulo anterior. Algunas audiencias presentan la ocasión para que aparezca un habla "imaginativa" y altamente metafórica, diseñada para lograr efectos emocionales más que para guiar la conducta práctica del oyente. El escritor creativo está bajo el control de este tipo de audiencia (capítulo 16).

Las dimensiones físicas de una audiencia

Los estímulos verbales que controlan la conducta ecoica, textual e intraverbal se identifican generalmente con facilidad. Muchas de las propiedades de los objetos que sirven como estímulos en los tactos poseen también dimensiones físicas sustanciales, aunque, como hemos visto, las propiedades que controlan las extensiones metafóricas y las abstracciones pueden ser bastante

sutiles. Aún así, buscamos alguna propiedad definitiva que se correlacione con el control de la respuesta en un hablante dado. La audiencia presenta un problema de dimensiones más difícil. Por medio de la inducción de estímulos, una gran cantidad de "audiencias" pueden ser efectivas. Les hablamos a los extraños, a las personas dormidas o muertas, tal vez a los maniquís que se ven en un recinto con poca luz, a los animales, especialmente si se parecen a las personas, y así sucesivamente. Pero la tendencia a hacerlo generalmente es débil.

Es difícil identificar una audiencia efectiva. La presencia o ausencia de una persona no es suficiente. ¿Puede él oir lo que está usted diciendo?, ¿puede entender su idioma?, ¿está prestando atención?, ¿es la persona apropiada para un repertorio específico? Tales preguntas con frecuencia no pueden responderse señalando las propiedades físicas de la audiencia. El control que un individuo dado ejerce sobre el hablante es producto de una historia posiblemente larga, en la cual se estableció su *carácter de audiencia.* Esto no significa que todo nuevo conocido se convierta en audiencia sólo a través de un largo proceso, porque la audiencia, como un estímulo discriminativo, presenta el principio de inducción de estímulos. El repertorio con el cual es más probable que nos dirijamos a una persona recién conocida, depende de su parecido con las personas que han reforzado nuestra conducta verbal en el pasado. Esto ocurre siempre, excepto bajo condiciones de extrema fuerza, pues una audiencia inapropiada no es probable que evoque una respuesta. La precisión del control de la audiencia ejercido por el recién conocido, continúa aumentando mientras se emite y refuerza la conducta verbal; aunque algunas veces el crecimiento se da en otra dirección. Puede llegar a molestarnos encontrar que alguien que se parece mucho a un oyente con el cual estamos familiarizados no se asemeja a él en sus costumbres de refuerzo. Sin embargo, en su carácter de audiencia puede continuar controlando la conducta apropiada para el oyente con el cual estamos familiarizados por largo tiempo. El efecto de la variable audiencia débil es evidente al hablar por teléfono, se necesita estimulación frecuente de parte del oyente para mantener en fuerza la conducta verbal. *¿Estás ahí?*, es un mando para tal estimulación.

El carácter de audiencia a veces está marcado por uniformes especiales o por otros signos. Así, en una convención los miembros del comité local pueden usar un distintivo especial, que puede servir para indicar que tal persona es un auditor a quien se le pueden hacer las preguntas relacionadas con arreglos locales. Los empleados en una tienda que llevan un traje especial pueden también servir satisfactoriamente como audiencia para los clientes. En una tienda en la cual los empleados se visten igual que los clientes (digamos una en la que los clientes entran a la tien-

da sin abrigos ni sombreros), el cliente puede preguntar por la mercancía con gran inquietud debido a la incertidumbre acerca de la variable audiencia. Al héroe del libro *Le rouge et le noir*, de Stendhal, Julien Sorel, lo empleó un hombre de estatus social más alto, que sin embargo algunas veces lo aceptaba como su igual. Para reducir la confusión que surgía de la ambigüedad de Sorel como audiencia, el empleador le dió ropa apropiada para su posición social superior. En las ocasiones en las que a Julien se le hablaba de igual a igual, usaba esta ropa. Cuando se vestía con otro tipo de traje, recibía un tratamiento de empleado.

La debilidad de la representación física de una audiencia presenta un problema práctico y un problema teórico. Este tipo de variable es notoriamente deficiente. No nos sentimos tranquilos en presencia de alguien que acabamos de conocer, especialmente si no se parece a las personas con quienes estamos familiarizados, porque no ha reforzado aún nuestra conducta verbal y no tenemos un comportamiento con suficiente fuerza. Incluso cuando estamos hablándole a una audiencia bien definida, es fácil mezclar los repertorios, utilizar palabras extranjeras cuando bastarían las palabras del idioma propio, introducir términos técnicos en una descripción ordinaria, mezclar dialectos o términos apropiados para grupos diferentes, etc.

La audiencia distante. El refuerzo de escribir cartas (o de dictar un mensaje grabado para enviar a otra persona) es, como hemos visto, bastante tardado y por tanto tiene posibilidad de ser débil. Estamos menos inclinados a escribirle a un amigo que a hablarle si aparece de repente. Cualquier estímulo asociado con un refuerzo demorado puede ser débil sólo por esta razón, pero en el caso de la escritura de cartas no hay estímulos fuertes actualmente que sirvan en lugar de la presencia del individuo mismo. ¿Qué controla los repertorios y los temas de una carta? No nos ayuda apelar a "imágenes mentales" de la persona a quien le estamos escribiendo, porque tendríamos el mismo problema para explicar la causa de tales imágenes. "Ver a una persona" es una actividad semejante a hablarle. Ambas actividades pueden ejecutarse en su ausencia, especialmente en condiciones de fuerza excepcional.[1] No tenemos razón para afirmar que la una es la causa de la otra. No le hablamos a una persona porque la veamos ni tampoco la vemos porque le hablamos. Cuando tal persona no está presente, el evento o la circunstancia que "la trae a la mente" puede también fortalecer la conducta verbal que esté bajo su control como una audiencia. Un momento favorito de una pieza musical, un episodio que podría interesarle, o una carta suya, nos puede "recordar a esa persona". Podemos lograr algo comparable a su presencia física enviándole un saludo al comienzo de la

[1] *Science and Human Behavior*, capítulo 17.

carta. Los autores de cartas generalmente recurren a fotografías o a recuerdos que colocan en posición visible ante ellos en el momento de escribir. Una vez que se ha comenzado la carta, se crea un sustituto para una variable audiencia más específica, como veremos en un momento.

LA AUDIENCIA NEGATIVA

En ausencia de una audiencia la probabilidad de que se emita conducta verbal es baja. Pero también puede serlo en presencia de un tipo de oyente que puede considerarse como una "ocasión para no responder". Este es el oyente que, al menos bajo ciertas circunstancias, no refuerza la conducta verbal en la forma acostumbrada. Una audiencia ordinaria bajo circunstancias muy ruidosas o de distracción es un ejemplo de esto; el hablante cuyas afirmaciones han generado risa ruidosa o protesta violenta, espera hasta que haya silencio antes de continuar. Un murciélago que pase volando por un cuarto lleno de gente puede destruir el carácter de audiencia de las personas que estaban atentas. Una persona que encontramos por vez primera pero que resulta ser sorda o no estar familiarizada con el idioma del hablante, o que simplemente no responde a la conducta verbal que en ese momento es muy fuerte, pierde pronto el carácter de audiencia que puede haber tomado prestado de personas parecidas por medio de la inducción de estímulos.

Sin embargo, podemos distinguir entre el oyente que simplemente no refuerza la conducta verbal y el oyente que en realidad la castiga. Una audiencia en cuya presencia la conducta verbal se castiga puede llamarse una "audiencia negativa". Los reyes, los grandes oficiales de gobierno, los poderosos ejecutivos de negocios y otras personas, pueden convertirse en audiencias negativas en este sentido. En su presencia un hablante contesta preguntas y habla solamente si se le dirige la palabra. Los padres y otros adultos a veces constituyen una de tales audiencias para los niños que deben ser "vistos y no oídos". Los actores en el escenario también son ejemplos de esto. Es verdad que los niños pueden tomar parte en un espectáculo de marionetas hablando a los personajes, advirtiéndolos, aconsejándolos, etc., pero los adultos que forman parte de la audiencia se cuidan de una participación similar por medio de castigos bien conocidos, tales como el ridículo o el mando *¡Sh!* El ingenuo Sir Roger de Coverley, que sólo rara vez asistía al teatro, siguió siendo un niño en este sentido. Sin embargo, el que todas las audiencias poseen algo de tal conducta se nota en los casos en los cuales, bajo presión extrema, se le dan advertencias o consejos a un personaje que está en el escenario. En una obra de misterio, en la cual una figura

simpática quitó precipitadamente las huellas digitales que pudo haber dejado en la escena, pero que no notó un par de tijeras que había manejado, desencadenó una serie de silbidos por parte de la audiencia, y en cada representación la palabra *tijeras* fue musitada por mucha gente.

Algunas audiencias negativas controlan sólo parte del repertorio del hablante. Una comunidad que exclusivamente habla francés puede no sólo dejar de reforzar el repertorio inglés del visitante bilingüe, sino que puede en realidad castigarlo. El niño acaba por aprender que el "pequeño lenguaje" de su casa no sólo es ineficaz en el mundo exterior sino que se castiga con el ridículo. El mundo exterior se convierte entonces en una audiencia negativa efectiva para su "pequeño lenguaje". El caló, los dialectos, las jergas y los dichos poéticos generalmente tienen tanto audiencias negativas como audiencias positivas. Hay también audiencias negativas para ciertos temas. La conducta verbal que se refiere al oyente o a las personas importantes para él puede ser recibida aversivamente. Aprendemos a no mencionar ciertos tópicos o ciertos eventos. Con algunos oyentes evitamos algunos mandos o, en lugar de ellos, usamos mandos velados. El castigo con frecuencia también es contingente sobre la extensión del control de estímulos. Un oyente determinado puede constituir una audiencia negativa para los tactos metafóricos, las exageraciones, o las mentiras.

Entre los efectos del castigo excesivo o inconsistente están muchos síntomas neuróticos, incluyendo la "represión" de algunas áreas de la conducta verbal. Con frecuencia es necesario para el psicoterapeuta establecerse como audiencia no punitiva. La conducta del paciente a quien se le permite ir sin castigo es casi exclusivamente verbal. Si tiene lugar el cambio de control de la audiencia requerido, el paciente puede emitir la conducta previamente castigada, incluyendo conducta que podría parecer haber olvidado (véase el capítulo 16).

EL HABLANTE COMO SU PROPIA AUDIENCIA

Las personas frecuentemente hablan consigo mismas. Esto puede observarse cuando la conducta verbal es descubierta —ya sea porque no ha sido todavía "reprimida" al nivel encubierto (véanse los capítulos 15 y 19), o porque ha vuelto al nivel descubierto en condiciones de retroalimentación limitada (capítulo 16)—. En tales casos, y probablemente cuando le hablamos a los otros, el hablante reacciona como oyente a su propia conducta. En cuanto se refuerza a sí mismo automáticamente, debe considerarse como una audiencia que afecta la fuerza de las partes relevantes de su conducta. A primera vista, parece que no tene-

mos la capacidad para demostrar el efecto de una audiencia tal en la forma acostumbrada; esto es, removiéndola o presentándola mientras observamos las diferencias de cantidad en la conducta verbal, en el repertorio exhibido, en los temas especiales seleccionados, y así sucesivamente. Sin embargo, al hablante se le despoja efectivamente de su carácter de auditor bajo ciertas condiciones de habla o escritura "automática" (capítulo 16), y entonces se presentan respuestas para las cuales el hablante mismo constituye una audiencia negativa. El hablante adquiere esta función cuando, como resultado de condicionamiento especial por parte de la comunidad, su propia conducta se ha vuelto aversiva. Cuando el castigo automático resultante lleva a la "represión", el individuo actúa como si no estuviera oyendo su propio lenguaje o no estuviera leyendo su propia escritura. Podemos alentar la supresión de la auto-audiencia previniendo o reduciendo la retroalimentación normal de la conducta verbal.

Otras auto-audiencias se han descrito en el lenguaje tradicional como los "yo" o las "personalidades".[2] El individuo habla consigo mismo en el sentido de que un sistema de respuestas en su conducta actúa sobre otro. Su conducta verbal depende de cuál de los "yo oyentes" es el dominante. El soliloquio dramático a menudo sugiere una discusión entre varios hablantes, más que una cadena intraverbal en un único repertorio.

La conducta verbal que está fundamentalmente controlada por el yo en cuanto audiencia, puede presentar cambios progresivos. El que escribe un diario íntimo se afecta por el refuerzo automático continuo, y el control de audiencia que ejerce sobre sí mismo se puede agudizar. La probabilidad de escribir puede aumentar y pueden surgir repertorios o temas especiales. Sin embargo, la medida en la cual un hablante constituye su propia audiencia puede no tener ningún mérito, incluso cuando tal audiencia no cambie. La importancia relativa de esta audiencia especial puede observarse cuando, al hablar con los demás, el hablante es relativamente insensible a las condiciones de la audiencia externa; por ejemplo, cuando habla bajo condiciones en las que no se le puede oir, o que se le oye sólo con dificultad, o cuando sigue hablando aunque la audiencia externa haya variado o esté claramente dedicada a otros asuntos. El auto-hablante será relativamente insensible al lenguaje, o sublenguajes, que es más efectivo en la otra audiencia: o sea, se referirá a personas, lugares y eventos con los cuales sólo él está familiarizado, usará pronombres que no tienen antecedentes, y puede omitir pasos en una argumentación que para él son obvios. No hablará necesariamente claro, y puede repetir con frecuencia. Se dirigirá a sus propias cosas, hablará con nostalgia de su historia personal, e insistirá

[2] *Science and Human Behavior*, capítulo 18.

en hablar de sus temas favoritos usando expresiones cariñosas. En todo esto observamos una ausencia de sensibilidad a las audiencias externas, positivas o negativas, y podemos concluir que el individuo está básicamente hablándose a sí mismo.

OTRAS VARIABLES QUE TIENEN EFECTO DE AUDIENCIA

Las clases de control ejercido por la audiencia se siguen de nuestra simple contingencia triple de refuerzo. Cualquier condición de estímulo bajo la cual se refuerce la conducta verbal acabará por adquirir cierto control sobre su fuerza. El oyente, que está necesariamente involucrado en el reforzamiento (incluso cuando el oyente es el hablante mismo), considerado en sus funciones de audiencia se convierte en una variable que altera la fuerza, ya sea de toda la conducta verbal del hablante en forma simultánea, de los repertorios especiales definidos por la forma de la respuesta, o por lo que corresponde a los "temas" entre las variables de control.

Otros estímulos pueden ocupar la misma posición en el paradigma triple. Ellos pueden diferir de la audiencia al no estar íntimamente involucrados en el reforzamiento, pero el proceso de discriminación no depende de ninguna conexión "real" o "funcional". Si la conducta verbal se refuerza de manera característica en un lugar determinado —por ejemplo— el lugar mismo puede adquirir el control. Podemos observar un cambio inmediato en el nivel de nuestra conducta verbal al entrar a un comedor, a un cuarto de un club, o a otro sitio en el cual la gente generalmente habla. Hay sitios —por ejemplo, las iglesias y las bibliotecas— que funcionan como audiencias negativas. En tales sitios podemos notar el bajo nivel de conducta verbal, aun cuando pueda surgir una circunstancia que en otro sitio podría generar una salida considerable de respuestas verbales. Los sitios poco comunes pueden no compartir ninguno de estos caracteres de audiencia por medio de la inducción de estímulos y podemos informar que bajo tales circunstancias nos quedamos sin emitir palabra. Los sitios pueden desarrollar control especial para las subdivisones de un repertorio que llamamos lenguajes. El "pequeño lenguaje" puede estar controlado tanto por la casa como por las personas que habitan en ella. El hablante bilingüe que habla un idioma en su trabajo y otro en su casa puede hablarse a sí mismo en el lenguaje apropiado a cada uno de esos lugares. En la misma forma, un sitio puede controlar específicamente la conducta verbal apropiada a un determinado tema. El científico tiene mayor probabilidad de hablar de su trabajo en su laboratorio que en otros sitios.

El efecto de audiencia de un mismo sitio ha sido explotado por los escritores profesionales, quienes generalmente sufren la desventaja de poseer una audiencia diferida y mal definida. Anthony Trollope recomendaba y seguía[3] escrupulosamente la costumbre de escribir a diario en el mismo sitio y a la misma hora del día. Bajo tales circunstancias uno puede empezar a escribir más rápidamente, con mayor facilidad, usar un lenguaje característico, y tratar más eficientemente un cierto tema, que cuando se dedica a las mismas actividades de lugar en lugar. Algunos escritores han preferido escribir en cama, otros frente al fuego. De Buffon se ha dicho que sólo podía escribir bien cuando estaba elegantemente vestido y rodeado de sirvientes en su casa de verano. El escritor de cartas puede encontrar un sustituto adecuado para la presencia de la persona a la cual le escribe si siempre escribe en el mismo sitio, con los mismos materiales, a la misma hora del día, y preferentemente todos los días, porque las circunstancias ligan la conducta apropiada a un corresponsal determinado.

La conducta verbal misma se convierte en una de tales variables. Como las respuestas rara vez ocurren solas, las primeras partes de un segmento de la conducta generan estímulos en el momento de emitir las últimas partes. Cuando se establece específicamente el control de estímulos, como ocurre al enseñarle a un niño a recitar un verso, la contingencia de refuerzo es explícita y se controla una sola respuesta. La respuesta intraverbal estricta no es un ejemplo de relación de audiencia, y las tendencias intraverbales generales que se encuentran en la prueba de asociación de palabras, y que se supone que se deben a su uso contiguo, pueden considerarse también como el promedio de muchas relaciones en conflicto. Sin embargo, algunas características de un lenguaje pueden, como resultado del habla sostenida, adquirir control de audiencia. Del hecho obvio de que tenemos la tendencia a hablar en un idioma durante periodos prolongados de tiempo, se sigue que las respuestas en nuestro propio idioma se inclinan a ser reforzadas en presencia de la estimulación proporcionada por otras respuestas en este mismo idioma, mientras que las respuestas en otro (digamos francés) tienden a ser reforzadas en presencia de la estimulación proporcionada por otras respuestas del francés. Cuando hablamos en francés tenemos tendencia a continuar haciéndolo. El hablante bilingüe hábil, al tomar prestada una expresión más apropiada de un segundo idioma, puede continuar hablando en ese segundo idioma.

El control ejercido por el lenguaje es especialmente claro cuando una audiencia cambia de repente, digamos, de inglés a francés. Excepto para un bilingüe muy competente, un mero

[3] Trollope, A., *Autobiography*. Su precepto: *nulla dies sine linea*.

cambio en el oyente, que puede estar presente, no trae un cambio completo en las probabilidades de los repertorios. El repertorio apropiado se vuelve cada vez más disponible al ir avanzando la conducta. Parte de esto puede deberse a las respuestas auto-ecoicas e intraverbales explícitas, pero también es posible que se desarrolle gradualmente una condición general que se parece mucho a una audiencia. La conducta intraverbal es especialmente efectiva al nivel de la unidad operante, pero las operantes francesas también se refuerzan de manera característica en presencia del carácter francés del habla recientemente construida a partir de una serie particular de sonidos del habla. Cuando uno comienza y continúa hablando francés, reconstruye lentamente una condición característica bajo la cual la conducta del francés se refuerza, y en su presencia posee la máxima fuerza. En forma similar, al escribir cartas la ausencia de la persona a la que nos dirigimos, o de cualquier lugar característico en el cual escribimos las cartas, puede compensarse por los primeros párrafos de la carta. Lo que sigue es en parte conducta textual e intraverbal que comprende un repertorio especial, cuya probabilidad se aumenta por la primera parte de la carta como se aumentaría si apareciera la persona a la cual nos dirigimos.

La conducta textual a menudo depende del efecto de audiencia de la conducta previa o del texto mismo. Cuando el inglés está en progreso leemos la palabra *ALSO* como en inglés *also*; mientras que si estamos hablando alemán, leemos el mismo texto como el término alemán *also*. Un texto fragmentario puede leerse "en inglés" o en algún otro idioma dependiendo de las posiblemente superficiales características del texto, tales como los grupos comúnmente recurrentes de letras. Un anuncio que comienza con el texto: *I. E. S. LAMPS RELIEVE*... conduce a un intento abortivo de leerlo en francés, y el *I. E. S.* evoca el artículo *les*. Por tanto, al hablar francés uno emite una forma francesa de respuesta no sólo por la presencia de una audiencia determinada o de una situación que funciona en lugar de una audiencia, sino debido a las respuestas francesas adyacentes que actúan como estímulos de control.

El efecto de contexto al promover la selección de una forma de respuesta donde otra podría servir, es un ejemplo de la causación múltiple que siempre involucra la variable audiencia y que será discutida en el capítulo 9. Hemos visto que no hay verdaderos sinónimos, porque cuando se han especificado todas las variables no hay posibilidad de elegir los términos. Sin embargo, una forma alternativa entre dos posibles, puede ser evocada por parte de una situación dada dependiendo del resto de esa situación. La conducta verbal adyacente puede ser relevante. Así, en un ejemplo común, hablamos del pescado lo hacemos tanto como una forma de alimento, al discutir acerca de las costumbres de la cuaresma,

como una clase de vertebrado en zoología, pero hablamos de un cochino al referirnos a una granja y de un cerdo al hablar de la cocina. Nos podemos referir a un grupo de animales como a un banco al hablar de peces y como un rebaño al hablar de reses. Hay muchos otros términos que varían entre las especies de animales para las cuales hay elementos comunes. Tenemos, por así decirlo, diferentes lenguajes al hablar de diferentes animales. Al hablar en el lenguaje de los zorros, decimos que todos los miembros de una *manada* son *astutos*; mientras que al hablar en el idioma apropiado para los conejos, decimos que todos los miembros de un *grupo* tienen *madrigueras*.

Pequeños grupos de respuestas, entre las cuales otras variables pueden elegir, se fortalecen algunas veces en forma diferencial para propósitos especiales, como veremos en el capítulo 10. Por ejemplo, el mando *Dime el nombre del presidente de Estados Unidos*, proporciona un estímulo intraverbal para una pequeña familia de respuestas (los nombres de los presidentes), entre las cuales una variable posiblemente trivial servirá para elegir uno de ellos. Asignar un tema para un ensayo posee algo del mismo efecto, y el autor puede aumentar la extensión y coherencia de su propia conducta al encontrar un nombre apropiado y al mantenerlo ante él en forma clara. Aunque aquí el proceso es probablemente idéntico a aquel que establece una audiencia como variable de control, no es conveniente extender la noción de audiencia para cubrir tales casos, o utilizar la noción de operante intraverbal para abarcar todos los efectos de la audiencia.

La operante verbal como unidad de análisis

Los seis tipos de relaciones funcionales definidos hasta ahora en la conducta verbal, pueden resumirse en la siguiente forma.

En el *mando*, una forma dada de respuesta que produce característicamente un cierto refuerzo, varía en fuerza con el estado de deprivación o con la estimulación aversiva apropiada para ese refuerzo. Ningún estímulo antecedente determina la forma específica de la respuesta.

En la conducta *ecoica, textual* e *intraverbal*, la respuesta está determinada por un estímulo verbal antecedente —que es auditivo en el caso de la conducta ecoica, escrita o impresa en el caso de la conducta textual, y ambas cosas en el caso de la conducta intraverbal—. El control se centra en el estímulo generalizando el refuerzo. En la conducta ecoica y textual existe una correspondencia exacta entre las propiedades del estímulo y de la respuesta que hace posible la existencia de un repertorio de unidades mínimas. No hay un repertorio comparable de unidades intraverbales, porque generalmente las relaciones de control se superponen, entran en conflicto y generalmente son débiles.

En el *tacto*, el estímulo que controla la forma de la respuesta generalmente no es verbal; se enfatiza el control del estímulo generalizando el refuerzo. Todas las propiedades del estímulo comparten el control, y un estímulo nuevo que posea una o más de estas mismas propiedades puede ser efectivo. Las respuestas controladas por algunas propiedades de un estímulo pueden presentar extensión genérica, metafórica, metonímica o solecista. Sin embargo, por medio de un procedimiento especial de refuerzo diferencial, en la abstracción el control puede limitarse a una propiedad o a un grupo de propiedades.

Ciertas consecuencias especiales pueden afectar la relación de tacto. Una medida especial de refuerzo generalizado puede alte-

rar la amplitud o exactitud del control de estímulos, lo cual es más probable que ocurra como el resultado de efectos especiales sobre el oyente, relacionados con condiciones específicas de deprivación o de estimulación aversiva en el hablante.

La *audiencia* es un estímulo antecedente, generalmente no verbal, que controla grupos de respuestas. Cuando dos o más respuestas están bajo el control del mismo estímulo, la audiencia actúa seleccionando una de ellas. El repertorio que se halla bajo el control de una audiencia puede ser un lenguaje, una jerga, un dialecto, o una subdivisión de la conducta del hablante definida con menor exactitud.

Estas relaciones funcionales son útiles, ante todo, como un simple esquema clasificatorio que funciona, en este sentido, como algo parecido a los esquemas de clasificación de la gramática. No es una clasificación de las formas de respuesta, porque no podemos decir, con base únicamente en la forma, en qué clase cae una respuesta. La palabra *fuego* puede ser: 1. un mando para que un escuadrón comience a disparar, 2. un tacto para indicar una catástrofe, 3. una respuesta intraverbal para el estímulo *preparen, apunten...*, 4. una respuesta ecoica, o 5 textual para los estímulos verbales apropiados. Es posible que las propiedades formales de la respuesta vocal, especialmente su entonación, puedan sugerir un tipo de variable de control, pero no se puede hacer un análisis únicamente con base en tal evidencia interna. Con el fin de clasificar efectivamente la conducta, debemos conocer las circunstancias bajo las cuales se emite. (Esto es verdad en las clasificaciones tradicionales de la gramática a pesar de los esfuerzos que se han hecho para establecer sistemas de clasificación puramente formales. La costumbre gramatical estándar, cuando se confronta con un registro de conducta verbal, sirve para reconstruir un estado de cosas controlador plausible.)

Las contingencias de refuerzo que surgen de las relaciones entre el oyente y el hablante también explican las otras distinciones en lo que respecta a la gramática, la sintaxis y el vocabulario cotidiano. En la misma forma en que podríamos clasificar los mandos como órdenes, solicitudes, consejos, y así sucesivamente, apelando a diferentes aspectos de la conducta del oyente, así también los tactos pueden clasificarse como recordantes, anunciantes, pregonantes, afirmantes, denominadores, etc. El vocabulario cotidiano posee términos que no están ligados al tipo de comportamiento (*afirmar, decir, expresar*) que distingue el estado de fuerza (*insistir, asegurar, dudar, suponer*), y que se refieren a arreglos sutiles del hablante y del oyente (*alegar, vocear, hablar por, clamar, refutar, abjurar, protestar, promulgar, confirmar, confesar, murmurar, revelar, mentir, comentar, denunciar, prometer, invitar, apostar, reconocer, conceder, admitir, abogar*). Estas distinciones generalmente se atribuyen a la "intención" del

hablante, o a algún otro estado o actividad psicológica. Podemos definir subclases de este tipo, apelando a las mismas contingencias de refuerzo que caracterizan los tipos principales de operantes verbales. Sin embargo, no hay razón para entrar aquí en detalles.

La clasificación no es un fin en sí mismo. Aunque puede demostrarse que cualquier caso de conducta verbal es una función de las variables en una o más de estas clases, hay otros aspectos que deben tratarse. Tal formulación nos permite aplicar a la conducta verbal conceptos y leyes que proceden de un análisis más general. Sin embargo, antes de pasar a esta extensión del análisis, es conveniente considerar tanto algunos aspectos adicionales de la clasificación de la conducta verbal, como ciertos problemas tradicionales que surgen de ahí.

LA "MISMA PALABRA" EN DIFERENTES CLASES DE CONDUCTA VERBAL

Tradicionalmente se diría que la misma palabra puede emitirse en todos los tipos de operantes verbales. Así, la palabra *nieve* puede aparecer como un mando, un tacto, o una respuesta ecoica, textual o intraverbal. También se dice que una palabra aparece, ya sea en forma vocal o en forma escrita. Más aún, como hemos notado, es característico de la teoría semántica estudiar tanto al oyente como al hablante al mismo tiempo, y decir que la respuesta del uno contiene la misma palabra como estímulo para el otro. Esta costumbre tradicional nos podría llevar a buscar una nueva unidad de análisis —algunos elementos comunes en nuestros tipos o modos diferentes de conducta verbal, o en la conducta del hablante y del oyente— y a suponer que el individuo adquiere espontáneamente un tipo de conducta en el proceso de adquisición de otro. Veamos si el presupuesto tradicional está justificado, y si podemos establecer algún concepto con la misma generalidad.

La misma forma de respuesta en diferentes tipos de operantes

En la terminología del significado, decimos que la palabra *muñeca* se usa en una ocasión para "pedir una muñeca" y en otra para "describir o referirnos a una muñeca". Sin embargo, cuando la respuesta *¡Mueca!* se ha adquirido como mando, no esperamos que el niño posea espontáneamente un tacto correspondiente que tenga la misma forma. Si encontramos ambos tipos de operantes en el repertorio de un niño, debemos explicarlas separadamente. Esto parecería hacer más difícil la tarea de explicar la conducta verbal, pero la ventaja parece ganarse con el

concepto tradicional de la "palabra *muñeca*", se desvanece por el problema de explicar cómo el niño aprende a utilizar una palabra tanto para "expresar un deseo" como para "describir un objeto". La formulación total no se ha simplificado; parte de la tarea simplemente se ha pospuesto. Si vamos a aceptar la responsabilidad completa de dar una explicación de la conducta verbal, debemos enfrentar el hecho de que el mando *muñeca* y el tacto *muñeca*, involucran relaciones funcionales separadas que pueden explicarse solamente descubriendo todas las variables relevantes.

Al explicar tales casos no debemos cometer el error de explicar demasiado. Exactamente la misma forma de respuesta pocas veces se encuentra en dos operantes. El fonetista hábil detecta diferencias entre el mando *¡Fuego!* y el tacto *fuego*. Más aún, no existen todas las formas en ambos tipos de respuestas. Por ejemplo, no parece haber correspondencia de tactos para los mandos *¡Psst!*, *¡Oh!* y *¡Lo!*, y veremos que esto también es cierto en una clase de respuestas que trataremos en el capítulo 12. Las respuestas que son tactos de propiedades sutiles de los estímulos, puede que nunca ocurran en forma de mandos, o al menos que lo hagan solamente bajo circunstancias en las cuales los mandos puede considerarse que incluyen una forma de especificación que no está muy lejos de un tacto.

Sin embargo, una respuesta verbal de forma determinada algunas veces parece pasar fácilmente de un tipo de operante a otro. El hablante comúnmente comienza con un tacto y luego parece poseer el mando correspondiente. Si en una tienda de juguetes el niño es incapaz de identificar un juguete particular pregunta *¿Qué es eso?* y se le responde *Un osito*. Este es un estímulo para una respuesta *ecoica*, y pertenece a la clase que generalmente se utiliza para reforzar una respuesta como tacto. Pero el niño inmediatamente dice *¡Cómprame un osito!* Él nunca ha sido reforzado por dar esta respuesta en la forma que se requiere para construir un mando. ¿Representa esto el origen espontáneo de tal operante? El adulto se dedica a una conducta similar cuando, en un país extraño, consulta un diccionario que evoca una respuesta textual que, al ser emitida en presencia de un vendedor, produce un resultado específico. Un comprador hace lo mismo al consultar la lista de cosas que necesita comprar. Pero tal comportamiento tiene una historia más bien compleja. El mando no surge espontáneamente, surge sólo con la ayuda de la conducta de transcripción o traducción adecuada. El niño que "no conoce el nombre del juguete" puede ser comparado con el carpintero que tiene un clavo en el sitio apropiado cuando su martillo está fuera de su alcance. Una respuesta verbal al ayudante produce como consecuencia el martillo. Tal comportamiento se construye paso a paso. La conducta de "preguntar la palabra que se necesita para pedir el juguete" es un mando que está re-

forzado por la conducta auditiva (y por tanto específica) del oyente que, al ser repetida en forma ecoica, produce característicamente el juguete. Cuando esto ha ocurrido, la respuesta existe como un mando independiente porque ha sido reforzada como tal. La respuesta general *¿Qué es eso?* también ha sido reforzada y será más fuerte en ocasiones posteriores. (Esta clase de situación es lo que alienta la noción de que la palabra es una herramienta o instrumento, pero la analogía es de poca ayuda al formular el caso. A la larga no es más sencillo afirmar que "el niño encuentra cuál es la palabra para el juguete, y la utiliza para pedirlo".)

Es posible que todos los mandos que son reforzados por la producción de objetos o de otros estados de cosas, puedan interpretarse como si estuvieran mandando la conducta del oyente y tocando (*tacting*) el objeto o estado de cosas que ha de producirse. Las clasificaciones de las respuestas son útiles sólo para separar varios tipos de relaciones de control, y algunas respuestas pueden mostrar elementos de mando y de tacto. De todos modos, tenemos que saber la historia de una forma particular de respuesta y de todas las variables que han adquirido control sobre ella.

Puede surgir una conexión del hecho de que los eventos que refuerzan a un mando con frecuencia se parecen a los estímulos discriminativos que controlan a un tacto. La leche que recibe el niño cuado emite el mando *¡Leche!*, se parece a la leche que controla el tacto *leche* en respuesta a la pregunta *¿Qué es eso?* Esto puede facilitar la adquisición de cualquier operante que se adquiera en seguida. Uno puede establecer el mando *¡Leche!* por medio del refuerzo con leche, como un estímulo táctil, gustativo y olfatorio, alimentando al niño solamente con una botella opaca. Al mismo tiempo, uno puede establecer un tacto de la misma forma a la estimulación visual de la leche en un vaso claro. Bajo tales circunstancias un niño supuestamente no presentará ninguna tendencia a transferir la respuesta de un tipo de operante al otro.

Otro posible puente puede surgir del hecho de que la presencia del objeto reforzante es una condición óptima para el refuerzo. Así, la presencia de leche forma parte de la ocasión óptima en la cual se refuerza el mando *¡Leche!* Aunque la respuesta sigue siendo un mando, y está principalmente bajo el control de la condición de deprivación, la presencia de leche como estímulo discriminativo no es completamente irrelevante. El mando tendrá mayor posibilidad de ocurrir en la presencia de la leche. Este es un paso hacia la producción de un tacto que supuestamente facilitaría el control de la respuesta por tal estímulo bajo refuerzo generalizado.

Si no hay desarrollo espontáneo de un tipo de operante como resultado de arreglar otro, entonces el único problema que resulta

de la presencia de la misma forma en las operantes de diferentes tipos es un problema que se refiere a la comunidad verbal. La "palabra" como unidad de análisis es apropiada para las costumbres de la *comunidad*, más que para la conducta del hablante individual.

Las operantes ecoicas y textuales no presentan problemas similares, debido en parte a que la forma de la respuesta está más íntimamente determinada por el repertorio mínimo en cada área. Si es generalmente seguro suponer que el hablante que posee una respuesta textual también posee una respuesta ecoica de la misma forma, esto se debe solamente a que la conducta ecoica, casi de manera inevitable, se adquiere antes que la conducta textual. Nunca se afirma que haya transferencia en la dirección contraria; ser capaz de repetir ecoicamente una respuesta no es garantía de que una respuesta similar será evocada por un texto. Tampoco se arguye con frecuencia que sólo porque una persona es capaz de leer una palabra correctamente o de repetirla, va a ser capaz de usarla correctamente en un mando o en un tacto. El otro problema importante se refiere a la conducta intraverbal, la cual con frecuencia es tan similar al tacto que se supone que haya transferencia espontánea de un tipo al otro. Por ejemplo, con frecuencia se afirma que una respuesta adquirida intraverbalmente al estudiar un libro de texto está disponible automáticamente como tacto, con respecto al tema del texto. Pero un análisis similar mostrará probablemente que esto no es cierto, y el presupuesto puede explicar muy bien la debilidad de muchas prácticas educacionales.

La condición patológica de la conducta verbal llamada afasia, enfatiza con frecuencia diferencias funcionales que son difíciles de entender en términos de la descripción tradicional. El afásico puede no ser capaz de nombrar un objeto, aunque pueda emitir el nombre inmediatamente en forma de mando; o puede ser capaz de nombrar un objeto, pero no de repetir el nombre después de que alguien lo ha dicho, o de leerlo de un texto como hizo antes.

Pero esto es sorprendente sólo para la teoría tradicional. El afásico ha perdido parte de las relaciones funcionales que controlan su conducta verbal. Una respuesta de forma determinada puede no estar más bajo el control de una relación funcional, aunque esté todavía bajo el control de otra.

No importa qué tan útil pueda ser el concepto de palabra para analizar las prácticas de refuerzo de una comunidad verbal, no representa una unidad funcional en la conducta del hablante individual.

Debemos aceptar la responsabilidad de dar una explicación independiente a cómo es que respuestas de la misma forma aparecen en tipos diferentes de operantes.

La misma respuesta en medios diferentes

La noción de que la "misma palabra" puede escribirse o hablarse, podría llevarnos a afirmar que la misma respuesta verbal puede ocurrir en medios diferentes. Pero hablar y escribir son obviamente clases diferentes de conducta que utilizan diferentes partes del cuerpo en diferentes formas. Al parafrasear "la misma palabra usada en diferentes formas" como "la misma respuesta en diferentes tipos de operante", debemos intentar salvar el abismo que existe entre la conducta hablada y escrita, ya sea señalando algo común a las ocasiones en las cuales ocurren las conductas, o entre los efectos que éstas tienen sobre el oyente y el lector. Pero las variables de control comunes que actúan ya sea antes de la conducta en la ocasión de estímulo, o después de ella como parte del evento llamado refuerzo, no nos permiten ir de una forma de respuesta a la otra. Las dos formas de conducta deben condicionarse en forma separada.

Sin embargo, existe otra posibilidad. Toda persona alfabetizada posee conducta transcriptiva por medio de la cual pasa rápidamente de una respuesta en un medio, a la respuesta correspondiente en el otro. Que la posibilidad de conversión contribuye a la noción de "la misma respuesta en medios diferentes" se respalda por el hecho de que no es muy probable que apelemos a ella en un idioma que use jeroglíficos. Aquí el proceso de transcripción carece de la correspondencia exacta del repertorio mínimo de la escritura o lectura fonética. Más aún, el jeroglífico con sus vestigios sobrevivientes de construcción de modelos, posee una afinidad más cercana a la ocasión para dar la respuesta, que con la respuesta misma.

No estamos sosteniendo claro está, que dada la forma hablada uno "conozca" la forma escrita; tampoco se implica que para cada forma escrita exista una forma hablada correspondiente, y viceversa. Estos pueden considerarse como defectos de transcripción. La mayor parte de los alfabetos son sólo vagamente fonéticos, y la escritura por tanto es sólo vagamente transcriptiva. La mayor parte de los lenguajes escritos poseen muchas formas que son esencialmente ideogramas o logogramas; esto es, respuestas escritas que están bajo el control directo de estímulos (generalmente) no verbales, pero que corresponden a unidades relativamente amplias de conducta vocal que no tienen la más mínima correspondencia fonética. En algunos casos la respuesta escrita no está controlada por la forma de la respuesta vocal sola (como podría suceder en la conducta del taquígrafo hábil), sino por su relación con las variables de control. Así, la respuesta vocal *segundo* lleva a la respuesta escrita *2º* solamente cuando la respuesta vocal se emite ante un número ordinal, no cuando se emite ante una unidad en el tablero de un reloj.

Algunas veces parece estar implícito que la forma hablada *es* la palabra, y que la respuesta escrita es solamente una forma de representarla. Esto simplemente hace que el proceso transcriptivo sea unilateral. Pero no tenemos razón para suponer que exista algún medio básico para expresar la conducta verbal. Es probable que una forma de respuesta se adquiera primero por parte de un hablante, y que siga siendo tan fuerte que ocurra primero en una ocasión determinada, pero el inglés escrito, por ejemplo, se establece aparte de cualquier conducta vocal en los sordo-mudos, y podría continuar como un lenguaje completo en sí mismo en una comunidad de sordo-mudos. Frecuentemente se evidencia que partes de un repertorio escrito son primordiales, incluso cuando existe un paralelo vocal. La existencia de vocabularios separados para hablar y para escribir son la regla más que la excepción. Algunas partes del comportamiento matemático son predominantemente escritas, y las respuestas vocales correspondientes son generalmente de naturaleza textual, al menos para algunos matemáticos.

Como entran en juego diferentes conjuntos musculares, la conducta verbal tanto hablada como escrita puede emitirse al mismo tiempo. Cuando uno está hablando en voz alta al mismo tiempo que escribe "la cosa de la que está hablando", la conducta que se emite en forma escrita puede considerarse como una transcripción de la conducta verbal emitida oralmente, o puede considerarse también que la conducta verbal oral es la lectura de la conducta verbal escrita. Puede encontrarse un orden explícito de ocurrencia —digamos de vocal a escrito—, pero los errores algunas veces muestran la superficialidad de este control. En un caso tal, la respuesta *A second variable* (*una segunda variable*) se emitió vocalmente, mientras se escribía simultáneamente *A certain variable* (*una cierta variable*). Si las dos respuestas hubieran seguido las reglas de la transcripción, cualquier posibilidad de control independiente podría haber pasado inadvertido, pero evidentemente había una relación intraverbal separada controlando la respuesta escrita, aunque mostrara correspondencias transcriptivas en la pauta de acentuación, en el sonido de la consonante inicial y en el sonido *n* de la segunda sílaba.

Aunque los repertorios del habla y de la escritura se adquieren separadamente y pueden presentarse en forma concurrente, queda sin resolverse la siguiente pregunta: ¿los refuerzos que se dan en un área pueden tener efecto en otra? Por ejemplo, si un niño ha aprendido a escribir y ha adquirido el mando vocal *¡Agua!* por medio del refuerzo con agua, ¿demostrará espontáneamente el mando escrito *¡Agua!*, sin ningún condicionamiento específico de la respuesta escrita? Algo de esto parecería ser claro en la transferencia absoluta a la conducta escrita que ocurre cuando la conducta vocal es imposible por cualquier razón; por ejemplo, cuando

el aparato fonador del hablante está lastimado o cuando el oyente está lejos de la estimulación auditiva. Pero esto es difícil interpretar, porque no puede descartarse la conducta de transcripción. Es muy posible que un niño que haya aprendido a escribir solamente en el sentido de copiar un escrito, sea incapaz de llevar a cabo esta transferencia, o que el niño que ha aprendido a escribir a partir del dictado también deba aprender a "transcribir su propio dictado". Un niño bien puede aprender a escribir, pero puede ser que nunca "se le ocurra" dejarle una nota a alguien a quien no puede esperar ver, o recurrir a una forma escrita cuando la conducta vocal es impracticable o puede ser castigada. Tradicionalmente se diría que el niño debe aprender a usar la escritura, tanto como debe aprender a escribir. Pero el "uso de la escritura" presenta todos estos problemas.

Cuando la conducta escrita se ha modificado en forma sustancial por medio del refuerzo, puede notarse un cambio en el repertorio vocal correspondiente. Por ejemplo, uno puede adquirir un repertorio particularmente efectivo con respecto a un corresponsal que uno nunca ha visto. Cuando nos encontramos en persona por primera vez con dicho corresponsal y se convierte en un auditor de la conducta vocal, el efecto del refuerzo diferencial previo será aparente, aunque puede no ser tan grande como sería si el corresponsal siempre hubiera sido parte de una audiencia de la conducta vocal. En todo caso este ejemplo no presenta dificultad, a menos que podamos mostrar que el repertorio escrito es totalmente autónomo —como podría ser el caso en un intercambio de cartas entre sordo-mudos—. Las respuestas vocales o subvocales deben descartarse como precursoras o concomitantes de la conducta del escritor de cartas, o como conducta del lector de cartas antes de la modificación independiente del repertorio vocal que necesitamos asumir.

Podemos explicar las transferencias aparentes a otros medios en la misma forma. El acto de señalar una palabra en un diccionario es una forma en que se manifiesta la conducta verbal que comúnmente parece surgir sin condicionamiento especial cuando la conducta vocal es, por alguna razón, inefectiva. Así, podemos señalar la palabra SILENCIO con el fin de evitar que alguien hable en un salón de lectura, donde una respuesta vocal sería inapropiada. Podemos ordenar una comida marcando los platillos apropiados en una lista que luego se envía a la cocina. Tal conducta presupone que tanto el "hablante" como el "oyente" puedan leer. También presupone que el hablante emita ciertas respuestas verbales que tienen la función de la conducta de transcripción o traducción que analizamos en el capítulo 4. Los estadios separados pueden no ser fáciles de observar. Cuando se ordena la comida marcando los platillos en una lista, la persona puede comenzar emitiendo conducta textual (posiblemente no

audible), o sea que lee la lista. Algunas de sus respuestas complementan las respuestas que están latentes en forma de mandos. La lista "prueba" su repertorio de mandos en la forma que describiremos en el capítulo 10. El individuo observa esto cuando descubre "lo que desea pedir". Marcar en la lista los elementos apropiados, es otro paso que supuestamente debe aprenderse por separado.

Estos estadios son obvios cuando los dos mecanismos están en diferentes individuos. A lee el menú a B, y las respuestas de B son ahora ecoicas más que textuales. Algunas de ellas complementan las respuestas que están latentes en forma de mandos. B repite todas las respuestas de A y no demuestra ninguna fuerza especial repitiendo algo con particular energía, o puede repetir en voz alta sólo aquellas respuestas que son particularmente fuertes. Él puede comentar por sí mismo la fuerza especial de ciertas cosas diciendo *Eso es lo que yo quiero*, o A puede hacerlo por él (como sucede, por ejemplo, cuando A es un padre y B es un niño pequeño).

El proceso de aprender a señalar algunas veces es muy explícito. Aprendemos a "señalar" presionando el botón del timbre que está frente al nombre de un amigo en el vestíbulo de un edificio de apartamentos. Cuando estamos ante un gramófono público, "señalamos" el nombre de la pieza musical que deseamos oir empujando el botón que está frente a su nombre, o al marcar un número telefónico señalamos los números en un orden serial. Una respuesta textual audible con frecuencia puede detectarse en tales casos, pero en otros puede aparecer la respuesta autónoma de señalar. No hay problema para explicar la conducta verbal de señalar los objetos o los modelos imperfectos de objetos que llamamos dibujos, y rara vez, si es que alguna, se afirma que tal conducta se sigue espontáneamente del establecimiento de otras formas verbales. (Aquí las posibilidades se ven en la operación de los diferentes tipos de máquinas vendedoras. Empujamos una palanca para señalar *a*) el artículo deseado —que se ve a través de una ventana—, *b*) una muestra del artículo deseado —que también se ve a través de una ventana—, *c*) un dibujo del artículo requerido —una forma de iconografía—, o *d*) un nombre impreso. Sólo en este último caso debemos considerar alguna otra clase de conducta verbal paralela.)

El control funcional independiente de la conducta que se encuentra en dos o más medios, se demuestra otra vez en la conducta del afásico. La conducta vocal puede perderse mientras que la conducta escrita se mantiene, o viceversa, si el defecto no se debe a la parálisis de los mecanismos apropiados de respuesta. Algunas veces sobreviven ambos repertorios, aunque uno de ellos es más lento o menos exacto que el otro. Desde el punto de vista tradicional esto es confuso, ya que tradicionalmente se consi-

dera a la conducta verbal como el uso del lenguaje, dejando de lado cualquier medio particular. Lo que se ha alterado en la afasia es, obviamente, el control funcional de la conducta, y el daño respeta las líneas del control.

Aunque sería difícil probar que los cambios que ocurren en la respuesta en un medio determinado traen cambios en las respuestas en otro sólo por medio del proceso mediador de la traducción o de la trascripción, al menos tampoco se ha probado lo contrario. Las conexiones funcionales que existen entre los dos medios deben especificarse y analizarse cuidadosamente para explicar los casos particulares, ya que el punto de vista tradicional no ayuda a simplificar este análisis.

La misma respuesta hablada u oída

Aunque las teorías semánticas frecuentemente presuponen que el significado es el mismo tanto para el hablante como para el oyente, los procesos a través de los cuales una persona se vuelve un oyente difieren, como hemos visto, de los procesos por medio de los cuales se convierte en un hablante. Al adquirir un repertorio verbal el hablante no necesariamente se vuelve oyente, y al adquirir la conducta característica de un oyente no se vuelve espontáneamente un hablante. Después de "aprender el significado de una palabra" como oyente, uno no puede "usarla" como hablante, o viceversa. Generalmente se reconoce que existen grandes diferencias en el tamaño y en la composición de los repertorios de hablar y de oir. Como las respuestas del hablante se convierten en los estímulos verbales del oyente, las respuestas y los estímulos poseen formas similares. Más aún, algunas de las condiciones bajo las cuales una persona habla son relevantes para el efecto de su conducta sobre el oyente. Pero estos son hechos acerca de las costumbres de una comunidad verbal y deben explicarse en términos del significado más amplio de la conducta verbal. No sugieren ningún proceso en el hablante que se derive de su posición como oyente, o viceversa, excepto por medio de canales explícitos identificados en el análisis conductual. (Aquí también el afásico nos indica con frecuencia la importancia de *insistir en tales distinciones. El hecho de que el individuo pueda* perder su capacidad de hablar pero no la de oir es un hecho confuso, sólo si hemos presupuesto que el proceso especial que se efectúa al "entender el significado de una palabra" es común al hablante y al oyente.)

La misma respuesta en diferentes idiomas

Es posible "decir la misma cosa" en diferentes idiomas (por ejemplo, en francés y en inglés, en jergas técnicas y no técnicas,

o en expresiones sinónimas del mismo idioma), en el sentido de que un estado de cosas llevará a diferentes respuestas en presencia de diferentes audiencias o contextos. Esto no significa, claro está, que al adquirir una respuesta en un idioma poseamos automáticamente la forma correspondiente que dice lo mismo en otro el idioma. Pero cuando se ha adquirido separadamente las respuestas apropiadas a dos idiomas, surgen ciertos problemas. Cuando se ha "aprendido algo" en francés, ¿el hablante bilingüe lo "sabe" en inglés?, ¿o puede el científico describirle al hombre común algo acerca de lo cual ha hablado previamente sólo con un repertorio técnico? En tal caso, ¿qué es ese "algo" que, por así decirlo, parece crear el comportamiento en el segundo idioma sin el proceso acostumbrado de condicionamiento explícito?

No todos los tipos de operantes presentan este problema. En la conducta ecoica y textual, los repertorios mínimos son suficientes para tender el puente entre todos los sublenguajes en el mismo sistema fonético u ortográfico. Al mejorar nuestra capacidad para repetir o escribir en una subdivisión de un repertorio, no nos sorprendemos de encontrar una mejora comparable en otra subdivisión. Sin embargo, cuando toman parte diferentes sistemas ortográficos, un cambio en una subdivisión puede en realidad obstaculizar más que ayudar en las otras. La práctica extendida de leer o repetir francés puede aumentar los errores al leer o repetir inglés.

Los casos importantes son aquéllos en los cuales no hay repertorios mínimos comunes a los dos idiomas. Cuando hemos aprendido a ordenar con consecuencias satisfactorias en un restaurante determinado, podemos transferir este "conocimiento" a otro idioma al ordenarle a otro mesero diferente. Al leer un libro en francés podemos tener la capacidad de decir en inglés de lo que se trata, de la misma forma en que al adquirir la tabla de multiplicar en inglés, podemos también ser capaces de multiplicar en francés. Un caso especial es la sustitución "errónea" de un sinónimo al recordar un poema u otro pasaje.

Muchos de estos casos pueden ser traducciones directas que se posibilitan solamente mediante la adquisición previa de un repertorio intraverbal que se estableció explícitamente con tal propósito. Aunque ordinariamente sólo una respuesta se emite bajo el control de una variable determinada, también es posible que muchas respuestas sean reforzadas de forma característica por ella, y tal fortalecimiento puede no existir sin efectos futuros. Hemos visto, por ejemplo, que la palabra estímulo en un experimento de asociación de palabras posee un efecto demostrable sobre muchas palabras respuesta. El lector puede emitir sólo una respuesta textual a cada palabra impresa en un pasaje, pero no obstante muchas respuestas colaterales intraverbales pueden fortalecerse. Muchas de estas respuestas intraverbales pertenecen a

los repertorios de traducción que ya hemos considerado. En una ocasión posterior, algún cambio en la variable audiencia, o alguna fuente auxiliar de fuerza puede producir el recuerdo de una respuesta intraverbal más que de la respuesta textual que realmente se emitió en la ocasión anterior.

La explicación completa de este proceso depende de las variables colaterales que se discutirán en los siguientes capítulos, pero podemos dar aquí un ejemplo. Una niña que ha aprendido a cantar una canción que contiene la oración *Corre, corre, corre, todo lo que puedas*, y que más tarde la canta como *Marcha, marcha, marcha, todo lo que puedas*, está emitiendo la clase de recuerdo erróneo que sugiere que lo que ella aprendió en primer lugar fue la "idea", y que más tarde pudo explicarla en otra forma. Pero la comunidad de habla inglesa estableció una clara conexión intraverbal entre *correr y marchar*. (En este caso particular había otras variables que podían haber fortalecido a la respuesta marchar. El nombre de la canción era la *Marcha del viento*, y la niña estaba acostumbrada a marchar mientras cantaba.) No es tan difícil explicar cómo un "hecho" aprendido en un idioma puede expresarse en otro. Un hablante que observe a una muchacha con un traje rojo, y que más tarde describe el traje por su color *rojo*, cuando una persona de habla francesa le pregunte por dicho color dirá que era *rouge*. No necesitamos suponer que ésta sea una traducción intraverbal, o que la respuesta inglesa anterior sea esencial para la emisión francesa de la respuesta. El hablante puede no hacer ningún comentario al ver el traje, pero sin embargo puede describirlo más tarde correctamente en cualquier idioma.

Una transferencia aparente de un idioma a otro puede surgir del hecho de que las respuestas en los dos idiomas pueden tener el mismo efecto sobre el oyente. Como el hablante con frecuencia es su propio oyente, puede construir una respuesta verbal que posea un efecto particular sobre él mismo. La respuesta *Marcha, marcha, marcha, todo lo que puedas*, probablemente posee el mismo efecto sobre la niña que la respuesta original. El hecho de que el pasaje completo "tiene sentido" —y sin duda posee el "mismo sentido" que el original— fue casi seguramente relevante, no sólo para traer a su fin la conducta de recordar (véase más abajo), sino posiblemente también para fortalecer el recuerdo mismo. La niña se enfrentó a la tarea de construir una respuesta verbal para tener acceso a ciertas especificaciones (véase la parte v). Una conexión intraverbal concebible entre *correr y gotear* (el agua), establecida por medio de relaciones comunes con llaves de agua, habría podido generar la respuesta errónea *Gotea, gotea, gotea, todo lo que puedas*; pero además de que las variables de contexto presentes en el momento deberían favorecer *marchar* y no *gotear*, la respuesta *gotear* no satisfaría a la niña en cuanto ella es su

propio oyente. Al dar la esencia de lo que uno ha leído en un libro, o de lo que ha oído describir por alguien, ya sea en el mismo idioma o en otro diferente, el hablante se preocupa con frecuencia por producir una conducta que tenga el mismo efecto sobre sí mismo y se corregirá si no lo hace. En la misma forma en que el maestro hábil adquiere un conjunto de paráfrasis que utiliza para "conseguir señalar algo a su clase", así el hablante adquiere paráfrasis especiales que encuentra útiles para señalarse las cosas a sí mismo.

Así, al leer un material técnico con el cual uno no está familiarizado, se pueden desarrollar paráfrasis simples con este fin, en la misma forma en que al leer un material difícil en otro idioma, uno puede hechar mano de respuestas frecuentes de traducción para los términos difíciles. Cuando a uno le piden que interprete un pasaje que escuchó en otro idioma, la respuesta más sencilla puede no ser la traducción, sino la construcción de otro conjunto de respuestas que posean el mismo efecto.

No debemos pasar por alto la posibilidad de que la conducta verbal en un idioma pueda dar lugar a eventos privados dentro del individuo, eventos que luego pueden ser descritos por él en otro idioma. La conducta encubierta *no verbal* ocurre con frecuencia al resolver problemas, al crear obras de arte, al dedicarnos al autocontrol, y en otras variables de manipulación que afectan nuestra propia conducta. El jugador de ajedrez puede "pensar" su siguiente movimiento en ausencia de un tablero de ajedrez, y su conducta al hacerlo puede ser o no verbal; cuando no lo es, puede sin embargo describir el movimiento, quizá como si lo estuviera haciendo sobre un tablero de ajedrez verdadero. Las operaciones matemáticas de forma simple no necesitan ser verbales. Al enfrentarse a un problema verbal en aritmética, una persona puede simplemente "ver" una escala de números y sumarlos adelantando un determinado número de pasos a lo largo de la escala. El resultado podrá leerse entonces como si se hubiera manipulado una escala física. Una pieza de un aparato mecánico puede diseñarse no verbalmente sin el apoyo de eventos ambientales, y el resultado puede describirse como si el inventor hubiera hecho un esquema del aparato sobre un papel, o como si hubiera construido un modelo del mismo.

Con todo, tales eventos privados plantean problemas difíciles para el análisis de la conducta dentro del marco de referencia de la ciencia natural,[1] pero podemos dar al menos algunas indicaciones de las diferentes clases de variables que llevan al pensamiento no verbal y que por tanto pueden estar involucrados en la transferencia de un idioma a otro.

[1] *Science and Human Behavior*, **capítulo 17.**

PROPIEDADES DINÁMICAS

Una relación funcional es más que una simple conexión. Los estímulos que controlan una respuesta verbal no sólo determinan su forma y proporcionan así un equivalente de su significado, sino que aumentan la probabilidad de emisión la respuesta. Otras variables que tienen el mismo efecto son el reforzamiento, la deprivación, la estimulación aversiva y ciertas condiciones emocionales. Todos estos son eventos independientemente manipulables, y por tanto difieren en una forma importante de las ideas, las tensiones, las habilidades, las facultades, los motivos y otros conceptos similares que se utilizan con frecuencia para explicar la conducta verbal. Ahora tenemos la ventaja de que podemos pasar de una clasificación de las operantes verbales, en la cual nuestro interés principal es similar al de la teoría semántica o al de la gramática, a los procesos complejos que tradicionalmente podrían ser descritos como el "uso del lenguaje". En particular tenemos que analizar los efectos de combinaciones de variables, la composición de muestras más grandes de conducta verbal, y las actividades que generalmente se denominan pensamiento verbal. Al reconocer la naturaleza conductual de las relaciones que hemos discutido, hemos preparado el terreno para fenómenos más complicados y podemos tratarlos con los mismos principios y leyes. Sin embargo, antes de ampliar nuestra investigación, será necesario considerar otras condiciones que afectan la fuerza de la conducta verbal considerada como un todo, lo mismo que ciertos procesos en las áreas del condicionamiento, la motivación y la emoción, a los cuales está sujeta la conducta verbal simplemente como parte de la conducta total del organismo humano. Este es también el lugar conveniente para plantear el problema de qué es lo que hace que la conducta verbal llegue a su fin.

La fuerza de la conducta verbal considerada como un todo

Algunas variables fortalecen a la conducta verbal sin tener en cuenta su forma. Un ejemplo es la atención del oyente como reforzador. Cualquier conducta verbal que evoque la atención se refuerza aparte de otros acciones específicas del oyente. Los mandos que especifican este refuerzo incluyen la expresión *¡Ahem!*, la cual puede llamar la atención simplemente porque es un antecedente común de la conducta verbal que surge de la costumbre de aclarar la garganta antes de hablar, y las respuestas que se emiten al final de las oraciones con el único objeto de "mantener la atención", tales como . . . *y entonces* . . . , o . . . *así que*, o . . . *quiero decir* . . . Sin embargo, aquí no nos interesan por el momento las

formas específicas que así se refuerzan, sino el hecho de que cualquier conducta verbal tiene probabilidades de ser fuerte debido a estas consecuencias.

Puede diferenciarse entre sostener la atención y mantener el uso de la palabra. En este último caso, la conducta verbal es fuerte porque no deja que los demás hablen. Los ejemplos que acabamos de dar, lo mismo que el mando explícito *¡Espere un momento, no he terminado!*, pueden tener este efecto. Tal conducta puede ocurrir cuando el hablante tiene sin duda algo que decir; pero es probable que se generalice en forma tal que el hablante continúa hablando sólo para evitar que los demás lo hagan. Un ejemplo formal de esto es el obstruccionista, en quien las reglas del procedimiento parlamentario hacen explícito el efecto reforzante. En este caso no existe un mando comparable; la única forma de mantener el uso de la palabra es continuar hablando. El "contenido" de lo que dice un obstruccionista demuestra generalmente el efecto principal de tal variable: la conducta se emite aunque sería muy débil para ser emitida en otras circunstancias.

Permanecer en el uso de la palabra es un ejemplo de la conducta que está bajo el control de un estímulo aversivo. El reforzamiento de un obstruccionista es la evitación de la acción legislativa por parte de la oposición. Otra condición aversiva que se evita por medio de la conducta verbal sin importar su forma, es simplemente el silencio. Hay muchas situaciones, como vimos en el capítulo 6, en las cuales el silencio se utiliza como una forma de castigo y, por tanto, es apropiado evitar cualquier silencio que pueda interpretarse como castigo. Ciertas respuestas estándar —comentarios acerca del clima, de la salud del oyente, y así sucesivamente —presentan una alta frecuencia relativa debido principalmente a que evitan el silencio. Por una parte, la amenaza del silencio lleva a emitir sonidos sin forma, refunfuños, bisbiseos, etc., y por otra aumenta la probabilidad de emisión de *cualquier* tipo de conducta verbal.

Un tipo de silencio que es aversivo para el oyente, aunque no se utiliza como castigo, es la interrupción de un discurso sostenido. El hablante puede estar distraído, ser olvidadizo o estar confundido.

Con todo, la fuerza de la condición aversiva que se construye sobre el silencio resultante se muestra en la energía de la respuesta que finalmente aparece. Cuando un hablante olvida un nombre, puede presentarse algo de la siguiente clase: *Ayer me encontré con un amigo tuyo que se llama... m-m-m... yo lo sé con certeza... ¡Pérez!, ¡Pérez!, eso es, Pérez.* La fuerza inusitada que se indica por la repetición y la energía de la respuesta *Pérez*, puede ser confusa al comienzo porque la respuesta se recuerda sólo después de una demora y por tanto debería ser *débil.* Pero la discrepancia se explica por la creciente presión aversiva que se construye

durante el silencio que interrumpe la oración. El *m-m-m* permite cierto escape, lo mismo que la frase *lo sé con certeza.*

Un caso especial de la evitación del silencio ocurre cuando el hablante da rodeos para llegar a la idea que quiere trasmitir. Comúnmente se establecen respuestas explícitas que buscan "hacer tiempo". El trovador posee versos convencionales o refranes, cuya función principal es permitirle recordar o arreglar el material que va a presentar a continuación. Se ha mostrado que algunos de los versos convencionales en las obras de Homero cumplían probablemente esta función.[2] Hemos visto que la conducta ecoica permite al estudiante evitar una respuesta usando clichés mientras la encuentra (capítulo 4); el mismo efecto puede lograrse con respuestas hechas (*Déjame ver, es decir* . . . , etc.), o con murmullos que relativamente carecen de forma hablada y que traen una repetición, después de la cual podemos tener acceso a una respuesta de forma bien definida. El cómico de la televisión generalmente tiene una reserva de material verbal para utilizar en el caso de que su programa se le termine antes de tiempo, en la misma forma en que el profesor de experiencia mantiene una reserva similar de materiales para completar su hora de clase cuando su conferencia ha sido demasiado rápida. Pero aparte de las respuestas explícitas reforzadas por tales consecuencias, es probable que esas ocasiones refuercen cualquier forma de conducta verbal.

Otro logro de la conducta verbal que es relativamente independiente de la forma, es la cancelación o supresión de otras actividades mientras uno está hablando o escuchando. Un ejemplo explícito es la charla del mago, la cual puede llevar al observador lejos de un movimiento esencial. Un ejemplo menos estandarizado es la observación de Freud de que un paciente puede hablar sobre una cosa para evitar hablar de otro más aversiva. Las respuestas explícitas pueden adquirirse por esta razón, pero las mismas consecuencias tienden a fortalecer cualquier conducta sin importar su forma.

Bajo condiciones aversivas más triviales, la conducta sigue sin respetar mucho la forma. Generalmente el hablante termina una oración aunque quede claro, con base en la conducta del oyente, que ya ha logrado su objeto. Nuestro hablante termina la frase para evitar las consecuencias aversivas que han seguido a otros casos cuando la terminación era importante. Ya se hizo notar en el capítulo 5, que existe una presión para completar un marco de referencia metafórica aunque no se fortalezca una respuesta metafórica en ese momento. Al comenzar una oración diciendo *Era tan cordial como* . . . , el hablante se compromete a dar una conclusión que en caso contrario quedaría indeterminada. Existen clichés que se pueden utilizar con frecuencia (. . . *como usted pue-*

[2] Parry, M. "Homer and Hugo: I. The Singer's Rest in Greek and Southslavic Heroic Song", *T. A. P. A.*, 1935 *46*.

de imaginar), pero toda conducta verbal puede tener una probabilidad ligeramente más alta en esa ocasión. La conducta también se emite simplemente porque es verbal cuando da ejemplos; como ocurre al discutir sobre conducta verbal, al dar una muestra de la escritura de uno para que sea analizada, al hacer un esquema en un impreso, al dibujar un cuadro de un periódico o revista, o al probar un sistema para dirigirse al público (un micrófono). Las respuestas estándar generalmente se desarrollan en todas estas circunstancias (compárense las fórmulas que utiliza un técnico para probar si un micrófono funciona), pero la conducta también tiene probabilidades de fortalecerse sin referirse a una forma específica.

Los efectos de tales variables son bien conocidos. Cuando no se encuentra una respuesta cliché, el comportamiento generalmente es débil en su nivel de energía y casi sin forma. El hablante que ha logrado su objetivo, termina por desvanecerse en un murmullo casi inaudible. Para mantener la atención o llenar el tiempo, el hablante puede utilizar voces amorfas como *uh*, o nasales como *m . . . m*. Los sonidos vocales son producidos, pero el comportamiento del resto del aparato vocal que generalmente moldea tales sonidos está ausente.

Un segundo resultado es la emisión de conducta vacía, trivial o tonta. Gran parte de esto se estandariza en fórmulas como *Ahora veamos*, o *Quiero decir que . . .* La conversación innecesaria y la charla carente de sentido pueden tener condicionamiento explícito porque poseen este efecto. Al sentir un silencio embarazoso, es probable que nuestra conducta no sea particularmente importante. Como hizo notar Stendhal: *"Le nombre des sottises que j'ai dites depuis deux ans pour ne pas me taire me met au désespoir quand j'y songe"*.[3]

Un tercer resultado posible es que la conducta verbal emitida bajo tales circunstancias sea inexacta, con errores gramaticales —en el sentido en el cual se estudiará en el capítulo 13—, o sujeta a distorsiones formales como las que se verán en el capítulo 11. Un tipo de distorsión bajo presión se ejemplifica en la bien conocida historia de la nariz del señor Morgan.[4] La conducta que se fortalece sin tener en cuenta su forma es probable que esté determinada por otras variables en la historia del individuo y, por tan-

[3] "Cuando pienso en la cantidad de tonterías que llevo dichas en dos años por no callarme, me desespero". Stendhal, *De l'amour*. Alianza Editorial segunda edición, 1973, pág. 140.

[4] Un señora que había invitado a almorzar a J. P. Morgan, le había advertido a su hijita que no mencionara la enorme nariz del señor Morgan. El resultado imprevisto fue que la niña se sentó durante todo el almuerzo a mirar fijamente la nariz del señor Morgan. Cuando la situación se hizo intolerable, la madre envió a la niñita a que saliera del comedor, e intentó tapar su vergüenza con una observación rápida y sin pensar. Tomó la crema y pasándola dijo: "Señor Morgan, desea un poco de crema para su nariz?" En esta historia la señora ha sido identificada erróneamente con la señora Dwight Morrow.

to, pueda considerarse como "reveladora". El psicoanálisis presta especial atención a la conducta verbal que se emite en tales circunstancias. Este mismo principio subyace al análisis de las obras literarias. El escritor creativo se refuerza por muchas cosas, entre las cuales está el dinero, el prestigio, y muchas formas de autoestimulación. Algunas de ellas pueden hacerse contingentes sobre respuestas particulares, pero existe una gran medida de refuerzo generalizado para que la conducta verbal aparezca simplemente como tal. El escritor, claro está, se encuentra bajo muchas clases de control externo, pero la presión que sirve para producir conducta verbal simplemente como tal, da rienda suelta a otras variables en su historia. Las obras literarias pueden entonces analizarse por la información que proporcionan en relación con tales historias.

Se obtienen materiales comparables de escritores no profesionales en las diversas formas en que se presentan las pruebas de apercepción temática, en las cuales se refuerza la conducta verbal sin tener en cuenta la forma, tal vez por medio de una reducción de los estímulos aversivos similar a la que proporcionan los mandos *Diga algo,* o *Escriba algo.* En esas pruebas el universo de posibles respuestas puede limitarse dando dibujos, música, olores, etc., o algo "acerca de lo escrito". Lo que busca la prueba es generar conducta sin tener en cuenta la forma, de modo que las variables que controlan la forma tengan una oportunidad para hacerse sentir por sí mismas. Las respuestas posibles se restringen en forma diferente en el "sumador verbal", en el cual se emplea un estímulo similar ligeramente aversivo. El modus operandi de tales pruebas se discutirá en el capítulo 10.

La falta de control formal se acentúa por los reforzamientos que son contingentes sobre la velocidad de la respuesta. Tales contingencias se presentan en la declamación o discusión en clase: el estudiante que contesta primero se refuerza diferencialmente al darle crédito por su respuesta. El estudiante demasiado ansioso es probable que comience por emitir palabras sin forma como *uh... uh,* con clichés o —si lo demás es igual— con una probabilidad mayor de dar una respuesta errónea. La misma contingencia se encuentra cuando dos hablantes, en una animada discusión, han dejado de hablar y luego comienzan a hablar al mismo tiempo. Esto sucede tan frecuentemente, que empezar a la vez no siempre puede ser una coincidencia. La conducta verbal encubierta está en proceso en ambos hablantes, aunque no es suficientemente fuerte como para ser emitida en forma audible. La menor indicación de que el otro hablante se está aventurando a responder proporciona una nueva contingencia temporal, para la cual trae cualquier respuesta disponible a un nivel audible. La conducta que se genera en esta forma frecuentemente presenta la probabilidad de ser amorfa, trivial, inexacta o distorsionada.

PROCESOS CONDUCTUALES GENERALES QUE SON IMPORTANTES PARA LA CONDUCTA VERBAL

Condicionamiento operante

El proceso del condicionamiento operante juega, naturalmente, un papel importante en la conducta, papel que se define en términos de la forma especial en que logra sus efectos. El refuerzo diferencial moldea todas las formas verbales, y cuando un estímulo previo entra en la contingencia, el refuerzo es responsable de su control resultante. Las contingencias apropiadas de refuerzo definen los repertorios de la conducta ecoica, textual e intraverbal, y llevan a la conducta verbal bajo el control del ambiente no verbal. El refuerzo diferencial agudiza este control en la abstracción.

Se acostumbra enfatizar la *tasa* con la cual ocurren los cambios, y registrar cada caso en una "curva de aprendizaje". El proceso de aprendizaje es un efecto notable del reforzamiento, y los problemas prácticos de la educación hacen que sea importante la tasa de adquisición de la conducta verbal. Pero el comportamiento complejo se adquiere a diferentes velocidades, debido no a grandes diferencias en el efecto del reforzamiento, sino a las interacciones que se establecen entre respuestas y estímulos. No existe una "situación típica" que produzca una curva general de aprendizaje.

Al enfatizar el efecto del reforzamiento operante para establecer un repertorio verbal, fácilmente se puede pasar por alto el hecho de que el refuerzo continúa siendo efectivo después de haberse adquirido la conducta. La disponibilidad del comportamiento, su probabilidad o su fuerza, dependen de si el refuerzo *continúa* actuando y de acuerdo a qué programas lo hace.[5] Cuando los refuerzos son abundantes, el individuo tiene probabilidades de ser llamado vigoroso, entusiasta o interesado, o en el caso de la conducta verbal, voluble o hablador. Cuando los refuerzos son escasos, es probable que se diga que está flemático, sin inspiración, letárgico, aburrido, desalentado, etc., o en el caso de la conducta verbal, taciturno o silencioso. Estas diferencias son frecuentemente consideradas como motivacionales, pero en cuanto se deben a las diferencias que existen entre cantidades o programas de reforzamiento pueden distinguirse de los efectos de los cambios en el nivel de deprivación o de estimulación aversiva.

El refuerzo de la conducta verbal que se da a través de la mediación de un oyente, implica ciertas condiciones que tienen

[5] Fester, C. B., y Skinner, B. F. *Schedules of Reinforcement* (Nueva York, 1957).

efectos importantes sobre las propiedades dinámicas del comportamiento. Por ejemplo, no existe relación entre la energía del comportamiento y la magnitud del efecto que se logra. Algunas veces gritamos para lograr que nos presten atención, pero un murmullo puede tener el mismo efecto bajo otras circunstancias. La amplitud del reforzamiento depende directamente de la energía de la conducta del *oyente*, y sólo indirectamente de la del *hablante*. Este no es el caso de la conducta no verbal. Un martillazo más duro clava mejor el clavo. La distinción pierde importancia en la medida en que la ciencia desarrolla sistemas de energía acumulada, a través de los cuales la conducta humana adquiere un mayor poder de expansión y control. (Es posible que la creencia en la magia verbal —el poder especial de las palabras— disminuya por la misma razón. La máquina es el enemigo de la palabra.)

La conducta verbal normalmente es muy rápida, supera en mucho la velocidad de la conducta no verbal con la misma variedad de formas y de consecuencias. El límite parece depender de la masa de conjuntos musculares que se ponen en movimiento. Hablar es más rápido que gesticular, y un medio externo como escribir a mano, a máquina, o lanzar señales de humo, impone rigurosas sanciones. La velocidad se alienta también por el rápido encadenamiento seriado de la conducta, el cual es posible porque el hablante no necesita esperar la reacción física del oyente en cada estadio. Grandes segmentos de la conducta verbal se refuerzan sólo cuando se completan. Una ventaja de la velocidad es que las pautas temporales se vuelven compactas y, por tanto, más efectivas sobre el oyente o sobre el hablante mismo. Esta ventaja se pierde cuando estamos forzados a hablar muy lentamente o a escuchar a un hablante lento. Para ponerlo en forma burda, debemos hablar rápido para expresar pensamientos importantes.

Otra consecuencia es que el refuerzo de la conducta verbal no es ni siquiera cercanamente inevitable. La conducta práctica no verbal generalmente tiene un efecto inmediato y certero: tocamos lo que deseamos alcanzar, subimos las escaleras con una velocidad que casi siempre es la misma para una cierta inclinación de la escalera, etc. Aunque no siempre encontramos lo que estamos buscando, al menos encontramos el lugar donde buscar. Las excepciones son las situaciones ambiguas, y ellas son tan inusitadas que en realidad nos divierten —una casa de espejos en un parque de diversiones es un buen ejemplo. En la conducta verbal la excepción es la regla. El efecto depende de la presencia y actividad de un organismo reforzante cuya conducta no es inevitable y con frecuencia no predecible. Como resultado, la conducta verbal recibe refuerzo intermitente, y este hecho posee consecuencias muy importantes. Por ejemplo, nos comportamos verbalmente con mucha menos seguridad que en forma no verbal, pero nos preocupamos menos por los fracasos ocasionales.

Todos los organismos que refuerzan necesitan tiempo, ya que incluso la mediación más rápida introduce una demora suficiente para reducir la fuerza de la conducta del hablante. Demoras más prolongadas llevan a debilidad extrema. El refuerzo final de la conducta escrita puede demorarse días, semanas o años, y este tipo de conducta puede tener poca fuerza. De inmediato le contamos, tal vez con gran entusiasmo, las noticias a un viejo amigo cuando lo vemos, aunque no le hayamos escrito recientemente. Hablar, claro está, es más fácil, pero también es reforzado con mayor prontitud, y esto último puede tener mayor importancia. La "abulia" de muchos escritores profesionales es una cosa legendaria; pero la del escritor fracasado que no recibe ningún refuerzo no es tan conocida.

Algo que compensa los efectos débiles del refuerzo demorado o intermitente es el hecho de que los efectos de la conducta verbal pueden multiplicarse exponiendo a muchos oídos las mismas ondas sonoras, o a muchos ojos la misma página. Incluso sin la ayuda del instrumental moderno, la conducta verbal puede alcanzar a cientos o miles de oyentes o lectores al mismo tiempo. El escritor puede no ser reforzado con frecuencia o de inmediato, pero su refuerzo neto puede ser sumamente grande. La condición final de la fuerza estará determinada por todos los factores de un caso dado. La diferencia entre la conducta verbal y no verbal a este respecto, se reduce conforme se amplía la tecnología y extiende el alcance de esta última.

Extinción

Si el individuo pasa de una comunidad verbal a otra, o si la comunidad cambia sus costumbres, el comportamiento puede extinguirse; las respuestas se presentan y no reciben refuerzo. Esto tiene como efecto invertir el proceso producido por el refuerzo operante, y debe distinguirse de la pérdida de la conducta verbal por el simple paso del tiempo (véase más abajo) y por el castigo que, como hemos visto, posee efectos más complejos.

La conducta verbal que se relaciona a otros oyentes se extingue cuando una persona se encuentra entre extraños que no hablan su idioma, o cuando está aislado con un sordo. Su conducta verbal al comienzo puede presentar toda la fuerza que resulta de su refuerzo previo, pero las respuestas pronto se hacen menos comunes, y finalmente el individuo puede no mostrar ninguna conducta verbal descubierta, excepto si se refuerza él mismo como su propio oyente. La extinción es un proceso mucho más común cuando se emplea en el reforzamiento diferencial. Con el fin de moldear una forma de respuesta, debemos extinguir las respuestas que poseen otras formas. Con el fin de moldear las relaciones de control con los estímulos, tenemos que extinguir las respuestas

que se dan en presencia de otros estímulos. Este caso se presenta en forma particular al estrechar el control de estímulos en la abstracción.

Olvido

La diferencia entre extinción y olvido es parcialmente una diferencia en el proceso real. La conducta puede debilitarse con el paso del tiempo aunque no se emitan las respuestas. Lo importante aquí no es la presencia o ausencia del refuerzo. Cuando la conducta verbal se ha extinguido en presencia de una audiencia, se puede mostrar que no se ha olvidado produciendo una audiencia diferente. El olvido que estamos discutiendo aquí debe diferenciarse del olvido que se debe al castigo (capítulo 6), en el cual una respuesta puede no presentarse en lo que parecería ser la ocasión adecuada para que lo hiciera, pero puede emitirse en otras oportunidades.

Una respuesta extinguida no es una respuesta olvidada, simplemente no se emite en las circunstancias en las cuales se ha extinguido. Esto puede mostrarse cambiando las circunstancias. Así, es posible que no recibamos un refuerzo prolongado por contar una historia anticuada, y puede parecer que haya desaparecido completamente de nuestro repertorio, pero se revive si hay una nueva audiencia, o si se presenta una presión moderadamente aversiva como preguntarnos *¿Cómo era esa historia que acostumbrabas contar?* La extinción produce un delibitamiento verdadero, mientras que el castigo, o enmascara una respuesta con otra o, por medio de la diferenciación, reduce la conducta a un nivel de energía en el cual no genera más la estimulación aversiva condicionada que lleva al hablante a hacer o a decir algo en vez de lo que ha dicho.

La pérdida de la conducta verbal que se efectúa por el simple paso del tiempo ha sido el tema de los estudios sobre psicología de la memoria. Tales estudios generalmente se han limitado a la conducta intraverbal, en parte debido a que —por razones que pronto señalaremos— esta conducta se pierde con mayor rapidez. Cuando no hay interferencia que surja de formas similares de conducta ni de la conducta apropiada para circunstancias similares, una operante que haya sido bien establecida presenta poca pérdida con el paso del tiempo. Al regresar a un ambiente especial después de muchos años, podemos encontrar que gran parte de la conducta verbal que es apropiada para ese ambiente especial se conserva aún intacta, siempre y cuando haya sido reforzada en primer lugar.

Las operantes verbales que tienen menor probabilidad de ser olvidadas son las ecoicas y textuales. La posibilidad de olvidar tales conductas es algo que nunca se ha considerado. Pero si po-

demos repetir una palabra que no hemos oído, o si leemos una palabra que no hemos visto durante veinte años, es sólo porque hemos repetido ecoicamente y leído muchas respuestas que emplean el mismo repertorio mínimo durante el tiempo intercalado entre las dos ocasiones. Es el repertorio mínimo lo que hace que el olvido sea tan improbable, que la posibilidad de olvidar tales conductas no se ha considerado. Algo parecido a un repertorio mínimo puede detectarse en el caso de los tactos. La relación de control que existe entre un objeto específico y su nombre *común* está respaldada por todos los casos en los cuales objetos similares llevan a cualquier tipo de tacto extenso, y por todas las extensiones que han sido reforzadas por su propio derecho, y es por esto que son parte del repertorio estándar del hablante. Más aún, las partes separadas de algunas respuestas pueden encontrar respaldo individual en otras partes. Podemos conservar como una operante la palabra *intratable* con suficiente fuerza para usarla ocasionalmente, debido al enorme número de respuestas que comienzan con *in* que tienen que ver con la ausencia de una propiedad, debido al enorme número de respuestas que terminan en *able* que tienen la misma fuerza como adjetivos, y al importante número de respuestas cuyas circunstancias tienen algo en común con la presente situación de tratar, hacer o intentar.

El molesto olvido de los nombres propios puede explicarse, en parte, por la baja frecuencia relativa del refuerzo, o por la frecuente interferencia de nombres parecidos o de ocasiones similares que tienen el mismo nombre. Pero los nombres propios son una clase especial de tacto debido a que ordinariamente no comparten un repertorio mínimo. Como hemos visto, los sistemas de memoria que sirven para retener los nombres propios con frecuencia buscan relacionar un nombre con el repertorio mínimo de tactos comunes —como ocurre al detectar algún elemento de una persona que pueda considerarse como descriptivo de su nombre, o algún elemento que evoque una respuesta que, a su vez, proporcione un estímulo intraverbal para su nombre.

Memoria verbal

En los estudios clásicos sobre la memoria, la interferencia que resultaría del uso normal de los términos se minimiza eligiendo estímulos y respuestas que tienen el menor parecido posible a la conducta estándar, y por esta razón se habla de términos "sin sentido". Las respuestas se generan primero como conducta ecoica o textual, pero se llevan bajo control intraverbal haciendo que alguna clase de refuerzo generalizado sea contingente sobre la emisión de una respuesta particular en presencia de un estímulo particular. Tal refuerzo generalmente no se define en forma exac-

ta, ni es clara su deprivación o estimulación aversiva correspondiente.

El control que sobrevive después de un cierto periodo o después de haber adquirido otras respuestas o condiciones modificadas en forma similar, se prueba por medio de mediciones que se relacionan estrechamente con la fuerza de la respuesta. Por ejemplo, cuando un conjunto de operantes intraverbales se ha condicionado completamente, el número de respuestas evocadas por los estímulos apropiados en una fecha posterior se toma como una medida de la fuerza que sobrevive. Se supone que en esta condición de fuerza fraccionada, los factores incidentales llevan a recordar algunas partes y no otras. Supuestamente cada conexión intraverbal se ha debilitado hasta el punto que indica la tasa del número de respuestas controladas antes y después del paso del tiempo. Algunas veces, el número de refuerzos adicionales que se necesitan para llevar todas las respuestas bajo el control de los estímulos apropiados, se compara con el número de refuerzos necesarios para establecer la serie por primera vez. Tales estudios son útiles, no tanto para permitirnos trazar la curva según la cual se debilitan las conexiones intraverbales con el paso del tiempo, sino para mostrarnos la forma en que varias operantes intraverbales interactúan unas con otras para facilitar o interferir el control de estímulos.

El control ejercido por una *audiencia*, y por aquellas condiciones que funcionan como audiencia que facilitan la conducta verbal, también disminuye con el paso del tiempo, pero el efecto generalmente no es tan marcado. Esto debe distinguirse de la pérdida de respuestas intraverbales y de los tactos apropiados para un área especial. Olvidar los términos técnicos de algo, o no poder recordar un argumento técnico, puede no deberse a la falta de una audiencia técnica, aunque el efecto de una audiencia al hacer accesible un repertorio determinado, probablemente declina con el paso del tiempo.

Contingencias que determinan la forma

Las propiedades de una respuesta operante se especifican por la contingencia de refuerzo, en el sentido en que sólo las respuestas que poseen ciertas propiedades reciben refuerzo. Sin embargo, una respuesta puede presentar propiedades superfluas; es decir, puede tener propiedades que no se "necesitan". Estas propiedades generalmente surgen por accidente en los estados tempranos del condicionamiento. Si una respuesta es ejecutada consistentemente con una propiedad determinada, se refuerza también de forma consistente con dicha propiedad, aunque ésta no sea especificada por el sistema de refuerzo. Muchos de estos ejemplos podrían denominarse "supersticiosos". Las respuestas innecesa-

rias, o las propiedades de las respuestas, se mantienen debido al reforzamiento fortuito, pero no por ello es menos efectivo. Las formas de conducta verbal pueden contener elementos que la comunidad verbal no exige, y pueden persistir por periodos muy largos.

En general, sin embargo, una respuesta asume la forma más cercana al mínimo que satisface la contingencia; ésta se vuelve tan corta como es posible y conserva una estructura simple. No siempre es claro *por qué* cambia la forma en esta dirección. El refuerzo positivo neto probablemente es mayor para la respuesta más simple que satisface las contingencias, ya que tal respuesta evita el esfuerzo de ejecutar una forma más compleja. Con frecuencia observamos que una forma simple surge precisamente porque la más compleja recibe castigo. Los redactores de titulares, las personas que envían telegramas y todos los que deben escribir mensajes con materiales inadecuados, evitan las respuestas largas y su conducta verbal muestra las propiedades que se harán notar en un momento. Lo mismo ocurre con los hablantes cuya conducta vocal se ha castigado automáticamente, debido, por ejemplo, a un dolor de garganta, o al peligro de ser oídos por una audiencia castigadora. Si el efecto relativamente mayor de la forma más compleja puede considerarse como una ligera, pero a la larga efectiva, consecuencia aversiva, se explica la tendencia que existe para construir formas más simples.

Detectamos los efectos de una contingencia laxa a varios niveles. El cambio puede ocurrir en un sonido aislado del habla, en una operante aislada, o en las secuencias de las operantes que se discutirán en la parte IV. Debemos distinguir cuidadosamente entre los cambios que ocurren en el *hablante individual* debido a posibles cambios temporales en las exigencias de la comunidad verbal, y aquellos que tienen lugar *en las prácticas de refuerzo de la comunidad considerada como un todo* que pueden requerir muchas generaciones. Estos últimos, que con frecuencia se denominan cambios *en el lenguaje*, parecen, en general, ser acumulaciones de ligeros cambios en la conducta de los hablantes individuales que ocurren junto con cambios permanentes en las prácticas de refuerzo de la comunidad. Si los oyentes de una generación refuerzan una ligera desviación del habla "estándar" hasta que dicha desviación se vuelve estándar, los oyentes de generaciones posteriores podrán entonces tolerar otras ligeras desviaciones. Parece no haber límite a los posibles cambios de forma en tal sistema (como se sugiere, por ejemplo, con la transición del latín al francés).

El cambio en los criterios del reforzamiento responsables del deterioro de la forma, se ejemplifica por el aflojamiento general de los refuerzos educacionales previos que generalmente se usaban para moldear la conducta verbal. Aquellos que arreglan los

refuerzos educacionales, generalmente se esfuerzan por observar ciertas propiedades de la respuesta que entran en las contingencias. Los sonidos deben "pronunciarse correctamente", se insiste en la pauta de la operante en todos sus detalles, y se establecen secuencias intraverbales explícitas. El ambiente verbal que encuentra el hablante en una fecha posterior, puede no respetar tales contingencias. Su repertorio de sonidos del habla puede haberse simplificado y "vulgarizado", los términos pueden haber cambiado, etc. De esto no se sigue, en absoluto, que toda la dirección del deterioro sea la misma en todos los hablantes, ya que el cambio está determinado en parte por la comunidad verbal. Por encima del nivel de los sonidos del habla observamos simplificaciones de operantes mayores al separar las sílabas no acentuadas —especialmente en los comienzos y en las terminaciones de las formas verbales—, al utilizar apodos y otras expresiones "para acortar" las oraciones, al separar una de dos o más sílabas idénticas (haplología) y así sucesivamente. Si la respuesta *foto* es tan efectiva como *fotografía*, la forma más corta tiene probabilidades de ser más fuerte. Los cambios ligeros en estas direcciones se acumulan históricamente en los ejemplos bien conocidos del cambio lingüístico. El efecto sobre el hablante individual se describe con términos retóricos como "síncope" y "apócope".

Observamos el deterioro de pasajes más grandes en los casos descritos más arriba, en los cuales la longitud o la complejidad se castigan automáticamente. La conducta verbal que está bajo la presión del tiempo puede presentar simplificaciones, omisiones, reducción en el rango de variaciones de tono y así sucesivamente. El discurso memorizado que se deteriora cuando las contingencias se aflojan está ejemplificado por la conducta verbal estándar ritualista —por ejemplo la afirmación de *la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.* Los oradores ritualistas están sujetos a este deterioro. En la edad media la gente religiosa generalmente "barbullaba" sus oraciones y otros servicios con el fin de salir de eso rápidamente. "Eliminaban las sílabas del comienzo de las palabras, omitían la cesura o pausa entre los versos . . . se saltaban frases, hablaban entre dientes, rápida y atropelladamente".[6] El posible castigo por estos lapsos se personificaba con un diablillo especial (*Titivillus*) que se suponía coleccionaba "los errores y negligencias, sílabas y palabras" para usarlos contra las personas culpables más adelante.

Todas estas tendencias hacia las formas deterioradas continuarán hasta que las contingencias de refuerzo no se satisfagan más. Cuando los refuerzos educacionales han dado origen a las contingencias del discurso cotidiano, y en particular cuando éstas a su vez han dado origen al autorrefuerzo del hablante, el deterioro

[6] Power, E. *Medieval People.* (Boston, 1929), pág. 83.

puede ser muy grande. El punto en que el refuerzo deja de aparecer, o en el que pueden venir las consecuencias aversivas, no está determinado por la mera simplificación de la forma. Por ejemplo, en el curso del deterioro una forma puede comenzar a parecerse a otra y a producir un refuerzo que no es relevante para la condición presente del hablante. La forma de la respuesta puede entonces elaborarse cuidadosamente para evitar tal confusión. Sin duda, la elaboración que tiene el fin de multiplicar las formas distintivas de respuesta es posiblemente una tendencia más poderosa, y obviamente se opone al deterioro que se debe al aflojamiento de las contingencias de refuerzo.

Motivación

Cuando el individuo presenta su conducta en un estado de fuerza sostenido, se dice comúnmente que está "altamente motivado". Pero esta condición de fuerza puede ser el resultado de muchas clases diferentes de variables, y el término motivación no se aplica apropiadamente a todas ellas. Como acabamos de ver, la conducta puede variar en el grado de fuerza que existe entre extremos bastante amplios simplemente como resultado de las condiciones de refuerzo, si las otras variables permanecen constantes, pero clasificar esto como el efecto de cambios en la deprivación, por ejemplo, es innecesario e introduce confusión. El término se utilizará aquí como una clasificación conveniente para variables como saciedad y deprivación, para la estimulación aversiva que se utiliza al generar la conducta de evitación y de escape, para los efectos de ciertas drogas y para ciertos procesos no controlados de maduración o de envejecimiento en general.

La deprivación apropiada para un refuerzo determinado proporciona un medio para cambiar la fuerza de la conducta verbal. Si las demás cosas permanecen igual, podemos evocar una respuesta que ha sido reforzada con comida haciendo que el el organismo tenga hambre. Pero el refuerzo generalizado destruye la posibilidad del control *por medio* de las deprivaciones específicas. Sólo el mando y el tacto impuro permanecen dentro del alcance de esta variable. Sin embargo, hay otras condiciones que afectan el nivel general de la fuerza verbal, que por lo regular están de acuerdo con el nivel de la conducta no verbal también. La persona activa tiende a serlo tanto en forma no verbal como en forma verbal, y la persona tranquila o satisfecha lo es en todos sentidos. En la condición especial llamada sueño, la mayor parte de la conducta está en un nivel muy bajo, y esto también se aplica a la conducta verbal. Los cambios cíclicos que ocurren durante las horas de vigilia, que pueden estar o no correlacionadas con la ingestión o con otras actividades programadas del individuo, se encuentran tanto en la conducta verbal como en la

no verbal. Un bebé que esté activo también tiene probabilidades de vocalizar. Pero cuando el adolescente o el adulto activo tienen probabilidades de emitir una conducta verbal similar, se dice que el individuo es de "carácter locuaz" (esto generalmente es una condición que hace probable la aparición de muchas clases de conducta no verbal). Si no hay un oyente presente, o si no hay un control apropiado ejercido sobre formas específicas de respuesta, el individuo puede cantar o tararear una melodía.

Las condiciones aversivas que generan conducta verbal como una forma de evitación o de escape, con frecuencia se generalizan a toda la conducta verbal, e incluso a la no verbal, sin tener en cuenta la forma. La característica de la persona compulsiva o impulsiva cambia totalmente al variar la estimulación aversiva.

Los escritores profesionales han mostrado un comprensible interés por las condiciones que modifican la conducta verbal, y han descrito muchos efectos interesantes. Algunos han encontrado que un paseo tiene efectos benéficos sobre la productividad verbal. Shelley se ponía alerta verbalmente calentándose la cabeza ante un fuego. Aunque no se ha encontrado una regla general, varios estados de digestión parecen ser relevantes para la productividad verbal. Un escritor puede encontrar que es más productivo antes del desayuno; otro después de una comida pesada. Se ha encontrado que ciertas clases de ayuno parcial que resultan de dietas especiales o de programas especiales de comida son favorables. (Algunas de estas relaciones pueden no tener nada que ver con la deprivación. Cuando el acto de comer se asocia íntimamente con la conducta social, gran parte del cual es verbal, el control puede ser más apropiado al tipo de variable que se describió en el capítulo 7.)

Ciertas drogas poseen efectos importantes sobre la conducta verbal. El así llamado "suero de la verdad" parece reducir la ansiedad o la estimulación aversiva condicionada producida por el castigo. La emisión de la conducta se hace más probable reduciendo sus efectos automáticos de castigo. El alcohol, que es el suero de la verdad original, se ha utilizado mucho con el mismo propósito. A. E. Housman[6] encontró que una pinta de cerveza a la hora del almuerzo tenía un efecto notable sobre su actividad poética. DeQuincy[8] y Coleridge[9] han descrito el efecto del láudano sobre la conducta verbal, y Aldous Huxley recientemente ha narrado las virtudes de la mezcalina.[10] J. M. Barrie[11] prefiere la nicotina. Las drogas afectan también el modo de ejecución de la conducta verbal hablada o escrita. El lenguaje del ebrio —que está lleno de sonidos distorsionados, de cambios explosivos de

[7] Housman, A. E. *The Name and Nature of Poetry* (Cambridge, 1945).
[8] DeQuincy, T. *Confessions of an English Opium Eeater* (Londres, 1899).
[9] Coleridge, S. T. Note in *Kubla Khan* (Londres, 1816).
[10] Huxley, A. *The Doors of Perception* (Nueva York, 1954).
[11] Barrie, J. M. *My Lady Nicotine* (Londres, 1890).

velocidad y de volumen— se puede imitar fácilmente para divertir a muchos auditores, y ha sido ampliamente utilizado en los dramas.

La edad es otra variable importante. El programa según el cual la conducta verbal madura en un ambiente verbal estándar, ha sido exhaustivamente estudiado. La edad en la que el niño emite los primeros sonidos del habla o adquiere las primeras respuestas reconocibles bajo el control de la comunidad verbal, y el crecimiento de clases diferentes de respuestas verbales en su repertorio, es algo que ya se ha registrado. En el otro extremo del ciclo vital encontramos la conducta verbal de la senectud —un habla lenta que está bajo el control de estímulos erróneos, intraverbales que se "olvidan", vacilación con intraverbales triviales y repeticiones auto-ecoicas, reducción del control por parte de la audiencia que produce repeticiones no relevantes ni controladas, y así sucesivamente.

Emoción

Las condiciones que llevan al organismo a estar "emocionado", nunca se han estudiado en forma exhaustiva ni se han clasificado satisfactoriamente. Muchas de ellas se relacionan claramente con el refuerzo y con los estados apropiados de deprivación y de estimulación aversiva. Así, un estímulo peligroso o dañino no sólo posibilita que se refuerce la evitación o el escape, sino que genera condiciones emocionales en virtud de las cuales tal conducta es más efectiva. Las condiciones de refuerzo altamente favorables producen una reacción característica (como de "alegría"), y la conducta sexual está acompañada de fuertes cambios emocionales. La existencia de una conducta fuerte que no puede ejecutarse o, que si se ejecuta, es repetidamente inefectiva, genera la pauta común llamada "frustración". Y así sucesivamente.

Los cambios corporales en la emoción que más exhaustivamente se han estudiado, son las respuestas de las glándulas y de los músculos lisos. Estos cambios se refieren principalmente a la economía interna del organismo, aunque algunas veces producen "expresiones emocionales" visibles, como el llanto o la palidez. La musculatura vocal generalmente no se activa, aunque las respuestas vocales pueden modificarse, como cuando uno está "trabado" de rabia o de pesar. Tales "expresiones emocionales" pueden ser condicionadas según la fórmula pavloviana: una respuesta puede ser evocada a la larga por un estímulo que originalmente no era efectivo para este fin, pero que ha acompañado a un estímulo efectivo. Tal condicionamiento no hace que la conducta sea verbal según nuestra definición. Si uno pudiera realmente aprender a "llorar lágrimas reales" debido al efecto que esto tuviera sobre otra persona, el proceso ilustraría el condicio-

namiento operante y tendríamos que decir que la conducta es verbal. Pero es probable que tales efectos tengan que lograrse en forma indirecta.[12]

Un segundo tipo de expresión emocional involucra los sistemas musculares, mediante los cuales el organismo se relaciona con el mundo externo. Las llamadas expresiones faciales son ejemplos de esto, lo mismo que ciertas respuestas de todo el cuerpo como en el escalofrío o temblor. El aparato vocal puede tomar parte. La inhalación o expulsión violenta de aire de los pulmones puede producir sonidos, como ocurre cuando emitimos algún sonido cuando nos sorprenden, en los gruñidos de disgusto, o en los gritos de dolor extremo. Aunque estos sonidos se observan comúnmente en las condiciones emocionales extremas, también ocurren cuando la inferencia de un efecto emocional es engañosa. Así, el grito de un epiléptico frecuentemente se interpreta como si fuera un grito de angustia, y se dice que el primer llanto de un recién nacido es una protesta contra el acto de nacer; pero es más probable que ambos sean simplemente subproductos de una operación espasmódica o violenta del aparato respiratorio. El llanto posterior del recién nacido parece ser reflejo. Tanto el llanto como los gritos que se presentan en los estados de sorpresa, dolor, tristeza, etc., y el curioso comportamiento que llamamos risa, son formas comparables que sobreviven en la edad adulta.

Este segundo tipo de "expresión emocional" puede parecer condicionado según el paradigma pavloviano. Una respuesta viene a ser evocada por un estímulo que originalmente no la controlaba. Las muecas de disgusto que hacemos la primera vez que ingerimos una medicina amarga, las seguimos haciendo a la simple vista de la botella; y la risa de sorpresa originalmente evocada por un estímulo novedoso, a la larga estará controlada por el desenlace inesperado de la historia divertida. Sin embargo, generalmente ocurre el condicionamiento operante. Esto es especialmente claro cuando la forma de tales respuestas experimenta un cambio. Las expresiones faciales de la emoción son peculiares de una cultura determinada. En cierta forma, cada comunidad verbal posee sus propios gritos de dolor (*¡Ouch!* o *¡Ay!*), sus propias formas de reir, sus propias expresiones verbales de contento (*Pooh, ¡pooh!*), y así sucesivamente. (Las expresiones de contento con frecuencia carecen relativamente de forma, lo cual indica que ninguna conducta formalizada, sea favorable o desfavorable, es especialmente fuerte en ese momento.)

Es difícil establecer el grado en el que las llamadas expresiones emocionales se tornan verbales —o sea, el punto en el que adquieren forma definida debido a las costumbres de refuerzo de una comunidad—. La expresión *¡Ay!* puede ser un cambio

[12] *Science and Human Behavior*, pág. 114.

ligero en un grito de dolor, o puede ser completamente verbal si, en ausencia de dolor, se emite para evitar que, por ejemplo, nos toque un dentista. Los estados extremos de dolor generalmente producen formas de expresión más primitivas. Es posible que la mayor parte de las respuestas de esta clase consigan su fuerza al menos de dos fuentes (véase el capítulo 9).

Las variables emocionales poseen aún otro efecto: Cuando nos "excitamos emocionalmente", alteramos las probabilidades de emitir ciertos tipos de respuestas. Así, cuando hacemos enfurecer a una persona aumentamos la probabilidad de que presente una conducta abusiva, amargada o agresiva, y disminuimos la probabilidad de que presente una conducta generosa o de ayuda. El efecto se parece a un estado de deprivación o de saciedad, o a una condición de estimulación aversiva. La única diferencia está en la composición de las clases de respuestas que se afectan. Por qué las respuestas de un conjunto particular varían juntas como función de las condiciones que enfurecen a una persona, es algo que debe explicarse por sus consecuencias. Los comportamientos que se presentan en la rabia generalmente hacen daño a los demás; sólo las conductas que dañan a la persona X, son fuertes cuando decimos que un individuo está furioso con X. Hacemos un señalamiento similar cuando decimos que una persona tiene hambre de dulces. Ambas conductas pueden generalizarse: un hombre puede mostrar agresión hacia Y, aunque sólo esté furioso con X; y de la misma forma, un hombre que tiene hambre de dulces puede comer otra clase de alimento.

Una forma de expresión emocional puede ser simplemente una probabilidad aumentada de actuar en una forma determinada, o de lograr un efecto dado. Algunos ejemplos son verbales aunque no sean vocales. Así, una postura amenazante y unos puños levantados son expresiones de rabia que forman parte de una conducta impresionante. (Estos ejemplos pueden ser reforzados si atemorizan al "oyente" por sí mismos.) Las respuestas vocales que expresan rabia, en la misma forma incluyen mandos que especifican condiciones aversivas para el oyente (por ejemplo, el daño que se le va a propinar), tactos que describen al oyente y que tienen efectos aversivos (por ejemplo, al ponerle sobrenombres o al aplicarle adjetivos peyorativos) y respuestas que son directamente castigadoras (*¡Pfui!* o una risa burlona). Estas formas de conducta verbal son más claramente "expresivas" que otras que pueden ser igualmente castigadoras para el oyente, como contarle malas noticias o presentar temas de conversación que le molesten. Como estas respuestas dependen de la historia individual del hablante y del oyente, parece no ser posible hacer ninguna especificación objetiva de tales expresiones. Sin embargo, cuando inferimos a partir de una sola respuesta que "ese hombre está furioso", damos a entender que la respuesta es miembro de una

clase muy amplia, y que otros de sus miembros pueden ser observados bajo otras circunstancias. Además presuponemos que su inclinación a comportarse en esta forma se debe a las circunstancias específicas que causan su emoción. Es esta relación entre conducta verbal y variables emocionales, la que entra en juego cuando, como ocurre en la composición de poesía lírica, el nivel de productividad se afecta sensiblemente por circunstancias emocionales. Un gran amor, una gran pena o un gran odio, pueden producir un "torrente" de conducta verbal, cuyo efecto sobre el oyente o lector (y tal vez sobre el mismo hablante o escritor) sea apropiado para la emoción.

Algunas características de la conducta verbal con frecuencia se atribuyen a la emoción y son características de cualquier estado de fuerza extremo. Uno puede rebosar de alegría, quedarse anonadado por la sorpresa o mantener silencio por una pena, aunque estados de conducta comparables a éstas pueden surgir por razones no emocionales. Las respuestas verbales que se asocian íntimamente a tales estados emocionales frecuentemente se clasifican como exclamaciones o interjecciones, las cuales son una categoría o "parte del habla" que los gramáticos nunca han recibido muy agradablemente. J. H. Tooke la llamó "la brutal Interjección inarticulada que no tiene nada que ver con el habla, y que sólo es el refugio miserable de quienes carecen de habla".[13] Tales respuestas generalmente son breves, frecuentemente mal formadas, pocas veces moduladas, y generalmente ocurren en situaciones "no comunicativas", como ocurre, por ejemplo, al hablar con uno mismo. Sin duda muchas respuestas se asocian con variables fuertes, especialmente en los campos de la motivación y de la emoción. Pero en cada caso, puede detectarse una función explícita examinando las variables de control. Como vimos en el capítulo 3, algunas exclamaciones son mandos para llamar la atención (*¡Ejem!*), para dirigir la conducta del oyente (*¡Mira!*), para pedir confirmación de algo (*¿Eh, cómo?*), y así sucesivamente; otras, como vimos en el capítulo 6, funcionan como refuerzos (*¡Bien!*), como castigos (*¡Pfui!*) o son útiles para reinstalar condiciones pasadas de una clase parecida (*¡Tut, tut!*). Consecuentemente, la conexión con la emoción es incidental en todos estos casos.

La *manera* en que la conducta es ejecutada depende de su fuerza. Algunas emociones, como las condiciones extremas de deprivación o de estimulación aversiva, se caracterizan por la conducta no coordinada. El hablante puede tartamudear, pronunciar mal, cometer errores gramaticales, presentar extensiones solecistas del tacto, y mostrar otros signos de "turbación". La excesiva tensión muscular en el aparato fonador puede aumentar el nivel

[13] Tooke, J. H. *Diversions of Purley* (Edición de 1857), pág. 30.

de tono y energía de la conducta. Pero todo esto puede ocurrir en ausencia de la emoción.

Otra clase de respuestas verbales generadas por la condición emocional, se describe en la propia conducta del hablante. Una respuesta como *Tengo hambre*, rara vez se considera una expresión de emoción. Los estímulos públicos o privados que controlan tal respuesta, pueden caer en cualquiera de las clases que hemos descrito (véase la discusión de *Tengo hambre* en el capítulo 5). Así, la respuesta *Estoy furioso* puede describir los cambios que ocurren en las glándulas y en los músculos lisos, los cuales se estudian en la fisiología de la emoción; puede ser el informe de una expresión facial (que se ve, tal vez, en un espejo), o de una expresión de furia que posiblemente ha sido moldeada por una comunidad determinada, o de la tendencia a emitir tales expresiones; o puede ser una descripción de la tendencia a actuar agresivamente del propio hablante. La comunidad ha establecido la respuesta *Estoy furioso* basándose en aspectos observables de tal conducta, o en otros aspectos concomitantes a los hechos públicos, y así el individuo maduro puede usar la expresión con cierta exactitud, cuando los estímulos de control son privados.

Conducta verbal "dañada"

Los estragos que se presenten con la edad pueden anticiparse mediante otras clases de daño en el organismo. Los efectos verbales del daño cerebral (digamos, de heridas en las batallas, de tumores o hemorragias) generalmente se analizan bajo el título de afasia. Como hemos indicado, los fenómenos con frecuencia son sorprendentes para quien ha aceptado las explicaciones tradicionales de la conducta verbal. Cuando una persona puede pronunciar una palabra después de que el médico la dice, pero no puede usarla para efectos prácticos, o cuando es incapaz de nombrar un objeto cuando se le pide que lo haga pero pronto lo dice en otra situación, o cuando es incapaz de "leer" pero puede seguir instrucciones escritas, o cuando puede seguir instrucciones escritas sólo después de leerlas en voz alta, se nota la urgencia de una clasificación funcional de la conducta verbal.

Los cambios que se presentan en la conducta verbal considerada como un todo, van desde la pérdida total de la conducta (que se debe posiblemente, aunque no de manera necesaria a la anartría o parálisis del aparato fonador, hasta un estado de hiperexcitabilidad en el cual la conducta se emite rápida y continuamente, quizá durante varios días. En el último caso, como ocurre generalmente cuando la conducta verbal es fuerte por cualquier razón *general*, las variables de control pueden ser triviales; el habla puede ser superficial, no gramatical, ilógica y mal formada. Algunos efectos pueden surgir del daño a los sistemas sensoriales,

pero puede encontrarse que la conducta no verbal continúa estando bajo el control sensorial. Así, aunque pueda demostrarse que un hablante no es ciego, puede sufrir de "agnosia visual" (esto es la incapacidad para identificar objetos o colores, aunque pueda existir la capacidad para tratarlos prácticamente). En otras modalidades sensoriales existen defectos comparables, los cuales, claro está, afectarán diferentes tipos de operantes verbales de manera diferente; la conducta textual sufrirá en la agnosia visual (cuando se denomina "alexia"), la conducta ecoica en la agnosia auditiva, y así sucesivamente. Pero los síntomas afásicos también parecen respetar nuestra clasificación por otras razones, especialmente de naturaleza motivacional.

Los fenómenos de la afasia son difíciles de resumir debido a que la conducta verbal puede dañarse en muchos puntos y formas. Si acaso, nos podemos arriesgar a generalizar que, aparte de los daños sensoriales y motores específicos, la afasia es una condición de probabilidad disminuida de respuesta. Los síntomas de la afasia son valiosos porque ponen énfasis en la propiedad de "dificultad" que es inherente a todos los tipos de operantes. El daño generalmente es más grave en la conducta verbal que recibe refuerzo generalizado. El orden del daño parece seguir el orden de "dificultad" que se deduce de la disponibilidad de un repertorio mínimo. La conducta textual y ecoica sobrevive con frecuencia (a menos que se involucren los defectos sensoriales relevantes), mientras que las intraverbales y los tactos parecen ser más vulnerables. Por ejemplo, aunque los nombres de las letras puedan repetirse ecoicamente o puedan leerse en voz alta, el alfabeto puede no decirse correctamente. Las conexiones intraverbales triviales pueden alterar el encadenamiento de las respuestas. Cuando no se puede emitir un tacto simple, la presión generalizada del silencio como condición aversiva puede producir una serie de respuestas relacionadas. El primer término de esa serie (y quizá otros) no puede ser intraverbal si no ha habido un estímulo verbal (al menos encubierto). En tales casos la respuesta debe considerarse como un tacto de extensión metonímica. Si lo demás se mantiene igual, la amplitud del condicionamiento puede afectar el resultado: se puede perder antes un segundo idioma que la lengua materna, y así sucesivamente.

La conducta verbal que ha sido reforzada en relación con alguna condición especial de deprivación o de estimulación aversiva (incluyendo los efectos que posee sobre otras condiciones, que son apropiados para las diversas clases de emociones), se mantiene relativamente accesible. El mando y el tacto impuro pueden evocarse frecuentemente arreglando las variables apropiadas. Por otra parte, la conducta que ha sido castigada tiene probabilidades de ser relativamente débil (por ejemplo, puede ser difícil para el paciente repetir una afirmación falsa).

Además de dar énfasis a la relativa facilidad o dificultad de varios tipos de operantes verbales, el daño al organismo puede afectar las actividades de segundo orden que se discutirán en la parte IV. Las actividades gramaticales y sintácticas pueden ser excesivas y con frecuencia confusas (paragramatismo) o pueden estar ausentes (agramatismo). El paciente puede afectarse como hablante por una parte, y como oyente por la otra, y como oyente algunas de sus conductas pueden afectarse y otras no. En los casos severos toda la conducta del oyente desaparece, y al hacerlo decimos que el paciente no entiende más el lenguaje hablado. Toda la conducta apropiada para el lector puede perderse, pero hay casos más leves en los cuales la conducta textual está ausente parcial o completamente, aunque el paciente pueda seguir correctamente las instrucciones escritas. Cuando sólo se pueden seguir instrucciones leídas en voz alta y con una pronunciación correcta, parece que las respuestas no verbales directas que se emiten ante un texto desaparecen, mientras que las respuestas que resultan del lenguaje hablado sobreviven. Así, al leer el texto en voz alta, el paciente puede generar los estímulos que necesita.

¿CUÁNDO CESA LA CONDUCTA VERBAL?

Aunque estamos especialmente interesados en las variables que generan y mantienen la conducta verbal, es útil considerar las condiciones bajo las cuales la conducta llega a su fin. Algunas veces una respuesta verbal se emite realmente varias veces, ya sea como resultado de su fuerza excepcional, o porque proporciona su propio estímulo para la conducta ecoica; pero la regla más común es que se emita sólo una vez. Evidentemente, la respuesta misma altera algunas de las variables que la controlan y, por tanto, cambia inmediatamente su propia probabilidad ¿Cuáles son estas variables y cómo cambian?

Una respuesta verbal puede cambiar el nivel de la deprivación apropiada; el refuerzo de un mando, por ejemplo, generalmente tiene este efecto, pero la fuerza de la conducta puede no descender de inmediato. El hombre en un anuncio dice *Por puro placer, déme un vaso de cerveza fría,* aunque ya tiene ese vaso en la mano. El niño emite el mando *¡yo!... ¡yo!...* a la persona que está distribuyendo regalos, puede emitir una o más respuestas después de recibir el suyo. La fuerza declinante puede evidenciarse en la disminución de la energía de la respuesta, mientras que el último caso es sólo un susurro. Con mayor frecuencia el refuerzo produce una condición en la que se evoca otra conducta y el mando no se repite por esta competencia.

Los estados de deprivación asociados al refuerzo generalizado no pueden alterarse en esta forma. El oyente puede reducir ins-

tantáneamente una amenaza u otra forma de estimulación aversiva como consecuencia de una sola respuesta, pero un solo caso de refuerzo *positivo* generalizado debe tener sólo un efecto insignificante de saciedad. El cambio que produce tal conducta para evitar su propia repetición, debe por tanto ser de otra clase. Ya hemos visto que la comunidad no continúa reforzando tactos excepto en ciertas ocasiones inusitadas. También deja de reforzar más de un caso, ya sea de un tacto o de la conducta ecoica, textual o intraverbal; lo hace porque la función de la conducta verbal para el hablante generalmente se cumple solamente con un solo caso. Una vez que la respuesta de este tipo se ha emitido, establece automáticamente una condición bajo la cual, en vista de las costumbres de refuerzo de la comunidad, no puede emitirse y ser de nuevo reforzada. Este aspecto de las contingencias de refuerzo de una comunidad no puede ser igualmente efectivo sobre la conducta de todos los hablantes. La persona locuaz evidentemente no ha sido afectada por esto; pero la persona lacónica puede dejar de repetir tan frecuentemente como sea necesario, para lograr el efecto deseado. (Estas características de la conducta verbal pueden deberse en parte a las prácticas defectuosas de la comunidad, aunque ellas también ejemplifican otros efectos.) En el sentido del capítulo 6, podríamos decir que un caso de respuesta convierte al oyente de alguien que no sabe, en alguien que sí sabe. El estatus de auditor de un oyente dado puede ser vago, pero el oyente ante quien ya se ha emitido un tacto, es muy obviamente uno que no tiene probabilidades de reforzar un segundo caso. Esto es especialmente claro si el oyente especifica su estatus con una respuesta como *Sí, ya veo*, o *¿De veras?* Al dar órdenes importantes (el cirujano a la enfermera, el capitán a la tripulación, el mesero al jefe de cocina) se acostumbra que el oyente repita la orden como indicación de su nuevo estatus de auditor; si no lo hace, la orden se le repite. Algunas veces se les pide a los alumnos que repitan las respuestas de los maestros por la misma razón.

Al hablar acerca de una situación compleja, o al presentar un argumento intraverbal implícito, no siempre queda claro que una sola respuesta haya tenido el efecto requerido, y la conducta verbal de esta clase tiende a ser muy repetitiva. (También tiende a estar marcada por respuestas de interjección que esencialmente son mandos para la condición del oyente, a la cual se le denomina "entender el punto"; por ejemplo, *¡vea usted!*, o *¡Aquí tiene!*) Las audiencias que no se ven alientan la repetición, como ocurre al escribir cartas, al hablar improvisadamente por televisión o al escribir un libro cuando no hay forma de predecir la reacción del lector. Un oyente distraído produce habla repetitiva. Las audiencias atípicas como los nenés pequeños, los perros, las muñecas, etc., que pueden generar comportamiento por la

generalización del estímulo, no dan signos de haber sido afectados por nuestra conducta verbal, y la conducta es repetitiva de manera característica (*Eres un bebé encantador, sí, lo eres, sí señor, eres un encanto de niño, ¿no es cierto?, sí, un encanto de niño...*). De esta forma, el oyente que desea detener al hablante repetitivo, lo hace con un signo que demuestra que la conducta tuvo el efecto, diciendo por ejemplo *¡Sí, ya me lo dijiste antes!, ¡No digas!, ¡Sí, ya lo sé!*

La reacción del oyente que hace terminar la conducta verbal puede ser bastante específica. El hablante puede no detenerse si el oyente le da algún otro tipo de reacción. Supongamos, por ejemplo, que un hablante emite una respuesta en voz alta bajo circunstancias que exigen que se hable en voz baja, y la única respuesta del oyente es *¡Sh!*; el hablante puede entonces *susurrar* la respuesta que ya dijo. Esto parece ser ilógico porque la primera respuesta obviamente fue escuchada, pero la reacción del oyente se debió únicamente a la intensidad de la respuesta y, por tanto, es preciso repetirla.

Las contingencias establecidas por la comunidad para oponerse a la repetición, obviamente afectan el uso de la frecuencia de la respuesta como medida de fuerza. Como las normas restrictivas no se aplican necesariamente a las formas sinónimas de respuesta, las variables fuertes pueden llevar a una especie de repetición con variación. Los niños no sólo repiten la misma forma, sino que con frecuencia emiten formas esencialmente sinónimas en un grupo temático. Dos ejemplos tomados de un niño de dos años, son los siguientes: *Son lo mismo en forma igual*, y *Yo todavía no he terminado aún con esto.* Los adultos generalmente toleran tales normas, pero incurren en faltas similares cuando en respuesta a un solo estado de cosas exclaman: *¡Bien!, ¡Muy bueno!, ¡Excelente!*, en vez de exclamar: *¡Bien!, ¡Bien!, ¡Bien!* Conrad notó que esto le sucedía a los hablantes que se comunicaban en una lengua extraña a ellos, y da muchos casos de ello: *"Demasiado mucho suficiente de Patusan", concluyó él con energía.* El apareamiento de sinónimos es un instrumento literario común que aumenta la probabilidad de que el lector emita una respuesta efectiva, y a la vez elude el tabú que existe en contra de la repetición. Shakespeare presenta muchos ejemplos de esto (*los dardos y las hondas de atroz fortuna*), lo mismo que la biblia del rey James (*No me reproches en Tu ira ni me castigues en Tu enojo*). Es muy probable que tal costumbre sea reforzada no sólo porque lleva a escapar de la repetición, sino por una reacción más unívoca de parte del oyente que se encuentra bajo cualquier control común que posea ese grupo de estímulos. La repetición que se alienta cuando describimos un estado de cosas difícil o complejo, o traemos un argumento difícil, con frecuencia presenta esta clase de variación. Los tratados

metafísicos algunas veces son reducibles a series de variaciones alrededor de unas pocas respuestas básicas.

La conducta verbal que es fuerte debido a alguna de las consecuencias especiales que hemos discutido en el capítulo 6, se lleva a su fin, por encima y más allá de la consecuencia especial de "permitir que el oyente sepa", por una reducción en los estados relevantes de deprivación, como es la conducta que tiene la forma de mando. El muchacho que grita *¡El lobo!*, deja de hacerlo cuando sus vecinos llegan corriendo. La conducta emocional del oyente no sólo es una consecuencia especial que no puede mandarse efectivamente, sino que no siempre es obvia. La condición subyacente tampoco cambia mucho por una sola respuesta. Rara vez quedamos satisfechos de conseguir una sola risa o una sola lágrima. La conducta que tiene este tipo de efecto es característicamente repetitiva. Así lo es la conducta cuyos efectos son más sutiles: *...en el polvoriento y olvidado rincón de un cuarto olvidado,*[14] o *Algo parecía hincharse y crecer e hincharse dentro de su pecho.*[15] Compárese, de este último autor, lo siguiente: *El mundo puede ser malo, cruel y estúpido, pero es paciente. En esto no me pueden ganar. Es paciente; yo sé lo que digo; afirmo que el mundo es paciente.* Aquí, como en el estribillo poético y en otras clases de repetición retórica, los instrumentos estilísticos son posibles debido a que la comunidad literaria ni los castiga ni deja de reforzar la repetición de una respuesta con la misma diligencia en que lo hace el ambiente verbal práctico. La repetición también se alienta porque las respuestas ocurren en la comunidad literaria con menos fuerza.

La conducta verbal puede llegar a su fin simplemente porque unas pocas respuestas revelan el carácter de audiencia del oyente. Alguien a quien le hablamos por primera vez puede mostrar mediante su primera reacción que él es un ejemplo de una audiencia que no refuerza la conducta verbal; por ejemplo, si es un sordo, o si no habla el idioma en el cual estamos hablando nosotros. En tal caso, la conducta se detendrá mucho más rápidamente que a través del mismo proceso de extinción (Claro está, la extinción estuvo involucrada originalmente al llevar la conducta bajo el control negativo de tal audiencia). No es necesario extinguir todo nuestro repertorio verbal cada vez que descubrimos a alguien que habla otro idioma.

La conducta verbal que es principalmente efectiva para el hablante mismo, llega a su fin sólo cuando se ha logrado obtener el efecto; pero cuando no hay una audiencia punitiva, o una clase cualquiera de audiencia negativa, la conducta puede no terminarse, como se muestra algunas veces en los diarios íntimos y en los cuadernos de notas. El hablante que se habla a sí mismo

[14] Moore, G. *Confessions of a Young Man* (Nueva York, 1901).
[15] Machen, A. *The Hill of Dreams* (Nueva York, 1927).

a través de otra persona no puede ser detenido por el pretendido oyente indicando simplemente que su conducta ha logrado el efecto deseado. La confesión puede necesitar de un oyente externo, pero es efectiva principalmente para el hablante mismo. Rousseau les dio a sus lectores la siguiente advertencia: *"Je sais bien que le lecteur n'a pas grand besoin de savoir tout cela, mais j'a besoin, moi, de le lui dire"*.[16] La conducta verbal que surge principalmente de la ansiedad o de otra condición aversiva del hablante, condición que no puede ser mitigada en forma efectiva por la conducta, puede resultar repetitiva en la forma descrita por la reina en el *Hamlet* de Shakespeare como "rezongaba demasiado".

Una circunstancia afortunada ocurre cuando el hablante que está hablando principalmente para sí mismo logra un efecto sobre sí mismo aproximadamente al mismo tiempo que sobre sus oyentes. La clase más común de error lleva a la repetición. Aunque el oyente externo pueda haber experimentado el cambio apropiado desde hace mucho tiempo, el hablante continúa hablando para sí mismo. Cuando ocurre el efecto sobre el oyente mismo, antes de que ocurra sobre el oyente externo, se dirá que su conducta es *lacónica*; el oyente externo se habría beneficiado de la repetición y ampliación.

Cuando existe una razón práctica para evitar el cese de la conducta verbal, pueden evitarse las consecuencias de la terminación. El problema del escritor profesional es continuar reaccionando verbalmente. Muchos escritores han encontrado que es buena idea no hablar del material acerca del cual están escribiendo. Decir el argumento de una novela o describir los detalles de una escena, debilitan el comportamiento y hacen que sea más difícil para el escritor terminar su trabajo. En forma similar, el psicólogo entrevistador que está ansioso por mantener a su cliente hablando puede evitar cualquier indicación de que su conducta es efectiva, no sólo para evitar "moldear" la conducta del cliente a lo largo de ciertos temas (véase el capítulo 6), sino para evitar traerla a su fin mostrando que aparentemente está de acuerdo o entiende lo que el cliente le dice.

REFINAMIENTO DE LA DEFINICIÓN DE CONDUCTA VERBAL

Hasta ahora hemos examinado las variables de las cuales es función una respuesta verbal; es útil restringir nuestra definición excluyendo casos de "conversación" que son reforzados por cier-

[16] "Yo sé muy bien que el lector no tiene necesidad de saber todo esto, pero yo tengo necesidad de decirlo." Rosseau, J. J., *Les confessions*, Libro I (Traducción libre. *N.* del *E.*)

tas clases de efectos sobre el oyente. La exclusión es arbitraria, pero ayuda a definir un campo de investigación que posea ciertas propiedades unitarias.

Cuando el "oyente" mediador participa solamente en su papel como objeto físico, no hay razón para distinguir un campo especial. El boxeador profesional o el médico, logran ciertos resultados sólo "por la participación de otra persona", pero un golpe en la mandíbula o una apendicectomía no se consideran apropiadamente como verbales.

Decir que estamos interesados únicamente en la conducta que tiene efecto sobre la *conducta* de otra persona no nos lleva muy lejos, porque la definición abarca toda la conducta social. El artista, para tomar un ejemplo particular, se refuerza por los efectos que sus obras tienen sobre la gente —él mismo u otras personas—, pero gran parte de su conducta no es relevante aquí. Una restricción preliminar nos permitiría limitar el término verbal a casos en los cuales las respuestas del "oyente" hayan sido condicionadas. Entonces podríamos excluir la conducta de hacer una cuidadosa representación de un paisaje como no verbal, aunque estemos aceptando la utilización de un símbolo convencional en una pintura como una respuesta verbal. Pero el artista que pinta a una madre con su hijo para evocar reacciones apropiadas a tal tema, está apelando a la conducta condicionada por parte de su audiencia, aunque su conducta no se describa apropiadamente como verbal. Si decidimos que el "oyente" deba responder en formas que han sido condicionadas *precisamente con el fin de reforzar la conducta del hablante*, reducimos nuestro tema a lo que tradicionalmente se ha reconocido como el campo verbal.

Estas distinciones pueden ilustrarse considerando las diferentes formas en las que uno puede hacer que un caballo dé la vuelta. Cuando se usa la fuerza física —cuando simplemente se empuja al caballo— el resultado no refuerza a la persona que lo empuja debido al movimiento del caballo como organismo vivo. Uno podría empujar en la misma forma un caballo de madera, y la conducta en este caso no nos interesa aquí. Si uno hace que el caballo dé la vuelta mostrándole un objeto que lo atemorice, o atrayéndolo con un objeto novedoso, el efecto se logra evocando conducta *incondicionada.* En forma similar, cuando uno espanta una mosca de la ensalada, la mosca se marcha por una respuesta característica incondicionada ante un objeto en movimiento. Las técnicas y maniobras del torero tienen resultados bastante predecibles debido a las formas en que los toros en general se tienden a comportar, aunque en la arena se hacen ciertos condicionamientos específicos. Los publicistas ejercen un control similar sobre la conducta humana: el timbre de una tienda de subastas es un estímulo fundamentalmente incondicionado que hace que los transeúntes miren la vitrina. Aclarar la garganta

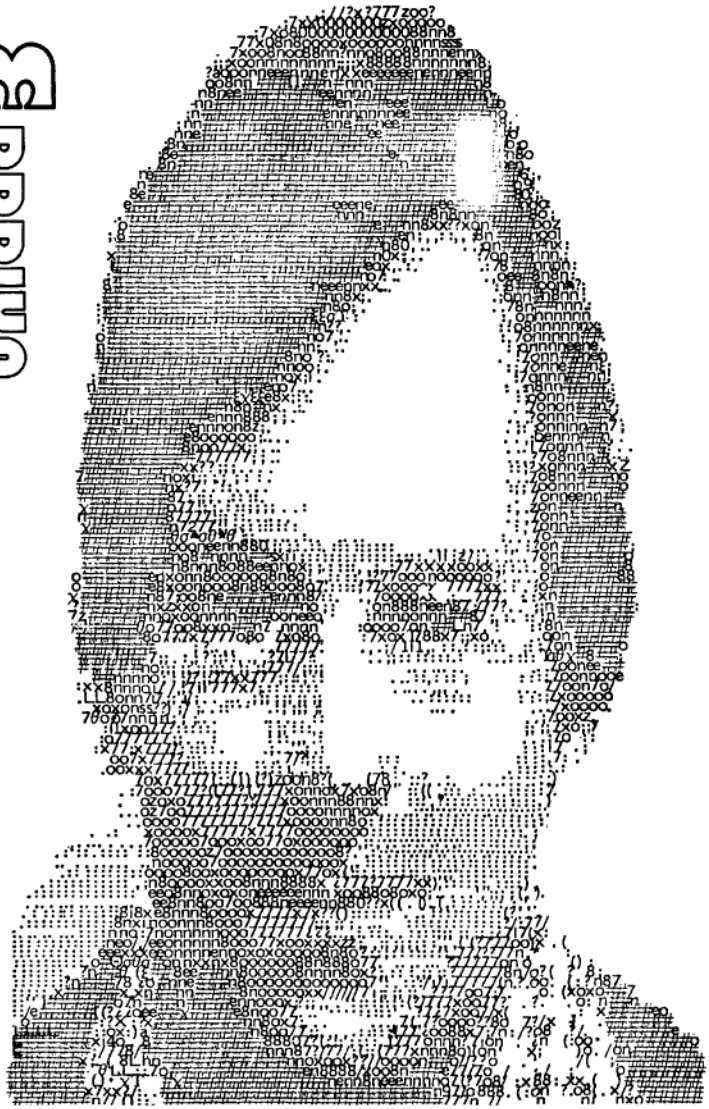
o decir *¡Psst!* para llamar la atención puede ser una acción efectiva por las mismas razones. También se utilizan estímulos condicionados. Un terrón de azúcar puede inducir al caballo a virar, principalmente porque el viraje y la proximidad a objetos similares han sido seguidos por el contacto reforzante del azúcar en la boca. Parece no haber buenas razones para considerar el "uso" de tales estímulos como verbales, debido a que las relaciones de control no presentan problemas especiales.

Un hombre presenta una conducta que requiere un análisis mayor, cuando hace que el caballo dé la vuelta aflojándole las riendas de un lado y tocándole ligeramente la piel del cuello con ellas. El toque de las riendas, al contrario de lo que ocurre con el objeto atemorizador, originalmente no lleva al caballo a doblar en determinada dirección y no ha habido un condicionamiento *incidental*, como ocurre en el caso del terrón de azúcar. Al caballo se le ha condicionado con respecto al toque de las riendas *especialmente para crear un medio de control.* De manera más particular, se le ha sometido a ciertas contingencias que implican tocarle el cuello y escapar, o evitar de estímulos aversivos producidos por el látigo o la pierna del jinete. Finalmente este condicionamiento especial imparte propiedades de especial interés a la conducta del jinete, en la misma forma en que circunstancias similares de la historia del oyente dan origen a importantes características en la conducta del hablante.

El condicionamiento especial del oyente es la esencia del problema. La conducta verbal se moldea y se sostiene por un ambiente verbal; por la gente que responde a la conducta en ciertas formas, debido a las costumbres del grupo del cual ellos mismos forman parte. Estas prácticas y la resultante interacción entre el hablante y el oyente, producen los fenómenos que hemos considerado aquí bajo el nombre de conducta verbal.

Variables múltiples

Unidad 3



Causación múltiple

A partir de nuestro análisis de las relaciones funcionales básicas en la conducta verbal, surgen dos factores: 1. la fuerza de una sola respuesta puede ser, y generalmente es, función de más de una variable, y 2. una sola variable generalmente afecta más de una respuesta.

Ya hemos dado un ejemplo del primer caso: la respuesta *fuego* puede ser un mando o un tacto; también puede ser una respuesta ecoica, textual o intraverbal. (Debido a que la forma de las respuestas ecoicas y textuales está determinada por estímulos verbales, casi siempre tienen la misma forma de las otras operantes.) La superposición formal no tiene que ser completa. En un ejemplo que consideraremos más adelante, encontraremos la respuesta *descuento* bajo el control de una variable y el fragmento *des* bajo el control de otra.

La evidencia de que una sola variable puede afectar la fuerza de muchas respuestas es igualmente adecuada. Diferentes partes de la comunidad verbal, o la misma comunidad verbal en diferentes ocasiones, pueden reforzar diferentes respuestas de la misma manera. El repertorio de un adulto contiene muchos mandos que varían con el estado de deprivación o con la estimulación aversiva; cuando un hombre está deprivado de comida, no es simplemente el mando *¡Comida!* lo que muestra un aumento en la probabilidad. Las prácticas de refuerzo que se relacionan con la conducta intraverbal son aún más complejas. De la misma manera en que determinada palabra-estímulo evoca un gran número de respuestas diferentes en una muestra de la población así también aumenta la probabilidad de emisión de muchas respuestas en un mismo hablante. Muchas propiedades, cada una de las cuales controla un tacto abstracto, se presentan juntas en lo que hemos llamado una presentación de estímulos o situación

de estímulos y, a través de la extensión metafórica, metonímica o solecista, cada una de ellas puede inducir la emisión de muchas otras. Únicamente las conductas ecoicas y textuales no presentan una sola variable controlando muchas formas de respuestas.

A veces se emiten varios miembros de un grupo de respuestas fortalecidas por una sola variable. Ciertas expresiones idiomáticas consisten en pequeños grupos "temáticos" (*además de, tanto mejor, medios y arbitrios, parte esencial, sano y salvo, cosas sueltas*). Cuando la conducta verbal no logra alterar las circunstancias responsables de su fuerza, una respuesta puede producir otra (especialmente cuando la repetición directa es castigada) y el grupo temático aparece como una especie de repetición con variaciones. Los grupos de respuestas que están bajo una variable común se reconocen formalmente bajo las rúbricas de "actitud" u "opinión". Cuando utilizamos la medida de opinión para predecir el comportamiento, argumentamos que debido a que se ha dado una respuesta en un grupo temático otras respuestas en el mismo grupo tienen probabilidades de aparecer. No es necenecesario identificar las circunstancias responsables ni en la historia previa ni en las condiciones actuales del hablante.

Un grupo temático es la contraparte conductual de una proposición. En la expresión "la misma cosa puede decirse de diversas maneras", el término "la misma cosa" se refiere a un conjunto común de variables, mientras que "diversas maneras" se refiere a un grupo temático de respuestas. Algunas veces es más fácil predecir que una persona contestará "negativamente", que decir que emitirá una respuesta en particular, como por ejemplo, *¡Nunca!*, debido a que las variables que controlan un grupo temático sólo son partes de aquellas que se deben tener en cuenta al predecir una respuesta específica.

Ni el hecho de que una sola respuesta pueda ser controlada por más de una variable, ni el hecho de que una variable pueda controlar más de una respuesta, viola ningún principio del método científico. De esto no se sigue que una relación funcional específica no esté sujeta a leyes, ni que el comportamiento que ocurra en una situación dada no esté totalmente determinado. Simplemente significa que debemos tener en cuenta *todas* las variables relevantes al hacer una predicción o al controlar el comportamiento.

Estos dos hechos hacen muy probable que cualquier muestra de conducta verbal sea una función de muchas variables que operan al mismo tiempo. Cualquier respuesta que esté bajo el control de una variable tiene cierta probabilidad de estar relacionada con otras variables que también están presentes. Ahora bien, es un principio bien establecido en la conducta no verbal que fuentes separadas de fuerza son aditivas. (Debido a que algunas variables *reducen* la fuerza de la conducta verbal, esta adición

debe ser algebraica.) Como resultado, la causación múltiple produce muchos efectos verbales interesantes, incluyendo aquéllos del juego verbal, el humor, el estilo, las estrategias de la poesía, las estrategias de la poesía, las distorsiones formales, los lapsos y muchas otras técnicas del pensamiento verbal.

Ya hemos recurrido a la causación múltiple al tratar a la audiencia como una variable (capítulo 7). Un grupo amplio de respuestas tiene mayor fuerza en presencia de una audiencia determinada, y algún miembro de ese grupo de respuestas tiene mayor fuerza, digamos, en presencia de un objeto determinado. El hablante emite una respuesta que es tanto "apropiada para la audiencia" como "descriptiva del objeto". También hemos utilizado este principio para explicar ciertos efectos especiales, en el capítulo 6.

De esta forma, un tacto que está bajo el control de un estímulo particular que también logra algún efecto especial sobre el oyente, tiene mayor probabilidad de ser emitido. El tacto *leche*, que es fuerte ante la presencia de la leche, tiene mayor probabilidad de ser emitido cuando el hablante tiene deseos de tomar leche y se siente inclinado a emitir el mando *¡Leche!* Excepto cuando el control de estímulos se destruye por completo, como ocurre en la ficción o la mentira, debemos tener en cuenta estas dos fuentes de fuerza.

Ahora nos referiremos a un tipo diferente de control múltiple, en el cual las relaciones funcionales, establecidas por separado, se combinan posiblemente por primera vez en una ocasión determinada. Existen dos tipos de evidencia que deben considerarse. En el estudio de la conducta verbal, a menudo estamos limitados a registros de la conducta del hablante o del escritor, donde no se conocen las condiciones bajo las cuales ocurrió la conducta. Generalmente esto ocurre en el estudio crítico de los textos, en el análisis lingüístico de muestras grabadas del lenguaje, y en la explicación de la literatura o de los escritos científicos. Podemos reconstruir una probable historia verbal del hablante o del escritor, pero sólo rara vez nuestras inferencias con respecto a las variables relevantes pueden ser verificadas directamente. Sin embargo, las inferencias con frecuencia son plausibles, y el análisis resultante puede ser útil. Una clase de información más directa se obtiene de la manipulación deliberada de las variables, caso en el cual el comportamiento resultante se predice o se controla realmente.

En este capítulo predomina el primer tipo de evidencia. Las relaciones funcionales demostradas en la parte II y la noción de la causación múltiple, se utilizan para interpretar instancias registradas de conducta verbal. Al juzgar la validez del análisis, el lector debe tener en cuenta la posibilidad de un tipo más directo de información, que será discutido en el capítulo siguiente, en el

cual las variables que controlan la conducta verbal son manipuladas directamente con fines prácticos.

AUDIENCIAS MÚLTIPLES

Además de la causación múltiple que ocurre cuando una audiencia se combina con un tipo diferente de variable, tenemos que considerar las audiencias múltiples. El control que ejercen dos o más audiencias se desarrolla bajo circunstancias apropiadas, y las audiencias entonces ocurren juntas tal vez por primera vez.

En un caso relativamente trivial, dos o más audiencias tienen el mismo efecto sobre la misma respuesta. La fuerza verbal creciente del orador improvisado, a medida que aumenta su público, es poco más que la intensificación de una sola variable. Un aumento similar en la magnitud de una audiencia negativa es responsable de la supresión completa de la conducta verbal en lo que se conoce como "miedo al escenario", si es que este término puede extenderse a cualquier situación en la cual un individuo esté hablando a un gran número de personas potencialmente críticas o negativamente reforzantes.

Las audiencias múltiples que controlan diferentes respuestas, o la misma respuesta en diferentes formas, producen efectos más interesantes. Diferentes formas de respuesta son establecidas por diferentes comunidades verbales cuando el refuerzo último, así como la situación externa con excepción de la audiencia, es el mismo. Las audiencias que controlan por separado estas formas de respuestas se unen entonces. El efecto es una reducción severa en el repertorio disponible, sólo si las respuestas comunes a ambas audiencias son fuertes. Por ejemplo, es "difícil" discutir el mismo tema ante audiencias técnicas y no técnicas al mismo tiempo. Podemos interpretar el término "difícil" de dos maneras: por una parte, puede indicar la pobreza del repertorio disponible, como ocurre cuando nos es difícil hablar en un idioma que no conocemos; por otra, se puede referir a contingencias de castigo que probablemente están presentes en tal situación; el hablante está sujeto a las críticas de la audiencia técnica si sus respuestas son inexactas o deficientes; pero también puede estar sujeto a las críticas del público no técnico, si sus respuestas son oscuras e ininteligibles.

La presencia de una audiencia negativa puede detectarse sólo en combinación con una audiencia positiva, debido a que su efecto se siente como una reducción de la fuerza del comportamiento apropiado para esta última. Las respuestas obscenas reforzadas por los compañeros de juego del niño, por ejemplo, son castigadas por su familia. Mientras que estas dos audiencias estén

separadas, no surgirán dificultades, pero las dos audiencias juntas presentan un dilema: las respuestas deben ser emitidas y castigadas por una audiencia, o retenidas con, digamos, una pérdida de prestigio con respecto a la otra. Dos científicos pueden dejar de conversar en un ascensor lleno de gente si son sensibles a la presencia de una audiencia adicional que puede reaccionar ante su conducta verbal como si ésta fuera extraña. Si la audiencia negativa no predomina, el resultado puede ser la pérdida de efectividad con respecto a la audiencia positiva. Cuando un orador callejero subversivo ve acercarse a un policía, la fuerza de su conducta disminuye a medida que la audiencia negativa se hace relativamente más importante, y quizá a la larga su conducta caiga por debajo del nivel manifiesto. El alumno que murmura con poca claridad una respuesta con el objeto de disimular que está equivocado, presenta, dentro de sí mismo, tanto el efecto de una audiencia positiva (que exige *alguna* respuesta vocal), como el de una audiencia negativa que exige una respuesta más detallada. A veces, la combinación de audiencias positivas y negativas reduce el nivel energético de la respuesta, de forma que sólo afecta una audiencia, como ocurre al hablar en voz baja o al pasar notas secretamente. La conducta asume un nivel energético o una forma tal que afecta sólo a una de las dos audiencias. El "aparte" en el teatro es una manera formal para hablar sólo a una de las dos audiencias, en la cual la audiencia que es excluída puede producir consecuencias punitivas.

Se supone que una respuesta verbal es efectiva sobre dos audiencias en diferentes formas. Cuando dos o más formas de respuesta son efectivas sobre una audiencia positiva, pero sólo una de ellas lo es sobre la audiencia negativa, la forma que es efectiva sólo sobre la positiva surge cuando las dos audiencias ocurren juntas. Los padres pueden hablar un idioma extranjero para evitar efectos sobre sus hijos que son punitivos para los padres. Una función de la jerga del bajo mundo es servir como idioma secreto. En el Londres del siglo XVIII, el ladrón podía decir *Stow it, the cove's awake* para advertir a su compinche que la pretendida víctima estaba alerta, y esta respuesta no tenía ningún efecto sobre las demás personas. De manera similar, en vez de informarle a su amigo que: *the highwyman put spurs to horse, but the police caught him* (el fugitivo picó espuelas a su caballo, pero la policía logró alcanzarlo), para no ser entendido por los demás dijo: *The kiddy clapped his persuaders to his prad, but the traps boned him.*[1]

En una época era común que el médico se comunicara con el farmacéutico a través del paciente, usando un lenguaje secreto que éste generalmente no podía entender. Así pues, los signos

[1] Estos ejemplos proceden de Grose, F., *A Classical Dictionary of the Vulgar Tongue* (Londres, 1785).

R
Sodii bicarbonatis
Sachari ā ā 3ij
Spirits amonii aromatici xL
Aquae menthae piperitae F 3viij
q.s.ad

tenían un efecto sobre el farmacéutico similar al que podía tener la *solución de sodaminta*, pero esta última podía despertar un efecto aversivo en el paciente hacia su médico. En una conocida historia de O. Henry, se compuso un telegrama en caló norteamericano para que la policía sudamericana no pudiese descifrarlo ni con ayuda de un buen diccionario de inglés. El caló cambia con tal rapidez que el lector norteamericano moderno probablemente quedará confundido por completo. El telegrama decía: *His nibs skedaddled yesterday per jackrabbit line with all the coin in the kitty and a bundle of muslin he's spoony about.* Los términos ambiguos que empleamos para conducir una conversación íntima en un autobús lleno o en presencia de un intruso, también son formas de lenguaje secreto. Los términos que usamos tienen un efecto especial sobre la audiencia cercana debido a otra información que sólo posee esa persona.

Una sola respuesta puede tener diversos efectos sobre diferentes audiencias. Un académico distinguido daba las gracias al recibir la copia de un nuevo libro escribiéndole inmediatamente al autor: *No perderé tiempo en leer el libro que tan amablemente me ha enviado usted.* Con respecto a la audiencia a la que pertenecía el autor, esta frase indicaba que *Tengo muchas ganas de leer su libro* o *Voy a leer su libro tan pronto como me sea posible.* Pero con respecto a la audiencia a la que pertenecía el académico, la frase anterior quería decir: *No perderé mi tiempo leyendo esa basura.* Varios tipos de ironía ejemplifican este tipo de audiencia múltiple. Sócrates alentaba al recién llegado para que hablara, mediante una respuesta que tenía un determinado efecto sobre éste (respuesta que equivalía a decir, por ejemplo: *Tenemos deseos de oir lo que usted tiene que decir*), pero que tenía un efecto *muy* diferente sobre el grupo (para quien era equivalente a decir: *Muéstrenos lo mal informado que está*). En la ironía dramática, el dramaturgo pone en labios de un personaje una frase que tiene un supuesto efecto sobre los personajes y otro efecto muy diferentes sobre los espectadores. Cuando Macbeth se asegura a sí mismo que es invencible repitiendo la predicción de que estará a salvo mientras que el Bosque de Birnam no llegue al castillo de Dunsinane, tal predicción tiene un efecto diferente sobre la audiencia, para la cual esta expresión ha dejado de ser sinónimo de lo imposible. El logro artístico de la ironía dramática requiere que el espectador responda, hasta cierto punto, como miembro de ambas audiencias.

En una forma de burla, la conducta del hablante aparenta estar bajo el control de una audiencia, pero resulta tan extravagante o insultante para otra una segunda audiencia que el control que ejerce la primera se ve como ilegítimo. Digamos que un crítico debe revisar una nueva obra teatral escrita por la esposa del editor de su periódico. Lo que el crítico diga está determinado en parte por la obra de teatro que está leyendo, lo que dice tiene un efecto importante sobre su patrón. El crítico puede satisfacer esta última contingencia recurriendo al falso elogio; sin embargo, salvará su reputación como crítico ante sus colegas y parte del público, quienes, detectando la adversidad en que emitió su crítica, sacarán otras conclusiones acerca de su reacción, ante la obra.

La fábula, la sátira y la alegoría se componen de respuestas emitidas con respecto a una audiencia, aunque son efectivas sobre otra de manera diferente. Al escribir *Los viajes de Gulliver*, el autor lograba efectos muy diferentes sobre el lector joven y sobre el adulto socialmente sofisticado, aunque la obra no fue escrita en un lenguaje secreto. Como descripción de una condición social perturbadora, una sátira puede considerarse como una extensión metafórica o metonímica. Una descripción más estricta podría ser castigada y, por tanto, las condiciones exigen una extensión metafórica. Sin embargo, la sátira no es únicamente una extensión metafórica, sino que toma la forma apropiada para otra audiencia. Muchos detalles pueden ser apropiados, digamos, para un cuento infantil y ser incapaces de explicarse como extensión metafórica con respecto a la primera audiencia. Desde un punto de vista práctico, la parte de la sátira dirigida al niño que actúa como audiencia funciona como un garantía adicional contra el castigo. Pero ambas audiencias son igualmente importantes para el efecto satírico. El escritor no hubiese escrito para la segunda audiencia solamente, y un miembro ingenuo de este público no entendería el "verdadero significado" de la sátira. El lector que, realmente, "aprecia la sátira" debe ser miembro de ambas audiencias.

La alegoría comúnmente se refiere a dos o más audiencias de las cuales ninguna es necesariamente negativa. El *Pilgrim's Progress*, de Bunyam, como una discusión metafórica de preceptos morales, está dirigida a una audiencia que no requiere necesariamente la forma alegórica, pero es a la vez una historia de aventuras personales y, como tal, está dirigida hacia una audiencia que no se interesa por los preceptos morales. La estrategia de la alegoría radica en inducir a la segunda audiencia a responder con la conducta apropiada a la primera. Los lectores pueden variar considerablemente en la medida en que pertenecen a ambas audiencias. Un niño que lea la historia puede afectarse muy poco por los preceptos morales; pero un moralista, al leerla como extensión metafórica, puede no interesarse en los personajes y episodios.

La fábula, la sátira y la alegoría se asemejan a la conducta del hablante que se dirige a otra persona "a través" de un segundo oyente. El nivel de energía y otras características de la conducta verbal en una sala de espera llena de gente por ejemplo, pueden indicar que el hablante se está dirigiendo también a otras personas que no tienen más remedio que oir. Esta técnica es útil en audiencias potencialmente negativas. A veces es posible hablar a una persona de gran importancia, a la cual es muy difícil hablarle directamente, dirigiéndose a una segunda audiencia. Es posible quejarse de injusticia ante un magistrado sin hablarle directamente. La segunda audiencia puede ser el hablante mismo; la queja puede murmurarse para sí y no estar dirigida a nadie en particular. Un niño que ha sido castigado por molestar demasiado, puede decirse a sí mismo: *Quisiera tener un dulce*, o *El dulce es realmente delicioso*. Una muñeca o un animalito doméstico puede servir como segunda audiencia.

VARIABLES MÚLTIPLES EN EL TACTO IMPURO

Bajo un refuerzo cuidadosamente generalizado, el tipo de operante verbal llamada tacto se acerca a la condición en la cual su forma está determinada por una sola variable. Pero mientras la respuesta tenga probabilidad de poseer un efecto especial sobre el oyente, variará su fuerza con los estados de deprivación o estimulación aversiva asociados a ese efecto. Como hemos visto, el control de estímulos se reduce y puede estar completamente ausente en la ficción pura. Entre estos dos extremos, debemos tratar necesariamente con variables múltiples. El efecto especial que tiene "permitir que el oyente conozca" —en particular, induciéndolo a comportarse apropiadamente ante una situación determinada— puede combinarse con el control de estímulos simples. La respuesta *Créeme, es cierto*, contiene un mando y un tacto. La función del mando es obligar al oyente a reaccionar "con mayor fe" ante el tacto, y esta función puede cumplirse emitiendo el tacto en una forma más urgente (¡ES CIERTO!) que puede atribuirse a fuentes múltiples.

Una consecuencia especial puede afectar la selección de otra clase de formas sinónimas. La selección de repertorios alternativos se asemeja al efecto de las audiencias múltiples. El aviso de un supermercado que dice *Nuestras balanzas no tienen resortes*, sugiere que el autor estaba respondiendo a ciertas propiedades de las balanzas, pero también sugiere que fue reforzado diferencialmente por ciertas formas de respuesta asociadas a cierta clase de hablantes o de autores. La misma condición de las balanzas pudo haber evocado otras respuestas en ausencia de una consecuencia

especial, por ejemplo, *Usamos balanzas sin resortes.* Fowler[2] clasifica los efectos especiales que influyen en la selección de sinónimos bajo muchas categorías: *dentífrico*, en vez de *crema dental*, es una "moda"; *meticuloso*, en lugar de *exacto*, ejemplifica "el amor por la palabra larga"; *contradecir*, en vez de *negar*, es una "palabra literaria"; *progreso*, en lugar de *mejoría*, es una "palabra novedosa", etc.

EL CASTIGO EN LA CAUSACIÓN MÚLTIPLE

Las consecuencias negativas son tal vez más efectivas en la determinación de la selección de sinónimos. Debido a que la mera dificultad de ejecución es un castigo inherente, la respuesta corta se prefiere a la larga (excepto cuando una consecuencia especial de la longitud es el impedimento, como en el caso del "humor polisílabo", de Fowler). Lo concreto puede preferirse a lo abstracto por la misma razón. Las respuestas que se dan a niveles más bajos de abstracción son relativamente más fuertes, en parte porque el reforzamiento es más frecuentemente, pero también porque la extensión o el castigo son más comunes en la historia de los términos abstractos. La jerarquía de abstracción corresponde a la jerarquía de consecuencias potencialmente negativas, y la mayor probabilidad de las operantes menos abstractas muestra el efecto de la variable adicional.

En el caso extremo, la conducta que es automáticamente punitiva puede ser simplemente "olvidada" en el sentido freudiano. Los casos en los que hay "alguna razón para recordar" y "alguna razón para olvidar", muestran la suma algebraica de variables que tienen efectos opuestos.

Una de dos posibles respuestas se selecciona diferencialmente porque la otra es hasta cierto punto punitiva cuando el hablante utiliza una expresión "eufemística". La respuesta eufemística tiene menos efectos aversivos sobre el hablante, ya sea directa o indirectamente por medio del oyente. El lapsus freudiano muestra el mismo efecto cuando, por ejemplo, un antiguo enamorado llama a una mujer casada por su nombre de soltera debido a que el nombre del marido le es aversivo a él. El efecto diferencial de una consecuencia similar se presenta en la respuesta que "evita herir los sentimientos del oyente". Un oficial, al encontrarse con un grupo de soldados durante una batalla, pregunta: *¿quién manda aquí?*, pero, como describe Tolstoi en esta escena de *La guerra y la paz*, el oficial quiere decir *¿están ustedes atemorizados?* Su pregunta demanda ciertas respuestas verbales de parte del oyente

[2] Fowler, H. W. *Modern English Usage* (Londres, 1930).

relevantes para la condición del grupo, pero no sugiere cobardía o falta de disciplina.

Los castigos que determina explícitamente la comunidad verbal tienen el mismo efecto. Cuando una respuesta se ha emitido puede ser castigada si es emitida de nuevo, y las respuestas alternativas en el grupo temático son, por tanto, relativamente fuertes. Existe un efecto de inversión. Cuando la conducta verbal es criticada frecuentemente o se castiga en otras formas, las *primeras* respuestas pueden ser rechazadas en favor de otras (véase el capítulo 15). La primera respuesta (posiblemente encubierta) es automáticamente castigada porque comparte una propiedad con los "primeros pensamientos", pero cualquier respuesta que la siga será fuerte porque comparte una propiedad de las respuestas consideradas o mejoradas.

Al considerar la suma algebraica de los efectos del reforzamiento y del castigo, no debemos olvidar el refuerzo positivo que constituye el hecho de guardar silencio. El niño recibe aprobación por quedarse callado, y un hombre enojado es reforzado si su silencio hiere a alguien. Estas "fuerzas negativas" entran en el efecto combinado de las variables múltiples cuando, por ejemplo, no le hablamos a alguien con quien hemos peleado, porque esto haría que dejáramos de herirle con el silencio.

TACTOS MÚLTIPLES E INTRAVERBALES

Un ejemplo de un tacto doble es el nombre propio que es apropiado para el sujeto. En la Nominación (capítulo 5), un nombre propio con frecuencia tiene el control parcial de la persona o cosa a la cual se aplica cuando "se le da" el nombre por primera vez. Cuando el nombre propio ha sido reforzado independientemente, como ocurrirá si describe o no al objeto, la relación original puede subsistir. La señora Coiler de Dickens, "tenía una forma tortuosa de acercarse... que era a la vez hipócrita y maligna". Su nombre es una respuesta que muestra una extensión nominativa similar a la metáfora y, al mismo tiempo, es un "tacto apropiado" cuyo control hubiera sido el mismo si el nombre hubiera sido señora Smith, por ejemplo. El efecto no requiere nominación. Si conocemos a un hombre con cabello blanco llamado Leblanc, el "tacto común" facilitará que lo llamemos por su nombre y hará menos probable que olvidemos cómo se llama, y así sucesivamente.

Las intraverbales mixtas pueden ejemplificarse por un número telefónico, o por la placa de un carro que contenga la secuencia 1, 2, 3, 4. Se puede aprender dicho número con mayor facilidad debido a las contingencias anteriores que establecen la misma respuesta.

La combinación momentánea de dos tactos, dos intraverbales o un tacto y una intraverbal, pueden forzar la selección de una respuesta sobre otras formas alternativas. En ocasiones es difícil verificar las fuentes múltiples, pero sus ejemplos son tan comunes que cualquiera que se haya molestado en advertirlos, difícilmente puede cuestionar la realidad del proceso. En una discusión sobre filosofía política, la respuesta *si usted está muy hambriento puede tragarse cualquier cosa,* pudo contener formas alternativas como *aceptar, creer, estar de acuerdo.* La forma *tragar* prevalece porque existe una conexión verbal con la situación de estar hambriento, o porque aparece como un tacto extendido que describe dicha situación. El término es irrelevante en esta conexión y podría haber tenido un efecto confuso sobre el oyente. En la advertencia *Estos huevos de dulce pueden hacer que caigas en cama,* la forma sinónima de *enfermarse* (caer en cama) aparentemente muestra una conexión intraverbal entre *huevo y caer*; esta sustitución sugiere una fuente adicional de fuerza. Pero en la respuesta *Estos carteles de* NO PASAR *son muy prohibitivos,* sería muy difícil verificar las fuentes múltiples de *prohibitivos.* A veces las pruebas son muy poco necesarias: Un muchacho que se quejaba de la comida que servían en el comedor universitario, insistía en que los estudiantes deberían organizar una *dieta* para considerar el asunto. *Dieta* es un sinónimo tan raro de reunión o conferencia que no necesitamos mayor evidencia de una fuente adicional de fuerza. (Tal vez *Dieta de Gusanos* no fuera totalmente irrelevante.)

Todos estos ejemplos son orales, pero los ejemplos escritos también abundan. Al pie de la fotografía de la cocina del Primer Ministro, aparecía una leyenda que decía: *Una mala comida cocinada aquí puede alterar la historia inglesa.* En este ejemplo, la palabra *alterar* es un miembro tan poco común del grupo temático que incluye *cambiar, perturbar* y *desordenar,* por lo que necesita la ayuda de una imagen prominente de la cocina en el centro de la fotografía. En un aviso que presentaba varias barras musicales con el letrero *Música Notable,* la respuesta *notable* parece haber sido elegida, por razones obvias, de un grupo que contenía *excepcional, distinguida, inusitada* y *sobresaliente.* En ambos ejemplos, la fuente complementaria podría haber sido un tacto que acompañara la fotografía, pero, en general, los ejemplos de los textos tienden a ser intraverbales. Cuando un escritor, al discutir la muerte de una famosa aviadora, dice: *El vuelo alrededor del mundo resultó ser el último acto grave que llevó a cabo,* las palabras ... *grave que llevó a cabo,* como sinónimo de *empresa seria,* tienen conexiones adicionales con la muerte. La palabra *grave* parece estar particularmente afectada por la relación extraña. Una moderada inferencia de fuentes múltiples parece estar justificada en ejemplos como estos: *Una noche, cargado el barco con dinamita, se desató un gran temporal,* o *Esto piensan los ho-*

radadores del interior, les traen buenos augurios; pero es menos convincente en las últimas tres palabras de *La mayoría de las teorías lingüísticas encallan en este punto.*

A veces, la fuente adicional de fuerza está combinada con una variable que no controla una forma específica de respuesta. Al escoger un ejemplo de conducta verbal repentinamente, tenemos probabilidad de revelar una fuente auxiliar de fuerza, que de otra manera sería muy débil para producir la conducta verbal. No podemos emitir una serie de números al azar debido a los fuertes estímulos intraverbales generados por nuestra propia conducta, como tampoco podemos crear puras palabras sin sentido. Aún los mejores trabajos de Gertrude Stein, como veremos en los capítulos 14 y 15, muestran varios grupos temáticos que sugieren o proporciona fuentes triviales complementarias que, bajo ciertas circunstancias, son suficientemente poderosas.

Los lapsos reveladores son, a veces, intrusiones forzadas de respuestas que muestran sólo una fuente de fuerza. Cuando, en el *Mercader de Venecia*, Portia dice *Una mitad mía es tuya, la otra, tuya / Mía, diría yo*, la segunda palabra *tuya* se debe a una fuente externa de fuerza, pero no a fuentes múltiples. Sin embargo, cuando la palabra intrusa se asemeja a la que reemplaza, existen fuentes múltiples fragmentarias que se discutirán en el próximo capítulo. No obstante, la respuesta intrusa no está distorsionada y se clasifica apropiadamente con el presente material. En otro caso, el amigo íntimo de un ministro le pidió a éste que oficiara en el matrimonio de su hija, la cual se casaba con un muchacho que nunca le había caído bien a su familia. Al leer las palabras que debía repetir el novio: *With all my wordly goods I the endow* (Todos mis bienes mundanos, yo te ofrezco), el ministro sustituyó *wordly* (mundano) con *worthless* (carente de valor). Aquí tenemos un ejemplo de la combinación de un fragmento de la intraverbal o textual *wordly* con una respuesta desarrollada para otra variable. Un invitado que se vio forzado a mirar un álbum de fotografías que el anfitrión había tomado durante sus vacaciones, introdujo una pausa de embarazosas dimensiones diciendo: *¡Esa es la carretera más fatigante que he visto!*

CAUSACIÓN MÚLTIPLE EN LA LITERATURA

La noción de licencia literaria, a la cual ya hemos aludido anteriormente, nos ha llevado a esperar interconexiones temáticas muy ricas en el contexto del arte verbal. T. S. Elliot escribió:

> ... What will the spider do,
> Suspend its operations ...,[1]

[1] ... ¿Qué hará la araña?
Suspender sus operaciones ...

Aquí, *suspend* (suspender) parece estar determinado por la variable que pudo evocar una respuesta como *cesar* o *desistir de* y por una conexión intraverbal con *spider* (araña). En el mismo poema, el verso:

The tiger springs in the new year.[2]

parece mostrar varios aspectos de la palabra *springs* (saltar, primavera). *Pounces* (se arroja) o *jump* (salta), por ejemplo, no tendrían una conexión intraverbal con *año*.[3]

Algunos de los mejores ejemplos de las fuentes múltiples de fuerza son los juegos de palabras y otras formas de ingenio. El efecto sobre el lector o sobre el oyente (véase el capítulo siguiente) puede ser divertido o agradable, particularmente en un periodo en que el juego de palabras esté de moda y pueda compartir la profunda sobriedad de la ironía dramática. Seguramente Jesús no hablaba en broma cuando dijo: *Tú eres Pedro (Tu es Petrus = Tú eres una piedra) y sobre esa piedra edificaré mi iglesia.* Tampoco Shakespeare hablaba en broma cuando escribió:

Golden lads and girls all must,
As chimney-sweapers, come to do dust.[4]

A veces una respuesta se repite como si estuviese bajo el control de variables múltiples tomadas a la vez. Así pues, Otelo dice: *Apaguen la luz, y luego, apaguen la luz,* respondiendo a variables diferentes como si dijese *Apaguen la vela y ahoguen a Desdémona.*

Por supuesto, la conducta no verbal puede tener múltiples fuentes de fuerza. Por ejemplo, uno puede azotar la puerta en parte para cerrarla, en parte para hacer ruido bajo la influencia de variables emocionales. Si el efecto emocional debe afectar a una segunda persona, las fuentes de fuerza son tanto verbales como no verbales. Un juego de palabras verbal, pero no vocal, es el del ejecutivo que rechaza una proposición "volteando el dedo pulgar hacia abajo", a la manera de los emperadores romanos en los torneos de gladiadores y, con la punta del dedo, oprime el botón para que el visitante salga de su oficina. El juego de palabras es más fácil en la conducta verbal debido a que las formas de respuesta dependen menos del ambiente.

El juego de palabras, como una forma de humor, actualmente está desprestigiado. Esta decadencia puede deberse al hecho de que las fuentes triviales e irrelevantes se hacen sentir por sí mismas cuando están bajo el control de la causación múltiple. El juego de palabras irrelevante es una molestia. La diferencia en-

[2] El tigre brincó en año nuevo.

[3] *Leaps* (brotar, salir con ímpetu) tendría una diferente conexión intraverbal con *year* (año).

[4] Los dorados jóvenes y muchachas deben,
Como los deshollinadores, acercarse al polvo.

tre juegos de palabras buenos y malos, parece ser la misma que existe entre la relevancia de las variables. En un juego de palabras forzado, una fuente de fuerza ordinariamente no tendría ningún efecto; pero si la conducta se refuerza especialmente debido a las fuentes múltiples —si se aplaude al hablante por un juego de palabras, por ejemplo—, la fuente débil recibe una oportunidad. El *deshollinador*, en la cita del *Cymbeline* de Shakespeare es utilizado para darle una segunda fuente de fortaleza a la frase *acercarse al polvo*; posiblemente la frase *acercarse al polvo* fue la que fortaleció al *deshollinador*. Pero ambas fuentes de *Apaguen la luz* son relevantes. Cuando el doctor Johnson se ofreció para hacer un juego de palabras sobre cualquier *tema* (*subject*) y se sugirió el tema de "el Rey", replicó inmediatamente: *El rey no es un súbdito* (*subject*). Este juego de palabras es "bueno" porque ambas fuentes de fuerza son relevantes. El doctor Johnson era una de aquellas personas que creían que el juego de palabras era una de las "más pequeñas excelencias de la conversación amena". Muchas personas opinan lo contrario, aunque muy pocas han llegado a extremos como los de un personaje de Victor Hugo que dice: "*Le calembour est la fiente de l'espirit qui vole*".[5]

Existen casos literarios de causación múltiple que son mucho más sutiles. La importancia del "significado múltiple" ha sido ampliamente reconocida. Prescott discutió este principio en *The Poetic Mind*,[6] y éste también ha sido analizado por Riding y Graves,[7] I. A. Richards[8] y William Empson.[9] Estos escritores se han preocupado particularmente por los efectos que tienen sobre el lector, los cuales serán discutidos en el siguiente capítulo. Riding, Graves y Empson han dado énfasis a la contribución de las prácticas menos rígidas de puntuación. En el verso de Webster *Cubrid su cara; mis ojos brillan; ella murió joven*, la respuesta *mis ojos brillan* puede estar relacionada con la frase anterior, la cual es sinónimo de: *ella es demasiado bella para mirarla*; o puede estarlo con la frase siguiente, que es sinónimo de *Estoy llorando porque ella murió tan joven*. Alguna vez se acostumbró discutir qué significado había tenido presente el autor —es decir, cuál era la fuente de fuerza probablemente efectiva—, pero la doctrina de los significados múltiples permite al crítico suponer que ambas fuentes son relevantes.

El libro de Empson contiene muchas paráfrasis ingeniosas que sugieren las fuentes múltiples de la poesía. Su "ambigüedad" se refiere al efecto que tiene sobre el lector, pero su análisis de ejemplos puede interpretarse como un intento de reconstruir algunas

[5] "El retruécano es el excremento del espíritu que emprende el vuelo."
[6] Prescott, F. C. *The Poetic Mind* (Nueva York, 1926).
[7] Riding, L. y Graves, R. *A Survey of Modern Poetry* (Londres, 1927).
[8] Richards, I. A. *Practical Criticism* (Nueva York, 1929).
[9] Empson, William, *Seven Types of Ambiguity* (Londres, 1930).

conexiones temáticas responsables del comportamiento del poeta. Considérese, por ejemplo, el siguiente fragmento de un soneto de Shakespeare:

> That time of year thou mayst in me behold
> When yellow leaves or none or few do hang
> Upon the boughs which shake against the cold,
> Bare ruined choirs, where late the sweet birds sang.

Bare ruined choirs (Coros desnudos en ruinas) es una extensión metafórica que describe las ramas de los árboles. Empson indica las siguientes propiedades que pueden ser responsables de esta extensión y sugiere, asimismo, que tal vez todas están involucradas: 1. los coros son sitios donde se canta, como eran los árboles en la estación anterior; 2. los niños del coro se sientan en una fila de bancas, como los pájaros en las ramas de los árboles, debido a principios básicos de la geometría; 3. los árboles y los coros están hechos de madera y los coros están tallados en forma de hojas, nudos, etc.; 4. un coro en ruinas, como un árbol en otoño ya no está resguardado por una cubierta protectora —las hojas de los árboles son el techo de la catedral—; 5. las catedrales góticas, al menos, son estructuralmente similares a un bosque de grandes árboles, y 6. los vitrales de las catedrales se asemejan a las flores y a otras formas de color de un bosque en época de verano, pero tanto el árbol como el coro están ahora desolados.

En otro tipo de "ambigüedad", Empson considera un ejemplo como *ese monstruo engañoso, mi perfecta trampa*, en el cual *perfecta* puede ser el equivalente de *exitosa* o *talentosa*. Este doble significado sería irrelevante a no ser que el contexto revelara probales candidatos para ambas fuentes.

Una importante fuente adicional de fuerza en la literatura surge de la historia literaria del escritor, y se relaciona con la conducta del lector que comparte una historia similar. En la tragedia griega, por ejemplo, "tanto el diálogo como la lírica están llenos de asociaciones literarias que controlan la selección de las palabras".[10] Esto no se refiere a referencias explícitas de otras obras literarias, pero si a un tipo de causación múltiple que actúa sobre el poeta en el momento de la composición. Un ejemplo se encuentra en el siguiente fragmento de T. S. Elliot:

> The chair she sat in, like a burnished throne
> Glowed on the marble, where the glass
> Held up by standards wrought with fruited vines . . .[11]

[10] Pearson, A. C. *Verbal Scholarship and the Growth of Some Abstract Terms.* (Cambridge, 1922).

[11] La silla donde se sentó, brilló como un trono,
Resplandeció en el mármol, donde el cristal
Mostró su autoridad forjada con vino frutal.

El fragmento anterior es una fusión de respuestas verbales, que incluyen pautas de énfasis, derivadas de la descripción que hace Shakespeare de Cleopatra,[12] así como de materiales adicionales que sirven de tema al poema de Elliot.

El hablante no necesita ser consciente de una fuente de fuerza adicional, en el sentido planteado en el capítulo 5. Cuando una respuesta está bajo control de un solo estímulo, puede identificarse el estímulo y la relación de control al responder a una pregunta como la siguiente: *¿Por qué ha dicho usted eso?* El hablante generalmente tiene conciencia de lo que dice, en el sentido en que está preparado para dicha pregunta. Pero sólo en las comunidades verbales muy avanzadas se hacen preguntas acerca de las fuentes múltiples de fuerza, las cuales frecuentemente pasan inadvertidas. La fuente literaria no se ve claramente en el siguiente verso de Wordsworth: *Prophetic spirit that inspir'st the human soul of universal earth dreaming on things to come,*[13] el cual seguramente fue tomado de estas líneas de Shakespeare: *The prophetic spirit of the wide world dreaming on things to come.*[14] Las respuestas intraverbales fragmentarias que se adquieren al leer a Shakespeare debieron combinarse con otra conducta, pero el verso pudo haber sido rechazado si este hecho hubiera sido claro (capítulo 15). Las posibles razones explicativas de esta falta de claridad serán expuestas en el capítulo 16.

Para "probar" que parte de una obra literaria ha sido tomada de otra, no sólo debemos mostrar un pasaje similar en una obra que el autor probablemente leyó, sino que también debemos demostrar que la conducta no tiene probabilidades de ocurrir por otras razones. Los ejemplos más claros del "préstamo" son intraverbales. Después de que un fragmento se ha leído, o mejor, memorizado, cualquier respuesta componente tiende a evocar respuestas aledañas. La conducta intraverbal puede aparecer cuando se describe una ocasión real. El estudio de Lowes sobre el *Ancient Mariner*[15] es particularmente convincente, porque Coleridge no estaba escribiendo su obra a partir de una experiencia directa con el mar. Sus descripciones debieron ser intraverbales, si no directamente ecoicas o textuales. El tomar prestado un argumento es, en el mismo sentido, más fácil de establecer como una intraverbal si el argumento no es común y, por tanto, no tiene probabilidades de describir una situación real, y si es complejo no pudo haber surgido por casualidad. Los argumentos antiguos, las metáforas

[12] "The barge she sat in, like a burnish'd throne,
Burn'd on the water. The poop was beaten gold;"
(La barca que ella ocupó ardía sobre el agua,
brillaba como un trono. La popa era de un metal dorado;)
Antonio y Cleopatra. Acto II; escena II.

[13] El espíritu profético que inspira al alma humana de la tierra universal que sueña con las cosas venideras.

[14] El espíritu profético del vasto mundo que sueña al futuro.

[15] Lowes, J. L. *The Road to Xanadu* (Boston, 1930).

gastadas y los clichés, difícilmente son "más prestados" que cualquier otra parte del repertorio verbal. Sin embargo, algunos arreglos inusitados de palabras muestran el proceso intraverbal que está en juego.

El acto de "tomar prestado", generalmente muestra no sólo la combinación de fuentes múltiples de fuerza, sino también una cierta distorsión de la forma (proceso que será discutido en el capítulo 11). La parodia y la inversión también muestran tanto la fusión de material actual como las intraverbales generadas por una obra literaria. Existe la probabilidad de que el resultado sea distorsionado. Las fuentes literarias múltiples son claras en los títulos prestados. El efecto importante es aquél que actúa sobre el lector, pero también podemos considerar la conducta del autor en el momento de la nominación. Al enfrentarse a un libro para el cual es apropiado el título *Una historia contada por un idiota*, el autor escogerá este título y no otro similar, debido a las conexiones intraverbales adquiridas al leer a *Macbeth*.

Uno de los usos del arte verbal es dar fuerza adicional a respuestas que, si fueran emitidas por otras razones, probablemente serían castigadas. La conducta de una muchacha abandonada que canta *Amor, vuelve a mí*, es, por un lado, un mando extenso y por otro, una secuencia intraverbal de respuestas adquiridas al aprender la canción. La persona que se encuentra lejos del hogar canta *Hogar, dulce hogar*, o el joven solitario que canta *Quisiera tener un amor*, están afectados en forma similar por la causación múltiple, en la cual las respuestas simples que están bajo el control de las mismas variables primarias tienen mayor probabilidad de ser castigadas. El cantante puede ser molesto, pero no se le dice "loco", "cobarde" o "apesadumbrado".

La conducta que se fortalece con dichos suplementos no es necesariamente manifiesta. La lectura silenciosa de ciertas formas preferidas de arte verbal puede mostrar una causación múltiple similar, como lo veremos en el próximo capítulo.

CONTRIBUCIONES FORMALES DE FUERZA

En muchos de estos ejemplos no importa si una fuente de fuerza es clasificada como un tacto o como una respuesta intraverbal; pero es conveniente agrupar dichas variables bajo la rúbrica de "temática". Dos respuestas se relacionan temáticamente cuando están controladas por una variable común, respecto a la cual no tienen la correspondencia exacta que se observa en las conductas ecoicas y textuales. Podemos referirnos a fuentes que involucran respuestas ecoicas y textuales con el término de contribuciones "formales" de fuerza. La diferencia esencial se refiere a la relación unitaria mínima que está disponible en el caso formal.

Si un estímulo ecoico o textual actúa cuando una respuesta es fuerte debido a razones temáticas, aumenta la probabilidad de su emisión. El estímulo complementario puede ocasionar simplemente que el hablante afirme en voz alta una respuesta que ya ha ocurrido subvocalmente. Con mayor frecuencia, la distinción entre una respuesta descubierta y otra encubierta no se cuestiona. Así pues, un nombre olvidado que tenemos "en la punta de la lengua" se recuerda inmediatamente (no sólo se lee) cuando lo vemos escrito en algún lugar. En una conversación ruidosa, podemos oir casualmente una respuesta verbal que es fuerte en nuestra conducta y la respuesta, entonces, "se nos puede ocurrir", aunque de otra manera hubiera permanecido en estado latente. Decimos que hemos "recordado" algo. Un ejemplo textual nos lo proporciona el hombre que se olvida de apagar el soldador del taller del sótano de su casa y que, 34 horas después al leer la palabra *soldar* salta inmediatamente, corre al sótano y apaga el aparato. El hecho de "acordarse del aparato" no fue necesariamente verbal, pero el efecto del estímulo textual sugiere que una respuesta como *¡Se me olvidó apagar el soldador!*, fue fortalecida. La respuesta pudo haber ocurrido en cualquier momento durante las 34 horas, pero la clave textual fue suplida por el texto impreso que hizo las veces del complemento necesario.

CONTRIBUCIONES FRAGMENTARIAS DE FUERZA A PARTIR DE FUENTES TEMÁTICAS Y FORMALES

Una variable puede controlar sólo parte de la respuesta que está controlada por otra. En un ejemplo anteriormente mencionado, la frase *I know a store where you can buy disks at a discounts* ("Sé dónde puedes comprar discos con descuento") muestra un sinónimo poco común de disco fonográfico (disk) que aparentemente está bajo influencia de la variable *discount* (descuento), pero *disk* y *discount* (disco y descuento) no son respuestas idénticas. La respuesta fragmentaria *lat* parece estar presente en el siguiente fragmento: *Las reglas que están latentes en el juego se manifiestan en los pases laterales.* En el clásico juego de palabras *traduttori traditori* (traductor traidor), estas formas comparten solamente el fragmento *trad* y *tor*, y, por tanto, ambas formas deben emitirse. Otro juego de palabras: *Barbari Barberini*,[16] las dos respuestas contienen un solo fragmento en común.

En muchos casos de etimología folclórica, un elemento ecoico fragmentario (de un estímulo ecoico relativamente desconocido)

[16] Se hace alusión a la familia Barberini, que expropió monumentos públicos para su uso privado. La forma extensa es: *Quod non Recerunt barbari feceri Barberini.*

es suficiente para evocar una respuesta de cierta fuerza constante, posiblemente de la naturaleza de un tacto. Cuando *sparrowgrass* (espárrago) fue emitida por primera vez en lugar de *asparagus*, apareció un tacto unido a la respuesta ecoica fragmentaria (grass [hierba] bajo el control de grass sprouts [retoño de yerba]). Lo mismo ocurre con *detect-thief* (detector de ladrones) para *detective* (detective), *beef-eaters* (comedores de carne) para *bouf-fetiers* (comensales) y *stunk* para *skunk*. Las formas que no tienen un control de estímulo no ecoico muy claro, pueden no mostrar la multiplicidad de las fuentes de fuerza (véase el ejemplo de *Rain Cloud* [nube lluviosa] y *Reine Claude* [Reina Claudia], en el capítulo 4). Naturalmente, estamos considerando el origen de la etimología folclórica en la conducta de un hablante, no el uso de formas ya establecidas. Las tendencias que son similares en muchos hablantes pueden, por supuesto, ser relevantes para la supervivencia de la forma en un determinado ambiente verbal.

Las respuestas vocales incondicionadas a veces entran en la conducta verbal causada en forma múltiple. La forma de la respuesta ¡Ay! es modificada por un ambiente verbal específico; sin embargo, un ejemplo real puede ser el de un largo y amorfo grito de dolor. Se ha reconocido que la tragedia griega a hecho una contribución similar en la aparición de palabras que contienen el sonido del grito ἀἰαι. Se ha planteado[17] que una fuente similar está presente en el siguiente verso de Burns:

> The wan moon is setting ayout the white wave
> And Time is setting with me, O.[18]

El oído sensible alcanza a captar el sonido *i* de la palabra *Time* como parte de un grito de desesperación.

La evidencia del fortalecimiento que da un sinónimo a través de lo que podemos llamar conducta auto-ecoica, aparece en la ocurrencia frecuente de pares idiomáticos como los siguientes: *wear and tear* (desgaste natural) *high and dry* (en seco), *spick and span* (inmaculado), *rack an ruin* (torturar y arruinar), y en proverbios como *Haste makes waste* (La prisa conduce a la ruina). Aunque estas frases sin duda son adquiridas como unidades por la mayor parte de los hablantes, el segundo miembro de la rima o el par de la aliteración se seleciona en lugar de otra forma alternativa por un elemento ecoico que, sin embargo, es menor que la respuesta completa. Algunas metáforas ya olvidadas como *As bold as brass* o *As fit as a fiddle* también parecen mostrar fuentes ecoicas de fuerza. La evidencia aumenta cuando el término afectado sería de otra manera poco probable (*As pleased as Punch*).

[17] Rylands, G. *Words and Poetry* (Nueva York, 1928), pág. 53.
[18] La pálida Luna se pone más allá de las olas blancas.
Y el tiempo se pone en mí, oh.

En el argot de la rima[19] se sustituye una respuesta verbal por otra con la cual tiene conexiones temáticas y formales. Así, al cabello de una niña se le puede llamar *bonny fair* (saludable y hermoso). La conexión que aquí se establece no es sólo una forma extensa (metonímica) del tacto o una respuesta intraverbal, sino que también tiene una conexión ecoica parcial de la forma común *air* (*fair* y *hair*). La expresión *cheese and kisses* (queso y besos) empleada en lugar de *mistress* (forma desatada de mrs.),[20] muestra una conexión metonímica o intraverbal similar a la anterior, además de la sobreposición formal de la rima.

Los patrones rítmicos que apenas se alcanzan a oir pueden producir respuestas ecoicas fragmentarias que afectan la selección de sinónimos.

Por consecuencia, las respuestas están determinadas por las fuentes múltiples, incluyendo el estímulo ecoico. Tolstoi dice lo siguiente de dos de sus personajes de *La guerra y la paz*: "Su conversación habría sido diferente si no hubieran estado hablando mientras se interpretaba la canción... «Me alegro» —dijo Dolokov en forma breve, pero directa, para estar en armonía con la canción". El efecto es semejante al del "sumador verbal" que se describirá en el capítulo siguiente.

FORTALECIMIENTO FORMAL EN LA PROSA Y EN EL VERSO

Al analizar el efecto que tienen los complementos formales internos sobre el estilo, no podemos suponer que todos los casos de agrupamiento de sonidos ejemplifican la multiplicidad de las fuentes de fuerza, ya que muchos de esos casos surgen del azar. En la poesía, el mayor rigor de la forma permite comprobar con mayor facilidad la operación del proceso especial que se efectúa. Sin embargo, el análisis estadístico de los patrones formales de la poesía ha arrojado resultados sorprendentes.

En la poesía, la pauta de sonidos es uno de los elementos más importantes para lograr los efectos sobre el oyente o el lector. Como una estrategia puramente formal algunas veces se asemeja a la música, pero generalmente no se omite su "significado". Se ha dicho que la pauta de sonidos es efectiva si el sonido "complementa el significado", no como ocurre en la onomatopeya, sino mostrando la correspondencia de "temperamento" entre la descripción y el objeto descrito. La causación múltiple de la conducta verbal hace posible otra interpretación.

[19] Maurer, D. W. "Australian Rhyming Argot in the American Underwold". *American Speech*, 1944, XIX (1944), págs. 183-195.

[20] Estas frases no tienen traducción exacta al español, ya que son una forma de caló que explota la consonancia propia de los londinenses pobres.

El efecto de la causación múltiple formal en la literatura implica necesariamente la ausencia del azar en los sonidos de una selección determinada. Los sonidos deben estar, hasta cierto punto, reunidos en grupos o pautas. Algunos agrupamientos surgen a partir de las variables de las cuales es función la conducta; cualquier respuesta, repetida debido a alguna característica de una situación o a un estado de deprivación, trastorna el azar. Pero los principales instrumentos de la poesía generalmente tratan de revelar relaciones formales que están más allá de aquellas que se deben al tema. Un poeta "usa la aliteración" en el grado en que su obra muestra grupos de respuestas en las que las sílabas en que se ha puesto énfasis comienzan con la misma consonante. Lo que se conoce como asonancia se infiere a partir de agrupamientos similares de sonidos vocálicos. Generalmente, una rima involucra una vocal y una consonante que le sigue, por lo regular, al final de una frase, y el ritmo es la carencia de azar en las pautas de énfasis. (Por ahora no nos ocuparemos de otro tipo de propiedades formales más sutiles como la unión de la longitud de las cláusulas; tampoco es posible considerar aquí provechosamente la conducta de componer grandes respuestas que tiene propiedades formales complejas, por ejemplo, los acrósticos o los palindromas.)

Lo usual en la crítica literaria es descubrir dichas propiedades formales en la poesía y en la prosa, señalando casos concretos. Existe una justificación para esto si consideramos el efecto que tales propiedades tienen sobre el lector o sobre el oyente, efecto que incluye al crítico. Pero antes de inferir cualquier proceso en la conducta del escritor, es necesario tener en cuenta la configuración de su conducta verbal que se espera que surja por azar. Tal vez en ningún caso podamos decir que un ejemplo cualquiera de aliteración u otra similitud formal se deba a un proceso especial, pero se puede demostrar que hay un patrón general. Por ejemplo, la aliteración puede detectarse por medio de un análisis estadístico de los arreglos de las consonantes iniciales en una muestra razonablemente amplia. Una tendencia a la aliteración se muestra por el grado en que las consonantes iniciales, en una obra literaria, no estén distribuidas al azar.

Aunque a veces nos vemos afectados por eventos azarosos, algunas de las cosas que pueden ocurrir por azar permanecen inesperadas.

Así, las ganancias en el juego pueden ser solamente debidas al azar, pero atraen la atención posiblemente porque las exigencias del juego las vuelven importantes. La cantidad de aliteraciones que ocurren al azar es también sorprendente. Si dividimos una muestra cualquiera de conducta verbal registrando cada una de sus partes en diferentes pedazos de papel y luego los revolvemos en un recipiente, al sacarlos habremos "compuesto" un nuevo

pasaje, y con ello habremos creado muchos ejemplos que podrían ser incuestionablemente atribuidos a la aliteración del poeta.

Una oración como: *Tres tristes tigres tragaban trigo en un trigal* ocurre tan pocas veces al azar que podemos sospechar que existe un proceso especial que la produce; y esto también sucede en la poesía, donde las respuestas aliterativas ocupan lugares especiales. En la poesía anglosajona, por ejemplo, es necesario considerar la probabilidad, no sólo de que dos consonantes iniciales ocurran cerca una de otra, sino de que ocurran en cierta posición dentro del verso o de la estrofa. Sin embargo, en gran parte de lo que se considera pensamiento aliterativo, el análisis estadístico revela poca evidencia del fortalecimiento formal. Se revisaron cien de los sonetos de Shakespeare[21] de acuerdo con las reglas arbitrarias para determinar las principales sílabas acentuadas. Las consonantes iniciales de estas sílabas fueron tabuladas y se hizo un cálculo del número de versos que debían tener dos, tres o cuatro de las mismas consonantes iniciales. Al comparar las frecuencias reales con las frecuencias calculadas, la evidencia de un proceso explícito de aliteración en la conducta del poeta se redujo a lo siguiente:

Aunque existe un número considerable de versos que contienen cuatro consonantes iniciales iguales (por ejemplo, *Born on the bier with white and bristly beard* [Nació en el féretro, con la barba blanca y rizada]), solamente una vez en cada veinticinco sonetos, o una vez en cada trescientos cincuenta versos, parece haber añadido o alterado —Shakespeare— una palabra para poder cambiar un verso de tres consonantes similares a un verso de cuatro, excepto en raras ocasiones donde repite una palabra completa debido a razones temáticas, quizá. Existen muchos versos que contienen tres consonantes iniciales similares (por ejemplo, *Save that my soul's imaginary sight* [Salva esa mi visión del alma, imaginaria]), pero no hay evidencia de que Shakespeare hiciera algún cambio para aumentar un verso con dos consonantes similares a uno de tres o con una frecuencia mayor en cada veinticinco sonetos, exceptuando la repetición de una palabra completa. Existen muchos versos que contienen dos consonantes iniciales similares, pero existen pocos casos, menos de los que se esperaba que ocurrieran por azar, donde se hicieran correcciones en la repetición de palabras completas. Exceptuando los versos que ocurren tres o cuatro veces, parece que una vez en cada tres sonetos Shakespeare *desechaba* la palabra inicial porque su primera consonante ya había sido utilizada en ese mismo verso.[22]

[21] Skinner, B. F. "The Alliteration in Shakespeare's Sonnets: A Study in Literary Behavior". *Psychological Record*, 1939 *3*, 186. Reimpreso en *Cumulative Record* (ed. rev.). Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1961.

[22] Un estudio similar de veinticinco sonetos de Wordsworth mostró un ligero exceso de poemas que contenían tres consonantes iguales y una escasez más severa de poemas que contenían dos consonantes iguales.

Estos números no deben tomarse demasiado en serio, ya que no tenemos forma de evaluar las contribuciones formales y temáticas a la repetición de la palabra completa. Pero aún así, esta evidencia es muy pobre para afirmar la existencia de un proceso especial en la conducta del poeta. Los sonetos permanecen, claro está, tan aliterativos como siempre lo han sido con respecto a las pautas sonoras que afectan al lector o al oyente; pero la prueba del proceso de aliteración en el fortalecimiento formal y fragmentario en la forma de las respuestas, es bastante inadecuada.

En el caso de un poeta como Swinburne que podía escribir:

> The faint fresh flame of the young year flushes
> From leaf to flower and flower to fruit.[23]

esperamos y obtenemos otro resultado. Aquí no sólo es evidente la aliteración, sino que el análisis estadístico nos permite representarla como una función de la distancia que existe entre la primera y la segunda ocurrencia del mismo sonido. Un examen de cada par de sílabas adyacentes en un conjunto de quinientos versos de la obra *Atalanta en Caledonia*, mostró un exceso de 55% de pares similares sobre las frecuencias que se esperaba ocurrieran por azar; en pares de sílabas separadas por *una* sílaba intermedia, el exceso bajó al 47%; cuando se interponen *dos* sílabas, el exceso bajó al 32%, y cuando hay *tres* sílabas de por medio, bajó al 20%. Estos números son estadísticamente significativos y demuestran un fortalecimiento fragmentario de una respuesta en cada pareja.[24]

Un análisis similar puede realizarse en cuanto a la asonancia, en la cual se repiten sonidos vocálicos más que sonidos consonánticos. La prueba del proceso especial que determina la ocurrencia de la rima, está asistida por la pauta temporal o espacial de la rima en el verso inglés. Existe muy baja probabilidad de que el poeta emita la palabra que rime en su forma correcta y en el momento correcto solamente por influencia del azar. El ritmo también puede requerir la prueba estadística.

La conducta real del poeta al aceptar o rechazar una respuesta aliterante, asonante, rimante o rítmica, involucra algo más que el mero fortalecimiento de esta respuesta en su conducta (esto se discutirá en el capítulo 15). Las técnicas que el poeta puede emplear para fomentar la aparición de respuestas que tengan tales propiedades, es otro problema que será discutido en el capítulo 17. Es muy tarde para reconstruir el proceso de composición con

[23] La lánguida llama nueva del año mozo
fluye de la hoja a la flor, de la flor a la fruta.

[24] Un análisis de las primeras quinientas líneas de *The Prelude*, de Wordsworth, similar a la tabulación que se hizo para Swinburne, nos proporciona también evidencia considerable de que Wordsworth había descartado las palabras aliterativas.

certeza. No sabemos el orden en el que se emitieron, o escribieron, originalmente las partes del poema, qué cambios se realizaron, cuántas oportunidades existieron de hacer conexiones temáticas o en qué orden fueron efectivas las respuestas autoecoicas u otras fuentes formales de fuerza. Cuando existe evidencia de un proceso, como la que se encontró en el uso que hace Swinburne de la aliteración, pueden darse dos interpretaciones. una respuesta puede ser el estímulo para que aparezca una respuesta fragmentaria autoecoica que ocasione con mayor probabilidad la ocurrencia de otra respuesta que contenga el mismo fragmento. Así pues, al decir *flame* (llama) tenemos más probabilidad de decir *flushes* (fluye) que de emitir una forma sinónima, o, si en realidad *flushes* se escribió primero, es más probable que emitamos la respuesta *flame* o que se ofrezca un sustituto para la palabra rechazada. Por otra parte, tales casos pueden ser tactos mínimos en el sentido que ya explicamos en el capítulo 5. El estímulo que evoca la respuesta *flame* como un tacto o una intraverbal, puede actuar separadamente sobre las consonantes iniciales *fl* y sobre la sílaba *ame*. Bajo estas circunstancias, la respuesta *flame* aparece con una alta probabilidad porque está compuesta por estos dos elementos, pero la separabilidad de éstos, así como otro tipo de su evidencia, es una posibilidad que consideraremos en el capítulo 11. De esta forma, aunque quizá podríamos demostrar que no hay una conexión "significativa" entre lo que produjo *flame* y la respuesta *flush*, tenemos razones para pensar que *flush* tiene mayor probabilidad de ocurrir, digamos, en presencia de una *flame* verdadera que en otras ocasiones. Las consonantes iniciales *fl* no necesitan ser una unidad ecoica completa, pero pueden estar controladas por las mismas circunstancias que llevaron a la emisión de la forma completa *flame*.

Una evidencia similar nos la proporciona lo que hemos llamado recuerdo parcial. Quizá sólo recordamos que el nombre de un objeto empieza con *t*, o que rima con *ven*. Los ejemplos son más comunes cuando se recuerda un nombre propio —en parte debido a la falta de un repertorio mínimo—, pero no se conoce el proceso que es específico a los nombres propios. Una situación que no evoca adecuadamente una respuesta completa en la forma de un tacto, puede evocar parte de la respuesta quizá en combinación de otros fragmentos. Decimos que un nombre que no recordamos "tiene una a" o que "rima con cierta palabra", debido solamente a cierta sofisticación; pero un resultado más común es recordar otro nombre ("equivocadamente"). Podemos tomar dos ejemplos de la conducta de niños pequeños: Al servirle fideos (*noodles*) por segunda vez en la vida a una pequeña de cinco años, ella los llamó *Yankee Doodles* ("garabatos yanquis"). En esta parte es evidente la fuerza separada del fragmento *oodles*.

Aunque la respuesta *Yankee Doodle* es fuerte por otras razones, su única conexión con la situación presente surge el hecho de que la respuesta *noodles* había sido reforzada previamente en una situación similar. Otro niño de diez años decía *merry-go-round* (carrusel) en vez de *ferry boat* (transbordador). La respuesta era emitida débilmente indicando que el niño "sabía que estaba equivocado" (véase capítulo 15). Sin embargo, la respuesta era emitida bajo circunstancias que, si hubieran sido claras, evocarían la respuesta *ferryboat* (transbordador). El fortalecimiento por separado del fragmento *erry* es evidente.

No existe un problema similar en la explicación de la fuente ecoica fragmentaria porque, como hemos visto, la conducta ecoica es un repertorio mínimo o se desarrolla como tal, como resultado del fortalecimiento independiente de respuestas mayores. Demostramos la eficacia del complemento ecoico al decirle a alguien *Dígame una palabra que comience con "t" o Dígame una palabra que rime con "amigo"*. Estos son mandos para la acción verbal y las respuestas que generan muestran la combinación de una respuesta ecoica que llena la condición del mando y de la conducta determinada, sin tener en cuenta las formas que están bajo el control de variables incidentales.

En el ejemplo anterior, una persona más sofisticada pudo decir solamente que el nombre tenía el sonido *erry*, pero el recuerdo equivocado demuestra el funcionamiento independiente del tacto fragmentario en forma tan clara como la identificación del elemento. Normalmente, sin embargo, la identificación es imposible. Si al tratar de recordar el nombre *Denman Ross*, recordamos *Russell Sage*, puede ser imposible que a ese nivel (antes de recordar a Denman Ross) se puntualice la pauta de acentuación relevante y la duración o importancia del elemento R_ss.[25]

Al coleccionar ejemplos de recuerdos erróneos o parciales, existe la tendencia a notar casos interesantes y a pasar por alto los triviales o aquellos que parecen no tener ningún "significado". No tenemos datos adecuados para mostrar la importancia relativa de consonantes, vocales, posiciones, patrones de acentuación, etc. La búsqueda de tales datos estaría impedida por fuentes de fuerza adicionales generadas por la conducta del que recuerda. Por ejemplo, al tratar de recordar el nombre *Hale* en una lista de alumnos, el maestro dijo primero *Dale*, luego *Day*, que era otro nombre en la lista, y por último dijo *Hale*. Podría parecer que la forma *Dale* podría haber sido derivada de la fuerza de *Hale* y *Day*, y entonces pudo surgir primero. Al notar simplemente la similitud formal que existe entre *Hale* y *Dale*, perdemos la otra contribución de fuerza para este último nombre. Una inferencia más extensa de este tipo, generada por la conducta de

[25] Interesantes ejemplos del recuerdo erróneo de nombres propios se dan en Woodworth, R. S., *Psychology* (Nueva York, 1934).

recordar, está presente cuando se dice *Me acuerdo de X cosa, pero no es eso.*

La multiplicidad de las fuentes de fuerza tiene un efecto conocido sobre el discurso prolongado. Tan pronto como un hombre comienza a escribir o hablar, su propio comportamiento genera estímulos para respuestas ecoicas, textuales o intravervales. Cuando éstas son demasiado potentes o cuando actúan con variables débiles, el resultado puede ser perjudicial. Una contribución intraverbal muy potente puede convertir la conversación en un vuelo de ideas. Una contribución formal muy fuerte puede volver la conversación incoherente. La repetición auto-ecoica de una respuesta como un miembro poco probable de un grupo temático *diferente*, confunde usualmente al oyente o lector.[26] Por otro lado, las fuentes múltiples de fuerza pueden contribuir a una cierta integración o solidaridad en el habla prolongada, y probablemente tienen un efecto sobre el oyente (como veremos en el próximo capítulo) que resulta reforzante.

El principio de causación múltiple tiene su lugar en las formas más rigurosas de la conducta verbal que se observan en la lógica y la ciencia. Las comunidades científica y lógica están dedicadas a la eliminación de ambigüedades y equivocaciones, pero no han eliminado del todo las extensiones metafóricas o solecísticas, ni han creado medios que nos protejan contra la causación múltiple. Veremos más adelante que algunos de los procesos del pensamiento verbal necesariamente involucran el fortalecimiento complementario por medio de variables colaterales. En cualquier caso, el lógico o el científico están sujetos a las limitaciones impuestas por el papel de organismo que se comporta que desempeñan, y aún ahí se debe tener en cuenta la probabilidad de la multiplicidad de las fuentes.

[26] Véase Fowler, *Modern English Usage*, en: "La repetición de palabras y sonidos: dos utilizaciones de una palabra que son accidentalmente similares pero no paralelos".

Estimulación suplementaria

Una razón para tratar de mejorar el análisis de la conducta verbal en términos de ideas, significados, información, actitudes, opiniones, rasgos, habilidades, etc., es que tales variables, incluso cuando se definen aceptablemente, tienen poca relevancia para el control práctico de la conducta verbal. Las descripciones formales de la lógica y de la gramática también pasan por alto la determinación real de la conducta verbal. Sin embargo, las variables y las relaciones de control a las que apela el presente análisis, pueden aplicarse al problema de la evocación de la conducta verbal. Como sugiere el capítulo anterior, dos o más de estas variables serán más efectivas para lograr ese resultado que una de ellas tomada separadamente.

Supongamos que aceptamos la tarea de ingeniería de evocar una respuesta dada en un hablante determinado y a una hora dada. Para hacer que este resultado sea importante, supongamos también que hemos hecho una apuesta grande: un sujeto que hable nuestro idioma y que no conozca nada sobre el experimento, va a emitir una respuesta común, por ejemplo, la palabra *lápiz.*

De esta forma, si tenemos relativa libertad para arreglar las circunstancias externas como queramos, ¿qué debemos hacer? Obviamente la forma más rápida de ganar la apuesta sería mandar la respuesta diciéndole: *Por favor, diga "lápiz".* La historia previa de la mayor parte de la gente que habla nuestro idioma, con respecto a tal estímulo verbal, haría que se produjera el resultado deseado. Pero si este paso ha sido eliminado, tendremos que introducir otras variables características de otras operantes que tengan la misma forma de respuesta. Si la apuesta es grande, probablemente introduciremos varios de estos elementos a la vez para aumentar al máximo la probabilidad de la respuesta.

Para fortalecer un mando de esta forma, podemos asegurarnos de que no hay a la mano ningún instrumento para escribir y luego darle al sujeto un block de papel apropiado para dibujar, y ofrecerle, entonces, un premio por dibujar un gato. Nosotros no habremos "creado la necesidad de un lápiz", en el sentido de generar un estado de deprivación, pero habremos fortalecido el comportamiento que sólo puede ejecutarse con un lápiz. Bajo condiciones similares, la respuesta *lápiz* ha sido reforzada con frecuencia y, por tanto, se ha vuelto más probable. Simultáneamente podemos fortalecer otras respuestas de la misma forma proporcionando estímulos ecoicos (un fonógrafo en el fondo del cuarto que ocasionalmente diga la palabra *lápiz*) y estímulos textuales (signos en la pared que digan *LÁPIZ*). Colocamos otros estímulos verbales junto con éstos para producir respuestas intraverbales: el fonógrafo en ocasiones dice *papel y...*, y también hay otros signos que dicen *PAPEL Y...* Arreglamos la ocasión para que aparezca un tacto que tenga la forma *lápiz* colocando un lápiz muy grande o poco común en un sitio desacostumbrado, pero que esté claramente a la vista, digamos, medio sumergido en un acuario o flotando libremente en el aire cerca del techo de la habitación. Indicamos nuestro propio carácter de audiencia a la persona que habla nuestro idioma, hablándole en dicho idioma. Bajo tales circunstancias es muy probable que el sujeto diga *lápiz*.

Claro está que generalmente no llegamos a tales extremos para generar una respuesta; pero, sin embargo, nos interesamos frecuentemente por evocar la conducta verbal, y las técnicas disponibles para ello se ilustran en los ejemplos anteriores. Al descubrir las variables independientes de las cuales es función la conducta verbal, llevamos a la conducta bajo control práctico. Las técnicas de control que generalmente usan causación múltiple son aplicables siempre que queramos evocar la conducta que ya existe con alguna fuerza.

CONTROL PRÁCTICO

Añadimos una variable suplementaria a las fuentes de fuerza existentes cuando, por ejemplo, es importante que alguien recuerde un nombre o un hecho, que hable en el momento apropiado o que "saque algo que tiene en el corazón". Las causas por las que la conducta no es lo suficientemente fuerte como para ser emitida sin complemento, es algo que no importa por ahora. Una respuesta puede estar sólo pobremente condicionada o puede estar bajo el control de estímulos que en ese momento son débiles; puede estar relacionada con estados de deprivación o de estimulación aversiva que son moderados o débiles; puede estar desplaza-

da por otras conductas como resultado del castigo previo o estar confundida por otras variables presentes en el momento. Algunas veces el problema consiste simplemente en hacer que la conducta subvocal previa se vuelva vocal, pero por lo regular el problema consiste en evocar la conducta que en caso contrario no se emitiría ni siquiera en forma subvocal. No podemos simplemente mandar la conducta requerida, porque no podemos saber lo que es o porque no será efectiva si se debe enteramente a tal variable.

El proceso de evocación suplementaria puede clasificarse en la siguiente forma: Cuando el operador puede identificar la respuesta que va a ser evocada (por ejemplo, cuando el sujeto ha olvidado una palabra que el operador conoce), la estimulación suplementaria es un "instigador". Cuando el operador no conoce la respuesta, aunque ésta pueda ser claramente especificada por otras circunstancias (por ejemplo, cuando ni el sujeto ni el operador conocen una palabra que, al descubrirse, les permitirá a ambos localizar otra información en un diccionario), podemos decir que el suplemento es un "sondeo". El material empleado también puede dividirse de acuerdo a la distinción que existe entre fortalecimiento formal y temático, que se discutió en el último capítulo. Por tanto, tenemos que examinar: 1. instigadores formales; 2. instigadores temáticos; 3. sondeos formales, y 4. sondeos temáticos.

Instigadores formales

Instigadores ecoicos. En el ensayo de una obra teatral, el apuntador (que desempeña el papel de "instigador") sostiene el libro en sus rodillas y siempre está listo para emitir la siguiente línea de la obra como conducta textual; mientras que el actor, en el escenario, se comporta intraverbalmente y con mucha menos certeza. Cuando una conexión intraverbal es inadecuada (por ejemplo, cuando el actor olvida una línea) el apuntador se la proporciona con un estímulo ecoico *parcial.* Cuando el actor, entonces, dice la línea que le corresponde, su conducta ha conseguido la fuerza de dos fuentes: del condicionamiento intraverbal original y del suplemento ecoico. Si el actor desconoce la línea por completo, la fuente intraverbal estará ausente y la respuesta que él emita será exclusivamente conducta ecoica. Los dos casos pueden distinguirse en términos del tamaño del estímulo ecoico. Cuando el apuntador da menos de una línea completa (tal vez solamente unos pocos sonidos, una o dos palabras), se evidencia la presencia de una fuente adicional responsable de la línea completa. Cuando se da la línea completa como un *instigador* y el actor la repite correctamente en forma ecoica, se oscurece la evidencia del condicionamiento intraverbal. (Aunque convencionalmente los instigadores son el comienzo de una respuesta verbal,

un instigador rítmico puede ser efectivo, aunque algunas veces basta con una pauta de énfasis).

Las técnicas educativas que dan énfasis a la memorización de material verbal recaen pesadamente en la instigación. El grado en que el niño de escuela primaria adquiere la conducta verbal es algo que con frecuencia le importa muy poco al maestro. Por ejemplo, al niño se le dan algunas líneas de un poema y se le pide que las "aprenda". En alguna forma que no se entiende bien, forma que el niño debe descubrir por sí mismo, debe convertir las respuestas textuales en intraverbales. Después, el maestro le pide al niño que recite el poema; le premia si lo recita correctamente y lo castiga si no es capaz de hacerlo o si lo recita en forma incorrecta. Con el fin de generar respuestas que puedan ser reforzadas posteriormente, el maestro puede recurrir a una serie de instigadores. Un poema aprendido parcialmente se evoca en esta forma y se refuerza. La conducta pasa finalmente de una serie de respuestas textuales, a través de la conducta ecoica, al control final intraverbal. La cantidad de instigación necesaria para cualquier estadio depende de la fuerza que la conducta ha adquirido.

En lo que podríamos denominar un instigador formal disfrazado, se disimula un estímulo ecoico dentro de una respuesta verbal mayor. Así, al evocar la respuesta *addition* (añadidura), un instigador disfrazado podría tomar la forma: *Would you like a bit of ADvice?* (¿Quiere un poco de información?). Si el *ad* disimulado es menos efectivo que el *ADD* no disfrazado, se debe a que el primero no genera de inmediato conducta ecoica. El instigador no disfrazado no es solamente un estímulo formal para que aparezca la conducta ecoica, es esencialmente un mando que equivale a decir: *Say "add" and see whether the response does not occur to you* (Diga *"add"* y vea si la respuesta acude o no a su mente). El instigador disfrazado tendría algo del mismo efecto si se pusiera énfasis en la partícula *ad* o si se pronunciara haciéndola resaltar, como se hace algunas veces en televisión con ciertos términos.

Un uso semejante del instigador ecoico consiste en limitar la conducta del oyente a un número pequeño de respuestas, entre las cuales la determinación se deja a otras variables. Un ejemplo trivial de lo anterior nos lo proporciona el mando: *Dame una palabra que rime con "azul"*. Un uso práctico más importante del instigador ecoico (o en el caso del lector, del instigador textual) se ejemplifica en el mando *¿Es esto verde o azul?* o *Respóndame "Sí" o "No"*. Las respuestas a tales preguntas están bajo el control aversivo que está implícito en el mando, pero un pequeño repertorio ecoico se encuentra detrás de las contingencias aversivas. El mando *Repita después de mí...* presenta la ocasión para reforzar solamente una forma específica de conducta ecoica.

La instigación es tan común en el intercambio social que estamos especialmente inclinados a repetir en forma ecoica cualquier estímulo verbal que esté bajo las condiciones en las cuales se usa la instigación. Esto con frecuencia conduce a errores. Por ejemplo, cuando un hablante comienza a decir: *Últimamente he estado interesado en la situación de...*, y el oyente le instiga diciendo *Egipto*, el hablante repite ecoicamente, pero se corrige con energía y dice: *Bueno, no, Egipto no... estaba pensando en... Turquía.* Aquí la fuerza de la palabra *Egipto* se debió únicamente a la fuente ecoica. La oración incompleta que emite el hablante y las condiciones generales del momento hicieron muy probable la aparición de la respuesta ecoica debido a las muchas ocasiones en las cuales tal respuesta había servido como un instigador formal útil.

Instigadores textuales. Cuando el hablante simplemente hojea sus notas, las está usando como un instigador textual que tiene el mismo efecto que el instigador ecoico en el teatro. Sin duda, la televisión ha producido instigadores mecánicos que presentan estímulos textuales fuera de la vista de los televidentes, pero tales estímulos están disponibles para el hablante. Si el material simplemente se lee, la conducta no es instigada y la función de tal estimulación consiste generalmente en complementar la conducta intraverbal débil.

Los anuncios generalmente usan instigadores ecoicos y textuales. Un mecanismo bastante común es hacer que el nombre de un producto determinado aparezca ante el cliente en la tienda. Un signo en la puerta o en el mostrador de una tabaquería, simplemente da el nombre de una marca determinada de cigarrillos o el nombre seguido de la frase *Por favor*, o tal vez la frase completa: *Deme un paquete de Marlboro, por favor.* El signo es un suplemento textual que aumenta la probabilidad de que el cliente solicite una marca en particular. El instigador puede distinguirse mostrando un dibujo de alguien que afirme esa respuesta. Los mandos explícitos (*Pida "Marlboro"* o *Diga: "Marlboro, por favor"*), no sólo proporcionan un estímulo suplementario para el nombre de un producto, sino que organizan algunas de las condiciones que en la vida del hablante se asociaron con el refuerzo de la conducta ecoica. Una forma disfrazada de mando se observa en la siguiente frase: *Pida un Philip Morris*, la cual puede funcionar como un mando aunque aparezca bajo la forma de la respuesta de un anunciador de cigarros. (La conducta de pregonar las mercancías que uno tiene para vender, posee probablemente un efecto *ecoico* comparable. El vendedor de maní, en el juego de beisbol, dice *¡Maní!, ¡Rosetas de maíz!* no sólo para indicar que tiene estos artículos para la venta, sino para aumentar la probabilidad de que los clientes potenciales digan lo mismo que él y pidan sus productos.)

Las abreviaturas acaban por convertirse en estímulos textuales estándar que controlan las respuestas verbales en ausencia de una correspondencia exacta, pero generalmente comienzan como instigadores textuales. El texto *MAT.* puede evocar la respuesta *matemáticas* debido a que el condicionamiento completo no se relaciona con el hecho de *MAT.* es parte de *MATEMÁTICAS* (en la misma forma en que *y* se lleva bajo el control del texto escribiendo &). Pero *MAT.* controla la respuesta matemáticas en parte debido a la existencia del repertorio textual y probablemente por esta razón se presenta en forma abreviada. El escritor apurado encontró que *MAT.* tenía el mismo efecto (sea sobre sí mismo o sobre el lector) que la forma más larga.

Como el instigador ecoico, la mayor parte de las abreviaturas son simplemente los comienzos de respuestas estándar más largas; pero algunas pueden representar el principio y el fin de las respuestas (por ejemplo, *Sr.* —señor— o *Dr.* —doctor—) o también pueden ser muestras de letras o sonidos que cubren la respuesta completa (*Ltda.* por *Limitada*). Las iniciales que se emplean en lugar de los nombres propios (F. R. D.), las que designan dependencias oficiales (IMSS), las organizaciones (U.N.A.M.), etc., adquieren el estatus de estímulos verbales completos por su propio derecho, pero también funcionan como instigadores textuales, posiblemente como una fuente adicional de fuerza, después de que se ha adquirido la respuesta independiente. Las siglas y las abreviaturas también sirven como instigadores ecoicos antes de haberse establecido como estímulos verbales completos y posiblemente después, en forma de estimulación suplementaria. Como las abreviaturas son principalmente instrumentos para evitar el trabajo de escribir las formas extensas, tienden a ocurrir en la conducta verbal escrita. Sin embargo, ahora son menos comunes que antes (lo son más en los manuscritos que en la forma escrita a máquina), debido a la invención de métodos más sencillos para la producción de estímulos verbales escritos.

Instigadores temáticos

Un instigador temático es una fuente suplementaria de fuerza que tiene la forma de un tacto o de una respuesta intraverbal, y se le conoce mejor como una "insinuación". Así, podemos estimular a nuestra anfitriona a que nos pregunte si queremos más té mirando la taza vacía, bebiéndonos en forma notoria la última gota o dando estímulos intraverbales que contienen formas tales como *beber, bebida, café,* etc. Se supone que la respuesta *¿Más té?* existe con cierta fuerza; si el estímulo suplementario es tan fuerte como para generar la conducta requerida por sí mismo, la insinuación es demasiado burda como para que digamos que es un instigador.

El instigador temático funciona frecuentemente en una forma muy parecida a la manera en que lo hace el instigador formal. Si un camarada ha estado de acuerdo en traer un tema para ser discutido en una reunión del comité y no lo ha hecho, podemos recurrir a la instigación. Susurrar una palabra o escribirla en un papel, podría hacer las veces de un instigador formal. Un instigador temático consistiría en estímulos verbales que generalmente evocan términos, en el tema de discusión, como respuestas intraverbales. Un instigador temático puede disimularse en otra conducta verbal con menor claridad que un instigador formal; pero el instigador temático tiene menor probabilidad de determinar una conducta específica por parte del oyente. El tono de voz apropiado o la forma de mirar, sin embargo, sirve en lugar de una frase explícita, como podría ser la siguiente: *Usted va a decir algo acerca de tal y tal tema.*

Los instigadores temáticos también son comunes en la educación. El maestro "dirige" una discusión o alienta al estudiante a hablar de cierto tema en cierta forma, básicamente utilizando instigadores temáticos. También pueden ocurrir instigadores temáticos accidentales, como ocurre cuando "nos acordamos de un tema acerca del cual habíamos pensado hablar". Podemos traducir una expresión elíptica de esta clase diciendo que "la conducta que existía con cierta fuerza recibe un suplemento accidental de materiales temáticos relacionados".

Bajo condiciones en las que la instigación ha sido especialmente efectiva (cuando el oyente está "buscando un instigador"), el efecto puede depender por lo menos de dos respuestas que se unan en una cadena. Un eslabón temático puede ir seguido de uno formal o viceversa. Al fortalecer la respuesta *adición*, por ejemplo, el estímulo verbal *la impresión particular de un libro*, podría llevar a muchas respuestas intraverbales, entre ellas *edición*, que puede funcionar como un instigador formal para llevar la respuesta *adición* hasta el nivel suficiente de fuerza.

Sondeos formales

Sondeos ecoicos. El estímulo ecoico no siempre puede evocar una respuesta apareada con él. El estímulo mismo puede no ser claro, el hablante puede tener mal oído, el repertorio ecoico pudo no haber sido bien condicionado, etc. Es común que no se oiga bien un estímulo verbal; pero si el estímulo ecoico es débil, no se sigue que la respuesta sea indeterminada. Otras variables simplemente tienen mayor probabilidad de ser efectivas como fuentes suplementarias de fuerza. Cuando tales variables son aparentes, decimos que el error de audición es "revelador" en sentido freudiano. Así, si alguien oye mencionar su nombre en una conversación ruidosa cuando, de hecho, no existe ningún estímulo

verbal correspondiente, podemos buscar qué otra variable puede ser la responsable de la tendencia del individuo a oir mencionar su nombre. El padre que está orgulloso de su hijo oye más palabras en los balbuceos infantiles de su hijo que las que oye el vecino escéptico. Al interpretar tales casos, es importante señalar que lo que se oye es reforzante para la persona que lo oye. La estimulación ecoica fragmentaria se combina con algunas otras variables para producir una respuesta verbal que no puede ser evocada por ninguna de las variables tomada separadamente.

Las pautas de sonido que son aún más deficientes como estímulos ecoicos sirven algunas veces como variables suplementarias, especialmente si se repiten de manera rítmica. Como la debilidad de un estímulo ecoico debe aparearse con la fuerza especial de otra fuente, los ejemplos de esta clase son claramente más "reveladores" y se usan con frecuencia como instrumentos literarios. En *La guerra y la paz de Tolstoi*, "le parecía al príncipe Andrey (que estaba parado en la baranda de un transbordador) que los golpes del agua hacían eco a las palabras de Pierre: «Es cierto, Créelo»". Y Arnold Bennett, en *Old Wives' Tales*, describe el caso de una niña que se escapó de su casa en un tren: "Y entonces, al compás de los largos y pausados golpes del tren sobre los rieles, una voz incontestable que permanecía dentro de su pecho le decía: «¿por qué estás aquí?, ¿por qué estás aquí?»".

Un solo caso de tales pautas auditivas no vocales, rara vez evoca una respuesta verbal ecoica. El hecho de que lo hagan las pautas que se repiten rítmicamente, es un ejemplo del proceso llamado "suma" (summation) que se observa comúnmente tanto en la conducta refleja como en la operante. Este proceso puede demostrarse en la conducta verbal en la siguiente forma: Llamar a una persona por su nombre puede no ser efectivo si se encuentra a distancia, si el trasfondo es muy ruidoso o si está preocupado por otra cosa. Pero, en tal caso, existe un nivel de intensidad en el cual ese estímulo, que no es efectivo cuando se presenta una sola vez, se vuelve efectivo si se presenta rítmicamente con la misma intensidad varias veces. Si le hablamos a alguien que está leyendo un periódico y no nos contesta, es posible que le volvamos a hablar nuevamente en voz más alta, pero también podemos lograr el mismo efecto hablándole varias veces con la misma intensidad. Es esta suma de estímulos inefectivos la que evoca una respuesta parcialmente ecoica para la pauta de estímulos no vocales. Cuando el estímulo no es efectivo por medio de la suma, es necesario, en la mayoría de los casos, que haya otras fuentes de estimulación para determinar la forma precisa de la respuesta.

Un sondeo ecoico que se basa en este principio se denomina "sumador verbal". El sumador verbal consta de un fonógrafo o grabadora que repite una pauta vaga de sonidos del habla con

baja intensidad o contra un trasfondo ruidoso, tantas veces como sea necesario para evocar una respuesta. El material sonoro que se utiliza suena como si los fragmentos de lenguaje natural se oyeran a través de una pared. Por razones que discutiremos en el capítulo 15, el instrumento evoca la conducta con mayor rapidez si no se le dice al hablante cuál es la verdadera naturaleza de las pautas sonoras. Bajo condiciones experimentales satisfactorias, un sujeto generalmente oye que se dice algo en cada pauta, y la mayor parte de los sujetos no necesitan más de diez o quince presentaciones de cada estímulo. En pocas horas pueden recogerse centenares de respuestas, las cuales tienen muy poca relación formal con los estímulos ecoicos (diferentes sujetos rara vez dan la misma respuesta) y, por tanto, se pueden hacer ciertas inferencias acerca de otras variables. Las respuestas tienden a permanecer inéditas, en el sentido del capítulo 15, porque el sujeto permanece ajeno a las fuentes de control y, por lo regular, está convencido de que simplemente repite lo que está oyendo, aunque quizá lo haga con cierto grado de inexactitud.

Una lista parcial de las respuestas que se obtuvieron de un sujeto en uno de estos experimentos, es la siguiente:

> *Barley; have hold on that; do not do that; spell the party; have you pummelled him; how do you do; good-night; you know a part; cracker; have you anything; two four one eight; call station; sour pickles; calm down; keep out of it; hobo; do it again; you are mine; I knew her; Mannheim vis-à-vis; Lita hit...; get over main jump; you tried them; he has you; he neevr hurts you; Heidi; a Bilderbuch; holding one over; why have you; Tabelletuch (reported only after repetition had been stopped); if I were you old enough; have you forgot; who are you; I couldn't imagine; which am I; America; could I get on with you; who are you; will you come back; no may... do that; Dumas; don't go there; watch my margin; after all my duty; fly like a bee;*[1]

Es posible identificar algunas de las variables no ecoicas que entran en la determinación de tal conducta. Como es imposible, claro está, llevar a cabo este experimento *in vacuo*, el ambiente inmediato proporciona algunos estímulos de control. Después de ver que el experimentador ajustaba dos pequeñas manijas del

[1] Barley; se ha mantenido en eso; no hagas eso; separa las cosas; lo has golpeado; ¿cómo estás?; buenas noches; sabes una parte; galleta; tienes algo; dos, cuatro, uno, ocho; llama a la estación; encurtidos amargos; cálmate; sálgase de allí; vago; hazlo de nuevo; eres mío; la conozco; Mannheim cara a cara; Lita le pegó...; ve allá de un salto; tú los preocupaste; él te tiene; él nunca te hace daño; Heidi; un Bilderbuck; sostener uno; ¿porqué has...?; Tabelletuch (esta respuesta se emitió solamente después de que se terminó la repetición); si yo fuera usted; ¿tienes edad suficiente?; ¿has olvidado?; ¿quién eres?; no podría imaginar; ¿qué soy?; América; ¿puedo llevarme contigo?; ¿quién eres tú?; ¿volverás?; no puedes... házlo; Dumas; no vayas allá; mira mi garantía; después de todo mi servicio; vuela como una abeja; Skinner, B. F. "The Verbal Summator and a Method for the Study of Latent Speech", *Journal of Psychology*, 2, (1936), págs. 71-107.

aparato, un sujeto dijo que el fonógrafo había dicho: ¿Qué ruedas tocó usted? Un reloj distante que marcó la media hora, hizo que un sujeto dijera *Media hora.* Las condiciones de deprivación o de estimulación aversiva asociadas a este experimento también son relevantes y parecen explicar respuestas como las siguientes: *Llámelos más fuerte; Acérquelo; Fórcenlos más; Cuidado, te vas a dormir.*

Tan pronto como se han emitido algunas respuestas, comienzan a presentarse las respuestas auto-ecoicas y auto-intraverbales. La respuesta *Hire a bootblack* (contrata a un limpiabotas) fue seguida casi de inmediato por la respuesta *Have a bluebook* (toma un libro azul). Las dos respuestas tienen la misma pauta de énfasis y las consonantes iniciales son las mismas, excepto por la inversión de la letra inicial *b* en *bl.* Más aún, *bootblack* y *bluebook* son palabras cuyas sílabas separadas son también palabras por sí mismas. Ambas terminan en *k* y poseen el elemento *boo.* La fuerza adicional puede venir de una fuerte conexión intraverbal entre *black* y *blue.* El notable fortalecimiento auto-ecoico puede observarse en las siguientes rimas: *Blow that fuse up, No shoes up* (Fundan ese fusible, no suban los zapatos); *Trial by another, Is he your brother?* (Inténtelo en lugar de otro, ¿es él su hermano?); *Over golden seas, There are men at ease* (Sobre los mares dorados, hay hombres resueltos). Las fuentes múltiples algunas veces producen cierta clase de humor ingenioso. A partir de la emisión de la respuesta *Harry Goldman,* se desprendió la respuesta *In a gold mine* (en una mina de oro), y las formas *Higher y Hire* —que también pudieron haber surgido de la respuesta Harry— fueron intercambiadas en una serie de respuestas más largas. Si tomamos como ejemplo el experimento en que un individuo emitió la respuesta *Three or four years ago* (Hace tres o cuatro años), y luego emitió la respuesta *An historical article* (Un artículo histórico), el hecho de que se haga una yuxtaposición incongruente entre parte de la respuesta uno y parte de la respuesta dos, puede explicar que en el experimento se haya producido una respuesta posterior como la siguiente: *Slightly historical* (Ligeramente histórico), la cual puede llevar en sí misma la respuesta slightly histerical (ligeramente histórico) que fue común en algún tiempo y que no tiene nada que ver con la respuesta original.

Las agrupaciones temáticas de respuestas que no tienen fortalecimento formal se observan en los siguientes ejemplos: *Dos, cuatro, uno, ocho: llama a la estación* (telefonea); *la música te acabó, ¿cuál es el motivo?* (musical); *Gran orquesta, tú eres musical* (música); *Dios de amor, acércate a la tierra* (religión); *deténgase completamente, movimiento lento* (velocidad). (El último par de respuestas fue seguido por *Ir al cine* y las tres últimas, en conjunto, comprenden una fuga de ideas en miniatura.)

Las conexiones intraverbales que se dan entre respuestas sucesivas sugieren pautas de conversación cotidiana, por ejemplo: *¿A dónde vas? A casa como de costumbre; ¿Quién eres?, No lo pude imaginar; ¿Quieres té?, Muy bien, haré sonar el timbre; Tengo el ojo puesto en la cuerda, ¿Qué hizo él?, Tiró de la cuerda; Te quiero, ¿Me quieres tú?*

En ocasiones se encuentra evidencia de una secuencia intraverbal que no es completamente abierta. En un experimento un sujeto dio la respuesta *You are a peanut* (Eres un maní) un día, y al siguiente *You are a peacock* (Eres un pavo real). A la emisión de esta última, siguió la respuesta *Are you a nut?* (¿Eres un loco?). Es posible que la respuesta *You are a peacock*, recordará la emisión de la primera respuesta: *You are a peanut*, y que la conducta adicional encubierta condujera entonces a la pregunta: *Are you a nut?*

Lo complicado del entrelazamiento formal y temático de respuestas sucesivas en ausencia de un "significado directo" de la obra, es algo digno de mención debido a su aplicación en el análisis de la poesía. Una serie de respuestas que dio el sujeto de la anterior lista, nos proporciona un buen ejemplo:

elle n'est partie	(ella no ha partido...)
do not say your part	(no diga su parte...)
take leave of it	(déjelo...)
oh, are you	(¡oh!, es Ud. ...)
got your visa	(consiga su visa...)
elle ne sait pas	(ella no sabe...)
p-p-partie	(... p-p-partido...)
are you going	(¿va Ud. ...?)
who are you	(¿quién es Ud. ...?)
vis-à-vis	(cara a cara...).

Las semejanzas formales que existen entre estas respuestas, que son independientes de cualquier conexión temática (y por tanto podrían considerarse como una clase de juegos de palabras), se ven en: *partie, part; not say part, ne sait pas*, y *visa, vis-à-vis*. Tanto la fuerza formal como la temática se evidencian en los siguientes pares: *elle ne, elle n'est; partie, partie; are you, are you;* y así sucesivamente. El entrelazado temático con superposición formal se puede observar en: *partie, take leave, are you going*, y tal vez *got your visa*. El tartamudeado *p-p-partie* (el sujeto dijo que que el disco estaba tartamudeando) puede deberse a que al transcribir la primera respuesta de la serie, el experimentador le preguntó al sujeto si había dicho *partie* o *pas partie*.

Es posible evocar respuestas en niños pequeños mediante estímulos ecoicos vagos, pero el material está muy determinado por las condiciones del experimento o —una vez que se han emitido algunas respuestas— por conexiones formales y temáticas fuertes. Una niña de cinco años dio las siguientes respuestas:

Conseguí el disco; conseguí el disco (hace ruido); Mi disco hace mucho ruido, pero me gusta; estoy sentada en un banquillo; sin embargo, tengo un lindo escritorio; ¡Jesús!, estoy escribiendo muy duro; ¡Dios!, olvidé el disco; ¿quiénes son esas personas que golpean a la puerta?; ¡Jesús!, mi disco es lindo y también mi escritorio; (pienso que está cantando una canción muy linda); ¡Jesús, dónde está mi esposa? ¿Dónde está?; se llevó lejos a mi niña.

Estas respuestas fueron seguidas por otras 19 en un total de 10 minutos. Este joven sujeto en muchos casos comenzaba cada respuesta dicendo: *pienso que él está diciendo...* Otra niña de cinco años dijo *Paloma* para el primer estímulo, y prácticamente todas las siguientes respuestas fueron nombres de aves.

Como las fuentes identificables de fuerza no explican la mayor parte de las formas de respuesta que se observan en el experimento del sumador verbal, el resto debe atribuirse a otras variables en la historia previa del sujeto. Es precisamente al permitirnos inferir estas variables, cuando el instrumento adquiere utilidad clínica como "prueba proyectiva". Cuando las respuestas que se obtienen en esta forma se dividen en grupos temáticos y se analiza su estructura gramatical, pueden aparecer predisposiciones verbales que no siempre se descubren en la conducta normal del sujeto debido al proceso de corrección, el cual se discutirá en el capítulo 15. En el experimento con el sumador verbal, para ponerlo en términos burdos, el sujeto no necesita responsabilizarse de todo lo que dice. El punto, sin embargo, es que simplemente el instrumento funciona. Proporcionando un estímulo ecoico muy vago como fuente suplementaria de fuerza, puede evocarse la conducta verbal que en otras circunstancias sería de forma indeterminada. Las variadas relaciones con otras variables, incluso el fortalecimiento ecoico interno e intraverbal, sirven simplemente para confirmar esta formulación.

El estímulo ecoico está a su nivel mínimo (y otras variables son, por tanto, más importantes relativamente) en la conducta psicótica de "oir voces". Claro está, es común que se oiga mal una conversación. Las respuestas que emiten los psicóticos ante el sumador verbal son relativamente independientes de la pauta del estímulo ecoico.[2] En el caso de las personas que sufren alucinaciones auditivas no podemos suponer la ausencia de los estímulos ecoicos, ya que los ruidos generados por los procesos fisiológicos que se efectúan en el hablante mismo pueden funcionar como tales estímulos; y en muchos casos tales alucinaciones parecen ser alentadas por estímulos externos, como el movimiento de las hojas.

Sondeos textuales. Aunque un estímulo verbal textual normalmente es más estable que uno ecoico, con frecuencia evoca

[2] Rosenzweig, S., y Shakow, D. *Character and Pers.*, 1940, *8*; págs. 216-226.

respuestas que no presentan una correspondencia exacta con el repertorio textual. El maestro de escuela primaria está familiarizado con este efecto. Pero incluso los lectores que han desarrollado un amplio repertorio textual pueden *equivocarse* cuando el estímulo textual es vago o muy breve. Al conducir un automóvil uno puede avistar un estímulo textual con el rabillo del ojo o puede verlo pasar rápidamente. En el laboratorio, los estímulos textuales pueden ser representados por fracciones de segundo con el taquistoscopio. Bajo estas condiciones, la respuesta textual puede estar controlada en parte por otras variables.

Una forma visual del sumador verbal con base en este proceso, la diseñó W. K. Estes.[3] En ella se presentan pautas de letras expuestas durante poco tiempo o desenfocadas, y se le pide al sujeto que dé una respuesta textual. Parte de un registro de muestra es la siguiente:

> Lo dejó conmigo...; su esposa...; dime acerca de...; golpeado por el arma...; culpable del crimen...; tomarle el brazo...; ilumina mi camino...; ganancia planeada...; alrededor de mi brazo...; a través de mi brazo...; sentir el dedo del pie...; apretado al brazo...; amarrado al brazo...; al lado...; una carta en la mano...; ...en mi cabeza...; verdadero como fue...; su estatua a mi izquierda...; injerto al lado...; encontrado en su cabeza...; ...pelear con...; niña bien...; bajar la cuesta...; ...gran hombre en el pozo...; etc.

En la muestra anterior son evidentes las respuestas auto-ecoicas y auto-intraverbales, lo mismo que sus combinaciones en la causación múltiple.

Cuando, al comienzo de una sesión experimental, al sujeto se le permite ver claramente un texto con sentido, que es una muestra del material que se le va a presentar después bajo condiciones menos favorables, el tema de la muestra persiste sólo en forma y aparentemente como resultado de respuestas intraverbales sucesivas más que como una "disposición" permanente. La estructura gramatical de la muestra persistió durante un periodo de tiempo más largo. Así, la muestra era una pregunta, las siguientes seis u ocho respuestas tendían a ser también preguntas.

Otros tipos de sondeos formales. Podemos generar conducta verbal con cualquiera de las variables que fortalecen la conducta sin tener en cuenta la forma, o lo podemos hacer con cualquier variable de esas en combinación con variables puramente formales. Así, podemos pedirle al sujeto que forme una lista de palabras tan rápidamente como pueda, que escriba una poesía en una pauta que se le sugiere, que escriba pasajes altamente aliterativos que usen las consonantes iniciales sugeridas, que escriba todas las palabras que pueda que comiencen con una letra deter-

[3] Estes, W. K. *Psychological Record, IV* (1940); págs. 174-180.

minada o que rimen con cierta palabra, etc. Estos son sondeos en el sentido en que el material que se obtiene no está bajo ningún control externo poderoso. Todo este material lo "corrige" el hablante —en el sentido que estudiaremos en el capítulo 15— porque, en contraste con lo que ocurre con el sumador verbal auditivo o visual, el sujeto debe "asumir la responsabilidad" de sus respuestas.

Sondeos temáticos

Un ejemplo de un sondeo temático antiguo, nos lo proporciona la prueba de asociación de palabras de Jung.[4] En este experimento, se le presentan al sujeto una serie de estímulos verbales y se le pide que diga "la primera palabra que se le ocurra", excepto respuestas formalmente determinadas. Los estímulos y las respuestas pueden ser vocales o escritos sin que se afecten seriamente los resultados. Algunos aspectos de la conducta generada en esta forma son significativos, aparte de las respuestas o de la evidencia que ofrecen acerca de las múltiples fuentes de fuerza. Si el sujeto "se bloquea" (o sea, si no da una respuesta rápidamente), la conducta encubierta puede inferirse, tal como se discutirá en el capítulo 15. Si sus respuestas son las típicas de la comunidad verbal a la cual pertenece —si muestran respuestas intraverbales "normales"— también pueden ser de interés. Las respuestas reales (el "contenido" del comportamiento) puede revelar variables colaterales. Diferentes sujetos dan diferentes respuestas, supuestamente porque tienen diferencias en su historia verbal o en las condiciones y circunstancias presentes. Los niños y las niñas dan diferentes respuestas, como vimos en el capítulo 4, y lo mismo los estudiantes de derecho y de medicina. Las respuestas idiosincrásicas pueden ser particularmente útiles, en especial para las palabras estímulo de "tono emocional". Se observan las relaciones auto-ecoicas o auto-intraverbales entre respuestas sucesivas, lo mismo que la persistencia de las relaciones gramaticales o sintácticas con la palabra estímulo.

En una prueba diseñada por John B. Carroll,[5] las palabras claves se omiten de un pasaje en prosa, aunque se preservan las relaciones sintácticas. Este es el primer párrafo de esa prueba:

> El cielo estaba _____ cuando yo fui a _____. En el
> (adjetivo) (nombre)
>
> camino me encontré con Alison, que parecía muy _____.
> (adjetivo)
>
> _____ me habló muy _____. La última vez que vi a
> (pronombre) (adverbio)

[4] Jung, C. G. *Studies in Word Association* (Londres, 1918).
[5] Carroll, J. B. *Psychometrika, 6,* 1941; págs. 279-307.

Alison fue el día en que mi madre había _____ (verbo), y esta reunión me trajo a la memoria el _____ (adjetivo) evento. El pensar en ello me produjo un sentimiento _____ (nombre) y me pregunté cuándo sucedería nuevamente algo semejante.

La estimulación intraverbal proporcionada por el pasaje anterior es algo menos específica que la que nos ofrece la prueba de asociación de palabras. Sin embargo, una vez que las respuestas se han introducido en los espacios en blanco, funcionan en una forma más importante al determinar otras respuestas.

El experimento de asociación de palabras evoca respuestas intraverbales. Los estímulos apropiados para los tactos pueden cumplir una función similar. En la prueba de apercepción temática,[6] al sujeto se le pide que cuente una historia acerca de un dibujo o que escriba algo apropiado para cierta música, olor, sabor, etc. Lo mismo que en la prueba de asociación de palabras, algunas características de la conducta que así se evoca no son relevantes aquí; pero tales pruebas ilustran el sondeo de la conducta por medio de estímulos inadecuados, de donde se deduce consecuentemente, que la conducta está causada en forma múltiple y, por tanto, algunas veces es posible inferir las fuentes adicionales de fuerza.

En comparación con el sondeo formal, tanto la prueba de asociación de palabras como la prueba de apercepción temática comienzan con estímulos bastante fuertes. El hecho de que son temáticos sugiere que ejercen un control relativamente poderoso. Sin embargo, las variables colaterales todavía siguen teniendo una amplitud relativamente considerable. En la prueba de Rorschach, las "manchas de tinta" negras y blancas o de color, se seleccionan precisamente porque no evocan respuestas estándar con ninguna consistencia. El registro que se logra con la prueba de Rorschach no enfatiza el "contenido" de la conducta así generada, pero a pesar de esto ilustra la utilización de la causación múltiple en el sondeo de la conducta verbal. La efectividad de pautas visuales vagas al evocar respuestas que, sintácticamente, nombran o describen las pautas o elementos, sólo pueden explicarse en términos de fuentes colaterales de fuerza. Mucho de esto se puede atribuir a los estímulos visuales en sí mismos, en el sentido en que muchas de estas respuestas representan extensiones metafóricas o nominativas de tactos. El material es, por tanto, relevante para las tendencias que el sujeto tiene de "ver" pautas de una forma determinada.

[6] Murray, H. A. *Explorations in Personality* (Nueva York, 1938).

EL PROBLEMA DE LA CONCIENCIA EN LOS SONDEOS FORMALES Y TEMÁTICOS

La utilidad clínica de un sondeo temático depende del grado en que el sujeto es "inconsciente" de la acción de variables colaterales. Cuando un sujeto "debe asumir la responsabilidad de lo que dice", tiene mayor probabilidad de corregir su conducta —en la forma como se discutirá en el capítulo 15—, lo cual destruye el propósito de la prueba. Cuando la fuente personal de la conducta no puede disfrazarse fácilmente, como en la prueba de Rorschach, el material temático adquiere importancia mínima al registrar un punto a favor de otros aspectos de la conducta. La sofisticación puede llevar a corregir también otros aspectos de la prueba. La persona que entiende el punto de la prueba de apercepción temática sabe corregir su conducta y, por tanto, puede ser incapaz para responder libremente. Cuando se revela la naturaleza real del sumador verbal, la prueba cambia en cuanto a su significado clínico. La corrección de la conducta generada no cuestiona la realidad de las fuentes formales o temáticas de fuerza, ni la causación múltiple de la conducta; simplemente significa que estos procesos pueden ser oscurecidos por la actividad adicional del hablante.

En la forma auditiva del sumador verbal puede darse un prefacio estándar a cada respuesta, o puede estar implícito en las condiciones del experimento. Cuando la propia respuesta del sujeto es fuerte, puede introducir su informe de la siguiente forma: *Se dice...* o *Él dice que...*; cuando su respuesta es más débil, puede iniciar su informe diciendo: *Suena como si dijera que...*; cuando el estímulo ecoico es claramente no verbal, como ocurre al oir el ruido de las ruedas de un tren por ejemplo, el sujeto puede decir: *Cuando oigo las ruedas, me encuentro diciendo...* Solamente en una metáfora obvia el informe toma la forma siguiente: *Las ruedas dicen que...* De manera similar, en la forma visual del sumador, las respuestas pueden ser introducidas diciendo: *Se dice...*, *Parece como si se dijera que...*, *Leo como si...* o *Para mí, esto dice que...* Las respuestas de esta clase —que se discutirán en el capítulo 12— son una descripción de la propia conducta del hablante o de las variables que controlan esa conducta y que fueron emitidas con el fin de cualificar el efecto de la respuesta sobre el oyente.

Una serie similar de prefacios pueden estar implícitos al responder a la prueba del Rorschach. El sujeto esencialmente puede estar diciendo: *Es un...*; *Se parece a...*; *Veo como un... allí.* Cuando el hablante está consciente que *ningún* estímulo es responsable de su conducta, se dan expresiones paralelas, por ejemplo: *Oigo voces, vi palabras, Las palabras pasan por mi mente*, o *In-*

cluso con los ojos cerrados, yo veo un... Sin embargo, podemos notar una peculiaridad en la forma vocal del sumador verbal. La presión *Me dije a mí mismo...*, no tiene un paralelo exacto con respecto a las respuestas que se emiten ante estímulos visuales, verbales o de otra clase. No decimos: *Leo... para mí mismo* o *Vi... para mí mismo.* (Claro está que no se involucra la lectura silenciosa de un texto real.) El término *visualizar* sugiere una noción relacionada con organizar los estímulos visuales para uno mismo. Pero cuando una persona que se encuentra bajo ciertas condiciones en las que una llamada telefónica es altamente reforzante para él, confunde el sonido del timbre del teléfono con el sonido de unas llaves, por ejemplo, no nos relatará su confusión diciendo: *Yo me soné el teléfono a mí mismo.* Uno puede dedicarse a emitir conducta verbal "para uno mismo" porque el hablante puede ser su propio oyente.

EL FORTALECIMIENTO DE LA CONDUCTA VERBAL EN EL OYENTE

Los estímulos suplementarios juegan un papel importante, aunque con frecuencia descuidado, en la conducta del oyente (o lector). Los análisis tradicionales del "significado" generalmente se limitan a las actividades del receptor de la conducta verbal, actividades que nosotros clasificamos aquí como reflejos condicionados (especialmente emocionales) o como operantes discriminadas. El hablante que responde a los estímulos verbales con conducta ecoica, textual o intraverval, también es, claro está, un oyente y puede mostrar conducta refleja u operante además de las respuestas verbales que ya se estudiaron en el capítulo 4. La utilización práctica de los estímulos verbales como variables suplementarias —como instigadores formales o temáticos— nos permite analizar otro aspecto de la conducta del oyente o lector.

Frecuentemente el hablante "hace que el oyente diga algo que no habría dicho en caso contrario". Tanto el hablante como el oyente están bajo el control de las mismas variables esencialmente (están, por decirlo así, en posesión de los mismos hechos) y nada nuevo se "comunica", sino que el hablante genera conducta en el oyente para "aclararle", "hacerle ver un punto" o "ayudarle a entender" un estado de cosas. En lugar de describirle al oyente algo que solamente el hablante ve, hace que el oyente "vea algo a su manera". El hablante "dice algo para" el oyente. Este proceso se observa con frecuencia en el discurso relativamente intelectual de carácter científico o filosófico y, por tanto, es más sorprendente que pueda reducirse a suplementación ecoica, textual o intraverbal.

Es fácil demostrar que el oyente con frecuencia repite o puede repetir, en forma aproximadamente simultánea, lo que el hablante está diciendo. El oyente no tiene problema para sustituir una respuesta que falta, cuando la conducta del hablante está oscurecida momentáneamente por un ruido fuerte o por una ruptura en el circuito telefónico; en la misma forma, un lector puede llenar el fragmento que falta en una pequeña parte de una página. El oyente reacciona correctamente aunque la conducta del hablante esté distorsionada por alguna razón (capítulo 11), lo hace aun cuando pueda ser inconsciente de esta distorsión. El oyente completa la oración para el hablante si su propia conducta es más rápida o si se interrumpe al hablante por alguna razón. El oyente une al hablante para decir una palabra o frase importante. Aun cuando el oyente no emite la respuesta, puede reconocer su propia participación diciendo: "Me sacó las palabras de la boca".

Si tanto el hablante como el oyente están en posesión del mismo repertorio verbal, puede parecer que ese episodio del habla tiene poco sentido; pero en los casos en los que es suficientemente útil el refuerzo para el oyente (y, por tanto, indirectamente reforzante para el hablante), las respuestas del hablante son por alguna razón un poco más fuertes. El oyente pudo no haber sido tan minuciosamente condicionado, digamos, o pudo haber olvidado parte del condicionamiento. Cuando en una visita al zoológico el hablante da el nombre de un animal que el oyente ya tiene en su repertorio verbal, aunque con fuerza insuficiente, el hablante no está "instruyendo" al oyente (en el sentido en que se discutirá en el capítulo 14) porque no crea una nueva relación funcional; simplemente añade una fuente suplementaria de fuerza que es suficiente para evocar una respuesta.

El hecho de que en este ejemplo la respuesta tuviera desde antes suficiente fuerza en sí misma, no es esencial. Dos personas pueden tener el mismo conjunto de respuestas para emitir ante un conjunto muy complejo de variables (una situación política difícil, por ejemplo), pero si uno de ellos muestra una motivación más poderosa, digamos, una "composición" más activa (en el sentido que explicaremos en el capítulo 14) o un "pensamiento" más extenso (en el sentido en que hablaremos en la parte IV), ese individuo se convierte en el hablante y el otro en el oyente. El hablante caracteriza la situación en una forma que adopta inmediatamente el oyente, porque él mismo ha estado cerca de elaborar la misma respuesta. Un caso semejante se presenta cuando el oyente "ve" de inmediato que se puede aplicar una metáfora, debido a que las propiedades responsables de la extensión de la conducta del hablante, también han sido efectivas sobre él en alguna medida. Dos personas que trabajan juntas en un problema de álgebra pueden llegar a la solución por el mismo camino esen-

cialmente, si comparten historias intraverbales similares; pero la persona que emite primero la solución se convierte en el hablante. El otro individuo es un oyente bien preparado que está afectado casi con la misma fuerza por las mismas variables de control.

En este importante efecto sobre el oyente, la conducta del hablante podría considerarse como una suma *óptima* de estímulos. Debido a que aparea la conducta del oyente en todos sus detalles, generalmente se requiere sólo la presentación de un estímulo, aunque a veces se requiera de repeticiones antes de que el oyente "entienda el punto". El paralelo que existe con el sumador, aclara algunos elementos del proceso. El hablante y el oyente no necesitan, claro está, emitir las respuestas simultáneamente. El tiempo requerido para que aparezca la respuesta ecoica puede ser del orden de fracciones de segundo; pero aunque esto sólo es un acto verbal de parte del oyente, contiene la respuesta ecoica y la respuesta que ya existe con cierta fuerza. Este hecho generalmente está por debajo del nivel de audición y, por tanto, es difícil de examinar. El *lector* generalmente participa de manera más obvia: él puede estar más claramente consciente de que su conducta vocal se encuentra por debajo del nivel de audición, posiblemente porque al contrario de lo que ocurre en el acto comparable de parte del oyente, no se confunde con el estímulo verbal.

En cualquier caso, la conducta del hablante puede no haber sido afectada todavía por la conducta apropiada de parte del oyente, ni necesita depender de ella. El hablante puede hablar aunque su oyente actual no reaccione o aunque emita una respuesta errónea. En forma similar, el oyente puede reaccionar en forma apropiada aunque el estímulo verbal se genere en circunstancias no relevantes. El efecto complementario del estímulo verbal también es independiente de su función útil en ese momento. En un caso el oyente puede ser descrito como "si dijera algo más con las mismas palabras". Al ser alejado de la escena de su juicio, Lord Jim, de Joseph Conrad, oyó que alguien decía *Miren a ese maldito perro.* El hablante estaba respondiendo a un perro que vagabundeaba en la muchedumbre, pero Lord Jim creyó que se referían a él. No vio el perro y, por tanto, no tuvo la respuesta bajo ese control; pero, por otras razones, una conducta similar con respecto a sí mismo era fuerte en ese momento. El nombre general para esto es "eiségesis". Un ejemplo excelente, señalado por Upton Sinclair y citado por Ogden y Richards,[7] se debe a Lyman Abott:

> Jesús no dijo: "No atesores bienes terrenales". Lo que dijo fue: "No atesores bienes terrenales donde la polilla y el polvo los dañen y donde los ladrones los roben". Y ningún norteamericano que

[7] Ogden, C. K. y Richards, I. A. *The Meaning of Meaning* (Nueva York, 1923).

tenga sentido común lo hace. El polvo y la polilla no llegan a los depósitos de petróleo del señor Rockefeller, y los ladrones generalmente no se roban un ferrocarril. Lo que Jesús condenó fue que se almacenara la riqueza.

Una clase de eiségesis fragmentaria es responsable de la dificultad que tiene el lector que comienza a decir algo con las primeras palabras de un pasaje, y luego encuentra que el resto no se adapta a lo que comenzó a decir. El lector construye mal los comienzos de la oración y no es capaz de continuar siguiendo el texto. Fowler[8] llama a esto una "pista falsa". El proceso también abandona el camino recto en la audición imperfecta. Un ejemplo de ello es la infeliz experiencia de un joven galante que había estado bailando demasiado con una mujer de edad madura. La mujer se detuvo a la mitad del baile y exclamó: *¡He bailado demasiado!*, a lo cual replicó el joven: *¡Yo no diría que usted es demasiado vigorosa!*

El caso extremo que se presenta cuando existen diferentes variables de control es lo que George Moore llamó eco-augurio ("palabras que se oyen en un sitio inesperado, pero que se aplican maravillosamente bien a la dificultad del momento"[9]). En este caso, el estado simultáneo de fuerza que ocurre tanto en el hablante como en el oyente se debe al azar y, como sucede frecuentemente con el azar, el oyente puede quedar muy impresionado e incluso actuar con especial interés sobre las respuestas del hablante. Una advertencia que no se oye bien, pero que tiene cierto parecido con el nombre de un caballo de carreras, por ejemplo, se toma como un "indicador" de probabilidad. En cierta forma, este tipo de superstición se encuentra implícita en la frase *hablando del rey de Roma...*, que se aplica apropiadamente cuando una persona aparece *después* de que se ha mencionado su nombre. Se siente el mismo efecto cuando encontramos un objeto inmediatamente después de que hemos mencionado su nombre.

En los casos en que las variables que afectan las conductas del hablante y del oyente son las mismas, el grado en que la misma cosa se está diciendo es un hecho de importancia capital. No nos agrada oir que otra persona diga lo mismo que nosotros queremos decir, con la misma fuerza. Si un conferencista dice lo que nosotros hemos estado diciendo, no nos ayuda en nada ni nos complace. Las observaciones obvias no son útiles ni placenteras, tampoco lo son las dosis grandes de clichés, de historias bien conocidas, etc. También podríamos haber dicho nosotros la misma cosa, y no lo hicimos porque no era la ocasión apropiada para que la conducta fuera reforzada. En el caso opuesto, no podemos utilizar, ni nos "agrada" hacerlo, la conducta que no po-

[8] Fowler, H. W. *Modern English Usage* (Londres, 1930).
[9] Moore, G. *Confessions of a Young Man* (Nueva York, 1901).

see un paralelo apreciable con nuestro propio repertorio. La discusión de un detalle oscuro, la descripción de un tema con el cual no estamos familiarizados en absoluto, las alusiones literarias irreconocibles, las metáforas forzadas, las secuencias intravervales que no se siguen de los usos contiguos de nuestra propia experiencia —para no mencionar formas verbales completamente desconocidas—, todo esto carece de valor y es algo aburrido. Ante respuestas como éstas podemos decir *No entiendo*, en el sentido de *No me encuentro diciendo algo así*. En otros casos, podemos simplemente no responder nada y dejar de escuchar a la larga. (Las mismas condiciones gobiernan la conducta no verbal. No nos sirve que nos muestren cómo hacer algo que ya sabemos hacer, y podemos oponernos a ello. Por otra parte, también nos oponemos a que nos muestren cómo hacer algo que nunca hemos logrado hacer o que no tenemos interés en hacer.) Entre estos extremos el hablante puede ser muy útil. Lo buscamos para que nos proporcione estímulos que nos permitan dedicarnos a un comportamiento útil. Nos sentimos especialmente reforzados por hablantes y escritores que dicen aquello estamos *casi* a punto de decir nosotros mismos —es decir, por aquellos que nos "sacan las palabras de la boca"—. Es interesante notar que a tales autores o hablantes los llamamos "estimulantes". Esto no quiere decir que nos vuelvan agua la boca ni que nos envíen a hacer algo práctico; simplemente nos hacen pensar, en el sentido en que nos hacen conducirnos verbalmente con respecto a algún estado de cosas.

También consideramos útil, aunque sea momentáneamente, menos reforzante, una respuesta verbal de un hablante que tenemos menos probabilidad de emitir. Si hemos estado confundidos por una situación compleja y alguien hace de repente una afirmación claramente apropiada, emitimos la nuestra con la ayuda de ese complemento casi como si nosotros hubiéramos llegado a la misma conclusión por nosotros mismos. En forma similar, una buena metáfora o una observación adecuada pueden no estar en boca del oyente, pero se acepta de inmediato por otras fuentes considerables de fuerza. El oyente puede no dar crédito y exclamar *¿Por qué no pensé en eso antes?*, pero en cierta medida él debe haber "pensado en eso" si lo ha aceptado de inmediato como una metáfora efectiva o como una observación adecuada. Un estímulo meramente ecoico no sería valioso o reforzante porque no llevaría a "entender el punto".

El hablante y el oyente se parecerán más si hablan no solamente el mismo lenguaje, sino también los mismos sublenguajes. Un vocabulario en común es ventajoso no sólo al nivel de la palabra, sino en las respuestas unitarias funcionalmente mayores que "dicen algo". Ligeras diferencias en las formas preferidas interfieren con el efecto sumativo, aunque el oyente pueda reaccio-

nar apropiadamente en otras formas. Las tendencias intraverbales similares son útiles, especialmente para ordenar las respuestas y para añadir las terminaciones gramaticales que se discutirán en el capítulo 13. Por ejemplo, el inglés mal pronunciado puede no suplementar efectivamente la conducta del oyente que lo pronuncia bien, aunque cumpla suficientemente las otras funciones de los estímulos verbales. En términos generales, la misma velocidad de expresión es importante. No alcanzamos a seguir el discurso de alguien que habla muy rápido, y nos impacientamos con un hablante muy lento (un individuo que habla rápido es un problema especial para el hablante lento o para el tartamudo). Otro factor es la longitud de la respuesta: si las otras cosas no varían, entre más prolongado sea un estímulo verbal tendrá menos oportunidad de encontrar una pauta correspondiente en la conducta del oyente. También es importante si el estímulo es vocal o escrito, porque puede haber diferencias considerables en la sensibilidad en relación con fuentes suplementarias de fuerza en las dos modalidades.

CORRESPONDENCIAS TEMÁTICAS ENTRE EL HABLANTE Y EL OYENTE

Los temas de la literatura se han analizado exhaustivamente, sobre todo dentro del marco de referencia del psicoanálisis. La "personalidad" del escritor se refleja en lo que escribe en la medida en que la conducta en que nos basamos para criticar la personalidad y la conducta literaria del escritor, son funciones de las mismas variables en su historia previa. En la época anterior a Freud, no era común reconocer que la relación entre la obra literaria y el *lector* era hasta cierto punto de la misma clase. Nos puede gustar un poema o un libro, debido simplemente a las reacciones que se discutieron en el capítulo 6; pero es probable que nuestro gozo provenga en gran medida de que la obra literaria diga lo que nosotros, como lectores, tenderíamos a decir. La literatura capacita al lector para conducirse verbalmente en la forma apropiada. El amante sólo tiene que leer o recitar los sonetos de Elizabeth Barrett Browning para hablarle a su amada en forma conveniente y efectiva. En la misma forma en que una muchacha abandonada tiene una razón especial para cantar: "Amado, regresa a mí", así el lector enamorado puede sentirse muy afectado por una novela en la cual se describe a una persona enamorada cuya conducta verbal, al transcribirse como parte de la "conversación", le proporciona la misma clase de estímulos auxiliares.

Entre las razones por las cuales el lector no habla sin ayuda textual está la simple falta de oportunidad para hacerlo, especialmente la falta de una audiencia apropiada. En condiciones

fuertes de deprivación una persona puede hablar consigo misma sin que esté presente ninguna otra audiencia, pero leer un texto para uno mismo es un tipo de conducta que no está bajo el control de audiencia en ningún nivel motivacional. Otra razón común es que el lector es en sí mismo menos enérgico verbalmente, o menos dotado e imaginativo. Es más fácil emitir la conducta de otra persona —ser instigado por un texto— que presentar la misma conducta sin ayuda externa. El psicoanálisis ha puesto énfasis en otra razón. Ciertas formas de conducta verbal —que se refieren, por ejemplo, al sexo o a la agresión hacia otras personas— se castigan con frecuencia en la vida diaria, mientras que las mismas formas de conducta generadas por un texto no reciben castigo. Así, uno puede recibir castigo si ataca verbalmente a su padre o a su hermano, pero no ocurre así si se lee un ataque de éstos en una novela. Para Freud, la conducta "reprimida" por el castigo, se libera por medio de la "identificación" con el personaje de una novela; pero los hechos pueden representarse adecuadamente sin utilizar el esquema conceptual freudiano.[10]

Aunque los castigos en cuestión generalmente se asocian a las costumbres éticas de un grupo, algunos elementos son relativamente triviales. La repetición excesiva es un ejemplo de esto. Uno puede quejarse por un amor perdido sólo pocas veces antes de que se establezca cierto tipo de castigo, pero uno puede cantar muchas veces una canción de amor o leer muchas obras de literatura sobre el mismo tema sin correr el riesgo de ser castigado. Algunos de los instrumentos que emplea el hablante o el escritor con el fin de escapar del castigo, se discutirán en la parte v. El análisis que se aplica al escritor de una obra se aplica también al lector, en la medida en que éste repite lo que aquél dice.

La forma particular en que se involucran el autor y el lector en una obra literaria ha llevado al desarrollo de muchos análisis de los temas literarios que se basan en sistemas particulares de psicología. Los psicoanalistas han analizado centenares de obras literarias ya sea para dar ejemplos de los principios del psicoanálisis, o bien para demostrar la correspondencia que existe entre la vida del autor y los temas que trata en sus libros. Los detalles de estas correspondencias sólo son de interés cuando se relacionan con un sistema particular de psicología. Las preguntas ¿qué temas son más importantes y por qué?, son independientes de los procesos verbales que llevan a su expresión en la literatura.

Un lector selecciona otras obras del mismo autor u otra literatura sobre el mismo tema o del mismo tipo, debido al refuerzo que ha recibido. El refuerzo depende de su propia conducta verbal. Es probable que la correspondencia temática que existe entre

[10] *Science and Human Behavior*, capítulo 24.

el lector y la obra literaria involucre una unión de variables en los campos de la motivación y la emoción. La universalidad de una obra literaria se refiere al número de lectores potenciales que tienen inclinación a decir lo mismo, al menos en cierta medida. El autor que busca la universalidad tratará de unir los repertorios verbales latentes fuertes. El éxito de un libro ofrece cierta indicación del número de personas que poseen determinada clase de conducta verbal con cierta fuerza. Pero los libros que son "universales" tienen menos probabilidad de ser "preferidos" al unir en forma más exacta la idiosincrasia de un cierto lector particular. Gordon Allport[11] ha señalado que las autobiografías parecen ser especialmente interesantes porque satisfacen el amor propio del lector. Podríamos traducir esto diciendo que la mayor parte de la gente posee una conducta fuerte cuando hablan de ellos mismos, y que sólo las autobiografías o las novelas escritas en primera persona proporcionan el complemento verbal apropiado.

La ambigüedad, en el sentido que le da Empson,[12] debe aumentar la probabilidad de una unión exitosa entre el lector y la obra literaria. Si al menos dos conjuntos de variables son responsables de la conducta del escritor, es más probable que el lector comparta con él al menos uno de dichos conjuntos. Sin embargo, hablando en términos generales, la causación múltiple en la conducta del hablante o en la del lector posee otro efecto más apropiado sobre el oyente o lector, como veremos en un momento.

La construcción de una correspondencia entre las conductas del hablante y del oyente

El hablante o escritor puede actuar sobre el oyente o lector con el fin de aumentar la probabilidad de que una respuesta posterior se adapte exitosamente. Una novela logra uno de sus mejores efectos preparando al lector para que participe de las observaciones de sus personajes. Las novelas con "mucha conversación" son especialmente efectivas en este sentido. Cuando leemos la descripción de un evento meramente no verbal o de una cita indirecta, nuestra conducta verbal no se complementa exactamente con estímulos textuales; pero cuando leemos una conversación, el complemento textual tiene mayores probabilidades de ser efectivo. El escritor que tiene éxito en presentar personajes prepara al lector en forma tal que una observación determinada parece ser inevitable. Las condiciones para que ocurra una buena unión son entonces ideales, y la "identificación" con el personaje ocurre con facilidad. En el teatro se logra un efecto similar cuan-

[11] Allport, G. W. "The Use of Personal Documents in Science", en *Social Science Research Council Bulletin, 49*, 1942, pág. 78.
[12] Empson, W. *Seven Types of Ambiguity* (Londres, 1930).

do el espectador está preparado para las respuestas que más tarde se van a fortalecer mediante un complemento ecoico, conforme oye hablar a un personaje.

Lograr la construcción de una conducta verbal similar en el oyente o lector es algo que con frecuencia se reconoce como una meta explícita. Cuando el oyente "está de acuerdo" o "coincide", puede tomar medidas prácticas que son importantes para el hablante; pero ante todo debe "decir la misma cosa". La respuesta *Estoy de acuerdo*, generalmente puede cambiarse por la siguiente: *Yo también digo eso.* Puede pensarse que el objetivo común crea, fortalece o combina una "opinión", la cual puede definirse como un grupo temático de respuestas emitidas con respecto a un estado de cosas particular y de control. El hablante revela su interés en hacer que el oyente responda en forma apropiada cuando emite el mando simple *Dígase a usted mismo...*, seguido de una respuesta verbal particular que desea fortalecer. Puede verificar su resultado preguntando *¿No es cierto?, ¿No cree usted?* Puede tratar de crear un sentido ilegítimo de fuerza con respuestas frecuentes como *Claro está*, o *Naturalmente.* Si estas respuestas son repetidas ecoicamente por el oyente, contribuirán a ocultar el hecho de que una respuesta determinada sea tal vez completamente ecoica y, por tanto, no tenga nada de natural.

El hablante o escritor puede utilizar también instrumentos retóricos. Uno de los más comunes es la repetición. Como muestra el sumador verbal, un estímulo repetido puede ser efectivo a la larga, incluso si su poder sumador es inicialmente tenue. Los niños con frecuencia reaccionan en forma cada vez más apropiada a una historia que se les cuenta repetidamente, y pueden insistir en su repetición exacta. Cuando la simple repetición tiene efectos colaterales indeseables, el hablante que tiene inclinación retórica debe disfrazar su repetición. Los fragmentos de las respuestas deseadas —especialmente ciertas palabras clave— se emplean en otras oraciones. La retórica clásica tenía nombres para muchas formas en las cuales se entrelazaban las respuestas repetidas con otro material, con una finalidad ornamental o persuasiva. La repetición simple se llamaba epanalepsis; la repetición de una palabra o cláusula después de otra se denominaba "epístrofe"; una repetición doble al comienzo y al fin de cláusulas sucesivas se llamaba "símploce"; la repetición de una palabra en un marco de referencia sintáctico diferente llamaba "políptoton", y así sucesivamente.

La creación de una correspondencia entre la conducta del oyente y del hablante a menudo es útil para propósitos posteriores. Un suplemento ecoico o textual prepara al oyente para decir la misma cosa, pero no "con suficientes y buenas razones". Las variables involucradas en los tactos y en las respuestas intraverbales pueden usarse con más justificación: cuando el hablante

produce la conducta apropiada poniendo énfasis en los aspectos importantes de la situación o cuando cambia el orden de varios elementos para producir afirmaciones más claras, puede estar fortaleciendo la conducta útil. El oyente a la larga estará de acuerdo, si es que lo hace, por buenas razones. El caso más común en el cual el hablante hace preparativos intraverbales —revisando los datos, describiendo casos, etc.— también se justifica en este sentido. Un respetable ejemplo de esto nos lo proporciona la fábula o la parábola, donde se cuenta una historia con el fin de construir una disposición fuerte a estar de acuerdo con el hablante cuando se expresa la moraleja. Un episodio de una tragedia griega prepara al auditorio para estar de acuerdo con el resumen que nos brinda el coro. Pero estas preparaciones "temáticas" pueden también ser espurias, como ocurre cuando el acuerdo con la proposición final se logra más probablemente utilizando materiales temáticos completamente irrelevantes.

Comprensión

Se puede decir que el oyente entiende al hablante si éste se comparta en la forma apropiada. La conducta puede ser una respuesta emocional condicionada. Por ejemplo, cuando el oyente se ruboriza al oir que se menciona un error social, puede decirse que ha entendido lo que se dijo en la medida en que su reacción fue la apropiada para el evento original. Una expresión en un idioma que el oyente no "entendiera" no lo habría afectado de la misma manera. Un estímulo verbal que presenta la ocasión para desarrollar una actividad exitosa se entiende en la misma forma: el oyente entiende en la medida en que tiene la tendencia a actuar apropiadamente. En las "instrucciones" (capítulo 14) veremos que el oyente entiende en el grado en que su conducta futura muestra un cambio apropiado. Todas estas son formas en las cuales se dice que "entendemos un idioma"; respondemos a ciertas contingencias en un ambiente verbal de acuerdo con la exposición previa. Pero se involucra otro proceso cuando entendemos o llegamos a entender una expresión acerca de algo que es familiar para nosotros. En sentido trivial, "entender" es "ser *capaz* de decir la misma cosa". Este es el sentido en el cual podemos o no oir por un teléfono cuando hay mucho ruido. Los científicos que estudian las condiciones de la comunicación vocal generalmente aceptan una afirmación exacta como evidencia de que se entendió la respuesta vocal. Posiblemente esto es algo más que una respuesta puramente ecoica, sea como imitación auditiva o como reproducción de los sonidos del habla convencionales. El oyente probablemente dice *Entiendo* sólo cuando puede emitir la conducta correspondiente, tal como po-

dría ocurrir en el lenguaje al responder a estímulos no verbales o intraverbales.

Las mejores ejemplificaciones de estos casos se encuentran en el campo del discurso científico y filosófico. Supongamos que empezamos a leer un artículo bastante difícil. Respondemos correctamente a todas las palabras que contiene, hasta donde los significados del diccionario nos lo permiten, y estamos familiarizados con el tema del que se está hablando; pero, a pesar de todo, es posible que no entendamos el artículo. Decimos que no "comprendemos", que no "vemos con claridad lo que el autor maneja" o que no sabemos por qué dice lo que dice. Lo que queremos decir en realidad es que no encontramos cómo responder en la misma forma. El artículo no complementa en nosotros la conducta verbal que existe con cierta fuerza considerable. Poseemos cada una de las respuestas en el sentido en que ellas son parte de nuestro repertorio verbal, pero no tendemos a emitirlas bajo las mismas circunstancias en las que las emitió el autor del artículo. Este significado de la comprensión está de acuerdo con el uso cotidiano del término. Entendemos cualquier cosa que decimos con respecto al mismo estado de cosas, pero no entendemos lo que no decimos. Entendemos *mal* cuando decimos cualquier *otra* cosa con las mismas palabras; es decir, cuando nos comportamos en una forma determinada debido al funcionamiento de variables diferentes.

Ahora bien, supongamos que volvemos a leer el artículo —como debemos hacer si lo queremos entender—. ¿Qué procesos explicarán los cambios que tengan lugar? Las secuencias intraverbales que se establecieron durante la primera lectura dejan, claro está, un efecto: el artículo nos es familiar ahora. En cierta forma, por tanto, tendemos a decir las mismas cosas. Por medio de este solo proceso podríamos a la larga llegar a memorizar el artículo, pero eso no bastará; podemos decir todavía que no lo entendemos, aunque tal vez diremos que ahora lo entendemos en alguna medida. Otros procesos deben ocurrir si vamos a entender lo que el autor quiere decir. Las instrucciones, en el sentido especial que se discutirá en el capítulo 14, probablemente tendrán lugar. Algunas oraciones del artículo presentarán dos o más estímulos verbales juntos en lo que llamamos definición; el cambio resultante en nuestra conducta se sentirá cuando estas respuestas ocurran en forma separada en otra parte del texto. Otras oraciones, por medio del uso lógico del predicado, producirán otras transferencias de respuestas aumentando nuestro "conocimiento". Nuestra conducta se alterará en lecturas posteriores con el objeto de aumentar la comprensión, porque nuestra utilización estará cada vez más cerca de la que hace el autor. También habrá un efecto similar al del sumador verbal: "llegaremos a entender" el texto al emitir respuestas textuales apropiadas que complemen-

ten las respuestas emitidas por otras razones que, en el caso óptimo, son mejores. Ligeras tendencias temáticas a responder (esto es, a emitir tactos o respuestas intraverbales) llegan a introducirse a través de la repetición y finalmente se dan "por sí mismas", con o sin suplementación ecoica o textual. El proceso se manifiesta claramente cuando oímos una metáfora sutil muchas veces, antes de ver que es apropiada. También se manifiesta cuando tratamos de descifrar una escritura manuscrita confusa, un estímulo vocal mal grabado o un pasaje en un idioma con el cual sólo estamos parcialmente familiarizados. Nuestro único recurso en tales casos es releer o reescuchar el material hasta que logremos dar una respuesta "plausible", o sea, una respuesta que esté bajo el control de otras variables. El resultado de la simple relectura nos conduce a emitir respuestas no sólo por ser conducta textual, sino por otras razones.

Es relativamente más fácil de entender una expresión o un texto si el oyente o lector recibe ayuda de secuencias intraverbales incidentales. Un texto muy elaborado puede carecer del flujo de intraverbales que se encuentran en la primera versión. Un estilo como el de Conrad es con frecuencia difícil encontrarlo porque una palabra, que es suficientemente correcta en un único caso, puede carecer de apoyo intraverbal (en este caso posiblemente porque Conrad no escribía en su lengua materna).

El análisis de un pasaje, como el que se hace en la crítica literaria, se dificulta más por el proceso mismo que hace que el pasaje sea más fácil de entender. Cuando un crítico ha releído un poema o una novela muchas veces, no es capaz de reaccionar ante él como lo hace un lector ingenuo. Por tanto, no es capaz de juzgarlo en relación a su efecto original como obra de arte. Lo que el crítico tiene que decir acerca de la novela o del poema, sólo pueden entenderlo aquellas personas que estén dispuestas a releer la obra tantas veces como lo hizo el crítico, para generar el mismo conjunto de condiciones.

Claro está que un oyente puede entender una expresión en un idioma que no habla, pero es menos probable que su comprensión incluya el "decírselo a sí mismo". El proceso que se efectúa al llegar a entender algo familiarizándose más con la expresión, puede ser muy notorio. Es posible que en tal proceso exista un estadio intermedio en el que el lector pueda compartir la reacción de Alicia ante el poema del "Jabberwocky": "En cierta forma, mi cabeza parece estar llena de ideas; sólo que no sé exactamente en qué consisten".

La frase *entiendo*, lo mismo que *veo*, describe la fuerza de una respuesta verbal con respecto a las fuentes de dicha fuerza; pero las condiciones exactas bajo las cuales se emite tal respuesta, no se pueden especificar fácilmente (sin embargo, véase el capítulo 12). La respuesta *entiendo* no es una mera descripción de fuerza,

como lo serían las respuestas *estoy seguro* y *sé*, ni es un asunto de coincidencia con la conducta del hablante, como ocurriría con la respuesta *estoy de acuerdo.* Tal respuesta requiere una distinción sutil entre las variables que son responsables de la propia conducta del oyente. El oyente puede emitir la respuesta *entiendo* solamente después de que ha identificado las variables que fueron especialmente efectivas para llevarle a emitir la misma respuesta. En particular, debe estar seguro de que no ha "entendido" debido a las técnicas espurias de la retórica o del estilo, que le hayan llevado a formar predisposiciones a responder por medio de elementos no relevantes.

Por tanto, podemos decir que uno de los principales efectos de la conducta verbal es el fortalecimiento de la conducta correspondiente en el oyente. El estímulo verbal no difunde la información que sólo está disponible para el hablante debido a su posición ventajosa, ni crea un nuevo tipo de conducta en el oyente. No obstante, lo que hace es clarificar y fortalecer la conducta que en cierto grado ya ha estado disponible. Esto con frecuencia beneficia al oyente; pero puede tener efectos indirectos al moldear y mantener la conducta del hablante. Aprendemos a hablar para que nos entiendan.

El proceso adquiere especial importancia cuando uno se habla a sí mismo. Hasta donde atañe a la comunicación de la instrucción, hablarse a uno mismo sería algo tonto, si no es que patológico, porque la conducta verbal es escasamente productiva cuando el hablante y el oyente están dentro de la misma piel; pero el efecto complementario sobre el auto-oyente puede ser importante. Esto puede apreciarse completamente sólo cuando consideremos algunos de los logros especiales de la conducta verbal en el campo del pensamiento (parte IV).

Trucos de fuerza

Además de promover la "comprensión", el hablante (o escritor) puede estar interesado en alterar la fuerza de la conducta del oyente (o del lector) por otras razones. Incluso puede ser importante debilitar su respuesta o presentarla antes de que esté listo. El hablante es más eficiente si estimula las características verbales del oyente tan de cerca como sea posible, en lo que la retórica clásica llama "esquesis" (imitación). Anticipando las posibles objeciones ("prolepsis") o respondiendo a objeciones imaginarias ("antipófora"), el hablante reduce la tendencia del oyente a emitir respuestas que podrían provocar desacuerdo o errores de comprensión. En la técnica algo diferente del anticlímax, una respuesta se hace aparecer débil contrastándola con material verbal fuerte.

Otra técnica del hablante consiste en dejar que el oyente emita una respuesta clave completamente por su cuenta. De hecho, este es el único recurso con que cuenta el hablante que ha preparado mucho su argumento y lo ha levantado sobre la conducta previa, más allá del punto en el que su respuesta puede considerarse útil o divertida. Es frecuente acortar las frases demasiado trilladas debido a que su emisión completa sería contraproducente para un oyente bien preparado. Podemos expresar el proverbio "al buen entendedor pocas palabras" y omitir de él la terminación *le son suficientes*, porque el apoyo intraverbal es demasiado fuerte. En forma similar, cuando se supone que el oyente o lector posee la respuesta de una "pregunta retórica", parte del efecto se perderá si el hablante o escritor la dice. En la alusión, en la indirecta, en la insinuación y en la implicación, la fuerza de la respuesta se eleva hasta un punto tal que se puede dejar con seguridad en manos del oyente. El hablante o escritor puede descomponer una oración hasta el punto en el que el oyente o lector sea capaz de completarla por sí mismo (esta es la técnica clásica de la "aposiopesis"). (En la "paraleipsis" el hablante pretende pasar por encima del material que supone que el oyente puede decir por sí mismo, pero su exposición contiene la conducta en cuestión finalmente disfrazada de instigador). La "terminación sorpresa", como ocurre en el tipo de cuento corto que se asocia con el nombre de Guy de Maupassant, logra su efecto fortaleciendo una respuesta que se le deja al lector para que la emita sin ayuda textual. El efecto es mayor si la respuesta nunca se emite. Algo se pierde cuando el lector ingenuo completa aquello que falta: *¿Eran falsas las joyas? ¿Por qué, entonces, la pobre mujer pagó en vano por su reemplazo todos esos años?*

Usando otra técnica, el escritor establece un pasaje en forma tan débil que lleva al lector a emitir una forma más fuerte; o lo establece en forma tan opuesta a la evidencia que obliga al lector a negarlo o corregirlo; o lo hace en forma tan ridícula que hace que el lector proteste. En la ironía o el sarcasmo, por ejemplo, una afirmación o es obviamente falsa o es lo opuesto de una afirmación verdadera: una gran dificultad nos lleva a decir *Muy fácil, ¿eh?*, o cuando sufrimos un daño personal provocado por alguien, decimos: *Muchas gracias, es usted muy amable.* En la afirmación incompleta o "meiosis", el escritor dice menos de lo que el lector está preparado a decir. Las colocaciones humorísticas de términos, los vuelos de ideas que carecen de sentido, los "oximorones" (*El gentil arte de asesinar*) o los epigramas de Oscar Wilde, en los cuales una respuesta cuidadosamente preparada se reemplaza por su contraria, se basan en que el lector *no* tiene probabilidad de emitir dicha conducta. Tales formas provocan que el lector emita una respuesta que, al oirla, hará que él mismo se sorprenda de haberla emitido. Algo similar se logra con

la *reductio ad absurdum*, en la cual, mediante lo que parecen ser pasos lógicos, el lector se encuentra al final aprobando momentáneamente una proposición absurda. (Al reconsiderar las premisas de su argumentación, el lector va más allá del proceso presente.) Hay varios juegos en los cuales los niños inducen a sus compañeros a emitir un tipo de conducta verbal que, al oirla, ellos mismos se sorprenden de haberla dicho. Por ejemplo, podemos pedirle a un niño que lea rápidamente y en forma repetida las siguientes palabras:

ota-yo-soy-un-idi

sólo para encontrar que él mismo está dicendo *yo soy un idiota.*

El estilo

La preparación previa de las respuestas del oyente o lector está comprendida en lo que se ha llamado estilo. No nos necesitamos detener aquí en el estilo que es "el hombre"; cada individuo presenta formas particulares de conducta verbal que son más o menos útiles y reforzantes para los demás. El estilo que, según Walter Pater, es "una cierta manera absoluta y única de expresar algo con toda su intensidad y color" representa un intento de tratar el problema como un asunto de expresión exitosa. Varias formas de expresión serán más o menos exactas, más o menos difíciles de entender y, con base en estos criterios, podemos elegir entre diferentes estilos. Pero la mayor parte de las formas en que el estilista actúa sobre el lector deben clasificarse como casos del presente proceso. El escritor juega al gato y al ratón con la fuerza verbal del lector; levanta algo, lo hace derrumbarse de nuevo, lo mantiene en suspenso (como en una oración que aparece periódicamente) o lo agota de repente con una expresión adecuada. La "frase feliz" no es la que expresa bien una cosa (el lector generalmente no posee evidencia independiente de esto), sino que es la frase que encaja exactamente en las tendencias verbales del lector que están presentes en ese momento. Si tales tendencias se deben a la misma cosa, es mucho mejor; pero también son comunes otras razones para el apareamiento. *La palabra precisa* no es la palabra que mejor describe algo aparte del contexto; es la palabra para la cual estamos mejor preparados por todo lo que antecede a dicha palabra. La preparación es en gran medida un asunto de tendencias intraverbales. En vista de que la disposición del lector a responder debe alcanzar un valor crítico al mismo tiempo que una palabra, es comunicada, la interpretación explica por qué es tan importante el tiempo en el estilo, por qué perdemos el hilo cuando nos interrumpen y por qué no podemos empezar a la mitad de un párrafo y lograr el efecto del estilo, aun cuando el contenido sea perfectamente claro.

Muchas tretas estilísticas se demuestran con mayor facilidad en los instrumentos poéticos de la rima, el ritmo, la aliteración y la asonancia. La causación múltiple que produce estos efectos en la conducta del poeta se pasa al oyente o lector en la forma de un fortalecimiento fragmentario a través de las respuestas ecoicas o textuales. El lector ya está preparado para emitir, por ejemplo, la segunda de un par de palabras que riman, debido a la respuesta textual fragmentaria (o auto-ecoica) que dio al primer miembro de la pareja. Al oir la copla:

> And other strains of woe which now seem woe
> Compared whit logs of thee will not seem so,[13]

la respuesta ecoica dada a *so* (tal), se combina con un fragmento ecoico del *woe* (calamidad) precedente. *So* (tal) no sólo está determinado temáticamente por el *will not seem* (no parecerá) precedente, sino que también está determinado formalmente. Esta preparación puede demostrarse pidiéndole a la gente que complete versos de los cuales se ha omitido la última palabra. Prácticamente todos los lectores del verso

> And so sepulchered in such pomp dost lie
> That Kings for such a tomb would wish to[14] _____.

serán capaces de añadir *die* (morir), cuya preparación temática está en *sepulchered* (sepultado) y en *lie* (yace), mientras que *tomb* (tumba) se añade a la preparación formal a partir de *lie* (yace). Aunque la "bondad" de la poesía depende de muchas cosas, la excesiva preparación de las palabras que riman generalmente se condena, lo mismo ocurre con las rimas forzadas en el sentido en que tienen conexiones temáticas no recomendables, o con los términos que pertenecen a una tradición literaria muy antigua y que, por tanto, no logran el efecto esperado.

La contribución ecoica de la primera parte de un par de rimas será efectiva sin importar la posición del segundo miembro, pero el "esquema de la rima" aumenta su efecto por medio de un instrumento intraverbal especial. El lector inveterado de poesía desarrolla una discriminación temporal que hace que la contribución ecoica sea mayor en un punto determinado. El especialista en la obra de Alexander Pope, por ejemplo, logra un efecto de la copia rimada que no logra quien lee a Pope por primera vez. El repertorio verbal del especialista contiene un conjunto de líneas esquemáticas con sílabas finales que son características. En ge-

[13] Y otra característica de la miseria que ahora parece ser calamidad,
comparada con la pérdida de ti no parecerá tal.

[14] Y así, yace sepultado con tal magnificencia
que hasta los reyes por una tumba así desearían _____.

neral, es el mismo repertorio intraverbal el que hace posible que la persona hábil produzca coplas rimadas con facilidad.

En la aliteración y la asonancia, la primera aparición de un sonido aporta cierta fuerza al caso que a la aparición del que le sigue y, por tanto, el lector puede decir que emitió este último "por sí mismo". El fortalecimiento desarrollado por el ritmo de la copla es más bien vago y no predispone mucho al lector a dar una respuesta específica. Por tanto, el estímulo rítmico debe repetirse, como en el sumador verbal. Un caso de la pauta de énfasis ˘— contribuye muy poco a fortalecer las respuestas que poseen pautas similares, pero varias repeticiones ˘— ˘— ˘— pueden establecer una tendencia tan fuerte que es poco probable que se presente una respuesta que no muestre esta pauta de énfasis. La aliteración, la asonancia y la rima se mejoran por la repetición, pero no es necesario que se presente tal repetición.

Una preparación temática paralela muestra la parte del lector que se inclina por el significado múltiple de la copla. Debido al entrelazamiento de variables en la conducta del escritor, es probable que el lector sea afectado al menos por una de las fuentes de fuerza; pero el lector que posee una conducta similar a la del escritor dispone de múltiples fuentes de fuerza. El nombre descriptivo de señora Coiler, Col o Bully, puede ser tan útil para el lector como para el escritor. Cuando el segundo miembro de un par de palabras que riman toma, en alguna medida, su fuerza del material temático que lo precede, decimos que es una respuesta apropiada o que "tiene sentido"; a ésta se le añade un fragmento textual de la primera palabra que rima, habrá tres variables que contribuyan a la conducta del lector cuando él lea la segunda palabra que rima. Al leer estas líneas de T. S. Eliot —que ya se presentaron en el capítulo 9—

The tiger springs in the new year[15]

la preparación para el *new year* (año nuevo) que surge de la respuesta intraverbal para *spring* (brincó), se le añade a la preparación temática del pasaje completo. En el momento en que se lee el poema, la respuesta textual es la tercera fuente de fuerza.

No todas las respuestas que muestran variación múltiple preparan al lector *con anticipación.* Así, la respuesta *Corta este intrincado nudo* puede ser fuerte para el lector por la misma razón que para Shakespeare, pero fuentes separadas de las formas mezcladas de *intrincado* e *intrínseco* se pueden encontrar en el texto. El comportamiento resultante no se construye paso a paso, como ocurre con los recursos de la poesía formal. Sin embargo, un escritor como James Joyce forma las predisposiciones temáticas en forma muy parecida a la manera en que el poeta

[15] El tigre brincó en año nuevo.

forma las predisposiciones formales. Los análisis a que se han sometido el *Ulysses* y el *Finnegans Wake*, de Joyce, revelan el grado en que las múltiples fuentes temáticas entraron en la conducta del escritor. Estas obras también revelan la debilidad relativa del juego verbal temático. La suplementación intraverbal con frecuencia depende de la existencia de historias verbales similares en el escritor y en el lector, las cuales pueden estar ausentes; mientras que el poeta, que trabaja con suplementación formal, puede basarse en repertorios apropiados ecoicos o textuales.

La preparación formal del oyente o lector que se desarrolla al oir un poema o al leerlo, conduce a un problema muy antiguo en la crítica literaria. De acuerdo con las concepciones tradicionales de la conducta verbal, generalmente se supone que una obra literaria sólo tiene dos elementos, a saber: la forma y el significado. Algunas obras, especialmente los poemas, parecen ser agradables debido a su forma: suenan bien y por esta razón pueden ser agradables para alguien que no conozca el idioma en el que fueron escritos. Las obras literarias también son agradables por su significado: describen cosas placenteras o interesantes. Pero, obviamente, hay algo más en la buena literatura que no está muy lejos del humor o del juego verbal. Se ha dicho que esto es una conexión sutil entre la forma y el significado, pero es más probable que tenga que ver con la forma en que un texto prepara y libera la conducta del lector. Se ha hecho una distinción paralela[16] entre la "melopeya", o arte de la musicalidad en la literatura, la "fanopeya", o arte de las imágenes y los significados, y la "logopeya" o uso artístico de la disposición del lector para emitir palabras. En la logopeya el escritor utiliza pautas fuertes que surgen de la historia verbal del lector, y construye otras sin pensarlo. La línea de Joyce *Wring out the clothes, wring in the dew*,[17] toma prestada su fuerza de la secuencia intraverbal que permanece latente en *Ring out the old, ring in the new*,[18] lo mismo que del tema que presentan las mujeres que lavan ropa en el campo. Esta línea puede ser musical o no, puede evocar respuestas emocionales o prácticas, o puede no hacerlo; pero es evidente que manipula la fuerza verbal. Este juego verbal es lo que refuerza al lector y, por tanto, es indirectamente reforzante para el escritor.

ESTIMULACIÓN SUPLEMENTARIA Y HUMOR VERBAL

La logopeya es más obvia en el humor o en el juego verbal. El efecto reforzante de un estilo inteligente es difícil de analizar; por

[16] Véase, por ejemplo, Pound, E. *How to Read* (Toulon, 1932).
[17] Exprime el ropaje, escurre en el sereno.
[18] Resuena la senectud, suena en lo novicio.

lo regular, simplemente describimos nuestro deleite y lo hacemos público leyendo otras obras del mismo autor, en busca del mismo tipo de estimulación. Pero la risa que se genera en el juego verbal es aún más objetiva. Las risas pueden contarse e incluso, como se hace con el auditorio audiencia en la televisión, medirse en decibeles. Cada uno de los efectos literarios ya descritos tiene su paralelo en el campo del humor, en el cual la respuesta del oyente o lector puede seguirse más de cerca.

Hay muchas razones por las que la gente se ríe, pero no todas ellas se aplican aquí. Incluso en el campo verbal, cierta conducta puede producir risa simplemente porque es torpe, extraña, sorprendente o divertida. El tartamudeo, la vacilación y los dialectos muy marcados son instrumentos que se utilizan en la escritura humorística.

De tal forma las distorsiones de la lengua, que se discutirán en el capítulo siguiente, con frecuencia producen risa. La conducta verbal también es divertida cuando describe un acontecimiento chistoso. Tales efectos sobre el oyente ya han sido discutidos en el capítulo 6. Sin embargo, el efecto del humor como forma de juego verbal involucra la conducta verbal del oyente.

La evocación suplementaria de cualquier respuesta *débil* es generalmente divertida. Un elemento trivial de una situación estimulante puede ser responsable de una extensión metafórica tenue, como ocurre en la clásica anécdota del dentista que, al estar reparando su auto, agarró fuertemente una bujía con un par de pinzas y dijo: *Esto le va a doler un poco.* Las secuencias intraverbales forzadas y los vuelos de ideas casi sin sentido son generalmente divertidos, lo mismo ocurre con muchas cosas sin lógica. Este clásico "disparate" nos ofrece un ejemplo:

SOLDADO: He atrapado a un tártaro.
SARGENTO: Tráigalo para acá.
SOLDADO: No puedo.
SARGENTO: Entonces venga usted.
SOLDADO: Él no me deja.

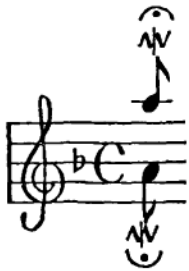
Posiblemente esta historia es divertida no porque sea ilógica, sino porque decir *Él no me deja*, después de haber dicho *Lo he atrapado*, es una respuesta muy débil. Describimos la condición del lector diicendo que no "esperaba" tal respuesta.

La aparición de múltiples variables produce resultados divertidos no porque sean múltiples, sino porque la suplementación alienta una tenue fuente de fuerza. Si leemos el siguiente recorte de periódico.

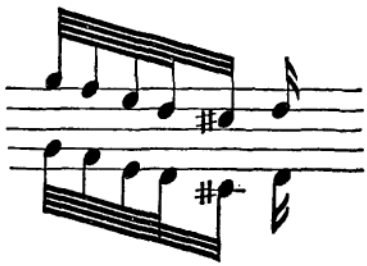
> Fertile, Minn., Junio 27. A los 83 años, Henry L. Gaylord, fértil abogado, acaba de ser padre de un robusto niño, su decimoctavo hijo...

lo encontraremos divertido debido a la presencia de un suplemento temático remoto.

El ingenio que depende de un truco de fuerza con frecuencia es demasiado sutil para que pueda construirse fácilmente. En el momento en que un tranvía se detuvo emitiendo un sonido que podría escribirse así:



un peatón que conocía la *Toccata y Fuga en Do menor*, de J. S. Bach, se puso a silbar esa pieza, la cual podría representarse así:



El compañero del peatón, que también conocía tal pieza, encontró esto gracioso debido a una tendencia similar, pero *muy lejana*, a completar la frase. Las tendencias muy débiles definen el humor "simplón": cuando la orquesta, en un concierto al aire libre, comenzó a tocar *El vuelo del abejorro*, de Rimsky Korsakov, uno de los oyentes empezó a ahuyentar una abeja imaginaria. Estos ejemplos están en el límite del campo verbal. El "hablante" emite una respuesta muy débil que complementa una respuesta imitativa en el "oyente", lo cual era demasiado débil para que apareciera sin ayuda. Si no hubiera existido una tendencia paralela en la conducta del oyente, el resultado no habría sido divertido. Las indirectas, las afirmaciones incompletas y el "inundar" la conducta del oyente con expresiones sorprendentes, son técnicas comunes en el humor y en el estilo. La importancia de la fuerza de la respuesta del oyente se muestra por la posibilidad de "echar a perder" un chiste o una expresión divertida, si se emite demasiado pronto una respuesta clave en la historia que se está contando.

Los instrumentos que se emplean en la poesía son divertidos cuando las múltiples contribuciones de la fuerza permanecen dentro de los límites apropiados. La rima generalmente no es divertida, pero si es muy forzada sí puede serlo. Es probable que las rimas polisilábicas sean muy forzadas en este sentido, y difícilmente se pueden usar en la poesía formal. W. S. Gilbert, después de un precedente distinguido de *Ingoldsby Legends*, aprovechó al máximo esta clase de humor:

I know the Kings of England and I quote the fights historical
From Marathon to Waterloo in order categorical.
I'm very well acquainted, too, with matters mathematical,
I understand equations, both simple and quadratical...[19]

La distorsión producida por una rima tan fuerte como la anterior, como ocurre con el efecto de Ogden Nash (véase el capítulo 11), es casi invariablemente divertida. Las rimas excesivas y la aliteración se han vuelto parte del humor folclórico: *Tres tristes tigres tragaban trigo en un trigal.* El examen rítmico de la poesía nos ofrece muchas oportunidades para jugar con la fuerza de una respuesta. Una demora forzada para alcanzar una respuesta fuerte produce resultados graciosos como ocurre cuando se prolonga exageradamente la última línea de un refrán picaresco.

Aunque el fortalecimiento suplementario de las respuestas verbales débiles parece ser reforzante en sí mismo y explicar gran parte del humor, así como también el éxito de las personas chistosas, no debemos pasar por alto su función más seria. Freud dio énfasis al hecho de que las respuestas divertidas con frecuencia son: *a*) automáticamente reforzantes para el hablante, y *b*) castigables por el oyente o la comunidad verbal. Las formas humorísticas aluden a temas tabú, en particular al sexo, y a los efectos aversivos que tienen sobre el oyente o sobre otras personas. Freud arguyó que el humor permite la liberación de las respuestas reprimidas, pero la cuestión podría aclararse diciendo que la respuesta que recibe apoyo suplementario es débil debido al castigo. Ambas interpretaciones pasan por alto un punto importante. Consideremos la expresión divertida que emitió una mujer inglesa que ayudó a Napoleón III cuando estaba exiliado en Inglaterra, a quien él prácticamente ignoró cuando volvió al trono. En un encuentro casual posterior Napoleón le preguntó: *¿Permanecerá usted mucho tiempo en París?*, a lo que ella contestó *¿Y usted señor?* Sin duda, la naturaleza agresiva de la contestación explica gran parte de su fuerza; la función del humor consistió en hacer que la respuesta agresiva no fuera castigable.

[19] Conozco a los reyes de Inglaterra, y he citado las luchas históricas
desde Marathon hasta Waterloo, en orden categórico.
Y conozco muy bien, también, la esencia de las matemáticas,
comprendo las ecuaciones, tanto las simples como las cuadráticas...

Pero no basta decir que el hablante puede recurrir a un "significado inofensivo" con una atenuación legalista (*Yo sólo hice una observación en la conversación, sin pensarlo mucho*), debido a que el "significado agresivo" era claro para todo el mundo. (*Es posible que usted no permanezca en el trono mucho tiempo, o usted pronto estará en Inglaterra pidiéndome ayuda*). En cambio, tenemos que apelar a una característica especial de la comunidad verbal humorística. En la misma forma en que la comunidad literaria tolera determinantes de fuerza débiles, así la comunidad humorística exige un cambio en la conducta, la cual de otra manera resultaría ofensiva. Es casi como si la comunidad hubiera acordado decir: Usted puede ser agresivo *siempre que* sea chistoso. Esta es ahora una costumbre establecida, pero podemos buscar sus orígenes en el hecho bien conocido de que lo chistoso generalmente es sólo una parte pequeña de lo molesto, y que un evento es menos molesto si se toma con sentido de humor. La persona chistosa puede ser agresiva u ofensiva en otra forma, induciendo al oyente a reirse de ello.

ACERTIJOS Y JUEGOS VERBALES

Muchos juegos verbales y acertijos parecen ser efectivos simplemente como arreglos complejos de sondeos e instigadores. Un acertijo o una adivinanza con frecuencia son algo más que una simple pregunta, cuya respuesta muestra fuentes de fuerza inusitadas. Muchos acertijos simplemente requieren una respuesta metafórica que es reforzante por esa misma razón:

> Down in the meadows there was a red heifer
> Give her hay she would eat it,
> Give her water she would die.[20]

Algunas veces se dan dos o más instigadores temáticos, y la contestación debe ser una sola respuesta intraverbal para ambos. Los instigadores formales son muy comunes. El elemento formal interviene cuando los instigadores temáticos se dan a cada sílaba en forma separada, y también cuando se dan a la respuesta considerada como un todo, debido a que entonces cualquier parte de la solución proporciona un instigador formal para otra parte.

Las charadas son acertijos que usan estímulos no verbales como instigadores temáticos. Las respuestas aclaratorias gene-

[20] En las partes bajas de la pradera había una vaca roja;
si le dieran heno, lo comería;
si le dieran agua, moriría.
La respuesta a este acertijo es *fuego*.
Taylor, Archer: *English Riddles from Oral Tradition* (Berkeley, California, 1951).

ralmente comienzan como tactos, ya sea metafóricos o de otra clase. Tanto la respuesta completa como cada una de sus sílabas "representan" a los instigadores separados. En una versión la respuesta es un pasaje corto familiar. Cada palabra es representada, mientras se supone que la respuesta considerada como un todo tiene cierta fuerza que permanece latente.

Muchos acertijos no se presentan con el fin de obtener una respuesta, sino simplemente para alistar la representación de una respuesta humorística proporcionada por quien emitió el acertijo. No es probable que alguien responda al acertijo *¿Cuál es la diferencia entre un gato y una coma?*, diciendo que *Un gato tiene uñas en el extremo de las patas, y una coma tiene una pausa en el extremo de una cláusula.* La estimulación intraverbal proporcionada por *gato* y *coma* es inadecuada. Sin embargo, podemos decir que un oyente ideal es el que se esfuerza en contestar, a pesar de que la respuesta esté garantizada. Las charadas difíciles, y en particular aquéllas cuya respuesta involucra juegos de palabras forzados, con frecuencia se diseñan para señalar lo divertido de la respuesta, más que para evocarla.

Los crucigramas se componen de una serie de casillas que limitan las propiedades formales de las respuestas que se emiten para solucionarlos. Un grupo de definiciones proporciona estímulos intraverbales para las respuestas que van a entrar en las hileras y en las columnas. Una vez que se ha resuelto el crucigrama, los instigadores formales se generan por las letras que comparten las palabras transversales. Las respuestas intraverbales más difíciles recogen la fuerza formal suplementaria. Así, el estímulo intraverbal "un dicho" puede no ser efectivo hasta que aparece el instigador formal PR__ __E__B__ __, después del cual aparece la palabra PROBERVIO para reforzar a quien lo resolvió. En crucigramas difíciles (como los que son comunes en Inglaterra) las respuestas utilizables sólo se pueden alcanzar a través de cadenas de respuestas intraverbales o ecoicas.

Los crucigramas dobles complejos comienzan con un conjunto de definiciones que sirven como estímulos intraverbales para las respuestas de longitud específica. Las letras que componen las respuestas de tales definiciones son, entonces, redistribuidas en una serie de espacios que representan las letras de un pasaje corto tomado de un libro o de un poema, como ocurre en los criptogramas. Los estímulos formales parciales generados por los instigadores intraverbales más fáciles, hacen que se completen en forma tentativa partes del pasaje. Entonces las letras que se añaden en el proceso proporcionan los complementos formales para las respuestas intraverbales que satisfacen las definiciones que faltan. Las letras iniciales de las palabras que se han definido indican el autor y el título de la obra de la que se tomó el pasaje. Estas respuestas pueden surgir, ya sea por la creciente posibili-

dad de reconocer el pasaje, en cuyo caso serán intraverbales, o por el número creciente de letras iniciales, en cuyo caso provendrán de un instigador formal.

En los anagramas un grupo de letras debe reorganizarse hasta que se compone el texto para que aparezca una respuesta verbal estándar. Cuando se identifica un grupo de letras como el anagrama del "nombre de un animal", por ejemplo, se añade una variable temática.

Un acertijo simple relacionado con los anagramas, en el cual las respuestas se generan por instigadores tanto formales como temáticos, es la pirámide de palabras. En este juego, se da o se adivina una sola letra; luego, éstas se van añadiendo una por una hasta formar una serie de palabras que satisfacen un conjunto de definiciones. De esta manera, el individuo a quien se aplica el juego está sujeto a la estimulación formal que proporcionan las letras ya obtenidas en determinada etapa del acertijo, así como a la estimulación temática que da la definición.

Un acertijo semejante, en cierto modo, se ilustra en la siguiente forma. Todos los espacios de esta copla deben llenarse con el mismo grupo de letras, reorganizadas en formas diferentes.

Ven, mozo, llena mi _____ hasta que el _____ se derrame.

Hoy nosotros _____, en esta _____, mañana _____

por Dover.

Excepto por la especificación de que las mismas letras deben usarse en cada espacio en blanco, el acertijo contiene solamente estímulos temáticos. Pero los instigadores formales proporcionan la solución. Una respuesta intraverbal presente en cualquier espacio en blanco proporciona estimulación formal, que al combinarse con otro tipo de material intraverbal puede (si es correcto) fortalecer la respuesta apropiada para otro espacio en blanco. Sin embargo, esto puede requerir varios ensayos debido a que la estimulación temática es relativamente débil. (El comportamiento del sujeto que está resolviendo el acertijo, que trata, rechaza, reorganiza, etc., puede clasificarse apropiadamente con el material del capítulo 15.)

La "fuerza de reposo" de un pasaje que nos resulta familiar —por ejemplo un proverbio— se usa en un juego en el que cada miembro de un grupo da una oración que contiene una palabra en dicho pasaje. Las palabras pueden aparecer en orden, pero pueden no hacerlo. Generalmente es necesario repetir este instigador formal mal disfrazado muchas veces para evocar el pasaje en cuestión. Una respuesta "fácil" es un pasaje que existe con fuerza considerable.

El juego de las "Categorías" usa material tanto temático como formal. En este juego se le pide a un individuo que describa va-

rios nombres de flores, ciudades, animales, etc., empezando con una letra seleccionada arbitrariamente. La "categoría" es un instigador intraverbal que se combina con el instigador textual de la primera letra para evocar las respuestas requeridas.

En otro juego que tiene un efecto muy cercano al del juego verbal, los materiales formales y temáticos comparten formas aproximadamente iguales. En este juego, se le da una definición a una respuesta que se compone de dos palabras que deben rimar. Por ejemplo, si la definición es *Little difficulty* (pequeña dificultad), el sujeto debe dar una respuesta intraverbal, ya sea a *Little* (pequeña) o a *difficulty* (dificultad) con el fin de obtener estimulación formal que, en combinación con una respuesta intraverbal para la palabra que falta, completará la solución del problema, en este caso *slight plight* (ligero apuro). En una secuencia verdadera de efectos, *difficulty* podría evocar la respuesta intraverbal *plight* (apuro) que proporciona un complemento autoecoico para *slight* (ligero), como respuesta intraverbal para *little.* Con frecuencia, sucede que, el juego es efectivo gracias a la sorprendente velocidad con la cual la definición evoca una respuesta única y compleja.

Algunos juegos involucran únicamente instigadores temáticos. En las famosas "veinte preguntas", las palabras sí o no que se emiten como respuestas para las preguntas tentativas producen una serie de estímulos intraverbales que reducen progresivamente la extensión del discurso. Si la primera pregunta revela que "aquello" que queremos encontrar es un animal, las siguientes preguntas estarán temáticamente relacionadas con animales. A la larga, la respuesta estará determinada en forma peculiar por los estímulos generados en esta forma. Algunas variaciones del juego necesitan que se identifiquen personajes históricos o ficticios. Cuando se da la primera letra del nombre, una pequeña fuente formal reduce de manera efectiva la extensión del discurso. Cada pregunta y cada respuesta crea otros estímulos intraverbales que reducen progresivamente el número de posibilidades.

En otro tipo de juego, se debe identificar a una persona a partir de las respuestas que se dan a las preguntas que necesitan de extensiones metafóricas o metonímicas forzadas. Las respuestas que se dan a preguntas tales como *¿Qué clase de música le recuerda este hombre?*, o *¿Qué flor podría usar, o cuál le podría interesar?*, puede proporcionar estímulos intraverbales que se combinan para determinar un nombre. Una variación de este juego consiste en determinar la ocupación de una persona desconocida a partir de una serie de juegos de palabras. Al jugador se le dice que la persona x es "uno de los mejores constructores de cajas en el pueblo", que es "la última persona que usted quisiera que le sirviera", etc. A partir de esto, el jugador debe decir que la persona x es un enterrador.

En el juego que generalmente se conoce como "la tetera", se cuenta una historia en la que una misma palabra se presenta con gran frecuencia, pero tal palabra se reemplaza por la expresión *tetera.* Cada vez que se presenta la palabra "tetera" se generan fuentes intraverbales que, a la larga, determinan la palabra que se ha sustituido por la expresión *tetera.*

Los juegos y acertijos que involucran solamente material formal no son muy comunes. En la "escalera de palabras", el jugador tiene que construir una serie de anagramas, cada uno de los cuales difiere de los anteriores en una sola letra; pero que, en cierto número de pasos, producen otra palabra especificada. Digamos, por ejemplo, que debemos llegar a la palabra *coma* a partir de la expresión ramo, en tres pasos. Una solución es:

ramo-romo-como-coma.

En este caso no hay determinantes temáticos en cuanto tales, pero se especifica que cada paso debe estar compuesto de una palabra reconocible, que ligeramente va más allá de la simple manipulación formal.

Los trucos formales, como los palíndromos, pueden explotar las fuentes múltiples de fuerza, pero sólo indirectamente y casi siempre sólo con la ayuda de la conducta manipulativa, de la que hablaremos en la Parte V. Parte del "placer" en un buen palíndromo —por ejemplo, *Dábale arroz a la zorra el abad*— puede rastrearse por la fuerza formal de la conducta que consiste en deletrearlo de derecha a izquierda, que se deriva de la conducta que consiste en deletrearlo en el orden correcto; pero evidentemente existen muchas otras cosas involucradas en esto. Sólo por un proceso muy complejo de revisión podemos establecer la belleza de las interacciones formales de la siguiente frase latina:

*Sator arepo teret opera rotas.**

Aquí, la primera palabra está compuesta de todas las cinco primeras letras de cada una de las palabras; la segunda de las segundas cinco; la tercera de las terceras cinco, etc., además de que la oración completa es un palíndromo. Una posible traducción podría ser: *Terminó mi trabajo; el sembrador gastará las ruedas.* La palabra de la mitad puede ser *principio* (*tenet*), y *arepo* puede ser un nombre propio: *El sembrador Arepo agarra o gasta las ruedas en el trabajo.*

* Es interesante hacer notar que, además, **cada palabra es en sí misma un** anagrama, pues de la trasposición de las letras **de cualquiera de las palabras** resulta otra distinta: *Sator, rotas* (*N.* del *E.*)

Nuevas combinaciones de respuestas fragmentarias

La operación de dos o más variables en la causación múltiple de la conducta verbal es especialmente clara cuando la conducta está compuesta de fragmentos de respuestas. Cuando dos operantes se componen aproximadamente de la misma fuerza en forma simultánea, sus respuestas parecen unirse o fundirse en una sola respuesta nueva y con frecuencia parece que tiene una forma distorsionada. Esta clase de material no sólo complementa el análisis de la causación múltiple que ya vimos en los capítulos 9 y 10, sino también nos dice algo más acerca del control de todas las formas verbales. Las unidades de respuesta fragmentarias o mínimas aparecen entonces bajo un nuevo enfoque.

No todas las formas nuevas o distorsionadas de comportamiento son recombinaciones de respuestas fragmentarias. La *ejecución* defectuosa de la conducta verbal, como la que se encuentra en las pronunciaciones lentas, en los ceceos, la escritura en espejo o en los fenómenos de la afasia motora, generalmente no es relevante. El tartamudeo, el balbuceo y la escritura "neurótica" pueden estar relacionadas con variables suplementarias, pero tal como se les estudia comúnmente, no contribuyen a nuestro conocimiento de los procesos que estamos estudiando en este momento. Por otra parte, tampoco nos interesan las nuevas formas de respuesta que resultan de un error en los procesos de composición (los cuales se discutirán en la Parte IV). La intromisión de respuestas completamente irrelevantes en la conducta verbal que está en proceso, se discutirá apropiadamente en los capítulos 15 y 16.

Una respuesta compuesta de fragmentos que se encuentran bajo el control de variables separadas, puede no observarse nunca si el hablante o escritor la rechaza en el proceso de corrección. El hecho de que la mayor parte de los ejemplos que se van a considerar sean vocales, no quiere decir de manera necesaria que la

conducta vocal sea más vulnerable a la fragmentación; simplemente, este hecho da menos oportunidad para la corrección. Por otra parte, aunque la conducta escrita deja un registro más permanente y le proporciona una "retroalimentación" menos tenue al autor, la estimulación visual puede interrumpirse con mayor facilidad que la auditiva. Por tanto, es más fácil reducir la retroalimentación a partir de la conducta escrita para producir las condiciones especiales de la corrección —las cuales se discutirán en el capítulo 16—, como ocurre en la escritura automática. En tales condiciones, las respuestas unidas o fusionadas son tan comunes en la forma escrita como en la hablada.

Las recombinaciones de fragmentos de respuestas generalmente carecen de sentido e interrumpen o distorsionan el discurso. Por tal razón, a la larga el oyente aprende a descontarlas o a no prestarles atención, en la misma forma en que aprende a no prestar atención al tartamudeo y a las repeticiones, excepto en casos inusitados. Una teoría psicológica puede invertir el proceso. Por ejemplo, cuando las respuestas distorsionadas o las "deslices de la lengua" se advierten y se recogen, es porque se consideran como "reveladores"; tal caso se ha presentado bajo la influencia freudiana. Ésta sería una observación selectiva si estuvieran registrados sólo aquellos casos que podrían considerarse como reveladores. En forma semejante, los deslices que se han recogido por la relación que guardan con el origen de las formas lingüísticas o con los cambios lingüísticos, tienden a limitarse a casos los efectivos que sobrevivieron. Obviamente, también los deslices divertidos o las distorsiones son una muestra parcial. Al analizar los procesos normales relevantes, debemos descontar los casos creados por la manipulación rutinaria de las respuestas fragmentarias debido, específicamente, a sus consecuencias estilísticas, divertidas o chistosas. Distorsiones tales como *cuadro jubiloso* (describiendo una comedia) o *libertad en Reno* (para referirse a la persona que ha obtenido un fácil divorcio en Reno, Nevada), no representan los mismos procesos que la recombinación espontánea de fragmentos de respuestas.

Para determinar la frecuencia relativa de diferentes tipos de recombinación fragmentaria, así como la amplitud de tal recombinación en el discurso normal, se necesitaría un cuidadoso estudio de grandes muestras grabadas del habla. Parte del siguiente material proviene de artículos y libros sobre conducta verbal distorsionada o "lapsos lingüísticos". La mayor parte de ellos se deriva de observaciones casuales. No se ha dado mayor importancia a la colocación de las formas distorsionadas que, por ser efectivas sobre el oyente, pueden volverse parte de un lenguaje establecido; tampoco se le ha dado importancia a las distorsiones que son reveladoras o divertidas. Sin embargo, la observación casual es necesariamente selectiva.

Las condiciones que se necesitan para producir una mezcla, las describió Lewis Carroll en el Prefacio de *The Hunting of the Snark*:

> ...Take the two words "fuming" and "furious". Make up your mind that you will say both words, but leave it unsettled which you will say first.
> Now open your mouth and speak. If your thoughts incline ever so little toward "fuming", you will say "fuming, furious"; if they turn, by even a hair's breadth, toward "furious", you will say "furious, fuming"; but if you have that rarest of gifts, a perfectly balanced mind, you will say "frumious".[1]

Como en este momento no poseemos medidas cuantitativas de la fuerza verbal que sean suficientemente sensibles como para proporcionar una mente perfectamente balanceada, no podemos estar seguros de que las dos respuestas deban tener la misma fuerza para que puedan unirse en una forma distorsionada. Sin embargo, podemos estar de acuerdo en que, si la fuerza de cada una de las respuestas es muy diferente, una de ellas se emitirá enteramente antes que la otra.

Las condiciones bajo las cuales se recombinan las respuestas fragmentarias son un poco más fáciles de identificar. Las respuestas mal condicionadas posiblemente están más sujetas a la fragmentación. Las recombinaciones se presentan con gran frecuencia en el comportamiento de los niños pequeños y de los adultos que están aprendiendo un idioma por vez primera. Un repertorio bien establecido puede sufrir la recombinación bajo condiciones de enfermedad o de fatiga y por efecto de ciertas drogas, de las cuales el alcohol es la más conocida. La conducta competitiva fuerte, como cuando el hablante está "prestando poca atención a lo que dice", tiene un efecto similar. El habla que se emite bajo fuerte presión aversiva o como función de cualquiera de las variables que fortalecen la conducta sin tener en cuenta su forma (capítulo 8), tiende a sufrir esta clase de distorsión. Estas variables pueden actuar directamente sobre el proceso de fusión o sobre la conducta de corregir, rechazar o alentar tales productos.

Las respuestas que han experimentado recombinaciones han atraído la atención por muchas razones. Aquí nos interesan tres cosas: 1. los tipos de operantes que proporcionan fragmentos; 2. la geometría o la mecánica de la reorganización, y 3. el posible efecto que tienen las formas resultantes sobre el oyente, de lo cual el hablante mismo puede ser un ejemplo.

[1] ...Tómense las dos palabras, "rabia" y "furioso". Decida que va a decir ambas palabras, pero no decida cuál va a decir primero. Ahora abra la boca y hable. Si sus pensamientos lo inclinan muy poco a decir "rabia", diga "rabia, furioso"; si lo llevan, aunque sea un poco a "furioso", diga entonces "furioso, rabia"; pero si usted posee la más extraña de las cualidades, una mente perfectamente balanceada, usted dirá "furabioso".

MECÁNICA DE LA COMBINACIÓN

Las combinaciones pueden estudiarse como simples formas de respuesta, aparte de sus variables de control. Una respuesta puede contener partes aproximadamente iguales de las respuestas que contribuyen a ella, o una puede predominar sobre las otras. Por ejemplo, en el término *intrinsicate* (literalmente "intrinsecado"),* usado por Shakespeare, están representadas las respuestas *intricate* (intrincado) e *intrinsic* (intrínseco) en cantidades aproximadamente iguales; lo mismo ocurre con las respuestas *winding* (soplado) y *wandering* (vagabundo), las cuales están representadas en el término *wind'ring* (literalmente "sopla-bundo"). Pero en el caso del término *grapeline*, que es una mezcla de *grapevine* (rumor) y *line* (línea), ambas palabras se usan aquí en el sentido de un sistema clandestino de comunicación o, en el caso del término *taunts* (literalmente "importundar") —que es una mezcla de las respuestas *haunt* (rondar) y *teases* (importunar)—, la primera fuente aporta gran parte de la forma resultante. Generalmente una respuesta da la primera parte de la mezcla, y la segunda proporciona la parte que falta, como sucede cuando la mezcla de *snarl* (greña) y *tangle* (enmarañada) da como resultado la forma *snangle* (literalmente "grenmarañada"). Con frecuencia, el elemento de compuestos contiene un elemento común mayor (como sucede en la respuesta *Hindian rope trick* ["el truco de la cuerda hindú"], o en el caso de la difusa palabra *especified* [literalmente "específico"], la cual se deriva de la mezcla de las palabras *especial* [especial] o *especially* [especialmente], y *specified* [específico]). Podemos encontrar un elemento común más pequeño en la forma *mizzling* (literalmente "llovizneante"), que surge de las formas *mist* (niebla) y *drizzling* (lluvioso), en *scap* (literalmente "cuero gorrudo"), que se deriva de las palabras *scalp* (cuero cabelludo) y *calp* (gorra), y en *bläge* (literalmente "barqueante"), que se deriva de *Blazing* (llameante) y de *barge* (barcaza). En la palabra *interturb* (literalmente "interrustar"), que se deriva de las palabras *interrupt* (interrumpir) y *disturb* (molestar), las sílabas *rupt* y *turb* que se combinan tienen los mismos sonidos, a excepción de la voz *b*, aunque en orden diferente.

Algunas de las respuestas fusionadas son recombinaciones de sílabas que probablemente tienen un estatus independiente como respuestas autónomas. Así, la respuesta *wasteling* (literalmente "derrochimbécil) parece ser el resultado de una recombinación de los elementos de las palabras *wasteful* (pródigo, derrochador)

* Algunas de estas combinaciones de palabras son exclusivas de Shakespeare y no se encuentran en la traducción castellana de sus obras. Debido a la dificultad de su traducción, y para no alterar el sentido original del texto, hemos preferido conservar los términos en inglés, dándoles la traducción más literal posible (*N.* del *T.*).

y *changeling* (imbécil, según su uso antiguo), pero la relativa separabilidad de los sufijos *ful* y *ling* pudo haber alentado la aparición de la nueva forma. Las palabras *beginning y commencement* (principio y comienzo, respectivamente), que originan la aparición de la palabra *beguincement* (literalmente "princimienzo"), sólo muestran como elemento común la letra *n*.

Aunque frecuentemente las combinaciones se discuten sólo al nivel de la palabra, quizá un resultado más común sea la fusión de respuestas más largas que contengan varias palabras. La mezcla de frases es tan común en el lenguaje de los niños pequeños, que generalmente la pasamos por alto. Una niña de dos años y medio que adquirió las respuestas *You made a mistake* (Cometiste un error) y *You missed it* (erraste) cuando alguien no pudo atrapar una pelota que ella había lanzado, dijo: *You miss-take* (literalmente "lo menos-tomaste"). Probablemente esta respuesta no habría sido emitida por un adulto, debido a la violación de las pautas gramaticales estándard. En los siguientes ejemplos puede observarse la distorsión que se debe a errores en el proceso de composición, ya que en cada caso se pueden identificar dos respuestas más largas que una sola palabra:*

in favor with (in favor of, in sympathy with)
you're probably true (you're probably right, it's probably true)
do you matter (do you mind, does it matter)
a nice piece of job (a nice job, a nice piece of work)
for that matter of fact (for that matter, as a matter of fact)
you'll have more end of fun (you'll have no end of fun, you'll have more fun)
you have been telling whispers (you have been whispering, you have been telling secrets)
in the nick of his teeth (in the nick of time, by the skin of his teeth)
a turning stone in his career (a turning point, a milestone)
put any weight in his opinion (give any weight to, put any faith in)
there is no crime against it (it's no crime, there's no law against it)
I say to hang with it (I say hang it, I say to hell with it)
scores of more (scores more, scores of others).

Si este tipo de combinación se presenta con mayor frecuencia que las combinaciones de palabras aisladas, posiblemente se debe a que tienen menor probabilidad de ser rechazadas por el hablante en el proceso de corrección.

Las combinaciones de frases explican muchas expresiones sutiles incongruentes. A continuación se presentan varios ejemplos de conducta verbal escrita que escaparon al proceso de corrección.

* En los siguientes ejemplos las frases que aparecen en cursivas son formas gramaticales erróneas que surgen de la trasposición de las dos frases correctas gramaticalmente, pero diferentes, que aparecen encerradas en los paréntesis (*N. del E.*).

Una leyenda en un restaurant dice: *We are zealous of our reputation* (Conservamos celosamente nuestra reputación).* En esta leyenda la palabra *zealous* (celoso) parece haber surgido de dos estados de cosas que pudieron haber llevado a emitir separadamente las frases: *We are jealeous of our reputation* (Conservamos celosamente nuestra reputación), y *We are zealous in maintaining our reputation* (Mantenemos celosamente nuestra reputación). En el informe de un comité, la oración *We were besieged to arrange interviews* (Estábamos forzados a lograr las entrevistas) contiene la palabra *besieged* (asediar) que parece haber estado bajo el control de dos estados de cosas que podrían haber llevado a la emisión separada de las respuestas *We were beseeched to arrange interviews* (Se nos suplicó que lográramos las entrevistas) y *We were besieged by persons requesting interviews* (Estábamos asediados por las personas que pedían entrevista). En la obra *Can You Forgive Her*, Tropolle[2] escribe: *She could not refrain herself from making it* (No pudo refrenarse de hacerlo).** En esta oración la palabra *refrain* (refrenarse) parece ser una mezcla de *refrain from making it* (no pudo refrenarse de hacerlo) y *restrain herself from making it* (ella misma no pudo refrenarse de hacerlo). En el prólogo de una obra de teatro escrita por C. Dogson (L. Carroll)[3] podemos encontrar una mezcla aparente de dos frases que no se podrían detectar en el habla vocal, tales frases comienzan así: *"Ladies and Gentleman" seems stiffened cold* (Damas y caballeros, parecería rígidamente frío). En esta frase las palabras *stiff* (rígido) y *cold* (frío) sugieren fuentes menos mórbidas de fuerza.

La fusión prolija de frases se puede ejemplificar en las dos oraciones siguientes: *That's what I think so* (literalmente "eso es lo que así creo"), que se deriva de la mezcla de *That's what I think* (Eso es lo que pienso) y *I think so* (Así lo creo); *For that matter of fact* (en lo que respecta de realidad), que se deriva de *For that matter* (en lo que respecta) y *as a matter of fact* (en realidad).

La causación múltiple es responsable de las combinaciones formales que involucran elementos que están por debajo del nivel fonético. La acción de gemir parece ser una combinación de llorar y de hablar. Una respuesta onomatopéyica enfatizada puede funcionar como un tacto convencional y como mímica, como sucede cuando la palabra *sizzling* (chirrido) se pronuncia en forma tal que suena como un chirrido. Las fuentes múltiples de fuerza pue-

* Según las pautas gramaticales, la forma *zealous* no admite el uso de la preposición *of*. Es la mezcla de las frases señaladas la que origina la confusión en el uso de las preposiciones (*N.* del *E.*).

[2] Trollope, A. *Can You Forgive Her* (Londres, 1864), II, pág. 156.

** La forma *refrain from* lleva implícito el pronombre personal *herself* y, por tanto, resulta gramaticalmente erróneo decir *refrain herself from* . . . ; mientras que la forma *restrain from* sí admite la forma enfática del pronombre personal *herself* (*N.* del *E.*).

[3] Dodgson, C. M. *Logical Nonsense* (Nueva York, 1934), pág. 159.

den ser las responsables de las distorsiones menores en la forma de la conducta escrita. Esto es generalmente cierto en los jeroglíficos o en la escritura por medio de dibujos, en donde las respuestas convencionales se combinan con el repertorio figurativo del artista. Algunas veces se utiliza la fusión de una respuesta estándard y un elemento gráfico en las libros para niños, por ejemplo, en los cuales se imprime la palabra *alto* en letras muy altas y delgadas. Se ha señalado que los matemáticos demuestran su profesión en su escritura, pues cambian a tal punto las formas de las letras, que las hacen parecer figuras; lo mismo sucede con los músicos, quienes las hacen parecer notas, descansos y otros símbolos musicales. En un examen objetivo en el que las respuestas debían indicarse con una D o una O, las respuestas asumieron una forma combinada que el profesor no podía reconocer como D o como O probalemente porque ambas respuestas eran igualmente fuertes (es decir, el estudiante no sabía la respuesta correcta). Cuando examinamos exhaustivamente una línea combinamos una pauta enfática y una respuesta verbal. Cuando hacemos frente a una interrupción de nuestro discurso y, a pesar de ello, continuamos emitiendo nuestra conducta verbal en la forma apropiada para que aparezca la respuesta *Por favor guarde silencio un momento*, estamos mezclando la pauta de entonación de una respuesta con los sonidos de otra. El autor de *A Few French Words* ejemplificó una mezcla de la palabra *few* (poco) y la conducta del empleo de mayúsculas que era apropiada para la palabra que le seguía. Los errores de escritura pueden ser una especie de combinación. La oración *Perspiration oozed from his pours* (El sudor que escurre de sus poros) muestra las fuentes múltiples de *pours* (poros) que no se notarían (o probablemente no existirían) en una respuesta vocal.

En la mayor parte de los ejemplos que hemos dado, las respuestas que se combinan son las formas alternativas apropiadas para una misma ocasión. En condiciones normales solamente aparecería una respuesta. En la mezcla haplológica, los fragmentos que se combinan son partes de una respuesta mayor, y todos esos elementos se podrían emitir normalmente. La combinación resulta de la omisión del material intermedio. Algunas veces el resultado es similar a la combinación que "tiene el mismo origen", como ocurre cuando a partir de la frase *Sorry darling* (Lo siento querida) surge *sarling*; cuando de *quite ready* (completamente listo) surge *quiddy*; cuando de *slightly fatter* (ligeramente más gordo) surge *slatter*; cuando de *honorary membership* (miembros honorarios) surge *honorship*, etc. Éstos parecen ser ejemplos de la combinación de formas de respuesta que poseen fuentes de fuerza separadas. Sin embargo, esto no sucede en los ejemplos estándar del síncope. Distorsiones tales como *crism* en lugar de *criticism* (crítica), *nonse* en lugar de *nonsense* (sin sentido), etc.,

lo mismo que las formas ahora aceptadas de *narcism* (narcisismo) y *pacifism* (pacifismo), muestran la omisión de elementos, pero no la fusión de respuestas diferentes. Por esta misma razón se necesita una categoría diferente para las llamadas "braquilogías", en las cuales uno o más elementos simplemente se omiten. La respuesta *Today's to do it* no es una combinación de frases, sino el residuo de una respuesta más larga (*Today's the day to do it* [Hoy es el día para hacerlo]), parte de la cual se ha omitido. Las apolologías caprichosas, como *cinemactor*, también pueden distinguirse de las combinaciones reales de palabras o de frases.

F. L. Wells,[4] en "Linguistic Lapses", sugirió una clasificación de los lapsos en asimilación regresiva y progresiva, disimulación regresiva, Metátesis, Omisión y Sustitución. Los términos regresivo y progresivo se refieren al orden consecutivo normal de las formas que se combinan (un ejemplo de asimilación regresiva es *blass plate*), pero muchas combinaciones involucran respuestas que no se presentarían normalmente en ningún orden consecutivo, y el orden mismo parece ser menos importante que el hecho de que las dos respuestas sean fuertes al mismo tiempo. La metátesis se refiere al desplazamiento recíproco que discutiremos más adelante. La omisión puede incluir muchos de los ejemplos que se acaban de dar. La sustitución incluye una distorsión por intromisión que se tratará más adelante.

FUENTES DE LOS FRAGMENTOS QUE ENTRAN EN LA RECOMBINACIÓN

Es probable que dos respuestas sean fuertes al mismo tiempo si ambas son función de la misma variable. Muchas combinaciones son mezclas de dos o más tactos que están bajo el control del mismo estímulo, por ejemplo: la forma *lore* surge de *lame* (inválido) y *sore* (doloroso); *rone* surge de *rock* (roca) y *stone* (piedra). Aspectos diferentes del mismo estímulo pueden evocar respuestas diferentes, pero éstas parecen combinarse muy pocas veces. Cuando una sola propiedad es vaga, dos o más respuestas que no son sinónimas pueden fortalecerse. La respuesta *teablespoonful** se presentó bajo circunstancias en las que una magnitud dada no era lo suficientemente grande como para evocar la respuesta *tablespoonful*, ni lo suficientemente pequeña como *teaspoonful*. La respuesta *I believe he graduate with cumma* (Creo que se graduó con un "cumma") parece indicar una indetermi-

[4] Wells, F. L. *Archives of Philosophy, Psychology and Scientific Method*, núm. 6 (Nueva York, 1906).

* La forma *teablespoonful* es una forma nueva, imposible de traducir, que resulta de la combinación de las respuestas *tablespoonful* (cucharada) y *teaspoonful* (cucharada de té) (*N.* del *E.*).

nación entre los grados *summa* (sumo) y *cum laude* (con honores). Propiedades ligeramente diferentes de los mismos estímulos generan los componentes de la palabra *twinfants* (salto haplológico de *twin-infants* [criaturas gemelas]), lo mismo que la conducta del niño pequeño que decía: *Esquimos eat slobber.** Algunas etimologías folclóricas son reordenaciones de fragmentos. Existe evidencia interna de la fuente intraverbal que explica el desliz de la siguiente frase que se ha tomado de un periódico: *Breaking the glass with a chair he climbed through a window and clung to the sill by his fingerprints until three detectives called on him to jump.*[5] Quizá sea importante hacer notar que todas las letras de la palabra *tips* (terminación de fingertips [yemas de los dedos]) están contenidas en la terminación *prints.*

Muchas combinaciones muestran la interacción de tactos e intraverbales, o de dos o más intraverbales. Un niño que recita los días de la semana dice: *Thursday* (jueves), *Friday* (viernes), *Sixday* (sexto día). Al emitir la forma *sixday* se une parte de la respuesta *sábado* con la palabra *seis*, y esta última estaba intrabervalmente determinada por la semejanza que existe entre las palabras *four, five,* y entre las partículas *ur* y *Fri.* El recuerdo erróneo *Vain, inglorious Milton* (Milton, vano y oscuro), parece fusionar la respuesta *Mute, inglorious Milton* (Milton, mudo y oscuro) con *vainglory* (vanagloria). El recuerdo erróneo de una canción infantil como *Old Macdonald had a farm, C-I C-I-O,*** muestra al menos dos fuentes intraverbales: por una parte, la versión correcta *E-I, E-I-O*; por la otra, *C-I-O*, que se refiere a las siglas de la unión de granjeros que un dirigente de la época trataba de organizar. Una oración que comenzaba así: *There are two sets of anterior conditions which give the adult case* (Existen dos conjuntos de las condiciones anteriores que se dan para el caso adulto), se escribió con la palabra *result* (resultado) en lugar de *adult* (adulto), y la fuerza temática de *result* parece estar rela-

* La traducción literal de esta frase sería la siguiente: "Los esquimales comen saliva". Sin embargo, es necesario señalar que la palabra *slobber* (literalmente "babear") hace alusión a *slob*, que literalmente significa *nieve blanda.* Así, al agregar el sufijo *er* se quiere indicar la acción de comer nieve (*N.* del *E.*).

[5] Después de romper el cristal con una silla, trepó por la ventana y se agarró de la solera con sus "huellas digitales" hasta que tres detectives le pidieron que saltara (*N.* del *E.*).

** Alusión directa a una canción tradicional norteamericana, cuyos orígenes se remontan a la época de formación de los primeros sindicatos y asociaciones de granjeros. Aunque las diferencias fonéticas que guardan el inglés y el español son profundas, hemos preferido conservar la pronunciación inglesa en esta canción, porque al adecuarla al español se perdería gran parte del sentido original del texto.

Por otra parte, es necesario señalar que la partícula *C-I-O* es una alusión directa a las siglas de una de las primeras asociaciones sindicales de granjeros, cuyo significado sería *Congress of Industrial Organization.* Esta agrupación es el origen de la actual *American Federation of Labor Congress of Industrial Organization* (AFL-CIO) (*N.* del *E.*).

cionada con los términos *anterior* (anterior) y *give* (dar). La respuesta escrita *popular usage* (uso popular) parece contener una combinación de *popular* y *vocabulary* (vocabulario), como sinónimo de *usage* (uso).

Frecuentemente las incongruencias son el resultado de combinaciones que contienen material tomado de fuentes temáticas adyacentes. La señora Malaprop[6] cae víctima de un ataque de respuestas intraverbales que componen un tema gramatical en la siguiente forma:

> Long ago I laid my positive *conjunctions* on her, never to think on the fellow again; —I have since laid Sir Anthony's *preposition* before her; but, I am sorry to say, she seems resolved to *decline* every *particle* that I enjoin her.[7]

Muchas composiciones intraverbales incluyen casos en los que una respuesta se distorsiona debido a la aparición anticipada de una respuesta posterior. Cuando un actor aficionado lee una línea que dice *Cecere-Cecilia, por favor tómame en serio*, las palabras de *Cecilia y en serio*, aunque están bastante separadas, parece que se enredan. La expresión *The white rat in the maze* (La rata blanca en el laberinto) que se emite como *the white raze* (la raza blanca) y las respuestas corregidas como *Will the glentleman from Yale -from Maine-yield?* (¿Producirá desde Maine el caballero que viene de Yale?), y *The many strong Cases-courses-given by Professor Chase* (Los múltiples y fuertes casos que en sus cursos da el profesor Chase), son otros ejemplos de esto mismo.

Si los estímulos apropiados se presentan en el momento preciso, los estímulos ecoicos y textuales pueden aportar fragmentos de respuestas. En una conversación en la que participaban varias personas, un hablante comenzó a decir *When you were born* (Cuando tú naciste), pero al oir a otro hablante decir *birth* (nacimiento), dijo *When you were birthed* (Literalmente "cuando tú estuviste naciste"). En una discusión similar la respuesta *the last straw* (la última insignificancia) se convirtió en *the last word* (la última palabra), porque la palabra *word* estaba "en el aire". Un hombre que marcó el número telefónico del señor Brenner, cuando oyó que le contestaban *Habla Linwood*, dijo: *Quisiera hablar con el señor Brenwood.* El encabezado de un periódico decía *Mercury rising after dipping to zo in north west* (Mercurio surge después de sumergirse a 30 grados al noroeste), pero al leerlo se cambió la forma *dipping* (sumergir) por *dripping* (gotear) posi-

[6] Sheridan, *The Rivals*, Acto III, Escena 3.

[7] Hace tiempo le dejé a ella mis *conjunciones* positivas, nunca más pensar en el compañero; desde entonces he dejado las *preposiciones* de Sir Anthony ante ella; pero, siento decirlo, ella parece resuelta a *negar* cada *partícula* que le mando. (Las cursivas son de Skinner).

blemente porque gotear es una respuesta más adecuada a las características del mercurio como elemento químico, sobre todo al combinarse con la respuesta textual *dipping*.

Las tendencias autoecoicas y autotranscriptivas pueden producir distorsiones persistentes. Las combinaciones de formas sinónimas pueden atribuirse a una mezcla de audiencias o a la debilidad de la audiencia de control; ocasionalmente esto es obvio. Una canción que comenzaba en alemán con las palabras *Morgen rot* (Roja mañana) y en inglés *Morning red* (Roja mañana), se cantó así: *Morgen red.*

Los errores auditivos o de lectura, generalmente representan una recombinación de fragmentos, de los cuales una fuente es el estímulo ecoico o textual que se oye o que se lee mal. Un simple error —una respuesta ecoica o textual que esté bajo un control de estímulos inadecuado— no necesita mostrar otra fuente de fuerza, pero cuando un estímulo ecoico vago, como el que proporciona el sumador verbal, se "oye", digamos, como el mismo nombre del sujeto, puede inferirse una fuente especial de fuerza. Sucede lo mismo en los casos en que oímos nuestro nombre cuando realmente se dijo otro.

Al oir mal algo, no siempre resulta evidente que la forma distorsionada es la conducta ecoica del oyente, más que "lo que él oyó" y luego informó; pero en el caso de la conducta textual, paralelo a éste, la respuesta generalmente se identifica más fácilmente. Cuando la fuente auxiliar de fuerza es evidente, podemos decir que la respuesta es "reveladora" en sentido freudiano. Así, después de haber escapado de un accidente serio, un motociclista se asombró al ver un letrero que decía: ONE MILE TO DEATH (A una milla de la muerte). Al inspeccionarlo más de cerca notó que realmente decía ONE MILE TO BATH (A una milla del baño) nótese que en la pronunciación inglesa la *B* "contiene" el sonido de una *E* o de dos *D*). A menudo los arreglos geométricos burdos tienen importancia. Poco después de leer la noticia de la muerte de Bernard DeVoto, un conocido se alarmó al ver el nombre *DeVoto* en letras cromadas en un automóvil que pasaba. Al mirar más detenidamente el letrero se dio cuenta de que lo que había leído era la marca *De Soto* precedida por una gran *V* introductoria:

La reorganización geométrica general de los fragmentos de un estímulo textual, más la gran contribución intraverbal de fuerza, puede ilustrarse con el siguiente ejemplo: poco después de haber leído un libro escrito por Stevenson, a una persona se le presentaron las palabras *A Strange Idyll* (Un idilio extraño), las cuales "leyó" como si dijeran *The Strange case of Dr. Jekyll and Mr Hyde*

(El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde). Aparentemente las variables más triviales son las responsables de la reorganización que se efectúa al leer el letrero *Sahara Coal* (Carbón Sahara) como si dijera *Scarlet O'Hara*, o *Butternut Coffee* (Café nuez de Cuba) como *Peanut Butter Coffe* (Café mantequilla de maní).

El recuerdo erróneo de un poema es el paralelo intraverbal de oir y leer equivocadamente. Bajo condiciones de causación múltiple, la fusión de material mal memorizado con las respuestas que se dan a las variables actuales crean formas nuevas. Algunas veces las variables colaterales que proporcionan los fragmentos son bastante obvias. En la expresión errónea *Dale pimienta al muchachito y castígale si estornuda*, la parte *Dale pimienta* reemplazó a *Háblale duramente*, debido a las otras partes del pasaje original y posiblemente a la presencia de *estornuda*. (Compárese con el ejemplo de *Corre, corre, corre*, en el capítulo 9.)

Tal vez el tipo de distorsión que mejor se conoce es el trabalenguas —por ejemplo, *tres tristes tigres tragan trigo en un trigal*—, el cual sólo puede decirse en forma correcta si se dice lentamente o con gran esfuerzo. El estímulo real puede ser ecoico (cuando le piden a uno que repita la frase), textual (cuando le piden que la lea) o intraverbal (cuando uno la ha memorizado). La forma original de estimulación no tiene importancia porque las fuentes múltiples que llevan a la distorsión surgen de la conducta misma como un complemento autoecoico.

En el trabalenguas la tendencia autoecoica momentánea es responsable de otras distorsiones. Una niñita que pasaba el verano en el campo le dijo a una amiga: *I have a prettier doll which I left in the citier* (Tengo una muñeca más linda que la que dejé en la ciudad). En otra ocasión, la misma niña se refirió a su *pocketbooket* (librillo de bolsillo). El presidente de una organización moderada comenzó a explicar su nuevo programa diciendo las siguientes palabras: *Our old slogan was: "The saloon must go"; our new saloogan is* . . . (Nuestro viejo lema era: "La cantina debe alejarse"; nuestro nuevo "cantina" es . . .).

Entre las fuentes múltiples de fuerza que producen distorsión están ciertas variables "negativas"; esto es, ciertas variables que operan para suprimir partes de una respuesta y, por tanto, para alentar la aparición de otros fragmentos. El efecto que tiene el castigo al alentar la recombinación de los fragmentos involucra el proceso de corrección, que se discutirá en el capítulo 15, pero el material que se presenta para ser corregido es importante en este momento. Debido a que la comunidad verbal sanciona la repetición de un mismo elemento en una sola frase, existe la tendencia a sustituir el elemento repetido por una forma peculiar que comparta algunos de los elementos de la palabra sustituida; por ejemplo, a partir de la respuesta *I know that person personally*

(Conozco a esa persona personalmente) pudo haber surgido la forma *I know that person peopally* (Conozco a esa persona "gentemente"). Mediante procesos de corrección similares se puede explicar la respuesta distorsionada *pawl pearing*, que fue escrita para describir la pieza de un aparato que contiene un soporte de trinquete (*pawl bearing*). La distorsión puede ser un simple ejemplo del fortalecimiento autoecoico; pero bajo estas circunstancias, existen formas en las que la respuesta *ball bearing* (cojinete de bolas) puede afectar el resultado. Hay formas dialectales de la lengua inglesa, en particular entre las personas que originalmente hablaban alemán, en las cuales el sonido *b* no se nota. Las palabras *pall pearing* son las formas germano-americanas de las palabras *ball bearing*. Al aprender a imitar un dialecto, uno aprende a sustituir una *p* que no se pronuncia por una *b* que sí lo hace. La corrección necesaria para evitar decir pawl bearing en lugar de ball bearing, pudo haber conservado su fuerza para producir el segundo cambio de *b* a *p*. La distorsión persistente (por ejemplo, escribir *haiga* por *haya*, después de haber escrito *solicista* por *solecista*) posiblemente no es más que el efecto de las tendencias autoecoicas o autotranscriptivas que son responsables de la aliteración; pero no se debe pasar por alto la posibilidad de que la distorsión muestra el proceso de sustitución en la corrección.

LOS RESULTADOS DE LA RECOMBINACIÓN

Los fragmentos recombinados de respuestas generalmente carecen de sentido. En estos casos, el hablante hace surgir una forma de respuesta completamente nueva e ineficaz, si él advierte a tiempo la falta de sentido, calla antes de completarla. Lo que parece ser un tartamudeo o balbuceo, algunas veces puede ser el principio de un fragmento que se está recombinando. Al contestar la pregunta *¿Qué hora es?*, una persona vio que su reloj marcaba las 5:16 y comenzó a decir *di-cin* . . . , pero se corrigió a tiempo y dijo *Las cinco y dieciséis*. Es posible que la respuesta corregida sea una mezcla de *cinco* y de *dieciséis*, y quizá tal respuesta esté apoyada por una respuesta controlada libremente por la posición del minutero del reloj; pero, no obstante, la respuesta que estaba bajo el control de la posición del minutero no era utilizable en ese momento. En forma similar, una respuesta sin sentido puede arreglarse cuando, por ejemplo, la forma *ridíco* . . . se ha emitido y se corrige para dar la respuesta *ridículo*.

Algunas veces el resultado des una forma estándar de respuesta que, sin embargo, es inapropiada. Así, los fragmentos de *heresy* (herejía) y *sacrilege* (sacrilegio) pueden dar origen a la forma *heritage*, la cual no sólo carece de sentido bajo estas circunstancias, sino que puede llevar a resultados equivocados. Otros ejemplos son los siguientes: cuando a partir de la respuesta *telegraph*

cable, surge la forma *table*; cuando de *because I came*, surge *because*. Es muy posible que la forma estándar contribuya a la recombinación actuando como una tercera fuente de fuerza. La forma distorsionada contiene secuencias intraverbales que han sido previamente establecidas por medio de reforzamientos diferentes.

Ocasionalmente los fragmentos pueden recombinarse para producir una forma estándar que puede atribuirse a una de las variables presentes. Al mirar el menú de un restaurante, una dama que iba acompañada de su pretendiente exclamó: *I am simply ravished!* (¡Estoy simplemente encantada!). Podríamos decir que esto es una mezcla normal de las respuestas *famished* (muerto de hambre) y *ravenous* (famélico), pero es difícil dejar de considerar la posibilidad de que la palabra *ravished* (encantado), e incluso la expresión *simply ravished* (simplemente encantado), tuviera cierta fuerza. No hay duda acerca de la variable colateral que es responsable de la mezcla de frases descrita por Brill.[8] Un huésped que se había sentido ofendido por la frugal comida a la que había sido invitado, comenzó a discutir acerca de una figura política. Concluyó diciendo: *Sin embargo, él siempre le da a uno mala comida,* pero se corrigió rápidamente diciendo *mala acogida.*

En ocasiones se permite que permanezca una respuesta, aunque les parezca un neologismo al hablante y al oyente, que puede ser eficaz. Esto es cierto en la combinación de frases. En una discusión acalorada se puede permitir la presencia de una frase como *This is a cold- boiled violation of human rights* (Esta es una excitamentemente fría violación de los derechos humanos), aunque la palabra *cold-boiled* (excitantemente frío) parece ser el resultado de una recombinación de fragmentos de las respuestas *hard boiled* (fuertemente excitante) y *cold blooded* (sangre fría). (Es importante observar que *cold boiled* es una expresión inglesa estándar que se usa para designar el grado de cocción de los alimentos.)

La combinación llama todavía más la atención cuando proporciona una respuesta nueva. Tuvo que pasar demasiado tiempo en la historia de la civilización occidental, para que la combinación de las respuestas *fog* (niebla) y *smoke* (humo) se convirtiera en una palabra lo suficientemente común como para generar la respuesta *smog*; pero ahora la respuesta estándar es útil, y la palabra ha pasado a formar parte del lenguaje. La respuesta *smog* puede dejar de representar la recombinación de fragmentos, pero probablemente adquiere su fuerza debido a la similitud formal que aún guarda con las palabras *smoke* y *fog*.

Los complementos normales de las respuestas fragmentarias que entran en una recombinación, generalmente no se emiten. Sin

[8] Brill, en la traducción del libro de Freud, S. *Psychopathology of Everyday Life* (Pelican Books, 1938).

embargo, algunas veces aparecen. Cuando el estímulo textual *a distinguished path in psychology* (un camino distinguido en la psicología) se lee como *a distinguished man in pathology* (un hombre distinguido en la patología), no sólo debemos notar el desplazamiento de la palabra *path* (camino) por *man* (hombre) en una posible combinación de las respuestas *a distinguished path* (un camino distinguido) y *a distinguished man* (un hombre distinguido), sino la también la combinación de la respuesta *path* con el fragmento *ology* (de *psychology*) que produce la forma *pathology*. Todos estamos familiarizados con ejemplos en los que todos los fragmentos encuentran su lugar en nuevas combinaciones. Un niño de seis años habló de una *fiudad de cierro*, un profesor de economía tuvo dificultad para evitar la frase *calor de vambio*, un anunciador de radio recomendó tomar *Pepsa Coli*, un maestro de ceremonias presentó a *Hoobert Herver* como conferenciante invitado, un profesor citó el libro *Omayat* de *Rhubar Kyam*, y un profesor de astronomía afirmó que los planetas más cercanos al sol eran *Vercurio* y *Menus*.

Cuando las llamadas "metatesis" producen pautas efectivas, pero sin importancia, por lo general se asocian al nombre del Reverendo W. A. Spooner, que fue director del New College en Oxford University, quien adquirió fama por su talento para producir recombinaciones de formas estándar. Aunque a él se le atribuyen ejemplos sin sentido, pero muy divertidos (como *many thinkle peop so, I believe*),* se le conoce mejor por sus ejemplos en los cuales los fragmentos recombinados componen formas estándar (*the queer old Dean*, y *a journey to London on the town drain*).**

HUMOR Y EFECTOS ESTILÍSTICOS

El juego de palabras que tiene forma distorsionada puede rastrearse fácilmente hasta sus múltiples fuentes de fuerza. Ya que en este caso lo más probable es que el chiste carezca de sentido, normalmente aparece sólo cuando la corrección es débil (capítulo 16) y por lo regular requiere una gran habilidad en los problemas de construcción de oraciones (capítulo 14). Aquí nos interesa solamente la producción del material en el que se basa el chiste. Cuando a un barco que le había costado a su dueño más de lo que éste podía pagar razonablemente, se le da el nombre de *Spinthrift*, reconocemos un conflicto personal entre las dos fuentes relevantes: *spendthrift* (pródigo) y *spindrift* (rocío de mar). Tampoco

* Forma combinada de las palabras *think* y *people*, cuya estructuración correcta sería la siguiente: Many people think so, I believe (Muche gente piensa así, creo yo). (*N.* del *E.*)

** La forma correcta de estas frases sería la siguiente: The dear old queen (La vieja y querida reina), y A journey to London on the down train (Un viaje a Londres en el tren subterráneo). (*N.* del *E.*)

podemos explicar la conclusión de la siguiente carta dirigida a una dama que había rechazado al escritor:

> ... for I am, with the greatest ad-whoration, most deivine creature, Iour most passionate admirer, adwhorer and slave, Jonathan Wilde.[9]

La combinación de la frase *Donde va Maine va Vermont*, que decían muchos autores después de las elecciones presidenciales de 1936 en Estados Unidos debido a que solamente dos estados, Maine y Vermont, votaron por el candidato republicano, es divertida por esa misma razón. Las circunstancias eran óptimas porque la frase *Donde va Maine va la nación* era un aforismo común que era apropiado para la elección nacional, asimismo, varios tactos e intraverbales de la época contenían las respuestas *Maine* y *Vermont*.

Cuando una distorsión humorística se vuelve común en una comunidad verbal ya no necesita representar el proceso presente. En alguna época se puso de moda entre los jóvenes el empleo de distorsiones de nombres geográficos, en lugar de las expresiones convencionales. Cuando una persona se despedía de otra, podría decir *Abyssinia* (Abisinia) en lugar de *I'll be seeing you* (Te volveré a ver). Aunque tal respuesta puede conservar parte del efecto original que tenía sobre el oyente, y representar un estado especial de corrección por parte del hablante, no puede decirse que cada caso muestre el proceso de fusión. (El hecho de poner el nombre de un punto geográfico en lugar de la respuesta precisa, es un chiste "malo" debido a la irrelevancia de la respuesta geográfica, aunque existe cierta relevancia si la costumbre está de moda.)

Podemos ejemplificar una combinación de frases en la que se necesita de muy poco tiempo para llegar a la respuesta humorística, si tomamos prestado el material intraverbal del siguiente soneto de Keats:

> Or like stout Cortez, when with eagle eyes
> He star'd at the Pacific – and all his men
> Look'd at each other with a wild surmise-
> Silent, upon a peak in Darien.[10]

[9] *History of the Late Mr. J. Wilde the Great*, Libro III, Cap. 6. Fielding, H. La traducción de este pasaje sería: "Yo que soy, con lo más grande «adoración» oh, divina criatura, vuestro más apasionado admirador «adorador», y esclavo, Jonathan Wilde".

Las expresiones *ad-whoration* y *adwhorer*, que resultan de la combinación de *adoration* (adoración) y *whore* (prostituta), son formas que no tienen equivalente al español y están empleadas para dar el doble sentido que el autor deseaba darle al texto (*N.* del *E.*).

[10] O como el bravo Cortés, cuando con sus ojos de águila
miró con asombró el Pacífico —y todos sus hombres se
miraron entre sí conjeturando—
silencioso, sobre una cima en el Darien.

En cierta ocasión un joven le estaba describiendo a un eminente lógico un acontecimiento que le había ocurrido cuando daba un paseo por la costa de Maine. El hombre había salido de un grupo de árboles para encontrarse en lo alto de un banco que estaba sobre una gran peña, mientras que el oleaje golpeaba las rocas que estaban abajo de él. *There I stood* (Allá estaba), dijo, *looking out over the sea, silent on a peak in Darien* (Mirando el mar, en silencio sobre un pico del Darien). *Suddenly I felt the boulder under me begin to move...* (De pronto sentí que la peña sobre la que estaba comenzaba a moverse...). Entonces, el lógico exclamó inmediatamente: *Imagine your wild surprise!* (¡Imagino su extraña sorpresa!). La fusión de la intraverbal *Imagine your wild surmise!* (¡Imagino su extraña conjetura!), y del tacto convencional *Imagine your surprise!* (¡Imagino su sorpresa!), debió haber ocurrido en un lapso de uno o dos segundos.

Hemos visto que las rimas forzadas, especialmente las que poseen varias sílabas, tienen parte del efecto humorístico forzado de las metáforas que se evocan por causación múltiple. Cuando las fuentes formales de fuerza producen una distorsión directa, no hay duda del proceso subyacente. En el tipo de verso ligero popularizado por Ogden Nash, el poeta parece estar sumergido en la clase de fuentes múltiples que son responsables de la rima normal:

If called by a panther
Don't anther.*

La poesía escrita antes de que se hiciera estándard la ortografía inglesa parece, a nuestros ojos, conllevar el efecto de Ogden Nash. En la copla

For again, not glory, wing'd his roving flight,
And grew immortal in his own despight;**

al lector moderno le parecería que la palabra *despight* está mal escrita debido a una excesiva tendencia autotranscriptiva a unir la forma anterior.

Es característico del humor "simplón" entregarse a las fuerzas de la distorsión. S. J. Perelman nos ha proporcionado muchos ejemplos de este tipo de humor: *The hickory I've been lickory for, I mean the hickory I've been looking for.**** Este también es

* Si lo llama una pantera
no chistera.
Nótese que la forma *anther* es una distorsión de *answer*. Hemos dado como equivalente de *anther* (antera) la palabra chistera, porque la podemos considerar como una distorsión de chistar. (*N.* del *E.*)

** Fue la ganancia, no la gloria, quien dio alas a su vuelo errante, y creció inmortal a despecho suyo. (*N.* del *E.*)

*** Respuesta en la que se mezclan las formas *looking for* (buscando) y *liquor* (licor). (*N.* del *E.*)

un ingrediente humorístico en televisión: la pregunta *Do you enjoy Debussy?* evoca la respuesta *De-who-ssy?*

Las fuentes múltiples del comportamiento de un escritor serio producen formas distorsionadas, como sugieren algunos de los ejemplos de combinaciones o recombinaciones de fragmentos que ya hemos citado. Algunos de los ejemplos analizados por Empson[11] incluyen distorsión, aunque los cambios de pronunciación, escritura, o ambos, pueden anular este hecho. Así, al analizar el renglón

In the dead vast and middle of the night*

Empson dice que *vast* (vasto) puede estar determinado en forma múltiple por fuentes que podrían haber evocado *vast*, *waste* (desolado) y *waist* (cintura), respectivamente. Algunas de las respuestas que Coleridge tomó prestadas al componer su obra *Ancient Mariner* (véase capítulo 9) entran en la combinación de frases. El material prestado puede ser simplemente el ritmo o la cadencia de un pasaje más unos pocos términos claves, o un marco gramatical con base en el cual se organizaron las respuestas presentadas.

Algunas veces es posible argumentar que la construcción gramatical se ha preservado del material intraverbal previo, aunque se hayan reemplazado todas las formas importantes. La fuerza inusitada que se necesita para mantener unida esa construcción se puede encontrar en el material memorizado. Así, los paradigmas gramaticales algunas veces proporcionan un "bajo cifrado" en cuya base se tocan nuevos temas, como en el poema que se lee en el juicio de la Sota de corazones en *Alicia en el País de las Maravillas*. Tanto Gertrude Stein como James Joyce usaron los paradigmas gramaticales en esta misma forma.

En la parodia el préstamo literario distorsionado resulta más obvio. El grado en que una parodia es divertida depende de dos cosas: por una parte, de la medida en que el pasaje que se parodia contribuye a ello y, por la otra, de si la recombinación resultante de fragmentos es divertida por otras razones. La utilización de conexiones intraverbales tomadas de obras literarias previas ha llegado a convertirse en una filosofía de la composición, en particular en los poemas de Ezra Pound y T. S. Eliot. En el verso de Eliot

But at my back from to time I hear
The sound of horns and motors, which shall bring
Sweeney to Mrs. Porter in the spring...,**

[11] Véase cap. 9.
* En la fúnebre vastedad y a la media noche. (*N.* del *E.*)
** La traducción de este fragmento sería la siguiente:

hay respuestas que están determinadas por otras partes del poema y por las circunstancias bajo las cuales se escribió, pero también existen fragmentos de otros dos poemas, uno de ellos escrito por Andrew Marvell

> But at my back I always hear
> Time's wingèd chariot hurrying near...,*

y el otro por Day, su *Parliament of Bees*:

> A noise of horns and hunting, which shall bring
> Actaeon to Diana in the spring.**

La escritura imitativa es otra clase de combinación que involucra secuencias intraverbales adquiridas de obras literarias. Rober Louis Stevenson abogó a favor del uso deliberado de material verbal prestado de otros autores, al aprender a escribir. Haciendo el papel del "mono imitador" el escritor joven complementa su repertorio con pautas de respuesta características de un escritor famoso. La imitación intraverbal puede servir como prueba al elevar la conducta fragmentaria por encima de la fuerza que se requiere para su emisión. Un fortalecimiento adicional, posiblemente permanente, puede lograrse por medio del autorreforzamiento (capítulo 6). Además del problema derivado de su forma de operar, la costumbre representa una combinación de respuestas fragmentarias procedentes de dos fuentes: la fuente literaria de los moldes o secuencias intraverbales, como también las variables que controlan la conducta verbal posiblemente original del escritor.

Finnegans Wake, de James Joyce, es el ejemplo clásico, y puede seguir siéndolo, de la recombinación de fragmentos verbales que se han tomado de otras obras, incluso marcos intraverbales extendidos. En el fragmento

> Hadn't he seven dams to wive him, and every dam had
> her seven crutches, and every crutch has its seven hues,
> and each hue had a differing cry,

> Pero a mi espalda, de tiempo en tiempo oigo
> el sonido de cláxones y motores que anunciarán la llegada
> de Sweeney a la señora Porter en primavera...

De acuerdo con *The Oxford Anthology of English Literature*, la palabra *Sweeney* designa el arquetipo de hombre natural de Eliot. La amante de Sweeney, la señora Porter, es así llamada solamente para los fines de musicalidad del verso. (*N.* del *E.*)

* Pero a mi espalda siempre oigo
al tiempo alado en su carroza acercándose de prisa... (*N.* del *E.*)

** Un ruido de cuernos y de caza que anunciará
a Diana la llegada de Actaeon en primavera. (*N.* del *E.*)

se combinan varios locales, así como secuencias intraverbales estándar con el marco intraverbal de la adivinanza infantil *As I was going to St. Ives.**

En otro pasaje muy bien conocido, por medio de una notable serie de juegos de palabras y combinaciones, Joyce cuenta dos historias al mismo tiempo: la de Nuvoletta, una niña que sube a la baranda y se cae; la otra es la historia de una gota de lluvia que se precipita y cae en un río. Algunas de las respuestas que cuentan ambas historias a la vez, son las siguientes:

> Then Nuvuoletta reflected for the last time...**
> ...she made up all her myriads of drifting minds in one,
> she cancelled all her engauzements.***

> She climbed over the bannistars****
> ...A light dress fluttered. She was gone.*****

* El sentido de la adivinanza a la que se alude sería más o menos el siguiente:

> "Cuando iba yo a Saint Ives pasé por un puente en donde encontré
> a una viuda que iba acompañada de siete niños, cada uno de ellos llevaba
> siete bolsas, en cada bolsa iban las madres de siete gatitos, y cada madre
> tenía un gatito. ¿Cuántos iban a Saint Ives?"

Si se compara el material intraverbal que se presenta en este fragmento con el que se encuentra en el fragmento anteriormente citado de J. Joyce, cuya traducción sería:

> No tenía siete «madre» para casarse, cada «madre» tenía
> sus siete horquetas, cada horqueta tenía sus siete tintes,
> y cada tinte tenía una lágrima discrepante";

se encontrará que ambos fragmentos comparten buena parte del material intraverbal. También es importante señalar que la palabra *dam*, empleada por Joyce, es una alusión directa a la madre de cualquier animal cuadrúpedo y, por ello, es otro de los intraverbales que se comparten en ambos fragmentos. (*N.* del *E.*)

** Esta línea puede interpretarse de las siguientes formas:

> "Entonces Nuboletta reflexionó por última vez..."
> (se refiere a la niña que pensó), y
> "Entonces Nuboletta brilló por última vez..."
> (se refiere al brillo de la nube)

*** La traducción de este fragmento sería:
"...ella juntó sus innumerables y variados deseos en uno solo, y canceló todos sus compromisos". Aquí, por una parte, se refiere a que la niña Nuboletta redujo sus planes a uno solo. Mientras que, por otra parte, hace alusión —mediante la palabra *engauzements* (de *engagement*, [compromiso], y de *gauzy*, [nebuloso])— a la reunión de las partículas de lluvia de la nube que se reunieron en una sola gota.

**** En esta línea la forma *bannistar* no tiene traducción exacta al español. Sin embargo, podría ser el resultado de la combinación de las palabras *banish* (destierro) y *star* (estrella) que daría por resultado la forma *banistar* o *bannistar*. De acuerdo con el contexto de la historia de la nube, la traducción podría ser la siguiente: "Ella ascendió por sobre las estrellas del destierro".
En el caso de la historia de la niña, la forma *bannistar* (o *banistar*) cambiaría por la forma *bannister* (baranda) o *banister*, y la traducción sería:

> "Ella ascendió por sobre la baranda."

***** Las traducciones de este fragmento podrían ser, para la nube:

> "...Un vestido luminoso aleteaba. Ella se había ido."

Para la niña:

> "...Un vestido de noche aleteaba. Ella se había ido."

> And into the river that had been a stream ... there
> fell a tear ... a leaptear ...*

(La fuerza se toma prestada de la frase tradicional *leap year* [año bisiesto] que pudo haber tenido una conexión con desesperación y con *leap* [impetuoso] que se recogió de *jumping* [saltando], la cual procedía del tema anterior.)

> But the river tripped on her by and by, lapping as
> though her heart was brook.**

(Este fragmento tiene fuentes extraordinariamente complejas, algunas de las cuales son las siguientes: *Lapping* [bañar] y *brook* [rompiente], están temáticamente conectadas con *river* [río]. La frase *As though her heart was brook* [Como si su corazón estuviera "rompiente"] es una distorsión de *As though her heart was broken* [Como si su corazón estuviera roto]. El intraverbal inferido *llanto* podría estar desplazado por *Lapping* [bañando], como una distorsión de *laughing* [riendo]. Un río que ríe o se burla actúa como si tuviera el corazón de un niño, es decir, de un río en la rompiente. La mezcla histérica de llanto y risa, de ser viejo y joven a la vez, es apropiada para todo el pasaje.)

LA DISTORSIÓN FORMAL Y LA UNIDAD OPERANTE

En los repertorios mínimos de la conducta ecoica y textual están implícitas las operantes verbales fragmentarias separables; y los fragmentos de tactos y de conducta intraverbal pueden estar bajo control funcional separado, aunque no siempre muestren unidades mínimas comparables. Una intraverbal o un tacto grandes, pueden reforzarse como un todo cuando están compuestos de partes separables que también se refuerzan independientemente, por ejemplo. Los hechos adicionales de la causación múltiple que se presentaron en el capítulo 9, el *modus operandi* de los instrumentos prácticos que se presentaron en el capítulo 10 y la autonomía funcional de las respuestas fragmentarias que entran en las recombinaciones estudiadas en el presente capítulo, asimismo aumentan la evidencia a favor de estas unidades mínimas de la conducta verbal.

Samuel Butler dio énfasis a la causación múltiple de su propia conducta verbal en el prefacio a la segunda edición de *Erewhom*:

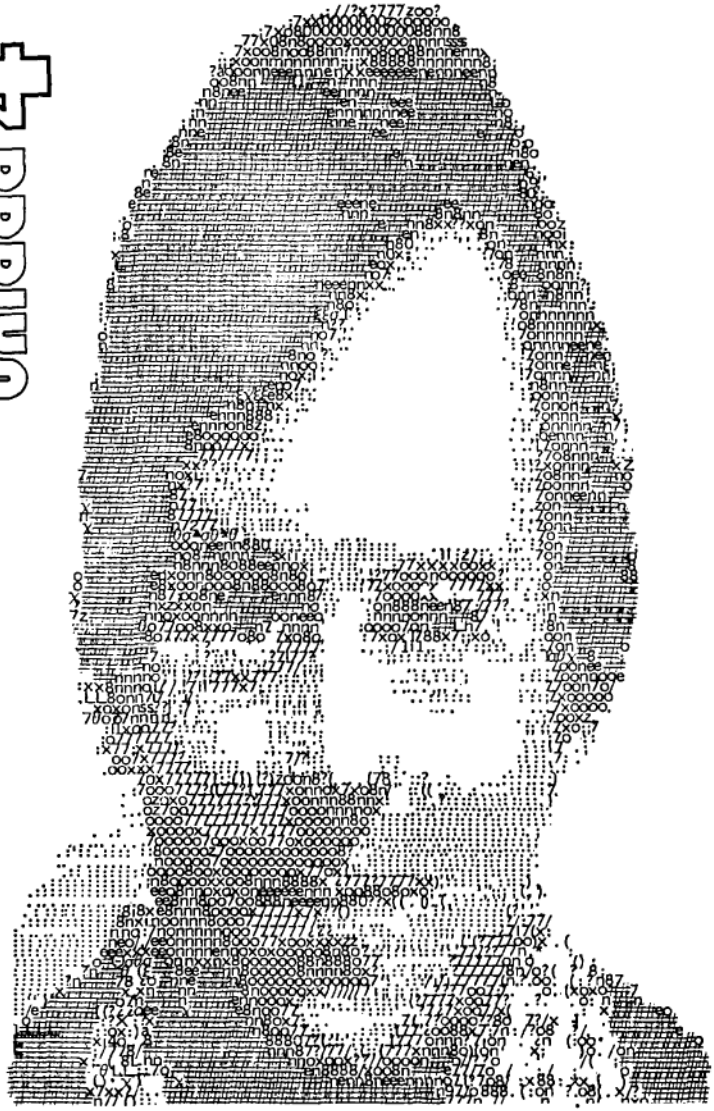
* Y dentro del río que sólo había sido una corriente ... cayó una lágrima ... una lágrima impetuosa ... (*N.* del *E.*)

** La traducción de este fragmento sería: "Pero el río viajó con ella poco a poco, como si su corazón estuviera «rompiente»". (*N.* del *E.*)

Puede decirse que yo he citado mal intencionadamente, por ignorancia o por un desliz de la pluma; pero seguramente en estos días será preciso reconocer que es muy difícil asignar límites precisos a las fronteras de la verdad, y que es más razonable suponer que cada una de las tres posibles causas de error pueden haber tenido su parte en la aparente equivocación.

La manipulación de la conducta verbal

Unidad 4



Autoclíticos

En los capítulos anteriores se ha presentado la conducta verbal como un repertorio de respuestas, algunas de las cuales poseen un tamaño mínimo, otras son complejas pero susceptibles de ser divididas; tales respuestas subsisten con diversos niveles de fuerza que están bajo el control de las variables que permanecen en el ambiente y en la historia del hablante. Podría parecer que al hablante mismo se le ha excluido de la explicación anterior. No hemos tenido que suponer que exista alguien que "sepa lo que está diciendo", que "desee decirlo", o "cómo decirlo".

Convertir al hablante en un espectador interesado es ciertamente la dirección en la cual se desarrollará primero el análisis de la conducta. Como agente causal responsable de la estructura y del carácter de la conducta verbal, el hablante es amenazado por las relaciones causales que se identifican en el proceso del análisis científico. Siempre que demostramos que una variable ejerce control funcional sobre una respuesta, reducimos la supuesta contribución de cualquier agente interno. Por ejemplo, si podemos demostrar que la ocurrencia de una respuesta se debe a la presencia de un estímulo que posee ciertas propiedades específicas, no será necesario decir que el hablante usa la respuesta para describir el estímulo. Si podemos demostrar que una respuesta es más fuerte cuando deprivamos al individuo de alimento, no necesitamos decir que el hablante usa la respuesta para describir o revelar su necesidad. Si puede demostrarse que la extensión metafórica se lleva a cabo debido a que una propiedad particular del estímulo ha adquirido el control de una respuesta, no necesitaremos decir que el hablante ha inventado una figura del habla para expresar la similitud percibida entre dos estímulos. Si se puede demostrar que una audiencia fortalece una subdivisión particular de un repertorio verbal, no necesitaremos decir que el hablante

elige las palabras apropiadas para su audiencia. Incluso si consideramos cada uno de estos pares de afirmaciones como traducciones intercambiables en las que se supone que todos los términos son definibles con referencia al comportamiento, obviamente el lugar del hablante se reduce o se oscurece en gran parte en el primer elemento de cada par.

Sin embargo, no nos hemos librado completamente del hablante. Todavía nos quedan respuestas verbales que debemos explicar —respuestas tales como *si, eso, como, por tanto* y *alguno*—, muchas de las cuales sugieren fuertemente las conductas de dirección, organización, evaluación, selección y producción. Estos son los términos, tan difíciles al hacer correspondencias semánticas, que generalmente se explican haciendo referencia a la "intención" del hablante, a sus "actitudes proposicionales", etc. Sin embargo, al tratar estos términos aún no hemos demostrado ninguna superioridad.

Tampoco hemos tomado en cuenta aún la parte de la conducta verbal que se denomina "aserción". En contraste con el signo o símbolo del lógico, o con la palabra u oración del lingüista, la operante verbal es una unidad viva; sin embargo, es incapaz de explicar por completo la naturaleza activa de la conducta verbal. Podemos demostrar que, como estímulo, una silla aumenta la probabilidad de aparición de la respuesta *silla*, y tal vez la evoque, pero no podemos decir, por esta razón, que la respuesta "afirma la existencia de la silla". La simple emisión de una respuesta, no importa qué tan dinámica sea, no sirve como sustituto de la afirmación y no explica respuestas como la palabra *es*, ni tampoco la *s* final en algunas terminaciones verbales.

Tampoco hemos discutido aún el orden que se observa en muestras grandes de conducta verbal, ni otras evidencias de lo que podría llamarse "composición deliberada". A partir de la fuerza relativa de algunas respuestas verbales puede surgir cierto orden entre ellas, también puede surgir de las cadenas intraverbales, y de ciertos parámetros de correspondencia entre el medio ambiente y la historia del hablante; pero la intención mayor, evidente en gran parte de la conducta verbal, no puede explicarse en esta forma.

Puede decirse que las operantes verbales que hemos examinado son la materia prima a partir de la cual se procesa la conducta verbal sostenida. Pero, ¿quién es el fabricante? No podemos responder en forma satisfactoria a esta pregunta señalando a una subdivisión especial del hablante como un yo o personalidad de control, porque en esta forma no se lograría una explicación definitiva. En tal caso, tendríamos que explicar la conducta de ese "hablante", y nuestro problema sólo se haría más difícil porque *ese* supuesto hablante sería inaccesible. El orden, la intención y la composición "deliberada", son elementos observables de la con-

ducta verbal que pueden estudiarse más eficazmente con los instrumentos del análisis que ya poseemos. ¿Cuáles son los datos reales y qué podemos hacer con ellos?

Las propiedades importantes de la conducta verbal que no hemos estudiado se refieren a arreglos especiales de respuestas.[1] Parte de la conducta de un organismo se convierte a su vez en una de las variables que controlan otra parte. Existen por lo menos dos sistemas de respuestas, uno de los cuales se basa en el otro. El nivel superior sólo puede entenderse en términos de su relación con el inferior. La noción de que existe un yo interno es un intento de representar el hecho de que, cuando la conducta está compuesta de esta manera, el sistema superior parece guiar o alterar el inferior. Pero el sistema de control también es en sí mismo conducta. El hablante puede "saber lo que está diciendo" en el sentido de que "conoce" una parte o elemento del ambiente. Parte de su comportamiento (lo "conocido") sirve como variable para controlar las otras partes (el "conocer"). Las "actitudes proposicionales" como la afirmación, la negación y la cuantificación, la intención que se logra repasando y rechazando o emitiendo respuestas, el generar cantidades de conducta verbal simplemente como tal, y las altamente complejas manipulaciones del pensamiento verbal, pueden analizarse, como veremos, en términos de la conducta que se evoca por, o actúa sobre, otra conducta del hablante.

El hablante es el organismo que se dedica a, o que ejecuta, la conducta verbal. Él es el centro, el sitio en el que se unen muchas variables en una confluencia única para producir un logro igualmente único.

AUTOCLÍTICOS DESCRIPTIVOS

El hablante puede adquirir conducta verbal que describa su propia conducta. Aunque la comunidad puede establecer tal repertorio solamente basando sus contingencias de reforzamiento en la conducta observable, el hablante acaba por presentarla bajo el control de eventos privados. La conducta así descrita puede ser verbal: el hablante puede hablar sobre sí mismo utilizando palabras; puede describir las respuestas que ha ejecutado, que está ejecutando o que va a ejecutar. Por ejemplo, el hablante puede decir *Yo dije "cabezas"*, *Ahora digo "cabezas"* o *Voy a decir "cabezas"*. También puede describir el estado de fuerza de una respuesta, así como sus relaciones de control; al hacerlo, puede usar cualquiera de los vocabularios diseñados para la descripción de la conducta verbal, incluyendo aquél en el cual está escrito el

[1] El capítulo 18 de *Science and Human Behavior* es importante en esta discusión.

presente libro. Los eventos que están disponibles para él como estímulos están compuestos de productos de su propio comportamiento como hablante. Él puede oírse a sí mismo o reaccionar ante estímulos privados asociados a la conducta vocal, posiblemente en forma encubierta o incipiente. En un caso más obvio, puede ser el lector de sus propias obras. Ya hemos analizado la autoestimulación al discutir la conducta autoecoica, autotextual y autointraverbal, así como también ciertos efectos del hablante cuando actúa como su propio oyente y audiencia. Tal estimulación también puede asumir el control de la operante verbal que llamamos tacto.

Las contingencias necesarias para que aparezca la conducta autodescriptiva son dispuestas por la comunidad cuando pregunta: "¿Qué dijiste?", "¿Dijiste eso?", etc., cuyas respuestas son útiles en muchas formas. Es poco probable que tal comportamiento surja en ausencia de un reforzamiento explícito; sin duda esto es algo poco común, aunque la comunidad verbal lo alienta fuertemente. Como señala Russell[2]

> Cuando usted ve un objeto negro y dice: "Esto es negro", por regla general no nota que dice estas palabras: usted sabe que la cosa es negra, pero no sabe que dice que lo es.

Aunque es posible que el "conocimiento" sea algo no verbal, las contingencias que generan una respuesta ante las respuestas verbales de uno mismo tienen poca oportunidad de aparecer en ausencia de reforzamiento social. Como vimos anteriormente, nuestra conducta termina por ser importante para nosotros porque también lo es para los demás.

La posibilidad de que podamos "tactear" nuestra propia conducta verbal, incluyendo sus relaciones funcionales, no requiere un tratamiento especial. Podemos estudiar y describir lo que dijimos o escribimos ayer, en la misma forma en que estudiamos y describimos lo que otra persona dijo o escribió en otra ocasión. Es cierto que nos encontramos en un punto especialmente ventajoso para describir nuestro comportamiento actual o potencial, pero también podemos describir el comportamiento actual o potencial de cualquier otra persona, si tenemos una información similar acerca de él. La clase de conducta autodescriptiva que requiere estudio adicional surge del efecto especial que tiene sobre el oyente. La explicación última de cualquier clase de conducta verbal depende de la acción que el oyente emprenda con respecto a tal conducta. La acción efectiva necesita un estímulo verbal que sea "inteligible", en el sentido de ser alto y claro, y que esté en una relación razonablemente estable con la condición bajo la cual se emite. Cuando preguntamos "¿Lo viste tú mismo, o te lo dijo alguien?", estamos pidiendo más información acerca de las

[2] Russell, B. *An Inquiry into Meaning and Truth* (Nueva York, 1940), pág. 72.

relaciones de control. Estamos preguntando esencialmente: "¿Fue tu respuesta un tacto, o fue una respuesta intraverbal a la conducta verbal de otra persona?" Como las condiciones de control son tan importantes, los ambientes verbales bien desarrollados alientan al hablante a emitir respuestas colaterales describiéndolos. Estas respuestas son, en cierto sentido, similares a otros tactos que describen la conducta del hablante (en ese momento o en otra ocasión) o incluso la conducta verbal de otra persona, pero el efecto inmediato sobre el oyente al modificar su reacción ante la conducta que la acompaña, establece una pauta distintiva. Nos referiremos a tales respuestas como "autoclíticas descriptivas, cuando se asocien a otro tipo de conducta verbal que sea efectiva sobre el mismo oyente en forma simultánea. El término "autoclítico" intenta sugerir la conducta que se basa en, o depende de, otra clase de conducta verbal.

Un tipo de autoclítica descriptiva proporciona información al lector de la clase de operante verbal que la acompaña. Si el hablante lee en un periódico la expresión *Veo que va a llover*, la palabra *Veo* le informa al oyente que el resto de la frase *va a llover* se emite como respuesta textual. El comportamiento que se adquiere en conducta textual o ecoica, pero que se retiene y se emite como intraverbal, con frecuencia va precedido de las formas *Veo* u *Oigo* o, sin indicar la fuente original, *Recuerdo* o *Me acuerdo*. Un mando es claramente más efectivo como tal si va precedido de las formas *Te mando* o *te pido*, y varias clases de tactos van precedidos de las palabras *Te digo, Te estoy diciendo, Declaro (el estado de guerra), Observo (que él está ausente hoy), Lo llamo (una vergüenza)*, y *Los declaro (marido y mujer)*. La palabra *Recuerdo* indica un tacto (o respuesta intraverbal) emitida ante un estímulo que ya no está presente. Es más probable que las palabras *Me acuerdo* indiquen la acción de un estímulo *verbal* previo. En uno de estos casos podría omitirse el autoclítico que describe la conducta del hablante, pero la respuesta sería menos efectiva sobre el oyente.

Otro grupo de autoclíticos describe el nivel de fuerza de una respuesta. Las palabras *Creo, supongo, estimo, imagino* y *presumo*, indican que la respuesta que les sigue se basa en estimulación insuficiente o que ha sido mal condicionada. Las respuestas *No puedo decir, Vacilo en decirlo*, y *Estoy tentado a añadir que*, sugieren otras fuentes de debilidad; mientras que *propongo, sugiero* y *supongo*, reconocen la naturaleza tentativa de la respuesta que les sigue. *Pienso* es un autoclítico controvertido de debilidad, al cual volveremos en el capítulo 19. La fuerza de la respuesta que sigue a la emisión de la forma *pienso* y, por tanto, indirectamente la adecuación de las variables que son responsables de ella, se sugiere por las autoclíticas *Yo sé, Te lo aseguro, Insisto, Juro, Prometo* y *diré*. Todos estos autoclíticos de fuerza podrían omi-

tirse sin cambiar la *naturaleza* del efecto que tiene la respuesta que le sigue sobre el oyente, pero hacen que el efecto sea más preciso al permitir que el oyente modifique apropiadamente su acción con base en tales autoclíticos.

Otro grupo de autoclíticos describen las relaciones que se establecen entre una respuesta y otro tipo de conducta verbal del hablante o del oyente, u otras circunstancias bajo las cuales se emite la conducta. Las frases *Estoy de acuerdo, Confieso que, Espero que, Concedo, Infiero, Predigo, Me atrevo a decir que, Debo decir que,* y *Quiero decir que,* son ejemplos importantes de este tipo de autoclíticos. Todo esto permite que el oyente relacione la respuesta que sigue con otros aspectos de la situación actual y, por tanto, hace que reaccione ante ella de manera más efectiva y exitosa. Otro autoclítico polémico es *Deseo.* Cuando la respuesta que le sigue especifica el comportamiento del oyente (*Deseo que me digas qué quieres*), el autoclítico tiene el efecto de un mando suavizado equivalente a *¿Me podrías decir qué deseas?,* o a *Estoy inclinado a preguntarte qué deseas.* Cuando la respuesta que le sigue describe meramente una condición (*Quisiera que volviera la primavera*), el autoclítico sugiere un mando extenso o mágico similar a *¡Oh, estar en Inglaterra ahora que es abril!*

Otro grupo de autoclíticos descriptivos indican la condición emocional o motivacional del hablante, pero afectan al oyente no tanto al modificar su reacción para la respuesta acompañante, como al poner énfasis en su relación personal con el hablante. Ejemplos de esto son: *Me agrada decir que, Siento informarle que, Detesto decir que,* y *Debo decirle que (no estoy de acuerdo con usted).*

Es tan importante para el oyente tener alguna indicación de las fuentes de conducta del hablante, que en muchas comunidades es de buena educación empezar a hablar con un autoclítico de alguna de las clases mencionadas. Algunas veces el carácter de la conducta del hablante es obvio, y no se necesitan autoclíticos; pero al "trabar" una conversación en circunstancias que podríamos llamar neutrales, se requiere siempre un autoclítico descriptivo: *Se dice que, Ya me acuerdo que,* o *El otro día oí (una noticia).*

Casi todos estos ejemplos contienen palabras que se refieren a la conducta verbal, por ejemplo: *decir, repetir, admitir,* etc. Todas estas son formas aplicables, tanto a la conducta de otros hablantes como a la del hablante mismo cuando tales formas no cumplen una función autoclítica. Por ejemplo, todas ellas pueden describir la conducta pasada del hablante o la conducta del hablante con respecto a otros oyentes. En *Vacilé antes de decirle que podía usted perder el examen,* la respuesta *Vacilé antes de decirle* no modifica ni aclara la reacción del oyente ante la aparición de: *Usted puede perder el examen.* Esto podría ser cierto

inluso en tiempo presente: *Puedo decir que usted va a pasar el primer examen, pero vacilo en decirle que apruebe el segundo (y esto le dará una idea de mi incertidumbre).* Esta respuesta puede no mostrar el efecto autoclítico de la forma normal *Vacilo en decirle que,* porque ésta simplemente ofrece el informe de un estado de cosas que es relativamente inafectado por la posible reacción del oyente.

Los autoclíticos negativos cualifican o cancelan la respuesta a la que acompañan, pero implican que la respuesta es fuerte por alguna razón; por ejemplo, porque la ha emitido otra persona. Incluso la simple negativa autoclítica *No creo que él se haya ido* es más que decir *Creo que no se ha ido,* porque esta última respuesta es característica de circunstancias en las cuales alguien pudo haber dicho *Él se fue.* Algunos autoclíticos sugieren que la respuesta acompañante no es fuerte, sino simplemente exagerada; por ejemplo, decir *Yo no iría tan lejos como para decir que . . . , Yo no lo llamaría (tonto), Yo no digo (que sea algo serio).* La referencia que se da a otras fuentes de respuesta es más explícita al decir *No recuerdo* y *No admitiría que.*

Los autoclíticos que indican que el orador no emite la respuesta acompañante por sí mismo, incluyen las formas *Yo dudo que,* y *Niego que.* Por tanto, las formas negativas de estos autoclíticos (*No dudo que,* y *No puedo negar que*) indican que la respuesta acompañante es afirmada por el orador, a pesar de que se pone en duda por otras circunstancias.

Algunas veces los autoclíticos negativos funcionan en conexión con el proceso de corrección para *permitir* que el hablante emita una respuesta, aunque en estas circunstancias podría ser castigado ligeramente por hacerlo. Así, la frase *Supongo que usted no tiene fósforos* es una forma encubierta de *¿Me puede dar un fósforo?,* que en sí misma es una forma suavizada del mando. *¡Un fósforo, por favor!* La expresión *No necesito decirle que . . .* posterga la fuerza de la conducta del oyente y evita el castigo que es contingente sobre el hecho de ser demasiado obvio. Una forma similar consiste en describir la conducta de uno mismo con respecto a otro oyente: *Algunas veces me digo a mí mismo* o *Algunas veces le digo a mi esposa,* cuyo efecto no es dar a conocer los hábitos verbales que uno tiene, sino dejar que el oyente escuche la respuesta que sigue. En cierto grado todas estas formas son equivalentes a los autoclíticos *Quisiera preguntar, quisiera mencionar,* o *Quisiera decir que.*

Aunque normalmente muchos autoclíticos van seguidos de oraciones, también pueden ir seguidas de formas pronominales que están en lugar de las oraciones (tales como *eso* en la respuesta *Yo niego eso,* o *así* en *Yo pienso así*) o, generalmente, respuestas aisladas, cuya posición en el habla extendida es muy clara (*Digo que sí, Voto No*).

Los autoclíticos que no describen el tipo, la fuerza ni la forma de operar de una respuesta, sino que indican simplemente que se está emitiendo, pueden servir para varias funciones. La expresión casi idiomática *Digo que*, como en la frase *Digo que, viejo amigo*, es poco más que un mando para que el oyente atienda, comparable a *Mira* o a *Mira aquí, viejo amigo*; también es una forma de anunciar que el hablante se está preparando para hablar. Algunas veces es un gesto de respeto y señala esencialmente que lo que se está diciendo se dice sólo por el hablante. En este caso el pronombre *Yo* se omite: *Según mi punto de vista, En mi opinión.* Por otra parte, un autoclítico puede indicar que lo que se dijo no es simplemente la contribución del hablante, sino que es algo con lo que ya está de acuerdo el oyente o la gente en general (*Se dice, Uno podría sugerir, Usted podría decir que, Usted estará de acuerdo con, Por así decirlo, Puede decirse, Es cierto que, Como siempre dice mi esposa*). Las formas negativas son *Espero que usted no piense que* y *Usted no quiso decir que.* La deferencia hacia el oyente se indica diciendo *Déjeme decirle que, Déjeme preguntarle, Puedo sugerir que, Podría parecerle a usted que, Sin el deseo de contradecirle, Aunque usted sin duda tiene razón, aun,* etc. La anticipación de la conducta verbal del oyente se indica en los autoclíticos *Usted podría objetar que, Usted puede imaginar, Uno podría replicar, Podríamos decir que, Usted estará inclinado a responder que, Puedo oirle decir que.*

Algunos autoclíticos le indican al oyente que lo que se va a decir debe tener el mismo efecto de lo que ya se ha dicho (*es decir, en otras palabras, yo quiero decir que . . .*). Otro autoclítico común indica que lo que sigue mantiene una relación subordinada con lo que se ha dicho (*por ejemplo, pongamos por caso*).

Como sucede en algunos de estos ejemplos, el hablante puede no mencionarse específicamente. Los adverbios y adjetivos que "modifican" la respuesta que acompañan y que son claramente autoclíticos, son *felizmente, seriamente, afortunadamente* y *no hace falta decir que.* La expresión *Por decirlo así* indica que la expresión acompañante es inusitada o tal vez que no se debe tomar literalmente, mientras que *acuñar una frase* indica que la respuesta acompañante es un neologismo o, irónicamente, que es algo muy bien conocido. Cuando introducimos una respuesta con el autoclítico *Hablando del transporte de vegetales*, éste indica una fuente intraverbal; cuando lo hacemos mediante la emisión de *Aquí entre nos, indicamos una audiencia restringida.* La función autoclítica también puede indicarse por la forma de mirar o por el tono de voz. Cierto tipo de risa nerviosa tiene una función autoclítica equivalente a decir *Lo digo, pero espero que usted no piense que yo quiero decir que . . .*

Algunas veces se hace una distinción entre el lenguaje que habla acerca de las cosas y el lenguaje que habla acerca del len-

guaje. En esto radica esencialmente la fuerza de la distinción que hace Carnap entre lenguaje objeto y metalenguaje.[3] Sin embargo, ésta no es la distinción del término autoclítico. Una vez que ha ocurrido la conducta verbal y que se ha convertido en uno de los objetos del mundo físico, puede describirse como cualquier otro objeto; pero no hay razón para distinguir el vocabulario o la sintaxis especial con la cual se hace esto. La forma de respuesta que se utiliza en las expresiones autoclíticas también se utiliza para describir la conducta verbal como objeto, y precisamente esto es lo que hace difícil distinguir los autoclíticos. Sin embargo, como veremos inmediatamente, esta es una distinción sumamente importante. Ortográficamente, cancelamos la función autoclítica con comillas. *Digo que él tiene razón* contiene el autoclítico *Digo. Él tiene razón* puede presentarse solo y ser efectivo, pero el término acompañante *Digo que*, especifica el efecto presente especial que tiene sobre el oyente. Al decir *Digo "Él tiene razón"* cambia el énfasis a *Digo*; el hablante le está diciendo al oyente algo acerca de su conducta verbal presente pero puede no tener interés en si el oyente reacciona ante el estado de cosas que describe la expresión *Él tiene razón.*

La frase introductoria *Digo que* en la cita indirecta *Digo que él tiene razón* tampoco es estrictamente un autoclítico, aunque puede cumplir con esas funciones. Una prueba conveniente es preguntar si la respuesta podría ocurrir en la misma forma en una frase que describiera, por ejemplo, la conducta verbal pasada. *Yo dije "Él tiene razón"* es idéntica en todas las formas a *Digo "Él tiene razón"*, excepto por el tiempo en el que ocurrió la expresión "Él tiene razón". La cita indirecta *Yo dije que él tenía razón*, con el cambio en el tiempo de ambos verbos, revela la función no autoclítica del caso en el tiempo presente. Esto puede ser como partir un cabello, pero un solo ejemplo mostrará qué tan necesario es a veces hacerlo. La respuesta *Es verdad que estuve ausente* contiene un autoclítico (*Es verdad que*) que modifica el efecto de la respuesta acompañante *estuve ausente* indicando que se emitió a pesar de las variables que tienden a suprimirla. En este sentido, tal autoclítico es bastante aproximado a decir *Admito que.* Pero la palabra *verdad* se presenta bajo otras circunstancias que son muy importantes. Como *verdad* se refiere al comportamiento verbal, no puede estar en el lenguaje primario o lenguaje de los objetos, tal como demostró Tarski. En los términos de Carnap tal palabra es metalenguaje; pero el metalenguaje no es necesariamente autoclítico, aunque comparte los mismos términos y puede contener respuestas que tengan una función autoclítica. La oración *Mi afirmación "estuve ausente" es cierta*, es diferente a decir *Es cierto que estuve ausente.* La primera de

[3] Carnap, R. *Logical Syntax of Language* (Nueva York, 1934).

ellas está diseñada para lograr un efecto sobre el oyente que se relaciona con la verdad de la oración, mientras que la última está diseñada para lograr un efecto sobre el oyente que está relacionado con la ausencia del hablante. La distinción es más clara en circunstancias menos polémicas. La oración *Admito que estuve ausente* es autoclítica, pero la oración *"Estuve ausente", lo admito* no lo es, y es más obvio que cumple una función diferente. En forma similar, la oración *Vacilo en afirmar que él es un mentiroso* cumple una función autoclítica al modificar el efecto que tiene sobre el oyente la respuesta *él es un mentiroso*; mientras que decir *"Él es un mentiroso", se dice con vacilación*, tiene un efecto sobre el oyente que se relaciona con la conducta del hablante. (Como veremos dentro de un momento, la distinción que hace Bertrand Russell entre lenguaje primario y secundario se acerca más a la distinción entre conducta autoclítica y no autoclítica, que la distinción de Carnap entre lenguaje objeto y metalenguaje.)

Los lógicos se han interesado en los lenguajes que describen el lenguaje, en parte con el fin de resolver ciertas paradojas. Consideremos la paradoja heterológica, por ejemplo. Algunas palabras parecen describirse a sí mismas. Así, la palabra *corto* es corta y la palabra *español* es española; a tales palabras las llamamos homológicas. *Francés* no es una palabra en francés, e *infinitesimal* no es una palabra demasiado pequeña; a tales palabras las llamamos heterológicas. Entonces, la palabra *homológica* es en sí misma homológica, pero ¿qué podríamos decir de la palabra *heterológica*? Si *heterológica* es una palabra heterológica, entonces no se describe a sí misma y debe ser homológica, pero en este caso será heterológica. Este problema no tiene nada que ver con el comportamiento autoclítico. La dificultad surge al afirmar que una palabra puede describirse a sí misma. Ninguna palabra describe nada; en el mejor de los casos "se usa para describir algo", aunque ya hemos visto que incluso esta expresión presenta sus dificultades. En un análisis de la conducta verbal, debemos proceder en algo como lo siguiente. Consideremos un pequeño universo de palabras impresas, por ejemplo, CORTO, INFINITESIMAL, INGLÉS y FRANCÉS, y supongamos que el hablante posee tanto respuestas textuales como tactos. Entonces, tanto las respuestas textuales como el tacto tienen la misma forma en relación con algunos de estos estímulos textuales. Uno puede leer las marcas CORTO diciendo *corto*, y puede describirlas diciendo *corto*. Uno puede leer las marcas FRANCÉS diciendo *francés*, pero las describe diciendo *español*.

Sin embargo, esto no soluciona la paradoja heterológica. Hay ciertos tactos relacionados con la conducta verbal que no describen la forma sola, sino también las relaciones que mantiene con las variables de control. Por ejemplo, una palabra es "apropiada" no con respecto a su forma sola, sino en relación con una situa-

ción. Mientras que podemos leer la palabra APROPIADA diciendo *apropiada*, no podemos utilizarla apropiadamente sin saber algo más acerca de ella. *Homológico* y *heterológico* son palabras de esta clase. La persona letrada puede leerlas diciendo *homológico* y *heterológico*, pero no puede describirlas con estos términos sin conocer las circunstancias en las cuales se presentan.

LOS MANDOS SOBRE EL OYENTE

La función autoclítica comienza a surgir con más claridad cuando se especifica una acción más particular sobre el oyente. El autoclítico comienza a funcionar específicamente como un mando. Bajo ciertas circunstancias la expresión moderada *Anuncio a* puede ser reemplazada por la más ceremoniosa *¡Loa a!* o *¡He aquí a!* Puede considerarse que el mando generalizado *¡Oh!* intensifica la función de mando de la respuesta que le sigue. Bajo ciertas circunstancias las formas *Sepan, Entonces*, etc., pueden preceder a la aparición de un tacto fuerte. La expresión idiomática *Digo que* es similar, como ya hemos señalado, a *Escuchen* o *Miren*, que poseen la forma de mandos. Lo mismo ocurre con *Tómalo, Nota que, Toma* (*por ejemplo*) y *Piensa en esta forma.* La puntuación es un instrumento autoclítico que algunas veces se usa en el discurso vocal con una función claramente autoclítica. Las respuestas *Cito* y *Termino de citar*, insertadas cerca de una palabra que tal vez también se pronuncia con una entonación especial, modifican claramente la reacción del oyente, y una oración que termina con la respuesta *¡Punto final!* también podría haber terminado con el autoclítico *Eso es todo lo que tengo que decir; utilízalo como quieras.*

Algunos mandos llevan al oyente a construir conducta verbal adicional y a reaccionar ante ella como si hubiera sido emitida por el hablante. Un ejemplo de lo anterior nos lo brinda la utilización de *Ídem* en lugar de repetir una frase. La terminación . . . *y viceversa* lleva al oyente a construir una oración en la que los términos principales se invierten, así como a reaccionar ante ella como si el hablante también la hubiera emitido.

Una clase especial de respuestas que no especifican directamente la conducta del oyente, pero que poseen una función similar para iniciar, detener o desviar sus reacciones, con frecuencia son muy difíciles de parafrasear y es casi imposible traducirlas de un idioma a otro. También es probable que diferentes hablantes las utilicen en diferentes cantidades y posiblemente con efectos ligeramente diferentes. Algunos ejemplos de tales respuestas son *Entonces, también; Entonces, ahora; ¡Así que!; ¡Oh, bien; Por qué . . .* (como al decir *¿por qué, pícaro!*); *¡No, tú no dices eso!*, y la terminación *¡Ahí tiene!* que posee el mismo efecto que decir *Ahora reaccione usted ante eso, por favor.*

Un tipo de mando más formal, que actúa sobre el oyente, especifica cierta clase de conductas que toman parte en el pensamiento verbal (capítulo 19): *Supongamos que . . . , Si X es igual a . . . , Consideremos la ecuación . . .* y así sucesivamente.

AUTOCLÍTICOS QUE CALIFICAN

Los autoclíticos descriptivos indican algo de las circunstancias en las cuales se emite una respuesta o algo de la condición del hablante, incluso la fuerza de su comportamiento verbal. Los mandos que en cierta forma son más explícitos sobre el oyente se ocupan del problema práctico que consiste en hacer que una respuesta sea efectiva sobre él, aunque dichos mandos no alteren la naturaleza de su reacción. El oyente puede reaccionar en forma más positiva o vacilante, pero la acción que lleva a cabo no cambia porque los autoclíticos no califican la relación que existe entre la respuesta acompañante y un determinado estado de cosas. Un grupo muy importante de respuestas, que ha sido el tema de un amplio análisis lógico y lingüístico, cumple con la función autoclítica de calificar el tacto en forma tal, que la intensidad o la dirección del comportamiento del oyente se modifica.

Negación

Quizá el ejemplo que se discute con mayor frecuencia sea la emisión de la respuesta *no*. ¿Cuál es el referente de esta respuesta (o de sus formas relacionadas como *nunca* y *nada*)? Quizá en un análisis lógico o lingüístico podamos decir que el referente de *no llueve* es la ausencia de lluvia, pero es obvio que esto es imposible en una descripción causal. Si la ausencia de lluvia evoca esta respuesta, ¿por qué no emitimos una enorme cantidad de respuestas bajo el control de las ausencias de miles de otras cosas? La solución tradicional, que parece aplicarse aquí, es que debe haber alguna razón para decir *ESTÁ lloviendo* en el momento en que decimos *NO llueve*. Russell piensa que la razón es siempre verbal. Cuando alguien nos pregunta *¿Está lloviendo?* y no está lloviendo contestamos *No, no está lloviendo*. "Así", dice Russell, "las proposiciones negativas surgirán cuando uno está estimulando por una palabra, pero no por lo que generalmente estimula esa palabra".[4]

Sin embargo, el estímulo que controla una respuesta a la que se le añade la forma *no* con frecuencia es no verbal. La palabra *lluvia* puede ser una respuesta que se emite ante un estímulo similar (algunas gotas que caen en el prado vecino, por ejemplo),

[4] Russell, *op. cit.*, pág. 62.

por tanto, la respuesta *Está lloviendo* presenta extensión metafórica o genérica; o un elemento que generalmente acompaña a la lluvia —por ejemplo, un cielo nublado— puede evocar la respuesta como un ejemplo de metonimia. La naturaleza extendida del tacto se sugiere por una respuesta alternativa más común: *Parece* (o se *percibe*) *COMO lluvia* (véase más abajo). Otras respuestas a las que se les añade la palabra *no* pueden ser intraverbales; cierta contigüidad irrelevante debida al uso ha fortalecido una respuesta que, si no se le califica, tendría un efecto inapropiado sobre el oyente. En cada caso se emite una respuesta de cierta intensidad, pero es emitida bajo circunstancias en las cuales la comunidad verbal no la refuerza como tacto, e incluso tal comunidad puede castigar su emisión. Esta condición adicional, que actúa sobre el hablante, brinda la ocasión para que se añada el autoclítico *no*.

Cuando la forma *no* se emite como un mando que especifica el fin de la conducta no verbal del oyente, su efecto es claro. Si vemos que alguien está a punto de ejecutar un acto peligroso le gritamos *¡No!* Cuando un cantante da una nota alta en lugar de un semi-tono le gritamos *¡No!* Le decimos *¡No!* a los niños para evitar que ejecuten actos no deseados, por ejemplo, que cojan objetos frágiles que podrían romper; pero también emitimos ese mando, debido a cierta extensión mágica, cuando es demasiado tarde y el objeto ya se rompió. Naturalmente tal respuesta se extiende a los actos verbales: por ejemplo, cuando un niño dice *Dos y dos son cinco* le decimos *¡No!* Aunque la emisión de la forma *no* no evita la emisión de la respuesta errónea, ni salva al objeto que ya se rompió, sí puede evitar la repetición de la forma equivocada y que se rompa otro objeto. (Como hemos visto, también funciona a manera de castigo.) En las mismas circunstancias podríamos extender el mando a la forma *¡No digas eso!* Como veremos en el capítulo 19, algunas veces mandamos nuestra propia conducta como oyentes, tal es el caso cuando vamos a tomar un cigarrillo o un dulce y nos decimos *¡No!* a nosotros mismos. Hacemos lo mismo con respecto a nuestra conducta verbal, como en la respuesta: *Fue durante la administración del presidente Roosevelt... no, del presidente Truman.* La palabra *no* sirve, en cierta forma, para detener o cancelar la respuesta *Roosevelt* y para abrir el camino para que aparezca la respuesta *Truman.*

La respuesta se adquiere a partir de las prácticas reforzantes de la comunidad verbal. El niño primero oye decir *¡No!* cuando actividad debe dejar de ejecutarse, si es que se va a recibir el reforzamiento positivo o si se va a evitar la estimulación aversiva. Más tarde, cuando el niño se dedica a la misma actividad, crea nuevamente la ocasión en la que la respuesta *¡No!* se le presentó con suficiente fuerza. Es especialmente probable que en tales

ocasiones el niño reciba un reforzamiento generalizado por la respuesta verbal. Si como resultado de su propia negativa el niño deja de comportarse en la forma especificada, puede ser automáticamente reforzado por la reducción de la estimulación aversiva condicionada. Los padres de una niña de dos años le habían enseñado a su hija a no tocar ciertos objetos; cuando la niña trataba de tocarlos, sus padres, en lugar de decirle *¡no!*, solamente movían negativamente la cabeza. La niña adquirió el comportamiento de acercarse a los objetos prohibidos, alcanzarlos, detenerse y mover la cabeza. El movimiento de la cabeza se transfirió a su propia conducta verbal, precisamente en la misma forma en que se transfiere la palabra *No*.

Más tarde el comportamiento de decir *No* se extiende a las respuestas verbales. Si el niño dice *Rojo* en circunstancias en las que la respuesta va seguida en forma característica por el *¡No!* del oyente, el niño mismo se dice *¡No!* Esto puede servir primero como una corrección de la emisión real de una respuesta, pero más tarde puede acompañar a la respuesta como un autoclítico genuino. Debido a las prácticas estandarizadas de la comunidad verbal, una respuesta como *Rojo no* o *No rojo*, termina por presentar la forma *No es rojo*. En el ejemplo que acabamos de citar, el niño emitiría una respuesta —digamos *Esto es mío*— en circunstancias inapropiadas y la acompañaría con un movimiento negativo de cabeza; entonces la respuesta combinada sería equivalente a *Esto no es mío*. (Los estímulos que siguen fortaleciendo *Rojo* y que, por tanto, continúan produciendo la expresión *No es rojo*, los presentan sólo aquellas situaciones que son similares al rojo. El color azul no sólo no evocará la respuesta *Rojo*, sino que tampoco evocará la respuesta *No es rojo*. Sin embargo, un color amarillo-rojizo fuerte puede evocar tal respuesta. Por supuesto, los estímulos verbales adicionales —por ejemplo el instigador ecoico *rojo*— pueden evocar la respuesta *No es rojo* en presencia de un objeto azul.)

La respuesta *no*, como ejemplo de un autoclítico calificado, tiene la fuerza de un mando. En términos burdos puede traducirse como *No actúes sobre esta respuesta como si fuera un tacto no extendido*. La respuesta *no* se asocia íntimamente a la respuesta que califica, pero su supervivencia independiente se ve cuando se usa en forma "absoluta", como en los ejemplos arriba citados. El hecho de que esto se "refiera a una respuesta que se emite ante un estado de cosas, más que a una propiedad de tal estado de cosas", es algo que puede demostrarse considerando los siguientes tres ejemplos: *a*) *Juan está enfermo*, *b*) *Juan no se siente bien*, *c*) *la frase "Juan está bien" es falsa*.[5] Aunque las tres res-

[5] Véase una discusión en cierta forma similar en Quine, W. V., *Journal of Philosophy*, (1942), *39*, 68-71. El autoclítico *es*, que se analizará más bajo, no es el tema que estamos discutiendo aquí.

puestas puedan ser emitidas con respecto al mismo estado de cosas en cuanto respecta a Juan, no son casos de la misma respuesta, y sólo uno de ellos, el caso *b*, contiene un autoclítico. Los demás difieren en los efectos momentáneos que tienen sobre el oyente (e indirectamente sobre el hablante), así como también en las circunstancias colaterales que los generan. En *a*, el término *enfermo* se refiere a la propiedad observable de un estímulo, lo mismo que podría ser *alto* o *parado en la cabeza*; *b* podría ser evocado por el mismo estado de cosas, pero implica que también existe la tendencia a decir *bien*. La tendencia a evitar la palabra *enfermo* puede ser suficiente. Por ejemplo, el hablante le ha asegurado antes al oyente que Juan no estaría enfermo, así que decir *Juan está enfermo* posee consecuencias especiales de castigo; otra persona pudo haber dicho *Juan está bien*. El autoclítico *no*, cumple funciones ligeramente diferentes en los dos casos: en el primero sirve en lugar de *Admito que me equivoqué al decir que Juan estaba bien*, y en el segundo como *Niego que Juan esté bien*. La respuesta *c* se emite cuando el hablante está discutiendo la respuesta *Juan está bien* como una cosa objetiva. El hablante mismo pudo haberlo dicho, lo pudo haber oído o pudo tratarse de un rumor común. Nada en la conducta del oyente con respecto a Juan o a su enfermedad necesita ser importante para el hablante en ese momento. Un oyente que ha estado actuando con base en la creencia de que Juan estaba bien, puede cambiar sus planes al oir la respuesta *"Juan está bien" es falsa* y, bajo circunstancias muy excepcionales, el hablante puede emitir tal respuesta por el efecto que tiene sobre el oyente, pero las circunstancias bajo las cuales se presentan normalmente las tres respuestas permite que hagamos una distinción útil entre ellas.

Los autoclíticos descriptivos y calificativos pueden combinarse, y más de un caso de cualquiera de ellos se puede presentar en una misma respuesta. Generalmente las distinciones son de naturaleza práctica. Así, decir *Es cierto que él no es guapo* y *No es cierto que él sea guapo*, son respuestas diferentes que se emiten en diferentes circunstancias. No tenemos razón para analizar o parafrasear más este material.

Las expresiones estándar que incluyen la forma *no* y que se adquieren como respuestas unitarias, pueden no indicar ninguna actividad autoclítica en un caso dado. La oración *Él no está del todo bien* puede funcionar como una respuesta estándar bajo el control de un estado de cosas que también podría controlar la frase *Está sufriendo una dolencia*. Esto también puede llevar la cierta "renuencia a decir la palabra *enfermo*", pero esto no es esencial. El hecho de que al comenzar la representación de una obra uno diga *¡No está mal, no está mal!* en lugar de decir *¡Buena, buena!* (la costumbre retórica que se denomina "lítotes"), puede indicar que permanece cierta tendencia a decir *malo*, pero es más

probable que no lo sea. Además de las formas estándar de respuesta que contienen la palabra *no*, hay muchas secuencias intraverbales que son responsables de las respuestas en las cuales la función autoclítica es muy ligera o está ausente. Tal vez la negación verdadera sea tan rara como las extensiones metafórica o metonímica verdaderas. En particular, los afijos que cumplen con una función autoclítica tienden a asimilarse en formas estándar. Un cielo sin sol es una clase de cielo, y la respuesta *sin sol* puede determinarse de manera tan simple como la respuesta *nublado*. La respuesta debe haberse originado bajo circunstancias (que sin duda ocurren todavía) en las que la respuesta *sol* se emitió, y el hablante añadió el autoclítico *sin*. Finalmente la respuesta llega a estar bajo el control, no de la ausencia del sol, sino de la presencia de un cielo nublado.

Afirmación

En la misma forma como un *¡No!* puede detener al oyente, un *¡Sí!* le alienta a continuar. La forma *¡No!* sirve como castigo, *¡Sí!* como reforzamiento positivo. En la misma forma en que la respuesta *¡No!* cancela una afirmación (*¿Votar por X? ¡No!*), la respuesta *¡Sí!* la enfatiza (*¿Votar por X? ¡Sí!*). Desafortunadamente la forma *Sí* mantiene su individualidad y aparece sólo en posición "absoluta". Su función autoclítica se cumple en muestras grandes de conducta verbal por medio de respuestas fragmentarias que son difíciles de interpretar debido a que también cumplen con otras funciones. El parentesco entre las palabras *es* y *Sí*, se nota en la frase común *Sí, así es*. Su función como un autoclítico descriptivo se muestra comparando ejemplos tales como *Pienso que es Juan*, y *ES Juan*. La primera respuesta sugiere debilidad por medio del autoclítico descriptivo *Pienso que*, mientras que la segunda sugiere fuerza con el *es enfatizado*. Generalmente la simple función afirmativa de la forma *es*, se pone de manifiesto cuando se presenta en respuestas tales como *Esto es*, o *Eso es (Éste es un marinero viejo* o *Ése es tu hombre)*.

Pero la palabra *es*, como otros autoclíticos de afirmación cumple con otras funciones. Por ejemplo, la forma *es* está controlada parcialmente por las características temporales del estímulo (indica, como veremos, el tiempo presente). Las dos funciones pueden separarse. La fuerza afirmativa de tal autoclítico es común a sus formas *es* y *fue*, pero los aspectos temporales diferentes del estímulo controlan las dos formas. Si alguien dice *Estaba lloviendo* y usted replica *ESTÁ lloviendo*, esta última respuesta es equivalente a decir *Está lloviendo AHORA*. Enfatizamos la forma *es* (o *está*) con el fin de describir un aspecto temporal; pero cuando alguien dice *No está lloviendo* y replicamos *ESTÁ lloviendo*, lo enfatizamos añadiendo el término coloquial *tanto* (*Está llovien-*

do TANTO) con el fin de incluir la función autoclítica. Pero las formas *tanto* y un *está* fuerte, tienen el efecto de decir *ciertamente* (*¡Ciertamente está lloviendo!*), *claro que* (*¡Claro que está lloviendo!*) y de otros autoclíticos descriptivos ya mencionados.

Aunque la respuesta *es* es función de otras variables, algunas de las cuales no hemos discutido todavía, el componente autoclítico actúa sobre el oyente para fortalecer su reacción ante la respuesta que acompaña al autoclítico. El autoclítico afirmativo lleva al oyente a aceptar determinado estado de cosas y, por tanto, debe ser clasificado como una especie de mando, como ocurre con la respuesta *no*. Cualquier condición colateral que tenga probabilidad de debilitar la respuesta del oyente (por ejemplo, una negación por parte de otra persona o un conjunto dudoso de circunstancias) lleva al hablante a intensificar el autoclítico afirmativo. Los niños que están menos limitados por los paradigmas gramaticales intraverbales que se analizarán en el capítulo 13, utilizan la forma *es* en su función puramente afirmativa en antifonales contradictorias como: A) *¡Él es así!*, B) *¡Él no es!*, A) *¡Él es!*, B) *¡No es!*, A) *¡Es!* . . . Tal conducta puede conservar su fuerza incluso después de que la respuesta que afirmaba y negaba se ha olvidado.

Algunas veces se dice que la palabra es inanimada, pero que el lenguaje cobra la vida en la oración. Las palabras por sí mismas no dicen nada; las oraciones son las que afirman algo. Sin embargo, ésa no es la distinción que tratamos ahora. Las respuestas primarias a las cuales se añade una afirmación autoclítica no son, en forma alguna, inertes. Son operantes verbales que resultan de la historia de reforzamiento y que existen en determinados estados de fuerza. En condiciones apropiadas las respuestas se presentan sin calificación autoclítica. Esto es reconocido por Russell,[6] quien afirma que en el lenguaje objeto "cada palabra aislada es una afirmación", pero este uso del término tiende a confundir dos funciones. Russell arguye que la afirmación de una sola palabra es diferente de la afirmación del lenguaje secundario porque no tiene antítesis, pero esto es un instrumento lógico que no tiene un paralelo cercano en el análisis funcional. Por medio de las contingencias de reforzamiento analizadas en la parte II, la comunidad verbal hace probable que bajo determinadas circunstancias el hablante emita formas específicas de respuesta. Basta de la "afirmación de la palabra". Cualquier caso de tal respuesta tiene poca importancia para el oyente si no se da alguna indicación de las circunstancias bajo las cuales se emitió. Si yo sé que alguien ha dicho la palabra *lobo* y nada más, la respuesta tendrá poca utilidad. El hablante puede estar pidiendo ayuda, describiendo un animal en el zoológico, leyendo un le-

[6] Russell, *op. cit.*, pág. 92.

trero, repitiendo lo que ha oído o completando la frase *Grande y malo*... Un autoclítico agudizará el efecto indicando algunas de las fuentes de su fuerza, así como el grado de dicha fuerza. El autoclítico afirmativo posee la función específica de indicar que la respuesta es emitida como tacto o, en ciertas circunstancias, como una intraverbal. Generalmente otras operantes verbales no se afirman. El mando no necesita ser afirmado debido a las contingencias de refuerzo que son responsables de él, y en la conducta ecoica y textual las condiciones importantes para el oyente son aquellas que predominaron cuando otra persona produjo el estímulo ecoico o textual. El autoclítico afirmativo también indica que se han respetado ciertos límites del control de estímulos —en el presente caso, el autoclítico indica que la respuesta no se ha emitido simplemente ante el dibujo de un lobo, ante una criatura parecida a un lobo, ante una sombra, etc. (La situación se describirá más ampliamente en la predicción y en la construcción de oraciones más elaboradas, como veremos más adelante.)

Otra clase de autoclíticos es la que afecta la reacción del oyente indicando la clase o grado de extensión del tacto. Cuando respondemos a un estímulo nuevo con una respuesta que está bajo el control de una propiedad contingente, aunque el estímulo sea inusitado en otros aspectos, indicamos la extensión con una respuesta autoclítica como *una clase de o una cierta* (*Es una clase de silla*, o *es un cierto color marrón*). Aquí se puede notar la propiedad de la aplicación de los términos *clase de* y *cierto*, a una extensión *genérica*. Tales autoclíticos afirman la presencia de una silla o del color marrón, pero califican la afirmación en forma tal que el oyente queda preparado para la aparición de un caso poco común. La extensión del tacto a lo largo de un continuo de intensidad o de magnitud se indica por el uso coloquial de frases como: *Es una clase de dificultad* o *En cierta forma es pesado*. Cuando la extensión es metafórica utilizamos los autoclíticos *como* o *semejantes*, o agregamos sufijos tales como *mente* (fantasmagóric*amente*) o *iego* (mujer*iego*). Así, si algo apareció *fantasmagóricamente* se advierte al oyente que lo que apareció no fue en realidad un fantasma, sino algo que se le parecía. La frase *El es como un león* sugiere que la propiedad que lleva a la respuesta *león* no es la propiedad relacionada con la clasificación zoológica. Al decir que algo es *brillante como el sol*, la palabra *como* califica a *sol*, pero no a *brillante*; lo que se está describiendo *es* brillante, pero lo brillante simplemente es *como* el sol.

Hay autoclíticos que sugieren otros tipos de aproximación. Cuando la correspondencia con un estímulo apropiado es, en algún grado, un asunto de azar, es probable que se utilice la forma *Sucede que*. Muchos casos de respuestas implican la "descripción de eventos futuros". La expresión coloquial *Sucede que*, como en la frase *Sucede que él no va a venir*, se encuentra en las expre-

siones *tal vez* o *quizá*. Los autoclíticos descriptivos que indican el estado de fuerza de la conducta del hablante también pueden cambiarse para indicar la probabilidad que tiene el evento descrito para presentarse. Decir *Él es realmente noble* puede interpretarse como equivalente a *Realmente, él es noble*, o incluso a *Diré que él es noble*. En esta última frase se pone énfasis en la inclinación del hablante a emitir la respuesta *noble* con respecto al asunto que se está considerando. Tal autoclítico también puede sugerir, en forma más directa, la razón por la que el hablante está inclinado a decirlo; esto es, que los aspectos de la conducta del sujeto son claramente aspectos de nobleza. La distinción se da entre *él es noble verdaderamente* y *Él es en verdad noble*. Respuestas como *probablemente, seguramente, puede ser que, sin duda, verdaderamente*, etc., a menudo son autoclíticos, más que descriptivos, que califican. La distinción radica en saber si el efecto que el autoclítico tiene sobre el oyente se refiere a las inclinaciones del hablante, o a las propiedades del estímulo que son responsables de tales inclinaciones.

AUTOCLÍTICOS CUANTIFICADORES

Una respuesta autoclítica afecta al oyente indicando, ya sea una propiedad de la conducta del hablante, ya las circunstancias que son responsables de dicha propiedad. La distinción adquiere importancia al interpretar los procesos lógicos. En un análisis lógico o lingüístico de la respuesta *Todos los cisnes son blancos*, podemos admitir que se diga que el término *todos* se refiere, o modifica, a *cisnes*. Sin embargo, en una descripción científica de la conducta verbal no podemos suponer que cualquiera siempre responda a todos los cisnes. En el mejor de los casos, una persona puede emitir una respuesta que abarque a todos los cisnes que ha visto en su historia personal. Al describir tal historia, la palabra *todo* se toma como un equivalente más apropiado de la palabra *siempre* o de *siempre es posible decir*. Como autoclítico modifica, no sólo a *cisnes*, sino a la frase completa. En forma similar, la palabra *alguno* puede traducirse como *Algunas veces es posible decir*, y la palabra *no* puede traducirse como *Nunca es posible decir*. La lógica se ocupa de las interrelaciones que existen entre los autoclíticos, generalmente sin tener en cuenta la conducta verbal primaria a la cual se aplican. La lógica no se interesa en los cisnes, sino en las oraciones. Por ahora sólo nos interesa hacer notar que palabras como *todo, alguno* y *no*, poseen efectos autoclíticos en la medida en que modifican la reacción del oyente al oír las respuestas que acompañan a los autoclíticos. La predicción no es esencial. Si después de examinar una granja avícola una persona dice *Todos los cisnes*, la persona está sugiriendo la

medida en que la respuesta *cisne* se aplica a esa situación. Si dice *Algunos cisnes* o *No hay un cisne que,* sugiere medidas diferentes. (Los problemas de la cuantificación surgen en la predicción debido a que al oyente se le debe indicar, tanto el grado en que se emiten dos o más respuestas ante las propiedades de los estímulos como el grado de su asociación.)

Como ocurre en todos los autoclíticos, cuando muchas respuestas que involucran formas que cuantifican se adquieren como unidades, no se implica necesariamente ninguna actividad autoclítica. La frase *¿Me puedes pasar un poco de mantequilla?* es un mando encubierto que produce cierto efecto especial; aquí la forma *un poco* funciona en lugar de una especificación más precisa de cantidad. En cambio, la frase *¿Me puede dar una libra de mantequilla?* produce una consecuencia diferente. Ambas respuestas pueden emitirse en ciertas ocasiones sin que haya alguna actividad autoclítica específica.

Dos autoclíticos muy comunes de cuantificación son los artículos *un* y *el,* cuya función es estrechar la reacción del oyente indicando la relación que existe entre una respuesta y el estímulo de control. Las circunstancias en las que decimos *libro* difieren de aquéllas en las que decimos *el libro,* y ambas son diferentes de aquéllas en las cuales decimos *un libro.* Todas estas diferencias pueden ser importantes para el oyente.

Algunas veces añadimos autoclíticos a la conducta verbal de otro hablante: ponemos énfasis en lo que él ha dicho al emitir la palabra *¡Cierto!,* lo calificamos diciendo *Tal vez* y lo negamos diciendo *¡No!* Todas estas formas también se aplican a nuestra propia conducta. Una forma especial de autoclítico afirmativo que se usa con respecto a otro hablante, es la modificación de la forma *es* que se convierte en *Así sea,* o en la forma hebrea *Amén.*

Los autoclíticos no se pueden presentar en ausencia de otras formas de conducta verbal. Por lo regular no emitimos las formas *casi,* o *tal vez,* o *alguno* o *el,* en forma aislada. Solamente cuando las operantes verbales de la clase que discutimos ya en la parte II se han establecido con suficiente fuerza, el hablante se encuentra sujeto a las contingencias adicionales que establecen el comportamiento autoclítico.

Aunque los autoclíticos son establecidos por la comunidad verbal porque son útiles para el oyente, no debemos olvidar que el hablante es también un oyente y que finalmente puede encontrar útiles sus propios autoclíticos. Por ejemplo, los autoclíticos poseen un efecto importante en el pensamiento verbal, como veremos en el capítulo 19.

La gramática y la sintaxis como procesos autoclíticos

La extensión de la fórmula autoclítica nos permite tratar ciertas respuestas verbales que aún no hemos tratado (como *de*, *pero* y *que*), ciertos fragmentos de respuestas que se presentan en las "inflecciones", así como el orden en el cual aparecen las respuestas en muestras más grandes de conducta verbal. Tradicionalmente estos elementos componen el tema de la gramática y la sintaxis.

Asimismo no es parte del presente trabajo analizar en detalle las prácticas gramaticales ni sintácticas de ningún idioma, pero es preciso señalar la naturaleza de tales prácticas.

Los análisis gramaticales y sintácticos puramente formales (en los cuales, por ejemplo, partes del lenguaje se definen en términos de propiedades formales, incluyendo la frecuencia o el orden de asociación con otras partes así definidas) son de poco interés en este lugar porque, aparte de las variables de control, ninguna *forma* de conducta verbal es significativa. Los enfoques tradicionales de la gramática y la sintaxis, que tratan como los que se ocupan del "estudio de las relaciones de las ideas comprendidas en un pensamiento", tal vez están un poco más cerca del análisis presente, pero, de nuevo, poco podemos aprovechar del tratamiento tradicional del problema. Actualmente se reconoce que la mezcla de gramática y lógica ha tenido consecuencias desafortunadas para ambas áreas. Los elementos accidentales de la gramática griega y latina durante muchos años dejaron su marca sobre la lógica, y ésta tuvo la desafortunada responsabilidad de sugerir la racionalización de la gramática en términos de los procesos de pensamiento. Ahora, nosotros podemos plantear un nuevo enfoque de ambas áreas analizando las actividades conductuales involucradas en la emisión de muestras grandes de conducta verbal. Además, al explicar las operantes y actividades

verbales que constituyen el tema de la gramática, sentamos las bases para el tratamiento del pensamiento verbal.

Los autoclíticos que se discutieron en el capítulo anterior describen, califican, o comentan en otra forma la conducta verbal y, por tanto, clarifican o alteran su efecto sobre el oyente. Algunas respuestas que en este sentido también "modifican" la conducta verbal, de ningún modo cumplen con esta función. Tales respuestas no se presentan excepto cuando van acompañadas de otra clase de conducta verbal —"carecen de sentido" cuando se presentan por sí mismos—, pero su función autoclítica con frecuencia es oscura. Podemos encontrar muchos ejemplos de esto en las respuestas tradicionalmente llamadas preposiciones, conjunciones y artículos, lo mismo que en ciertas respuestas fragmentarias que se emplean en la inflección. Muchas de éstas sirven como tactos mínimos, pero también poseen una función autoclítica importante.

La manipulación de la conducta verbal, especialmente la agrupación y ordenación de respuestas, también es autoclítica. Las respuestas no pueden agruparse u ordenarse hasta que se han presentado, o al menos hasta que están a punto de ocurrir; y el proceso que se efectúa al ordenarlas tiene un efecto autoclítico sobre el oyente. Parte de la conducta relevante, por ejemplo la puntuación, posee las dimensiones de las *respuestas verbales*, pero este caso no siempre se presenta. En general, los instrumentos autoclíticos son intercambiables. Un efecto dado puede lograrse en formas diferentes, aunque no necesariamente dentro de un solo idioma.

La función autoclítica de los mecanismos gramaticales y sintácticos debe distinguirse de sus otras funciones. En la respuesta verbal *The boy runs* (el muchacho corre) la *s* final de *runs* (corre) es en parte un tacto fragmentario que está bajo el control de elementos específicos de una situación dada. Aunque las propiedades importantes son sutiles incluyen: 1. la naturaleza de correr, como *actividad* más que como objeto o propiedad de un objeto; 2. la singularidad de lo que está corriendo, y 3. el hecho de que la actividad se lleva a cabo en el presente. Como análisis del control de estímulos de la *s* final, difícilmente puede decirse que estas afirmaciones sean un progreso con respecto a la afirmación tradicional que dice que *run* (corre) es "un verbo en tercera persona del singular conjugado en tiempo presente". Sin embargo, esto nos servirá para distinguir la función referencial de las funciones autoclíticas. El hecho de que la *s* final de los verbos ingleses indique afirmación fue señalado en el capítulo anterior. Pero aún nos falta tratar otra de las funciones autoclíticas.

La ordenación y agrupación de las respuestas también posee otras funciones. En primer lugar, los sonidos del habla se orde-

nan en la formación de pautas de respuestas. Aparte del espectro de sonidos aislados del habla, la única dimensión de la conducta verbal es temporal y, por consiguiente, el orden es una propiedad importante. Las palabras inglesas *Tip* y *pit* son respuestas diferentes, lo mismo que *lookout* y *outlook*. En segundo lugar, las respuestas verbales pueden ordenarse para que correspondan al orden de los estímulos relevantes. Las respuestas que da el locutor al describir una pelea deportiva, guardan una relación temporal bastante simple con los eventos descritos. Las respuestas *Vini, vidi, vici*, se presentan en ese orden por una buena razón.[1] En tercer lugar, el orden puede surgir del orden de la estimulación *verbal* en el comportamiento del hablante. Un "tren de pensamiento", en la asociación libre, sigue el orden en que los estímulos verbales evocan otras respuestas verbales. Al recitar un pasaje extenso el orden se debe a un encadenamiento intraverbal semejante. En cuarto lugar, el orden se puede rastrear hasta la fuerza relativa de las respuestas en el repertorio presente del hablante. Si las demás cosas se mantienen iguales, las respuestas fuertes aparecen primero. En último término, tenemos que observar el orden retórico. En la respuesta *A él lo desprecio*, la posición de la palabra *él* puede ser, en parte, función de la fuerza relativa, pero la pauta retórica ha sido diseñada por el efecto especial que tiene sobre el oyente. La oración periódica es un bien conocido instrumento en el que se deja una palabra importante hasta que el oyente o lector está perfectamente preparado para oirla, en el sentido en que se trató en el capítulo 10.

RESPUESTAS AUTOCLÍTICAS RELACIONALES

La función autoclítica adicional de una terminación gramatical, como la *s* final de *runs*, consiste en indicar el "acuerdo" en el número entre el verbo y el nombre que sirve como sujeto. En nuestro ejemplo, la *s* indica que el objeto descrito como *el muchacho* posee la propiedad de correr. El hecho de que el niño y la acción de correr vayan juntos y que no sean respuestas aisladas que se presentan juntas por accidente, se le aclara al lector por medio del mecanismo gramatical. En la respuesta *The boys run*, la *s* posee otras funciones como tacto mínimo, pero sirve también como un autoclítico relacional en su "acuerdo" con la forma del verbo. En la frase inglesa *The boy's gun* (El arma del muchacho), la *'s*, como una forma distinta de *s'*, es un tacto mínimo que indica singularidad; pero tal forma también cumple la función autoclítica de denotar "posesión". Es el muchacho quien

[1] La retórica clásica clasifica las violaciones a este principio como "histerología" o "inversión histerónea"; son inversiones en el orden que "tienen significado", en oposición al orden meramente convencional o autoclítico.

posee el arma. (El "acuerdo" en número, género y caso entre el nombre y el adjetivo en un idioma como el latín, es un ejemplo mucho mejor del autoclítico relacional.)

Las inflecciones apropiadas a la "disposición de ánimo" rara vez entran en los autoclíticos relacionales. Frecuentemente la disposición es sólo un instrumento para clasificar tipos de operantes. Como hemos visto, los imperativos e interrogativos son dos clases de mandos. Algunas veces la disposición se refiere a la fuerza de una respuesta (indicativa *versus* subjuntiva), e incluso puede sugerir una condición responsable de la diferencia. Así, la disposición optativa describe mandos que "expresan deseos", mientras que la respuesta *Él puede ir*, como afirmación de la probabilidad de que él vaya, contiene un autoclítico de fuerza comparable al autoclítico descriptivo *Es probable que él vaya.* Usamos la disposición como un autoclítico descriptivo que especifica una condición causal, cuando decimos que un subjuntivo particular implica una condición "contraria a los hechos".

Incluso dentro de un solo idioma, como el inglés, existe libertad considerable para intercambiar mecanismos. Como hemos visto, la posesión puede indicarse con una terminación o con una frase preposicional (*The gun of the boy*). Las terminaciones que indican pertenencia de nombre y verbo a la vez, necesitan cierto respaldo de la agrupación. En el inglés las respuestas no pueden estar demasiado lejanas unas de otras porque las terminaciones de tal idioma son débiles y no permiten una separación tan grande entre el sujeto y predicado, como sucede en el latín.

En latín, la ordenación y agrupación sirven con mucho menos frecuencia como autoclíticos relacionales; se usan principalmente con fines retóricos. Los efectos retóricos basados en el orden superan mucho lo que se hace en inglés, idioma en el cual el orden y la agrupación se han agotado por los fines autoclíticos que en latín se logran mediante las terminaciones. Robert Bridges comentó la utilización latina del orden en la siguiente forma:

> ...an example from the second collect at Evening Prayer in the [Church of England] Prayer Book—«Give unto Thy servants that peace which the world cannot give» ...is a translation... of the Latin *da servis tuis illam quam mundus dare non potest pacem.* «The English is good [says Bridges] but the artistic order of the Latin words, which in English would be unintelligible disorder, assists and enforces the meaning without the slightests obscurity, and the words group themselves in a sort of dance figure, instead of a "march past" ».[2]

[2] ...Un ejemplo de la segunda parte de la Oración de la tarde, del Libro de Oraciones [de la Iglesia de Inglaterra] dice así: Da a tus servidores la paz que el mundo no puede dar ...esto es una traducción... de la frase latina *da servis tuis illam quam mundus dare non potest pacem.* "El inglés es apropiado [dice Bridges], pero el orden artístico de las palabras en latín, que en inglés

Juicio

El juicio es afectado por un autoclítico relacional al que se le ha añadido un autoclítico de afirmación. Digamos que un solo objeto evoca dos tactos, por ejemplos, *chocolate* y *bueno*. Ambos pueden darse separadamente (*¡Chocolate!* y *¡Bueno!*) en condiciones que nos llevarían a clasificar las respuestas como "anuncios" separados, o como una especie de anuncio doble (*¡Chocolate! ¡Bueno!*). La fuente común de las dos respuestas, el hecho de que se emiten ante el mismo objeto, puede indicarse por el autoclítico relacional de orden. La respuesta *Buen chocolate* sólo nos sirve para un solo tipo de situación; es una respuesta que se emite solamente ante el buen chocolate, y presenta afirmación ni juicio. Por el contrario, la frase *El chocolate es bueno*, muestra un autoclítico relacional de orden y agrupación y contiene también un autoclítico de afirmación. Tomadas en conjunto ambas respuestas constituyen un juicio. Thomas Hobbes sugirió las funciones autoclíticas afirmativas y relacionales del juicio en la siguiente forma: "Tal vez el *Juicio* no es más que la composición o unión de *dos nombres de cosas o modos por medio del verbo ES*".[3]

Cuando el juicio involucra más de dos términos, los autoclíticos relacionales se vuelven especialmente importantes. La frase *El muchacho administra una tienda* está bajo el control de una situación de estímulo extremadamente compleja, y la mayor parte de sus elementos pueden ser importantes para el oyente. En inglés, el autoclítico relacional de orden tiene una carga muy pesada: en términos generales, debe quedar claro que es el muchacho el que administra, y que la tienda es la administrada. Aunque en un juicio de dos términos el orden de los elementos se puede invertir con sólo violaciones menores del orden acostumbrado, en el caso de una respuesta de tres términos la inversión sería desastrosa. Una respuesta como *Bueno es el chocolate* es tolerada por la comunidad verbal, e incluso es concebible si se busca lograr un efecto retórico sobre el oyente, o si una instigación ecoica o temática poderosa se encuentra implícita. Pero la frase *La tienda administra al muchacho*, debido a la inversión del orden, no es reforzante cuando se evoca por la misma situación. En los idiomas que emplean terminaciones en lugar de ordenaciones y agrupaciones, generalmente los cambios en el orden no causan tantos problemas.

---

sería un desorden ininteligible, ayuda y refuerza el significado sin la menor oscuridad, y las palabras mismas se agrupan en una especie de figura de danza y no de «marcha».

Citado por Smith, L. P. *Milton and His Modern Critics* (Londres, 1940).

[3] Citado por Lee, I. J., en *Language Habits in Human Affairs* (Nueva York, 1941).

Conducta autoclítica relacional

No basta con señalar la presencia de formas autoclíticas en un lenguaje. ¿Cuáles son los procesos que llevan a su emisión? Aquí también debemos distinguir entre los objetivos de un análisis lingüístico o gramatical, y los de un análisis de la conducta verbal. Una propiedad muy importante de la operante verbal, del tipo que señalamos en parte II, es su tamaño. Únicamente tenemos que demostrar una contingencia unitaria de reforzamiento para sugerir la función unitaria de una parte de la conducta verbal. Con frecuencia la parte no corresponde a una unidad gramatical o lexicográfica. Del hecho que las palabras *muchacho* y *sombrero* pueden ser simples tactos en una ocasión apropiada, no se sigue que la respuesta *el sombrero del muchacho* sea una expresión compuesta; tal frase puede tener una unidad funcional simple. En la respuesta *el libro sobre la mesa*, la frase *sobre la mesa* puede tener el mismo control dinámico simple que es ejercido por una propiedad del ambiente que se ejemplifica por la respuesta *rojo* en *el libro rojo*. La expresión completa *el libro sobre la mesa*, o *el libro rojo*, puede funcionar como una unidad. El comportamiento del cocinero de un campamento cuando dice *¡Vengan por ella!*, es una respuesta tan unitaria como decir *¡La comida!*, o como el hecho de hacer sonar un triángulo de metal para anunciar la comida. No necesitamos analizar los procesos gramaticales o sintácticos para explicar esta conducta. En ciertas circunstancias, decir *¡Aquí está!* puede ser equivalente a decir *¡Allí hay un zorro!*, y sería inútil especular acerca de la función que tiene cada palabra sobre la conducta que presenta el hablante. Podemos imaginar una situación en que la respuesta *¡Allí hay un zorro!* requiera análisis gramatical, pero no parece necesitarse en el caso de *¡Aquí está!* En general, al desarrollarse la conducta verbal en el hablante individual, respuestas cada vez mayores adquieren unidad funcional, y no siempre necesitamos reflexionar sobre la acción autoclítica cuando una respuesta parece incluir una forma autoclítica. También parece razonable suponer que, cuando ocurren los cambios históricos en el ambiente verbal, se refuerzan unidades cada vez más grandes. Al menos, el ambiente debe estar preparado para reforzar unidades más grandes como unidades, antes de que ocurra el proceso paralelo en el desarrollo del hablante individual.

Cuando los "modelos" autoclíticos parcialmente condicionados se combinan con respuestas apropiadas a una situación específica, entra en juego algo menos que la conducta autoclítica relacional bien desarrollada. Después de haber respondido a muchos pares de objetos con conductas tales como *el sombrero y el zapato, el revólver y el sombrero*, etc., el hablante puede dar la respuesta *el muchacho y la bicicleta* en una ocasión nueva. Si el hablante ha

adquirido una serie de respuestas como *el revólver del muchacho, el zapato del muchacho* y *el sombrero del muchacho*, podemos suponer que el marco parcial _____ *del muchacho* está disponible para la recombinación con otras respuestas. La primera vez que el muchacho consigue una bicicleta, el hablante puede componer una unidad nueva: *la bicicleta del muchacho*. Esto no es simplemente la emisión de dos respuestas adquiridas separadamente. El proceso se parece a la causación múltiple que ya tratamos en el capítulo 9. Los aspectos relacionales de la situación fortalecen un modelo, y los elementos específicos de la situación fortalecen las respuestas que encajan en él.

Los autoclíticos relacionales específicos se entienden más fácilmente cuando la situación es compleja y varias operantes verbales son fortalecidas. Si los elementos separados de la situación evocan respuestas apropiadas en un orden determinado solamente por su fuerza relativa, probablemente el resultado será un galimatías. Para ponerlo en términos burdos, la conducta efectiva exige que se elija primero una respuesta apropiada y que las demás se relacionen a ella y a cada una de las otras por medio de autoclíticos apropiados. Si cuando se han emitido una o dos respuestas, se generan respuestas intraverbales, éstas deben tomarse en consideración y se debe añadir el autoclítico apropiado para formar la muestra mayor.

En inglés, la práctica estándar da prioridad a los objetos sobre la acción, y a las propiedades aisladas sobre los objetos. Existe buena probabilidad de que un objeto destacado, en una situación determinada, evoque la primera respuesta o, si ese objeto posee una propiedad notoria que también fortalece una respuesta, esta última se emitirá primero. También hay que añadir las terminaciones gramaticales. En inglés, generalmente los estímulos que llamamos cosas u objetos evocan respuestas cuyas terminaciones son apropiadas para los nombres, mientras que los estímulos que llamamos acciones generalmente evocan respuestas cuyas terminaciones indican verbos. Esto no es inevitable en absoluto. Se ha señalado que, aunque generalmente decimos *El caballo relincha*, también podemos decir *Los caballos relinchadores*.[4] A la larga, la distinción carecerá de sentido. Solamente porque las palabras que indican acción implican convencionalmente distinciones de tiempo, persona, etc., las conjugamos, y solamente porque es necesario que las palabras que se refieren a las cosas "estén de acuerdo" con los adjetivos que las describen, o porque es preciso que designen acción, las declinamos. Esto se debe solamente a que las costumbres gramaticales y sintácticas de la conjugación y declinación nos llevan a llamar a tales respuestas verbos y nombres, respectivamente. El hablante responde a una propie-

[4] Gardiner, A. H. *The Theory of Speech and Language* (Oxford, 1932).

dad común de la situación y le da su terminación. Esto altera el estatus de, y las costumbres gramaticales disponibles en relación con, las respuestas que quedan. Si la primera respuesta ha sido considerada como un nombre, una pauta intraverbal fragmentaria proporcionará la terminación apropiada, digamos, para el verbo que la sigue.

El papel que desempeña la costumbre se puede observar en la diferencia que existe entre los títulos de los periódicos ingleses y los estadounidenses. Cuando un rey muere, dos aspectos de la situación, el rey y la muerte, controlan las respuestas fuertes. En los títulos de los periódicos ingleses se acostumbra describir la acción con un nombre si es posible; así, el título del periódico será *Death of the King* (La muerte del rey). En los Estados Unidos la forma verbal se retiene para la acción y se da prioridad a la respuesta que se emite ante el objeto, en este caso una persona; el título del periódico sería *King Dies* (El rey ha muerto).

En el capítulo 3 vimos que un mando puede especificar un reforzamiento último (con frecuencia un estado u objeto), o la conducta del oyente al mediar tal reforzamiento. En la respuesta *Dame un cigarrillo* se dice que la palabra *cigarrillo* actúa como nombre. En la respuesta *¡Un cigarrillo!*, quizá tal palabra siga siendo un nombre; pero en la forma caprichosa *¡Un cigarrillo para mí*; la forma *cigarrillo* se convierte en un verbo comparable a *Dale agua a los caballos* o a *Ventila el cuarto.* En un idioma con inflexiones más marcadas, al hacerse la transición del objeto a la acción la respuesta empezaría por adquirir las terminaciones apropiadas para los verbos.

Al ver un cielo azul decimos *el cielo azul*, en la misma forma en que el hablante de habla francesa no vacila en decir *le ciel blue* (al indicar el acuerdo en género, el hablante de habla francesa añade que es el cielo lo que es azul, y no otra de las cosas que se pudieron haber mencionado). El hecho de que esto se deba a una pauta establecida, más que a un acto explícito de composición en una ocasión dada, se muestra cuando el proceso toma el camino equivocado. La expresión *Francés París* se emitió erróneamente en lugar de *París francés*, quizá porque *francés* por lo regular funciona como *adjetivo* y, por tanto, tiene prioridad; mientras que *París* por lo general actúa como *nombre* y, por tanto, ocupa un segundo lugar.[5]

El control inicial que ejerce una propiedad de la situación que generalmente evoca la primera respuesta puede estar sujeto a muchas influencias que lo trastornan, tales como las consecuencias especiales del orden retórico o los trazos del fortalecimiento formal y temático que surgen de la conducta anterior. Cuando se invierte una línea de un verso en forma tal que la palabra que

[5] Posiblemente también se deba a la fuerza intraverbal de la obra de Chaucer: "For Frenssh of Paris was to hir unknowe".

rima no aparece al final, se da una contribución formal esquelética de fuerza a un orden particular de respuestas.

En circunstancias complejas, la primera respuesta que se evoca puede resultar inadecuada o totalmente incapaz de generar un nuevo material. El hablante tiene que empezar de nuevo si va a completar una muestra grande de conducta verbal con éxito. En muchos casos, escribir algo por segunda vez implica tratar de empezar de manera distinta, en el sentido en que responde a aspectos diferentes de la situación y se añaden terminaciones gramaticales diferentes. En la oración *Antes de que se pueda efectuar el reforzamiento de una respuesta verbal, la respuesta debe evocarse*, la acción de evocar la respuesta *reforzar* tomó rápidamente el control de la situación y se le añadió una terminación (miento) apropiada al nombre. Esto hizo que el resto de la conducta adoptara una forma extraña. La aparición de la respuesta *se pueda efectuar* se hizo necesaria para compensar la acción perdida por decir *refuerzo* en lugar de *reforzamiento*. La oración puede volver a escribirse: *Antes de reforzar una respuesta verbal, la respuesta debe ser evocada*. Esta oración contiene una desafortunada repetición de la palabra *respuesta* que no puede mejorarse demasiado ni siquiera por la sustitución de un pronombre. Sin embargo, es posible mejorarla un poco más si eliminamos la palabra *Antes* que está usada como un autoclítico que se refiere a las propiedades temporales de los dos eventos, y si permitimos que el orden de las respuestas produzca el mismo efecto: *Una respuesta debe evocarse para ser reforzada*. (Por razones que quedarán más claras en el capítulo siguiente, el orden puede hacerse explícito añadiendo la respuesta *con el fin de*; así, la oración completa sería: *Una respuesta debe ser evocada con el fin de reforzarla*.) Para conservar la noción de reforzamiento en una posición destacada podríamos reconstruir la nueva forma para que se leyera así: *Para ser reforzada una respuesta debe ser evocada*. La fuerza de la palabra *Antes* fue recapturada añadiendo la respuesta *primero*, lo cual da la oración: *Para ser reforzada, una respuesta primero debe evocarse*. Es demasiado tarde para reconstruir los materiales originales de la oración, pero la forma "incorrecta" *Evoque la respuesta* y *luego refuércela*, probablemente los contiene todos. La relación temporal que se requiere, y que está representada por *luego*, se expresa con mayor generalidad mediante un autoclítico diferente: *Si no hay evocación, no hay refuerzo*. El ejemplo muestra el rango y el carácter relativamente arbitrario de la actividad autoclítica de "ponerle sentido gramatical" a la oración.

Una muestra de conducta verbal sugiere ocasionalmente formas gramaticales alternativas que podrían ser más aceptables para el lector. En un pasaje tomado de una novela inglesa de detectives leemos el siguiente fragmento: *They know I'm too*

*much for them with my good common streak of hard sense and determination.** Aquí *good* (buen), common (común), streak (sentido) y *determination* (determinación), podrían haberse organizado en distintos órdenes, algunos de los cuales estarían más cerca del inglés estándar. En una historia de Sinclair Lewis la frase *entonces él descubrió con espantada sorpresa*..., sugiere otro orden en el que *espantada* se refiera a él, y no a *extrañeza: entonces él descubrió espantado y con extrañeza*... La frase de Shakespeare *sicklied o'er with the pale cast of thought,* podría haberse ordenado en otras formas en las que la acción descrita habría podido ser *overcast with though* (entristecido por pensamientos) y por tanto *sickly and pale* (pálido y enfermo). Una persona que haya comenzado una oración diciendo *De hecho*... probablemente habría estado cerca de empezarla diciendo *En realidad el asunto es*...

El efecto de una terminación gramatical al establecer otra con una clase de respuesta intraverbal esquelética se puede observar claramente cuando el proceso se altera y produce "gramática incorrecta". En el ejemplo *El salario del pecado es la muerte* podemos encontrar que la conexión intraverbal entre *pecado* y *es* supera la relación más remota que existiría *salarios* y *son.* En un examen de traducción escrito apresuradamente aparecía la siguiente oración: *Paresis increase rapidly*... (la paresis aumenta rápidamente). Aquí la *s* final de *paresis* controla la aparición de un verbo (increase) que se adecua a un sujeto que está en plural (el plural de *paresis* es *pareses,* la forma correcta del verbo en la anterior oración sería *increases,* porque en realidad el sujeto está en singular) debido a que la terminación *s* es común de los plurales.

Cuando se principia correctamente una oración y se establecen sus terminaciones en forma irrevocable, quedan ciertos fragmentos sobrantes de respuestas que es preciso revisar. Algunas veces es preciso generar nuevas respuestas para llenar los vacíos, pero, además de esto, los materiales disponibles deben ponerse en algún tipo de orden. Ciertas figuras retóricas, como los "tropos", se refieren a soluciones más o menos aceptables. Las palabras "tmesis", "anastrofe" e "hipérbaton", se refieren a órdenes inusitados de respuestas que, en un idioma que utilice el orden con fines autoclíticos, pueden ser alterados. Cuando se emite la frase *He came to uswards,* en lugar de *He came towards us* (Él vino hacia nosotros), la fuerza indebida de *tous* (a nosotros) parece romper la respuesta *towards* (hacia), ya que la emisión de la mitad de la palabra *towards* se da sólo si el tiempo la permite. En la frase *That whiter skin of hers than snow* (Esa piel suya más blanca que la nieve), la fuerza especial de las palabras *whiter skin*

* Estoy con ellos, con mi buen sentido común y determinación.

(piel más blanca) está determinada, en parte, por el autoclítico relacional de agrupación, y rompe la expresión metafórica *whiter than snow* (más blanca que la nieve) con el fragmento sobreviviente que garantiza el final de la frase.

AUTOCLÍTICOS MANIPULATIVOS

Un extraordinario libro escrito a finales del siglo XVIII por John Horne Tooke, es la mejor introducción que podemos dar a los autoclíticos que aún no hemos analizado.[6] Tooke sostuvo que "los dos grandes objetivos del habla" se llevaban a cabo por dos clases de palabras. En primer lugar, reconoció que los nombres y verbos eran "necesarios para la comunicación". Al decir esto se refería al control de estímulos de la conducta verbal sobre la pauta del tacto. En lo que respecta a la referencia, como hemos visto, la distinción gramatical entre nombres y verbos es innecesaria y arbitraria. Según Tooke, todas las otras palabras eran "abreviaturas" empleadas con fines prácticos. Esta noción se representa en el título griego de su libro ΕΠΕΑ ΠΤΕΡΟΕΝΤΑ (*"palabras aladas"*). Para Tooke, el término "abreviatura" guardaba parte del significado de "decir mucho más de lo que parece decir". Esto era importante para él, porque se dedicó a revelar la significación escondida de tales palabras. El término también parece referirse a un proceso histórico en el cual las formas más antiguas, y generalmente más largas, se cambian y contraen gradualmente. El método de Tooke consistió en demostrar la función de la abreviatura apelando a la etimología, campo en el cual era un especialista precursor, aunque no infalible. Él señaló que la etimología no era esencial para su razonamiento. Al extender las abreviaturas para que su función se reconociera con mayor facilidad se hizo necesario encontrar cuáles serían aceptadas como expresiones equivalentes de una clase más obvia. Muchas de las palabras que él analizó tenían formas más extensas en su historia etimológica.

Tooke no parece haber apreciado todo el significado de su obra. No llegó a ver que algunas partes del lenguaje se relacionan con otras de sus partes, y que sus abreviaturas simplemente eran *términos que tenían que ver con la manipulación de los nombres* y los verbos que, según él, se ocupaban fundamentalmente de la comunicación.[7]

[6] Tooke, J. H. ΕΠΕΑ ΠΤΕΡΟΕΝΤΑ: *The Diversions of Purley* (Londres, 1857).

[7] Sin duda, él estuvo influenciado por las discusiones contemporáneas de las partes del habla, pero intentó reducir las preposiciones, conjunciones, partículas, etc., a nombres y verbos, lo cual tendía a oscurecer su especial función. Vale la pena reproducir una muestra de su libro *Diversions of Purley*, pues en ella muestra su preocupación por las interpretaciones contemporáneas de las funciones del habla:

Las palabras analizadas por Tooke se refieren a respuestas que se emiten ante situaciones más bien complejas, en las cuales el lector tiene que organizar y relacionar sus reacciones en la forma más eficiente. Así la palabra *but* (pero), que Tooke dice que etimológicamente se deriva de *out* (fuera), lleva al oyente a excluir algo, o a hacer una excepicón de una sola respuesta (la frase *All but Henry left the room* —Todos menos Henry abandonaron el cuarto— podría extenderse así: *All —except Henry— left the room* —Todos —excepto Henry— abandonaron el cuarto—) o de una oración (*All left the room, but Henry remained* —Todos dejaron el cuarto, pero Henry se quedó—). La primera aparición de la forma *but* hace la excepción de un nombre, la segunda de un verbo. En la última oración, la forma *but* puede ser sustituida por *and* (y) con sólo una pérdida de énfasis sobre la oposición que existe entre abandonar y permanecer. Sin embargo, en la primera oración la sustitución de *and* por *but* podría hacer redundante y errónea a la oración.

La respuesta *and* hace que el oyente añada a lo que se ha dicho, ya sea una sola respuesta (*This is for you and me* —Esto es para ti y para mí—), ya otra oración (*This is for you* and *that is for me* —Esto es para ti y eso para mí—).

De acuerdo con la argumentación de Tooke, la forma *if* (si) proviene de *give* (dar). *We shall go tomorrow given it does not rain* (Iremos mañana dado que no lloverá). La relación lógica *if-then* (si-entonces) presenta otros problemas. La respuesta *if you see an honest man, then you see a happy one* (Si usted ve a un hombre honesto, entonces ve a un hombre feliz) podría parafrasearse así: *If you can say "honest", you can always say "happy"* (Si uno puede decir "honesto", uno puede siempre decir "feliz"). La forma equivalente *All honest men are happy* (Todos los hombres honestos son felices) contiene el autoclítico cuantificador *all* (todos) en lugar de la forma *if* (si). Ambos tratan respuestas verbales, pero en distinta forma. Nadie puede emitir un tacto en respuesta a todos los hombres honestos ni a todos los casos en los que se dice *honesto*. La afirmación realmente se refiere a las propiedades definidoras de los estímulos que controlan las respuestas *feliz* y *honesto*, o a alguna relación entre ellos.

(A Tooke le interesa explicar la fuerza de ciertas palabras bien conocidas, especialmente preposiciones y conjunciones. No tiene

---

"En primer lugar él (Harris) define una *palabra como un* «sonido con significado»". Luego dice que las *conjunciones* son palabras (o sea, *sonidos con significado*) "carentes de significado". Más tarde admite que poseen "una clase de significado"; pero esta clase de significado es "oscura" (de significación desconocida) ... No contento con tales inconsistencias, que para una persona menos ilustrada serían más que suficientes, el señor Harris sigue, y dice que son "una clase de entes intermedios" (probablemente quiere decir que se encuentran entre la significación y la no significación), "que comparten los atributos de ambos" (o sea, de la significación y la no significación) y que "conducen a unir a los dos" (la significación y la no significación).

nada que decir acerca de la función manipulativa del autoclítico cuando funciona como ordenador o agrupador. La expresión *if we had world enough and time* —si hubiéramos tenido suficiente mundo y tiempo— puede ser transportada mediante un cambio de orden sin el autoclítico *si: Had we but world enough and time* —De haber tenido suficiente mundo y suficiente tiempo—.)

Como ejemplo un poco diferente, podemos dejar que Tooke exprese sus argumentos en relación con la frase preposicional *a través de.*

> Pero ¿cuál es el *objeto real* al que nombra la frase "a través de"?... Sin duda alguna se trata de uno muy común. En la misma forma en que la preposición francesa *chez* no es más que el sustantivo italiano *Casa* o *Ca*, así las preposiciones inglesas *Through, Throurough, Thorow*, o *Thro'*, no son más que el equivalente al sustantivo gótico ƕurh , o al teutónico *Thuruh*, y, al igual que ellos, quiere decir *Puerta, portal, pasaje*...
>
> Después de haber visto la forma en que el sustantivo *Casa* se convirtió en preposición en el francés, no le debe extrañar al lector ver que *Puerta* se convierta en una preposición en el inglés.[8]

La meta de un análisis com el de Tooke no es lograr una paráfrasis lógicamente equivalente, ni reducir todas las expresiones a un mínimo de términos lógicos; simplemente consiste en volver a una forma de respuesta que tenga un efecto más fácilmente identificable sobre el oyente. Generalmente la paráfrasis convierte una respuesta breve y de función oscura en una mayor y más explícita que, como diríamos, es un equivalente más muscular. En general, a Tooke le respaldan los lingüistas modernos y los interesados en la lógica. El análisis que hace Sapir[9] de la palabra *para*, lo encontramos en el espíritu de las investigaciones de Tooke, así como también en el revelador *Elementary Logic*, de W. V. Quine,[10] en el cual se analizan cuidadosamente muchos autoclíticos importantes. Tanto Sapir como Quine se interesan en el análisis empírico de la función de la conducta verbal. Sin embargo, es preciso distinguir entre las explicaciones a las que llegaron ellos, y el presente análisis.

Lo que le faltó a Tooke fue una concepción del comportamiento en cuanto tal; seguía estando bajo la influencia del empirismo británico y de la gramática, a pesar de haberse declarado inde-

[8] Tooke, *op. cit.*, pág. 180. Podríamos analizar un caso determinado, por ejemplo, la frase: *El perro se fue por entre la cerca.* Al analizarla, podemos decir que la relación que existe entre el perro que va y la cerca se caracteriza por la emisión de una respuesta común, la palabra *puerta*, que está íntimamente asociada con una relación semejante (algo o alguien que sale a través de algo). La respuesta que está bajo el control de la relación puede sufrir cambios históricos que no necesitan afectar la misma respuesta que está controlada en otra parte por el estímulo genérico original.

[9] Sapir, E. *Language* (Nueva York, 1921).

[10] Quine, W. V. *Elementary Logic* (Boston, 1941).

pendiente. Tal vez estuvo más cerca de nuestra posición cuando escribió:

> El tema de la mente, en lo que respecta al lenguaje, me parece muy simple. No va más allá de la recepción de impresiones, esto es, de tener sensaciones o sentimientos. Lo que denominamos sus operaciones son simplemente las operaciones del Lenguaje. Una consideración de las *ideas*, de la *mente* o de las *cosas* (relativa a las partes del lenguaje), no nos llevará más allá de los *nombres*: v.g., los signos de tales impresiones o los nombres de las ideas. La otra parte del lenguaje, el *verbo*, debe explicarse a partir de su uso necesario en la comunicación. De hecho es la comunicación misma y, por tanto, bien denominado *'Pñμa, Dictum.* Porque el Verbo es *QUOD loquimur*; el Nombre, *DE QUO.*

Aquí, luchando contra el enorme peso de la tradición, Tooke está hablando sobre la conducta verbal. Ha "desabreviado" los términos confusos que no pueden explicarse como palabras objeto, ni apelando a términos-imágenes que aquí podríamos clasificar como autoclíticos, y además ha encontrado que son verbos. Esto lo llevó a hacer una importante generalización que podríamos parafrasear en la siguiente forma: algunas respuestas verbales son evocadas por cuestiones externas. Tooke quiere llamar nombres a éstas respuestas. Otras respuestas son comunicación en sí mismas, afectan al oyente y no poseen ninguna función aparte de ese efecto; a éstas las llama verbos. Quizá porque escribió hace más de 150 años no tenía otra alternativa, pero hoy es posible presentar una nueva formulación del problema.

Es posible que muchos casos de conducta verbal que contienen autoclíticos gramaticales o sintácticos, no representen actividad autoclítica verdadera. En realidad no le decimos al oyente que se queda algo sin explicar cada vez que decimos *He leído todo, excepto los dos últimos capítulos.* La respuesta *todo excepto dos* es una forma estándar que está controlada por una situación estándar. Una expresión alternativa habría sido *Todavía tengo que leer los dos últimos capítulos.* Solamente en ocasiones realmente nuevas emitimos un mando sobre el oyente para que modifique su conducta. Pero tales ocasiones se presentan, y la actividad autoclítica explícita del hablante al manipular su conducta, debe tenerse en cuenta como una importante función verbal. En el siguiente capítulo describiremos este tipo de actividades adicionales, así como también el efecto que tienen sobre el oyente.

La composición y sus efectos

Aquí nos ocuparemos de lo que Emerson llamó "entremezclar, ligar, articular y clasificar" las palabras. El hablante no sólo emite las respuestas verbales que son apropiadas para una situación determinada o para su propia condición, sino también aclara, arregla y manipula tal conducta. Su actividad es autoclítica porque depende de la reserva de respuestas verbales que tenga disponibles.

La explicación última de la conducta autoclítica se encuentra en el efecto que ésta posee sobre el oyente, incluyendo al hablante mismo. En general, las reacciones del oyente en cuestión son aquellas que pueden estar equivocadas, o sea: aquellas que pueden no ser efectivas para tratar el ambiente que es responsable de la conducta del hablante. Gran parte de la conducta emocional e imaginativa del oyente (y del lector) tiene poco que ver con la gramática y la sintaxis. Una palabra obscena logra su efecto sin importar su localización ni su gramática. Lo mismo ocurre con la mayor parte de las palabras que dan un carácter emocional al lenguaje. T. S. Eliot decía que la función del significado inmediato de un poema consistía en inducir al lector a que siguiera leyendo en forma tal que pudieran presentarse los efectos colaterales que no dependen del significado inmediato del poema. La poesía puede ser completamente antigramatical en lo que respecta a su efecto, pero el lector rara vez leerá dicha parte en forma aislada; él debe ser llevado por el significado inmediato del texto.

El comportamiento autoclítico se refiere a la acción práctica, o a las respuestas del oyente que dependen de la correspondencia que existe entre la conducta verbal y un estado de cosas estimulante. La mezcla confusa de los elementos de la poesía, como sucede en el ejemplo que tomamos de Lord Chesterfield en el capítulo 6, destruye tanto el orden autoclítico como el efecto de

las respuestas autoclíticas. El "significado" que se destruye es el significado que hace que el poema pueda ser correcto o equivocado, es decir: el significado con respecto al cual el lector puede emprender una acción efectiva, aunque sea meramente verbal. Los "significados" que sobreviven son respuestas condicionadas emocionales y connotativas, incluyendo las que eran apropiadas para la escritura y los versos didácticos en el siglo XVII.

Generalmente, a los segmentos mayores de la conducta verbal que resultan de la actividad autoclítica se les llama oraciones. Comúnmente se dice que la oración, y no la palabra, es la unidad del habla, pero no hay razón para usar el concepto de oración con el fin de obtener una unidad de conducta verbal más activa que la palabra. La conducta verbal generalmente es activa, sin tener en cuenta su tamaño ni su complejidad. Tampoco la "afirmación" autoclítica que vimos en el capítulo 12, ni el "juicio" que analizamos en el capítulo 13, requieren un término nuevo. Se han hecho intentos para definir una oración en función de lo que dice. El *Concise Oxford Dictionary* da la siguiente definición: "conjunto de palabras completo en sí mismo que contiene sujeto y predicado (uno u otro, parte de uno u otro o de ambos, que a veces se omiten por la elipsis) y que implica una afirmación, pregunta u orden". Nótese que la respuesta verbal en cuanto tal (o el registro que deja) no es afirmación, pregunta ni orden, sino que simplemente las "implica". Esto sugiere que la oración es la expresión de una idea o proposición. En forma característica, se dice que una oración es completa sólo si el "pensamiento" es completo, etc. Pero mientras podemos encontrar criterios para las propiedades de una oración, posiblemente en los efectos que posee sobre el oyente con respecto a un estado de cosas determinado, la definición no nos ayuda a explicar cómo se emiten las oraciones.

Algunas oraciones sencillas simplemente se generan añadiendo autoclíticos a las operantes verbales ya disponibles. Supongamos que el hablante observa a una persona hambrienta, y que hay un oyente que está interesado en la gente hambrienta, esto es: quien refuerza a los hablantes que le hablan de la gente hambrienta o que hacen cosas acerca de las personas hambrientas, son indirectamente reforzantes para el hablante. Las propiedades principales de la situación fortalecen las respuestas *gente* y *hambre*. En español deficiente, el hablante puede decir simplemente *persona hambreada* a manera de anuncio (suponiendo una predisposición especial por parte del oyente) o *persona con hambre* como un juicio rudimentario. Con base en la tendencia que tienen los pronombres a presentarse en los juicios, el hablante pudo decir *Aquél tiene hambre*. Un hablante con mayor conocimiento del idioma puede usar el autoclítico afirmativo *está: El hombre está hambriento*. Sin embargo, aún necesitamos un autoclítico designativo.

La respuesta *El hombre está hambriento* puede ser una generalización completa, pero la especificidad de la presente situación se puede indicar mediante la aplicación del autoclítico *ese*. Así, la forma completa *Ese hombre tiene hambre* actúa en forma óptima sobre el supuesto oyente.

Sin embargo, cuando se expresa una oración no ocurre nada tan explícito como esto. Algunas oraciones son respuestas estándar que se emiten ante situaciones comparables a los versos bien memorizados, máximas o exclamaciones. Otras están cerca de ser "formas" esqueléticas completas sobre las cuales se pueden colocar una o dos respuestas. En general, recibimos refuerzo al emitir oraciones completas y castigo por las expresiones o fragmentarias, y las variables que sólo fortalecen pocas respuestas tienden a evocar oraciones completas a través de la causación múltiple. Este caso se presenta claramente cuando no existen fuentes externas de fuerza para las respuestas que se añaden. Por ejemplo, si apenas hemos oído los estímulos verbales *persona* y *hambre* en este orden, y si la situación requiere una respuesta ecoica (si nos preguntan *¿Qué dijo él?*) es más probable que contestemos *La persona* (o *alguna persona*) *tiene hambre*. En forma semejante, al recordar una prosa o un verso mal memorizados será más probable que emitamos oraciones completas, pero equivocadas, que solamente los fragmentos que recordamos en realidad. Los préstamos literarios aparecen como oraciones completas cuando en realidad sólo se tomaron algunas palabras.

La comunidad verbal responsable de las distinciones que se efectúan por medio de diversos tipos de autoclíticos, genera esta tendencia a responder en unidades más grandes. Algunas oraciones son algo más que simples respuestas claves sobre formas esqueléticas fuertes, o que respuestas fragmentarias que se completaron bajo presión para producir unidades totales. Un conjunto de variables puede ser tan inusitado o tan complejo que la conducta verbal anterior del hablante no proporciona una pauta estándar apropiada. Entonces, el hablante debe manipular sus respuestas con la ayuda de autoclíticos especiales. La creación que resulta de segmentos mayores de conducta verbal es una actividad que podemos llamar composición. Aunque al responder a los arreglos complejos de variables el juicio y la aserción no están implícitos en la organización de la conducta verbal, ellos no son necesariamente composición debido a que, en sí mismos, no caracterizan ni la unidad mayor, ni un estado particular de cosas que da lugar al surgimiento de tal organización.

La sola evidencia formal no muestra si las oraciones han sido compuestas. Las oraciones memorizadas que se emiten como simples secuencias intraverbales, aquellas que se reproducen como conducta textual o ecoica o las combinaciones de algunas respuestas claves con pautas que se han retenido, no son compuestas en

este sentido. La "unidad" que reconocemos en la mayor parte de las oraciones puede tener cierta base en la unidad de los "hechos" descritos o de las "ideas" expresadas; pero gran parte de ello es convencional.

Las respuestas evocadas por una situación son esencialmente antigramaticales hasta que se tratan autoclíticamente. Tales respuestas pueden estar ya ordenadas o terminadas debido a otras consideraciones, o a las unidades estándar que no requieren terminación especial en el presente caso. Algunas veces la conducta se emite en forma esencialmente no gramatical. El habla apresurada, en la cual no hay tiempo para proporcionar autoclíticos, no siempre es completamente ordenada y puede carecer de terminaciones gramaticales. Es posible que al componer un telegrama no tengamos la capacidad para proporcionar los autoclíticos, a pesar de que el orden sea abierto. Frecuentemente la falta de espacio en los encabezados periodísticos elimina los autoclíticos. Un dolor de mandíbula tiene el mismo efecto. Un idioma mal hablado se parece a la forma latente del lenguaje, debido a que la mayoría de los autoclíticos no se adquieren en los primeros estadios del aprendizaje de una lengua. Sólo algunos autoclíticos encuentran su sentido en el lenguaje del señor Jingle, en *Pickwick Papers*:

> Played a match once—single wicket— friend the Colonel—Sir Thomas Blazo—who should get the greatest number of runs—won the toss—first innings—seven o'clock A.M.—six natives to look out—went in; kept in—heat intense—natives all fainted—taken away— . . .[1]

Aquí, el orden está determinado principalmente por el orden original de los eventos, son pocos los autoclíticos afirmativos y manipulativos, y los ajustes de la conducta son mínimos para el oyente.

Como ocurre con los autoclíticos relacionales y manipulativos en general, existen grandes posibilidades de aplicar la gramática y la sintaxis al material latente. Supongamos que un oyente está principalmente interesado en el "hecho" de que "Sam rented a leaky boat" (Sam rentó un bote agujereado). Las respuestas "en bruto" son: *rent* (rentar), *boat* (bote), *leak* (agujero) y *Sam*. Si el inglés del hablante es deficiente, las relaciones importantes pueden llevarse a cabo mediante la aplicación de los autoclíticos de orden y agrupación: *Sam rent boat—boat leak*. Si añadimos la terminación *ed* al verbo to *rent* y a la palabra *leak* le agregamos la partícula *y*, como un tacto mínimo que indica el "tiempo

[1] Una vez jugó una partida—criquet rudimentario—amigo el coronel—Sir Thomas Blazo debería lograr el mayor número de tiros—ganó la apuesta—primeras entradas—siete de la mañana—seis nativos miraban—entró, lo retuvo—calor intenso—todos los nativos se acobardaron—lo llevaron lejos— . . .

pasado", y si agregamos también los artículos *a* (un) y *the* (el) para que cumplan con la función de calificar a *boat*, digamos, al responder a la pregunta *¿Qué bote?*, obtendremos la respuesta: *Sam rented a boat; the boat leaked* (Sam alquiló un bote; el bote hace agua). Otros autoclíticos manipulativos, incluyendo la puntuación, por lo menos producen otras siete versiones.

Los pronombres son autoclíticos cuando tienen antecedentes en la conducta verbal misma. Tanto las abreviaturas de Tooke como los pronombres que tienen funciones autoclíticas, se usan para "avisar", como en la respuesta *He rented a boat. It leaked* (Él rentó un bote; el bote hace agua). Cuando se pone énfasis en las dos partes de la conducta, se le proporciona al lector cierta ayuda adicional, por ejemplo: *He rented a boat, but it leaked* (Él alquiló un bote, pero el bote hacía agua). Si la forma *it* se reemplazara por wich —lo cual sería una función autoclítica más fuerte para enlazar la frase en que aparece la palabra *leak* a aquélla en que aparece *rent*— tendríamos *He rented a boat, which leaked* (Él alquiló un bote, el cual hacía agua). La relación que se muestra formalmente por medio de las formas *and* y *but* debe tratarse mediante otros autoclíticos (como *más aún*, o *sin embargo*). Una relación aún más cercana se sugiere al eliminar la coma: *He rented a boat which leaked* (Él rentó un bote el cual hacía agua). Finalmente, eliminando la posibilidad de que se presente algún equivalente de *but* o *that*, podemos evitar el pronombre usando el instrumento tendremos: *Él alquiló un bote* relacional adjetivo-nombre (el cual se logra agregando la terminación *y* al verbo *leak*, para lograr la forma *leaky*) para lograr la expresión *He rented a leaky boat* (Él rentó un bote agujereado).

Todos los cambios que se pueden efectuar en las cuatro operantes verbales del ejemplo anterior difícilmente pueden ser comparadas con las posibilidades que se encuentran en la conducta verbal más compleja. Consideremos, por ejemplo, la siguiente oración: *In its long apprenticeship to theological dogma, classical humanism has created a type of philosophy which is inimical to the temper of scientific inquiry* (En este largo aprendizaje del dogma teológico, el humanismo clásico ha creado un tipo de filosofía que es hostil para el temperamento de la investigación científica). Posiblemente aquí existan sólo tres respuestas básicas: *humanism* (humanismo), *opposition* (oposición) y *science* (ciencia). Si expresamos estas formas en inglés defectuoso, diría: *Humanism oppose science* (Humanismo se opone a ciencia). Pero sería mejor señalar que *oppose* es el resultado de una asociación con *theology*, y que *dogma* y *philosophy* que se refieren al humanismo teológico se oponen a *inquiry* (investigación) que alude a la ciencia. Con este material se pueden formar un gran número de oraciones dependiendo del empleo de autoclíticos menores *El humanismo clásico se opone a la ciencia porque se fundamenta*

en el dogma teológico; El dogma teológico ha impuesto en el humanismo clásico una filosofía que se opone a la investigación científica, etc.). Si se retienen las mismas operantes básicas y los autoclíticos tienen la misma fuerza, todas estas oraciones "dirán la misma cosa".

La mayor parte de los errores en la construcción de oraciones que se discuten en los libros de gramática y sintaxis ilustran la debilidad de la actividad autoclítica: un pronombre sugiere una relación con una respuesta no relacionada; los autoclíticos se usan en exceso *(Él vio que él había encontrado que cuando él llegó a su destino* o *Tal vez puede que él quizá se haya ido*, o *Negó que no lo hubiera dicho*, en la cual sobra el *no)*, o no concuerdan *(Estoy seguro de que él tal vez fue)*, etc. Todos estos son problemas relativamente refinados. El hablante joven encuentra dificultades más burdas. Tomemos dos ejemplos de una niña de dos años de edad: *¿Por qué pusiste leche y café en la junta taza?* (en lugar de . . . en la misma taza) o, después de que la niña ha oído la expresión "Te compraré un animal grande, tan grande como lo desees", es posible que emita la expresión: *Compraré un animal grande, grande como tú eres.* Por desgracia, tales debilidades nunca se superan por completo. Aquí tenemos algunos ejemplos tomados del lenguaje cotidiano de un adulto. *¿Qué asunto de él es este? El propio curso de tus mismas ideas. Si para nada más que para hablar. Allá, arriba de la mesa. ¿Cómo tu nombre empieza? Cosas de los papeles en que están. Un guapo grupo de muchachos.*

Las contingencias especiales que se encuentran dentro de las oraciones completas a menudo necesitan del rastreo del material adicional, para lograr un resultado aceptable. (Dónde y cómo se encuentra ese material adicional, lo discutiremos en el capítulo 17.)

Así, la propaganda de radio y televisión nos ofrece un buen ejemplo de composición que necesita que se den elementos adicionales. Por lo general, lo único que se le pide a los que escriben los anuncios es que emitan el nombre del producto junto con dos o tres adjetivos relevantes cierto número de veces durante corto tiempo.

De esta forma, es preciso que las oraciones compuestas contengan el nombre y los adjetivos, aunque el resto del material no esté determinado. Al completar los marcos metafóricos en el capítulo 5, ya hemos discutido una tarea similar. Allí se empezaba a hacer una comparación, aunque no se había sugerido ninguna respuesta que la satisficiera. El hablante ingenioso no sólo logra producir respuestas que tienen múltiples fuentes de fuerza importantes, sino también compone oraciones en las que tales respuestas parecen estar en su elemento. Para hacer esto, es preciso encontrar material verbal adicional.

Análisis de los segmentos de la conducta verbal

En forma más o menos especulativa, podemos reconstruir el proceso de composición analizando un segmento de conducta en: 1. sus operantes esenciales; 2. las intraverbales que pueden surgir de esas operantes en el proceso de emisión (que con frecuencia componen grupos temáticos de respuestas), y 3. el marco de referencia autoclítico. En un conocido pasaje de la biblia, en la versión del Rey James, podemos aislar la respuesta *bendito* que se coloca en oposición a *ungodly* (impío), *sinner* (pecador) y *scornful* (desdeñoso). Un segundo grupo temático no relacionado contiene tres respuestas *walketh* (anda), *standeth* (se levanta) y *sitteth* (se sienta), cada una de las cuales tiene su pareja intraverbal: *councel* (consejo), *way* (camino) y *seat* (asiento). El pasaje dice lo siguiente: *Blesséd is the man that walketh not in the council of the ungodly, nor standeth in the way of sinners, nor sitteth in the seat of the scornful* (Bendito es el hombre que no sigue el consejo del impío, el que no sigue el camino de los pecadores, y el que no ocupa el lugar del desdeñoso). La fuerza de este pasaje se debe en gran parte a la preparación temática que se intensifica firmemente al integrar a los miembros de los grupos temáticos.

Los conjuntos de respuestas pueden reorganizarse autoclíticamente, aunque los autoclíticos relacionales y manipulativos no satisfagan sus propósitos normales. En otras palabras, puede no haber relación alguna de afirmación o juicio entre las operantes básicas o entre sus grupos intraverbales. Gertrude Stein nos dio un rico conjunto de ejemplos:

> Seat a knife near a cage and very near a decision and more nearly a timely working cat and scissors. Do this temporarily and make no more mistake in standing. Spread it all and arrange the white place, does this show in the house, does it not show in the green that is not necessary for that color, does it not even show in the explanation and singularly not at all stationary.[2]

El pasaje anterior contiene principalmente una serie de mandos: *Seata*... (Coloque una...), *do* (haga) *make* (haga), etc., los cuales van seguidos por tres preguntas o mandos para la acción verbal: *does this show* (haga esta exposición), *does it not show* (no la muestre), *does not even show* (tampoco la muestre). El resto del pasaje puede dividirse en varios grupos temáticos: *a*) *near, very near, more nearly*; *b*) *timely, temporarily*; *c*) *seat,*

[2] Coloque una navaja cerca de una jaula, muy cerca de ella una decisión, y más cerca todavía un gato y unas tijeras. Haga esto temporalmente y no cometa el error de levantarse. Revuélvalo todo y póngalo en el espacio en blanco; haga esta exposición en la casa; no lo muestre en verde que no se necesita ese color, tampoco lo muestre en la explicación y en forma singular de ninguna manera estacionaria. (Traducción libre, *N.* del *T.*)

standing, stationary; *d*) *knife, scissors*; *e*) *white, green, color*. Probablemente ciertos instigadores formales fueron efectivos. Existen cuatro palabras con el sufijo *ly*, dos que terminan en *ary* y sólo un caso en que aparece la partícula *ari* dentro de una palabra.

A manera de otro ejemplo a partir del cual podemos tratar de inferir algunos de los procesos involucrados en la composición, consideremos el siguiente soneto de Shakespeare:

> Th'expense of Spirit in a waste of shame
> Is lust in action, and till action, lust
> Is perjured, murd'rous, bloody, full of blame,
> Savage, extreme, rude, cruel, not to trust,
> Enjoyed no sooner but despisèd straight,
> Past reason hunted, and no sooner had
> Past reason hated, as a swallowed bait,
> On purpose laid to make the taker mad;
> Mad in pursuit and in possesion so;
> Had, having, and in quest to have, extreme;
> A bliss in proof, and proved a very woe;
> Before, a joy proposed; behind, a dream.
> All this the world well knows; yet none knows well
> To shun the heaven that leads men to this hell.[3]

Aquí la actividad autoclítica principal consiste en destacar un conjunto de opuestos que se encuentran resumidos en la oposición entre *heaven* (cielo) y *hell* (infierno), cuyo eco se encuentra en *enjoyed* (goza) *despised* (desdeña) y en *hunted-hated* (buscada-odiada). En el mismo lado de *hell está lust* (lujuria) que se asocia a cuatro grupos temáticos: *a*) *waste* (desolación), *shame* (vergüenza), *expense, full of blame* (llena de culpa); *b*) *perjured* (perjura), *not to trust* (inconfiable); *c*) *murderous* (aniquiladora), *bloody* (sangrienta), *savage* (salvaje), *cruel* (cruel), y *d*) *extreme* (extrema), *rude* (ruda). En el lado de *heaven* tenemos *bliss* (dicha) y *joy* (alegría). Otro conjunto de opuestos se relaciona con el paso del tiempo: *in action-till action* (en acción-hasta la acción); *no sooner-straight* (sin ventaja-continuamente); *in*

[3] La traducción literal de este soneto sería la siguiente:

El dispendio del espíritu en la desolación de la vergüenza
Es la lujuria en acción, y hasta la acción, lujuria
Es perjura, aniquiladora, sangrienta, llena de culpa,
Salvaje, extrema, ruela, cruel, inconfiable,
No goza la ventaja, sino al candor desdeña,
En busca de una razón pasada, y ninguna ventaja tuvo
Odiada razón pasada, como haber tragado anzuelo,
A propósito postrado para enfurecer al conquistador;
Furioso al perseguir y poseer así;
Tuvo, tiene y busca tener, fin;
La dicha al probar y confirmar una gran prosperidad;
Antes, propuso la alegría; detrás, un sueño.
Todo esto bien lo sabe el mundo; mas aún nadie sabe
huir del paraíso que conduce al hombre a este infierno.
(Traducción libre. *N.* del *E.*)

pursuit-in possesion (al perseguir-al-poseer); *had-having* (tuvo-tiene); *before-behind* (antes-detrás). La moraleja se introduce con una tercera proposición, aquella que existe entre *world well knows* (el mundo bien sabe) y *none knows well* (nadie sabe bien). De este material, así como de las fuentes formales de fuerza tomadas de la experiencia del escritor en su trabajo con sonetos tradicionales y de las fuentes formales generadas en el soneto mismo, parece haber sido compuesto el anterior soneto. Es posible efectuar muchas variaciones autoclíticas sobre el material de una línea determinada. La primera línea; un ejemplo podría ser el siguiente: *A waste of spirit in the expense of shame, A shameful and expensive waste of spirit*, o *A shamefully and expensively wasted spirit*. La selección final está muy influida por la pauta esquelética de énfasis del pentámetro yámbico.

Como último ejemplo, consideremos el siguiente pasaje que se ha tomado de las Libretas de Thoreau:[4]

> Cuando me paro al pie de la colina que está detrás de las tierras de J. Hosmer y miro las praderas que colindan al oeste con Acton y veo que las granjas, pocas y solitarias, de las que me separa casi media milla, en esos grandes campos rodeados de espesos bosques, que parecen estar lejos del mundo, donde los niños tienen que ir muy lejos para asistir a la escuela; el campo inactivo, sempiterno, estoico y envejecido, se encuentra tan lejos de la oficina de correo donde llega el periódico semanal, del lugar en que la recién casada no puede vivir de soledad, y el joven depende de su caballo para vivir en sociedad; veo la casa de J. Hosmer adonde regresa con su esposa decepcionado de la vida en la ciudad y me paro en el camino de Tarbell, camino que él solo no puede abrir; para la mayor parte de los caminantes el mundo del invierno se reduce a viajar cubriéndose de la nieve y a enclaustrar todas las primaveras sin recuerdos; un lugar en el que el viejo, a quien no queda mucha vida por delante, piensa que puede esforzarse en enmohecer, mientras que el joven se consume al acercarse a la oficina del correo y al Liceo, se siente inquieto y resuelve ir a California porque la estación está a una milla de distancia (al oír a la distancia el ruido de carretas piensa que el mundo gira y lo abandona); un lugar donde conejos y perdices se multiplican, y las ratas almizcleras son muchas más que nunca, y ninguno de los hijos de los campesinos quiere ser como sus padres, y los manzanos se descomponen, y las goteras son más numerosas que las casas, y los caminos están cubiertos de líquenes, y las viejas solteronas que han esperado en vano por veinte años mudarse al pueblo buscan vender su casa jamás pintada ni enyesada, ni por dentro ni por fuera, con su nunca terminado cuarto. Tierras de las que hace mucho despojaron a los indios y hoy se expulsa a los granjeros, tierras que fueron bosques y ahora son trigales, ayer trigales hoy pastizales; viviendas que sólo aquellos Arnoldos de

[4] Shepard, O. *The Heart of Thoreau's Journals* (Boston, 1927).

la soledad, esos vagos de los bosques, el tahonero y el carnicero visitan, y de ellos, cuando menos este último penetra para escoger el ternero del año, tras lo cual la vaca muge; lugares a los que el aldeano nunca se aventura, sino en época de zarzamoras, y si no lo hace él, ¿quién irá? Un lugar en el que los hombres despiden olor al ron que han metido de contrabando en una jarra para aliviar su desgracia y su soledad; donde las lechuzas ofrecen su serenata nocturna. Parado allá, al ver tales cosas, no puedo comprender a esta joven y esperanzada América, famosa en todo el mundo por su actividad y su espíritu de empresa, y sólo sé que ésta es la parte más poblada y más yanqui de todas.

El marco autoclítico del pasaje comienza con la descripción que hace el autor de las circunstancias en las cuales habla: *Me paro, miro*, etc. Termina con el autoclítico *no puedo comprender* (que tal vez podríamos traducir como: *No me encuentro diciendo* o *no puedo decir*). Thoreau no puede afirmar dos grupos temáticos incompatibles. El primero de ellos puede dividirse en varios subgrupos (soledad y desolación) *casas a media milla de distancia, poco, solitario, grandes campos, bosques, fuera del mundo, la escuela está lejos, soledad, caballos para vivir en sociedad, viajar cubriéndose de la nieve, la estación a una milla, sólo van el carnicero y el tahonero* (pasividad) *quieto, aletargado, primaveras enclaustradas sin recuerdos*; (desgracia y desesperación) *hombres que huelen a ron, desgracia, acongojado, envejecido, desesperación, viejos que enmohecen, jóvenes que se van a la oficina de correo y al liceo, el mundo que se va y lo deja, los hijos que no desean ser campesinos, viejas solteronas que quieren vender, vacas que mugen por sus terneros;* (decadencia del tiempo) *campo que envejece, manzanos descompuestos, caminos cubiertos de líquenes, granjas arruinadas, bosques que se vuelven campos, campos que se vuelven pastizales, indios que se fueron, conejos, perdices y ratas almizcleras que se multiplican, lechuzas que dan su serenata.* El otro grupo temático, que Thoreau encuentra imposible emitir en las mismas circunstancias, consiste en *joven y esperanzada América, famosa por su actividad y su espíritu de empresa, más poblada y más yanqui.*[5]

Al analizar una muestra de conducta verbal escrita no podemos, claro está, identificar el orden real en el cual una respuesta evocó a otra. Por ejemplo, no podemos decir cuál de las dos respuestas relacionadas intraverbalmente fue el estímulo y cuál la respuesta. El material pudo haberse trabajado extensivamente y algunas fuentes intraverbales pudieron haberse perdido. En pocas palabras, carecemos de la información necesaria para algo diferente a una interpretación superficial. Sin embargo, una falla te-

[5] Thoreau estaba consciente de su inclinación por las paradojas aparentes. En su diario, Septiembre 2 de 1854, escribió: "Mis faltas son: las paradojas, decir exactamente lo opuesto, un estilo que puede ser imitado".

mática o autoclítica puede sugerir alguna noción del proceso complejo de la composición.

ARTICULACIONES MAYORES

Además de la parte de la composición que se refiere a las relaciones autoclíticas que se establecen entre las partes de un segmento importante de conducta verbal, tenemos que considerar el difícil problema que enfrenta el hablante o escritor al trabajar dentro de límites dimensionales estrechos. La conducta verbal vocal posee sólo una dimensión importante: el tiempo. Dentro de esta dimensión el hablante tiene que describir escenas multidimensionales o episodios, así como presentar argumentos complejos. Con este fin el hablante o escritor puede usar autoclíticos manipulativos que unen respuestas remotas, disgresiones temporales de señales, que sirven para retomar el hilo, etc. Ejemplos de esto son: *Incidentalmente, a propósito, entretanto, volveremos a eso en un momento, pero primero, entre paréntesis, para regresar por un momento.* Algunas veces la respuesta se repite después de haber emitido otra conducta con el fin de retomarla para emplearla en relación a otras respuestas, esto sucede al emplear la figura clásica llamada "anadiplosis": *Él conserva sus cualidades a pesar de los golpes de la fortuna; golpes que no se podrían evitar ni prever aunque se usara la máxima prudencia.* Los pronombres especiales que se refieren a la conducta verbal cumplen una función similar, por ejemplo: *el anterior, el último,* o *qué,* como en la expresión *¿Qué dijo él?*

En la retórica clásica se han identificado y clasificado diversos ordenamientos inusitados de palabras. En la "hipalage" el adjetivo puede modificar un nombre inapropiado: *quienes se precipitaron como leones a la tormentosa masacre* (frase tomada de e. e. cummings). En el "hipérbaton" las palabras fuera de orden sin que sugieran necesariamente otras relaciones, como sucede en el ya citado ejemplo: *esa piel suya, más blanca que la nieve.* En la "anástrofe" simplemente se invierte el orden normal de las palabras: *el campo sobre.* Cualquier efecto de refuerzo demostrable que tenga el pasaje sobre el oyente puede tomarse en consideración para explicar el uso de tales instrumentos, pero como una característica común de las obras literarias, podemos tomarlas para mostrar la forma en que las circunstancias de la composición literaria alteran los procesos normales. Entre ellas el efecto del fortalecimiento formal es obvio: de los ejemplos que acabamos de dar, el primero pudo haberse aumentado por la aliteración de *como leones,* el segundo por el hecho de que el orden normal no produciría los resultados deseados, y el tercero porque al invertir el orden de las palabras se logra la rima.

El "quiasma" puede mostrar el efecto de un intraverbal fuerte. En la expresión inglesa *A Boston man and a woman from New Bedford* (Un hombre de Boston y una mujer que viene de New Bedford), la conexión intraverbal entre *man* y *woman* podría haber invertido el orden normal y dar como resultado *A Boston man and a New Bedford woman.* No debemos, claro está, decir que el hablante —o más posiblemente el escritor— "cambió el orden para lograr el efecto". Dadas ciertas variables formales suplementarias, el orden inusitado tiene grandes probabilidades de ser emitido. (Si "el autor trató varios órdenes y seleccionó uno de ellos debido a sus efectos, ya sea sobre sí mismo o sobre otra persona", al hacerlo su conducta pasará a formar parte del tipo que se discutirá en el capítulo 15.) La frecuencia de órdenes inusitados, no necesariamente efectivos, en la literatura es otra indicación de los criterios laxos de la comunidad literaria. Es probable que aparezcan órdenes inusitados, ilógicos o confusos (y que no se corrijan) debido al ambiente verbal especial del mundo de las letras.

El orden de las partes de una oración ha sido tema de gran especulación. Se ha señalado que el orden de la escritura china es inverso del que se coloca en un sobre; el término más general va seguido de una sucesión más específica de respuestas. Las oraciones han sido caracterizadas como un ejercicio de "corrección progresiva"; se emite una respuesta y luego se corrigen sus posibles errores. Sin embargo, tendríamos poca razón al suponer que todas las oraciones muestran tal proceso, o que estén diseñadas para cumplir una función general cualquiera. En la oración las operantes originales se deben a variables complejas y cambiantes, y muchas otras respuestas se fortalecen tan pronto como se comienza la oración. Posteriormente, el hablante puede encontrarse con respuestas inusitadas que de una u otra forma deben ser incorporadas a la oración, o con lagunas que debe llenar buscando nuevo material. Es difícil valorar honradamente el resultado de todas estas actividades dándoles un nombre especial que podría llevarnos a implicar un solo proceso.

La conducta verbal escrita puede ser bidimensional o, rara vez, tridimensional. Las tablas, listas, los cuadros, sistemas de índices, etc., son instrumentos verbales en los cuales los arreglos autoclíticos se llevan a cabo en el espacio. En el campo de la química, en la tabla periódica de los elementos las relaciones espaciales sirven para representar la vecindad de los elementos, la identificación del peso atómico, las propiedades comunes de los subgrupos (por ejemplo, de las llamadas tierras raras), y así sucesivamente. Estas relaciones solamente podrían expresarse vocalmente mediante el uso intenso de autoclíticos articulativos.

Las propiedades espaciales de las formas pictóricas de la escritura son, claro está, bastante obvias. Ocasionalmente puede introducirse un elemento pictórico en la escritura fonética. En

el siguiente poema, escrito por e. e. cummings, la respuesta *slowliest* (lo más despacio) se enlaza con una respuesta más compleja, y el poema completo transcurre lentamente debido a que el lector hace ligeras pausas al final de cada línea.

un
der fog
's
touch
slo
ings
fin
gering
s
wli
whichs
turn
in
to whose
est
people
be
come
un*

AUTOCLÍTICOS DE COMPOSICIÓN

Algunas respuestas autoclíticas llevan al lector u oyente a componer conducta verbal que tenga propiedades específicas. La respuesta *viceversa* equivale a decir *cambie el orden y reaccione.* En la oración *Eso se discute en el capítulo tercero o cuarto, o en ambos,* la palabra *ambos* lleva al oyente a combinar las respuestas separadas que la preceden en una oración o frase adicional. La respuesta *Y así sucesivamente* lleva al oyente a añadir nuevas respuestas de la misma clase a voluntad. *Digamos, por ejemplo, Inglaterra,* es un mando que lleva a emitir una reacción ante un tema determinado. Un acto especial de articulación se logra mediante las formas *más bien* o *por otra parte,* las cuales preparan al oyente para la respuesta contraria.

La "puntuación" de la conducta verbal escrita tal vez sea el mejor ejemplo de conducta autoclítica compositiva. Ella satisface nuestros criterios porque no se puede presentar sino hasta que haya conducta primaria disponible para ser puntuada; además, la puntuación amplia, aclara y modifica el efecto de los escritos sobre el lector. En parte, corresponde a las pautas temporales y de entonación en la conducta verbal vocal, pautas que también deben

* Las cursivas son nuestras. (*N.* del *E.*)

considerarse como autoclíticas. La puntuación se "lee" en tales pautas.

La separatividad de las operantes verbales se muestra por las pautas ligeras en la conducta vocal, así como por los espacios que se conservan entre las palabras al escribir. En cierta forma, los modelos estándar convencionales enmascaran la evidencia de unidad de las partes de una expresión. Como una sola operante, es probable que un pasaje memorizado, en la conducta vocal, aparezca unido; pero, excepto cuando la unión o confluencia se usa caprichosa o literariamente para sugerir la unidad de la respuesta, se separa en forma convencional cuando se escribe. Las comas, los puntos y comas, puntos, las mayúsculas que se emplean al comienzo de las oraciones, etc., corresponden a pausas más marcadas del lenguaje que separan segmentos mayores de conducta.

Algunos signos de puntuación cumplen una función autoclítica menor al indicar el tipo de operante (los signos de interrogación y admiración marcan clases especiales de mandos), o la relación de control que se establece. (En español los nombres propios se escriben con mayúsculas, mientras que en alemán las llevan todos las nombres). Obviamente, las comillas se asocian al autoclítico *él dijo*. El efecto se presenta en forma vocal por la entonación y el ritmo. La coma posee una función refinada equivalente a la del autoclítico *como sigue*. El apóstrofo,* en sus dos formas posesivas *'s* o *s'*, es un autoclítico relacional que no tiene paralelo vocal. Los paréntesis tienen una característica casi pictórica que consiste en separar una respuesta de otra, las mismas características tienen los guiones, que se usan, sea como equivalente del paréntesis, sea como signo para separar las palabras.

DIFERENCIAS EN LA DENSIDAD DE LOS AUTOCLÍTICOS

La medida en que las comunidades alientan el uso de autoclíticos varía mucho en un rango muy amplio. La literatura inglesa ha presentado periodos en los cuales las oraciones eran largas e intensamente articuladas, y otros periodos en los que se dejaba al lector la tarea de proporcionar las relaciones que existían entre las respuestas. Hemingway y Proust difieren en cuanto a la densidad de los autoclíticos que emplean, tanto como Mr. Jingle difiere inglés estándar.

Las subdivisiones especiales de una comunidad verbal dada pueden actuar como audiencias separadas para determinar el nivel de la conducta autoclítica, como veremos en el capítulo 16. Ade-

* Cabe hacer notar que el empleo del apóstrofo ha caído en desuso en nuestro idioma, aunque el habla popular lo sigue conservando. Actualmente sólo se considera válido cuando se emplea con propósitos literarios. (*N.* del *E.*)

más de las prácticas de la comunidad, el hablante individual puede emplear o evitar el uso de autoclíticos por razones personales. Por ejemplo, es característico de la persona tímida o conservadora cualificar todo lo que dice con el fin de evitar posibles equívocos. Hemos visto también que las condiciones del momento pueden influir en la densidad de los autoclíticos cuando, por ejemplo, no hay tiempo o espacio más que para las operantes básicas.

CONDICIONAMIENTO DE LA CONDUCTA DEL OYENTE

En la conducta del oyente (o lector), como la hemos examinado hasta ahora, los estímulos verbales evocan respuestas apropiadas para algunas de las variables que han afectado al hablante. Éstas pueden ser reflejos condicionados de tipo pavloviano, u operantes discriminativas. El oyente reacciona ante el estímulo verbal con reflejos condicionados, generalmente de carácter emocional, o ejecutando las acciones apropiadas para un estado de cosas determinado. El autoclítico de afirmación hace que tal acción sea más probable. Los autoclíticos relacionales, especialmente cuando se combinan con una afirmación para producir un juicio, tienen un efecto diferente y muy importante. Como no involucran ninguna actividad inmediata de parte del oyente (aunque las respuestas de otra clase, que ya indicamos, pueden ocurrir en forma concurrente), el cambio lo detectamos sólo en su conducta *futura.*

Condicionamiento respondiente

En un experimento estándar sobre reflejos condicionados, una respuesta glandular —digamos, el sudor de la palma de la mano (el "reflejo galvánico de la piel")— se condiciona presentando repetidamente un estímulo neutral —digamos, el sonido de una campana— aproximadamente en forma simultánea con un estímulo incondicionado, como un choque eléctrico relativamente fuerte. A la larga, el sonido previamente neutral de la campana llega a evocar una respuesta que en cierta forma es similar a la que evoca el solo choque eléctrico. Claro está, podemos sustituir un estímulo verbal —digamos, la palabra *choque*— por la campana. El resultado será más predecible si proporcionamos una ampliación autoclítica como la siguiente: *Cuando yo diga "choque", usted va a sentir esto.* Entonces, la conducta *futura* del oyente con respecto al estímulo verbal *choque* será cambiada. El estímulo verbal *choque* evocará las respuestas apropiadas ante un choque eléctrico inminente.

Cuando la palabra choque se ha vuelto un estímulo condicionado efectivo, puede parearse a otro estímulo verbal en una situación que sea totalmente verbal. Al decir Cuando yo diga "tres" usted recibirá un choque eléctrico, cambiamos la conducta futura del oyente con respecto a los estímulos *Uno, dos, tres.* En otra variación de este asunto el apareamiento de estímulos verbales puede evocar un estímulo *no verbal* que posteriormente será efectivo. Al decir *Cuando oiga una campana sentirá un choque eléctrico,* construimos una respuesta futura ante la campana. Aquí el nuevo estímulo es no verbal, como en el ejemplo original de la campana y el choque, pero la respuesta que se ha emitido ante tal estímulo ha sido arreglada sin usar ni la campana ni el choque en la situación de condicionamiento.

Este efecto es de fundamental importancia en el campo de las emociones debido a que sigue la pauta del reflejo condicionado. Ejemplos de esto en la vida diaria son abundantes. Si *X* es una persona que nos hace tener una gran reacción emocional, entonces la afirmación *X te va a llamar pronto por teléfono,* alterará nuestra respuesta subsiguiente ante el sonido del teléfono. La simple yuxtaposición de respuestas verbales tiene este efecto. El gobierno tiene cuidado de asociar los nombres de sus héroes nacionales únicamente con aquellos anuncios de prensa que generen reacciones emocionales favorables, y los publicistas muestran la misma preocupación por los nombres de sus productos. Un cuento o poema puede producir reacciones emocionales fuertes ante los nombres propios, totalmente dentro del marco de referencia verbal del cuento o poema, por medio de un apareamiento parecido de estímulos. Esto puede hacerse simplemente con el fin de lograr efectos literarios de carácter emocional, o con fines propagandísticos. En el siguiente pasaje, tomado de *El retrato del artista adolescente,* de Joyce, genera una respuesta emocional ante la palabra *eternidad*:

> ¡Para toda la eternidad! No por un año, ni por un siglo, ni por una era, sino para siempre. Tratad de representaros la horrible significación de estas palabras. Vosotros habréis visto frecuentemente las arenas de una playa. ¡Qué diminutos son los granillos de la arena! ¡Y cuántos de estos granillos hacen falta para formar un puñadito que un niño abarca con la mano en el juego! Pues imaginad ahora una montaña de esta arena de más de un millón de millas de altura, que alcanzara desde la tierra hasta los cielos empíreos, de más de un millón de millas de ancho, tal que se extendiera hasta el espacio más remoto y de más de un millón de millas de espesor; e imaginad esta enorme masa de innumerables partículas de arena, multiplicada tantas veces como hojas hay en el bosque, gotas de agua en el enorme océano, plumas en los pájaros, escamas en el pez, pelos en los animales y átomos en la vasta extensión de los aires. E imaginad que al cabo de un millón de años viniera una avecilla a la montaña y se llevara en el pico un

solo granillo de arena. ¿Cuántos millones de millones de centurias transcurrirían antes que la avecilla hubiese transportado ni tan siquiera un pie cuadrado de la arena de la montaña, y cuántos siglos de siglos de edades tendrían que transcurrir antes de que la hubiese transportado toda Y sin embargo, al final de tan enorme período de tiempo ni aun siquiera un solo instante de la eternidad podría decirse que había transcurrido. Al final de todos esos billones y trillones de años, la eternidad apenas si habría empezado.[6]

Al apilar las palabras que se refieren a periodos y las que describen cosas que ocurren en grandes números, el estímulo verbal *eternidad* (que es muy difícil de definir ostensivamente) recibe un poder que luego puede usarse en frases como *una eternidad de dicha* o *una eternidad de sufrimiento*, con fines de control religioso.

El condicionamiento de estímulos discriminativos

El estímulo verbal *Cuando yo diga "tres", ¡márchate!*, puede no tener un efecto inmediato que se pueda calificar como respuesta, pero cambia la conducta del oyente con respecto al estímulo *Tres*. Aquí no nos interesa la respuesta condicionada que se evoca, como en el ejemplo anterior, sino la conducta operante de "marcharse" evocada por el estímulo discriminativo *tres*. En un ejemplo ligeramente diferente, se cambia el efecto posterior de un estímulo no verbal. Así, la expresión *Cuando el fuego se apague, cierra la estufa* lleva a la emisión de una conducta posterior que está bajo el control de un estímulo no verbal que surge de la condición del fuego. Ambos ejemplos son lo que podríamos llamar mandos condicionados; la conducta mandada se lleva bajo el control de un estímulo futuro. Sin embargo, un tacto puede proveer un estímulo discriminativo para la conducta operante. Al decir *Cuando diga "ya está la sopa", la cena estará lista*, damos al estímulo verbal *ya está la sopa* la misma función discriminativa de *la cena estará lista*. El mismo control se extiende a un estímulo no verbal al decir *Cuando la tetera pite, el té estará listo*.

Algunos otros efectos que un estímulo verbal compuesto puede tener sobre el oyente incluyen algunas de las propiedades más sutiles y, al mismo tiempo, más importantes del comportamiento humano. Alí Babá ve a un ladrón parado frente a una puerta, lo oye decir "Ábrete Sésamo" y ve que la puerta se abre. Sin embargo, aquí no se observa ningún efecto inmediato sobre Alí Babá como oyente, pero más tarde, solo frente a la puerta, dice "¡Ábrete Sésamo!" Decir que él ha "descubierto cómo se abre la puerta" es elíptico. Ahora él posee la conducta que abrirá la puerta, y es

[6] J. Joyce, *El retrato del artista adolescente*. Pomaire (Buenos Aires, Argentina), pág. 17.

probable que esta conducta se presente cada vez que una puerta abierta sea reforzante. Pero al joven Alí Babá le tuvieron que haber enseñado a ejecutar respuestas imitativas y cuándo hacerlo. Ya hemos visto este proceso en la adquisición de la conducta ecoica, y hemos visto también cómo esto puede estrecharse en forma tal, que el niño repita ecoicamente sólo cuando tiene probabilidades de ser reforzado por hacerlo. Pero el ejemplo actual no es conducta ecoica, aunque pueden presentarse respuestas ecoicas encubiertas. Alí Babá adquiere un mando útil simplemente al oir que alguien emite una respuesta en la misma forma, cuando este evento va seguido por una puerta abierta reforzante.

Con la ayuda de autoclíticos proporcionamos este tipo de conducta a un oyente determinado. Así, Alí Babá le podría explicar a un camarada: *Para abrir la puerta, di "¡Ábrete Sésamo!"* o *Si deseas abrir la puerta, di "¡Ábrete Sésamo!"* Estas explicaciones sólo serán efectivas si el nuevo oyente posee un repertorio ecoico y si ha sido condicionado a responder apropiadamente a los marcos autoclíticos *Si . . . , di . . .*

En la misma forma puede adquirirse un tacto. Así, oímos que a un hombre lo llaman *Jones* y responde apropiadamente a este "vocativo". Como resultado, también podemos dirigirnos a él diciéndole *Jones* o, más tarde contestar a la pregunta *¿Quién estuvo aquí?* con la respuesta *Jones*, o señalarlo cuando se nos pregunta *¿Cuál de ellos es Jones?* Pero no todo esto se presenta en el hablante u oyente ingenuo; en él, esto es el producto final de un largo proceso de condicionamiento verbal. El niño que oye a alguien a quien se le llama *Jones* muchas veces, no por ello dice *Jones estuvo aquí*, ni lo señala para contestar a la pregunta *¿Cuál de ellos es Jones?* Todos estos estadios se desarrollan mediante el uso de autoclíticos. Una "presentación" es una especie de autoclítico que permite al oyente responder en ciertas formas ante un nombre propio. La expresión *Este es el señor Jones* contiene el autoclítico *es*, el cual hace que la oración sea más efectiva que la simple emisión de la respuesta *Jones* en presencia de dicha persona. Un autoclítico más explícito es la forma *Lo llaman Jones. Llámame Ismael* es equivalente de *Mi nombre es Ismael* o de *Yo soy Ismael.*

La definición ostensiva opera mediante el mismo proceso. Cuando observamos que alguien manipula los objetos al tiempo que los nombra, aprendemos los nombres de tales objetos sin la ayuda de autoclíticos. Así, al ver que alguien trabaja con aparatos eléctricos al tiempo que describe la conducta que está ejecutando podemos "aprender el nombre de" un enchufe, por ejemplo. La misma correlación de eventos verbales y no verbales más el autoclítico se presenta en la definición ostensiva *Este es un enchufe.* El efecto sobre el oyente no sirve únicamente para establecer la palabra *enchufe* como un tacto apropiado, sino para establecer

la conducta no verbal en respuesta a estímulos similares, por ejemplo, el comportarse adecuadamente cuando se emita el mando *Por favor páseme un enchufe.*

La definición puramente verbal parece utilizar el mismo proceso. Así, la oración *Un ánfora es una vasija griega que tiene dos manijas*, posee al menos tres efectos sobre el oyente. Como resultado de haber oído esta respuesta el oyente puede: 1. decir *ánfora* cuando se le pregunta *¿Cómo se le llama a una vasija griega que tiene dos manijas?*; 2. decir *Es una vasija griega que tiene dos manijas* cuando se le pregunta *¿Qué es un ánfora?*, y 3. señalar apropiadamente el objeto que requiere la pregunta *¿Cuál de éstas es un ánfora?* De nuevo diremos que éstos no son los resultados que se presentan espontáneamente en el hablante ingenuo, sino que son el producto de una larga historia de condicionamiento verbal. La educación se preocupa en gran medida por establecer el comportamiento necesario para que ocurran tales cambios.

Una traducción interlineal posee el mismo efecto de una definición, como ocurre con las difíciles traducciones de los llamados "vocabularios". Al ver yuxtapuestas una palabra francesa y otra inglesa (con el autoclítico implícito _____ quiere decir _____) el lector adquiere, aunque quizá en forma inefectiva, la conducta apropiada como: 1. lector del término en el nuevo idioma, y 2. como hablante del término en el nuevo idioma.

La ventaja que se logra con el uso de autoclíticos específicos es una indicación de los procesos verbales adicionales que tienen este efecto sobre el oyente. Volviendo a uno de los ejemplos que implican condicionamiento simple, cuando llevamos a un sujeto ingenuo al laboratorio y le presentamos en forma pareada la campana y el choque eléctrico, puede llevarle cierto tiempo "aprender la conexión", como decíamos antes. Podemos lograr un resultado más rápido diciéndole: *Cuando oiga la campana, recibirá un choque eléctrico.* Esta expresión contiene las importantes referencias autoclíticas *Cuando* y *entonces.* En cierto sentido, los autoclíticos hacen que el oyente responda en determinada forma. La expresión *Cuando diga su nombre, responda "Presente"* es un mando comparable a *Diga "Presente"*, excepto por el hecho de que el oyente retiene su respuesta hasta que se satisface la condición *Cuando* la cláusula. Esto no pude ocurrir hasta que tales cláusulas se han vuelto efectivas en la conducta verbal del oyente como resultado de un proceso largo y difícil. Este proceso no es tan oscuro. Entendemos la forma en la que un niño, como miembro de un grupo, llega a responder ante un mando sólo cuando éste se le une a su nombre. Originalmente existe cierta tendencia a levantarse de la silla cada vez que se oye el estímulo verbal *Levántese*, pero finalmente el niño se levanta únicamente cuando oye que se dice *Carlitos, levántese.* Este hecho apenas difiere de la respuesta que se emite ante el mando condicionado *Si usted se llama Carlitos, le-*

vántese. Este es sólo un paso posterior al mando condicionado de la clase *Cuando usted reciba la respuesta, levántese.* Debido a la instrucción condicionada *Cuando usted reciba la respuesta . . .*, el niño sólo responde apropiadamente si la función discriminativa que consiste en recibir la contestación controla la respuesta de pararse.

Lo que podríamos denominar como tacto condicionado opera mediante el mismo proceso. El estímulo verbal *Cuando la luz esté encendida, la puerta estará sin llave* afecta al oyente en la medida en que se lleva la conducta apropiada para una puerta sin llave bajo el control de la luz como estímulo discriminativo. El marco autoclítico podría intercambiarse por una forma más obvia: *"Luz encendida" significa "puerta sin llave"*, la cual puede ser extendida para que aparezca la forma: *Responda a la luz encendida como respondería ante el estímulo verbal "La puerta está sin llave".*

Una de las funciones del juicio consiste en facilitar la transferencia de la respuesta de un término a otro, o de un objeto a otro. Un letrero, colocado en un teléfono, que diga *No funciona* tiene un efecto claro sobre el lector: no use el teléfono. Si al lector se le dice *El teléfono no está funcionando* (por ejemplo, cuando no está frente al teléfono), la unión de dos estímulos verbales *teléfono* y *no funciona* con el autoclítico *está* posee el mismo efecto: el individuo no se acerca al teléfono ni emite ningún tipo de conducta apropiada para usar el teléfono. Si este es el resultado de ocasiones anteriores en las cuales un estado de cosas similar se ha asociado con el mismo estímulo verbal, la respuesta total *El teléfono no está funcionando actúa* como una unidad. Pero para que tal respuesta sea primeramente efectiva, es preciso que *no funciona* se haya convertido antes en un estímulo verbal importante, posiblemente en respuestas tales como *La radio no funciona* o *El auto no funciona.* La respuesta *El teléfono* también debe haber sido efectiva en combinaciones como *El teléfono está sonando* o *El teléfono está ocupado.* El estímulo verbal *El teléfono no funciona,* cuando se oye por primera vez, lleva a la conducta que originalmente estaba controlada por el estímulo *no funciona,* bajo el control del estímulo *teléfono* y del estímulo no verbal proporcionado por el teléfono mismo. Como resultado de haber oído esta respuesta el hablante no sólo no usa el teléfono, sino que le puede advertir a una tercera persona que no está funcionando. En forma similar, cuando decimos *Esa clase de hongo es venenosa* alteramos efectivamente la conducta del oyente al llevar bajo el control de una clase específica de hongos toda conducta que originalmente estuvo controlada por los venenos. El efecto sobre el oyente es verbal si él luego se limita a repetir lo que ha oído, o dice que el hongo es venenoso. El efecto es práctico y no verbal si el oyente evita comer esa clase de hongos y se asegura de que las demás personas también lo evitarán.

INSTRUCCIÓN Y CONOCIMIENTO

En el caso anterior, el cambio que se realiza en la conducta del oyente se denomina apropiadamente "instrucción". Este es uno de los sentidos con el que se utiliza el término en las instituciones educativas. El estudiante llega a emitir ciertas clases de respuestas, tanto verbales como no verbales, debido a los estímulos verbales que se presentan bajo circunstancias específicas. Las conferencias, las demostraciones, los textos, y los experimentos, son formas que sirven para aumentar los repertorios verbales y *no verbales del oyente o del observador, por medio de procesos* de esta clase. En el campo de la historia, el efecto es casi exclusivamente una modificación del comportamiento *verbal* futuro del estudiante, y gran parte de este cambio en su conducta como hablante se lleva a cabo en forma de secuencias intraverbales. En las ciencias prácticas, un efecto más importante podría ser el establecimiento de formas no verbales de respuesta.

Tradicionalmente, el efecto inmediato se describe diciendo que el lector "sabe algo que no sabía antes". Para volver a un ejemplo que ya discutimos en el capítulo 5, podríamos decir que el resultado más importante de oir a alguien que dice *zorro,* bajo circunstancias en las que se evidencia como tacto o cuando se presenta con el respaldo autoclítico de *Hay un . . . ,* es que el oyente ahora "sabe que hay un lobo en los alrededores". Pero ¿qué queremos decir con "sabe"? ¿En qué sentido nuestro oyente "sabe" el nombre de Jones, del enchufe, o que el teléfono no funciona? El término "sabe" se refiere a una condición hipotética intermediaria que sólo se puede detectar más tarde. Decimos que se sabe que el teléfono no funciona incluso antes de que se presente la conducta apropiada para los teléfonos que no funcionan. Se dice que sabemos que la persona se llama Jones antes de que presentemos la conducta apropiada para el hombre que tiene tal nombre. Pero este uso del término no se limita a los cambios producidos verbalmente; podemos descubrir que un teléfono no funciona tratando de usarlo, como podemos descubrir que hay un zorro en los alrededores al ver a uno. En la medida en que los dos tipos de cambios son los mismos, podemos decir que el hecho de haber afirmado que hay un zorro en los alrededores tiene el mismo efecto que ver uno, en la misma forma en que decir que el teléfono no funciona tiene el mismo efecto que la acción de descubrir esto tratando de usarlo. En ambos casos es la conducta potencial a la que llamamos conocimiento. (Un estímulo verbal puede hacer que el oyente "vea" la cosa descrita por medio de una especie condicionada de ver[7] y, a menudo, esto se ha identificado con el "conocimiento". Sin embargo, tal condición no siempre se obtiene

[7] *Science and Human Behavior,* capítulo 17.

cuando se aplica el término conocimiento. Podemos inferir que el ver condicionado, cuando ocurre, nos proporciona otra similitud entre los casos verbales y no verbales.)

Pero ¿no existe allí efecto inmediato? El lector de una novela puede no hacer nada en lo que respecta a lo que ha leído. Los cambios en su conducta futura —como los cambios de actitud que se generan por medio de una novela propagandística— son fortuitos; pero el efecto inmediato no está compuesto totalmente de reacciones condicionadas y discriminativas ante los estímulos verbales separados. En alguna medida el lector se comporta con respecto a la descripción de una escena nueva con conductas nuevas, en la misma forma en que lo haría al estar ante la escena misma. La descripción está "compuesta" de ingredientes verbales separados, en la misma forma en que la escena está compuesta de eventos separados y la reacción de uno ante la descripción de la escena y la escena misma en parte está determinada por la forma en que se unen los eventos en este caso. Cuando Dickens informa que el pequeño Nell está muerto, la reacción emocional del lector no sólo está compuesta de los reflejos condicionados evocados por *Nell* y *muerto*. Este problema es algo más que verbal. Reaccionamos ante la muerte de un perrito con algo más que con las respuestas condicionadas ante el perro y ante la muerte.

Se dice que el conocimiento, más que la conducta de conocer, se *comunica* en cada episodio del habla. En cierta forma, la noción de comunicación es más apropiada aquí que en los efectos que tiene sobre el oyente, efectos ya discutidos anteriormente en los capítulos 5 y 6. Sin embargo, sigue siendo una metáfora engañosa. Consideremos el "hecho" de que hay oro en Klondike. Se puede decir que una persona conoce esto en forma no verbal si, cuando necesita oro, va a Klondike. La evidencia más común de este conocimiento es que la persona dice *Hay oro en Klondike*. La respuesta verbal pudo haber surgido de un acto de composición en Klondike, o bien puede ser ecoica o textual (posiblemente llevada de manera intraverbal) si fue tomada de la conducta de otra persona. La respuesta puede ser valiosa simplemente en cuanto tal, para el hablante o para otra persona, si produce un cambio oportuno en la conducta de alguien que necesita oro. La respuesta *Hay oro en Klondike* altera la conducta que se relaciona con el *hecho* de que lo hay, pero esto no es más que la circunstancia estimulante original responsable del acoplamiento autoclítico de las respuestas *oro* y *Klondike*. El hecho, como tal, no se trasmite de un hablante a otro. Lo que "se vuelve común" para el oyente y el hablante (para utilizar la etimología del término *comunicar*) es una respuesta verbal o la tendencia resultante no verbal (ir a Klondike cuando el oro sea reforzante).

La noción de comunicación se pierde, como vimos en el capítulo 10, cuando hablante y oyente poseen "los mismos hechos" o,

con mayor precisión, "la misma conducta". La concepción tradicional del lenguaje le llevaría a uno a creer que en tal caso predominaría el silencio total, sin embargo, quizá veamos que gran parte del discurso científico y filosófico es de esta clase. En el capítulo 19 trataremos el extraordinariamente importante efecto de la autoinstrución.

Al comparar las conductas del hablante y del oyente en un caso determinado, debe notarse también que el comportamiento de uno es relativamente independiente del comportamiento del otro. Un hablante puede instruir al oyente aunque no posea el "conocimiento" impartido. Alterando un ejemplo clásico,[8] cuando el Padre Tal le dice a un grupo de personas que el primer individuo que se confesó con él era un asesino y luego entra el señor *Y* y dice que el señor *X* fue la primera persona que se confesó con el Padre Tal, el cambio originado en la conducta del grupo con respecto al señor *X* (ante quien se muestra la conducta apropiada para un asesino) puede no presentarse en el señor *Y*. La diferencia entre una pauta mayor de conducta verbal establecida y el primer caso de la composición de tal pauta, tampoco necesita aplicarse ni al hablante ni al oyente. Una respuesta que el hablante compone con dificultad en una pauta que luego se presenta por primera vez en su conducta, puede resultar ser un estímulo estándar ante el cual el oyente reacciona sin ejemplificar el proceso de instrución. Por otra parte, un cliché burdo emitido por el hablante puede alterar profundamente la conducta del oyente. Esto puede suceder incluso cuando el hablante es su propio oyente, como se observa cuando "repentinamente se ve el significado de" una máxima escrita. En este caso, una cadena intraverbal bien establecida —digamos, *La prisa conduce a la ruina*— llega a volverse repentinamente efectiva al inducir al oyente que está inclinado a evitar la ruina, a que evite también la prisa.

Condiciones limitantes de la instrucción del oyente

Además de los factores acostumbrados que afectan la conducta del oyente (tales como la claridad del estímulo verbal o la medida de condicionamiento de las respuestas separadas), la instrucción exitosa está sujeta a varias condiciones. Una de ellas es el "prestigio" del hablante o la "creencia" del oyente en lo que se está diciendo. El oyente reacciona ante el comportamiento de un hablante dado en una medida que está determinada por las consecuencias de las reacciones anteriores. El hablante puede producir confianza o creencia diciendo muchas cosas obviamente verdaderas, fáciles de confirmar o utilizando instrumentos retóricos. Al oyente se le instruye mediante la repetición, la instigación, por

[8] Thackeray, "On Being Found Out", en *Roundabout Papers*, lo llama "cuento viejo".

sus técnicas de sondeo, ya discutidas en el capítulo 10, y mediante su habilidad en el uso de autoclíticos, lo cual es de particular importancia aquí, como los siguientes: *Usted estará de acuerdo . . .*, *No es necesario decir . .*, *Claro está . . .*, etc. Los mandos son otros autoclíticos importantes, ante los cuales el oyente reacciona en formas que surgen de las contingencias previamente arregladas por el hablante, o por otro como él. El hablante responde a una definición (*Llamemos tacto a este tipo de operante*) o a un mando o tacto condicionado (*Si el número resultante es menor de 2 000, trate otra vez*) como responde a cualquier orden. En parte, la enseñanza efectiva depende de la habilidad del maestro para generar relaciones de prestigio que hagan efectivos a sus mandos en esta clase de instrucción.

El comportamiento, a menudo dramático, del oyente en estado de hipnosis es un caso extremo de instrucción. Las técnicas para inducir el estado hipnótico abundan en mandos y las sugestiones hipnóticas generalmente tienen esa misma forma. Si le damos a un sujeto hipnotizado un papel y le decimos *Este es un paraguas*, él transfiere lo que llamaríamos conducta hacia el paraguas a ese papel. Nuestra respuesta es una clase de definición o instrucción exagerada: *Actúa como si esto fuera un paraguas.* Si entonces le decimos *Está lloviendo*, el sujeto puede transferir su conducta de día lluvioso a la escena presente y quizá sostenga el papel como sostendría el paraguas. (Estas afirmaciones son, ni más ni menos, una *explicación* de la hipnosis, mientras las afirmaciones anteriores lo son de la conducta verbal; aquéllas simplemente clasifican las instrucciones verbales de acuerdo con las contingencias verbales más generales. Los procedimientos hipnóticos intensifican el control verbal para excluir otras formas de estimulación. Los resultados excepcionales que se obtienen bajo el estado hipnótico no difieren en su clase de la conducta normal del oyente.)

La instrucción verbal se ve limitada por la medida que demanda el cambio. Conforme se hace más compleja una respuesta verbal, se llega a un punto en el cual el oyente es incapaz de actuar adecuadamente. Los lógicos presentan buenos ejemplos de esto. El oyente puede indicar el tipo de instrucción que ha recibido, diciendo *Cierto* ante la afirmación *París es la capital de Francia* o *Es cierto que "París es la capital de Francia"*. El oyente que ha recibido tal instrucción también puede responder apropiadamente a *Es falso decir: "París es la capital de Francia es falso"*; puede serle difícil responder, al menos de manera inmediata, a los arreglos más complejos de estos autoclíticos, lo cual no es más sorprendente que la presencia de cualquier falla al responder ante instrucciones complejas. El oyente que responde correctamente a la expresión *Coloque la mano derecha sobre la oreja izquierda*, puede mostrar signos de confusión al responder a la siguiente:

Coloque la mano izquierda sobre la oreja derecha, la mano derecha sobre la nariz, cierre el ojo izquierdo y mueva hacia adelante el pie derecho. La propiedad de las palabras *derecho* e *izquierdo* depende del orden y la cercanía de los términos y, hasta cierto punto, la conducta resultante se desbarata. En ciertas formas de afasia semántica la capacidad del individuo para mantener pautas incluso de tamaño normal se deteriora, y el rango de velocidad efectiva se restringe.

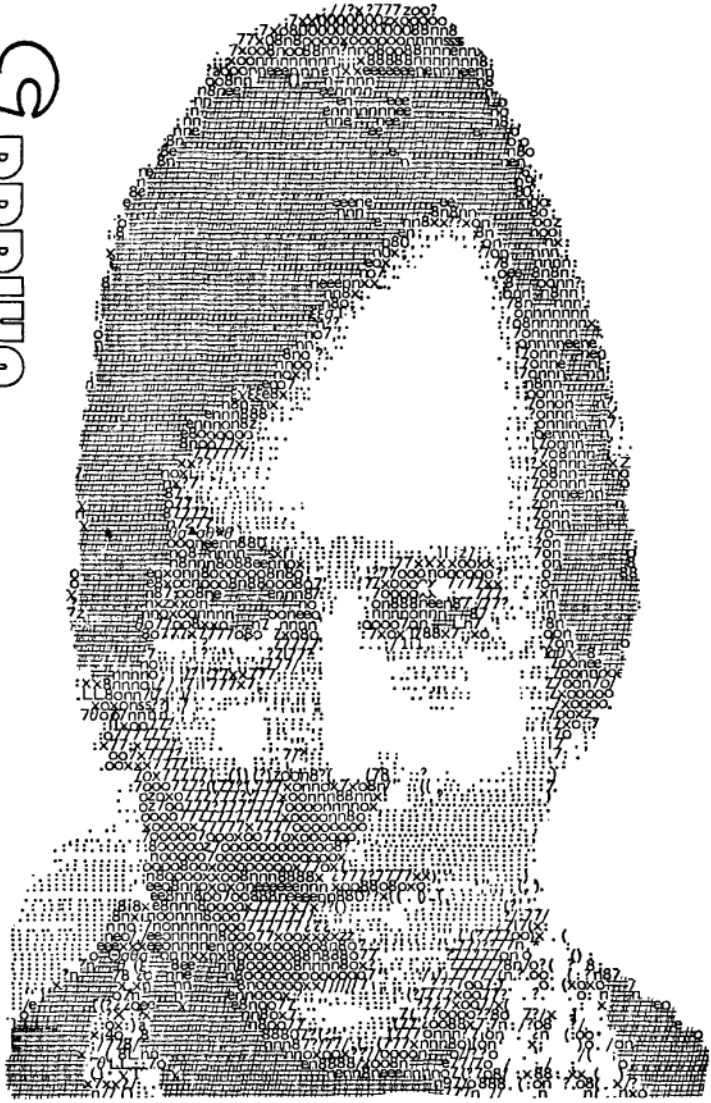
En parte, el grado de instrucción que se presenta puede ser un asunto de la instrucción que se necesita. Un experto entiende fácilmente al novicio porque debe hacer muy pocos cambios en su propia conducta. Las cosas comunes se entienden con mayor facilidad que las novedosas. *"Malheur à qui invente en parlant".*[9] El tiempo de que dispone el oyente para ejecutar la conducta que se le enseña también afecta el grado de su capacidad para ejecutarla. En este sentido, el material de difícil comprensión puede entenderse si se presenta lentamente. En este aspecto los estímulos verbales escritos tienen una gran ventaja sobr la conducta vocal debido a que el lector puede controlar el valor de la presentación. Casi cualquier material que implique instrucción se vuelve ininteligible en este sentido si se presenta (o se lee) demasiado rápido, aunque tal material sigue siendo inteligible en el sentido en que cualquiera de sus partes puede repetirse ecoicamente en forma correcta. Las pruebas de velocidad de lectura miden la velocidad óptima con la que pueden producirse esta clase de cambios.

La "dificultad" que presenta un estímulo verbal —digamos un texto— obviamente puede significar muchas cosas: su claridad, la familiaridad de los términos que contiene, la fuerza complementaria que genera con los estímulos ecoicos, textuales e intraverbales, y la densidad y naturaleza de sus autoclíticos. A estos factores podemos añadir las clases de cambios que tal estímulo verbal pretende producir en la conducta del lector u oyente.

[9] Atribuido a "Faublas", de Stendhal, en *Le rouge et le noir*: "Une idée un peu vive y a l'air d'une grossièreté, tant on y est accoutumé aux mots sans relief. Malheur à qui invente en parlant!"

Producción de la conducta verbal

Unidad 5



Autocorrección

Las respuestas verbales son descritas y manipuladas por el hablante mediante el empleo de autoclíticos que aumentan y agudizan el efecto que tienen sobre el oyente. Con frecuencia tales respuestas se examinan por el efecto que poseen sobre el hablante o sobre el futuro oyente y luego se rechazan o aprueban, según sea el caso. Este proceso de "corrección" es una actividad adicional del hablante.

EL RECHAZO DE LA CONDUCTA VERBAL

Una respuesta que ha sido emitida en forma descubierta puede recordarse o revocarse por medio de una respuesta adicional. El registro externo de la conducta verbal *escrita* puede afectar al "hablante" antes de que llegue a algún "oyente" y puede tacharse, borrarse, corregirse, o destruirse. El escritor ha reaccionado ante su propia conducta, y la ha rechazado. Este proceso ha sido de gran interés para los críticos literarios. Ridley,[1] después de un cuidadoso examen de los manuscritos de Keats, llegó a la conclusión de que "la mayoría de las correcciones de Keats fueron hechas en el momento de la composición; descartaba una palabra incluso antes de terminar de escribirla completamente". Cuando un escritor presenta su trabajo tal cual lo ha escrito, sin rechazar (revoke) nada, puede resultar necesario distinguir entre el acto de permitir que el texto llegue hasta el lector, y la conducta original de escribirlo.

La "corrección" comparable de la conducta *vocal* es más efímera y, por tanto, de más difícil descripción. Retener el lenguaje

[1] Ridley, M. R. *Keats' Craftsmanship: A Study in Poetic Development* (Oxford, 1933).

audible parecería no ser más que no emitirlo. Sin embargo, puede detectarse cierto comportamiento de restricción, como morderse la lengua, los labios o taparse la boca con la mano. En casos extremos, ha habido gente que en realidad se ha mordido la lengua para evitar comprometerse al emitir conducta verbal que podría ser perjudicial para ellos mismos o para otras personas.[2] Este acto es efectivo, claro está, solamente en una persona inculta. El rechazo formal a hablar, como en la corte o en un comité legislativo, se conoce como contumacia.

Si una respuesta vocal no se ha oído, puede "rechazarse" simplemente no repitiéndola cuando se nos pide que la repitamos. La respuesta se ha tachado, por decirlo así. Una respuesta que ya ha llegado al oyente puede "retirarse" utilizando el autoclítico manipulativo apropiado. En una oficina o en la corte, el hablante puede rechazar algunas palabras diciéndole al taquígrafo *tache eso*, simplemente. En la vida cotidiana, el hablante puede decirle al oyente *olvídalo* u *omítelo*. El hablante puede añadir un *No* tardío o proporcionar una versión corregida que comience con un autoclítico como *Lo que yo quiero decir* . . .[3] Cuando Falstaff, furioso con el Príncipe Hal, dice *Dios salve a su gracia, debo decir Majestad, porque gracia no tiene usted ninguna*, la respuesta *Gracia*, como parte de una secuencia intraverbal común, posee un efecto automático incongruente sobre el hablante que entonces la rechaza y la sustituye por *Majestad* que es igualmente común, pero que está libre del efecto colateral. El rechazo formalizado de la conducta verbal se observa en las retractaciones y rectificaciones.

La conducta subvocal puede, claro está, ser rechazada antes de emitirse en forma audible. Como veremos dentro de un momento, esta es una de sus ventajas. Antes de ofrecer su conducta al oyente externo, el hablante la prueba en sí mismo. Cuando existen

[2] W. E. H. Lecky, *A History of Europan Morals* II, pág. 296, cita a Plutarco en *De garrulitate*, y a Plinio el viejo en *Historia naturalis*, XXXIV 19, al referirse a un cortesano que evidentemente hizo esto para evitar revelar la conspiración de un amigo.

[3] Desde el punto de vista de la teoría funcional del significado, ¿cómo es posible que alguna vez alguien "diga lo que no quiere decir", o que no diga lo que quiere decir? La expresión autoclítica *Eso no es lo que quise decir* puede explicarse fácilmente cuando el oyente ha reaccionado en forma inadecuada, como si hubiera oído otra respuesta. La expresión *Quise decir brillante en el sentido de luminosidad, no en el de piedra preciosa*, constituye una especificación más amplia de las variables responsables de la conducta del hablante que probablemente tiene un efecto más adecuado sobre el oyente. Pero no es probable que el hablante se malinterprete a sí mismo en este sentido. Cuando el hablante descubre que no ha dicho lo que quería está desempeñando el papel de auto-escucha. Su desliz verbal, por ejemplo, le llega en forma sorpresiva y, entonces, informa que "quiso decir" otra palabra. Ahora bien, cuando una situación difícil o sutil solamente ejerce un control de estímulos tenue, aunque las condiciones generales de fuerza produzcan conducta verbal, el hablante puede comentar las inexactitudes de su propia conducta diciendo, por ejemplo, *Eso no es exactamente lo que yo quise decir*. Aquí, el hablante reacciona ante, y hace comentarios de, lo apropiado de su conducta ante ciertas variables de control.

razones poderosas para emitir una respuesta, el retiro inadecuado de ella puede producir susurros o tartamudeos y conducta vacilante de baja energía y velocidad. Cuando queremos dar a entender algo mediante el simple movimiento de labios ("lipspeaking"), a alguien que está lejos o separado de nosotros por un cristal grueso, nos comportamos con los labios como si estuviéramos hablando, y las vocalizaciones pueden detenerse inadecuadamente; algunas palabras pueden vocalizarse o los movimientos exagerados de los labios pueden ir acompañados de una vocalización sostenida de bajo nivel de energía y con poco o ningún cambio de entonación. Algunas veces es posible observar la conducta audible, como en el proceso de producción de efectos imprevistos, que pasa al nivel subaudible, como sucede cuando uno se dedica a contar una anécdota desatinada y luego la deja sin terminar. La expresión "hacer que un hombre se trague sus palabras" no es una metáfora demasiado alejada de la realidad. El comportamiento que no se ha probado subvocalmente a menudo es tan aversivo para los demás que el hablante que se ha negado a tal prueba puede ser obligado a "parar y pensar" antes de hablar.

Gran parte de la auto-estimulación necesaria en la descripción autoclítica y en la composición de la conducta verbal, parece presentarse incluso antes de la emisión subaudible. Tanto en la conducta escrita como en la vocal, los cambios se presentan impulsivamente y son tan rápidos que no podemos atribuirlos razonablemente a la revisión de formas encubiertas. Algunas veces esta clase de corrección también va acompañada de movimientos físicos de auto-restricción, como sucede al morderse la lengua o al alejar la pluma del papel. Evidentemente la estimulación asociada a la producción de la conducta verbal es suficiente para posibilitar que uno rechace una respuesta antes de que haya adquirido su forma final. Este tema es difícil, porque tiene todas las desventajas de la estimulación privada.

¿Por qué se rechaza la conducta?

Generalmente el hablante rechaza una respuesta porque ha sido castigada antes. Como vimos en el capítulo 6, el castigo no debilita directamente el comportamiento; simplemente fortalece formas incompatibles.[4] Un niño adquiere una respuesta obscena en la escuela, la emite en casa y es castigado por ello. El efecto no consiste en reducir la probabilidad de esa respuesta, sino convertirla en un estímulo aversivo condicionado, lo mismo que a las circunstancias bajo las cuales es probable que se emita. Cuando la respuesta se fortalece nuevamente hasta el punto de la emisión, genera estimulación aversiva (la "amenaza" del castigo).

[4] *Science and Human Behavior*, capítulo 12.

Esta consecuencia especial altera la fuerza aparente de la operante verbal, pero al generar la clase de conducta que llamamos rechazo muestra otro efecto distinguible. El hecho de rechazar una respuesta reduce la estimulación aversiva condicionada generada por ella y es reforzante por tal razón. A tal conducta se le clasifica como escape o como evitación, dependiendo de si la estimulación aversiva incondicionada se ha presentado o no. Ponerse la mano sobre la boca para prevenir una respuesta descubierta es una forma evidente de evitación, lo mismo que decir una cosa en lugar de otra. "Retractarse" es una forma de escape.

Además de establecer la conducta de evitación o escape, la estimulación condicionada generada por el castigo tiene un efecto emocional. No nos limitamos a "retirar" una respuesta castigable o a dejarla "en la punta de la lengua", sino que también experimentamos una reacción de miedo o de culpa. Como dice Conrad en *Lord Jim*: *Yo . . . tenía temor de hablar, el mismo tipo de temor que uno experimenta cuando un movimiento puede hacerlo perder el equilibrio.* Al reducir los aspectos aversivos de la situación podemos, al mismo tiempo, reducir la reacción emocional, lo cual puede ser un reforzamiento adicional. Pero la emoción (sea que la "sintamos" o no) no es esencial para el rechazo; por una parte, es demasiado lenta para producir rápida e impulsivamente alguna corrección subvocal. (Al entrar en conflicto con las variables emocionales o motivacionales, de las cuales la respuesta es una función, la emoción puede alterar la fuerza de la respuesta castigada.)

Si los efectos aversivos evitan la emisión de la respuesta aun en forma subvocal, no es necesario que se presenten los subproductos emocionales del castigo. Esto es lo que los psicólogos freudianos llaman represión "exitosa". La respuesta castigada nunca alcanza el estadio en el que genera la pauta emocional de ansiedad y, por tanto, la represión exitosa es menos problemática que otra forma menos efectiva de represión. También tiene más éxito desde el punto de vista de quien castiga, porque tal tipo de represión puede eliminar la conducta objetable del repertorio sin crear efectos secundarios peligrosos; pero si en este estadio no hay estimulación aversiva condicionada, posiblemente tampoco exista acto de abstención alguno que debamos considerar aquí.

El efecto del castigo que se presenta al reducir la frecuencia de las respuestas castigadas por medio de una clase de corrección, puede demostrarse en los organismos inferiores. En un experimento de demostración, a un palomo se le enseña a "nombrar" cuatro colores picoteando palabras impresas. Si el área coloreada es roja, el palomo hambriento será reforzado con alimento por picotear la palabra *rojo*, si el color es amarillo, será reforzado por picotear la palabra *amarillo*, y lo mismo se hace para el azul y el verde. Bajo tales condiciones el palomo recibe re-

fuerzo una de cada cuatro ocasiones, en promedio, sin tener en cuenta el color y, por tanto, la acción de "nombrar" se desarrolla muy lentamente, si es que se presenta. Hay dos formas de resolver este problema. Al palomo se le puede forzar a "mirar" el color antes de responder al nombre apropiado: por ejemplo, los nombres impresos pueden mantenerse fuera de su vista hasta que el palomo picotea el área de color. Esta práctica garantiza un estímulo fuerte justo antes de emitir la respuesta ante el nombre, y así se desarrolla rápidamente el control de estímulos. Otra técnica consiste en castigar las respuestas erróneas. Cuando el palomo picotea la palabra correcta se le da comida, pero cuando picotea la palabra incorrecta se apaga el aparato y se obliga al palomo a esperar unos minutos antes de que emita otra respuesta. Este ligero castigo posee un efecto dramático. El palomo comienza a vacilar al picotear el nombre y luego comienza a mirar el color antes de responder a la palabra. Su ejecución mejora muchísimo. Aquí, el castigo mejora la relación entre la respuesta y sus variables de control, de modo que la corrección termina por ser innecesaria.

¿Por qué se castiga la conducta verbal?

La conducta verbal puede ser objetable para el oyente, simplemente porque la considera ruidosa. Por esta razón el castigo generalmente conduce la conducta verbal de los niños hasta el nivel encubierto. Con frecuencia, cuando la comunidad se ha asegurado de que el niño posee un repertorio verbal efectivo, tal comunidad no presenta mayor interés en lo que el niño dice. Se sigue un periodo durante el cual "los niños deben ser vistos pero no oídos", y con frecuencia se invoca el castigo para lograrlo. La comunidad verbal suprime tanto la inutilidad de los tactos de los estímulos comunes, la conducta intraverbal que tiene la forma de charla intrascendente, las secuencias ilógicas de ideas, como las frecuentes secuencias intraverbales que por ser idiosincrásicas son difíciles de seguir. No se trata que las contingencias que establecen la conducta ecoica establezcan tales respuestas para todos los estímulos verbales; y el niño puede necesitar el castigo por repetir más que por contestar una pregunta, o por las repeticiones excesivas. Tan pronto como al niño se le enseña a leer, se le enseña a hacerlo en silencio, y frecuentemente se le castiga si lo hace en voz alta. Hasta cierto punto, en las bibliotecas, iglesias, en los teatros, etc., a la gente se le castiga por la emisión de conducta verbal, no importa cuál sea su forma.

Ciertas propiedades de las respuestas son aversivas para otras personas y es probable que sean castigadas. Entre estas propiedades se encuentran: la voz demasiado alta, los tonos ásperos, los silbidos excesivos, la aliteración frecuente, el hablar cantando, y

la ejecución defectuosa como la mala ortografía, el tartamudeo o el hablar en forma incompleta.

Con frecuencia se castiga la conducta verbal por causa de un *control de estímulos* deficiente. El condicionamiento inadecuado, el olvido, las interacciones entre respuestas similares en cierta forma y muchas otras condiciones, pueden llevar a la "palabra equivocada" —a mandos y tactos, y respuestas ecoicas, textuales e intraverbales, que no satisfacen las contingencias de refuerzo de la comunidad.

Asimismo, el control deficiente del tacto impuro —mentir, exagerar, dar por hecho lo que uno desea que suceda, etc.— invoca castigo en la mayor parte de las comunidades. Es probable que la conducta que debe su fuerza principalmente a sus efectos sobre el hablante mismo, ya que él se está "hablando a sí mismo", sea castigada por los demás. Lo mismo sucede con el habla "ilógica", las secuencias intraverbales forzadas y las respuestas intraverbales irrelevantes llamadas "fuga de ideas", especialmente cuando se trata de comunidades verbales prácticas o científicas. El resultante "temor a hablar de cosas sin sentido"[5] plantea problemas especiales para las técnicas psicoanalíticas. Las respuestas tomadas sin permiso de la conducta verbal de otras personas, como en el caso del plagio, también producen castigo.

Generalmente la conducta verbal se castiga —aunque sea sólo por su inefectividad— cuando está bajo un *control de audiencia* inadecuado. Tanto las expresiones vulgares como las muy elegantes son castigadas si se dicen en el ambiente opuesto. Generalmente algunas respuestas se castigan —las obscenidades, las blasfemias, etc.—, pero evidentemente no por las comunidades verbales que las establecen. En general, el cambio de un grupo verbal a otro alienta el castigo. El hijo de una familia de inmigrantes, por ejemplo, encuentra que el lenguaje que se habla en su casa produce ridículo o consecuencias desfavorables fuera del hogar. La mayor parte de los niños experimentan un cambio similar con respecto al "lenguaje infantil" de la guardería. Aquí, las expresiones familiares que son apropiadas para los compañeros del niño, son castigadas cuando se emiten ante sus superiores. La debilidad en el control de audiencia puede ser un problema de forma o de tema —lo cual se ejemplifica en el primer caso por el excesivo préstamo de palabras de otro idioma; en el último, por revelar secretos comerciales o gubernamentales, o por "chismear" o "delatar"—. Las respuestas demasiado obvias, comunes o simples, o simplemente aquellas que son repetidas con demasiada frecuencia por el hablante, también son castigadas por la comunidad porque reflejan una falta de sensibilidad para con la audiencia.

[5] Freud, S. *Basic Writings* (Modern Library), pág. 718.

Si la conducta verbal tiene consecuencias de castigo para el oyente, tal conducta puede ser castigada, en cierta forma, como retribución. La referencia a un estado doloroso que "hiere los sentimientos del oyente" es una especie de "mala violación" que se revoca si genera auto-estimulación aversiva a tiempo. Una vez emitida tal conducta, puede dejar al hablante con una reacción emocional condicionada de culpa. La rapidez con la que la "mala violación" se retira contrasta con la insensibilidad con que el hablante puede continuar para herir los sentimientos del oyente con críticas, u oprimiéndolo con mandos repetidos. En tales casos, el castigo que regresa al hablante parece ser considerable (*¡Por Dios deja de alegar!*), y parece serlo en mucho mayor medida que cualquier demostración de "sentimientos heridos" después de una observación carente de tacto. Cuando es así, debemos concluir que herir al oyente con críticas y sermones no produce castigo para el hablante. Por el contrario, parecería ser una forma especial de reforzamiento positivo, apropiado para la condición emocional llamada agresión.

La conducta verbal puede ser automáticamente auto-castigada. Los nombres de las personas que no nos agradan y las respuestas apropiadas para avergonzarlos, así como los episodios peligrosos o inquietantes, generan consecuencias punitivas en el mismo proceso de su emisión. Obviamente, si se le pide a un hablante (especialmente un niño o una persona supersticiosa) que emita una oración en la que el nombre de su amada, por ejemplo, va acompañdo de adjetivos insultantes, o en la que se le condena en forma elaborada, tal hablante rechazará o modificará su respuesta. La respuesta no se emitirá o, si se emite, será revocada rápidamente mediante el uso de un autoclítico como *No quise decir eso*, y la respuesta mostrará claros signos de ansiedad generados por la estimulación aversiva automáticamente condicionada. En forma similar, puede ser difícil lograr que un niño bendiga a un enemigo o que lo describa con términos afectuosos o positivos.

Cuando una respuesta "pone algo en evidencia", se presenta una forma sutil de castigo, como sucede cuando se estropea el sentido de una broma presentando la palabra clave demasiado pronto, cuando se revela el sentido oculto de la propaganda, o cuando se revela la trama de un ensayo en forma tan fácil que el resto se torna superfluo. Cuando por otras razones la conducta verbal del hablante lo expone al castigo, también se censura tal conducta; por ejemplo, cuando un pecado o crimen se confiesa o revela inadvertidamente. A partir de Freud, particularmente, se ha dicho que una respuesta puede ser castigada porque expone la forma en que actúan las variables objetables. Nuestra respuesta difícilmente será aprobada si preguntamos a un amigo por la salud de sus hijos, al tiempo que vemos pasar un conjunto de cerdos ante nosotros. La elección de temas del escritor puede estar

sujeta a consecuencias punitivas por parte de los críticos influenciados por el psicoanálisis. Pero si el escritor posterior a Freud posee una razón adicional para pesar sus palabras, el cambio es de grado. Es posible que las "revelaciones" demasiado grandes hayan sido la base para la corrección. En *The Last Chronicle of Barset*, de Anthony Trollope, publicada en 1866-1867, Grace Crawley recibió una propuesta de matrimonio escrita por el Mayor Grantly, pero debido a los problemas y a lo infortunios de su padre, ella tiene que rechazar la propuesta e inhibir sus propios sentimientos. Ella contestó así a la propuesta:

> "Yo sé que un caballero no se debe casar con una muchacha si al hacerlo se hiere a sí mismo o a su familia, sé también que si tuviera que casarme bajo estas circunstancias sería infeliz en lo venidero, aunque yo amara al hombre profundamente y con todo mi corazón." La muchacha había pensado escribir estas palabras al principio, pero hacerlo habría sido la expresión inconsciente de su propio afecto, y las palabras habrían estado escritas sin ningún deseo de transmitir al pretendiente tal expresión. Pero al leer las palabras ella descubrió su significado latente y escribió todo de nuevo.[6]

Los efectos del castigo

Ocultación de la identidad del hablante. En un grupo el hablante puede *murmurar* su desacuerdo, o protestar o *chiflar* su desaprobación. Tales respuestas no emplean claramente el aparato del habla, y no es fácil rastrear los sonidos hasta su fuente (el *cuchicheo* es una modificación diferente de la respuesta porque involucra audiencias múltiples). La carta anónima es la contraparte escrita de la murmuración o del chiflado, pero puede asumir muchas formas. En todos estos casos el hablante evita el castigo. Una técnica relacionada con lo anterior consiste en dejar un manuscrito para que sea leído o publicado en forma póstuma. En los testamentos de los romanos se presentan con gran frecuencia comentarios hirientes sobre las personas públicas y sobre los asuntos de Estado.

Regreso al nivel encubierto. Como veremos en el capítulo 19, existen muchas razones por las que la conducta cae por debajo del nivel de alcance o energía, nivel en el cual no afecta al mundo circundante, pero la mayor parte de la conducta se encubre simplemente porque sería castigada si fuera descubierta. El hablante se habla a sí mismo con el fin de evitar el castigo mediado por el ambiente externo. Generalmente los niños hablan en voz alta hasta que se les castiga por hacerlo, y los adultos que se caracterizan por su resistencia al castigo —por ejemplo, ciertos tipos de psicóticos— también lo hacen.

[6] Trollope, A. *The Last Chronicle of Barset* (Everyman's Edition), pág. 324.

Hablar consigo mismo. Las contingencias de castigo acostumbradas permiten ciertos modos de evitación o escape en los que la conducta realmente se emite. La conducta puede ser descubierta, pero oculta para oyente o lector. Uno puede hablar en voz alta cuando está solo, o uno puede guardar un diario siempre que lo mantenga bajo llave. Si la conducta descubierta se escribe en clave, puede restringirse al autor en tanto única audiencia. Samuel Pepys no pudo escapar por completo de varias formas sutiles de castigo que lo amenazaban ni hablando en forma encubierta ni guardando un diario bajo llave; entonces se dedicó a escribir en una forma que no se pudo descifrar durante años.

El lenguaje disfrazado. El castigo que se debe a la forma de la respuesta puede generar otras técnicas de evasión. La historia de dos monjas que compraron un asno y encontraron que la única palabra que hacía que el animal caminara era una palabra obscena, nos ilustra uno de estos métodos. Para fortuna de las monjas, tal palabra estaba compuesta de dos sílabas, ninguna de las cuales era objetable por sí misma. Las monjas resolvieron el problema mediante una adecuada división del trabajo: la una decía la primera sílaba y la otra la segunda. Cuando un eco tiene un tiempo corto de reverberación y puede escucharse la repetición de las dos últimas (o de la última) sílabas, es posible emplear otra técnica de evasión. Erasmo utilizó esta técnica en forma ingeniosa: "Él utiliza dos veces formas oblicuas de ὄνος (palabra griega para *asno*) a manera de eco, primero para *eruditionis* y luego para *Cicerone*".[7] Los acrósticos nos ejemplifican otra forma de evasión; el amante tímido oculta el nombre de su amada, quizá, en las letras iniciales de un poema.[8] Es posible encontrar otras formas de evasión utilizando audiencias múltiples, como en la sátira (capítulo 9). Aquí nos encontramos a un paso del uso de la metáfora o del simbolismo, instrumento estudiado detalladamente por Freud. En general, la conducta simbólica carece de las propiedades punitivas de la contraparte no simbólica, pero mantiene las propiedades que son positivamente reforzantes.

Los autoclíticos de corrección

Todos los efectos hasta ahora enumerados pueden ser considerados como el resultado inmediato de la acción combinada de consecuencias positivas y negativas de la conducta. No necesitamos suponer que el hablante haga ningún esfuerzo deliberado para evitar el castigo. Bajo condiciones en que prevalecen con-

[7] Hudson, W. H., citado en las notas de Leonard Dean sobre Erasmo, *The Praise of Folly* (University Classics, Chicago, 1946).

[8] Un himno ceremonial, escrito por un estudiante de Harvard que se iba a graduar, resultó, después de publicarse, ser un acróstico de burla. Las letras iniciales de las estrofas de cuatro líneas formaban un comentario escatológico sobre todos los himnos ceremoniales.

secuencias tanto aversivas como reforzantes, ciertas formas de comportamiento se presentan relativamente fuertes como resultado de la suma algebraica. Sin embargo, con frecuencia el hablante sólo alcanza estas formas después de que la conducta castigable ha llegado, al menos, a un estadio incipiente de desarrollo, y ha sido rechazada. (La forma en que el hablante encuentra la conducta que continúa siendo razonablemente apropiada para la situación, y que no necesite ser rechazada, es algo que se discutirá en el capítulo 17.) Cuando ha ocurrido así, el castigo ha hecho algo más que generar una "fuerza negativa" que va a ser valorada en la causación múltiple.

Una forma de corrección que involucra un proceso obvio de análisis y revisión consiste en emitir la respuesta, pero calificándola con un autoclítico que reduce la amenaza del castigo. Sin embargo, al haber rechazado una respuesta por ser dañina para el oyente, podemos emitirla posteriormente si la hacemos preceder del autoclítico *Si yo fuera más agresivo, diría que*... Muchos autoclíticos expresan la fe del hablante en que se le va a absolver: *Espero que no la emprenda contra mí, si le digo que*... *Si usted me perdona la expresión*... etc. La composición de los autoclíticos que cualifican la expresión, pone de manifiesto que el hablante es sensible a la posibilidad de consecuencias aversivas y que este es un instrumento poderoso para describir gráficamente los caracteres. En el *Dr. Thorne*, de Trollope, el doctor acaba de decir: "No sé si usted puede llegar a ser cortés con Thumble. Yo no podría". A lo cual contesta el señor Roberts: "Yo no estoy completamente seguro de que la descortesía no sea más eficaz". Podemos reconstruir una serie de respuestas, desde la más atrevida hasta la más vacilante, en la siguiente forma:

a) La descortesía es más eficaz (cuando se usa).
b) La descortesía podría ser más eficaz (si se usara).
c) Digo que la descortesía podría ser más eficaz (pero puedo estar equivocado).
d) No digo que la descortesía no fuera más eficaz.
e) No digo con seguridad (no estoy tan seguro) de que la descortesía no sea más eficaz.

El instrumento retórico llamado "paraleipsis" consiste en emitir una respuesta junto con un autoclítico que afirma que la respuesta no se está emitiendo: *No voy a mencionar la incoherencia manifiesta en lo que mi oponente acaba de decir.* Otro instrumento es el supuesto desliz verbal. En la campaña presidencial de Estados Unidos de 1952, se intentó asociar al candidato demócrata, Adlai Stevenson, con Alger Hiss, quien había sido convicto de perjurio al testificar en una investigación sobre comunismo. El hablante republicano pretendió tener un *lapsus linguae* hablando de Stevenson *Alger*.

Una respuesta que puede ser ligeramente castigada —porque es ligeramente inexacta o inapropiada para una comunidad verbal determinada, por ejemplo— a menudo se emite con el autoclítico de "risa nerviosa", el cual indica al oyente que el hablante ha sentido el efecto del castigo, pero que, a pesar de todo, está respondiendo. La gente insegura puede calificar la mayor parte de sus afirmaciones, al menos con respecto a los oyentes potencialmente punitivos, con una risilla nerviosa que funciona como autoclítico.

Algunas veces la respuesta que se "sabe equivocada" se emite con una entonación descolorida o con baja e inmodulada energía. Cuando varias personas están tratando de recordar un nombre, uno puede, "sin esperanza", emitir una respuesta obviamente incorrecta. Ocasionalmente los niños emiten respuestas erróneas, en esta forma, especialmente cuando se deben a fuentes de fuerza obviamente fragmentadas. En el ejemplo del capítulo 9, el niño que había visto por primera vez un transbordador (ferry-boat) no había adquirido un tacto bien definido con respecto al bote, por lo cual se refería a la embarcación designándola como "carrusel" (merry-go-round) indicando claramente que la expresión era incorrecta.

Al describir este efecto del castigo, expresiones tales como retener, soltar, permitir, reprimir, rechazar, etc., generalmente son figurativas. No siempre podemos señalar una actividad especial del individuo que limite físicamente la conducta verbal, la empuje, o la suelte. Lo que pasa generalmente es que una respuesta incompatible desplaza a la respuesta castigada, y el efecto neto del castigo es proporcionar el reforzamiento de las formas de respuesta incompatibles. Algunas veces se utiliza este principio para explicar la fuerza de la conducta verbal cuando no hay otra explicación: la conducta es fuerte porque desplaza a las respuestas castigables. Esta es la explicación del paciente que está en terapia y que habla excesivamente de un tema para evitar otro, pero el proceso se reconoció mucho antes de Freud. *Adolph*, héroe de Benjamin Constant, informó que al aumentar la tensión entre él y su amante "*nous parlions d'amour de peur de nous parler d'autre chose*" (hablamos de amor por miedo a hablar de otra cosa).

Como ya hemos visto (capítulo 6), algunas veces es necesario considerar el "no hacer nada" como una respuesta si posee consecuencias reforzantes identificables. Pero no hacer nada es obviamente incompatible con la conducta castigable, y entre las consecuencias de "no hablar" con frecuencia encontramos la evitación del castigo. Sin embargo, existe una distinción, si bien tenue, entre recompensar a un niño por guardar silencio, y castigarlo por hablar; en el segundo caso el castigo sirve para que se dé el reforzamiento automático de guardar silencio. En el "des-

aire" (*snubbing*), una persona castiga a otra rehusándose a dirigirle la palabra. El efecto del desaire es muy cercano al del insulto, pero las dos conductas deben describirse como "no hablar" en un caso, y "hablar" en el otro. Cuando un niño castiga a sus padres guardando silencio, puede prorrumpir en un habla desordenada si se presenta un acontecimiento excitante, pero esto castiga automáticamente al niño haciéndole perder la ventaja que había ganado al castigar a sus padres por medio del silencio. Uno puede continuar en silencio para desairar a un conocido con el fin de evitar el castigo que se genera automáticamente por la pérdida de la ventaja que se había ganado con el desaire.

Los diversos efectos del castigo no parecen justificar el uso extensivo de esta técnica para reducir la fuerza de las respuestas verbales. Si el castigo se administra con la suficiente habilidad como para producir la "represión exitosa", el resultado puede ser satisfactorio y, en general, habrá una considerable ganancia si el castigo genera el proceso de corrección, mediante el cual la conducta verbal se emite "deliberadamente". Esto es especialmente cierto con respecto a las consecuencias prácticas de la conducta verbal que se discutirán en el capítulo 18. Podemos observar el valor de la "deliberación" en el experimento del palomo que aprende a "nombrar" los colores. La ejecución del hablante humano también se mejora por medio de un castigo ligero. Si todas nuestras respuestas verbales fueran invariablemente reforzadas, uno podría ocuparse casi de manera incesante en emitir conducta verbal. Una simple reducción en la frecuencia relativa del reforzamiento[9] reduciría esta actividad, pero probablemente no a un nivel razonable. El proceso de extinción, tal como se emplea en la discriminación, lleva a la conducta verbal bajo un control de estímulos apropiado, pero las condiciones bajo las cuales se refuerza la conducta verbal son tan amplias y confusas, que probablemente se necesite algo más. El proceso de corrección generado por el castigo aumenta en gran medida la adecuación de la conducta verbal a todos los aspectos de una ocasión determinada, incluyendo la audiencia.

Sin embargo, desafortunadamente las consecuencias no siempre son tan felices. El tartamudeo, el mutismo, la parálisis en el escenario, la confusión emocional y el bajo nivel general de conducta verbal con la pérdida de todas sus ventajas, son formas que pueden seguir al castigo. Las consecuencias más suaves son bien conocidas. Frecuentemente sucede que el simple rechazo de la primera respuesta da lugar a la aparición de una segunda cuya forma es objetable. Es posible que un hablante que ha sido castigado por no pronunciar la *s* final de algunas palabras, muestre tendencia a agregar tal letra a palabras que no la deben llevar.

[9] Ferster, C. B. y Skiner, B. F. *Schedules of Reinforcement* (Nueva York, 1957).

En el capítulo 11 se encontró que el rechazo de las formas repetitivas lleva a formular neologismos distorsionados. En un cartel proporcionado por una compañía de seguros, la siguiente frase resultó ser demasiado fuerte. *Por favor coloque este aviso en su garage con el fin de lograr su cooperación en la disminución de accidentes de automóviles*, mientras que una versión común parece haber sido rechazada (por ejemplo, una que terminara en *ayúdenos a evitar accidentes automovilísticos*).

CONSECUENCIAS POSITIVAS QUE CONDUCEN A LA DESCARGA DE UNA RESPUESTA VERBAL

El reforzamiento automático de la conducta verbal también juega un papel importante en el proceso de corrección. Si la prueba subvocal simplemente revela que una respuesta no genera estimulación aversiva condicionada, la respuesta se "descarga". Pero tal prueba puede tener un efecto positivo que alienta la emisión descubierta de la respuesta. Esto tendrá importancia si la respuesta encubierta es débil debido a que está mal condicionada, a que ha sido extinguida, a que el hablante está fatigado o enfermo, o debido a que la situación de control, incluyendo la audiencia, no es clara, etc. Si se refuerza al hablante a nivel encubierto, su respuesta adquiere fuerza adicional y puede emitirse en forma descubierta.

La "prueba de la corrección" es un caso oportuno. Una persona que, fundamentalmente como oyente o lector, ha adquirido un segundo idioma y luego empieza a hablarlo, durante largo tiempo se convierte en una persona más discriminativa como oyente, que como hablante. Como hablante, produce las respuestas en el nuevo idioma con cierta dificultad, pero, como oyente distingue fácilmente entre las formas o pautas efectivas y no efectivas. Esto le lleva a rechazar los errores, pero un resultado que no debemos perder de vista es que las respuestas correctas se refuerzan. Al hablar nuestra propia lengua ante condiciones nuevas o confusas, puede darse un reforzamiento comparable al de la conducta efectiva. Los autoclíticos, las terminaciones gramaticales y su ordenación, el orden retórico, etc., pueden ser probados subvocalmente y los casos exitosos pueden reforzarse hasta el punto de ser emitidos en forma descubierta. Al repasar el comportamiento al nivel encubierto, por primera vez uno puede "ver lo que tiene que decir, y juzgar si vale la pena decirlo".

Muchas otras consecuencias positivas entran en juego cuando la conducta verbal se produce con el fin de satisfacer ciertas especificaciones (véase el capítulo 17). Un ejemplo común, pero no necesariamente verbal, es la imitación de la conducta de otra persona. Quien no es buen mimo posee un repertorio imitativo

inadecuado; sin embargo, puede ser capaz de distinguir una buena imitación de una que no lo es. Su único recurso es emitir una serie variada de respuestas y seleccionar aquellas que tienen el efecto apropiado sobre él mismo. Aunque los malos intentos se castigan en forma automática, la mejoría se logra principalmente por el reforzamiento que reciben los buenos intentos. Por supuesto, el paralelo verbal de la mímica es la conducta ecoica. Tanto en la adquisición original de un repertorio verbal, y posiblemente mucho después, como en la adquisición de un nuevo idioma, la conducta ecoica del hablante se desarrolla más tarde que su conducta como oyente. Esto posibilita el reforzaimento automático que discutimos en el capítulo 4, y a la vez proporciona un reforzamiento momentáneo que puede afectar el resultado de la revisión que se efectúa para corregir correcciones. Los efectos especiales que presentamos en el capítulo 6, también pueden alterar la fuerza de la conducta en el reforzamiento momentáneo.

EL PROCESO DE CORRECCIÓN

Aunque los manuscritos originales proporcionan cierta información acerca de la conducta escrita, la corrección encubierta de la conducta vocal no es fácil de observar. Sin embargo, es frecuente que se presenten evidencias externas —por ejemplo, el tiempo requerido por el proceso de revisión—, y el hablante puede describir, al menos, parte del proceso con comentarios autoclíticos cuando la conducta se emite finalmente. El proceso general parece ser el siguiente. La producción de la conducta verbal "en bruto", siguiendo los principios que esbozamos en las partes II y III, es lo primero que se presenta. Luego vienen las respuestas o actividades autoclíticas (parte IV). La conducta resultante puede no alcanzar de inmediato al oyente definitivo. Debido a que otras de sus conductas han sido castigadas, el hablante o escritor retiene la nueva conducta mientras la revisa. En el acto de revisión se presentan cambios que llevan al rechazo, a la emisión de una forma competente o a la emisión completa. Es frecuente que el proceso quede inconcluso hasta que el hablante recurre a otras actividades con el fin de producir formas alternativas de respuesta (capítulo 17).

Las funciones del hablante en la producción y corrección del material en bruto de su conducta verbal, sugieren la distinción tradicional entre composición extática y euplástica. La primera carece por completo de corrección; mientras que la segunda es el resultado de un trabajo minuciosamente elaborado. Algunas veces estas funciones son ventajosamente separadas en cuanto al tiempo en que se presentan. Bajo condiciones relajadas de corrección, las cuales discutiremos en el próximo capítulo, el escritor

puede encontrar más efectivo producir grandes cantidades de conducta para luego rehacer este material bajo condiciones totalmente diferentes. Podemos encontrar una separación comparable en cuanto al tiempo, toda vez que el escritor reinventa el material que ha soñado, como se dice que hacía R. L. Stevenson. Las drogas que favorecen la emisión de conducta verbal actúan principalmente sobre la fase extática. Tácito decía que los alemanes tomaban sus decisiones por la noche, cuando habían bebido, y las llevaban a cabo el día siguiente, cuando estaban sobrios. Algo similar hace el poeta que, en la fase de éxtasis, produce material que más tarde reelabora en forma considerable.

Algunas veces las dos actividades se llevan a cabo bajo diferentes pieles. La forma en que Talleyrand acostumbraba preparar sus trabajos de gobierno es un ejemplo de esto. Talleyrand

> limit himself to giving to his aides a general idea of the document they were to write. He might indicate certain expressions to be inserted in the text which was to submitted to him, and for his part that was about all. When the work was brought to him, he read it carefully. If he was not fully satisfied he refolded the paper and, handing it back to the writer, said either *That's not it*, or *That's not it, yet* or, possibly, *That's not quite it* whith no further explanation. It was up to the writer to guess how he might achieve the ultimate triumph: *That's it.*[10]

[10] Talleyrand se "limitaba a dar a sus ayudantes una idea general del documento que iban a escribir. Él podía indicarles ciertas expresiones que deberían incluir en el texto que tenían que entregarle, y eso era todo cuanto tenía que decirles. Cuando le llevaban el trabajo lo leía cuidadosamente; si no quedaba del todo satisfecho doblaba el papel y, al tiempo que lo regresaba a su autor, decía, sin mayores explicaciones, *Así no es, Aún no está bien* o *No está del todo bien.* Era difícil para el escritor adivinar la forma en que podía lograr el triunfo definitivo, la aprobación: *Así está bien*".
Fragmento tomado de: Lacour-Gayet, G. *Talleyrand, 1754-1838* (París, 1930).

Condiciones especiales de la autocorrección

La conducta verbal no siempre está sujeta a la revisión que hemos discutido en el capítulo anterior. Algunas variables son demasiado poderosas como para esperar a la corrección. Una respuesta puede "soltarse abruptamente" y, posteriormente, el hablante dirá *No pude evitar decir que...* Sin embargo, la conducta de fuerza más moderada también puede permanecer sin corrección debido a muchas razones que ahora examinaremos.

Retroalimentación defectuosa

Si la corrección va a efectuarse, el hablante debe reaccionar como oyente ante su propia conducta; si no puede hacerlo, no podrá corregirse. Cuando la conducta se ejecuta con rapidez, ya sea porque es muy fuerte o porque la velocidad ha sido reforzada diferencialmente (compárese al estudiante que contesta una pregunta rápidamente con el fin de ser el primero en contestarla), la respuesta afecta al oyente tan pronto como al hablante mismo. El hablante no puede evitar la respuesta, aunque más tarde la pueda rechazar. El desliz que no se "capta" pero que se "ve" tan pronto como se emite, es característico del habla rápida.

La retroalimentación (*feedback*) de la propia conducta del hablante puede interrumpirse físicamente. Las personas sordas tienan mayor probabilidad de hablar en voz alta, particularmente cuando están solas, porque para ellas es más difícil distinguir entre la conducta descubierta y la encubierta, sobre las cuales se basa el castigo. La sordera circunstancial puede tener el mismo efecto. Los peinadores están familiarizados con algunos ejemplos. El "salón" de belleza ha revivido el uso etimológico del término en forma muy curiosa. Un tipo de secador de cabello estimula al cliente con lo que se denomina técnicamente "ruido blanco". La

afluencia sonora del aire caliente que se utiliza para secar el cabello enmascara efectivamente los estímulos auditivos. Cuando la autoestimulación se previene en esta efectiva forma, el cliente, ocasionalmente, empezará a hablar en voz alta ante la extrañeza de los demás clientes a quienes no ha afectado el secador. Generalmente la conducta escrita se retroalimenta como un estímulo visual, pero el autor puede escribir en la oscuridad o no mirar lo que está escribiendo. Generalmente esta condición alienta la "escritura automática", la cual describiremos más adelante. Los movimientos del señalador que sigue las letras marcadas en la superficie de una "Ouija" o que forma palabras a partir de las letras del alfabeto, pueden deberse a ligeras respuestas inconscientes del operador mismo. Cuando dos personas colocan sus manos sobre el señalador es fácil que una persona atribuya los movimientos de la Ouija a la otra.

Autoobservación defectuosa

Aun cuando la estimulación revertida no esté ausente, y aunque haya tiempo para responder a ella, es posible que el hablante no responda. El hablante no corrige porque, digámoslo así, "no sabe lo que está diciendo". La estimulación generada por la propia conducta del hablante, sea pública o privada, simplemente no ha sido efectiva. El desliz oral no sólo puede pasar inadvertido, sino incluso puede negarse su emisión cuando se señala posteriormente. Esto no es demasiado sorprendente para nosotros, ya que sólo una pequeña parte de los estímulos que chocan con el organismo evocan respuestas, sean verbales o de otra clase. Sin embargo, las contingencias de refuerzo también hacen su parte. Ciertos ambientes verbales no exigen gran cantidad de conducta autodescriptiva, mientras que otros producen la persona "introspectiva" que todos conocemos. Contingencias similares pueden explicar las diferencias que se observan en el proceso de corrección. En un ambiente relativamente permisivo, la estimulación generada por la conducta del hablante no es lo suficientemente aversiva como para que lleve a la corrección. Generalmente, cuando la falla de corrección se debe a la falta de tales contingencias, no decimos que el hablante *no puede* describir su propio comportamiento porque, cuando se introducen las contingencias adecuadas, normalmente lo hace.

En tales condiciones el hablante generalmente acepta la corrección como "lo que realmente quiso decir". Ocasionalmente su propia conducta posterior proporciona estímulos adicionales que llevan a una corrección tardía. La repetición de una respuesta que ha surgido como un desliz inadvertido puede tener este efecto: *En el norte tenemos a un dirigente de origen humilde como Lee; en el sur, un hombre como Lee; quiero decir, en el norte tenemos*

a un dirigente de origen humilde como Lincoln . . . En este ejemplo, la respuesta errónea *Lee* pasa inadvertida hasta que se emite por segunda vez la misma respuesta bajo condiciones correctas. El hecho de que el hablante encuentre la respuesta ya fortalecida a partir de las fuentes autoecoicas, parece actuar como complemento suficiente para generar la retractación.

Tal vez se permiten más los errores textuales que los errores hablados. En una ocasión, un psicólogo había preparado una lista de nombres de personas importantes que los estudiantes tenían que colocar en orden histórico. La pregunta era: *Who followed whom?* (¿Quién siguió a quién?). El nombre de Hume estaba en la lista. Una hora después de haber preparado la pregunta, se le ocurrió al psicólogo que podría hacer más vivo el examen con el juego de palabras *Who followed Hume?* (¿Quién siguió a Hume?). Al regresar al manuscrito encontró que ya había escrito *Whom* como *Hume*. Otro ejemplo que procede del mismo psicólogo, alude a confusiones en la escritura. Al redactar un artículo que se refería especialmente ciertos a experimentos realizados en monos antropoides, el psicólogo se quejaba de las formas desorganizadas y oportunistas con que se enfrentaban los problemas de la ciencia del comportamiento. Escribió: *En vez de una campaña organizada, tales investigaciones parecen contentarse con una especie de guerra de gorilas.* Más tarde, un colega le preguntó si la expresión "guerra de gorilas" era apropiada para un artículo científico, pero el autor no había notado la confusión ni las múltiples variables que la habían causado.

Los errores de escritura y de impresión son el resultado de una deficiente corrección, pero, a excepción de cuando muestran la operación de otras variables, son de poco interés. La edición de un conocido libro de psicoanálisis contiene este pasaje: *The father's action* (in coitus) *may be construed as sadistic the posture perhaps baing associated with fighting* . . . *This sadistic conception of coitus may affect later martial relationships* (La acción del padre [en el coito] puede considerarse como sádica; quizá la postura se asocie con la lucha . . . Esta concepción sádica del coito puede afectar posteriormente las relaciones marciales). Los autores pudieron haber permitido la forma errónea *martial*, en lugar de la adecuada *marital, debido a la conexión temática con fighting.*

Respuestas defectuosas para las variables de control

Tal vez sea más común para el hablante responder a su propia *conducta* que a las variables que la controlan. La relación con las variables de control puede ser tenue u oscura, o puede no ser observada porque el castigo se ha hecho contingente sobre ellas. Las personas acostumbradas a explicar su conducta pueden expresar

su extrañeza diciendo *No puedo entender lo que me hizo decir eso.* Sin embargo, es frecuente que las explicaciones no sean necesarias. La mayor parte de los deslices freudianos dejan de lado la variable de control, más que la conducta misma. El fenómeno se conoció antes de Freud. Trollope describe muchos de estos casos. En *The Last Chronicle of Barset*,[1] por ejemplo, la dominante señora Proudly había desaparecido repentinamente, dejando a su esposo gobernar su propia casa por primera vez.

> Ahora podía tener [su maleta de cartas] donde quisiera; en su cuarto, o dejarla intacta en la mesa del desayuno hasta que él fuera a recogerla. Al pensar en esto dijo: "Bendito sea el nombre del Señor", pero no se detuvo a analizar lo que estaba diciendo.

Es más común que las variables de control pasen inadvertidas en los préstamos literarios. Generalmente un escritor posee extensos repertorios verbales generados por la lectura de otros escritores. Tales repertorios se rechazan o se emiten sólo con los autoclíticos apropiados que reconocen la fuente original. Si suponemos que el escritor conoce la fuente, pero, por no mencionarla, hace pasar la conducta como suya, el resultado se denomina plagio.

Es muy probable que se soslayen las variables de control cuando entran en la causación múltiple. Ya hemos advertido la forma en que puede usarse el test proyectivo para evocar la conducta verbal que tiene menos probabilidades de ser corregida por el hablante, debido a que él no reconoce la localización de las variables de control. En el sumador verbal, por ejemplo, es menos probable que el sujeto corrija su conducta si cree que está repitiendo en forma relativamente exacta lo que está oyendo. La repetición tiene menos probabilidad de ser castigada que la conducta emitida por el sujeto con respecto a otras variables.

Dos movimientos intelectuales de la cultura occidental son los que han aumentado en gran medida la sensibilidad del individuo ante las variables de control, mediante el reforzamiento de la conducta que describe tales variables y el castigo de su ausencia. Uno de ellos es el movimiento literario del autoanálisis, cuyo punto culminante se encuentra en los escritos de Marcel Proust. Como resultado de este movimiento, el lector llega a buscar las causas de los sentimientos pasajeros, de los recuerdos caprichosos o de la conducta verbal fragmentaria. Poco después de leer las palabras *gutt percha* (gutapercha), el autor se encontró repitiendo *With love's light wings did I o'erleap these walls*,* y recordó que provenía de un fragmento de *Romeo y Julieta*, pero parecía no

[1] Trollope, A. *The Last Chronicle of Barset* (Everyman's Edition), pág. 248.

* La traducción libre de este fragmento sería: *Con las alas brillantes de amor volé sobre esos muros.* Y si a tal fragmento se le cambia la forma *o'erleap* por *o'erperch*, la traducción quedaría así: *Con las alas brillantes de amor me posé sobre esos muros.* (*N.* del *E.*)

haber razón alguna para recordar tal fragmento. Sólo después de una minuciosa investigación descubrió que la palabra que debió haber usado era *o'erpech* y no *o'verleap.* Si no hubiera sido por la influencia de Proust, esta remota relación causal habría pasado inadvertida.

El otro movimiento cultural es, claro está, el psicoanálisis. Las interpretaciones de Freud al revelar los deslices y otras conductas anómalas de la vida diaria, forzaron al hablante a reaccionar de manera más sensible ante las variables que se pueden inferir de su conducta y, como vimos en el capítulo anterior, a rechazar las respuestas que revelaran variables objetables. Es posible que hoy Samuel Butler no desahogaría en forma tan obvia la aversión que sentía por su padre, como lo hizo al escribir él en el que la figura paterna adopta un papel tan desfavorable, tampoco Lewis Carroll torturaría a los niños con el tormento verbal llamado *Alicia en el País de las Maravillas.* En la descripción causal tenemos que explicar las causas por las que se emite una conducta de esta clase. El comportamiento, sea literario o no, es fuerte por razones que al menos pueden sugerirse, aunque no se prueben; si se corrige o no es otro asunto.

El estímulo está entre las variables que controlan la conducta ante la cual uno puede ser incapaz de responder. Un estímulo puede ser lo suficientemente efectivo como para evocar una respuesta, aunque la relación entre los dos (estímulo y respuesta) no pueda identificarse. Cuando decimos *No sé por qué, pero él me recuerda algo,* estamos diciendo en esencia: *Cuando lo veo me encuentro diciendo "algo", pero no puedo identificar los elementos que controlan su apariencia.* En la misma forma, no siempre podemos rastrear los pasos intraverbales que nos han llevado a la solución de un problema o al recuerdo de la línea de un verso.

Conducta verbal "automática"

La incapacidad para responder a nuestra propia conducta verbal, o a las variables de control, es más notoria bajo ciertas condiciones del organismo, entre las cuales el sueño es el ejemplo más común. En ocasiones mucha gente habla mientras está dormida, pero tal conducta no afecta al hablante como oyente y, por tanto, no se corrige. En el trance, espontáneo o inducido mediante hipnosis, se presentan condiciones similares. Bajo tales condiciones, denominamos "automática" a la conducta verbal que se presenta. El caso más común es la escritura automática, en la cual es fácil evitar que el sujeto sea estimulado por su propio comportamiento, y cuyos resultados están más a la mano para ser analizados; pero también es posible el habla automática. Es frecuente que la escritura automática espontánea sugiera un escape de fuerzas reprimidas muy poderosas. Un estudiante que había tenido

éxito en un pequeño colegio universitario, en contacto estrecho con sus compañeros de la facultad, ingresó a una escuela universitaria de graduados; en ella encontró que las cosas eran mucho más difíciles y que los profesores eran por completo indiferentes a sus problemas. Al asistir a una conferencia particularmente difícil, el estudiante dejó de tomar notas y, en forma muy lenta, llenó la página de su cuaderno con gran cantidad de garabatos infantiles que decían: *No puedo seguir, por favor, quiero regresar.* Al final de la conferencia miró la página y exclamó *¡Mira lo que hice!* Por supuesto, lo que había escrito en forma automática habría sido rechazado antes de emitido bajo condiciones "normales". Sin embargo, el castigo que se recibe por la escritura automática no siempre es evidente. Hadamard[2] informa que en la secundaria, al enfrentarse a una tarea que no le interesaba, encontró que había escrito en la parte superior del papel: *Matemáticas*, que era el nombre de su asignatura favorita. La respuesta era fuerte, pero no porque no pudiera ser emitida en otro lugar.

En estado hipnótico la escritura puede no afectar al escritor, en su papel de lector, y frecuentemente asume formas que podrían ser rechazadas en estado de vigilia como potencialmente castigables. También se puede interrumpir la retroalimentación que procede del brazo que está escribiendo, aunque el individuo no esté fuera de contacto con otros elementos del ambiente. En un experimento psicológico efectuado en la Universidad de Harvard, Gertrude Stein y Leon M. Solomons lograron producir escritura automática permitiendo que el sujeto ejecutara los movimientos de la escritura en forma impensada, mientras se dedicaba a otras actividades como la lectura, por ejemplo. En otro lugar[3] ya hemos señalado que las producciones automáticas que se encontraron cuando Gertrude Stein hizo el papel de sujeto en el experimento, tienen mucho parecido a algunas de sus obras literarias posteriores. Por ejemplo, observemos el siguiente pasaje automático:

> Por tanto, allí no hay forma posible de evitar lo que he dicho y, si esto no lo cree la gente a la que has hablado, no será posible que evitemos que la gente a la que has hablado tan locuazmente...

Este fragmento guarda cierta semejanza con otro que analizamos en la página 375, y que empezaba así: *Seat a knife near a cage* (coloque una navaja cerca de una jaula).

El hecho de que la persona que escribe automáticamente termine por sorprenderse de lo que ha escrito, sugiere claramente que no estaba siendo estimulada por lo que escribía en el momen-

[2] Hadamar J. *The Psychology of Invention in the Mathematical Field* (Princeton, 1945).

[3] Skinner, B. F. "Has Gertrude Stein a Secret?" *Atlantic Monthly* (Enero de 1943), reimpreso en *Cumulative Record* (ed. rev.) 1961, Nueva York: Appleton-Century-Crofts.

to de hacerlo. Como resultado de ello, es frecuente que la escritura automática sea antigramatical, infantil, obscena, desordenada o trivial. Todos estos elementos habrían llevado a rechazar la conducta en la escritura normal.

Sin embargo, la escritura automática frecuentemente está bien *compuesta.* Debe estar disponible la autoestimulación que se necesita para cumplir las funciones autoclíticas que señalamos en la parte IV. Parece ser que lo que falta es la autoestimulación que se asocia con el castigo. Pero hay condiciones en las cuales se reduce la autoestimulación, y por tanto la corrección es deficiente, implican un deterioro en la composición. El "delirio" casi podría ser definido como conducta sin corregir. En la enfermedad o en estados de gran cansancio, la conducta verbal tiene menos probabilidades de ser corregida, no sólo porque no está bien caracterizada, sino porque las funciones de corrección también se han debilitado. Ciertas drogas que tienen el efecto de evitar la ansiedad que se asocia con la conducta punitiva, como el alcohol y el llamado "suero de la verdad", también producen parte del mismo efecto y, por consecuencia, reducen la tendencia a suprimir las respuestas.

Parte de la patología de la conducta verbal puede involucrar la corrección. El paciente afásico puede ser incapaz de suprimir una respuesta inapropiada, aunque le sea obvio que se trata de algo inapropiado. En la palilalia (mencionada en el capítulo 4) existe una incapacidad similar para reprimir la conducta, a pesar de sus claras propiedades punitivas. Un paciente con graves trastornos fisiológicos puede hablar continuamente durante días. La conducta verbal sin restricción también es común en el periodo postepiléptico.[4] Lo que aún no está bien claro es si la conducta es tan fuerte como para controlar la corrección, o si es deficiente el proceso de supresión.

HABLANTE Y OYENTE COMO "PERSONALIDADES SEPARADAS"

Cuando no se ha presentado la retroalimentación de la conducta verbal en el momento de su emisión y cuando el hablante o escritor se encuentra con las evidencias de dicha conducta, es probable que la atribuya a otra persona. El hablante no sólo no recuerda haberla producido, sino que el material sin corregir puede ser tan extraño u objetable que le será irreconocible. En *Great Expectations*, de Dickens, Joe el herrero, hizo una copla para la lápida de una tumba:

[4] Rooset, J. "Synthetic Conceptions of Neuropsychology". *Science Monthly* (Nueva York), 1941, *53*, págs. 417-426.

"I made it", said Joe, "my own self. I made it in a moment. It was like striking out a horseshoe complete, in a single blow... Couldn't credit my own ed–to tell you the truth, hardly believed it *were* my own ed".[5]

En forma semejante, de Keats se dice que:

that he has often not been aware of the beauty of some thought or expression until after he has composed and written it down. It has then struck him with astonishment–and seemed rather the production of another person than his own... Such was Keats' sensation of astonishment and pleasure when he had produced the lines "His white melodies" and so on.[6]

Cuando la evidencia de la participación personal es innegable, existe la tendencia de atribuirle el trabajo a fuerzas sobrenaturales. Los oráculos griegos y romanos, que con frecuencia parecían hablar en estado de trance similar al estado en que se produce la escritura automática, eran aceptados como la voz de los dioses. Con frecuencia los poetas suponen que están poseídos por dioses o demonios. El medium espiritista de nuestros días afirma que su voz es la de una persona muerta. También es corriente oir que las grandes obras religiosas han sido dictadas por Dios.

En obras que no son claramente proféticas ni reveladoras, el carácter sobrenatural del otro hablante es claramente una figura del habla. Los escritores, desde el más grandioso hasta el más prosaico, han dicho que sienten que otra persona está escribiendo por ellos. De tiempo en tiempo se ha puesto de moda "invocar" a la Musa al comienzo de una obra literaria; esto es, invocar a la personalidad creadora, pedirle que aparezca y actúe. A menudo se dice que un poema sale del aire ya preparado, o al menos de algún lugar desconocido, y a veces esto sorprende al escritor. Así George Russell (AE),[7] escribe:

[5] "Lo hice —dijo Joe— por mí mismo. Lo hice en un momento. Fue como clavar una herradura completa de un solo golpe... No podía reconocer mi propio obra; a decir verdad, difícilmente podía creer que fuera mi propia obra". (Traducción libre *N.* del *T.*)

[6] ...era frecuente que no estuviera consciente de la belleza de algunos de sus pensamientos o expresiones, sino hasta después de que los había compuesto y anotado. Entonces lo sorprendían, y le parecía que eran obra de otra persona y no de él mismo. Esta fue la sensación de sorpresa y placer que experimentó Keats cuando escribió el verso "Sus blancas melodías", etc.
Woodhouse, citado por C. I. Finney en *The Evolution of Keats' Poetry*, II, pág. 532. Tomado de un manuscrito de la Lowell Collection, en Harvard College Library.

[7] Sólo después de una larga ensoñación me surgía un canto, como un ave que llegara volando desde la infinidad del aire... Siempre ha existido el elemento de lo inesperado en la poesía misma, ya que sale y se aparta del curso normal de la conciencia. Me sorprendería ver surgir de mi interior palabras que al combinarse me parecieran bellas, tanto como me habría sorprendido el haber visto brotar repentinamente un lirio acuático desde las profundidades de un lago y brillar en sus oscuras superficies. A menudo, las palabras parecen precipitarse desde las

> ... To me it was only after long reverie that a song would come as a bird might fly to us out of the vast hollows of the air ... There was always an element of the unexpected in the poetry itself, for it broke in upon and deflected the normal current o consciousness. I would be as surprised at the arising within me of words which in their combination seemed beautiful to me as I would have been if a waterlily had blossmed suddenly from the botton of a tarn to make a shining on its dark surfaces. The words often would rush swiftly from hidden depths of consciousness and be fashioned by an art with which the working brain had but little to do.

A. E. Housman[8] describe esencialmente el mismo proceso, pero en términos menos imaginativos, como sigue:

> Having drunk a pint of beer at luncheon – beer is a sedative to the brain, and my afternoons are the least intellectual portion of my life – I would go out for a walk of two or three hours. As I went along, thinking of nothing in particular, only looking at things around me and following the progress of the seasons, there would flow into my mind, with sudden and unaccountable emotion, sometimes a line or two of verse, sometimes a whole stanza at once, accompanied, not preceded, by a vague notion of the poem which they were destined to form part of. Then there would usually be a lull of an hour or so, then perhaps the spring would bubble up again. I say bubble up, because, so far as I could make out, the source of the suggestions thus proffered to the brain was an abyss which I have already had occasion to mention, the pit of the stomach. When I got home I wrote them down, leaving gaps, and hoping that further inspiration might be forthcoming another day.

Incluso un novelista relativamente ordinario como Galsworthy[9] dio parte de un fenómeno similar:

---

profundidades más recónditas de la conciencia, y parecen estar moldeadas mediante un proceso artístico que tiene muy poco que ver con el funcionamiento del cerebro. (Traducción libre. *N.* del *T.*) Russell, G. *Song and Its Fountains.* (Londres, 1932.)

[8] Después de beber una pinta de cerveza en el almuerzo —la cerveza es un sedante para el cerebro, y las tardes son la parte menos intelectual de mi existencia—, salía a caminar durante dos o tres horas. Al caminar no pensaba nada en especial, sólo miraba las cosas que me rodeaban y seguía el curso de las estaciones, con emoción repentina e inexplicable sentía que algo fluía dentro de mi mente; algunas veces era una línea, quizá dos, de un verso, otras era una estrofa completa, no precedida, de una noción vaga del poema del cual formaría parte. Generalmente, después llegaba un periodo de calma de una hora más o menos, entonces quizá la primavera bulliría de nuevo. Y digo bulliría porque, hasta donde puedo comprender, la fuente de sugerencias así propuesta al cerebro procedía de un abismo que ya tuve ocasión de mencionar, el foso del estómago. Al llegar a casa anoto las ideas, dejo espacios, con la esperanza de que otro día me llegue la inspiración. (Traducción Libre. *N.* del *T.*) Housman, A. E. *The Name and Nature of Poetry* (Cambridge, 1945.).

[9] Me hundo en la silla mañanera con el cuaderno sobre las rodillas, con las últimas palabras o hazañas de algún personaje ante mis ojos, la pluma en la mano, la pipa en la boca y vacía la cabeza. Me siento. No intento nada; no espero ni anhelo nada. Repentinamente, mi pluma registra un movimiento o una expre-

> I sink into my morning chair, a blotter on my knee, the last words or deed of some character in ink before my eyes, a pen in my hand, a pipe in my mouth, and nothing in my head. I sit. I don't intend; I don't expect, I don't even hope... Suddenly, my pen jots down a movement or remark... When the result is read through it surprises me by seeming to come out of what went before, and by ministering to some sort of possible future.

Prescott, en *The Poetic Mind*,[10] ha recogido muchos de estos casos. Algunos de ellos son tratados místicamente por quienes los describen; otros (por ejemplo, Goethe) lo hacen en forma naturalista en el lenguaje del sonambulismo. Con frecuencia el "otro escritor" recibe un nombre u otra personificación, a menudo en forma caprichosa o figurativa, pero esto es tan común que indica una tendencia sustancial a hacerlo. George Eliot habló del "no yo" que tomaba posesión de ella. Alfred de Musset dijo que escribir y escuchar era "como si una persona desconocida le estuviera hablando al oído". James M. Barrie le dio el nombre de McConnachie a su "mitad escritora". Milton se refirió a una patrona celestial que le dictaba sus poemas.

Con frecuencia, la contribución que hace el "otro yo" implica imperfecciones que deben sujetarse a una posterior corrección, debido a que es el resultado de la disminución de las exigencias de corrección. El éxtasis algunas veces hace las pases con el elemento euplástico. Como mencionó Robert Graves:

> Many poets of my acquaintance have... observed that on laying down their pens after the first excitement of composition they feel the same sort of surprise that a man finds on waking from a "fugue", they discover that they have done a piece of work of which they never suspected they were capable; but at the same time they discover a number of trifling surface defects which were invisible before.*

Incluso el trabajo del "soñador" Stevenson necesita ser retocado:

> The stories must now be trimmed and pared and set upon all fours, they must run from a beginning to an end and fit (after a manner) with the laws of life: the pleasure in a word had become a

---

sión. Cuando la lectura me sorprende a través de sus sorpresas, éstas parecían surgir de lo que pasó antes y ser el preámbulo de un posible futuro. (Traducción libre. *N.* del *T.*) Galsworthy, J. *The Creation of Character in Literature*, Romanes Lecture (Oxford, 1931).

[10] Prescott, F. C. *The Poetic Mind* (Nueva York, 1926), pág. 34.

* Muchos poetas que conozco han... observado que al abandonar sus plumas después de su primera excitación en la composición de una obra, experimentan el mismo tipo de sorpresa que experimenta un hombre al despertar de una "amnesia temporal". Es decir, ellos descubren que han producido parte de una obra en la que nunca pensaron poder ser capaces; pero al mismo tiempo descubren un gran número de defectos que nunca habían notado.

business; and that not only for the dreamer but for the little people of his theatre... These understood the change as well as he. When he lay down, he no longer sought amusement, but printable and profitable tales.*

Durante un tiempo se acostumbraba, al realizar estudios clínicos sobre resultados similares a los anteriores, identificar diversas "personalidades" dentro de un mismo individuo. La obra de Morton Prince, *The Dissociation of a Personality*, es un ejemplo clásico. Una paciente, la "señorita Beauchamp", primero escribe bajo hipnosis y más tarde espontáneamente con la personalidad de una mujer más joven y socialmente desadaptada llamada "Sally". Las producciones verbales de Sally son infantiles, a veces con mala ortografía, y sus preocupaciones son temas sencillos, como el resentimiento debido a la represión, el gusto que siente por los dulces y por un tal señor W. J. El hecho de que la señorita Beauchamp no fuera estimulada por su conducta —que, digámoslo así, no la "notó" cuando la emitió— parece relacionarse con el hecho de que tal conducta habría generado estimulación aversiva condicionada acompañada de los estados emocionales de culpa o ansiedad. Ella se habría castigado a sí misma por "notar" su conducta. En el sentido de que ella no la había notado, su conducta se denomina "automática". El término es poco afortunado porque sugiere la ausencia de un autor, más que la de un crítico.

La conducta verbal se presenta frecuentemente en los sueños. Como escribió Dickens: "El lenguaje ocupa un lugar de gran importancia en los sueños. Pienso que cuando estamos despiertos, la cabeza está llena de palabras".[11] La descripción que hace Coleridge de la composición del Kubla Khan en un sueño inducido por el opio es bastante conocida. El alter ego de Robert Louis Stevenson, como hemos hecho notar antes, frecuentemente trabajaba mientras Stevenson dormía; la mayor parte de *El doctor Jeckyll y el señor Hyde*, por ejemplo, primero se presentó en sueños. Aunque lo que hemos hablado en sueños se puede corregir cuando estamos despiertos (como ocurre cuando no lo contamos a otros), la produción original está relativamente libre de los efectos del castigo y, en este sentido, se parece a la escritura automática. Las funciones de hablar y de oir, por decirlo así, se asignan a personalidades diferentes. El soñador es el oyente. En general, los sueños se "gozan" más que se "producen". El llamado "trabajo durante el sueño" lo hace otra persona y, por tanto, el "oyente" no es amenazado.

* Ahora las historias deben ser ordenadas, reducidas y determinadas; deben ir de principio a fin y encajar (según el modelo) con las leyes de la vida: en una palabra, el placer se ha convertido en negocio; y no sólo para el soñador, sino también para la pequeña gente de su teatro... Ellos entendían los cambios tanto como él. Cuando el soñador se entrega no busca diversión alguna, sino crear historias provechosas que merezcan ser impresas.

[11] Nonesuch Dickens, xii, Carta al doctor Stone, pág. 269.

El "otro yo" al que el hablante real de conducta verbal puede no ser imaginario, aunque se identifique en forma errónea. En el experimento realizado con el sumador verbal, la respuesta es atribuida al disco o al hablante que lo grabó. Al oir mal, se atribuye la respuesta al hablante que alcanzó a oir. Brill[12] nos presenta un caso curioso. La observación que da una paciente a su médico *Do not give me any big bills; I cannot swallow them* (no me dé ninguna cuenta grande; no puedo soportarlas), se analiza como indicador de preocupaciones económicas. Como la *p* y la *b* sólo se diferencian por su pronunciación, y como el *big* previo explicaría fácilmente el desliz *bill*, es difícil probar tal contribución específica. Más aún, es posible que la mujer realmente dijera *pills* y que el desliz lo cometiera el médico al entender mal, posiblemente debido a la fuerza complementaria resultante del miedo a que le acusaran de estar cobrando demasiado. Si este fuera el caso, el médico evitaría exitosamente el reconocimiento punitivo de tal posibilidad, atribuyendo el desliz a su paciente.

LA CORRECCIÓN COMO FUNCIÓN DE LAS AUDIENCIAS ESPECIALES

Las tradiciones y costumbres de corrección que prevalecen en una comunidad verbal son parcialmente responsables de la conducta verbal que presentan sus miembros. El individuo reticente o lacónico difiere del voluble o efusivo, al menos en parte, debido a las diferencias en las consecuencias de su conducta verbal. Dentro de una comunidad dada un hablante mostrará varios grados de corrección, en presencia de diversas audiencias especiales. Como veremos en el siguiente capítulo, este hecho lo utiliza el mismo hablante al alentar su propia conducta verbal cuando selecciona una audiencia favorable. Aquí nos ocupamos simplemente de ciertas audiencias que se distinguen por la medida en que el hablante puede liberarse de la costumbre de corregir su conducta verbal.

Cuando un hablante hace las veces de su propia audiencia, está relativamente libre de la amenaza de castigo. La conducta subvocal se corrige con menor precisión que la vocal, y el hablante tiene mayor libertad para hablarse a sí mismo que de dirigirse a los demás. Es más probable que los diarios que se escriben sólo para el propio autor sean más francos e íntimos. Sin embargo, incluso cuando uno habla consigo mismo, no está completamente liberado del castigo que otros le propinan a su comportamiento. La "conciencia" judeo-cristiana, al igual que el superego freudiano, representa un mecanismo interno de control que se ocupa del

[12] Brill, A. A., en la traducción de Freud, *Psychopathology of Everyday Life* (Pelican Books), pág. 70.

autocastigo automático que está condicionado por los castigos que impone la sociedad. El control ejercido por el yo como audiencia puede reducirse si el hablante desarrolla una discriminación más exacta entre esta audiencia y las demás. Tal discriminación se desarrolla cuando el hablante privado se mantiene libre de las consecuencias aversivas externas, aunque el lenguaje público esté sujeto a castigo.

El "confidente" es una audiencia no punitiva; cualquier persona simpática a quien podemos hablar con menos temor de ser castigados de lo que seríamos si nos dirigiéramos a otro oyente. En este sentido, es el psicoterapeuta quien se establece como confidente por lo general. A partir de este mismo punto de vista, ya hemos interpretado en otro lugar[13] los efectos que tiene una audiencia no punitiva sobre la conducta verbal y no verbal del paciente. Las audiencias permisivas alientan la asociación libre ("libre" del castigo que normalmente reciben las intraverbales ilógicas o excesivas).

Generalmente los niños castigan la conducta verbal en forma menos drástica que los adultos. Algunas veces las respuestas, sin sentido pueden tolerarse, como sucede, por ejemplo, cuando dos niños se dedican a "tontear". En los adultos la conducta verbal humorística se alienta si el oyente está dispuesto a reir. Los libros y artículos humorísticos se dirigen a esta clase de lectores. Una clase de licencia, semejante a la licencia poética, permite la emisión de conducta que, en otras circunstancias, sería corregida por el autor. Las distorsiones registradas por Ogden Nash y S. J. Perelman (capítulo 11) ejemplifican uno de los efectos del bajo nivel de corrección de la escritura humorística. Fowler[14] alista otro tipo de efectos bajo los que él llamó "errores sarcásticos" (por ejemplo, una respuesta textual incorrecta [*Eyetalian*] que se emite, aunque sería castigable en otras circunstancias), de "etimología popular" (respuestas textuales falsas, por ejemplo, decir *eufórico* en vez de *eufónico*), "Latín sarcástico" (secuencias intraverbales irrelevantes tomadas del latín, por ejemplo, *hocus-pocus*), "correcciones latinas incongruentes" (*Omnium Gatherum*), y muchas otras.

En las cortes, el bufón del rey sacaba provecho de una audiencia indulgente. Como vimos en el capítulo 7, generalmente un rey es una audiencia negativa en cuya presencia casi todas las formas de conducta verbal se castigan. Sin embargo, al bufón se le permitía hablar sin que recibiera castigo. Como un efecto característico de la audiencia no punitiva, en ocasiones su comportamiento se tornaba agresivo u obsceno, o bien presentaba otras características que normalmente serían castigadas. El hecho de que el bufón no estaba completamente libre de la amenaza del castigo,

[13] *Science and Human Behavior*, capítulo 24.
[14] Fowler, H. W. *Modern English Usage*, pág. 164.

se muestra por el hecho de que recurría con frecuencia al humor, en el cual una observación es castigable sólo con respecto a una de dos o más variables de control. Como hemos visto, en sentido más bien legal tal observación permite que el hablante escape del castigo al negar la relevancia de la variable con respecto a la cual la respuesta es ofensiva y al apelar al control exclusivo de una fuente inofensiva.

La audiencia literaria

El mundo de la literatura muestra ciertas características reforzantes especiales que alientan un bajo nivel de corrección. Los efectos de la literatura sobre el lector, en general no dependen de que se mantenga la correspondencia entre la conducta del autor y determinado estado de cosas. El lector no toma acciones prácticas, por tanto no lo estamos orientando mal, y no hace esfuerzos para mantener al escritor bajo un estricto control de estímulos. Es preciso distinguir varios resultados de esto.

En primer lugar, la conducta literaria se caracteriza por su "licencia"; abunda en magia verbal, variables triviales de control y efectos múltiples. Por esta razón, como hemos visto, es una fuente excelente de ejemplos acerca de efectos comportamentales sutiles. También es rica en metáforas, no sólo en figuras coloridas que explican gran parte de la conducta emotiva e imaginativa del lector, sino en aquellas extensiones genéricas y metafóricas forzadas que son semiintelectuales en su efecto, pero que no se tolerarían dentro de los cánones más estrictos de la ciencia. En los escritos científicos sólo se tolera una modesta extensión metafórica. La gigantesca metáfora de Coleridge *The Birth of Time and Nature by the Polarization of the Chaos* (El nacimiento del tiempo y de la naturaleza de la polarización del caos), lleva al problema de la creación de un orden natural hasta un principio familiar ejemplificado, quizá, por los pedazos de hierro que se polarizan cerca de un imán. Como idea creadora, este pensamiento tuvo realmente poca potencialidad; fue un pensamiento literario más que científico. Lo mismo podemos decir de la extensión que hizo Stendhal de la noción de cristalización para describir un estadio del desarrollo del amor. Pero quizá no exista ninguna diferencia en cuanto a clase entre la metáfora literaria y la científica. La distinción consiste en saber en qué tan forzada ha sido la metáfora, porque la comunidad científica ha aprendido que las metáforas forzadas no son productivas para lograr otra conducta verbal útil ni para dirigir la acción efectiva.

La literatura también es el mundo de los símbolos. Una respuesta simbólica es metafórica; pero donde la metáfora es útil debido a que se carece de una respuesta no metafórica, surge la respuesta simbólica debido a que una respuesta no simbólica está

sujeta al castigo. El símbolo representa la selección de una respuesta a partir de un grupo temático en el que otras respuestas se debilitaron debido a las "fuentes negativas de fuerza". Cuando un objeto se describe con un término simbólico, generalmente se encuentra que los tactos alternativos, sean extendidos o de otra clase, están sujetos al castigo, ya sea por su forma, o porque se emiten junto con un estímulo particular. El surgimiento de la forma simbólica se sigue de la dinámica de la causación múltiple y no necesita representar ningún proceso especial de composición o de corrección. Lo que el ambiente literario puede ofrecer es una tolerancia de los símbolos similar a la de las metáforas "intelectuales" forzadas. Como el mundo literario permite el lenguaje altamente metafórico, el individuo puede hablar acerca de situaciones en las que gran parte de su repertorio verbal permanece inaccesible debido al castigo.

Además de las respuestas de fuerza trivial o de las metáforas y símbolos forzados, el ambiente literario tolera la conducta verbal que se organiza en torno a temas poderosos; por otra parte, tal conducta se impediría no necesariamente por el castigo previo, sino simplemente porque se carecería de la ocasión para que se pudiera presentar.

El desarrollo de las comunidades literarias, como audiencias tolerantes y no punitivas, puede rastrearse en el crecimiento de las formas del arte literario. De vez en cuando se descubren nuevos instrumentos literarios que posibilitan al autor evitar corregir su conducta. Con el descubrimiento de la novela que presenta el flujo de la conciencia, por ejemplo, las pautas de conducta que normalmente serían rechazadas, podrían emitirse libremente en el terreno de la gramática, la lógica, la elegancia o el orden (como en la asociación libre). La novela escrita en forma de una serie de cartas fue un descubrimiento anterior que tiene un efecto similar debido a que las cartas quedan relativamente sin corrección y sin estructuración.

La historia de la literatura también muestra la presencia de formas especiales de escritura, tales como la fábula, la alegoría o la sátira, que evitan la censura u otras formas de castigo utilizando variables múltiples. El folleto político escrito en forma de cuento infantil tal vez no engaña a nadie de los que no se dejan engañar por el ingenio agresivo, pero permite que el escritor se ocupe en presentar conducta verbal que en caso contrario tendría que ser suprimida. El simbolismo freudiano ha sido explotado por muchos escritores para lograr el mismo efecto.

La novela de caracteres fue un descubrimiento literario que permitió la emisión de conducta verbal no castigada. Cuando un escritor cuenta la historia de un personaje, sucede que es capaz de dedicarse a emitir conducta extensiva en boca de su personaje, pero si tal conducta la hubiera emitido el autor mismo, le hubiera

llevado a un castigo posiblemente severo. Si la naturaleza autobiográfica del personaje es demasiado clara, no es posible, claro está, que el autor escape completamente del castigo. Este mecanismo es útil con respecto a variables que no son "reveladoras". El autor que está escribiendo una novela tiene mayor libertad para comportarse en muchas formas —generalmente verbales— que no presentaría en la vida diaria. Quizá la mayoría de las veces que el escritor encuentra al personaje que mejor le sirve para sus propósitos, interviene el elemento de lo inesperado. También el *lector* puede usar al personaje de la novela con propósitos similares, lo cual es generalmente el resultado de un accidente afortunado. Como hemos visto, la "conversación" en una novela generalmente es premiada porque corresponde más directamente a la conducta complementaria del escritor y del lector. En la novela moderna, el autor puede presentar diversas "personalidades", en el sentido de grupos de respuestas organizadas en función de emociones, estados motivacionales o historias ambientales. El diálogo platónico permite al autor subdividir varias "líneas de pensamiento" y aliviarse de cada una de ellas con el nombre apropiado.

El efecto que tiene el ambiente literario al permitir la emisión de conducta que muestra fuertes temas personales, ha llevado al "análisis" de centenares de obras literarias, la mayor parte de los cuales se encuentran dentro del marco de referencia del psicoanálisis. Se han realizado esfuerzos para mostrar que los grandes temas literarios son los grandes temas de la vida, que el personaje del escritor explica su obra, y que la obra literaria revela el carácter del autor. Por el momento no tenemos razón alguna para discutir estos temas o "pautas arquetípicas"[15] detalladamente.

El efecto que tiene el ambiente literario en la promoción de emisión de conducta no corregida, posee un paralelo en la conducta del lector. El texto es un mundo en el cual uno se comporta con el mínimo de esfuerzo, no sólo debido a los instigadores y sondeos que ya se discutieron en el capítulo 10, o a que el libro "apropiado" para que un lector determinado fortalezca la conducta que es fuerte en él, sino porque la conducta puede emitirse sin ser corregida. Uno puede leer muchas cosas que por otras razones no diría, sin sentirse culpable. El libro mismo y el acto de leer constituyen una situación de tolerancia en la cual la conducta verbal se emite libremente.

No todas las diferencias en la efusividad verbal son, claro está, atribuibles a las diferencias en el grado de corrección característico de una cultura o individuo determinados. Corinne, la heroína de la obra de Madame de Staël, difiere mucho de su contraparte contemporánea en lo referente a la conducta verbal descubierta. Antes de abandonar su amada Roma, posiblemente para siempre,

[15] Bodkin, M. *Archetypal Patterns in Poetry* (Londres, 1934).

Corinne pasa toda la noche yendo de una parte a otra de la ciudad pregonando sentidos adioses a cada parte. Probablemente hoy una mujer del mismo nivel de educación evitaría tales "escenas", e incluso tal vez se dedicaría a asuntos triviales con el fin de evitar todas las verbalizaciones en el momento de partir. Pero no es correcto decir que la Corinne de nuestros días posea toda la conducta de su antecesora en forma latente, ni que la diferencia sea *sólo de corrección*. La Corinne de Madame de Staël fue extensamente reforzada por su conducta verbal, no sólo por su conversación en el salón, sino también por las improvisaciones; composiciones literarias extemporáneas que a veces se componían a partir de un tema arbitrariamente asignado. Por tanto, no sólo es una diferencia en la cantidad momentánea de corrección o en la historia previa del proceso de corrección, sino fundamentalmente en la medida en la cual los dos ambientes refuerzan diferencialmente la conducta que tiene una forma determinada.

La noción de "descarga"

Con frecuencia se dice que las audiencias literaria y humorística sirven para "descargar" la conducta verbal de los efectos de la corrección o de la represión que, en última instancia, son atribuibles al castigo. La conducta verbal puede ser fuerte (debido a una historia de reforzamiento poderoso, por ejemplo, o a deprivación extrema) aunque haya sido castigada, pero no se emite. Metafóricamente decimos que tal conducta se desplazó, eliminó, suprimió o reprimió. Decir que una respuesta que se emitió a pesar de tal historia —por ejemplo, una respuesta verbal que surge sin corrección— se ha "escapado o evadido de la censura", o que ha sido "descargada", es sólo una extensión modesta de la metáfora. La extensión mayor describe la conducta antes de descargarse como "acorralada o estancada". El material reprimido puede o no llegar hasta el punto de aparecer, pero en cualquier caso causa problemas. "Rómpete corazón, porque tengo que contener mi lengua". Con frecuencia se considera que la meta de la psicoterapia es la descarga de conducta reprimida y problemática, lo que en cierta forma es análogo a la acción de quitar un tumor, drenar una herida infectada o administrar un purgante.

Un amigo querido puede cumplir las funciones de un psiquiatra. Como dijo Daniel Defoe en *Moll Flanders*,

> A secret of moment should always have a confidant, a bosom friend, to whom we may communicate the joy of it, or the grief of it, be it which it will, or will be a double weight upon the spirits.*

* Un secreto momentáneo siempre debe contar con un confidente, un amigo querido, a quien comunicar la alegría del mismo, o su tristeza, sea lo que sea, o de lo contrario será una doble carga para el espíritu. (Traducción libre. *N.* del *T.*)

Sólo en esta forma podemos evitar las consecuencias objetables de la conducta reprimida.

> Men of the greatest and best qualities in other ways... have not been able to bear the weight of a secret joy or of a secret sorrow, but have been obliged to disclose it even for the mere giving vent to themselves... and such people, had they struggled longer with the oppression, would certainly have told it in their sleep.**

Defoe sugiere una técnica para prevenir la ocurrencia de conducta castigada, técnica que consiste en emitir tal conducta bajo circunstancias no punibles. Él describe el caso de un ladrón que había tenido que encerrarse bajo llave para que nadie lo oyera revelar sus actividades mientras hablaba durante el sueño (esta es una técnica de auto-control comparable al acto de ponerse la mano sobre la boca). Pero si el ladrón "le hubiera contado todos *los detalles... a cualquier amigo, a otro ladrón o a su patrón...* entonces todo le habría salido bien, y él habría podido dormir tan tranquilo como los demás".

La metáfora de represión y descarga es desafortunada porque al fusionar los procesos en uno, los tergiversa. Los principales hechos pueden alistarse de la siguiente forma:

1. Los estadios incipientes de conducta que han sido castigados producen estímulos aversivos y, posiblemente, el efecto emocional acompañante denominado ansiedad, y el hablante escapa de ellos y evita el castigo "haciendo otra cosa", incluyendo tercamente el no hacer nada. Sin embargo, la conducta desplazada sigue siendo fuerte, y por ello surgirá de nuevo en presencia de una audiencia no punitiva —por ejemplo, al hablar al psicoterapeuta o al escribir un diario o un cuento— o entrará en la determinación múltiple del comportamiento —como sucede al fortalecer las respuestas que se dan ante los estímulos textuales de un libro, ante los estímulos ecoicos de una obra de teatro o ante el componente de un juego de palabras u otro caso de "doble sentido". Sin embargo, no necesitamos suponer que el desplazamiento haya aumentado la fuerza de la respuesta.

2. Con frecuencia sucede que la conducta emitida cambia las condiciones responsables de su fuerza (capítulo 8). Por supuesto, *la conducta no emitida no puede hacer esto. Como las condiciones* que fortalecen la conducta verbal son frecuentemente aversivas, el individuo que posea conducta verbal fuerte puede "hacer algo sobre eso". Por ejemplo, si la conducta fuerte no se emite porque no existe audiencia alguna, el hablante puede actuar para

** Los grandes hombres y de mejores cualidades... no han sido capaces de guardar el peso de una alegría o tristeza secretas, sino que han tenido que luchar incluso para romper sus propias ataduras... y si tales personas hubieran luchado más tiempo contra la opresión, seguramente habrían revelado en sueños su secreto. (Traducción libre. *N.* del *T.*)

conseguirla, tal vez por medio de mandos. Si la conducta no se emite debido a la corrección, el individuo puede "buscar" una forma de respuesta que no sea castigada y que, sin embargo, altere la situación para reducir la fuerza de ambas formas. Si la conducta no se emite porque no es apropiada para la situación, el individuo puede "buscar" una respuesta en la misma forma en que busca un nombre olvidado. Pero esto no quiere decir que la emisión final se deba a algún proceso especial, mental o conductual, que no se incluya entre aquellos que se analizarán en el resto de la parte V.

3. Debido al castigo, es frecuente que los estadios incipientes de conducta produzcan estímulos aversivos condicionados que evoçan reacciones emocionales, principalmente ansiedad. El castigo de la conducta fuerte puede dar como resultado estímulos aversivos automáticos repetidos que mantienen una ansiedad crónica. Esto tiene dos posibles consecuencias importantes: *a*) las respuestas reforzadas por la reducción parcial de esa estimulación pueden ser aversivas para el individuo o para los demás —por ejemplo, pueden agotar su fuerza o "fastidiar" a los demás—; *b*) la reacción emocional crónica puede llevar a síntomas "psicosomáticos". En cualquiera de los dos casos se dice que la persona está enferma. En la terapia, la reversión del efecto del castigo puede reducir la molesta evitación o escape de *a*, o la condición patolóigca de *b*.

4. Algunas veces el cambio va acompañado de la presentación repentina de conducta verbal fuerte. Centenares de páginas de escritura automática pueden ir seguidas de un "alivio" psicológico. Parecería que el paciente se hubiera "vaciado", que hubiera "sacado algo de su pecho". Por la analogía de la catarsis se dice que el proceso de vaciarse es responsable de la "curación". Se ha dicho que varias neurosis, para no mencionar las psicosis, se alivian por medio de la logorrea exhaustiva. Pero de esto no se sigue que si se "discute a fondo" produzca alivio, sino que es la incapacidad de hablar lo que ha producido el problema. Como pasa en todas las terapias cuyo objetivo es llevar al paciente a que hable de sus problemas, la relación causal no es clara. Siempre que la conducta verbal lleve a la saciedad, o que produzca cambios en cualquiera de las variables responsables de su fortalecimiento anterior, tal vez pueda decirse que ha producido una mejoría. Pero si el lento establecimiento terapéutico de una audiencia no punitiva ha reducido el efecto punitivo automático de la conducta incipiente (y con él, el de los estímulos posiblemente responsables de la ansiedad crónica), entonces el surgimiento de conducta verbal vigorosa y prolongada puede ser el *efecto* de la "curación", más que la *causa*. La noción de catarsis, fortalecida por la analogía médica, oscurece esta posibilidad. Todo hablante tiende a emitir conducta verbal fuerte. Como su-

girió Samuel Butler, el poeta escribe un poema como la gallina pone un nuevo; ambos se pueden sentir mejor después de hacerlo.

La noción de "escape" posee otra implicación metafórica peligrosa. Con frecuencia es más fácil mandar un estado de cosas, que hacerlo uno mismo. Quienes emplean a otras personas para que les trabajen, lo hacen con frecuencia. En el mando mágico sucede que frecuentemente la respuesta verbal es *la única* conducta disponible. Pero el hecho de que la conducta verbal, si está disponible y posee gran fuerza relativa, predomine sobre la no verbal, no nos permite describirla como escape. Cuando una persona hambrienta habla de comida cuando el amante pretende hablar con su amada o cuando un hombre cobarde enfurece y fantasea con que va a reprender a su enemigo, se emiten las respuestas verbales porque no hay disponibles otras conductas que estén bajo el mismo control motivacional poderoso. Pero esto es el resultado de un proceso especial de sublimación o la búsqueda de una forma para resolver una dificultad práctica, más que una simple situación de prepotencia. Es posible que si Dostoievski escribiera un libro que tratara del odio hacia el padre por parte de sus hijos, presentara la oportunidad para que se emitieran muchas respuestas que eran fuertes en él con respecto a su propio padre; en la misma forma, también es posible que el lector de su libro se conmoviera mucho si encontrara en esos pasajes la oportunidad para emitir una conducta similar que en otras circunstancias sería censurada. Pero aunque tal conducta sirva para escapar del castigo, se emite simplemente porque es la conducta disponible más fuerte se tiene; no es una forma inventada de escape.

El castigo que no conduce al escape puede generar una revuelta o una resistencia terca.[16] La conducta verbal puede mostrar una oposición bohemia a conformarse o un rompimiento completo con las entidades punitivas que se observan en el individuo psicótico. Es probable que tanto la conducta verbal del bohemio como la del psicótico, se preocupen del material castigable; digamos que tal material es obsceno o blasfemo. La conducta verbal "normal" puede tener el efecto principal de sorprender al lector o, en otra forma, cortar el castigo en una escala menor si el castigo que generalmente conduce a la corrección y al rechazo se ha orientado mal.

[16] *Science and Human Behavior*, capítulo 24.

El autofortalecimiento de la conducta verbal

En los procesos de composición y corrección, el hablante organiza, cualifica, retira o descarga la conducta verbal que ya existe con cierta fuerza en su repertorio. Gran parte de la conducta emitida ante cualquier ocasión "simplemente se da"; surge de los cambios ambientales del momento y de otra conducta verbal que esté ocurriendo. Ahora tenemos que considerar ciertas actividades específicas que tienen el efecto de fortalecer las respuestas que se presentan en la conducta del hablante y, por tanto, de aumentar el suministro de conducta que se va a componer y a corregir. Por el momento nos limitaremos a los procedimientos que el hablante emplea para aumentar la disponibilidad del comportamiento que ya existe con cierta fuerza. Las técnicas involucran la mayor parte de las variables que hemos discutido hasta este momento. Una persona controla su propia conducta, sea verbal o de otra clase, como controla la de las demás personas.[1]

Hay ocasiones en las cuales decimos que el hablante "necesita una respuesta verbal". Las circunstancias pueden ser incompletas, como ocurre cuando las variables que fortalecen la conducta sin tener en cuenta su forma necesitan fuentes complementarias de fuerza. Las contingencias presentes se podrían satisfacer prácticamente con cualquier respuesta, siempre que fuera verbal, pero ninguna respuesta posee suficiente fuerza. Así, al encontrar algo que decir para llenar una pausa embarazosa, tratamos de encontrar un estímulo cualquiera —generalmente el clima es lo que está siempre disponible— y respondemos a él. El proceso de "búsqueda" es la clase de actividad que nos interesa en este momento.

Otras ocasiones importantes para buscar, hacen algo más que fortalecer la conducta verbal sin tener en cuenta su forma.

[1] *Science and Human Behavior*, capítulo 15.

Se necesita una respuesta con propiedades más específicas. Hay, por así decirlo, especificaciones previas que la respuesta debe llenar, aunque tales especificaciones no son suficientes para determinar su forma. Cuando alguien señala un objeto y pregunta *¿Qué es eso?*, podemos carecer de una respuesta apropiada. El hablante "nunca ha sabido el nombre de ese objeto" y, si va a contestar, debe hacer lo que corresponde para adquirir nueva conducta verbal. Sin embargo, es posible que la respuesta apropiada se haya adquirido, pero también es posible que sea demasiado débil como para emitirse; por ejemplo, simplemente el hablante "ha olvidado el nombre". La "especificación" de la respuesta que busca el hablante, es que sea reforzada apropiadamente como el nombre del objeto. El hablante será capaz de juzgar si la respuesta, una vez emitida, satisface la especificación, porque la conducta del oyente está más disponible que la del hablante; aunque el hablante no pueda emitir una respuesta apropiada, como oyente puede reforzarla si es "correcta".

Los procedimientos que se emplean para encontrar una respuesta, también son útiles cuando la respuesta puede emitirse, aunque con fuerza insuficiente, para justificar un autoclítico fuerte; por ejemplo, cuando el hablante "sabe el nombre", pero "no está seguro de que sea correcto". En este caso, las técnicas importantes aumentarán la fuerza hasta que la respuesta pueda emitirse con un autoclítico como *Yo sé.*

El tacto puede ser débil por otras razones; quizá no se haya olvidado, sino que se aprendió en forma inadecuada. Al ordenar una comida en un idioma extranjero con el que estamos poco familiarizados, por ejemplo, podemos necesitar recurrir a formas especiales de fortalecimiento de conducta, como sucede, por ejemplo, al consultar el estímulo textual de un diccionario. El tacto también puede ser débil cuando el estímulo es inadecuado: el hablante podría conocer la respuesta si tuviera más información acerca del estímulo. En un caso muy importante, por ejemplo, al comentar acerca de una situación muy confusa, el estímulo es tan complejo que ningún tacto apropiado es fuerte.

Generalmente las respuestas intraverbales son débiles debido al condicionamiento inadecuado, al olvido o a los estímulos oscuros. Es posible que el hablante necesite dedicarse a actividades suplementarias para encontrar términos equivalentes en otro idioma, para reclamar un poema, o para repetir las tablas matemáticas. Las respuestas ecoicas y textuales rara vez se "olvidan", pero pueden debilitarse por otras razones. Algunas de las técnicas que se utilizan con el fin de "captar lo que alguien dijo", para "descifrar un texto escasamente legible" o para responder ante un estímulo verbal remoto, funcionan directamente para fortalecer las respuestas débiles. Como ejemplo de lo anterior, es posible que nos hayan pedido que compremos algo, pero que "no poda-

mos recordar qué es lo que se nos pidió". Dentro de ciertos límites temporales, la conducta requerida puede ser ecoica, pero será débil debido a que el estímulo es remoto. La conducta auto-ecoica que consiste en recordar lo que uno estuvo a punto de decir, nos proporciona un caso común. Por supuesto, los procedimientos relevantes pueden llevar implícita la manipulación de las variables que originalmente evocaron la respuesta en forma encubierta; pero también se pueden usar para fortalecer una respuesta autoecoica remota. (A veces es difícil, especialmente en condiciones patológicas como el síndrome de Korsakoff, repetir o recordar lo que uno realmente ha dicho en forma descubierta.) Un caso textual paralelo a éste, consiste en recordar lo que uno ha leído recientemente. El escritor se enfrenta a muchos problemas de esta clase cuando "pesca al vuelo" una idea o cuando tiene que completar la conducta verbal que está a medio formar.

La pertinencia de las mismas técnicas se mantiene incluso cuando el hablante no reconoce la respuesta como "correcta" una vez que la encuentra. La adecuación con las especificaciones debe probarse externamente. Cuando se ha emitido una respuesta, el hablante, u otra persona, la acepta sólo en relación con otras variables. Al encontrar una rima, por ejemplo, la especificación consiste en que la respuesta rime y a la vez satisfaga las otras variables temáticas implícitas en el verso. Las pautas aliterativas y enfáticas proporcionan especificaciones semejantes. En ocasiones el hablante "busca" una respuesta alternativa que sea menos extraña, menos difícil o menos castigable en algún otro sentido. El tartamudo evita las pautas difíciles y debe encontrarles reemplazo. Retiramos una respuesta cuando es ofensiva para la audiencia presente, y debemos buscar una alternativa inofensiva. Un poeta retira el término literal y debe buscar uno metafórico.

Frecuentemente las especificaciones se relacionan con la composición. Las respuestas fragmentarias disponibles deben darse dentro de una oración aceptable, y el término humorístico debe colocarse en un marco sintáctico. El escritor con práctica o el humorista, pueden basarse en tales marcos, mientras que el principiante puede tener que recurrir a la fórmula: *Uno podría decir algo acerca de...*

TÉCNICAS

Manipulación de estímulos

Cuando el hablante es incapaz de nombrar un objeto correctamente o cuando no puede describirlo en forma apropiada, puede encontrar de utilidad mejorar su contacto con dicho objeto. El individuo puede tener una mejor visión del objeto, siempre que se presente en mejores condiciones; puede ampliar el estímulo,

posiblemente con los instrumentos ópticos apropiados, y puede mirarlo en forma repetida o estudiarlo durante cierto tiempo. En esta forma el individuo crea la oportunidad para que aparezcan las respuestas favorables, sean metafóricas o de otra clase, que ya estaban en su repertorio. El comprador que pierde la capacidad de responder adecuadamente debido a que olvidó lo que vino a comprar, puede encontrar útil observar los objetos que están en los estantes y en el mostrador. Existen disponibles procedimientos similares para las respuestas intraverbales débiles. Miramos más de cerca el estímulo verbal, leemos varias veces el pasaje en cuestión, a diferentes velocidades, en voz alta, etc.

Autoinstigadores. Los estímulos verbales comúnmente se usan como instigadores formales. Un comprador puede buscar el estímulo verbal apropiado, mirando la lista de cosas que tiene que comprar. El memorándum es un estímulo verbal que se construye para su uso futuro.

Los autoinstigadores formales explícitos se producen por medio de instrumentos nemotécnicos. Un poema adquirido como conducta intraverbal, puede dar instigadores formales para una lista de respuestas de menor fuerza. El estudiante de medicina puede aprenderse mejor los nervios craneales en el orden correcto, si ha aprendido la copla que dice *On old Olympus' piney top . . .*

Así, un diccionario de rimas proporciona instigadores formales fragmentarios para los versos: la rima apropiada surge como resultado de la fuerza formal del diccionario, así como de la fuerza temática del poema. Usamos un instigador autoecoico para fortalecer la conducta textual cuando, al buscar un nombre en una directorio telefónico, lo repetimos al leer la lista. Esto puede tener el efecto colateral de prevenir dar respuestas textuales a otros nombres que puedan causar confusión, pero en realidad su efecto fundamental es, aumentar la probabilidad de que leamos el nombre apropiado, posiblemente "con el rabillo del ojo".

Los autoinstigadores temáticos son comunes para todo el mundo. Facilitamos el recuerdo de una palabra repitiendo sinónimos o palabras casi sinónimas, con la esperanza de que una relación intraverbal proporcionará la fuerza necesaria. Podemos tratar de recordar un nombre olvidado respondiendo a los estímulos no verbales pertinentes: *¡Oh!, ¿cómo se llama él? Lo encontré en tal y tal lugar; está estudiando micología.* Podemos repetir la línea de un verso que antecede a la línea que hemos olvidado, con el fin de aumentar las tendencias intraverbales débiles por medio de la sumación. Resolvemos problemas verbales yendo repetidamente sobre el material pertinente. Releemos lo que hemos descrito con el fin de tener elementos para volver a empezar; para reconstruir la "idea" que se nos había escapado repetimos el material verbal o de otra clase que fue responsable de ella originalmente.

Autosondeos. Un sondeo no verbal que generalmente usa el hablante para alentar su propia conducta verbal, es una bola de cristal u otra fuente de estímulos visuales vagos. Los adivinos emplean tales instrumentos para lograr su efecto sobre el oyente. Es más fácil que aceptemos a un adivino como vidente si está mirando algo —tal vez sólo lo que ve con los ojos cerrados— porque esto sugiere la presencia de cierta variable *externa*, y no sólo variables como las que se controlan por la simple ficción. Pero el adivinador puede encontrar que la bola de cristal le sirve para reducir el trabajo de invención verbal. Los sondeos auditivos cumplen una función similar a la de los oráculos y profetas, incluyendo cantos rituales y conjuros, que funcionan como el sumador verbal.

Los autosondeos verbales se ejemplifican por las pautas que presentan las hojas del té, las cartas del Tarot, los datos astronómicos y numerológicos y varios signos y presagios. Cuando una pauta corresponde ampliamente a respuestas verbales que ya posean cierta fuerza, funciona como un sondeo y se "lee" un augurio particular. Cuando el emperador Augusto envejeció, un rayo que presentaba la forma *C*, de *CÉSAR*, cayó sobre una estatua de él. El presagio se leyó en la siguiente forma: *Él vivirá sólo 100 (C) días y será deificado* (AESAR = *Dios*, en idioma etrusco).

Los estímulos verbales estándar pueden permutarse y combinarse en forma aleatoria o sistemática. Algunos escritores profesionales crean argumentos y personajes nuevos permutando y combinando términos que describen características personales, relaciones y episodios, a menudo con ayuda de instrumentos mecánicos. Una lista de diez ocupaciones (por ejemplo, *carnicero, vendedor de seguros, escritor*), diez rasgos (por ejemplo, *optimista, terco, excitable*) y diez preocupaciones centrales (por ejemplo, *dinero, niños, deportes*), producirá miles de "personajes" "diferentes", por ejemplo, "un carnicero excitable interesado en los niños". Las relaciones personales y el material episódico pueden generarse de la misma manera. Los resultados son incompletos (esto es, solamente "sugestivos"), pero se usan como sondeos para producir otras conductas en el repertorio del escritor. Algo de esta clase se presenta al escribir ficción menos mecánica. Así, una conversación fragmentaria apenas oída puede establecer el desarrollo de un personaje completo. Consideramos "bueno" el producto —o sea, admiramos o reforzamos al escritor en cualquier otra forma— en proporción inversa a la contribución del sondeo. Una producción totalmente mecánica no da "crédito" a nadie.

La retórica clásica ha identificado ciertas prácticas de reorganización para producir material verbal. Aunque generalmente las figuras y tropos retóricos se toman en cuenta por los efectos que poseen sobre el lector, muchos son fórmulas para producir

conducta en el hablante. El nuevo material puede generarse si las partes de una oración se repiten en orden inverso:

> Pensamos que estaba muerta cuando dormía
> y que dormía cuando estaba muerta.

Si el orden invertido sirve como sondeo útil al evocar la conducta que por otras razones es fuerte (si "tiene sentido"), el efecto puede llevar al autor a hacer otras inversiones explícitas. Se escribe una oración, se invierten sus elementos y, si el resultado "dice algo", se libera; de lo contrario, se rechaza. La práctica no sólo proporciona material verbal adicional, sino que además la contribución múltiple de la segunda parte sugiere humor o estilo. M. Dupin, de Edgar Allan Poe, dijo cínicamente: "La generalidad de la gente considera como profundo sólo aquello que sugiere contracciones mordaces de la idea general".[2] Oscar Wilde era muy adicto a esta costumbre:

> The amount of women in London who flirt whit their own husbands is perfectly scandalous. It looks so bad. It is simply washing one's clean linen in public.[3]

Entre los instrumentos que alientan la producción de conducta verbal mediante la manipulación de estímulos, debemos incluir una lista de remoción de distracciones. Si la conducta verbal es débil o no se presenta porque "uno no puede oir sus propios pensamientos", el remedio es escapar al silencio. El escritor que busca la soledad está alentando su propia conducta verbal mediante la eliminación de los estímulos incompatibles.

El cambio de la audiencia en una variable. El hablante o escritor puede fortalecer su conducta verbal cuando encuentra una audiencia apropiada para determinado tema o repertorio. (Esto no debe confundirse con hallar una audiencia en cuya presencia la conducta que ya es fuerte pueda emitirse en forma *descubierta.*) Así, un hablante que ha sido "inhibido" en exceso debido a que ha recibido castigo por dar respuestas blasfemas, obscenas o ilógicas, puede encontrarse un confidente u otra audiencia con respecto a la cual pueda presentar de manera franca tal conducta. Si en tales circunstancias no aparecen consecuencias punibles, la estimulación aversiva condicionada se extinguirá. Como hemos visto, éste es el punto central de uno de los procedimientos del psicoanálisis.

[2] Poe, E. A. *The Mistery of Marie Roget, and Other Tales.*

[3] En Inglaterra, la cantidad de mujeres que coquetean con sus propios maridos es completamente escandalosa. Esto parece malo, pero simplemente es como lavar en público la ropa limpia.

Wilde, Oscar, *The Importance of Being Ernest.* Cfr. J. Marouzeau, "Dire «non», *Mélanges de Linguistique offerts à Charles Bally* (Génova, 1939).

Es probable que el autor sufra de falta de claridad en cuanto a la audiencia como variable de control, pero con frecuencia puede compensar esto encontrando un lector u oyente que lo refuerce inmediatamente. Una audiencia efectiva no sólo refuerza selectivamente clases particulares de conducta, sino que eleva la fuerza de la conducta en general. Algunas veces éste parece ser el único recurso del escritor que sufra la "abulia" de la extinción. Un escritor que encuentra difícil "poner sus pensamientos en el papel", puede ser capaz de emitir esta conducta en presencia de una audiencia favorable. Lo anterior se puede ejemplificar por la forma poco común en que el lógico Wittgenstein produjo uno de sus manuscritos. En él decía que cuatro o cinco de sus alumnos preferidos

> Se reunían con Wittgenstein dos veces por semana —algunas veces con mayor frecuencia— para discutir durante dos o tres horas. La primera parte de la reunión se dedicaba a preguntas que los alumnos formulaban; después de esto, Wittgenstein dictaba, sin alejarse mucho del tema de las preguntas anteriores, y trataba de conectar, en la medida de lo posible, cada dictado con la pregunta previa. Entonces, alguno de los alumnos mecanografiaba el dictado y lo entregaba a Wittgenstein para que lo corrigiera. Después, el material dictado mimeografiaba y circulaba de manera limitada.[4]

En esta forma se evocaba y señalaba en forma permanente la conducta verbal que era muy débil para emitirse en relación con los lectores finales del libro.

El hablante, o el escritor, puede manipular otras condiciones de una audiencia favorable. La relación que se establece entre el hablante o escritor, y el oyente o lector, se puede destacar por medio de elementos externos. El traje minuciosamente trabajado del bufón, no está muy lejos de la toga y la capa ni del atuendo del oficinista. Un "papel" u otra "condición de corrección" favorable, se construye físicamente. Cuando un escritor busca formas de escritura adecuadas para él —por ejemplo, al intentar escribir cuentos para niños, sátiras, novelas del tipo corriente del pensamiento, etc.—, está tratando con tipos particulares de audiencia en el sentido más amplio del término.

Como hemos visto, Trollope construyó un ambiente que funcionaba como audiencia, el cual era apropiado para la emisión y el reforzamiento de una clase particular de conducta verbal. Él sólo tenía que entrar a ese ambiente para fortalecer su conducta. Las variables que funcionan como audiencia y que tienen dimensiones físicas menos claras no son tan forzadas. Generalmente el escritor debe "entrar en calor", debe escribir algo que sirva como estímulo discriminativo asociado con el reforzamiento de

[4] Fragmento tomado de un manuscrito de circulación privada.

otra conducta verbal. Frecuentemente la primera parte de un parágrafo, de un capítulo o de un libro, es la más difícil de todas; pero una vez que se ha escrito una parte considerable, queda a disposición del escritor una variable que funciona como audiencia para fortalecer conductas similares. Este sólo es un caso más general del cambio a un repertorio especial en el que uno trabaja en un idioma, jerga o estilo particular.

Todas las variables de audiencia aumentan su control con el paso del tiempo. El principio de Trollope *nulla dies sine linea*, no logra todo su efecto en forma inmediata. Con facilidad creciente un novelista "cae" en el papel de un personaje conforme avanza en la novela. El cambio se parece a la creciente facilidad con que un sujeto hipnotizado entra en trance. En los experimentos de Gertrude Stein sobre escritura automática, ella encontró que era cada vez más fácil responder verbalmente bajo las condiciones experimentales que había establecido.

Algunas veces es importante eliminar las variables de audiencia, como eliminamos los estímulos que nos distraen. La mayor frecuencia y la mayor fuerza de la conducta encubierta, se deben directamente a consecuencias atribuibles a una audiencia especial. En la misma forma en que hay hablantes que necesitan una audiencia óptima para obtener sus mejores logros verbales, también hay otros que sólo son verbalmente productivos cuando están escribiendo en soledad y para ellos mismos. La soledad no sólo implica libertad de distracciones, sino que es una condición en la cual el yo es una audiencia importante.

Cambios en el nivel de corrección

Un hablante, o con mayor frecuencia un escritor, puede alentar su propia conducta verbal "cayendo en" una condición especial de corrección. Los trances hipnóticos autoinducidos posiblemente son casos extremos. Un ejemplo más común es "tener disposición de ánimo" para escribir. Pero en todo caso, ninguno de los dos ejemplos se entienden bien. Es preciso construir las variables pertinentes, y a menudo es suficiente una muestra de conducta apropiada para la situación. Cuando dos niños tratan de lograr el estado anímico de "inocencia" que tuvieron otro día, generalmente tratan de repetir conductas tontas, sea verbales o de otra clase. Algo similar puede suceder cuando un adulto logra el estado de ánimo necesario para producir cosas jocosas o divertidas; esto es, dar rienda suelta a fuentes múltiples de fuerza, provocar expresiones sin corregir, distorsionadas o no gramaticales, etc. Una clase de expresión, que se lee en parte como francés y en parte como inglés, se ha denominado "francés fracturado". Por ejemplo, la frase *femme de ménage* puede traducirse como *woman of my own age* (mujer de mi propia edad). Para alguien

que esté bajo control de variables de audiencia bien definidas, es difícil producir tal material, y alguien que sólo hable inglés o francés, tampoco podrá producirlo. Tiene más éxito el hablante cuya conducta textual en respuesta al francés impreso, no se encuentra bajo un control exacto de audiencia. Tal persona no siempre "fractura" el idioma, pero si se le pide que dé nuevos ejemplos puede "caer" en el estado de ánimo apropiado para hacerlo. Parte de esto es la construcción de un control de audiencias mixtas. Los pasos pueden incluir la revisión de ejemplos anteriores, la lectura del francés como si fuera inglés, etc. Pero es igualmente necesario que se relajen las condiciones de la autocorrección.

Producción mecánica de "conducta verbal"

El azar o la manipulación sistemática de letras o palabras puede crear un producto semejante al registro de la conducta verbal. Podemos leer tal producto o reaccionar ante él en otra forma como si fuera un texto, siempre que se aproxime a un patrón estándar. Sin embargo, ésta no es una forma muy eficaz de producir "conducta verbal". Si un mono golpeara en orden fortuito las teclas de una máquina de escribir podría, si fuera inmortal, producir finalmente todos los trabajos que están en el Museo Británico, por ejemplo, pero el resultado sería inútil si no existiera un lector que dispusiera también de tiempo indefinido, alguien que seleccionara las partes del producto que satisficieran ciertas especificaciones. Cuando las reorganizaciones mecánicas se usan como instigadores o como sondeos, como sucede al generar material temático para escribir historias, el producto final es conducta verbal completa; pero si el único proceso de "composición" fuera la reorganización, la conducta no necesitaría análisis. Una oración revuelta es un universo limitado de respuestas movibles, pero la conducta de reorganizar las palabras hasta lograr una frase completa que "tenga sentido", se parece a la solución de rompecabezas pictóricos y no necesita ser analizada como verbal. Muchas de las técnicas del criptoanálisis también quedan fuera de nuestro campo de estudio, aunque el mensaje decodificado es verbal.

La "conducta verbal" distorsionada (por ejemplo, la que se emite con fines humorísticos) puede producirse alterando los arreglos normales de las respuestas o las letras o palabras impresas, como registros de respuestas. Tanto en el espunerisismo como en el latín vulgar pueden producirse mediante arreglos mecánicos de las consonantes iniciales o, a menudo con gran habilidad, en el acto mismo de emisión de conducta verbal.

La "conducta verbal" también puede generarse mediante la reorganización mecánica de variables. En un conocido juego, las palabras impresas en las fichas se sacan para llenar los espacios blancos del texto; el resultado de este juego puede resultar entre-

tenido para el niño, en determinada etapa de su desarrollo, aunque, como ya hemos visto, el acto de llenar los espacios blancos no sea verbal. Los espacios pueden llenarse nombrando al azar los objetos que se encuentren en cualquier orden, es decir, seleccionando al azar las respuestas a partir de un conjunto de variables que controlan las respuestas verbales. Es posible generar "conducta verbal" nueva manipulando tales variables. En ocasiones los niños componen "conducta verbal" absurda mediante el cambio forzado de variables. Un niño puede romper el intraverbal *Pedro y Pablo subieron la...* y buscar el estímulo para un tacto no relacionado como *bicicleta*. Los comediantes, mediante una reorganización igualmente mecánica de las variables de control, generan una sarta de conclusiones equivocadas o de fugas de ideas toscas.

El cambio de las variables motivacionales y emocionales

Con el fin de fortalecer su propia conducta verbal, el hablante ocasionalmente manipula los niveles de deprivación y saciedad. Puede usar cualquiera de las relaciones de control que ya estudiamos en el capítulo 8. Los regímenes ascéticos se han recomendado por los efectos que tienen sobre la productividad verbal; entre tales efectos podemos nombrar varias dietas (especialmente vegetarianas), la deprivación sexual y la deprivación social que resulta del aislamiento personal o del hermetismo. Una persona también puede producir condiciones aversivas de las que sólo puede escapar dedicándose a la conducta verbal; por ejemplo, aceptando una invitación a hablar o unas regalías anticipadas. La conducta generada es la apropiada para las contingencias de evitación o escape: el hombre escribe lo que sea necesario para evitar devolver el dinero de las regalías, o para evitar la desaprobación contingente de una conferencia mal preparada. Algo menos específico es la autoestimulación aversiva de la vergüenza o de la culpa de la cual el hablante escapa sólo respondiendo verbalmente. El hablante puede forzar su propia conducta verbal participando en una conversación, aunque no tenga nada qué decir y por tanto arriesgándose a la amenaza de castigo que es contingente sobre una observación incompleta. En sí misma, tal estimulación aversiva no producirá conducta verbal útil, pero el efecto puede sumarse al de las variables pertinentes.

Las variables emocionales también pueden ser manipuladas. Una persona puede aumentar la probabilidad de responder una carta releyéndola y, por tanto, generando la disposición emocional apropiada; digamos, consolar al autor de la carta o atacarlo. Tal persona puede revisar la terrible conducta de los opositores a su partido al hacer la composición de un discurso político. Puede dar un paseo bajo la lluvia, oir música o leer literatura emocio-

nante, con el fin de lograr el estado de ánimo apropiado para un tipo particular de composición. Amenazado con una escena de terror, el individuo puede cobrar valor ante la situación planteada por la escena dándole energía a sus palabras.

El uso de drogas para controlar la propia conducta verbal tiene una larga historia, como sugieren las referencias del capítulo 8. Las condiciones fisiológicas que se manipulan por esta misma razón, incluyen las enfermedades autoinducidas de la "cruda" o "resaca" y la indigestión, así como el cansancio físico extremo. Se ha dicho que la buena salud y los ejercicios vigorosos favorecen otras clases de conducta verbal. En cada caso la práctica apropiada está determinada por la naturaleza de la conducta que se va a producir y por otras variables que se encuentran en la historia previa del hablante.

Incubación

Los denominados procesos inconscientes de pensamiento han recibido atención considerable, especialmente desde que Poincaré enfatizó el insight repentino en el pensamiento matemático. Poincaré decía que la iluminación ocasional era el "signo manifiesto de una actividad inconsciente muy prolongada anterior al trabajo".[5] Este punto de vista está obviamente relacionado con las doctrinas que para explicar la conducta verbal suponen que existe un creador interno. Como nosotros no necesitamos un concepto explicativo de esta clase para el caso de la conducta verbal, "consciente", no tenemos razón para dar una explicación similar del proceso de pensamiento interno en el caso de la conducta verbal inconsciente. Se supone que la conducta verbal de un matemático, como la de cualquier otra persona, es una función de las variables que se encuentran en el ambiente externo y en otras partes de su propia conducta. Las descripciones de iluminaciones repentinas siempre se caracterizan por el trabajo consciente anterior, de la categoría que se describirá en el siguiente capítulo. El hecho de que este trabajo no lleve inmediatamente a la "idea" iluminadora, no significa que se necesite más trabajo para lograrlo; puede bastar con la reclasificación de las variables. Generalmente las respuestas verbales débiles poseen latencias prolongadas. Aunque no podemos comprobar que la conducta verbal inconsciente no ocurre durante el periodo de incubación, en ese momento no hay razón alguna para pensar que lo hace.

Lo importante de estas observaciones es la relevancia del periodo de incubación. Ciertos instrumentos prácticos que sirven para alentar la emisión de conducta verbal consisten en arreglar tales periodos de incubación. Un pensador hábil sabe cuándo

[5] Poincaré, H. *Mathematical Creation*, traducido al inglés por G. Bruce Halstead en *The Fundations of Science* (Nueva York, 1913).

descansar para permitir que las variables se organicen en arreglos posiblemente más favorables. Al hacer frente a situaciones más complejas, nuestro pensador puede llegar a la conducta verbal más adecuada "consultando el problema con la almohada". En forma más inmediata, el pensador puede alentar la emisión de conducta verbal haciendo otra cosa en forma breve o, digamos, pensando en otro asunto. Tal conducta se logra cuando el vigilante hábil adquiere el empleo de su visión periférica al mirar algo que se encuentra en condiciones de baja iluminación.

Algunas veces una variable rival, como aquellas que desaparecen durante el periodo de incubación, puede ser tratada directamente. Algunas veces una respuesta prepotente interfiere en forma obvia la conducta verbal apropiada. Al intentar recordar un nombre, por ejemplo, el hablante puede emitir repetidamente el nombre equivocado y comentar: *Pienso en tal y tal, pero obviamente ése no es.* Retener las respuestas que están interfiriendo es una clase de corrección especial que algunas veces se describe como "poner la mente en blanco". (La instrucción de "no pensar en nada", se presenta con gran frecuencia en parte de las sugestiones hipnóticas.) Es posible que el hablante aprenda a "poner la mente en blanco" mediante la adquisición de la "no respuesta" como una operante específica. La conducta que se describe como "pensar en otra cosa" se puede identificar más fácilmente. La máxima de "Souriau" recomienda: *"Pour inventer il faut penser à côte"* (para inventar, se debe pensar en todos los aspectos), Stendhal.

PRODUCCIÓN Y CORRECCIÓN

Las técnicas que utiliza el hablante para alentar su propia conducta verbal generalmente están íntimamente vinculadas al proceso de corrección. Es probable que la mayor parte de lo que se produce por medio de la manipulación de las variables se retenga o se revoque, porque no concuerda con las especificaciones. Aunque uno puede aprender a hablar con clichés mediante la construcción de una "audiencia" apropiada para este lenguaje especial —como se hace al escribir parte de una obra de teatro para un personaje que hablará en clichés—, generalmente se necesita emitir muchas respuestas apropiadas para una situación determinada, así como retener todas las que no sean lo suficientemente conocidas. A la inversa, para escribir sin emplear clichés puede resultar necesario retener o revocar muchas respuestas antes de que aparezca una de ellas. En forma similar, para escribir en el papel de un personaje exigente, puede resultar necesario retener o revocar todas las formas suavizadas de mandos. Por otra parte, si se desea ser menos exigente puede resultar necesario

retener o revocar los mandos directos. Es posible que uno necesite examinar el número de respuestas intraverbales para encontrar un juego de palabras apropiado, como puede ser necesario examinar el número de respuestas para encontrar una que logre un efecto especial sobre el lector. El hablante o escritor alterna la producción con la corrección y, por tanto, toda la conducta aceptable está sujeta a la "composición" de que hablamos en el capítulo 14.

Jules Romains, en el sexto volumen de su obra *Men of Good Will*,[6] nos ofrece una convincente descripción de la forma en que un escritor alienta su propia conducta verbal. Un anciano poeta, Strigelio, no ha sido muy reforzado por su conducta de poeta, y encuentra que los recursos poéticos se están secando. Entonces, resuelve intentar un proceso relativamente mecánico de composición; selecciona al azar parejas de palabras de un diccionario hasta que logra un par (*lección y cenotafio*) que le sirven como sondeo verbal para sugerir el tema de *La lección del cenotafio.* Luego recurre a los procesos de asociación libre, a "poner la mente en blanco", a coger frases que se desvanecen en el aire, a instigarse formalmente con patrones enfáticos (*te ta te te ta*) y sílabas rítmicas, o se instiga temáticamente enumerando grupos de intraverbales. A la larga llega a un poema de diez líneas, el cual se compone de fragmentos que deben haber sido parte del repertorio verbal de Strigelio, excepción hecha de las dos palabras seleccionadas que pusieron la conducta en movimiento, pero la pauta última del poema se crea por los procesos alternos de producción y corrección.

LA CONSTRUCCIÓN DE NUEVAS RESPUESTAS VERBALES

Las técnicas anteriores carecerían de poder si las conductas que permanecen en el repertorio del hablante o escritor, sin tener en cuenta su fuerza, no pudieran satisfacer un conjunto de especificaciones determinado. En este caso, se necesitarían nuevas respuestas. No basta pedirle a alguien que escriba una historia acerca de un tema determinado si la conducta que se relaciona con dicho tema está ausente. Si éste fuera el caso, el escritor debe empezar por adquirir la conducta apropiada. Puede construir una serie de tactos nuevos extendiendo su experiencia. Así, el reportero "mira las condiciones" de determinado campo, el investigador "recoge los datos", el explorador descubre un país o grupo

[6] Romains, J. *Men of Good Will*, vol. 6, *The Depths and the Heights.* La traducción inglesa del capítulo, hecha por Gerard Hopkins, es esencialmente un nuevo texto, escrito para ilustrar el mismo punto, ya que era imposible traducir al inglés el capítulo original del francés debido a la falta de correspondencias intraverbales entre los dos idiomas.

nuevo de gente, y el científico realiza un experimento. Todas estas actividades traen nuevas respuestas verbales al individuo. También el escritor puede adquirir nueva conducta intraverbal mediante la lectura de un libro o el estudio de un texto. Cuando leemos para adquirir conocimiento o información, generalmente lo hacemos con el único objeto de obtener la conducta verbal resultante.

Las respuestas verbales apropiadas para los estímulos que no se presentan durante demasiado tiempo, se adquieren en una forma especial. Uno puede responder con la palabra *libro* ante un libro real que está sobre la mesa, cuando alguien nos pregunta *¿Qué hay sobre la mesa?*, pero la respuesta tiene una probabilidad ligeramente menor de que se dé ante la pregunta *¿Qué había sobre la mesa hace un momento?*, si el libro se retiró y se ocultó. En este caso decimos que no "notamos el libro". Sin embargo, es posible hacer un análisis más técnico de esto. En el primer caso, la pregunta puede evocar una respuesta de observación agudizando el efecto del libro en cuanto estímulo, lo cual no es posible en el segundo caso. Sin embargo, si la segunda pregunta se repite con frecuencia, y especialmente si las otras variables son poderosas, uno puede dedicarse explícitamente a observar la conducta antes de hacer preguntas. Uno comienza a "notar objetos y puede hacer preguntas acerca de ellos". Así, el estudiante que debe informar lo que ha visto en un viaje, se comporta en forma diferente de como lo haría el viajero causal. La conducta intraverbal que se emite ante estímulos pasados es favorecida por una "observación cercana" similar a la anterior. El estudiante "estudia" un texto y, al hacerlo, su conducta difiere de la simple lectura en la medida en que se establece la conducta intraverbal.

El reforzamiento explícito de la conducta de "observar" apenas empieza a estudiarse en forma experimental, y especialmente en organismos inferiores.[7] Sin embargo, hemos aprendido lo suficiente sobre esto como para justificar ciertas distinciones. Cualquier conducta es reforzada si aclara o intensifica en cualquier otra forma el efecto del estímulo que cumple una importante función discriminativa.

De esta forma, dar la vuelta a la lámpara para poder leer, enfocar la imagen de la televisión y limpiar el polvo de un viejo libro para ver su portada, son ejemplos de la conducta de observar que involucran la manipulación de objetos externos. Mirar hacia un objeto, enfocarlo, mover la cabeza para reducir el brillo, etc., son actividades que poseen efectos similares, pero solamente toma parte en ellas el cuerpo del observador. La sutil actividad de prestar atención, que posee el mismo efecto, es más difícil de observar.

[7] Sin embargo, véase a Holland, J. G., *Science, 125*, (1957), págs. 348-350.

Las contingencias de reforzamiento de la conducta verbal a menudo se extienden durante largos periodos. Así, se manda un enviado a un país extranjero para que observe los eventos que están ocurriendo y los describa a su regreso. Es posible que tales contingencias tengan éxito al desarrollar un control de estímulos remoto, quizá mediante el reforzamiento automático de la conducta de observar. El enviado visitará sitios donde ocurren los acontecimientos importantes, se sentará cerca de algunas personas para oír lo que hablan, etc.; en esta forma genera o facilita la conducta verbal manipulando estímulos. Sin embargo, los estímulos distantes son variables débiles y las contingencias que los involucran generalmente refuerzan la conducta que consiste en "llenar los vacíos". El estímulo distante puede representarse en una forma que sobreviva hasta que se emita la respuesta. Las fotografías y los mapas permiten emitir un tacto ante un estímulo inmediato que satisface las contingencias implícitas en el estímulo remoto. Las respuestas verbales pueden ser registradas inmediatamente en forma de notas o marcas; las contingencias últimas se satisfacen por la conducta textual (cuando se leen las notas o marcas) o por tactos de larga distancia que se complementan con instigadores textuales (cuando los eventos se describen con ayuda de notas).

El abismo puede salvarse en otras formas. Mediante la memorización inmediata de una serie de tactos, el hablante puede describir posteriormente la escena con la conducta intraverbal que así formó. El abismo se salva gracias a alguna propiedad de la última situación que provoca la respuesta verbal evocando la secuencia intraverbal. Los lapsos breves de tiempo con frecuencia se salvan estableciendo cadenas autoecoicas, como sucede al llevar un número telefónico que se ha sacado del directorio al teléfono, repitiéndolo hasta que comenzamos a marcarlo.

Conducta verbal lógica y científica

La comunidad literaria que analizamos en el capítulo 16 surgió con el descubrimiento e invención de contingencias que dieron a la conducta verbal una amplitud mayor, enfatizando sus consecuencias no prácticas. La conducta del escritor no se verifica al compararla con el ambiente inmediato y, por tanto, las consecuencias especiales que discutimos en el capítulo 16, así como la multiplicación de variables que analizamos en la parte III, pueden desviarse un poco. Pero la mayor parte de la conducta verbal se relaciona con la acción efectiva. Cuando un hablante describe, identifica o presenta cierta situación con exactitud aumenta la probabilidad de que el oyente actúe apropiadamente con respecto a tal situación, y cuando el oyente busca una extensión de sus propias capacidades en el oyente, un contacto con eventos distantes o una caracterización exacta de una situación problema, la conducta del hablante será más útil para él si el control ambiental no ha sido alterado por otras variables. Esta es la distinción entre hecho y fantasía, entre verdad y ficción, *Wahrheit* y *Dichtung*. En forma similar, cuando un hablante reconstruye intraverbalmente direcciones, reglas de conducta y "leyes de pensamiento", aumenta la probabilidad de que tenga éxito su comportamiento práctico, ético o intelectual, respectivamente, y tal éxito dependerá de la "pureza" de las relaciones de control.

En la historia de la lógica y de la ciencia podemos rastrear el desarrollo de una comunidad verbal cuyo interés fundamental es la conducta verbal que contribuye a la acción exitosa. La conducta mantenida por tal comunidad, difiere de los instrumentos empleados para mantenerla, como el discurso efectivo difiere de las reglas de sus propias reglas, por ejemplo. Esto último —los cánones, leyes y prescripciones de la metodología científica que ayudan a definir términos, a formar oraciones, a probarlas por su

consistencia interna, para determinar su verdadero valor, etc.—, surge relativamente tarde en la historia de la conducta verbal lógica y científica. Primero estudiaremos las características de esta conducta como tal, y entonces las costumbres de la comunidad podrán explicarse en términos de sus logros especiales.

AGUDIZACIÓN DEL CONTROL DE ESTÍMULOS

Estímulos no verbales

La comunidad científica alienta el control de estímulos exacto, bajo el cual un objeto o de una sus propiedades se identifica o caracteriza en forma tal, que la acción verbal será más efectiva. Tal control de estímulos condiciona las respuestas bajo circunstancias favorables, en las cuales generalmente podemos manipular las propiedades relevantes e irrelevantes de los estímulos. Para ordenar las relaciones de control irrelevantes, el control de estímulos establece nuevas formas de respuesta como el reemplazo arbitrario del vocabulario cotidiano, no únicamente el vocabulario especial de la ciencia, sino también gráficas, modelos, tablas y otras formas de "representar las propiedades de la naturaleza". Estos términos son verbales de acuerdo con nuestra definición: representar una ecuación en coordenadas cartesianas, construir un modelo tridimensional de una molécula compleja y ajustar el indicador de un cuadrante, son respuestas verbales que proporcionan "textos" a los "lectores" científicos, textos que con frecuencia corresponden a sus estímulos pertinentes en uno o más sistemas dimensionales. (Señalar en una gráfica, modelo o escala, o "leerlo" para otro oyente, también son respuestas verbales comparables al acto de señalar una palabra en una lista, o a leer un texto.)

La comunidad lógica y científica agudiza el control discriminativo de las respuestas verbales con esquemas de clasificación. El científico llama roedor a una rata no sólo porque ha adquirido el nombre científico para una clase especial de animal, sino porque su conducta verbal está controlada por una propiedad genérica que la comunidad científica ha señalado estableciendo una operante de clasificación.

En la práctica científica se toleran las extensiones genéricas, pero las extensiones metafóricas, metonímicas y solecistas generalmente se extinguen o se castigan. Es posible, sin embargo, que se presenten extensiones metafóricas, pero la propiedad de control se enfatiza rápidamente por medio de contingencias adicionales que convierten la respuesta en una abstracción, o la metáfora pierde su naturaleza metafórica debido a la llegada de estímulos adicionales de control. Así, es probable que la teoría molecular de los gases haya comenzado como una metáfora, en el sentido en

que la presión a que se sometía la pared de un recipiente era descrita con los términos con que se designaba una pared que era golpeada por pequeños guijarros. Finalmente se removieron otras clases de evidencia, o redujeron considerablemente la naturaleza metafórica de los términos.

Al eliminar los efectos de otras consecuencias de la conducta verbal, las contingencias establecidas por la comunidad científica actúan para evitar la exageración o la minimización, la mala representación, la mentira y la ficción. Las variables de audiencia se aclaran especificando el "universo del discurso" como subdivisión del repertorio que va a emplearse, del cual se excluyen específicamente los términos que sean apropiados a otras audiencias. La conducta verbal científica es más efectiva cuando está libre de las fuentes múltiples de fuerza; y el humor, el ingenio, el estilo, los instrumentos poéticos, las recombinaciones fragmentarias y las distorsiones de forma, cuando no se castigan, la comunidad científica las deja sin reforzar.

Al oyente se le describe la naturaleza del control de estímulos con los autoclíticos apropiados. Los escritos científicos y lógicos contienen muchas descripciones de la conducta del hablante (*Observamos que... Los autores concluyen que...*), frecuentes caracterizaciones o especificaciones (*Es cierto que...*, *probablemente...*, *es posible que...*) y autoclíticos que cuantifican y describen el rango de aplicación de una respuesta (*Algunos, ninguno, todos, nada*, etc.). Gran parte de esto está implícito en las afirmaciones científicas. Los autoclíticos adicionales del juicio le dicen al lector cómo relacionar las partes diferentes de los estímulos verbales que acompañan.

Las contingencias de reforzamiento que crean un repertorio científico especial y que agudizan su control de estímulos, proporcionan una clase de conducta que sirve al oyente como: 1. *estímulo discriminativo* óptimamente efectivo para evocar cualquier conducta que ya pueda poseer con respecto a una situación, y 2. una fuente útil de *instrucciones* para alterar su conducta con respecto a situaciones nuevas.

Estímulos verbales

La comunidad lógica y científica, en respuesta a los estímulos *verbales*, también agudiza y restringe la conducta verbal. Un ejemplo obvio de lo anterior, nos lo proporciona la afirmación de la exactitud de las conductas ecoica y textual; es importante saber qué fue lo que en realidad se dijo, ya sea en forma vocal o escrita. Sin embargo, generalmente las prácticas se diseñan para aclarar la relación que existe entre una respuesta verbal que se emite ante un estímulo verbal, y las circunstancias *no verbales* responsables de ella. A la comunidad le interesa regresar al estado de

cosas original y evitar cualquier distorsión que se deba a las cadenas verbales intermedias. Por ejemplo, sin un hablante emite un tacto que en las costumbres de la comunidad está controlado por uno de dos estímulos muy diferentes (por ejemplo, si el hablante dice *cuarto*, tal respuesta puede referirse a un orden numérico determinado, o a una habitación), y si un segundo hablante responde a esto en forma ecoica (o textual si la primera respuesta fue escrita), su oyente puede emprender una acción con respecto a una situación equivocada. El hablante original estaría en posición de dar autoclíticos útiles —por ejemplo, emitir un sinónimo que normalmente esté bajo el control de uno solo de los estímulos, o aclarar su afirmación diciendo. *Yo quise decir "ligero" en el sentido de "poco peso"*—, pero no estaría en contacto con el oyente para quien es importante la distinción y puede no ser afectado por las contingencias que generan los autoclíticos. La comunidad lógica y científica impide que el hablante que describe la conducta encuentre calificadores apropiados. En otras palabras, el lógico o científico se encuentra bajo especial presión cuando tiene que responder en forma ecoica o textual a la conducta verbal de otro hablante, ya que tiene que "asegurarse de su sentido". Esta presión se ejerce por medio de las contingencias de refuerzo que generan algo más que la simple conducta ecoica o textual. (Cuando el hablante y el oyente están en la misma piel, uno puede responder "erróneamente" a la conducta verbal del otro. Los afásicos nos proporcionan ejemplos extremos de esto; sus "procesos de pensamiento se extravían cuando una respuesta intraverbal trivial produce un "cambio de significado" a la mitad del discurso, pero este efecto también le ocurre al hablante normal, especialmente cuando la conducta es escrita y su acción como lector se demora en forma tal que el hablante "olvida lo que quería decir".)

La comunidad lógica y científica elimina las respuestas intraverbales que interfieren en el "proceso lógico de pensamiento". Sells describió parte de lo anterior en su estudio sobre el "efecto de atmósfera".[1] La comunidad verbal se defiende en muchas formas de las respuestas colaterales confusas o equivocadas que se emiten ante los estímulos verbales. Los vocabularios científicos especiales (usados en determinado "universo del discurso") están relativamente libres de las respuestas que están bajo otras clases de control de estímulos; esto es, libres de relaciones intraverbales superfluas. Los símbolos que aparecen con tanta frecuencia en las conductas lógica y científica (a menudo en reemplazo de términos del vocabulario cotidiano), son especialmente importantes para eliminar las respuestas no deseadas, ecoicas, textuales e intraverbales.

[1] Sells, S. B. *Archives of Psychology*, *29*, (1936), núm. 200.

Los lógicos y científicos poseen extensos repertorios de conducta intraverbal, pero tales repertorios están compuestos de elementos que poseen resultados satisfactorios prácticos comprobados. La adquisición de definiciones, hechos memorizados, tablas de constantes, etc., constituye una parte fundamental del entrenamiento de un científico, en la medida que se refiere al aprendizaje del uso adecuado de definiciones escritas o impresas, de hechos, tablas, u otros estímulos verbales que han sido compuestos especialmente para que las respuestas textuales útiles puedan ser emitidas en ocasiones apropiadas.

Las reglas del pensamiento lógico y matemático, las leyes del pensamiento, las formas de silogismos, etc., poseen un uso relacionado. La diferencia que existe entre la estructura lógica de una oración y los términos particulares que se presentan en ella, es la misma que existe entre las respuestas autoclíticas (especialmente los marcos gramaticales que analizamos en el capítulo 14) y las operantes verbales. Al dedicarse a la emisión de conducta verbal lógica y científica, el hablante adquiere lentamente secuencias intraverbales esqueléticas que se combinan con las respuestas apropiadas para una ocasión determinada. En la misma forma en que el poeta que ha escrito muchos pentámetros yámbicos encuentra fácil "pensar" en esa métrica, el lógico que ha emitido muchas respuestas estructuradas, en forma lógica, encuentra fácil componer otras con la misma pauta. Nuestro hablante recibe ayuda por el hecho de que las operantes fragmentarias o esqueléticas se combinan con otras respuestas en la causación múltiple, y también porque las respuestas que no poseen la pauta acostumbrada se rechazan rápidamente por ser raras y extrañas.

Las costumbres que limitan las respuestas emitidas ante estímulos verbales reciben apoyo de los autoclíticos apropiados, con los cuales el hablante representa la naturaleza del control de su conducta. El papel que desempeñan los estímulos verbales se aclara haciendo referencia a las "autoridades" y considerando sus afirmaciones como hechos (*El descubrimiento de Harvey de la circulación de la sangre aclaró que...*) y leyes (*De la segunda ley de Newton se sigue que...*), así como axiomas o definiciones previamente descritos (*...lo que es verdad por definición*).

CONSTRUCCIÓN DE NUEVA CONDUCTA VERBAL

La comunidad verbal lógica y científica ha acumulado lentamente un conjunto de técnicas para construir conducta verbal efectiva. El hablante pasa de un conjunto de respuestas a otro que posiblemente es más útil.[2] Puede emitir finalmente lo que

[2] La "composición de enunciados", de la cual se dice que se ocupa la lógica, no debe confundirse con la "composición" que analizamos en el capítulo 14. Lo que estamos tratando es el proceso actual de construcción.

parece ser un tacto o respuesta intraverbal, por ejemplo, para la cual no haya estímulos verbales apropiados inmediatos, pero que, a pesar de esto, lleve a la acción efectiva. Las costumbres que producen esto parecen haber sido descubrimientos empíricos; no siempre tienen éxito, pero el crecimiento de la comunidad verbal científica y lógica ha extendido en gran medida sus probabilidades de éxito.

El acto de contar nos proporciona un ejemplo familiar de construcción de una respuesta verbal. Cuando un hablante dice *cuatro* en respuesta a cuatro personas sentadas en torno a una mesa, su respuesta puede estar controlada directamente por una propiedad de la situación, tal como las *personas*, o *sentarse*. Pero si dice *cuatro* después de revisar una docena de cuartos, algunos de los cuales están ocupados, su respuesta no es un simple tacto; es el resultado del uso especial de una cadena intraverbal, *uno, dos, tres, cuatro*, en la cual (debido a que "aprendió a contar") ha emitido una respuesta en la secuencia cada vez que ha visto a una persona, y ahora nos dice cuál fue la última respuesta emitida. Una respuesta como *cien* siempre se construye, sea en esta forma, si está controlada por la conducta de contar cien objetos, o por medio de otras operaciones. Las matemáticas se interesan en gran parte por la conducta verbal que se construye mediante proceso de contar o el derivativo.

Respuestas manipulantes

Aunque la noción de palabra como algo que "usa" el hablante ha tenido resultados desafortunados, los registros o trazos de las respuestas verbales pueden tratarse como objetos independientes. Mediante la manipulación y el arreglo mecánico de tales objetos podemos construir conducta verbal útil. Aun cuando las respuestas no se presentan en forma escrita, la conducta es evidentemente "manipulada" en el mismo sentido. Con el fin de limitarse uno mismo al empleo de términos que caigan dentro de un universo limitado del discurso, o para emplear sólo un conjunto particular de axiomas, por ejemplo, el lógico o el científico generalmente presentan una lista de respuestas en forma escrita. Su conducta verbal subsiguiente es reforzada por él mismo o por otros, sólo si la respuesta que emite puede también emitirse en forma de respuesta textual ante los estímulos de dicha lista. También se puede emplear una lista de reglas, en el sentido de actividades permisibles para construir nuevas respuestas. Las reglas declaratorias por las que se rige un corte judicial limitan la conducta verbal de los testigos; las reglas del ajedrez limitan los movimientos de las piezas; las reglas lógicas poseen un efecto comparable en el lógico. Construir una lista de éstas, consultarla, impedirse a sí mismo la emisión de respuestas que no se incluyen

en dicha lista, etc., son conductas extremadamente complejas y la comunidad verbal debe condicionarlas laboriosamente. Tanto la conducta como los problemas especiales que de ella surgen, son similares a los que se discutieron al hablar de la corrección en el capítulo 15.

La sustitución de términos nos ilustra la manipulación productiva de las respuestas verbales. Si las palabras se escriben en pedazos de papel, y si los pedazos mutuamente reemplazables se marcan con este fin, entonces el acto de sustitución consiste simplemente en remover un pedazo y reemplazarlo por el sustituto apropiado. Tachar un conjunto de marcas que se encuentran en una hoja de papel y anotar otro conjunto, es un ejemplo común de esto. Incluso cuando el acto es más difícil de observar, se supone que ocurre por las mismas razones y con las mismas consecuencias. Escribir una expresión "con una estructura lógica equivalente", trasponer, fraccionar o introducir valores a una ecuación, son otros ejemplos de la manipulación de respuestas verbales.

Muchos problemas de semántica y de lógica deductiva se refieren a las reglas para la sustitución de términos. Esto se manifiesta en las discusiones de sinónimos, pero muchas otras clases de respuestas —los autoclíticos cuantificadores, por ejemplo— también pueden especificar que se pueden sustituir al decir *The three blind mice all ran after the farmer's wife* (Los tres ratones ciegos corrieron tras la esposa del granjero), la respuesta *all* puede ser un tacto comparable a la respuesta rápida del niño pequeño: *All gone* (literalmente: todos fueron). En cambio, decir *Todos los ratones son mamíferos* no puede ser un tacto, porque nadie ha observado nunca a "todos los ratones". Enfatizar la función autoclítica cambiando la respuesta anterior por *Siempre que se diga "ratón" se puede decir "mamífero"*, no resuelve el problema porque nadie ha observado todos los casos en los cuales es posible decir "ratón". En cambio, la respuesta se construye a partir de las definiciones de *ratón y de mamífero*, así como de una regla unilateral para la sustitución derivada de éstas.

Generalmente, el producto de la manipulación de términos es un estímulo textual (una nueva ecuación, por ejemplo, o una nueva forma de expresión) que posteriormente puede llevar a otra conducta. Algunas veces la expresión nueva "resuelve el problema", otras corresponde a la exposición anterior de una hipótesis o teoría (este resultado puede indicarse con el autoclítico *Q.E.D.*), y en otras simplemente lleva a la acción efectiva, posiblemente no verbal. El hecho de que se pueda reaccionar ante la conducta que se presenta en esta forma como si fuera un tacto o una respuesta intraverbal, o una muestra mayor de la misma naturaleza, es parte del descubrimiento empírico de la comunidad lógica y científica. La conducta de reaccionar en esta forma ante

tal comportamiento también debe estar condicionada por la comunidad.

En algunos experimentos efectuados por Moore y Anderson[3] se condicionó explícitamente la conducta verbal lógica. En tales experimentos fueron entrenados algunos sujetos ingenuos para que resolvieran problemas de cálculo proposicional. A uno de los sujetos se le dieron ciertas premisas, ciertas reglas de transformación y una conclusión a la cual llegar. En todos los estadios su conducta consistía simplemente en especificar una regla; hacer uso de un número, digamos, o señalarlo en forma escrita. El resultado de la aplicación de la regla se dio de inmediato, y entonces el individuo especificó otra regla. (El sujeto podría haber llegado al resultado de cada aplicación por medio del uso de otras reglas.) Se encontró que era posible crear manipuladores hábiles de cálculo proposicional, aunque la relevancia del procedimiento para la conducta práctica continuara oscura, es decir, aunque el sujeto no "supiera el significado" de las operaciones que realizó. En la misma forma un niño puede aprender una jugada de ajedrez.

Generalmente la construcción de nuevo material verbal se describa mediante el uso de los autoclíticos apropiados. Éstos incluyen comentarios literales como *sustituya* o *transporte*, lo mismo que mandos explícitos sobre el oyente que tienen el objeto de alentar una acción particular (*Sea X igual al número de ladrillos que una persona puede cargar en un día*). Es frecuente que se indiquen ciertos autoclíticos relacionales y de cuantificación, muchos de los cuales son familiares para el hombre común, aunque se utilizan más estrictamente en el discurso lógico y científico. Los autoclíticos que señalan la naturaleza construida de las respuestas que acompañan son *Por tanto y se sigue que...*

Confirmación

Con frecuencia debe "confirmarse" la conducta verbal nueva que ha sido construida. Sin embargo, el proceso no se limita a las oraciones construidas. Cuando generamos variables adicionales para aumentar la probabilidad de una respuesta, la confirmamos. Así, nuestra suposición de que algo que hemos visto a la distancia es un telescopio, se confirma acercándonos al objeto hasta que la respuesta débil *Creo que es un telescopio*, se reemplaza por la respuesta fuerte *Sé que es un telescopio*. En forma semejante, nuestra suposición de que un objeto con el cual no estamos familiarizados es una *especie* de telescopio, se confirma cuando encontramos que puede usarse como tal. Al usarlo como tal exitosamente, damos estimulación adicional al tacto inextendido *telescopio*.

[3] Moore, O. K. y Anderson, S. B. *Journal of Psychology, 38,* (1954), 151-160.

Con frecuencia confirmamos una respuesta cuando se encuentran variables que controlan una forma similar de respuesta en algún tipo de operante. Así, confirmamos nuestra suposición de que un animal en el zoológico es un lemur, mediante la lectura del letrero de la jaula; al hacerlo, añadimos una respuesta textual a un tacto débil. (Sin duda también nos beneficiamos de las "instrucciones" que nos dan; no "suponemos" más, aunque no estemos viendo el letrero.) En cambio, si le preguntamos a un empleado, la respuesta complementaria será ecoica. Cuando confirmamos el recuerdo que tenemos de un hecho "buscándolo" en la enciclopedia, añadimos una respuesta textual; cuando lo confirmamos preguntándole a una autoridad en la materia, añadimos una respuesta ecoica. La confirmación de nuevas respuestas verbales construidas mediante los procedimientos de la conducta verbal lógica y científica, tiene importancia cuando la nueva respuesta nunca se ha tenido como un tacto o intraverbal. La importancia de la confirmación aumenta con la longitud de la serie de pasos que se toman en el proceso de construcción, debido a que la respuesta generada se emite en forma cada vez más vacilante conforme aumenta la posibilidad de error.

Es útil mantener la distinción que existe entre la confirmación de un tacto y de una intraverbal. Si tenemos que colocar algo en una de dos cajas marcadas con *A* y *B*, y si luego de mirar la caja *B* decimos *No es en B*, estamos diciendo *Es en A*. Esto tiene la forma de un tacto complejo, como podría emitirse después de mirar en *A*, pero se llega por medio de la construcción. Para referirnos al proceso podemos usar un autoclítico (*Por tanto concluí que era en A*, o *Debe ser en A*), también lo podemos emplear para indicar alguna debilidad que permanece (*Probablemente es en A*). Confirmamos la respuesta construida generando el estímulo adecuado para el tacto comparable, es decir, buscando en *A*. Confirmamos las respuestas para los estímulos *verbales* cuando completamos un crucigrama. Nuestra suposición de la pertinencia de un sinónimo para una palabra clave dada en el crucigrama (una respuesta intraverbal), se confirma mediante la demostración de que satisface las especificaciones (o sea que nos permite dar la respuesta textual ante ella) de las letras en los espacios. Por otra parte, los estímulos verbales fragmentarios generados por las palabras que se cruzan pueden servir como instigadores formales para una respuesta tentativa, la cual se confirma posteriormente por la respuesta intraverbal que se emite ante el estímulo dado.

Las respuestas construidas a partir de la conducta lógica y científica se confirman también, ya sea como tactos o como intraverbales. Una serie de manipulaciones verbales acerca de las órbitas de los planetas conocidos puede llevar a la afirmación de la posición y tamaño de un planeta hipotético. Con la ayuda de un telescopio, una respuesta de esta forma puede emitirse como tacto.

Posteriormente, el astrónomo podrá emitir una oración como: *Hay un planeta de tal tamaño en tal y tal sitio del espacio*, la cual tiene al menos dos fuentes de fuerza: los datos de observación con respecto a los cuales la respuesta es un tacto, y los cálculos con que se construye una respuesta comparable. Sin embargo, cuando no es posible la confirmación mediante el acto de encontrar el estímulo adecuado para un tacto determinado, las construcciones adicionales pueden dar fuerza adicional. Cuando una respuesta se construye en otra forma se "prueba" una proposición, mientras una teoría que se basa en varios puntos de evidencia verbal, pero en ningún caso se encuentra un tacto comparable. La teoría de la evolución no puede confirmarse mediante un conjunto de tactos emitidos ante eventos reales que se efectuaron en el pasado, sino que un solo conjunto de respuestas verbales que parecen ser tactos emitidos ante tales eventos, se vuelven más probables —y se fortalecen— por diversos tipos de construcciones basadas en respuestas verbales que se han dado en geología, paleontología, genética, etc. Sólo un evento actual de la misma naturaleza (por ejemplo, la aparición o producción de una nueva especie en las circunstancias apropiadas) podría generar un tacto de la misma forma, y convertiría en hecho la teoría en tal sentido.

Al probar una teoría deductivamente se invierten las posiciones de la especificación y de la búsqueda. La manipulación lógica y científica es, entonces, un ejemplo de la construcción de conducta previamente especificada. Al afirmar una hipótesis o teoría, establecemos una especificación completa de la conducta verbal que se va a construir. Por supuesto, las hipótesis y teorías no surgen espontáneamente; con frecuencia son tactos extendidos o intraverbales débiles. Se requiere conducta verbal que posea la misma forma, pero que esté controlada por circunstancias más sustanciales y posiblemente más remotas. Así, si comenzamos con un tacto compuesto (por ejemplo, la descripción de la órbita de un planeta), nuestra tarea es llegar a conducta verbal comparable mediante la manipulación de las respuestas disponibles que se refieran a las otras órbitas y planetas, según un conjunto de reglas determinado. Si tenemos éxito, confirmamos la utilidad de las respuestas y reglas que hemos usado, entre las cuales puede haber axiomas, postulados, hipótesis y teorías.

El siguiente ejemplo servirá para resumir el proceso de confirmación. Supongamos que alguien dice *Ese libro tiene cuatrocientas páginas*. Basado en tal respuesta, el oyente puede actuar con máxima confianza si se trata de un tacto real; si el hablante ha mirado la última página del libro y encuentra que tiene el número 400 (su respuesta es más que textual porque "leer" el número de la última página brinda la ocasión para que la respuesta sea reforzada por la comunidad), o si ha contado las páginas y se encuentra diciendo *cuatrocientos* a la última página. La medida en

que el oyente considera la respuesta como verdadera, válida o correcta, está gobernada por la medida en que las respuestas comparables dadas por el mismo hablante han sido útiles en el pasado. Sin embargo, en realidad la respuesta puede ser de otra clase. Si el hablante simplemente ha notado el grueso del libro, o lo ha levantado con la mano se trata de un tacto vago llamado suposición; si simplemente está repitiendo lo que oyó, se trata de una respuesta ecoica; si simplemente lo está leyendo, es una respuesta textual; si nuestro hablante ha oído o leído algo así antes, o si ha memorizado el número de páginas en una larga lista, incluyendo tal libro, puede tratarse de una intraverbal defectuosa; puede ser una respuesta construida a partir de las siguientes respuestas: *El libro tiene diez capítulos, la longitud promedio de cada capítulo es de 40 páginas.* También es posible que la respuesta sea una inducción si muchos libros anterios, escritos por el mismo autor, poseen exactamente 400 páginas (entonces, la respuesta del hablante también es un tacto vago o una suposición, en la cual el estímulo de control es principalmente el nombre del autor más que, digamos, el grosor del libro).

En cada caso, el hablante u oyente puede confirmar la respuesta acumulando variables que eleven al máximo su probabilidad. Tomamos un paso en esta dirección cuando la respuesta se emite por cualquiera de las dos razones antes presentadas. Pero lo que generalmente significa la confirmación, es la generación de una respuesta como tacto (al número que aparece en la última página del libro) o como respuesta que se construye contando. El oyente reacciona ante tales respuestas con máxima confianza (que no necesita, claro está, ser completa).

Investigación científica

La ciencia empírica se interesa sólo parcialmente en la construcción y confirmación de la conducta verbal. En términos más amplios, la ciencia empírica es un conjunto de prácticas que producen conducta útil. Gran parte de tales prácticas son verbales, y, a su vez, parte de ellas son construidas. La instrumentación, por ejemplo, es un elemento característico del método científico, elemento que extiende nuestras respuestas a la naturaleza mediante la ampliación y aclaración de los eventos que pueden servir como estímulos (como cuando miramos algo a través de un telescopio o de un microscopio), mediante la transformación de algunas formas de energía en otras a las cuales podemos reaccionar (como cuando oímos un contador Geiger), y en muchas otras formas. Gran parte de lo que hacemos al responder a los estímulos generados o modificados de esta manera, es verbal.

Otros métodos experimentales llevan las respuestas bajo un control de estímulos más estricto manipulando situaciones en for-

ma tal que se ponga énfasis en las propiedades relevantes. Si alguna propiedad de un estímulo ha sido responsable de la extensión metafórica que llamamos teoría, las prácticas experimentales tal vez nos permitan aislar esa propiedad (tal vez como el miembro que tienen en común varios estímulos) y, por tanto, reemplazar la metáfora con una respuesta abstracta. Otros métodos se dedican a probar el rango de las respuestas o leyes ampliamente generalizadas.

Evaluación

La evaluación de la probabilidad de que una respuesta sea "correcta" o "verdadera" es parte esencial de las prácticas científicas; es decir, con base en tal evaluación podemos actuar exitosamente. (La lógica se ocupa de esto en su análisis de las relaciones internas, y eventualmente tautológicas, que existen entre los marcos autoclíticos.) Las respuestas construidas no siempre se confirman completamente, los tactos extensos están controlados por estímulos desviados, las respuestas emitidas a los eventos mal definidos o mal seleccionados poseen desventajas correspondientes, el reforzamiento generalizado minimiza, pero nunca destruye completamente, el efecto de la condición momentánea del hablante, etc. Estas limitaciones, así como su significación para el oyente, se reflejan en la vida diaria cuando emitimos tales respuestas sólo con fuerza moderada y las calificamos con los autoclíticos apropiados. La lógica tradicional aclaró la fuerza de los autoclíticos cuantificadores, y la práctica científica añade cierta cuantificación numérica. Como resultado, la escritura científica está cargada de expresiones tales como *más o menos dos por ciento* o *al nivel de probabilidad del cinco por ciento que*, como todos los autoclíticos, aumentan la probabilidad de que el oyente reaccionará con la precaución o convicción apropiada.

Metodología científica

La conducta verbal lógica y científica difiere de la conducta verbal del hombre común (y especialmente de la conducta literaria) debido al énfasis que da a las consecuencias prácticas. Éstas no siempre son asuntos de tecnología mundana. La prueba de la predicción científica es, como el término lo indica, la confirmación *verbal*. Pero tanto la conducta del lógico como la del científico conducen, al menos, a la acción no verbal efectiva, y es aquí donde debemos encontrar las contingencias últimas de refuerzo que mantiene la comunidad verbal lógica y científica. Ahora sólo podemos especular acerca de la forma en que deben hacerse sentir por sí mismas las ventajas que tienen ciertas clases de conducta predicción y el control de la naturaleza. Una comunidad verbal

terminará por suprimir la conducta exagerada o deshonesta, y reforzará las respuestas que estén bajo un control de estímulos más exacto, así como reforzaría la repetición correcta y la recitación de las reglas de conducta (éticas o de otra clase), el correcto recuerdo de los datos, etc., debido a las importantes consecuencias prácticas que esto tiene. Sin embargo, sus intereses en este aspecto deben haber estado en conflicto, digamos, con su gusto por el entretenimiento verbal. La distinción entre estas clases de ventajas ganadas por la comunidad, es lo que nos permite distinguir entre las subdivisiones literaria y logicocientífica. Por supuesto, estas subcomunidades no necesitan estar compuestas de miembros diferentes. Algunas veces la comunidad moldea y mantiene la conducta de entretenimiento de los poetas y los cuentistas; en otras ocasiones, y generalmente con respecto a otros hablantes, la comunidad moldea y mantiene la conducta verbal que produce resultados prácticos.

La conducta verbal lógica y científica, lo mismo que las costumbres de la comunidad que la moldean y mantienen, han sido analizadas en la *metodología lógica y científica.* Una vez que ha surgido una comunidad especial que se preocupa por las consecuencias prácticas, se convierte en objeto de estudio. ¿Cuáles son las propiedades que definen la conducta verbal lógica y científica? ¿Cuándo es tal conducta efectiva o válida? ¿En qué forma generan y mantienen dicha conducta las costumbres de la comunidad? ¿Cómo funcionan tales costumbres? ¿Es posible mejorar la conducta verbal científica y lógica?, y si lo es ¿qué costumbres lograrán tales mejoras?

Tres son los pasos que parecen conducirnos a esta clase de investigación metodológica: 1. algunas clases de conducta verbal, incluyendo los autoclíticos relacionales y de cuantificación apropiados, han demostrado tener importantes consecuencias prácticas tanto para el hablante como para el oyente; 2. la comunidad descubre y adopta costumbres explícitas que alientan tal comportamiento, las cuales son reforzadas más por esto que por las consecuencias prácticas y extensas, y 3. las costumbres de la comunidad se estudian y mejoran, tal vez debido a sus consecuencias crecientemente exitosas. Como ejemplo en el caso de la lógica encontramos que: 1. algunas respuestas intraverbales son útiles para el oyente promedio; 2. entonces, la comunidad alienta tal conducta obligando a que los hablantes observen las leyes del pensamiento, al empleo de fórmulas silogísticas aceptables, etc., y 3. se analiza la consistencia interna y la validez de las leyes del pensamiento, de los silogismos y de otras reglas y fórmulas lógicas, con el objeto de lograr su posible mejoramiento.

En la ciencia, podríamos describir una secuencia paralela en la siguiente forma: 1. las respuestas relativamente abstractas que especifican propiedades particulares de estímulos han demostrado

ser útiles; 2. la comunidad científica arregla las contingencias de reforzamiento que obligan a los hablantes a responder ante propiedades aisladas, y 3. las reglas y cánones del pensamiento científico que gobiernan la clasificación y la abstracción se estudian para explicar la efectividad de los numerales 1 y 2, y posiblemente para sugerir mejor conducta y mejores prácticas. Puede decirse que las disciplinas analíticas del estadio número 3 se ocupan de la "validez" última del discurso lógico y científico, en el sentido en que especifican las consecuencias definidoras de la conducta lógica y científica.

Las técnicas de la metodología lógica y científica deben adaptarse a los fenómenos de la conducta verbal. En el momento de la emisión, generalmente no se consideran todas las implicaciones que esto tiene. Poniendo énfasis en los análisis formales, la lógica ha evitado muchos de los confusos problemas del "significado". Los marcos autoclíticos necesitan estudiarse, y es preciso diseñar prácticas que aumenten al máximo la validez tautológica o la verdad que se ha de inferir a partir de las relaciones entre tales marcos. Pero todos estos análisis, junto con sus productos, son conducta verbal y están sujetos a un análisis tal como el que aquí presentamos. Eso también es válido para los estudios acerca de la relación existente entre conducta verbal y eventos extraverbales, ya sea en la lingüística, en la lógica semántica o en las consideraciones estadísticas o probabilísticas de la metodología científica. El proceso verbal del pensamiento lógico y científico merece y necesita un análisis más preciso del que ha recibido hasta ahora. La lógica empírica o la epistemología científica descriptiva y analítica, cuyos términos y prácticas se adaptarán a la conducta humana como tema de estudio, pueden ser uno de los últimos logros de la ciencia de la conducta verbal.

El pensamiento

Es frecuente que el lugar de la conducta verbal en la coordinación de grupo se discuta al especular acerca del origen del lenguaje. Tan pronto como los hombres comenzaron a trabajar juntos en la caza, la pesca, la construcción de viviendas o la guerra, deben haber surgido situaciones en las cuales las respuestas verbales rudimentarias serían de utilidad.[1] Por ejemplo, en la pesca en grupo, una persona podría estar en una posición adecuada para ver los peces, mientras que otra lanzaría la red. Cualquier respuesta que el primero diera ante los peces mejoraría la acción del otro, posiblemente para beneficio de ambos. Es posible descubrir funciones coordinadas comparables en la conducta de una comunidad verbal bien desarrollada.

Las ventajas plausibles no son, en cuanto tales, la explicación del origen y mantenimiento de la conducta verbal, pero señalan las contingencias de refuerzo que sí lo son. La conducta verbal extiende los poderes sensoriales del oyente, quien ahora puede responder a la conducta de las otras personas en lugar de ir directamente a las cosas y eventos, y extiende también la capacidad de acción del hablante, quien ahora puede hablar en lugar de hacer. Si, como resultado de una división del trabajo, la persona débil, pero bien informada puede controlar a la persona fuerte, pero ignorante, sus logros combinados pueden superar cualquier cosa que era posible para uno solo de ellos. Las empresas cooperativas no siempre benefician a todas las partes involucradas, pero las contingencias de relación necesarias para mantener la conducta verbal se mantienen incluso en relaciones extremadamente asimétricas, como la del amo y el esclavo.

[1] Véase el apéndice de Malniowski al libro de Ogden, C. K., y Richards, I. A., *The Meaning of Meaning*.

Cuando las respuestas comenzaron a trasmitirse de una persona a otra, la conducta verbal tuvo que haberse vuelto mucho más valiosa, tanto para el grupo como para cada uno de sus miembros. La trasmisión "de boca en boca" se hizo posible con el desarrollo de la conducta ecoica e intraverbal, mientras que la invención de la escritura y el desarrollo consecuente de la conducta textual permitieron una forma aún más eficaz de comunicación. El "hablante" que deja un registro duradero de su conducta puede afectar a "oyentes" que se encuentren en lugares y épocas muy distantes, y éstos a su vez se beneficiarán de los puntos especiales de ventaja de ese "hablante" remoto. El logro que representa la trasmisión de la conducta verbal, se observa hoy en los códigos de ley, en los libros de la sabiduría, en los formularios y escritos religiosos, que amplían casi ilimitadamente los efectos de la conducta que originalmente los produjo, así como en las historias, biografías, diarios y reportes experimentales, que dan al lector un contacto casi ilimitado con los ambientes de otras personas.

Surgimiento de otras funciones

Una división útil del trabajo no es el único logro de la conducta verbal. A partir de los mandos y tactos debieron haber surgido otras funciones (así como de las respuestas correspondientes, verbales y no verbales, del oyente) que fueron efectivas, primero, para facilitar la coordinación del grupo. Los efectos especiales que hemos discutido en el capítulo 6 pronto se hicieron posibles con los resultados que hemos visto resumidos con resultados que se observan en la literatura cuando una obra determinada hace reaccionar emocionalmente al lector, o lo entretiene en diversas formas. Estas reacciones colaterales de los oyentes pronto debieron de haber alterado la conducta de los hablantes. Más aún, tan pronto como el oyente se convirtió en un buen hablante, la conducta verbal pudo haber desencadenado en él reacciones *verbales*; deleitándolo con los efectos humorísticos o de estilo de la causación múltiple, instigando y sondeando su conducta en la estimulación persuasiva o inteligente, etc.

Estos usos adicionales de la conducta verbal no resultan de una extensión del poder sensorial o motor; pueden tener relación con la coordinación del grupo o no tenerla. Pero son más interesantes cuando tales usos no se relacionan con ningún grupo, en pocas palabras, cuando la persona está hablando consigo misma. Una vez que el hablante también se ha convertido en oyente, el escenario está listo para un drama en el que una persona puede desempeñar diversos papeles. No existen ventajas iniciales para la coordinación del grupo, pero hay ganancias que compensan esto. Al hecho de que el hablante se comporte consigo mismo como

oyente, especialmente cuando su conducta no es observable por los demás, se le reconoce tradicionalmente como un logro humano fundamental llamado "pensamiento".

La descripción de la conducta verbal no es completa hasta que no se aclare su relación con el resto de la conducta del organismo. Esto puede hacerse en forma conveniente discutiendo el problema del pensamiento.

Conducta verbal encubierta

Si alguien está sentado en silencio y le preguntamos *¿Qué estás haciendo?*, puede responder: *Nada, estoy pensando.* En la terminología del hombre común (y de muchos especialistas) pensar es lo contrario de hacer. Pero como organismo viviente, una persona se está comportando en algún sentido cuando "no hace nada", cuando su conducta no puede ser observada fácilmente por otros o incluso por sí mismo. No discutimos estas actividades en forma efectiva, porque casi siempre son accesibles sólo para el "pensador" y no es posible desarrollar respuestas verbales útiles ante tales actividades internas. Se han logrado ciertos progresos para mejorar la observación pública mediante la ampliación con instrumentos de la conducta a pequeña escala, pero los problemas derivados de la explicación de la ocurrencia normal de tal conducta permanecen.

En cierto sentido, la conducta verbal que no puede ser observada por otras personas no es propiamente parte de nuestro campo de trabajo. Es tentador evitar los problemas que presenta tal conducta limitándonos a los eventos observables, dejando que cada persona extienda el análisis a su conducta encubierta si lo desea. Pero en tal caso quedarían importantes vacíos en nuestra explicación. En el encadenamiento intraverbal, por ejemplo, algunas veces los eslabones necesarios no se presentan en los datos observables. Cuando alguien resuelve un problema de "aritmética mental", es frecuente que la presentación inicial del problema y la respuesta descubierta final sólo puedan relacionarse mediante eventos encubiertos inferidos. También tenemos que explicar la conducta verbal que está bajo el control del habla encubierta, que la informa (capítulo 5) o que la califica con autoclíticos (capítulo 12). Al discutir las formas gramaticales (capítulo 13), la composición de oraciones (capítulo 14), la corrección (capítulo 15), y otros temas que tratamos en la parte V, también hemos tenido que considerar la conducta encubierta. Por tanto, ahora es necesario exponer sus dimensiones.

A menudo la conducta encubierta parece ser igual que la descubierta, sólo que la primera ocurre en una escala más reducida. Si recitamos el alfabeto pronunciando en voz alta unas letras y susurrando otras, podemos observar que es el tono de voz el que

hace la diferencia: *A-b-C-d-E-f-G-h* . . . Si pronunciamos cada tercer letra en forma de murmullo y las demás las emitimos en silencio, podemos observar lo que parece ser una diferencia comparable entre las formas encubierta y descubierta: *a*-( )-*c*-( ) -*e*-( )-*g*-( ) . . . Pero la respuesta silenciosa puede llegar a adquirir dimensiones muy sutiles. La implicación de los músculos que se demuestra mediante la amplificación mecánica o eléctrica, con frecuencia puede detectarse tratando de "pensar" en una respuesta como *bubble, bubble,* mientras se tiene la boca tan abierta como sea posible. Pero es posible hacer esto, especialmente después de adquirir un poco de práctica; aunque al suponer que la conducta encubierta siempre es ejecutada por el aparato muscular que también es responsable de la forma descubierta, surgen otras dificultades. Los oradores públicos experimentados, especialmente aquéllos que dicen la misma cosa muchas veces, parecen "pensar" una respuesta verbal mientras están diciendo otra en voz alta, y algunas veces uno parece leer mecánicamente en voz alta mientras lleva a cabo una conversación, digamos, "fantasiosa". Tampoco es muy factible que la actividad muscular en pequeña escala represente la conducta verbal incipiente. La expresión *Yo iba a decir* . . . , puede ir seguida de una respuesta que no ha sido previamente emitida, ni siquiera en forma subaudible. Un hablante rápido puede componer una oración para dar una respuesta que debe ser emitida, pero es difícil explicar esto suponiendo que hubiera un ensayo rápido y silencioso. Interrumpimos una afirmación molesta antes de que haga daño, aunque la podamos completar en forma subaudible, y sin duda antes de que haya ocurrido.

No necesitamos hacer suposiciones acerca del sustrato muscular o neural de los eventos verbales. Explicamos la probabilidad o la fuerza de una respuesta suprimida o manipulada, en la misma forma en que explicamos la probabilidad de cualquier conducta. En un caso de corrección, por ejemplo, observamos que la conducta que por lo común va seguida de una respuesta determinada, se interrumpe repentinamente. El hecho de que "por lo común" vaya seguida de ella, es un hecho comportamental que se refiere a las ocurrencias anteriores de la respuesta bajo determinadas circunstancias. Los procesos fisiológicos median en la misma forma la probabilidad de las respuestas encubiertas y descubiertas, como indudablemente median todas las relaciones que se manifiestan en un análisis funcional del comportamiento; pero podemos hablar acerca de ambas formas de respuesta "cuando no se emiten", sin identificar los mediadores fisiológicos. Los datos que dan origen a la noción del habla encubierta pueden tratarse como tales, con el grado de rigor que prevalece en otros campos de la ciencia de la conducta verbal por el momento.

Sin embargo, aún se debe responder a otras preguntas. ¿Por qué una respuesta se torna encubierta? La conducta operante casi siempre comienza en una forma que afecta el ambiente externo, porque en caso contrario no se reforzaría. (Las excepciones las proporcionan ciertas respuestas que son automáticamente reforzadas por el organismo mismo.) ¿Por qué la conducta no permanece en forma descubierta?

La conducta se torna encubierta cuando, en primer lugar, su fuerza cae por debajo del nivel que se requiere para su emisión descubierta, y puede ser débil cuando las variables de control son deficientes. Cuando decimos *Creí que era Jones (pero veo que no lo es)*, emitimos realmente la respuesta *Jones*; pero estamos describiendo un caso encubierto previo que se debilitó porque el estímulo era inadecuado. Si la respuesta *Jones* hubiera sido débil debido a que estaba mal condicionada o parcialmente olvidada, el informe podría haber tomado la siguiente forma: *Creí que se llamaba Jones.* Sin embargo, la conducta encubierta puede ser fuerte, como lo hace notar el hecho de que aparece a nivel abierto en otras circunstancias. La respuesta encubierta es simplemente la más fácil o, por cualquier otra razón, la más probable en ese momento. El nivel de energía de la conducta no verbal generalmente declina, mientras que las contingencias de refuerzo se mantienen. Cuando Thorndike reforzó un gato por lamerse la pata, el movimiento se hizo cada vez más tenue, hasta que apenas se podía detectar.[2] Las contingencias de refuerzo no se pudieron mantener más allá de ese punto. (Podríamos decir que el gato no podía ser reforzado por "pensar" en lamerse la pata.) Pero cuando el hablante se desempeña como su propio oyente, permanece un reforzamiento considerable en la conducta *verbal* encubierta. Una consecuencia importante de nuestra definición es que, cuando uno se habla a sí mismo, es innecesario hablar en voz alta y es más fácil no hacerlo. Una respuesta que por razones de conveniencia es subaudible, se convertirá en audible si con ello logra alguna ventaja. En ciertas ocasiones hablamos con nosotros mismos en voz alta, por ejemplo, cuando una respuesta audible mejora la cadena intraverbal. En la solución de un problema difícil, sea matemático o de otra clase, utilizamos respuestas descubiertas, ya sea vocales o escritas. Por la misma razón, es probable que conductas encubiertas como sumar dinero o hacer operaciones matemáticas se vuelvan descubiertas en presencia de estímulos que distraigan a la persona. Sin embargo, el lenguaje encubierto no es total ni principalmente una forma de ahorrar trabajo. Como hemos visto, a menudo se castiga la conducta verbal. En el niño la conducta audible se refuerza y se tolera hasta cierto punto; luego se vuelve molesta, y se castiga al niño por hablar. En la edad adulta, siguen

[2] Trorndike, E. L. *Animal Intelligence* (Nueva York, 1898).

actuando consecuencias aversivas comparables a las anteriores. El castigo no siempre se presenta bajo la forma de reproche; el habla que apenas se oye puede tener otra clase de efectos indeseables, como por ejemplo, revelar un secreto. La privacidad de la conducta encubierta posee un valor práctico. En cuanto una respuesta verbal se emite principalmente por los efectos que tiene sobre el hablante mismo, se debe limitar a dicha audiencia. (El contenido de la conducta verbal autista con frecuencia es significativo para el terapeuta, porque tal conducta está relativamente libre del control ejercido por una audiencia punitiva.)

El hecho de que la evitación del castigo sea una explicación más probable que la conveniencia, se muestra por el hecho de que la conducta encubierta regresa al nivel descubierto cuando la audiencia punitiva no está más en posición de control, aunque no se haya alterado la conveniencia. Mucha gente que vive sola termina por hablar consigo misma en voz alta. En presencia de otras personas, el regreso al nivel descubierto puede llevar algún tiempo, porque el carácter no punitivo de una audiencia no se puede establecer en un momento. Generalmente resulta difícil hacer que la gente "piense en voz alta"; es decir, que emita en presencia de una audiencia externa la conducta que está principalmente controlada por el hablante mismo. La amplitud del control especial ejercido por la audiencia privada, se observa en el hecho de que, en ausencia de un oyente externo, la conducta descubierta a menudo genera ansiedad u otros efectos emocionales. Mucha gente se siente mal cuando usa por primera vez una máquina de escribir, o cuando repasa en voz alta un discurso en una habitación vacía. El cambio completo de la conducta previamente encubierta al nivel audible, puede llegar muy lentamente. La audiencia que no censura, como la que proporciona el psicoanalista, no es inmediatamente efectiva, aunque el lenguaje descubierto que en otras condiciones sería castigado, finalmente puede aparecer.

Existen variables importantes que determinan si una respuesta va a ser emitida en forma descubierta o encubierta. Pero tales variables no afectan demasiado sus otras propiedades; tampoco sugieren que haya una diferencia importante entre los dos niveles o formas. Por tanto, nada se gana identificando el pensamiento con el habla subaudible. Esto se hizo en algunos de los primeros análisis conductistas que aparentemente intentaban encontrar algún sustituto para los llamados procesos mentales. El enfoque tradicional, que dice que primero se presenta la idea y luego el hablante la expresa en palabras, tuvo que ser descartado. Como hemos visto, los verdaderos precursores del habla son las variables independientes, de las cuales el habla es función; pero en su mayoría tales variables se encuentran fuera del organismo y, por tanto, no son un reemplazo muy admisible de las ideas, consideradas como causas internas. Anteriormente, resultaba tentador

suponer que el hablante "pensaba lo que iba a decir", en el sentido simple de decírselo primero a sí mismo. Pero la respuesta encubierta, si ocurre, no es, en ningún sentido, la causa de la respuesta descubierta. Toda la fuerza de la expresión de ideas no puede llevarse por una simple secuencia de respuestas encubiertas y descubiertas. Sin embargo, existen otros "procesos mentales" descartados de los análisis conductistas, que no se pueden reemplazar fácilmente con la conducta verbal encubierta; pero sin duda, su prestigio tradicional contribuyó al reconocimiento de la necesidad de encontrar sustitutos. Algunos de estos procesos se ejemplifican cuando el hablante adquiere o retiene una respuesta (los procesos mentales de "aprendizaje" y "memoria"), cuando responde en forma diferente a distintos estímulos ("discriminación"), cuando reacciona con una determinada forma de respuesta en lugar de otra ("diferenciación"), cuando responde de manera determinada ante un estímulo nuevo que se parece al estímulo viejo ("generalización", "metáfora" o "pensamiento analógico"), cuando su respuesta está bajo el control de una sola propiedad o de un conjunto especial de propiedades de un estímulo ("abstracción"), cuando llega a construir una respuesta por medio de una cadena intraverbal controlada ("razonamiento") y así sucesivamente. Estas *conductas* no son ni descubiertas ni encubiertas; son relaciones de control o cambios en la probabilidad que resultan de los cambios que experimentan tales relaciones.

La teoría de que el pensamiento era simplemente un lenguaje subaudible tuvo, al menos, el favorable efecto de identificar el pensamiento con el comportamiento; pero el lenguaje sólo es un caso especial de comportamiento, y el lenguaje subaudible una subdivisión adicional. El rango de conducta verbal se sugiere, en términos amplios, en orden decreciente de energía: gritar, hablar en voz alta, hablar en voz baja, murmurar, musitar "para uno mismo", hablar en forma subaudible con actividad muscular detectable, habla subaudible de dimensiones poco claras, e incluso, quizá, el "pensamiento inconsciente" que algunas veces se infiere en casos de solución de problemas. En este continuo no existe lugar alguno en el que sea útil trazar una línea de separación entre pensamiento y acción. Por lo que sabemos, los eventos que se presentan en el extremo encubierto no poseen propiedades especiales, no siguen leyes especiales, y no se les puede acreditar ningún logro particular.

EL HABLANTE COMO SU PROPIO OYENTE

Podemos considerar un caso aún mejor para identificar el pensamiento con aquella conducta que afecta en forma automática a la persona que se está comportando, y tal conducta es reforzante precisamente porque la afecta en forma automática. Tal afecta-

ción puede manifestarse en forma encubierta o descubierta. Al señalar el hecho de que los efectos reforzantes de la conducta verbal encubierta *deben* surgir de la autoestimulación, nos es posible explicar la tendencia a identificar el pensamiento con la conducta verbal encubierta. Sin embargo, la autoestimulación es posible, y sin duda es más efectiva, al nivel descubierto.

Cuando un hombre habla consigo mismo, ya sea en voz alta o en silencio, es un oyente excelente, en el sentido al que aludimos en el capítulo 10; él habla el mismo idioma o idiomas y posee la misma experiencia verbal y no verbal del oyente; está sujeto a las mismas deprivaciones y estimulaciones aversivas, y éstas pueden variar día a día o momento a momento en la misma forma. Como oyente está listo para atender a su propia conducta de hablante justo en el momento apropiado, y está preparado de manera óptima para "entender" lo que se le ha dicho. Se pierde muy poco tiempo en la trasmisión, y la conducta puede adquirir dimensiones muy sutiles. Por tanto, no es sorprendente, nada sorprendente que se haya considerado que la autoestimulación verbal posea propiedades especiales, e incluso que se haya identificado con el pensamiento.

Soliloquio simple

La propia conducta verbal del hablante proporciona automáticamente estímulos para las conductas ecoica, textual o intraverbal, y tales estímulos a su vez generan nuevos estímulos para nuevas respuestas. El resultado de lo anterior es el "soliloquio", el cual se ejemplifica en su uso dramático y en algunas novelas que se insertan en la corriente del flujo de la conciencia. Esencialmente el soliloquio no es un pensamiento productivo; en él pueden surgir giros inesperados y, como resultado, el soliloquio que se presenta después se modifica sólo ligeramente, si es que lo hace. Dashiell[3] ha analizado el *Ser o no ser* de Hamlet en este sentido. La conexión intraverbal que existe entre *morir y dormir* nos lleva a otra entre *dormir* y *soñar*, y entonces *soñar* fortalece una respuesta incipiente que se interrumpe con *Sí, allí está el busilis.* Sin tener en cuenta la respetabilidad de las conexiones, este "tren de pensamiento" es un mero lazo intraverbal o autoecoico y apenas es posible distinguirlo del "vuelo de ideas".

El pensamiento es más productivo cuando las respuestas verbales llevan a consecuencias específicas, y tales respuestas *son reforzadas porque lo hacen.* La conducta autista es un paso en esa dirección.

Así, la fantasía verbal, sea descubierta o encubierta, es automáticamente reforzante para el hablante que también desem-

[3] Dashiell, J. F. *Fundamentals of Objective Psychology* (Boston, 1928).

peña el papel de oyente. En la misma forma en que el músico toca o compone lo que es reforzante para él cuando lo oye, o como el artista pinta lo que lo refuerza visualmente, el hablante que se dedica a la fantasía verbal dice lo que es reforzante para él cuando lo oye, o escribe lo que es reforzante cuando lo lee. Este es el reino de los ensueños verbales y de gran parte de la poesía, la ficción y otras formas de literatura. El escritor compone estímulos verbales que le producen (a él e incidentalmente a otros) respuestas emocionales o de otra clase, o que sirven como instigadores o sondeos para permitirle conducirse verbalmente en una situación en la que él permanecería en silencio por falta de energía, humor o por las circunstancias punitivas. El escritor constituye, dentro de sí mismo, una comunidad adecuada para la producción sostenida de conducta literaria, y puede continuar escribiendo durante largo tiempo sin la contribución de la comunidad externa. A menudo, las prácticas de la comunidad interna tienden a presentar idiosincrasias perturbadoras, como sugiere la obra de una poetisa como Emily Dickinson.

La conducta verbal que tiene efectos prácticos sobre el hablante considerado como oyente

Además de la conducta autista o artística, las respuestas verbales pueden ser reforzadas automáticamente por sus consecuencias prácticas. Éstas pueden presentarse incluso cuando el hablante es su propio oyente. Aunque el individuo no puede extender sus poderes sensoriales y motores, gran parte de las contingencias mediadoras importantes que generan y mantienen la conducta verbal continúan actuando.

Un automando no es tan inútil como parece serlo a primera vista. Una persona puede "mandarse" a sí misma levantarse de la cama en una mañana fría, detenerse cuando ha cometido un error o asegurarse de recordar un encargo que le hicieron. Éstos no son mandos completamente mágicos. La respuesta verbal llega primero, porque tiene consecuencias menos aversivas que la conducta mandada. Por ejemplo, es más fácil ejecutar el mando *¡Levántate!* que salir de la cama, y es menos probable que tal mando vaya seguido de un choque por el frío. Puede ser fuerte por la incorporación de casos en los que hemos inducido a otras personas a levantarse, y puede ser efectivo si aumenta la probabilidad de salir de la cama mediante la incorporación de conductas que se relacionan con otros hablantes. Podría suponerse que los automandos que se basan sólo en la inducción terminarían por extinguirse al poder discriminar mejor las dos audiencias, pero allí existen fuentes continuas de reforzamiento. Supongamos que una persona está aprendiendo a cazar bajo circunstancias en las cuales

es ventajoso quedarse completamente quieto (para dejar que la presa se acerque), a pesar de tener una fuerte inclinación a reducir la distancia que lo separa de la presa, avanzando hacia ella. El instructor produce la conducta correcta diciéndole *¡Quédese quieto!*, y el futuro cazador puede lograr el mismo efecto emitiendo mandos para su propia conducta. Nuestro futuro cazador pudo haber adquirido la respuesta verbal anteriormente —tal vez leyéndola en un libro— o pudo haberla aprendido en el mismo sitio, como una respuesta más breve y mejor definida que "quedarse quieto". En todo caso, el cazador que se dice a sí mismo *¡Quédate quieto!*, probablemente tenga ciertas ventajas para controlarse a sí mismo en el campo. El resultado puede continuar reforzando la conducta verbal que se presente en forma de automandos.

La posibilidad de que un hablante responda a sus propios estímulos *verbales* al repetirse ecoicamente o al leer notas que él mismo escribió, es algo que ya hemos señalado. El hablante también puede responder a sus propios estímulos intraverbales, como lo hace al abrir una caja de caudales siguiendo las instrucciones que se da a sí mismo, repitiendo la combinación como una cadena intraverbal.

Un hombre puede "hablarse" o "escribirse a sí mismo" en la forma de tactos. Así, a partir de alguna ventaja momentánea, puede componer un texto ante el cual responderá más tarde como lector. Las agendas, los diarios, los memorandos y otros instrumentos similares, sirven para llenar el vacío temporal que existe entre la conducta y las variables de control. La conducta final puede ser verbal o no verbal. El efecto inmediato del autotacto ayuda al hablante a identificar o aclarar la situación a la que el autotacto responde. Una situación internacional confusa cae en una pauta estándar cuando oficialmente se declara *Estamos en guerra.* La conducta de uno con respecto a una persona que nos es vagamente familiar, cambia cuando podemos recordar su nombre. Al ver un objeto extraño en una ferretería, uno puede emitir la conducta apropiada (y descartar la posiblemente aversiva situación de perplejidad) si dice tentativamente *Es un abrelatas.* La categorización de las respuestas es muy efectiva en este sentido. El zoólogo que trata de clasificar en forma adecuada un insecto desconocido, la joven madre que identifica la conducta de su niño con el ejemplo de la pauta descrita por el psicólogo, o el hombre de negocios que decide que su gráfica muestra la llegada de la hora de comprar un nuevo surtido, todas estas personas muestran cambios sustanciales de conducta como resultado de la categorización de sus respuestas. *Nomina si nescis, perit et cognitio rerum.*

No hay duda de que la aclaración automática producida por el tacto se apoya en la autoinstrucción. La conducta futura del

hablante será diferente, aunque la respuesta no se emita nuevamente. Al desarrollar un problema difícil, podemos reafirmar ciertas relaciones claves o reidentificar los hechos importantes, especialmente cuando tienden a ser olvidados u oscurecidos por otros asuntos, aunque el efecto de categorización ya se haya sentido. Así, al resolver el crimen que se nos presenta en una novela de detectives, podemos encontrar que nosotros mismos insistimos en que un personaje es culpable a pesar de la evidencia pequeña, pero concluyente, que se presenta en contra de tal afirmación. Al dejarnos llevar repetidamente hacia la conclusión equivocada, podemos decirnos a nosotros mismos: *¡No! ¡No! No puede ser Billingsly; él estaba en el conservatorio hablando con el jardinero.* Al decir esto, no nos estamos diciendo nada que no supiéramos antes, sino que estamos alterando el *grado* en que lo sabíamos, y disminuimos la probabilidad de emitir otras respuestas que coloquen a Billingsly en la escena del crimen.

Aunque el hablante pueda encontrar útiles sus propias respuestas cuando tienen la forma de tactos, es probable que las consecuencias especiales que destruyen la pureza de la relación (capítulo 6) entren en juego. Como el reforzamiento automático no necesita respetar las contingencias que predominan en el ambiente verbal externo, las relaciones de control pueden "estirarse" a voluntad, tal vez comenzando con una ligera exageración que a la larga llevará a la ficción y a la mentira. La conducta verbal de la gente que vive sola y que habla principalmente consigo misma, con frecuencia le parece "extraña" al oyente externo. El hablante, como su propia audiencia, ha llevado a controlar una subdivisión especial de que su repertorio verbal, distorsionada por efectos especiales. Es posible que las contingencias públicas necesiten rellenarse, aunque ciertas correcciones automáticas se presentarán si la intrusión de consecuencias no pertinentes destruye las ventajas prácticas eventuales.

Cuando el oyente es el mismo hablante y proporciona otras razones para hablarse a sí mismo, predominan las características especiales de la conducta verbal que tiene fuentes múltiples de fuerza. Sin duda tales características pueden señalarse en forma especial debido a la correspondencia óptima en la fuerza verbal que existe entre hablante y oyente cuando ambos están dentro de la misma piel. En la composición, el empleo de autoclíticos y el ordenamiento gramatical y sintáctico de la conducta verbal, se imponen sobre ésta principalmente por los efectos que tiene en el hablante mismo, y la principal actividad de corrección se puede atribuir a tales efectos, en particular cuando éstos son el resultado del castigo previo. Las condiciones especiales bajo las cuales la corrección se reduce al mínimo y, por tanto, se "libera" la conducta verbal, pueden ser finalmente reforzantes para el hablante y llevarlo a arreglar o inducir tales condiciones.

Podemos observar otra fuente de reforzamiento automático en la "solución de problemas", en la cual el hablante genera estímulos para *complementar* otra conducta que ya está en su repertorio. El hablante instiga y sondea su propio comportamiento, como lo hace al recordar un nombre olvidado o al buscar un esquema de clasificación de respuestas efectivo. Él puede hacer esto porque ha sido reforzado por otros oyentes al presentar otra conducta semejante, pero las consecuencias prácticas inmediatas pueden proporcionar las contingencias necesarias. La conducta científica "paga", aun cuando el científico está hablando consigo mismo. Así, con frecuencia es automáticamente reforzante calcular la aparición de pares en el póker, en vez de jugar con base en refuerzos accidentales. A menudo es automáticamente reforzante contar objetos en vez de calcular su número; también lo es usar un reloj (que es una clase especial de texto), en lugar de confiar en el propio "sentido del tiempo", o usar trucos nemotécnicos especiales o algoritmos para construir nueva conducta verbal, en lugar de confiar, asimismo, en los intraverbales misceláneos del momento.

La autocomplementación verbal juega un papel importante en la toma de decisiones. Una persona escapa de la indecisión aversiva arrojando una moneda al aire; establece que si cae *Cara*, él *va*, y si cae *Sello, se queda*. De esta forma el individuo construye una u otra de las dos posibilidades que le presenta ese texto (al arrojar la moneda), lo lee, efectúa la sustitución apropiada, y responde al mando resultante.

El dinamismo freudiano describe las actividades que son automáticamente reforzantes, porque generalmente permite que uno evite o escape de las consecuencias aversivas que resultan del castigo previo. Muchas de tales actividades son verbales y algunas otras lo son casi por necesidad. La "racionalización" nos ofrece un ejemplo de lo anterior. Por lo general se castiga a la gente cuando hiere a los demás, pero en casos especiales se les permite hacerlo, por ejemplo, al castigar la conducta indeseable o al llevar malas noticias que no pueden ocultarse. La comunidad distingue entre dos clases de conductas bastante similares, castigando sólo una de ellas. Como resultado, cuando la situación emocional predispone a la persona a herir a otra, es posible que surja un miembro no castigado de la clase de respuestas injuriosas. Es decir, es más probable que uno le propine castigo o le lleve malas noticias a la persona que no quiere. Cuando las dos clases de conductas no se distinguen fácilmente, como ocurre a menudo, es menos probable que la persona reciba castigo por parte de la comunidad externa, o que sufra la estimulación aversiva condicionada de "culpa", si puede caracterizar su conducta como perteneciente a la clase no castigable: *Le di la palmada "por su propio bien"*.

Otra clase de racionalización consiste en caracterizar un evento como positivamente reforzante, cuando es más probable que sea aversivo. Sufrimos menos por un evento desafortunado si decimos que es una bendición a pesar de todo. Boswell cuenta que el doctor Johnson estaba consciente de este proceso:

> Sir, all the arguments which are brought to represent poverty as no evil, show it to be evidently a great evil. Your never find people laboring to convince you that you may live very happily upon a plentiful fortune.*

Como sugieren estos ejemplos, la conducta verbal que se refuerza porque altera la conducta subsiguiente del hablante, con frecuencia tiene significación ética. Expresiones complicadas como *deber* y *tener* pueden interpretarse como descriptivas de las contingencias de reforzamiento. Cuando decimos *El joven debió decir "No"*, afirmamos que hubo consecuencias de decir *No*, no identificadas, que eran reforzantes. Tal vez al decir *No*, el hablante se habría librado de un trabajo aversivo o de daño. En el caso ético, cuando lo "correcto" es decir *No*, la respuesta habría evitado la censura del grupo o habría producido alabanza. Entonces, cuando la persona se dice a sí misma *Debo decir "No"*, está afirmando que *No* tendría ciertas consecuencias reforzantes (que no se especifican más). Su respuesta difiere del automando *Di que "No"* en la fuente de su poder. El mando explota un viejo paradigma de relaciones de control que puede terminar por perder su efectividad, pero las respuestas que contienen la palabra *debería* identifican o aclaran una contingencia de refuerzo más duradera, y puede aumentar exitosamente su efecto sobre el hablante. El representante de la sociedad que está dentro del individuo, el superego freudiano o la conciencia moral judeo-cristiana, es esencialmente verbal; sigue siendo la *vocecita interior*.

La "resolución" es una clase de mando que opera sobre uno mismo y que se disfraza como si fuera un tacto. *No voy a fumar durante los próximos tres meses*, no es una respuesta que se emite ante un evento futuro; su valor como autocontrol descansa en el hecho de que puede hacerse ahora, cuando las contingencias apropiadas son poderosas, posiblemente porque involucran eventos aversivos; mientras que "no fumar durante tres meses", requiere tres meses para su ejecución, durante los cuales pueden cambiar la deprivación subyacente o la estimulación aversiva. La resolución crea un conjunto de condiciones bajo las cuales el acto de fumar se castiga específicamente (como "romper una promesa"), sea por parte del hablante mismo o de otras personas. El

* Señor, todos los argumentos que se aducen para decir que la pobreza no es un mal, sin duda muestran que realmente sí es un gran mal. Usted nunca encontrará gente que trabaje para convencerlo de que se puede vivir feliz con una gran fortuna.

efecto es mayor si la resolución se anuncia públicamente o, mejor aún, si se muestra durante el periodo en el que se ejecuta.

A continuación ofrecemos un ejemplo de conducta verbal autoestimulada sostenida que puede servir para ilustrar muchos de los puntos anteriores. Se trata de una transcripción directa de las respuestas que una niña de nueve años daba para sí misma mientras practicaba tocando el piano. La conducta era descubierta, pero de la clase que se habría vuelto encubierta si hubiera habido un poco más de castigo. La transcripción comienza después de varios minutos de estar sentada al piano. Comete un error y dice lo siguiente: *¡No, espera!* (Toca correctamente y llega al final de la pieza.) *¡Hah!* (Toca parte de una nueva pieza.) *Veamos. ¿Está bien? Lo haré una vez más.* (Termina la pieza.) *Ahora puedo estudiar otra cosa.* (Mira una nueva pieza.) *Esto está escrito en clave de G.* (Toca y canta al mismo tiempo. Termina y mira el reloj.) *Me llevó un minuto. Un minuto para tocar la canción completa.* (Comienza una nueva pieza y comete un error.) *Bien, empezaré todo otra vez.* (Comete otro error.) *Tendré que empezar de nuevo.* (Pieza difícil. Emite algunas *interjecciones.* Lucha con un pasaje difícil. Presiona el dedo en la tecla correcta.) *¡Oh mi dedito, me duele tanto! ¡Pero voy a HACER que funcione!* (Forza el dedo en la clave otra vez. Se mira el dedo.) *¡Ah, hace buenas cosas!* (Mira el reloj.) *¡Huy! He ocupado parte del tiempo de las otras cosas que tengo que hacer.* (Mira otra pieza musical.) *¡No seré capaz de hacerlo!* (Observa el reloj.) *Sólo un minuto.* (Toma el reloj.) *Lo voy a atrasar cinco minutos. ¡Ya! Así tengo más tiempo para practicar.* (Toca y mira de nuevo el reloj.) *¡Eh! ¡No, no hagas eso! Vas muy rápido.* (Ajusta el reloj.) *Mejor así. Cinco minutos.* (Toca y comete un error.) *¡Ah!* (Mirà el reloj.) *¡Vamos!* (Ajusta el reloj. Llama a su padre que está en el cuarto vecino.) *Papá, estoy atrasando este reloj; no tengo tiempo para practicar. Lo atrasé una hora. Ahora sí tengo tiempo para practicar.*

En este ejemplo de "pensamiento en voz alta", los mandos como *No, espera, sólo un minuto,* y *¿Está bien?,* acompañan al comportamiento de parar y mirar, el cual puede tener cierto efecto sobre el fortalecimiento. Las resoluciones *Lo haré una vez más* y *Tendré que empezar de nuevo otra vez,* anteceden a la conducta que parecen describir. Pueden fortalecerla o no, pero aclaran cada acto como un caso de "comenzar de nuevo porque se cometió un error". El tacto *Esto está escrito en clave de G,* probablemente sea útil para fortalecer la conducta no verbal apropiada. *¡Oh mi dedito, me duele tanto!,* difícilmente puede ser útil en la misma forma, y parece ser un mero comentario emitido por la fuerza especial del estímulo. La yuxtaposición *Lo voy a atrasar cinco minutos* y *Tengo tiempo para practicar,* puede fortalecer nueva conducta en relación con el reloj. Más tarde se presen-

tan un par de respuestas similares, y el acto de atrasar el reloj una hora puede ser el resultado de la aclaración de la conexión existente entre mover el reloj y tener más tiempo para practicar. El mando mágico dirigido al reloj *¡No hagas eso! ¡Vas muy rápido!*, también puede contribuir a la conducta de atrasar el reloj. Sin embargo, existe poco encadenamiento intraverbal en la muestra, porque está íntimamente relacionada con la conducta no verbal concurrente. El encadenamiento se da de la conducta verbal a la no verbal, y viceversa. Por esta razón, el ejemplo está más cerca del pensamiento verbal productivo.

A partir de lo anterior, existen buenas razones por las que el hablante que también está condicionado por la comunidad verbal como oyente, vuelva su conducta verbal hacia sí mismo. El resultado se acerca al "pensamiento", en muchos de los sentidos tradicionales del término. Por supuesto, tal conducta puede ser sutil y rápida, especialmente porque el hablante, como oyente, está preparado en forma óptima para su propio lenguaje. No obstante, todas las propiedades importantes de la conducta se encuentran en los sistemas verbales que se componen de hablantes y oyentes separados. Puede decirse que la conexión necesaria entre el pensamiento verbal y la autoestimulación, surge del hecho de que, en el sentido más estricto de nuestra definición, cualquier conducta que se refuerce debido a que modifica la conducta verbal subsiguiente en el mismo individuo, es necesariamente verbal, no importa sus dimensiones. El reforzamiento está "mediado por el organismo", si no estrictamente por otro organismo, y las respuestas que no poseen las dimensiones acostumbradas de la conducta vocal, sea escrita o gesticulada, puede adquirir algunas de las características de la conducta verbal. Sin embargo, el refinamiento de la definición que dimos en el capítulo 8, nos permite mantener tal distinción, como nos permite mantener la que existe entre fantasía visual y verbal, por ejemplo, excluyendo la primera de la categoría verbal. En todo caso, aunque la conducta autoestimulativa pueda ser necesariamente verbal en cierto sentido, la conducta verbal no necesita ser autoestimulativa. Cuando Platón pregunta: "¿Acaso no es lo mismo el pensamiento que el lenguaje? Lo es, pero con una excepción: el pensamiento es la conversación inexpresada del alma consigo misma", no podemos permitir esa excepción.

El pensamiento como conducta verbal

¿Estaremos de acuerdo con el resto de la frase de Platón "el pensamiento es lo mismo que el lenguaje"? Sin tener en cuenta la distinción entre lenguaje descubierto y encubierto, y la posibilidad de que la conducta verbal pueda ser especialmente efectiva sobre el hablante mismo, ¿vamos a concluir que el pensamiento

es simplemente conducta verbal? Es preciso admitir que esta es una noción atractiva. "Él le dio al hombre el lenguaje, y el lenguaje creó el pensamiento, que es la medida del universo".[4] Los conductistas han propagado cierta versión de esta doctrina con el fin de dar solución al problema psicológico del conocimiento, y también lo han hecho los positivistas lógicos para sus propios propósitos epistemológicos. Mucho antes, en *The Diversions of Purley*,[5] John Horne Tooke atacó al empirismo británico en el mismo sentido:

> Perhaps it was for mankind a lucky mistake, for it was a mistake, which Mr. Locke made, when he called his book "An Essay on Human Understanding", for some part of the inestimable benefit of that book has, merely on account of its title, reached to many thousands more than, I fear, it would have done, had he called it (what it is merely) a *Grammatical* Essay, or a Treatise on *Words* or on *Language*...
> ...I only desire you to read the Essay over again with attention, and see whether all that its immortal author has justly concluded will not hold equally true and clear, if you substitute the composition [association], &c. of terms, wherever he has supposed a composition [association], &c. of ideas.[6]

Tooke y otros que han defendido esta solución se han preocupado por una clase de conducta humana que, por ser verbal, posee ciertas propiedades importantes para el problema del pensamiento. Es tentador suponer que otras propiedades peculiarmente verbales son las que van a resolver el problema considerado como

[4] Shelley, P. B. *Prometheus Unbound.*

[5] Tooke, J. H. *The Diversions of Purley* (Londres, 1857).

[6] "Quizá fue un error afortunado para la humanidad, pero error al fin y al cabo, el cometido por el señor Locke cuando llamó a su libro «Ensayo sobre el entendimiento humano». Me temo que parte del inestimable beneficio de ese libro, debido simplemente a su título, ha llegado a muchas miles de personas más de las que lo habrían leído si el autor lo hubiera llamado Ensayo *gramatical*, Tratado sobre *palabras* o sobre el *lenguaje* (simplemente lo que era)...
...Sólo deseo que usted lea con atención el ensayo nuevamente, y vea si todas las conclusiones a que llega su inmortal autor, no seguirán siendo igualmente ciertas y claras si sustituye la composición (asociación), y c. de términos, en todos los lugares en que Locke supone que hay composición (asociación) y c. de ideas."

Compárese también el siguiente pasaje (escrito, como la mayor parte del libro, en forma de diálogo):

B—"¿Qué diferencia encontraría en el ensayo del señor Locke, si él se hubiera dado cuenta de la inseparable conexión que existe entre las palabras y el conocimiento? o, para ponerlo en palabras de Sir Hugh, de Shakespeare, ¿son los labios parte de la mente?

H—En mucho. Y entre muchas otras cosas, pienso que él no tenía que haber hablado de la *composición de ideas*; sino tendría que haber observado que solamente se trataba de un artificio del lenguaje, y que la única composición que existe es la de *términos*. Por tanto, es tan impropio hablar de *idea compleja*, como lo sería llamar estrella compleja a una constelación. También debió observar que lo que señala no son ideas, sino simplemente términos generales y abstractos."

un todo, pero evidentemente esto no es así. Es frecuente que los resultados del pensamiento sean completamente sorprendentes y en apariencia imposibles de explicar. Podemos estar de acuerdo con la necesidad de encontrar una explicación lo más pronto posible, y con la creencia de que el proceso que se encuentre tendrá algo de misterioso e incluso de milagroso. La conducta encubierta es un atractivo sustituto moderno para los procesos de pensamiento debido a sus difíciles dimensiones, y la conducta verbal autoestimulante también es un candidato promisorio debido a que *puede* ser privada, y a que después de un largo periodo de trabajo solitario el pensador puede emitir conducta asombrosamente efectiva. (Siempre ha sido más fácil para los "pensadores" afirmar que poseen poderes especiales.)

La conducta verbal, completamente aparte de su forma descubierta o encubierta, o de la identidad del oyente sobre quien es efectiva, también posee algo de la magia que esperamos encontrar en los procesos de pensamiento. Ella está relativamente libre de las condiciones ambientales y de las restricciones temporales. Al interpretar una pieza musical en el piano, podemos reaccionar ante ella en forma no verbal si está en clave de G (por ejemplo, tocándola correctamente), pero no podemos hacer todo esto a la vez.

Así, la respuesta verbal *Esto está en clave de G* es rápida, clara y logra un resultado inmediato al aclarar la situación y al aumentar la probable efectividad de la conducta no verbal que le sigue. La respuesta unitaria que se emite ante algo que se presenta en un periodo determinado, o en más de un sitio, es casi necesariamente verbal y parece trascender grandes obstáculos para lograr este resultado. Cuando resolvemos verbalmente un problema práctico, construimos una guía para una solución no verbal; pero antes de usar esto, hemos encontrado la solución *total* en forma verbal. Las respuestas que se relacionan con los números ilus tran el mismo punto. Si hay un acto que sea equivalente a, o idéntico con "pensar en cien", es la respuesta verbal *cien*. Si ta respuesta se construyó contando cien objetos, o en alguna otr forma (cuando está bajo el control de otras variables), ella parec trascender la extraña numerosidad de cien cosas.

Una respuesta verbal posibilita "pensar en" *una* propiedad d la naturaleza a la vez. Como no hay una respuesta práctica apr piada para todos los casos de rojo, el tacto abstracto *rojo* es u logro verbal único. La respuesta *zorro* es abstracta en este sen do, a pesar de que se refiere a un objeto que generalmente considera concreto, y nuestra reacción ante el hecho de que guien dice *zorro* no puede ser más que nuestra propia respues verbal *zorro*, especialmente si no poseemos una conducta prácti con respecto a los zorros. Una pieza musical nos puede hac decir *Creo que es Mozart*, y no hay mucho más que hacer ante

música de Mozart como tal. El mismo Locke[7] conoció bien esta función de los términos. "En los sentimientos mezclados", dice, "se encuentra el nombre que une la combinación y la convierte en especie". Así, sin el término *triunfo* podríamos haber tenido descripciones de que "algo pasó con solemnidad; pero creo que lo que mantiene unidas las diferentes partes, en la unidad de una idea compleja, es que muchas palabras se le anexaron, y sin ellas no se pensaría que las diferentes partes de la idea forman una sola cosa, como en cualquier otra demostración . . .". Para Locke, el término se limitaba a apoyar la idea que representaba.

Estas son funciones importantes y distintivas de la conducta verbal, pero sin embargo no son importantes para nuestra definición de pensamiento. Tampoco lo son otras razones accidentales por las cuales se ha llegado con tanta frecuencia a esta solución. Aquéllos que se observan a sí mismos cuando piensan, frecuentemente ven conducta *verbal.* Llevados por las filosofías predominantes a buscar los procesos internos de pensamiento, tales personas se han maravillado de la conveniencia de ejecutar la conducta verbal encubierta; en contraste, digamos, con los paralelos no verbales como dar vuelta a una manija o conducir un auto "en silencio", en los cuales la coordinación de movimiento normalmente involucra al ambiente físico. También la conducta verbal es fácil de observar porque es relativamente fácil de describir. Podemos informar *Me dije a mí mismo "Eso es ridículo"*, con mucha mayor facilidad de lo que podemos describir la conducta no verbal encubierta que se evoca bajo las mismas circunstancias. La conclusión verbal "nos llega" o la "alcanzamos" en forma relativamente notoria. Pero no toda la conducta encubierta es verbal. Mucha gente que viaja en automóvil puede imitar los movimientos elípticos laterales del conductor en forma privada, y descubrir que están "manejando" desde el asiento trasero cuando, en una emergencia, manifiestan su conducta en forma descubierta al presionar su pie contra el piso para tratar detener el vehículo. El uso que hace el hombre común de la expresión *Yo pienso*, incluye también la conducta no verbal. *Pienso que debo irme*, puede traducirse por *Encuentro necesario irme, Parece que debo irme* o *Estoy a punto de irme.* Sería extraño interpretar esto diciendo que la conducta de irse da origen a la respuesta verbal *Me voy*, y también lo sería si esto fuera calificado por *Pienso que.* La conducta no verbal encubierta se describe como en la frase menos comprometedora *Se me ocurre irme.* Las "ideas" y "pensamientos" no verbales son comunes en las descripciones de solución de problemas. En la expresión *Se me ocurrió la idea (o pensamiento) de poner a prueba las cualidades de la puerta*, el hablante informa la aparición de un acto no verbal.

[7] Locke, J. *Essay on Human Understanding.*

El pensamiento como conducta

El punto de vista más sencillo y más satisfactorio consiste en considerar al pensamiento como *conducta*, ya sea verbal o no verbal, encubierta o descubierta. El pensamiento no es un proceso misterioso responsable de la conducta, sino que es la conducta misma, en toda la complejidad de sus relaciones de control, la que se relaciona al hombre que se comporta y al ambiente en el cual vive. Los conceptos y métodos que han surgido del análisis de la conducta, verbal o de otra clase, son los más apropiados para el estudio de lo que tradicionalmente se ha denominado la mente humana.

Es posible hacer una subdivisión conveniente del campo del comportamiento humano en relación con los problemas que presenta, así como con los términos y métodos correspondientes que se deben usar. Puede hacerse una útil distinción entre los reflejos, condicionados o de otra clase, y la conducta operante generada y mantenida por las contingencias de reforzamiento de un ambiente determinado. La tradición y la conveniencia parecen estar de acuerdo al confinar el análisis del pensamiento humano a la conducta operante. Si concebimos el pensamiento de esta forma, nos daremos cuenta de que no es una causa mística ni precursor de la acción ni un ritual inaccesible, sino la acción misma, acción que está sujeta a análisis por medio de los conceptos y técnicas de las ciencias naturales, y que finalmente se explica en términos de sus variables de control.

El énfasis que se da a las variables de control es fundamental. Una consecuencia práctica de esto es que tal descripción científica implica una tecnología. No hay razón para que los métodos del pensamiento, y de la enseñanza del pensamiento, no se puedan analizar y hacer más eficaces; pero hay una consecuencia teórica más inmediata. Nada se gana al considerar al pensamiento como conducta, en el sentido de una simple *forma* de acción. Aparte de las circunstancias bajo las que se presenta la conducta, no podemos ir muy lejos en su estudio. Bertrand Russell ha tratado mejorar un análisis meramente formal, pero nunca ha tenido éxito completo porque los métodos de que dispone el lógico no son los apropiados para el estudio del comportamiento. Consideremos como ejemplo el siguiente pasaje de su libro *An Inquiry into Meaning and Truth*:[8]

> Thought, in so far as it is communicable, cannot have any greater complexity than is possessed by the various possible kinds of series to be made out of twenty-six kinds of shapes. Shakespeare's mind

[8] Russell, B. *An Inquiry into Meaning and Truth*, pág. 413 (Nueva York, 1940).

may have been very wonderful, but our evidence of its merits is wholly derived from black shapes on a white ground.*

Russell podría haber dado un paso más y reducir la "mente" de Shakespeare a una serie de puntos y rayas, ya que sus dramas y poemas podrían ser enviados o recibidos en esta forma por un telegrafista hábil. Es cierto que la evidencia de los "méritos de la mente de Shakespeare" se derivan de formas negras colocadas sobre un trasfondo blanco, pero no se sigue de ahí que el pensamiento, comunicable o no, no tenga mayor "complejidad". El pensamiento de Shakespeare fue su conducta *con respecto a un ambiente extremadamente complejo.* Claro está que no tenemos un registro adecuado de ello en este sentido. Casi no tenemos información independiente acerca del ambiente, y no podemos inferir mucho acerca de él a partir de las obras mismas. Por tanto, al discutir el pensamiento de Shakespeare, simplemente suponemos la existencia de un conjunto de circunstancias plausibles, o tratamos con nuestra propia conducta al responder a las obras. Esto no es muy satisfactorio, pero no podemos mejorar la situación identificando el pensamiento con la mera forma de la conducta.[9]

El énfasis que se hace en la forma oscurece la significación del comportamiento en relación con las variables de control. Es obvio que dos formas de respuesta constituyen "pensamientos" muy diferentes, si se emiten en circunstancias distintas. Más aún, ciertos casos aparentes de conducta verbal, que satisfacen todos los criterios formales, pueden no ser "pensamientos". Así, un arreglo accidental de anagramas o de oraciones construidas mediante la manipulación casual de palabras impresas, no son registros de conducta verbal, aunque se puedan leer como textos. Decir que "Para cualquier oración, no importa cuán larga sea, podemos construir una oración más larga añadiendo «y la luna es redonda»", puede servir para ciertos fines lógicos, pero las oraciones resultantes pueden ser explicadas en relación con las variables triviales que no nos garantizan que las llamemos verbales. Un descuido similar de la relación de control se nota en la siguiente observación de Russell: "Es difícil describir una afirmación sin hacerla." No debemos confundir la emisión de una respuesta que aparece bajo la forma de una afirmación como respuesta ecoica o tacto hipostático, con la emisión de la misma forma de respuesta que aparece bajo las clases de circunstancias que nos permiten llamarla afirmación.

* En la medida en que el pensamiento es comunicable, no puede tener mayor complejidad de la que tienen las diversas clases de series posibles que se van a componer a partir de veintiséis clases de formas existentes. La mente de Shakespeare pudo haber sido maravillosa, pero la evidencia que tenemos de sus méritos se deriva por completo de formas negras colocadas sobre un trasfondo blanco.

[9] Molière llevó el argumento formalista a un paso del ridículo. Todo lo que es bello en la literatura —dice uno de sus personajes— se encuentra en los diccionarios. "Son sólo las palabras lo que se traspone".

La preocupación por la forma ha dejado el estudio del contenido del pensamiento en un estado muy poco satisfactorio; pero los "hechos", "proposiciones", y otros "indicadores de afirmaciones", encuentran una representación adecuada entre nuestras variables de control. Las relaciones funcionales que existen entre la conducta y el ambiente generalmente son complejas y con frecuencia confusas, pero no dudamos de sus dimensiones ni de las técnicas con las que pueden estudiarse. Podemos descartar el análisis problemático del pensamiento humano en la pauta común 1. una *persona* que posee; 2. el *conocimiento*; 3. del *mundo*. Los hombres son partes del mundo e interactúan con otras partes del mismo, incluyendo otras personas. Al cambiar su comportamiento pueden interactuar en forma más eficiente, logrando control y poder. Su "conocimiento" es su conducta con respecto a ellos mismos y el resto del mundo y, por tanto, puede estudiarse como tal.

Por supuesto, los "efectos del lenguaje sobre el pensamiento" deben ser expuestos. Si es "imposible expresar una idea determinada" en un idioma dado, debido a que falta el término necesario, sólo nos queda decir que las contingencias dispuestas por una comunidad verbal determinada, fallan con respecto a una posible variable. Si nos es difícil "expresar la misma idea en dos idiomas", lo único que podemos decir es que las costumbres de refuerzo de las dos comunidades verbales son diferentes. Cualquier clase de conducta puede ser confusa e ineficaz. Las contingencias sutiles de reforzamiento dispuestas por la comunidad verbal, se malogran fácilmente: un tacto puede extenderse más allá de donde es conveniente, un autoclítico importante puede ser omitido, respuestas incompatibles pueden resultar de construcciones falsas. Desde el punto de vista del oyente, la conducta verbal puede ser inferior a las circunstancias no verbales bajo las que surgió; la cosa misma parece ser muy diferente de su propia descripción. En determinados idiomas existe una belleza *indescriptible* en el sentido de que hay colores que no se pueden nombrar; también hay pensamientos *inefables*, en el sentido en que las contingencias de un ambiente no verbal generan un tipo de conducta que no tiene paralelo entre las respuestas verbales. Toda conducta, sea verbal o no, está sujeta al *a priori* kantiano, en el sentido de que una persona, como sistema que se comporta, posee características y limitaciones ineludibles.

Cuando estudiamos el pensamiento humano, estudiamos conducta. En el sentido más amplio posible, el pensamiento de Julio César fue simplemente la suma total de las respuestas que emitió ante el complejo mundo en el cual vivió. Sólo podemos estudiar aquellas respuestas que quedaron registradas. Por razones obvias, es fundamentalmente su conducta verbal lo que ha sobrevivido; pero a partir de éste y otros registros conocemos parte de

su conducta no verbal. Cuando decimos que Julio César "pensó que era posible confiar en Bruto", no queremos decir, necesariamente, que él haya dicho esto alguna vez; sino que sus conductas, tanto verbales como de otra clase, indicaban que se podía confiar en Bruto. El resto de su comportamiento, sus planes y logros, son parte de su pensamiento en este sentido.

Aceptar el hecho de que el pensamiento de los grandes hombres es inaccesible para nosotros hoy día, es una de las consecuencias saludables de este punto de vista. Cuando estudiamos las grandes obras, no hacemos otra cosa más que estudiar los efectos que los registros sobrevivientes de sus autores tienen *sobre nosotros.* Lo que observamos es *nuestra* conducta con respecto de tales registros; estudiamos *nuestro* pensamiento, no el de ellos. Afortunadamente, el pensador contemporáneo puede ser sometido a una clase diferente de análisis. En lo que respecta a la ciencia de la conducta, el *hombre pensante* es simplemente el *hombre* que se *comporta.*

No hay nada que sea exclusiva o esencialmente verbal en el material analizado en este libro. Todo esto es parte de un campo de trabajo más amplio, el campo de la conducta de la criatura más compleja de todas, que entra en contacto con un mundo infinitamente variado. Por razones prácticas, hemos organizado en forma separada un campo especial, y lo hemos organizado en términos de las características que le imponen sus variables especiales de control. Es en términos de estas variables —de las contingencias dispuestas por la comunidad verbal— que la conducta verbal puede ser definida y analizada.

Dos epílogos personales

El autor cerró las *Conferencias William James*, efectuadas en Harvard University en 1947, con un material que esencialmente tenía forma que a continuación presentamos

I. LA VALIDEZ DE LA CONDUCTA VERBAL DEL AUTOR

When me they fly, I am the wings.
EMERSON.

Algunas veces se dice que si la descripción científica de la conducta humana es sólida, el científico debe estar tan mecánicamente determinado como las personas que él estudia y, por tanto, su conducta verbal no puede ser "válida", "cierta" o "verdadera". Russell coloca este problema en forma semejante:

> When the behaviorist observes the doings of animals, and decides whether these show knowledge or error, he is not thinking of himself as an animal, but as an at least hypothetically inerrant recorder of what actually happens. He "knows" that animals are deceived by mirrors, and believes himself to "know" that *he* is not being similarly deceived. By omitting the fact that *he*—an organism like any other—is observing, he gives a false air of objectivity to the results of his observation... When he thinks he is recording observations about the outer world, [he] is really recording observations about what is happening in him.[1]

[1] "Cuando el conductista observa lo que hacen los animales y decide si sus actos manifiestan conocimiento o error, él no se considera a sí mismo como animal, sino como un informante infalible, al menos hipotéticamente, de lo que en realidad sucede. Él "sabe" que a los animales se les engaña con espejos, y cree "saber" que a él no lo engañan en forma semejante. Si se omite el hecho de que él —un organismo como cualquier otro— es el observador, el conductista da un falso aire de objetividad a los resultados de sus observaciones... Cuando piensa que está registrando sus observaciones acerca del mundo exterior, [él] está registrando en realidad observaciones sobre lo que está sucediendo en él."
Russell, Bertrand, *Inquiry into Meaning and Truth*, pág. 14. (Traducción libre, *N.* del *T.*)

Solamente en cierto sentido este es un argumento atinado. El determinista más duro reconocerá la tendencia a creer que lo que está diciendo está, cuando menos por el momento, fuera del campo de la acción determinada. Pero el estudioso del comportamiento no es el único que se enfrenta a este dilema. Comportarse ante el comportamiento es un problema que hace surgir las mismas dificultades que presenta conocer el conocimiento. Russell presenta al conductista que decide si las acciones de los animales muestran conocimiento o error, en lugar de, lo que sería más probable, medir las predisposiciones para actuar con respecto a determinado conjunto de circunstancias; también describe al conductista como aquél que registra "sus observaciones acerca del mundo exterior", aunque la observación se parezca sospechosamente a la "idea", o al menos a la "imagen", y probablemente se evitaría tal expresión, sustituyéndola por otra como "reacción ante el mundo exterior". Pero el quid del problema permanece en la traducción. El presente estudio ofrece un caso de esta situación. Si lo que yo he dicho es razonablemente correcto, considerando el estado actual de nuestros conocimientos en la ciencia de la conducta humana, ¿qué interpretación debe hacerse de mi conducta al escribir este libro? Me he estado comportando verbalmente y, a menos que mi análisis sea deficiente en algún punto, mi conducta debe haber seguido el mismo proceso que he presentado y no otro. ¿Qué quiere decir esto en relación con la certeza o verdad de lo que he dicho?

Este no es el momento de abandonar nuestro programa. Veamos lo que *he estado* haciendo. Para empezar, me dediqué a leer una gran cantidad de material del área de la conducta verbal. Este fue el resultado de mi interés creciente en el área, interés que surgió de otras circunstancias demasiado remotas como para afectar el presente tema. Centenares de libros y artículos que leí no eran una exposición directa del tema de la conducta verbal como tal, pero generaron tendencias verbales con respecto a ella que mostraban una enorme variedad y una fabulosa inconsistencia. También leí algunos libros, no por lo que decían *acerca* de la conducta verbal, sino como registros de ella. He cumplido con mi cuota de contar comas; He oído a la gente hablar y he anotado deslices, frases curiosas o secuencias intraverbales interesantes; también he observado en el laboratorio cómo responden los sujetos a las pautas débiles del sumador verbal, los he visto llenar cuestionarios de asociación de palabras, etc.

Las notas que tomé de todo esto fueron mis primeras reacciones, tanto ante la conducta verbal misma como ante la conducta verbal acerca de la conducta verbal. Con el paso del tiempo arreglé y reorganicé muchas veces este material, usando varias clases de sistemas mecánicos de organización, así como una elaborada anotación decimal, en forma tal que las semejanzas y diferencias

pudieran ser detectadas y respetadas. Descarté muchas clasificaciones y conservé algunas que parecían funcionar. En esta forma llegué a lo que parecían ser propiedades útiles y productivas de la conducta verbal, propiedades que probaron ser dignas de mencionar.

Mis exploraciones en esta dirección recibieron ayuda de trabajos realizados en el área de la conducta no verbal. Originalmente parecía necesario contar con formulaciones completamente diferentes; pero, al pasar el tiempo y cuando se comprobó el éxito de los trabajos presentados en forma simultánea en el campo de la conducta en general, fue posible aproximarnos a una formulación general para la conducta verbal y no verbal. Creo que el presente libro logra una síntesis efectiva que representa el lugar de la conducta verbal en el área más extensa de la conducta humana, considerada como un todo. Gradualmente establecí un repertorio mínimo que separaba los aspectos de la conducta verbal que parecían ser útiles como variables dependientes, e identifiqué y clasifiqué varias clases de circunstancias en los ambientes pasado y presente del hablante, que parecían ser variables independientes importantes. En la medida de lo posible, traté de ajustarme a las contingencias especiales de reforzamiento de la comunidad científica en la representación y el análisis de estas relaciones.

En el otro extremo, ¿cuál es el efecto que he dejado en el lector? No he tratado de producir conducta autónoma y no me molestaré si el lector no ha secretado saliva, llanto o si no se ha ruborizado con nada de lo que he dicho. Tampoco he tratado de producir acción descubierta inmediata, y estoy completamente satisfecho porque el lector no ha gritado *¡Fuera Aristóteles!*, ni ha tratado de quemar una biblioteca. Los efectos que he esperado lograr caen en otras categorías de la conducta del oyente.

No he descrito mucho material nuevo. Me temo que el lector no ha aprendido muchos datos nuevos y que fácilmente podría haberme limitado a describir el material que supuestamente conocen todas las personas inteligentes. Mi objetivo no ha sido presentar los hechos de la conducta verbal como tales, y ésta es la razón por la cual no me he preocupado mucho de las pruebas experimentales o estadísticas. Espero que cierta "instrucción", en el sentido que le doy en el capítulo 14, se presente en forma de definiciones. He inventado pocos términos nuevos —"mando", "tacto", "autoclítico", etc.— que tal vez en este momento ya sean parte del vocabulario del lector, aunque no me atreveré a decir con cuánta fuerza. He usado repetidamente términos establecidos que quizá sean más comunes para el lector ahora, que cuando comenzó a leer el libro. He señalado estos términos al lector mediante una serie de ejercicios, con el objetivo de fortalecer un repertorio verbal particular. Poniendo las cosas en forma egoísta,

he tratado de lograr que el lector se comporte verbalmente como yo lo hago. ¿Qué maestro, escritor o amigo no hace esto? Y, como todos los maestros, escritores y amigos, me sentiré muy bien si descubro que he logrado "influenciar" al lector. Si he fortalecido la conducta verbal del lector con instrumentos espurios de ornato y persuasión, él hará bien en resistirse; pero creo que no soy culpable de tal cosa. Si sólo me hubiera interesado construir un nuevo repertorio verbal, me habría comportado en una forma muy distinta. La forma en que me he comportado en estas páginas no es suficiente para hacerlo. Las respuestas que he tratado que el lector emita, funcionan al hacerlo escoger eventos o aspectos de la conducta verbal que deben hacer que su conducta posterior sea más oportuna. He puesto énfasis en ciertos hechos e ignorado otros. La justificación de esto es que los hechos en que he puesto énfasis parecen ir juntos, y que al hablar de ellos con exclusión de otros se logran grandes progresos con miras a lograr una descripción unificada. Tal vez he deseado que el lector preste atención a este campo y que hable de él en una forma especial, principalmente porque yo mismo lo he hecho con placer y ventajas. He partido del supuesto de que existe un interés común en el área de la conducta verbal. Creo que un análisis como el presente reduce el vocabulario total que se necesita para la descripción científica; elimina muchos más términos de los que crea, y los términos creados se derivan de algunos términos técnicos comunes del campo total de la conducta humana. Como persona que ha aplicado el análisis a áreas que no se cubren en este libro, creo que puedo decir que tal análisis funciona. Este análisis ha alcanzado un estadio tal que hace más trabajo por mí del que yo hago por él; emplea nuevo material ávida y graciosamente, y la buena digestión parece ser consecuencia del apetito. Es posible pasar por alto cientos de preguntas complejas y proposiciones oscuras acerca de la conducta verbal, ya que nuevas preguntas y proposiciones que surgen en su lugar son susceptibles de comprobación como parte de un patrón más unificado.

Entonces, en muchos sentidos ésta parece ser una mejor forma de hablar acerca de la conducta verbal. Esta es la razón por la cual he tratado de lograr que el lector hable también en esta forma sobre la conducta verbal. Pero, ¿he dicho la verdad al lector? ¿Quién puede responder? Probablemente la ciencia de la conducta verbal no asegura el porvenir de la verdad o la certeza (aunque no podemos estar seguros de la verdad de esto).

II. NO EXISTE UN ESCORPIÓN NEGRO

En 1934, mientras cenaba en la Harvard Society of Fellows, me encontré sentado junto al profesor Alfred North Whitehead.

Caímos en una discusión acerca del conductismo, que en esa épo era todavía considerado como un "ismo" más, del cual yo era un devoto ferviente. Allí se me presentó una oportunidad para defender la causa que no podía dejar pasar por alto; entonces comencé a presentar con entusiasmo los principales argumentos en favor del conductismo. El profesor Whitehead tenía igual entusiasmo, no en defender su propia posición, sino en tratar de entender lo que yo estaba diciendo y (supongo) en descubrir cómo podía yo decir eso. Finalmente tomamos la siguiente posición. Él estuvo de acuerdo en que la ciencia podía tener éxito para explicar el comportamiento humano, siempre que se exceptuara la conducta *verbal.* Aquí, insistió él, debe estar actuando otra cosa más. Terminó la discusión con un reto amable: "Déjeme ver la forma en que usted explica mi conducta cuando yo me siento aquí y digo, «No existe escorpión negro alguno que esté cayendo de esta mesa»". A la mañana siguiente yo tracé el esquema del presente estudio.

Tal vez sea tiempo de considerar el reto del profesor Whitehead. ¿Podemos realmente explicar el hecho que él dijo "No existe escorpión negro alguno que esté cayendo de esta mesa"? Como un caso particular de conducta verbal emitida bajo un conjunto de circunstancias que hace mucho se olvidaron en gran parte, no podemos hacerlo. Es tan injusto pedirle a la ciencia de la conducta que explique esto, como lo es pedirle a la física que explique los cambios de temperatura que se presentan en el cuarto, en forma simultánea. Supongamos que se ha hecho un registro termográfico a partir del cual podemos reconstruir tales cambios, al menos tan exactamente como yo he reconstruido la conducta verbal del profesor Whitehead. ¿Qué podríamos hacer ahora con esto? Esta situación nos ofrece una burda descripción de una serie de cambios en la variable dependiente, pero nos proporciona poca o ninguna información acerca de las variables independientes de las cuales estos cambios fueron función. El físico queda indefenso porque no posee la historia completa; puede, claro está, *sugerir* que un cambio repentino de temperatura pudo haber ocurrido porque alguien dejó la puerta abierta, porque abrieron una ventana en ese momento o porque se apagó la calefacción. Pero para el físico y para cualquier otra persona es obvio que estas son meras suposiciones.

Desafortunadamente hemos tenido que esperar algo más en la conducta verbal. Los lingüistas hacen gran uso del lenguaje registrado, contando con poca o ninguna información acerca de las condiciones bajo las cuales se registró; el lógico analiza las oraciones solamente como "forma"; el crítico interpreta las obras literarias escritas hace siglos, aunque pocos hechos sobre el autor, si es que algunos sobreviven. Casi todo el mundo nos puede decir lo que un pasaje "significa", y esto es posible solamente porque el

lingüista, el lógico y el crítico pueden observar, además de la conducta registrada, sus efectos sobre ellos mismos como oyentes o lectores. Estos datos se ofrecen a cambio de las variables que faltan. Como los termógrafos que con frecuencia reaccionan en la misma forma, estamos mucho más preparados para decir lo que ha causado una desviación particular. Pero si fuera fácil revisar la validez de tales inferencias —encontrar, por ejemplo, qué "significó" realmente determinado pasaje para el hablante o escritor—, hace mucho que la costumbre habría desaparecido de la conducta de las personas responsables.

Pocos de los hechos importantes acerca de las condiciones bajo las cuales el profesor Whitehead hizo su observación, están disponibles. Hasta donde sé, no había ningún escorpión cayéndose de la mesa; la respuesta se emitió para probar un punto, se sacó, por decirlo así, del cielo azul. Este era en realidad el punto del ejemplo: ¿por qué el profesor Whitehead no decía "hoja de otoño" o "copo de nieve", en vez de decir "escorpión negro"? La respuesta era un enigma, porque no estaba manifiestamente controlada por el estímulo presente. Pero, por supuesto, esta es la clase de material característico de los freudianos, porque bajo tales circunstancias entran en juego otras variables. La forma de la respuesta pudo haber estado débilmente determinada, pero no por ello necesariamente libre. Tal vez había un estímulo que evocaba la respuesta *escorpión negro cayendo de la mesa*, el cual a su vez condujo al autoclítico *No*. El estímulo pudo no haber sido demasiado, pero en un sistema determinado debe haber sido algún tanto. En la misma forma en que el físico puede sugerir varias explicaciones de las caídas de temperatura con el fin de mostrar cómo podría explicarse en términos de las leyes físicas, así no es completamente absurdo hacer aquí una sugerencia. Sugiero, entonces, que *escorpión negro* era una respuesta metafórica emitida ante el tema que estábamos discutiendo. El escorpión negro era el conductismo.

La ciencia parece ser inevitablemente iconoclasta; usurpa el sitio de las ficciones explicativas que la gente ha inventado como instrumentos precientíficos para explicar la naturaleza. Por razones que no le son completamente extrañas a los psicólogos, las ficciones explicativas generalmente son más agradables que las descripciones científicas. Conforme avanza la ciencia, ésta despoja al hombre de sus logros imaginarios. El sistema de Copérnico sacó al hombre del centro de las cosas, y la astronomía nunca ha dejado de reducir la proporción que compartimos en el universo. El darwinismo golpeó la supuesta preeminencia del hombre sugiriendo una mayor continuidad con otros animales, de la que el hombre mismo hubiera deseado reconocer. Y mientras la química amontonaba los logros supuestamente únicos de los organismos vivos en un estrecho rincón, las ciencias antropo-

lógicas y las religiones comparadas, sacudían la confianza del hombre en su forma de comunicación con lo sobrenatural. Era inevitable que la psicología entrara en esta lista. El énfasis que ponen los freudianos en el papel de lo irracional era ofensivo; pero aunque Freud fue un determinista, ciertas fuerzas de control permanecían dentro del hombre mismo, no importa qué tan desdeñables pudieran parecer. El cambio de atención hacia los determinantes externos de la acción, fue lo que dio el golpe definitivo a la aparente supremacía del hombre. Las ciencias sociales y la psicología alcanzaron este estadio casi al mismo tiempo. Siempre que se demuestre que algún elemento del ambiente —pasado o presente— posee un efecto sobre la conducta humana, se reduce la supuesta contribución del individuo mismo. El programa del conductismo radical no dejó ningún control que se originara dentro de la piel.

Los que conocieron al profesor Whitehead se darán cuenta de que haría todo lo posible para entender este punto de vista, y para interpretarlo en la forma más generosa. Probablemente se habría alegrado al descubrir que el asunto era por completo terminológico y que mi posición era idéntica a la de alguien anterior a mí, que había reprobado o había dejado una puerta abierta para la responsabilidad y la creatividad humana. Entonces, es posible que al describir mi posición —sin duda en los términos más duros posibles—, él se estuviera diciendo a sí mismo que la parte que había jugado para alentarme no era completamente equivocada, que probablemente yo no era un jóven típico de aquellos que se ocupan de la psicología ni de las ciencias sociales, y que *debería* existir un lado más brillante; en otras palabras, que de esa amable y estimulante mesa no se había caído ningún escorpión.

Si esa era la explicación —y, por supuesto, ésta sólo es una de las más improbables suposiciones— entonces la afirmación fue lo suficientemente apropiada. No había razón para alarmarse. La historia de la ciencia es la historia del desarrollo del lugar que ocupa el hombre en la naturaleza. Los hombres han extendido sus capacidades para reaccionar discriminativamente ante la naturaleza mediante la invención de microscopios, telescopios y cientos de amplificadores, indicadores y pruebas. Han extendido su poder para alterar y controlar, con máquinas e instrumentos de muchas clases, el mundo físico. Gran parte de estos logros han sido verbales. Los descubrimientos y logros del hombre individual han sido preservados, mejorados y transmitidos a los demás. El crecimiento de la ciencia es positivamente acelerado, y hemos llegado a una tasa de avance muy grande.

No existe razón alguna para pensar que el método científico no se pueda aplicar al estudio del hombre mismo, a problemas prácticos de la sociedad, y sobre todo, al comportamiento del individuo. No debemos volver atrás aunque el panorama se vuelva

repentinamente aterrador. La verdad puede parecer extraña y amenazar muchas creencias apreciadas, pero, como muestra la historia de la ciencia, entre más pronto se enfrente a la verdad, mejor. Ningún avance científico ha dañado realmente la posición del hombre en el mundo. Simplemente dichos avances la han caracterizado en forma diferente. Sin duda, cada logro ha *mejorado*, en cierto sentido, el papel que juegan las personas en el esquema de las cosas. Si finalmente damos una explicación tentativa de la conducta humana, como parte de un sistema determinado por leyes, el poder del hombre aumentará más rápidamente todavía. Las personas nunca se convertirán en el centro donde se origina el control, debido a que su conducta en sí misma también es controlada, pero su función de mediadores puede extenderse sin límites. Ahora no es posible sondear las aplicaciones tecnológicas de tales logros científicos. Es difícil prever los ajustes verbales que se deben hacer. La "libertad personal" y la "responsabilidad" darán lugar a otros proverbios que, por su naturaleza misma, probablemente serán más apropiados.

De vez en cuando he considerado necesario atacar los conceptos tradicionales que asignan control espontáneo al yo interno especial llamado hablante. Sólo en esta forma puede hallar lugar para la explicación alternativa de la acción que debe construir una ciencia de la conducta verbal. Pero espero que cualquier cosa que el lector pueda pensar del éxito de esta empresa, estará de acuerdo en que el análisis ha mostrado respeto por los logros humanos, y que es compatible con el sentido de dignidad; en pocas palabras, ningún escorpión negro *ha* caído en esta mesa.

Apéndice: La comunidad verbal

Los "lenguajes" que estudia el lingüista son las prácticas reforzantes de las comunidades verbales. Cuando decimos que la palabra *también* quiere decir, "en nuestro idioma", *además*, no nos estamos refiriendo a la conducta verbal de ningún hablante en particular, ni a la ejecución promedio de muchos hablantes, sino a las condiciones bajo las cuales la comunidad verbal refuerza, en forma característica, una respuesta determinada. (La definición lexical menciona simplemente otras respuestas reforzadas bajo las mismas circunstancias; pero no describe tales circunstancias.) Debido a que el lingüista centra su atención en las prácticas verbales de la comunidad, más que en la conducta de los hablantes individuales, no ha puesto atención en la conducta verbal en el sentido en que aquí se estudia.

El análisis funcional de la comunidad verbal no es parte de este libro, pero es importante comentar algunos de sus problemas básicos. Uno de ellos es la vieja pregunta acerca del origen del lenguaje. Probablemente el hombre primitivo no fue muy distinto de sus descendientes, en lo que respecta a los procesos conductuales. Si se le trajera a una comunidad verbal contemporánea, probablemente desarrollaría una conducta verbal elaborada. Lo que le faltaba no era ninguna capacidad especial para el lenguje, sino ciertas circunstancias ambientales. Así pues, el origen del lenguaje es el origen de tales circunstancias. ¿Cómo pudo surgir un ambiente verbal de fuentes no verbales? Otros problemas clásicos también tienen sus paralelos. ¿Cómo se perpetúa la comunidad verbal, por qué y cómo cambia? ¿Cómo evolucionan las nuevas formas de respuesta y las nuevas relaciones de control, en forma tal que el lenguaje se vuelve más complejo, sensible, amplio y efectivo?

Es probable que la cuestión de la forma en que surgió el primer ambiente verbal sea siempre asunto de especulación. Teóricamente es posible criar un grupo de infantes aislados socialmente, para descubrir si desarrollan conducta verbal y, si la desarrollaran ¿qué forma adoptaría? Sin embargo, esto presenta obvios pro-

blemas éticos. Un experimento similar parece haber sido intentado por Federico II; en él se criaron algunos niños aisladamente con el fin de descubrir si naturalmente hablaban hebreo. El experimento fracasó porque todos los sujetos se murieron. Ocasionalmente, debido a circunstancias accidentales, dos o más niños han crecido parcialmente aislados de las comunidades verbales establecidas y han desarrollado sistemas verbales idiosincrásicos bastante amplios; pero el aislamiento nunca ha sido lo suficientemente completo como para comprobar que un ambiente verbal surge espontáneamente en ausencia de conducta verbal previa.

Gritos animales

La semejanza superficial que existe entre la conducta verbal y el sistema instintivo de señales en animales (muchos de ellos vocales) ha sido fuente de grandes confusiones. La conducta vocal imitativa de los loros y papagayos que reproducen la *forma* del lenguaje humano, ha contribuido a la confusión. Es cierto que las respuestas vocales y de otra clase que emiten los animales constituyen un "sistema de comunicación". El cordero que se ha perdido emite balidos característicos y, al hacerlo "dice a su madre dónde está"; los animales rumiantes "dan gritos de alarma" y "alertan al resto del rebaño de algún peligro que se acerca". Los gritos relacionados con el apareamiento acercan al macho y a la hembra. La madre aleja de su hijo a los depredadores, mediante amenazas y gritos de rabia. Los gestos de los animales tienen su lugar en este sistema de comunicación, y han recibido especial atención de parte de los etólogos.[1] El lenguaje de las abejas ha sido analizado por Von Frisch.[2]

Tales respuestas parecen ser evocadas (o "desencadenadas") por situaciones características, como parte del equipo conductual de una especie determinada. Decir que las respuestas de los animales son instintivas es simplemente una forma de decir que cada conducta se observa en la mayor parte de los miembros de una especie dada, cuando no hay oportunidad para el aprendizaje individual. En tales casos debemos recurrir a una explicación evolutiva. Ciertos tipos de conductas que se relacionan con el medio ambiente, se adquieren a través del proceso de selección natural —como lo hacen otras actividades del organismo: la respiración, la digestión o la reproducción, por ejemplo—, debido a las consecuencias que tienen con respecto a la conservación de la especie.

Existe un paralelo entre la selección natural y el condicionamiento operante. La selección que se hace de una respuesta instintiva por los efectos que tiene en la promoción de la super-

[1] Tinbergen, N. *The Study of Instinct* (Londres, 1951).
[2] Von Frisch, K. *Bees, Their Vision, Chemical Senses, and Language* (Ithaca, N. Y., 1950).

vivencia de la especie, se parece a la selección que se hace de una respuesta por medio del reforzamiento, excepto por la enorme diferencia en las escalas de tiempo. La semejanza se nota en el aparente propósito de ambas formas. Las respuestas, tanto innatas como adquiridas, parecen emitirse "con el fin de lograr efectos"; o sea, con el fin de promover el bienestar del individuo o de la especie. (En ambos casos, claro está, puede demostrarse que sólo se necesitan los casos *anteriores* de tales consecuencias para poder explicar la conducta.) Cuando la respuesta instintiva logra su ventaja al afectar el comportamiento de otro organismo (por ejemplo, cuando es un grito), el paralelo con la conducta verbal queda señalado. El ave madre emite gritos de alarma "con el fin de" alerta a su hijo del peligro que se acerca, en la misma forma en que la madre humana llama a su hijo para salvarlo del carro que se le aproxima. El ave joven reacciona ante el grito de la madre "con el fin de" escapar del peligro, en la misma forma en que el niño responde a la advertencia de la madre para evitar que le hagan daño. Pero en los dos casos los sistemas de encerrojamiento deben explicarse en formas muy distintas. El ave madre emite el grito no "para alertar al hijo", sino porque los miembros anteriores de la especie que han gritado en tal forma han sobrevivido para perpetuar tal conducta. El ave joven no corre al oir el grito "con el fin de escapar del peligro", sino porque las aves que en generaciones anteriores lo hicieron han sobrevivido para criar a sus pequeños, quienes posiblemente presentan la misma conducta. Por otra parte, los comportamientos de la madre y el hijo humanos, se adquirieron durante sus periodos de vida mediante los procesos que ya discutimos en la parte II. De Laguna[3] ha trazado ingeniosamente los paralelos que existen entre estos dos sistemas, identificando las circunstancias abajo los cuales es posible considerar un grito (u otra respuesta vocal o no vocal) como una orden, una proclamación, una declaración, etc. Como en el presente análisis, las distinciones dependen de las situaciones del "hablante" y del "oyente", así como de las consecuencias para ambos. Pero la analogía sigue siendo sólo una analogía.

Es poco probable que la conducta verbal, en el sentido presente, surja de gritos instintivos. Respuestas emocionales innatas y bien definidas forman los sistemas de reflejo que son difíciles, si no imposibles, de modificar por medio del reforzamiento operante. La conducta vocal que se encuentra por debajo del nivel humano es especialmente refractaria. Aunque es fácil condicionar un gato para que asuma varias posiciones, para que mueva sus miembros y para que manipule elementos del ambiente por medio del reforzamiento operante, parece ser imposible hacerlo maullar o ronronear exclusivamente por medio del mismo proceso. Cuando

[3] De Laguna, G. A. *Speech: Its Function and Development* (New Haven, 1927).

se examinan las aparentes excepciones resultan ser muestras de un proceso diferente. El gato maulla en la puerta "para que lo dejen salir", y puede en realidad estar maullando porque *no* está afuera. El maullido es una respuesta emocional que se emite ante una situación frustrante; se presenta aproximadamente al mismo tiempo y con la misma frecuencia que la operante que consiste en rascar la puerta, pero las dos formas de conducta se encuentran bajo formas diferentes de control ambiental. Este material refractario no parece ser propicio como precursor de la conducta verbal, en el sentido presente. Es difícil saber si las respuestas innatas *no verbales* pueden condicionarse por la pauta operante, porque la misma musculatura puede llevarse bajo control operante. El experimentador puede tener éxito simplemente en producir una operante que imite la respuesta innata. (Tales respuestas innatas comúnmente se asocian con situaciones emocionales, cuyo paralelo con la conducta verbal ha sido más atractivo para explicar la "expresión" emocional. Sin duda la doctrina de la expresión algunas veces se reserva para la conducta verbal o no verbal que está bajo el control de variables emocionales. Las teorías expresivas del origen del lenguaje se fundamentan en este modelo.)

Esto no quiere decir que los organismos inferiores sean incapaces de tener conducta verbal en el sentido presente. Todas las relaciones de control que hemos analizado en la parte II pueden demostrarse en la conducta no humana, como puede hacerse también con algunas de las relaciones más complejas de las partes posteriores del análisis. Con suficiente exposición a las variables relevantes es posible que se logre conducta verbal vocal; pero la conducta verbal adquirida por el individuo bajo las costumbres de reforzamiento de una comunidad verbal no parecen ser una modificación de las vocalizaciones adquiridas por la especie, porque las consecuencias específicas tienen valor para la supervivencia. El balbuceo relativamente indiferenciado del infante, del cual se desarrolla la conducta verbal vocal, es sin duda un producto evolutivo, pero esta no es la clase de comportamiento que es evocado (o "desencadenado") en formas específicas y en ocasiones específicas, lo mismo puede decirse de la conducta no verbal. En general, la conducta operante surge de movimientos indiferenciados, desorganizados y sin dirección.

Si cualquier conducta asociada con un estado de deprivación constituye un estímulo importante para el "oyente" que está dispuesto a reforzar al hablante en relación con dicho estado de deprivación, podremos explicar el origen de la respuesta verbal en la forma de mando. Consideramos, por ejemplo, una madre y su bebé. Es posible que exista una respuesta innata de la hembra humana ante los gritos de hambre de su infante, similar a los sistemas de comunicación de otras especies, pero no necesitamos suponer que éste sea el caso. Si el infante hambriento se com-

porta en alguna forma distintiva —digamos llorando o retorciéndose ante la estimulación dolorosa del estómago— y si la madre está inclinada a alimentar al niño, tal vez para escapar de la estimulación aversiva de un pecho lleno de leche, entonces el llanto del bebé (correlacionado, como está, con la tendencia a mamar) controlará finalmente la conducta de la madre de colocar al niño en el pecho. Una vez que la madre ha adquirido esta discriminación, su conducta de alimentar al niño depende del llanto de éste y puede ser reforzante. Aunque el bebé llora por primera vez como respuesta refleja ante la estimulación dolorosa, ahora puede llorar como una operante. Probablemente lo que refuerza no es la respuesta refleja, sino una conducta que se le parece. La forma de respuesta puede cambiar siempre que la madre mantenga el reforzamiento. Finalmente, la respuesta puede no parecerse mucho a la pauta refleja. Tal respuesta es reforzada con alimento, y su fuerza es función de la deprivación. La relación de control que sobrevive es característica de un mando completo. Como suponemos una predisposición de la madre a reforzar, esta es la especie de mando que llamamos solicitud; pero finalmente la madre puede no estar predispuesta a reforzar con alimento y el niño debe compensar creando una condición aversiva de la cual la madre sólo puede escapar dando el reforzamiento apropiado. El llanto del bebé se vuelve "molesto" y la madre lo refuerza para que deje de llorar. En tal caso la respuesta ya no es una solicitud sino una orden.

Un ambiente no verbal puede producir otra clase de mando relacionado con la "atención del oyente". Digamos que *A* está sirviendo bebidas a un grupo de personas, y que no le dio nada a *B*. Cualquier movimiento notorio de *B*, especialmente si produce ruido, llamará la atención de *A*, quien lo reforzará dándole bebida. Una vez que esto ha ocurrido, la conducta se vuelve verbal y es similar a los mandos explícitos de la forma *¡Mira aquí!* Generalmente las comunidades verbales refuerzan los mandos que no se separan mucho de las formas no verbales originales. Tocar a la puerta de una casa es una respuesta verbal convencional que puede rastrearse fácilmente hasta sus orígenes no verbales, porque originalmente debe haber estado muy cerca de la conducta del perro que rasca la puerta "para que lo dejen entrar". Esto adquiere un estilo especial (el número, la velocidad e intensidad de los golpes se aproxima al estándar) bajo el reforzamiento por parte de la comunidad verbal. Golpear la mesa con un vaso vacío en un restaurante es un acto comparable, como también lo es la expresión vocal *¡Pum!*

Cualquier conducta que tenga algún efecto sobre otra persona por medio de un objeto mecánico (tirar, empujar, golpear, obstaculizar, etc.) puede adquirir un efecto conductual si los estadios incipientes de la conducta sirven de estímulos. Generalmente el

reforzamiento contingente es la evitación o escape de los estadios posteriores de la conducta. Por ejemplo, *A* detiene a *B*, que se le está acercando demasiado, estirando el brazo y colocando la mano en el pecho de *B*. En este estadio la conducta de *A* sería aproximadamente la misma que si *B* fuera un objeto inanimado (si *B* estuviera acercándose a *A* en el extremo de una cuerda que ondeara, por ejemplo). Pero si el hecho de ser detenido por *A* es aversivo para *B*, o si *A* detiene a *B* sólo cuando es probable que lo trate aversivamente, *B* termina por responder ante el brazo que *A* estira, y evita el contacto real. Cuando este cambio se ha presentado en *B*, la respuesta de *A* se refuerza no por su efecto mecánico sobre *B*, sino sobre el comportamiento de *B*; se convierte en un "gesto" y se clasifica como conducta verbal. No es preciso que todos los oyentes y hablantes pasen por cambios similares, porque el gesto termina por ser aceptado por la comunidad. El policía de tránsito que gesticula "alto", está tan culturalmente determinado como la luz roja o la respuesta vocal *¡Pare!* A partir de contingencias no verbales similares, tales gestos pueden ganar fuerza. El "hablante" puede estar más listo a responder en determinada forma y lograr un efecto más consistente sobre el oyente, debido a los efectos mecánicos relacionados. Es posible que incluso el semáforo del tren que señala la posición de "alto", haya tomado fuerza debido a su parecido con una barrera real de las vías. En términos generales, los gestos comunes que poseen los mismos efectos que *¡Vete!*, *¡Ven acá!* (gesticulación que se puede hacer con el brazo completo o solamente con el dedo índice), *¡Pasa!*, *¡Siéntense!* (a una audiencia) y *¡Párense!*, están sujetos a interpretaciones semejantes. Todos éstos son mandos que especifican la conducta que se parece al efecto mecánico de las respuestas no verbales de las cuales se derivan. (Colocar un dedo en nuestros propios labios muestra algo semejante a la extensión metafórica de colocar un dedo en los labios de otra persona. Esto último puede ocurrir si las partes están muy cerca.)

Si solamente por razones físicas, *A* coloca una mano detrás de su oreja con el fin de oir a *B* más claramente, esto se convierte para *B* en un estímulo en cuya presencia se refuerza diferencialmente la conducta más fuerte (vocal o no vocal). Si *B* aumenta la intensidad *porque A colocó la mano detrás de su oreja*, el acto de colocar la mano se convierte en un "gesto" y puede clasificarse como verbal.

Si *B* puede evitar el castigo por parte de *A*, dedicándose a una forma particular de actividad, *A* puede moldear la conducta de *B*, dando o retirando la estimulación aversiva. Por ejemplo, si *A* expulsa a *B* de una fuente de comida a golpes, el puño levantado de *A* terminará por hacer que *B* se retire con el fin de *evitar* el castigo, en vez de esperar a recibirlo y luego *escapar* de allí. Cuando esto ha sucedido, *A* puede *gesticular* en lugar de golpear. Si *A*

algunas veces le permite a *B* que coma, éste termina por responder al puño de *A* como un estímulo sobre el cual el castigo por acercarse se hace contingente. A la larga, *A* puede usar el puño en alto para lograr moldear la conducta en forma más fina. Por ejemplo, *B* puede mantenerse activo si *A* responde tan pronto como *B* deja de estarlo. Las contingencias son las mismas que se utilizan para mantener a un caballo en movimiento, *haciendo sonar* el látigo. Además de iniciar o detener la conducta, el comportamiento de B también puede ser *guiado* en su dirección o en su nivel de intensidad.

Si *B* está predispuesto a reforzar a *A*, éste puede moldear la conducta de *B* con cualquier reacción que indique su efecto reforzante sobre él. Por ejemplo, la conducta notoriamente ingestiva de *A* puede reforzar a *B* para que cocine o sirva una determinada clase de comida.

De esta forma, la conducta de *A* al "chuparse los dedos" puede ser un gesto equivalente a decir *Dame más de esto*, lo mismo que el vocal *m-m* puede ser el equivalente de "delicioso" moldeado por una comunidad verbal determinada. La conducta incondicionada de una audiencia que ha sido reforzada por un animador, a su vez refuerza a dicho animador. Parte del efecto reforzante es el contraste que existe entre el silencio intenso de una audiencia y el ruido de los aplausos o risas que se produce cuando el animador se detiene. Si la audiencia puede inducir al animador a continuar, aumentando este contraste, el ruido se puede convertir en un gesto. Los aplausos, voces, silbidos y otras formas de aceptación semejantes, son respuestas verbales que equivalen a decir *¡Más!*, *¡Repítalo!*, *¡Otra vez!* Finalmente, la respuesta puede usarse para moldear la conducta de un hablante, como sucede en los debates parlamentarios.

La mayor parte de los mandos que podemos explicar sin suponer un ambiente verbal previo, son gestos. Paget[4] trató de derivar paralelos vocales, señalando el hecho de que es probable que los movimientos de la lengua acompañen a los de la mano. Es probable que un niño que está dedicado a una tarea manual absorbente emita chasquidos con la lengua o que la pase por sus labios. Paget sugirió que los movimientos de la lengua que acompañan gestos manuales pueden modificar los sonidos de la respiración o las vocalizaciones primitivas con el objeto de proporcionar respuestas vocales; pero incluso tal proceso aporta muy poco para explicar la diversidad de respuestas vocales que especifican clases de reforzamientos.

Al explicar el comportamiento verbal que tiene forma de tacto debemos buscar fuentes diferentes de materiales no verbales, porque la conducta del "hablante" debe estar relacionada con las *cir-*

[4] Paget, R. A. *Human Speech* (Nueva York, 1930).

cunstancias de estímulo más que con la estimulación aversiva o la deprivación.

Se puede decir que el comportamiento de un perro cazador "señala" la presencia de la presa al cazador, en la misma forma en que el ladrido del perro guardián "señala" que se acerca un intruso. En cuanto tales actos son relativamente invariables e incondicionados, el cazador y el dueño de la casa responden a ellos como ante cualquier estímulo asociado con un evento determinado, por ejemplo, el ruido producido por la presa o por el intruso. Sólo cuando se entrena al perro como "hablante" surgen nuevos fenómenos. Tan pronto como el perro cazador es *reforzado* por señalar, o el perro guardián por ladrar, la topografía de la conducta llega a depender de las contingencias de reforzamiento, más que de los sistemas de reflejo incondicionado. En estos ejemplos nunca cambia mucho la conducta, pero en otros la forma acaba por ser determinada por la comunidad, es decir, se vuelve convencional. Se ha señalado a menudo que la frecuencia de la *m* inicial en palabras que se relacionan con *madre*, puede tener cierta relación con la frecuencia de ese sonido como respuesta incondicionada en situaciones en las que las madres generalmente figuran, y donde el resto de cada palabra posiblemente es moldeada por la comunidad particular. La escasez de respuestas vocales incondicionadas apropiadas para situaciones específicas, es una limitación obvia para explicar de esta manera un repertorio extenso.

Otra explicación común se refiere a la onomatopeya. La teoría antigua del "soplo y del ruido" sobre el origen del lenguaje, puso énfasis en las semejanzas formales que existen entre los estímulos y las respuestas que sobreviven en la onomatopeya, o en los repertorios de "construcción de modelos". Podemos "alertar a alguien de que se acerca un perro" imitando sus ladridos, en la misma forma en que un turista dibuja el objeto que desea comprar, pero cuyo nombre no conoce, o como el guía indio anuncia una buena pesca moviendo la mano en forma sinuosa. La respuesta vocal, pictórica o gesticulada, es efectiva porque es físicamente similar a "la situación descrita"; pero el "uso de tales signos" por parte del "hablante" o del "oyente" no se explica. Sin embargo, si suponemos que ciertos oyentes huyen cuando oyen ladrar a un perro y que esto es reforzante para ciertos hablantes, sólo tenemos que esperar —tal vez sea necesario esperar algunos miles de años— a que alguien emita una respuesta vocal lo suficientemente similar al ladrido de un perro, como para que sea reforzada por su efecto sobre el oyente. En el mejor de los casos, el resultado es un tacto impuro que apenas puede distinguirse de un mando. Todas las respuestas onomatopéyicas sufren por el hecho de que las propiedades formales distintivas afectan al oyente en una forma que está muy ligada a una situación particular; pero los oyentes pueden reaccionar ante los perros en muchas formas y por muchas

razones, y es posible que cierta clase de reforzamiento generalizado siga a esto.

Es posible que el origen de la mayor parte de las formas de respuesta siempre permanezcan en la oscuridad, pero si podemos explicar los principios del ambiente verbal más rudimentario, los procesos bien establecidos del cambio lingüístico explicarán la multiplicación de las formas verbales y la creación de nuevas relaciones de control. Por fortuna, los cambios en las contingencias de reforzamiento pueden ser rastreados históricamente y observados en las comunidades actuales. En cuanto a la forma de la respuesta, no necesitamos suponer que los cambios sigan ninguna pauta en particular (como la de la ley de Grimm); sin duda, para explicar la creación de gran cantidad de formas, probablemente los cambios más accidentales serán los mejores. En cuanto al "significado", los lingüistas históricos modernos han identificado muchas fuentes de variación; algunas de éstas se refieren a accidentes o faltas en la trasmisión, otras surgen de la estructura de la comunidad verbal. Surgen nuevas relaciones de control cuando una respuesta literal se toma metafóricamente, o cuando una respuesta metafórica, por el reforzamiento restringido subsiguiente, se vuelve abstracta. Como ejemplo de este último proceso, si suponemos que la respuesta estándar *naranja* ha estado bajo el control de estímulos de las naranjas, podemos imaginar una primera ocasión en la cual algún otro objeto del mismo color evoque la respuesta; si ésta es efectiva sobre el oyente, como puede serlo sin un condicionamiento especial, puede ser reforzada con respecto al solo color. Si es suficientemente útil para la comunidad, el término relativamente abstracto para referirse al color, *naranja*, surge. Gran cantidad de abstracciones sutiles parecen originarse de esta manera. La *caída* de una moneda, o de un *dado*, lleva al concepto de *azar* cuando las propiedades que la definen están libres de los casos en que algo cae. El método de John Horne Tooke también es pertinente aquí. *A Sequel to the Diversions of Purley*, de John Barclay (Londres, 1926) examina los orígenes de los términos que se refieren al espíritu y a la mente en una anticipación temprana del conductismo del siglo XX, trazándolos etimológicamente hasta conceptos más fuertes de la conducta humana.

Se ha señalado con frecuencia, especialmente al explicar el origen de los mitos, que este proceso funciona al revés, es decir, que una respuesta metafórica puede tomarse literalmente. El reporte metafórico de que una persona se vuelve *bestial* cuando bebe, da origen a la historia del hombre que se convirtió en animal cuando tomó una bebida mágica. En la elaboración de tales historias, nuevas variables logran controlar las respuestas antiguas.

El estudio de la conducta verbal del hablante y del oyente, lo mismo que las costumbres del ambiente verbal que generan tal

conducta, puede no contribuir directamente a la lingüística histórica o descriptiva, pero para nuestro propósito actual es suficiente decir que un ambiente verbal pudo haber surgido de fuentes no verbales, y que al trasmitirse de generación en generación, ha estado sujeto a influencias que pueden explicar la multiplicación de formas y de relaciones de control, así como a la creciente efectividad de la conducta verbal considerada como un todo.

Índice analítico

Abbott, Lyman, 287
Abreviaturas, 274
Abstracción, 121, 141, 499
Abulia, 220, 438
Acertijo, 306
Acertijos, verbales, 306; (como castigo), 183
Acróstico, 263
Actitud imperativa, 58
Adivinadores, 435 y sig.
Adulación, 55, 174
Advertencia, 54
Afasia, 204, 208, 232, 393, 418, 450; (*Véase* Afasia histérica)
Afasia histérica, 183
Afirmación, 96
Afirmaciones analíticas, 144
Afirmaciones incompletas, 304
Afirmaciones sintéticas, 144
Agnosia, 233
Agramatismo, 234
Alabanza, 55
Alarde, 72
Alcohol, 227, 313, 418
Alegoría, 113, 118, 249
Alexia, 233
Alfabeto fonético, 25
Alí Babá, 386
Aliteración, 69, 263 y sigs., 300 y sigs.
Allport, Gordon W., 292
Alusión, 87, 298
Amanuense, 85
Ambiente, verbal, 491
Ambigüedad, 256, 292
Amenaza, 68
Anadiplosis, 379
Anagrama, 308
Análisis funcional de la conducta verbal, 11 y sigs.
Analogía, 106
Anartria, 232
Anástrofe, 364, 379
Anderson, S. B., 454
Animismo, 153
Anticlímax, 297
Antipófora, 297
Antonomasia, 114
Anuncio, 96, 167
Aplauso, 497
Apócope, 225
Apodos, 118
Aposiopesis, 298
Aprobación, 67
Argot, 262 y sigs.
Argot de la rima, 260-261, 262
Aristóteles, 106
Arreos ceremoniales, 24
Arte representativo, 140
Arte surrealista, 111
Aserción, 350 y sigs., 359
Asociación de palabras, 69, 88-89
Asociación libre, 88
Asociación por sonido, 69, 89
Asonancia, 263 y sigs.
Astrología, 436

Audiencia, 186 y sigs., 246, 423
Audiencia negativa, 192, 250
Aullido de lobo, 113
Austen, J., 112
Autoclíticos, 335 y sigs.
Autocorrección, 25, 397 y sigs.
Autoecoico, 78
Autofortalecimiento de la conducta verbal, 432
Autoinstigación, 435
Autoridad, 57
Autorreforzamiento, 467-468
Autosondeo, 436

Barclay, John, 499
Barrie, J. M., 227, 421
Bennett, A., 276
Biblia del rey Jaime, 236, 255, 375
Bodkin, Maude, 427
Braille, 79
Braquilogía, 318
Bridges, Robert, 358
Brill, A., 324 y sig., 423
Browning, Elizabeth Barrett, 290
Bufón, 424
Buffon, 196
Bunyan, P., 249
Burla, 249
Burns, Robert, 261
Butler, Samuel, 74, 331, 416, 431

Caballo, conducta del, 239
Calumnia, 174
Cantar, 82
Cantos, 436
Capricho, 96, 123
Carew, T., 112
Carnap, R., 124, 343
Carroll, J. B., 90, 282
Carroll, Lewis, 176, 296, 313, 328, 416
Castigo, 181-183; (audiencia negativa), 192, 250 y sigs.; (la literatura como escape), 291; (demostración del palomo), 400
Catacresis, 116
Categorías (juego), 308
Causación múltiple, 243 y sigs.
Causas ficticias, 15
César, Julio, 481
Cese de la conducta verbal, 234
Ciencia y literatura, 113, 142, 458
Cita (directa), 27 y sigs.; (indirecta), 29
Clasificación de las respuestas verbales, 200
Coleridge, S. T., 227, 258, 328, 422, 425
Combinación, 276 y sig.
Comportamiento de observar, 445
Composición, 24, 369 y sigs.
Composición de enunciados, 451
Composición euplástica, 410
Composición extática, 410
Comprensión, 294 y sigs.
Comunicación, 17, 20, 58, 96, 167, 390
Comunidad (*Véase* Comunidad verbal)
Comunidad verbal, Apéndice, 491 y sigs.
Conciencia, 181, 423, 473
Conciencia judeocristiana, 182, 423, 473
Concise Oxford Dictionary, 370
Condicionamiento, proceso de, 39
Condicionamiento operante, 218-219
Condicionamiento respondiente, 383
Condiciones de la autocorrección, 26, 412 y sigs.
Condiciones que afectan el control de estímulos, 162 y sigs.
Conducta bilingüe, 92
Conducta ecoica, 69 y sig.
Conducta intraverbal, 86 y sigs.; (y referencia), 143
Conducta irracional, 60 y sig.
Conducta operante, 30; (la operante verbal), 199
Conducta verbal autista, 469
Conducta verbal bajo el control de estímulos verbales, 66 y sigs.
Conducta verbal científica, 28, 461 y sigs.
Conducta verbal dañada (*Véase* Afasia)
Conducta verbal lógica, 28, 447 y sigs.
Conducta verbal objetiva, 102, 210
Conducta verbal parcial, 162 y sigs.

Conducta verbal subjetiva, 162
Conducta verbal verdadera, 162, 483
Conducta vocal, 23, 25-26
Conducta vocal innata, 58, 492
Conductismo, 486-487
Confesión, 165, 182
Confidente, 424
Conjuros, 436
Conocimiento, 389
Conrad, Joseph, 171, 180, 236, 287, 312
Constant, Benjamin, 407
Construcción de modelos, 139
Contribuciones formales de fuerza, 259; (en literatura), 261 y sigs.
Contribuciones temáticas de fuerza, 250 y sigs.
Control aversivo, 43 (*Véase* Castigo)
Contumacia, 398
Corrección, 25, 397
Corrección de la conducta verbal, 162
Corriente del flujo de la conciencia, 426, 468
Creencia, del oyente, 102, 174 y sigs., 391
Crucigramas, 307, 455
cummings, e. e., 381

Charada, 306
Chauser, 362
Chesterfield, Lord, 171, 423

Daño, 230
Dar nombres, 230
Darwinismo, 488
Dashiell, J. F., 468
Day, Thomas, 328
De Laguna, Grace, 493
De Quincy, T., 227
Dean, Leonard, 405
Declaración, 96
Definición, 385 y sigs., (ostensiva), 386
Definición de conducta verbal, 12, 24
Definición ostensiva, 387
Defoe, Daniel, 428-429
Delirio, 418
Denominación (como extensión del tacto), 116, 252, 259
Denotación, 96, 159
Dependencia causal, 89
Deprivación, 42-43
Desaire, 182
Descripción, 67, 96
Desencadenamiento (en la terapia), 183; (en el humor), 307; (en la literatura), 428
Deseo, 63
Deseo como mando mágico, 63
Designación, 128
Desliz, 312-313
Deterioro de la forma de respuesta, 40
Diálogo platónico, 427
Diarios, 194
Dibujos, 85
Dichtung, 447
Dickens, Charles, 33, 119, 176, 252, 372, 390, 418, 422
Dickinson, Emily, 469
Dictado, 85
Dificultad de la respuesta, 223 y sig., 233 y sig., 246, 250
Discriminación, proceso de, 41
Disposición de ánimo, 200, 357
Distinción de clase a caso, 26, 30
Distinción entre clase y caso, 26, 30
Distorción, (de la relación de tacto), 164 y sigs.; (de la respuesta), 259 y sigs.
Diven, K., 170
Doble acróstico, 308
Dolor, expresión de, 228
Dostoievski, 112, 431
Drama de la restauración, 119
Dramas morales, 119
Drogas, 227, 313

Ecoaugurio, 288
Ecolalia, 70
Edad, la conducta verbal como función de la, 227
Efecto del salón de belleza, 412
Egocentrismo, 37, 178
Eiségesis, 287 y sig.
Eliot, George, 421
Eliot, T. S., 170, 176, 254, 257, 301, 328, 369

Emerson, R. W., 369, 483
Emisión de la respuesta, 32
Emoción, 42, 62, 64; (vocabulario de la), 147; (del oyente, como reforzador), 168; (variable de control), 228; (condicionamiento verbal de la, en el oyente), 383 y sig.
Empson, William, 256, 292, 328
Encadenamiento, 87
Encubierta, conducta verbal (como fuente de estímulos privados), 155 y sig.; (en el pensamiento), 463
Energía de respuesta, 33, 218
Entonación, 200
Epanalepsis, 293
Epicteto, 58
Epigrama, 298
Epílogos, 483 y sigs.
Epílogos personales, 483 y sigs.
Epístrofe, 293
Equivalencia, 106
Erasmo, 405
Errores de audición, 288, 321
Errores de lectura, 321
Escalera de palabras, 310
Escape, como conducta verbal, 44, 68
Escritura a mano, 84
Escritura automática (o lenguaje), 416 y sig.
Esopo, 168
Español deficiente, 370 y sigs.
Esquesis, 297
Estenógrafo, 85
Estes, W. K., 281
Estilo, efecto del, 298
Estimulación suplementaria, 20, 269 y sigs.
Estímulo aversivo condicionado, 68
Estímulos, control de, 41, 103; (condiciones que afectan el control de), 162 y sigs.; (agudización del control del), 448
Estímulos privados, conducta verbal bajo el control de, 144 y sigs.
Estímulos verbales, 66 y sigs.
Etimologías folclóricas, 75, 260
Etología, 492
Eufemismo, 251
Evaluación, 458 y sig.
Evelina, 94
Eventos privados en la ciencia natural, 144
Evitación, 43, 68
Exclamación, 231
Explicación, 19
Expresión, 20, 56, 104; (de las emociones), 228 y sigs.; (en el origen del lenguaje), 494
Extensión genérica, 105
Extensión metónica, 113
Extinción, 41, 220

Fábula, 113, 249
Falacia patética, 151
Falta de sentido, 222, 254
Fanopeia, 302
Federico II, 492
Ferster, C. B., 218, 408
Ficción, 164 y sig. (*Véase* Literatura)
Ficciones explicativas, 16
Filibustero, 214
Finney, C. I., 419
Foley, J. P., 90
Fonema, 25 y sigs., 77, 137
Formación de conceptos, 127, 142
Formalismo, 30, 37, 479 y sig.
Formas de respuestas que dependen de las contingencias, 222
Formulaciones tradicionales, 13
Forster, E. M., 180 y sig.
Fowler, H. W., 87, 251, 268, 288, 424
"Francés fracturado", 439
Frecuencia de respuesta como medida de fuerza, 37 y sig.
Freud, S., 111, 172, 215, 251, 275, 290, 305, 312, 321, 400, 402-404, 405, 407, 414 y sigs., 423, 426, 472-473, 488
Fuga de ideas, 88

Galsworthy, John, 420
Gardiner, A. H., 361
Garrick, 94

estos, 61, 85, 495 y sigs.
ilbert, W. S., 305
lissando, 82
oethe, 421
oodenough, F. L., 90
rafología, 27
ramática, 200
raves, Robert, 256, 421
renspoon, J., 163
ritos (en la causación múltiple), 261; (animales), 492
ritos animales, 499 y sigs.
rose, F., *Dictionary of the Vulgar Tongue*, 247
rupo, valor de la conducta verbal para el, 461 y sig.

[adamard, J., 417
'*ambre*, como respuesta verbal, 150
[aplografía, 87
[aplología, 87, 225, 317
[arvard, 405, 483, 486
¡He aquí!, 72, 167
[ead, Henry, 34
[ebreo, 492
[emingway, Ernest, 382
[ipalage, 379
[ipérbaton, 364
[ipérbole, 165
[ipnosis, 175, 392, 416, 439
[ipóstasis, 28
[isterología, 357
[obbes, Thomas, 359
[ojas de té como sondeos textuales, 436
[olland, J. G., 445
[omero, 215
[omológico, 344
[omonimia, 133
[omónimos, 132
[opkins, Gerard, 444
[ousman, A. E., 170, 227, 419
[udson, W. H., 405
[ugo, Victor, 127, 256
[umor, verbal, 302 y sig.; (licencia), 424; (*Véase* Juegos)
[uxley, Aldous, 100
[w, 137; (nota el pie de página)

Ideas, 15, 92, 143, 144, 483 y sig.
Identificación, 179, 292
Ideógrafo, 205
Imágenes, 16, 173
Imitación, 73, 78
"Imitador perseverante", 87, 328
Implicación, 298
Incubación, 442
Indirecta, 274
Inducción, 121; (*Véase* Generalización)
Inflección, 135
Información, 17, 103
Informe verbal, 154
Ingenio, 297-304; (*Véase también* Humor)
Insinuación, 298
Insinuación, 274; (*Véase* Instigador)
Instrucción, 389
Instrucciones mediatizadoras, 173
Interjercción, 58, 178, 231
Interpretación, 37, 94, 104
Interrogación, 58
Introspección, 413
Instigador, 271
Instigadores ecoicos, 271
Instigadores formales, 381
Instigadores temáticos, 275
Instrumentos nemotécnicos, 118-119, 435
Instrumentos retóricos, 176, 293
Inversión histerónea, 357
Ironía, 248, 298
Ironía dramática, 248

James (Conferencias William James), 483
Jeroglífico, 28, 80, 141, 205
Jespersen, O., 23, 58
Johnson, Samuel, 256, 473
Jourdain, P., 126
Joyce, James, 112, 301, 328, 329, 384
Juego de palabras, 256
Juegos, verbales, 306 y sigs.
Juegos de palabras, 88
Juicio, 359
Jung, C. G., 89 y sigs., 282

Kant, E., 481
Kaplan, W. K., 163
Keats, John, 326 y sig., 397
Keller, F. S., 57
Kingsley, Elizabeth, 307

Lacour-Gayet, G., 411
Lapsos, 312 y sig.
Lecky, W. E. H., 163, 398
Lector, 183; (*Véase* Oyente)
Lectura, aprendizaje de la, **80-81**
Lectura subvocal, 80, 156
Lee, I. J., 152, 359
Lenguaje, 12; ("pequeño"), **187**; (como ambiente verbal), **491**
Lenguaje ideal, 138 y sigs.
Lenguaje objeto, 343
Lenguaje secreto, 247-248
Lenguajes aglutinados, 132
Lenguajes analíticos, 132
Lenguajes sintéticos, 132
Lewis, Sinclair, 364
Ley de Grimm, 499
Libro de notas, 436
"Licencia" literaria, 425
Lingüística, 14, 491-492
Literatura, 63-64, 83; metáfora en la), 112; (y ciencia), 113, 142, 458; (efectos especiales en la), 174; (causación múltiple en la), 254; (ambiente literario), 397
Lítotes, 54
Llamada, 54
Llanto, 59
Llanto epiléptico, 229
Llenar vacíos, conducta de, 446
Lo común, como respuesta verbal ante estímulos privados, 151
Locke, J., 476, 478
Lógica, 14, 392
Logografía, 205
Logopeya, 302
Logorrea, 430
Loro, 73
Lowes, J., 258

Macaulay, T. B., 175
Machen, Arthur, 237
Macmillan, Z. L., 90
Malaprop, 116, 320
Maldición, 63
Malinowski, B., 461
Mandler, G., 163
Mando, 57
Mando extenso, 60
Mando mágico, 62
Mando suavizado, 55
Marouzeau, J., 437
Marvell, Andrew, 329
Maupassant, Guy de, 298
Maurer, D. W., 262
Medio de la conducta verbal, **26**, 83, 205
Meiosis, 298
Melopeya, 302
Melville, Herman, 112
Memorando, 435
Memoria, verbal, 221-222; (hablar "de memoria"), **157**; (experto), 118, 222
Mentira, 164
Metáfora, 86, 106; (y abstracción), 121-122
Metalenguaje, 343
Metátesis, 325
Metonimia, 113
Michotte, A., 152
Miedo al escenario, **246**, 408
Milton, 173, 421
Mímica, 73; (como técnica científica), 27, 140
Mito, 113
Molière, 480
Moore, George, 237, **288**
Moore, O. K., 454
Morfema, 134
Morgan, J. P., 216
Morrow, Dwight, 216
Motivación, 42, 226
Mozart, 478
Murray, H. A., 283
Musa, 419
Música, 81, 83, 87
Musset, Alfred de, **421**
Mutismo, 408

Napoleón III, 305
Nash, Ogden, 305, **327**, **424**
Necesidad, 43
Negación, 346-347
Neologismos, 324

Newman, J. R., 126
Newton, I., 60
No, 346-347
Nombrar, 67, 96; *Véase* Nominación)
Nombre común, 128
Nombres propios, 117; (olvido de los), 118, 223
Notas, 83
Novela de caracteres, 426
Nuevas combinaciones de respuestas fragmentarias, 311 y siguientes
Numerología, 436
Número al azar, emisión de, 255

O. Henry, 248
Objetos como estímulos de control, 19
Oferta, 54
Ogden, C. K., 14, 289
"Oir voces", conducta psicótica de, 280
Olvido, 221, 251; (como efecto del castigo), 183, 193
Onomatopeya, 140-141, 316, 498
Operante verbal como unidad de análisis, 18, 199 y sigs.
Opiáceos, 227
Optativo, 58, 63
Oración, 52
Oración del Señor, 56
Oración periódica, 299, 357
Oraciones, 369 y sigs.
Oráculos, 436
Orden, 52
Órdenes militares, 40, 52
Origen del lenguaje (ambiente verbal), 492 y sigs.
Ortografía, 132
Ouija, superficie de la, 412
Oximorón, 298
Oyente, 44, 50 y sigs., 100, 174, 285 y sigs.

Paget, R. A., 497
Palabra, 29-30; (misma palabra en diferentes tipos de operante), 201
Palilalia, 78, 418
Palíndromo, 263, 310
Parábola, 294
Paradigmas del hablante y oyente, 52, 53, 71, 98, 99
Paradoja, heterológica, 344
Paragramatismo, 234
Paraleipsis, 298, 406
Parcialidad, 162
Parodia, 259, 328
Parry, Milman, 215
Pater, Walter, 299
Pautas arquetípicas, 427
Pearson, A. C., 257
Pensamiento, 461 y sigs.
Pensamiento, 157-158; (como autoclítico), 339, 464-465, 477
Pensamiento, como conducta, 478-480; (*Véase* Pensamiento)
Pentámetro yámbico, 91
Pepys, Samuel, 405
Perdón, 183
Perelman, S. J., 327, 424
Permiso, 54
Permutación y combinación de las respuestas verbales, 436
Personalidad, 418
Plagio, 415
Platón, 475
Plinio el viejo, 398
Plutarco, 398
Poe, E. A., 437
Poesía anglosajona, 264
Poincaré, H., 442
Políptoton, 293
Pope, Alexander, 300
Pound, Ezra, 302, 328
Power, Eileen, 225
Pregunta, 53
Prejuicio, 162
Presagio, 436
Prescott, F. C., 256, 421
Presentación (social), 421
Préstamo literario, 87, 257-258, 328, 415
Prestigio, 57, 391
Prince, Morton, 422
Probabilidad de respuesta, 32, 38
Produción de conducta verbal, 397 y sigs.
Producción mecánica de conducta verbal, 440
Profetas, 436
Prolepsis, 297

Propiedades dinámicas, 32 y sigs., 213; (del mando), 56; (de la conducta bajo control verbal), 93; (del tacto), 104; (del tacto extenso), 120; (del tacto abstracto), 127
Proposiciones, 18, 92, 96, 188, 481
Propósito, 159
Proust, Marcel, 112, 172, 382, 415
Proyección, 151
Psicoanálisis, 217, 290, 427; (*Véase* Freud)
Psicología, 15
Psicoterapia, 193, 238, 424, 428
Puntuación, como autoclítico, 345, 381-382

Quejido, 316
Quiasma, 380
Quine, W. V., 28, 348, 367

Racionalización, 472; (como efecto del castigo), 183
Recetas, médicas, 247-248
Rechazo de la conducta verbal, 397-398
Rectificación, 398
Recuerdo, 158
Reductio ad absurdum, 299
Reduplicación, 35, 70, 78, 141
Referencia, 19, 58, 96-97, 129 y sigs.; (de abstracción), 123-124; (en el lenguaje ideal), 138; (en diferentes tipos de operantes verbales), 143
Reflejos condicionados (y referencia), 100 y sig.; (y abstracción), 122; (en las emociones), 168 y sig., 228; (en el oyente), 168 y sig., 383
Reforzadores condicionados, 67 y sig.
Reforzadores condicionados generalizados, 67-68, 97; (efecto de las medidas especiales de los), 163
Reforzamiento de la conducta verbal, 39-40; (educacional), 98-99, 224
Reforzamiento diferencial de la tasa de respuesta, 218
Relleno, 71, 215
Repertorio, verbal, 31
Repetición, 35, 293; (al terminar la conducta verbal), 235
Respuestas correctas, 172
Respuestas erróneas, 172
Respuestas fragmentarias, 311 y sigs.
Respuestas imitativas, 140
Retórica, 14, 113
Retractación, 398
Retroalimentación defectuosa, 412
Revocación de la conducta verbal, 397
Richards, I. A., 125, 256, 287
Riding, Laura, y Graves, R., 256
Ridley, M. R., 397
Rima, 69, 263, 300
Rimsky, Korsakov, 304
Risa, 303; (como expresión), 229 y sig. (como autoclítico, 342, 406
Ritmo, 263-264, 300
Ritournelle, 79
Romains, Jules, 444
Rosenzweig, S., y Shakow, D., 280
Rosett, J., 418
Rousseau, J. J., 238
Russell, B., 23, 38, 101, 338, 344, 346, 351, 479 y sigs., 483 y sigs.
Russell, George (AE), 419
Rylands, George, 261
Ryle, Gilbert, 156

Sapir, E., 367
Sarcasmo, 169, 298
Sátira, 249
Schedules of Reinforcement, 218, 408
Sed, 42
Sells, S. B., 450
Semántica, 14, 105, 129 y sigs., 188
Señalar, 24
Shakespeare, W., 119, 170, 236, 248, 254, 264, 301, 311, 364, 376, 398, 415, 476, 480
Shakow, D., 280
Shelley, Percy Bysshe, 476
Shepard, Odell, 377
Sherida, R. B., 116, 320
Sí, 350-351

Significado, 17 y sigs., 23, 57 y sigs., 94, 159
Signo, 95; (*Véase* Símbolo)
Signo (augurio), 436
Silencio, como castigo, 181; (como condición aversiva), 214
Símbolo, 95, 425; (como sustituto de una cosa), 100-101; (freudiano), 111
Símil, 110
Símploce, 293
Sinclair, Upton, 287
Síncope, 225
Síndrome de Korsakoff, 434
Sinécdoque, 113-114
Sinonimia, 133
Sintaxis, 134-135, 200, 355 y sigs.
Síntomas psicosomáticos, 430
Sistema de Copérnico, 488
Smith, L. P., 359
Soborno, 168
Sócrates, 248
Solecismo, 116
Soliloquio, 194, 468
Solución de problemas, 472
Sonambulismo, 421
Sondeos, 271
Sondeos ecoicos, 275
Sondeos formales, 275
Sondeos temáticos, 282
Sonidos del habla, 24-25, 75-76, 81-82
Sordera y retroalimentación defectuosa, 412
Sordomudo, 83
Souriau, 443
Spooner, W. A., 325
Spurgeon, C., 109
Stäel, Madame de, 427-428
Stein, Gertrude, 254, 238, 375, 417, 439
Stendhal, 112, 151, 191, 216, 393, 425
Stevenson, R. L., 88, 329, 411, 422
Subjuntivo, 58
Sueños, 421
"Suero de la verdad", 227, 419
Suetonio, 156
Sumación, 276
Sumador verbal, 276-277
Sumador verbal visual, 280
Superstición, 61, 223
Súplica, 52, 53
Suposición, 119
Susurro, 398, 404
Swift, J., 100, 187, 249
Swinburne, 265

Tácito, 411
Tacto, 15, 28 y sigs.; (impuro), 162 y sigs.
Tacto extenso, 105
Talleyrand, 411
Tamaño de la unidad de la conducta verbal, 31
Tarski, 343
Tartamudeo, 182, 408
Taylor, Archer, 306
Temas de literatura, 427
Teoría de la correspondencia del significado, 19, 105, 128 y sigs.
Teoría del "soplo y del ruido", 498
Teriotipos, 112, 127
Terminación sorpresa, 298
Test de apercepción temática, 282
Test de Rorschach, 283
Tests proyectivos, 280
Tetera (juego de la), 309
Textual, 79 y sigs.; (sondeos textuales), 280; (instigadores textuales), 273
Thackeray, W. M., 391
Thoreau, Henry David, 377
Thorndike, E. L., 91, 465
Tinbergen, N., 492
Titivillus, 225
Títulos, libro de, 259
Tmesis, 364
Tolstoi, L., 70, 112, 173, 251, 262, 276
Tooke, J. H., 112, 231, 365
Topografía de la conducta verbal, 20
Toro, 303
Trabalenguas, 322
Traducción, 91; (interlineal), 50
Transcripción, 84
Transferencia de respuesta, 106
Trollope, Anthony, 119, 196, 316, 404, 406, 415, 439
Tropas, 364
Trovador, 164, 215